LIBRO 2 DE 2



LIBERTAD ENCADENADA

CRISTINA G.

CONTENTS

Prólogo
Nueva vida
Fantasma del pasado
Página en blanco
Una familia
Cita inesperada
Pedir perdón
Hablar
Consejos
Tiempo
Heridas
La verdad
Casualidad
Rosas azules
Impulsos
Malas decisiones
Hipocresía
Ese miedo
Acercamiento
Un hogar
Remordimientos
Destino
Obsesión
Necesidad
Vínculo
Futuro
La muerte
Arrepentimiento
Rescate

Su mundo
Locura
Lo correcto
Prohibido
La función
Maldito
Cobardía
Efímero
Seguir adelante
Precio
Libre
Pesadilla
Vida
Odio
Una ilusión
Pies de plomo
Justicia poética
Infierno
Una oportunidad
Epílogo
PLAYLIST
Sobre la autora
Otros títulos de la autora

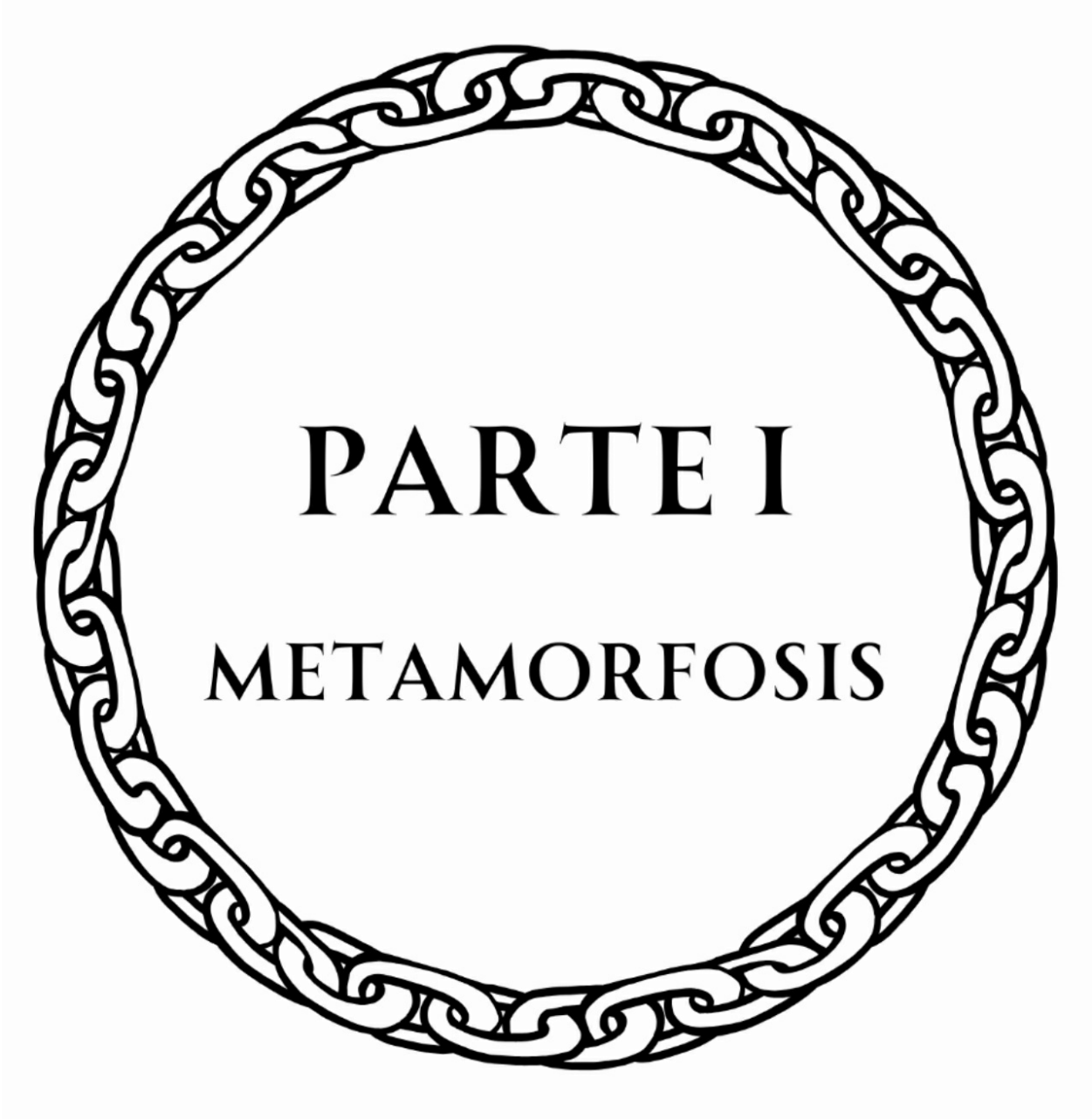
LIBERTAD ENCADENADA

CRISTINA G.

Copyright © 2025 Cristina G.
Todos los derechos reservados.
Corrección, maquetación y portada: Cristina G.

ISBN: 9798313469850

Sello: Independently published
No se permite la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).



PARTE I

METAMORFOSIS



PRÓLOGO

El silencio reinaba en la sala. Tan solo el sonido de mi respiración parecía romper la sintonía de aquel lugar frío e inhóspito. El corazón me golpeaba frenético contra el pecho. Las manos me sudaban, así que me las sequé en la tela de los pantalones. Traté de respirar con normalidad mientras esperaba que me llamaran, sentada en aquella vieja silla de plástico.

Todavía no podía creer lo que iba a hacer.

A lo mejor me había vuelto loca. A lo mejor me estaba equivocando… Pero sobre todo no estaba preparada.

Ni iba a estarlo nunca.

—Señorita Harrison —me llamó el guardia de seguridad, de pie frente a una puerta. Yo di un respingo y casi se me sale el corazón por la boca—. Sígame, por favor.

Tragué saliva y me levanté, luego seguí al hombre hacia un largo pasillo. Nuestros pasos eran lo único que se escuchaba alrededor y yo estaba empezando a hiperventilar. Intenté inspirar y espirar.

A la mierda, no servía de nada.

Me iba a dar un ataque de nervios.

Miré la espalda ancha del guardia que me acompañaba, y casi le supliqué que me sacara de allí, a pesar de haberme metido por mi propio pie.

«Tienes que contárselo» me dije.

Aunque me prometí que no lo haría, que lo mantendría en secreto y que desaparecería de su vida para siempre; al final no pude evitar los remordimientos, el cargo de conciencia en forma de vocecitas molestas en mi cabeza que me decían que era injusto, que era egoísta ocultarle algo así.

De modo que, ahí estaba yo, después de semanas dándole vueltas y vueltas, avanzando por un pasillo de la cárcel, con la idea de visitar a Andrew y explicarle que estaba embarazada.

Embarazada de él.

Sin embargo, me sentía como si estuviera caminando por el corredor de la muerte. Apenas podía respirar. Me ponía enferma solo de pensar en que iba a verle, en que iba a encontrarme de nuevo con esos intensos ojos verde bosque, aquellos que me volvieron loca de amor y que tanto daño me hicieron; los que me observaron con esa mirada de indiferencia que nunca fui capaz de olvidar. Todavía recordaba su voz y mi piel se erizaba. Jamás pensé que podría ser tan difícil reencontrarse con una persona.

Tan inquietante. Tan doloroso.

Coloqué una mano sobre mi abultado vientre. A menudo sentía pataditas, pero ese día estaba muy quieta. Seguramente estaba tan asustada como yo. Y no podía culparla.

El hombre se detuvo frente a una puerta de metal rodeada de rejas, la abrió y señaló hacia dentro con el brazo. La observé, paralizada. Sentía el pulso acelerado en la garganta.

¿Qué pasaría si se lo contaba? ¿Cómo podría reaccionar? Lo más probable era que no estuviera demasiados años en prisión, conseguiría una reducción de su condena de alguna manera, eso era indudable. Y cuando saliera… vendría a buscarnos. De eso era de lo único de lo que estaba segura. No volvería a por mí si estuviera sola, pues hizo todo lo posible para alejarme; pero si sabía que tenía una hija, su sangre, su descendencia, querría encontrarla. Conocía demasiado bien a Andrew como para ser tan ingenua de creer que no desearía formar parte de su vida.

Me negaba a permitir eso.

Injusto o no. Egoísta o no. No podía soportar la idea de tener que compartir a mi pequeña con él. De que mi hija supiera la verdad sobre su padre… Los actos que cometió.

Sobre mi cadáver.

Negué con la cabeza, sorprendiendo al guardia. Le miré fijamente, casi a punto de echarme a llorar. Malditas hormonas.

—Lo siento, creo que… creo que he cambiado de opinión. Mejor me marcho —dije de forma atropellada.

El hombre parpadeó un par de veces, aturdido, después me observó y asintió con la cabeza. Quizás vio en mis ojos lo aterrada que estaba y comprendió que iba a cometer un error. Sin pronunciar una palabra, me condujo a la salida.

Una vez fuera, tomé una bocanada de aire y mis pulmones se expandieron por fin. La losa que me oprimía el pecho se desvaneció. Me sentí aliviada. Divisé a mi hermana, que me esperaba apoyada en mi coche bajo el sol. Me acerqué a ella con una mirada incómoda en el rostro. Alice frunció el ceño.

—¿Ya lo has hecho? —preguntó con ímpetu—. Qué rápida. Cuéntamelo todo, ¿qué ha dicho?

Dejé escapar un suspiro dramático.

—No le he visto —confesé—. He huido.

Mi hermana alzó las cejas.

—Creía que querías contárselo.

—Ya. —Eché un vistazo alrededor, achicando los ojos hacia el sol mientras acariciaba mi vientre—. Pero lo he pensado mejor. Estaremos más felices y tranquilas si él no aparece. Porque lo hará si lo sabe.

Alice hizo una mueca, valorándolo y, finalmente, cabeceó.

—Es verdad. Es lo mejor para vosotras. —Se encogió de hombros y abrió la puerta del copiloto—. Vámonos entonces, me muero de hambre.

Esbocé una sonrisa y en ese momento un calambre muy doloroso atravesó todo mi cuerpo desde el vientre. Me doblé hacia adelante, jadeando y sujetando mi gran tripa con la mano.

—Uooh, ¿qué ha sido eso? —dije.

Ay, no. Durante todo el día me había estado encontrando mal, rara, pero creí que era por los nervios de venir a la cárcel a hablar con Andrew.

—¿No jodas que te vas a poner de parto ahora? —exclamó mi hermana.

—¿Qué dices? ¡Si aún me queda un mes!

—¡Pero puede pasar!

Gemí al sentir otra de las contracciones. Dios santo, era jodidamente doloroso.

—¡Esta niña no va a salir antes de hora!

Me doblé sobre mí misma, quedándome sin aliento.

—¡Pues me da a mí que sí!

Alice me tendió la mano para que le diera las llaves de mi coche, a lo cual no tuve más remedio que acceder porque estaba que me moría. Ella me sujetó por la espalda para ayudarme a meterme en el asiento del copiloto. Me puse el cinturón y me agarré de este como si me fuera la vida en ello. Mi hermana se había sacado hacía poco el permiso de conducir, y si ya me daba miedo subirme con ella para ir a un sitio cercano, imagina para llevarme a un hospital en un posible parto inminente.

—Conduce con cuidado, por lo que más quieras —supliqué.

—Tú llama a mamá —dijo arrancando el motor.

—Todavía no. Puede ser una falsa alarma.

—Eso te pasa por traer al bebé a la cárcel, la has acojonado.

—¡No digas chorradas!

Continuamos discutiendo de camino al hospital, y después de varias horas y de haber roto la bolsa amniótica, decidí llamar a mis padres. Llegamos a la conclusión de que no era una falsa alarma. No. Era muy real. Tan real como los ojitos verdes de Leah. Mi hija, pequeña, arrugada y viscosa, nació mientras sujetaba con fuerza la mano de mi hermana. Mientras recordaba el día en el que fue creada, con amor, con el hombre al que más había amado en el mundo. Aunque ella nunca llegase a conocerle.



CAPÍTULO 1

NUEVA VIDA

Pasé la mano por la superficie del libro para quitar cualquier rastro de polvo. Observé la cubierta un par de segundos y alcé el brazo para colocarlo en su lugar correspondiente. Continué mi labor, ordenando la pequeña librería hasta dejarla como yo quería. Con los brazos en jarra, miré mi obra y suspiré. Decidí sentarme en el mostrador para realizar algunos pedidos. Recogí mi cabello castaño en una coleta y me quedé absorta durante un rato. Las campanillas de la tienda sonaron y Elia entró por la puerta, ataviada con su gigantesco bolso, mientras se soplaba el pelo largo y caoba de la cara. Me vio en el mostrador y sonrió.

—Hola, socia, ¿cómo ha ido?

—Bien, la mañana ha sido tranquila.

Ella suspiró.

—A ver si hoy tengo suerte en mi turno.

—¿Con qué?

—Pues que aparezca un hombre bien guapo, intelectual, que le encanten los libros de romance, y con el pelo larguito si puede ser… Y nuestros dedos se toquen cuando le intente acercar un libro que está buscando y haya una conexión entre nuestras miradas, y ¡zas! Enamorado.

La observé alzando una ceja.

—¿Por qué no dejas de soñar despierta y te pones a escribir tu propia novela?

Elia se apoyó en el mostrador y el bolso se deslizó de su hombro hasta casi caer al suelo.

—Estoy en ello, ¿vale? Pero es más complicado de lo que me temía.

Le dediqué una sonrisa negando con la cabeza y recogí mis cosas del mostrador para salir mi negocio.

Abrir una librería con la loca de Elia era de las mejores cosas que había hecho en la vida. Trabajábamos juntas en una tienda de ropa cuando Leah solo tenía un par de años. Pasábamos el rato hablando de libros, de nuestros autores favoritos, de nuestras novelas inolvidables, de Elia intentando desde entonces escribir sus libros de amor; hasta que finalmente se nos encendió la bombilla y tuvimos la idea de hacernos socias y poner una librería pequeña en Brooklyn.

La Librería Metamorfosis.

Una palabra que surgió entre las dos, algo que significaba cambio, transformación. El crecimiento personal que experimenté después de un momento complicado en mi vida y que seguía en marcha, haciéndome aprender cada día.

Llevábamos un año con el negocio y, aunque el principio fue duro, tuvimos que hacer sacrificios y desembolsar mucho dinero, nos estaba yendo bastante bien.

Mi móvil sonó con un mensaje entrante. Lo cogí para ver que se trataba de Dylan.

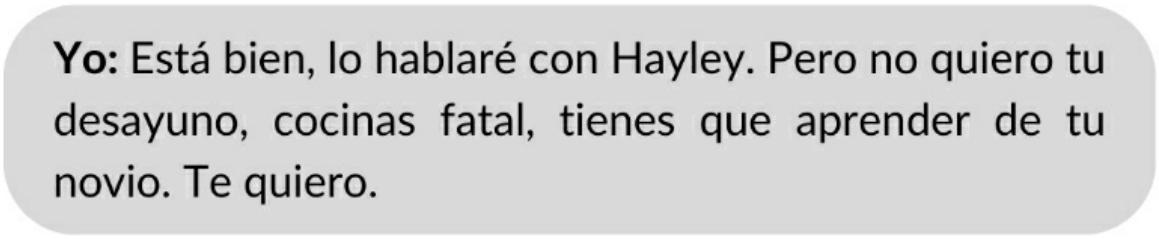
Dylan: Meg, ¿qué tal el día? ¡Tengo buenas noticias! ¡Voy a exponer en una galería! ¡Tienes que venir!

Solté un grito que atravesó toda la librería. Después intenté serenarme y me volví a sentar. Escribí rápidamente.

Yo: ¡¿Enserio?! ¡Eso es genial! ¡Felicidades Dyl! Haré lo posible por ir.

Dylan: ¡Bien! Quédate a pasar la noche en mi apartamento ese día, así no tienes que volver tan tarde a casa. Te haré hasta el desayuno solo para que vengas.

Me reí y contesté:



Mi mejor amigo me envió una retahíla de emoticonos felices y corazones. Sonreí. Me alegraba muchísimo por él. Llevaba mucho tiempo esforzándose y luchando por sus pinturas para poder exponer y por fin lo había logrado. A Dylan siempre le había gustado pintar, pero no estudió nada relacionado a causa de sus padres. Eran un poco conservadores y eso le llevó a mudarse a Nueva York para buscar un futuro mejor. Acabó trabajando en una empresa y no le disgustaba, pero yo sabía que él deseaba más. Y lo merecía también.

Tenía muchas ganas de ver su trabajo expuesto y más todavía de verle a él. Desde que me mudé a Brooklyn no había podido coincidir con mi mejor amigo más que unas cuantas veces, aunque estábamos en contacto todos los días. Echaba de menos la época en la que le veía a diario y nuestra rutina era simple y divertida. Ahora tenía otras cosas en mi vida, más importantes y difíciles también, pero lo bueno compensaba lo malo con creces.

Cogí el coche y en unos minutos había llegado a mi casa. Saqué las llaves del bolso y entré.

Cuando supe que me había quedado embarazada, estando sola y asustada, decidí mudarme un tiempo con mis padres a Míchigan, sin embargo, aunque les agradecía todo lo que habían hecho por mí, yo prefería vivir en Nueva York, de modo que terminé regresando y asentándome en Brooklyn.

Contraté una niñera, Hayley, muy parecida a mi hermano, amante del anime y los videojuegos, vestía de forma extravagante, llevaba el pelo de colores y era alegría pura, siempre había podido contar con ella, y además… Tenía a mi hermana Alice. Se vino a la gran manzana porque quería estudiar moda en la universidad. Algunas veces cuidaba de Leah, otras, simplemente venía a mi casa a vaciarme la nevera.

Me había ido bien desde entonces.

A pesar de que algunas heridas no hubieran sanado, y quizás no lo hicieran nunca.

Los recuerdos seguían ahí, las pesadillas de sangre, armas y muerte, atormentándome algunas noches, persiguiéndome durante el día en cualquier desconocido de ojos verdes, en cualquier coche negro, en cualquier maldito hombre vestido de traje. Supongo que era algo que no sería tan fácil de superar. Olvidar a veces resultaba jodidamente complicado.

Entré en el salón para descubrir a Hayley sentada en el sofá con un manga en las piernas y a mi hija a su lado dibujando en su cuaderno de colorear.

—Hola, Megan —saludó mi niñera. Cerró el cómic japonés después de poner el

marcapáginas—. ¿Cómo ha ido?

—Bien, gracias, ha estado tranquilo. ¿Y Leah qué?

Dejé el bolso sobre la mesa grande y me acerqué a ella para darle un beso.

—Ya sabes que no da mucho problema, ha estado dibujando.

—Hey, chiquitina. —Me agaché hasta su altura y le aparté un mechón castaño de la cara—. ¿Cómo estás? ¿Te has portado bien con Hayley?

Ella me miró con sus enormes ojos verdes y me dedicó una diminuta sonrisa, luego asintió.

—Claro, mami —contestó con su voz infantil.

Mi querida hija no era lo que se dice muy cariñosa. Era especial. Le gustaba dibujar y mirar sus libros; la televisión no demasiado, solo con ciertas series animadas. Su inteligencia y sensatez más desarrollados de lo común para su edad llamaban mucho la atención a todo el mundo. Era reservada, pero muy buena, generosa y empática.

—¿De dónde habrás sacado ese carácter? —pregunté de forma retórica.

—A lo mejor de su padre —comentó Hayley con inocencia. Le lancé una fría mirada y ella se tapó la boca con la mano—. Ostras, ¡lo siento!

Resoplé y recogí los juguetes que quedaban por el suelo, ordenando lo que pude el salón. En realidad, tenía razón, cuando Leah empezó a crecer comencé a notar lo mucho que se parecían sus actitudes a las de Andrew. Por suerte o por desgracia. No era mucho lo que Hayley sabía del padre de Leah. Solo le conté que no era trigo limpio y nos abandonó. Me sentía estúpida contando toda la historia.

—No pasa nada, es solo que… ya sabes.

—Sí, sí —respondió—. A veces soy muy bocazas.

—Tranquila, yo era como tú.

—Nah, no lo creo —dijo, mientras metía su manga en la mochila y cerraba la cremallera.

—Y tanto. Bueno, sigo siéndolo, pero creo que he madurado.

Hayley me miró con una sonrisa mientras se colocaba la mochila amarilla y rosa al hombro.

—Habríamos sido buenas amigas entonces.

Le sonreí con dulzura.

—¿No quieres comer algo antes de irte? —ofrecí.

—No, gracias, he quedado con un amigo.

En ese instante recordé la exposición. Por poco se me olvida.

—¡Ah! Necesito un favor —empecé, juntando las manos como si le suplicara—. ¿Podrías quedarte con Leah este fin de semana?

—Claro, ¿y eso? No sueles pedírmelo.

—Mi amigo Dylan tiene una exposición de sus cuadros, lo ha conseguido después de tanto tiempo, y bueno, es en Manhattan…

—Qué guay. Es un buen tío.

Hayley estaba conmigo desde hacía casi tres años, conocía a Dylan y a Jason de unas cuantas veces que habían venido a casa para vernos.

—Lo sé, por eso siento que debería asistir.

—¿Y dónde vas a pasar la noche?

—En su casa, Dylan ya me ha invitado. Seguro que hasta ha preparado la habitación que le sobra. No me hace mucha ilusión volver a estar a solas con él y con Jason, pero haré el sacrificio.

Ella soltó una risita.

—Ok, entonces me quedaré con Leah. ¿Volverás el domingo?

—Sí, no te preocupes, la exposición es el sábado, me quedaré esa noche y el domingo estaré de vuelta. Puedes dormir en mi cama y dejaré la nevera llena para que cojas lo que quieras.

—No te rayes, estaremos bien.

Esbocé una sonrisa y le agradecí el cuidar a mi hija. Mi niñera me hizo un gesto militar y uno de sus mechones azules se movió con el gesto. La acompañé a la puerta y la despedí hasta el día siguiente.

Observé a mi hija pintar muy concentrada la forma de un osito. Al enterarme de la noticia de mi embarazo todo se me hizo negro y sentí que el mundo caía sobre mí. Creí que no sería capaz de tenerla, de criarla como es debido y menos todavía de ser una buena madre. Acababa de salir de una relación con un mafioso que me había secuestrado, un criminal que resultó encarcelado por sus delitos y que me había dejado como si yo importara menos que una mierda.

Por suerte, él ni siquiera sabía lo que se estaba gestando en mi interior. Imaginé muchas veces si me hubiera dejado de saberlo, y algo me decía que no habría sido así. Pero, al fin y al cabo, me había hecho un favor, porque tener a mi hija con su padre en la cárcel suponía un futuro mucho peor que el que había tenido en realidad.

Tener que explicarle a Leah porqué su papá no estaba con nosotras, porqué su papá estaba encerrado y llevaba un mono naranja. Por qué no podía venir en Navidad ni en sus cumpleaños… Y, sobre todo, qué hizo papá para estar ahí. Me ahorró mucho sufrimiento.

Tenía razón, era lo mejor para mí, eso debía concedérselo.

Sin embargo, a pesar de estar en una situación de mierda, salí adelante. Decidí tener a mi hija, decidí luchar por ella, por nuestra nueva vida juntas, y dejar atrás el pasado, el dolor y el amor que, muy a mi pesar, sentía por Andrew. Con la ayuda de mis padres, la crie, la protegí, le enseñé, y yo misma aprendí, aunque era una chica inmadura y perdida, cómo ser madre. Cómo ser una buena madre. Y me alegraba que nadie fuera a venir a arrebatármela.



Al par de días ya tenía lista la pequeña mochila que pensaba llevarme a Manhattan. Por suerte, estábamos en los primeros días de septiembre, de modo que la ropa ocupó poco, un neceser con lo esencial, un libro para el viaje y tres kilos de valor. Me despedí de Leah con varios abrazos de oso super fuertes y algún que otro beso. Solo iba a estar un día largo sin verla, pero la maternidad me había vuelto un poco *drama queen.* Ella, al ser tan pequeña, no entendió mucho la situación ni por qué su madre se despedía con tanto ímpetu. Mejor así, que no notase mi ausencia.

Después de repetirle a Hayley cien veces lo que consideraba oportuno (ya me parecía a mi madre más de la cuenta), cogí mis cosas y me fui hacia mi coche para tomar rumbo a mi destino.

Cuando llegué a Manhattan me dirigí al apartamento de Dylan. El piso de mi amigo era el mismo de siempre, nunca se mudó, se quedó en ese lugar pequeño, pero bien ambientado y decorado, en un barrio decente, y con la compañía de su novio oficial durante cinco años: Jason. Toqué al timbre, la puerta se abrió unos segundos después y la sonrisa deslumbrante de Dylan me recibió.

—¡Meg! ¡Estás aquí! —exclamó.

Me dio un abrazo rompe-huesos que por poco me hace escupir el esternón.

—Sí, aunque puede que muera de asfixia si sigues apretándome así.

Dylan me soltó riéndose y me separó de él para observarme bien. Él estaba prácticamente igual, con su cabello rubio en mechones alborotados en todas direcciones y sus vivaces ojos castaños.

—Mírate, si hasta pareces una mujer hecha y derecha.

—Soy madre, eso hace mucho.

Mi amigo soltó una carcajada sonora y me hizo pasar al interior del apartamento. Olía bien y se debía a que Jason estaba en la cocina haciendo la comida. Tampoco había cambiado, los músculos de los brazos se le marcaban con la camiseta de manga corta que llevaba y dejaban entrever parte de los tatuajes que tenía en los hombros; el pelo oscuro cortado con un degradado le conferían un aspecto moderno. Todas las clientas del restaurante en el que trabajaba estaban coladitas por él, aunque no muchas sabían que era gay.

Cuando me vio dejó lo que estaba haciendo y se acercó para darme un fuerte beso en la

mejilla.

—Te hemos echado de menos, ¿cómo estás? ¿Qué tal la mocosa? —preguntó, volviendo a lo suyo.

—Bien, la he dejado con Hayley.

Nos sentamos a comer cuando Jason sirvió los platos. Durante un buen rato nos pusimos al día, hablamos de la exposición, de lo nervioso que estaba Dylan, nos carcajeamos, rememoramos buenos momentos y comimos como si no hubiera un mañana.

Era reconfortante volver a hablar con ellos, volver a bromear como antes con mis amigos. Sentía que hacía milenios que no los veía, aunque solo hacía unos meses.

—Me alegro mucho de que vengas, pensé que no podrías —dijo Dylan de pronto.

—Cómo no iba a venir, no podía perdérmelo.

—Es que, con la nena y todo, es más complicado —añadió Jason.

—Sí, pero por suerte cuento con ayuda.

—Gracias, Meg —agradeció mi mejor amigo.

Le sonreí con ternura y terminamos de comer hablando de temas más triviales.

A la noche ya estábamos todos arreglados y dispuestos a llegar a la exposición como los reyes del lugar. Me puse unos tacones negros obligada por mis amigos, no los veía desde antes de nacer Leah, y esperaba no partirme la crisma con ellos, pero la ocasión lo merecía.

Miré mi reflejo en el espejo. El sencillo vestido azul de tirantes se ajustaba a mi cuerpo y me quedaba bastante bien, para qué mentir. Aunque no estaba muy acostumbrada a verme tan arreglada.

Me di unos últimos retoques de maquillaje y, cogiendo mi bolso, salimos del apartamento. Cogimos un taxi y en unos minutos llegamos al hotel estilo rústico que amablemente había prestado su salón amplio para la ocasión.

Las paredes de piedra estaban adornadas con los cuadros de Dylan y de varios artistas más. Había velas encendidas que le daban una aire bohemio y acogedor, unas mesas con algo de comida y bebidas, y una música indie tranquila sonaba de fondo por los altavoces.

—Joder, es muy bonito —dije nada más entrar, embobada.

—Lo sé —se regodeó Dylan.

En ese momento aparecieron un par de hombres a saludarle y mi amigo se sumergió en aquel gentío entendido en arte que tan lejos sentía de mí. Suspiré medio sonriendo y cuando Jason me guiñó un ojo y me mostró su brazo, lo rodeé con el mío y comenzamos a recorrer la estancia para ver las obras. Las observamos, intentamos analizarlas, con algunas no entendimos nada y con otras nos maravillamos.

—He aprendido a amar el arte por Dylan —dijo Jason, con la vista fija en uno de los cuadros —. Por su pasión por él, por cómo siente los colores, las formas… Por todo lo que me ha

enseñado a ver dónde antes solo veía manchurrones de pintura.

Observé la obra, un fondo oscuro con unas pinceladas rabiosas en el centro de color rojo.

—¿Y qué ves en este?

—La verdad… para mí es una puta mancha de pintura.

Le di un golpe suave en el brazo aguantando la risa que quiso escapar de mi boca. Nos tuvimos que tapar, seguir andando y disimular cuando los demás asistentes comenzaron a mirarnos con desaprobación.

—Pues yo creo que la cocina tiene mucho que ver con el arte —apunté.

—Bueno, sí. Al fin y al cabo, cuando decoramos un plato es como pintar un lienzo en blanco.

Jason era cocinero en un restaurante de la ciudad bastante bueno. Siempre quería innovar y sacar platos nuevos y diferentes, pero se sentía un poco atado de manos al tener que ceñirse al menú ya hecho.

—¿Por qué no abres tu propio restaurante?

Él me miró como si estuviera loca.

—Eso es un desembolso enorme de dinero y de tiempo.

—Bueno, ahora es como si estuvieras perdiendo tu tiempo en realidad —dije encogiéndome de hombros.

—Claro, como tú has puesto una librería y te va bien, ya quieres que todos emprendamos.

Solté un par de carcajadas.

—No fue fácil, ¿sabes?, yo estaba acojonada. Lejos de mi familia, sin mucho dinero ahorrado, con un bebé y una cabeza llena de pájaros. Pero, a veces hay que tirarse a la piscina y arriesgarse, aunque no sepas cómo va a salir.

—En eso eres experta, la reina de las imprudencias.

Sí, era verdad. No era una persona demasiado prudente, no pensaba mucho las cosas antes de hacerlas.

Me mudé a Nueva York casi con lo puesto; trabajé en un bar de mala muerte; me dejé llevar por un hombre desconocido. Incluso me lancé a rescatar a mi novio prácticamente con las manos desnudas de una panda de mafiosos peligrosos. Me metí sola en una pelea ilegal, me enfrenté a un capo de la mafia sin más arma que mi lengua afilada… Y una larga serie de malas decisiones. Sin embargo, esas decisiones me habían llevado al punto en el que estaba en la actualidad, y me habían hecho madurar y crecer como persona.

No estaba tan mal.

—Culpable —respondí sin más.

Jason vio que Dylan le hacía señas desde la distancia. Me miró como disculpa y yo le di vía libre para marcharse. Mi amigo querría presentar al amor de su vida a sus futuros compradores.

Los vi juntarse y charlar amablemente a la pareja que tenían enfrente. Sonreí y decidí retomar el recorrido yo sola. Cogí una copa de champán mientras caminaba por la sala observando las pinturas en silencio.

A Dylan le gustaba trazar instantes en sus obras, pequeños detalles, que a veces pasaban desapercibidos.

Me detuve frente a uno de ellos, era una niña de espaldas saltando un charco con un chubasquero y unas botas moradas. Las gotas de lluvia se encontraban en suspensión en el aire, como si hubiera parado ese momento en el tiempo.

Sabía que era Leah, recordaba cuando me mostró el cuadro unos días después de haberle hecho esa foto a mi hija para copiar la escena. Una cálida sensación me recorrió el cuerpo al verlo.

Entonces alguien se puso detrás de mí. Pensé que sería otro de los visitantes que estaba contemplando el mismo cuadro que yo, pero por algún extraño motivo, el pulso me tartamudeó con su presencia.

—La inocencia de la niñez —dijo a mi espalda—. Es un regalo que no apreciamos lo suficiente.

Esa voz…

Me giré despacio hacía la persona y el golpe del reconocimiento fue tan fuerte que el corazón dejó de latirme por un instante.

Todo a mi alrededor pareció congelarse mientras sus ojos se dirigían a los míos.

—Hola, Megan.

Andrew estaba a un paso de mí, vestido con camisa y pantalones de color negro. Me miró con esos penetrantes iris verdes y una oleada de sensaciones me sacudió entera. Fui incapaz de articular palabra, al igual que de sostener la copa en mi mano, la cual se deslizó entre mis dedos y cayó al suelo para estallar en miles de pedazos.



CAPÍTULO 2

FANTASMA DEL PASADO

«Esto tiene que ser un sueño. Es un sueño».

«No, es una maldita pesadilla».

«¡Despierta!»

Pestañeé y tardé un segundo en reaccionar al estruendo que provocaron los pequeños cristales chocando con el suelo. Estaba atrapada en los ojos de Andrew. Esos ojos. No podía apartar la mirada. No podía respirar. Mis pies estaban mojados de champán, pero el frío que atravesó mi piel ni siquiera me afectó.

Pensé que era una alucinación. Quizás había tomado demasiado champán. Quizás me habían echado algo en la bebida sin que me diera cuenta. Sentí el impulso de rozarle con los dedos para comprobar su corporeidad. Sin embargo, aturdida, rompí el contacto de nuestras miradas y me agaché para recoger los cristales.

—Yo lo haré, señorita —me dijo un camarero acercándose a nosotros.

Noté una mano en mi brazo y el vello se me erizó al instante. Me aparté de golpe como si ardiese.

—Cuidado, te cortarás —advirtió Andrew.

Me erguí rápidamente y le miré.

No podía creerlo. Tenía a Andrew delante de mí.

Era real. Era jodidamente real.

Después de cinco años, cinco largos e interminables años. Por supuesto, apenas había

cambiado. Su cabello oscuro estaba más largo y la barba más espesa pero cuidada. Su rostro, su mirada profunda, su imponente presencia, eran las mismas que recordaba. Las mismas que me volvieron loca, las mismas que había guardado en mi memoria como una fotografía que nunca se borraba.

Un remolino angustioso se apoderó de mi estómago.

Andrew había salido de la cárcel, o eso o se había escapado, pero sería muy estúpido presentarse en un sitio público de esa forma. Ahora era libre, demasiado pronto.

No estaba preparada para encontrarme con él, no estaba preparada para escuchar su melosa voz y cruzarme con sus ojos verde bosque.

Y lo más importante, ¿por qué coño estaba en ese lugar? ¿Cómo me había encontrado? No sabía qué hacer o qué decir. Lo único que me pedían todos mis sentidos era huir.

—¿Qué estás haciendo aquí? —espeté con la voz estrangulada.

—Yo también me alegro de verte.

Sus labios esbozaron una ligera sonrisa contenida.

Me quedé pasmada mirándole.

¿Sonreía? ¿Tenía la cara de sonreírme?

—Pues yo no me alegro en absoluto. Si me disculpas…

Di media vuelta recogiendo todo mi valor y dándole la espalda para caminar hacia delante, lejos de él. Tragué saliva intentando sobrepasar el nudo de mi garganta. El corazón me latía con fuerza en el pecho y me costaba respirar.

No.

No podía hacer aquello.

No podía aparecer así en mi vida, de nuevo como una tormenta, arrasando todo a su alrededor.

Puse una mano en mi corazón acelerado mientras avanzaba; inhalé y espiré. Repetí la acción varias veces.

«Tranquilízate, Megan. Puedes con esto».

Avancé a paso rápido hacia el cuarto de baño porque era el único sitio en el que pensé que podría esconderme un momento para recuperarme. El cubículo estaba ocupado, de modo que me apoyé en el lavabo con las manos y miré mi reflejo. Parecía que había visto un fantasma, y la verdad es que lo era. Un fantasma del pasado que creí que nunca volvería a encontrarme.

Abrí el grifo y me lavé las manos con ansiedad, después me pasé el agua fría por el cuello y los brazos. No funcionó mucho para calmarme. Mis pies seguían mojados de champán, así que cogí papel y me los sequé como pude. Volví a mirarme al espejo. Estaba pálida a pesar del maquillaje y el colorete, los ojos castaños rodeados de sombras oscuras que se habían derramado un poco por la ojera, los labios sin pintar que también habían perdido su habitual color. Mi rostro

no había cambiado casi nada en estos años, y el suyo… tampoco.

—Maldito cabrón —murmuré.

La chica que ocupaba el cubículo salió y se me quedó mirando con una disimulada extrañeza. Una vez estuvo fuera solté el aire de mis pulmones bajando la cabeza.

Necesitaba marcharme, necesitaba salir de ese lugar en el que Andrew se encontraba. ¿Y si le pedía a Dylan que le echara? Entonces lo sabrían, sabrían quién era él y que estaba libre, y no me apetecía nada tener que lidiar con su sobreprotección. Además, no quería darle problemas a Dylan en una noche tan importante.

Por supuesto, no me veía capaz de exigirle a Andrew que se fuera, ni siquiera podía respirar con normalidad, joder. Incluso se me estaba revolviendo el champán en el estómago. Quizás lo mejor que podía hacer era irme yo.

Mordí mi labio inferior, maldiciendo, y giré sobre mis talones para ir en busca de Dylan. Cuando mi amigo me vio sonrió, pero el gesto se desdibujó al darse cuenta de mi cara.

—Meg, ¿qué te pasa? —preguntó preocupado.

—Parece que hayas visto un fantasma —contribuyó Jason, mirándome con el ceño fruncido.

Eso mismo pensé.

—Algo así —murmuré—. No me encuentro bien, creo que me ha sentado mal el champán. Lo siento mucho de verdad, pero voy a irme, ¿vale?

Dylan me observó, buscando señales de lo que podía ocurrirme, sin creerse, al parecer, mi excusa del champán.

—Sí, vale, no pasa nada. ¿Quieres que te lleve en un momento?

—No, no, tranquilo. Voy a coger un taxi.

—De acuerdo.

Le di un abrazo sintiéndome fatal conmigo misma.

—Joder, perdóname. No quiero montarte una escena aquí vomitando. La exposición es una pasada.

Él se rio.

—Anda, vete.

—Sí, si vomitas le darás mala publi —añadió Jason.

Les sonreí y di media vuelta dispuesta a marcharme de aquel lugar cuanto antes. Miré por encima del hombro, todavía con el pulso acelerado, pero no vi a Andrew por ningún sitio. Intenté mantener la compostura y salí del hotel como alma que lleva el diablo.

En el exterior el aire fresco consiguió relajar un poco mis músculos. Respiré hondo y saqué mi móvil del bolso para llamar al taxi. Y por poco se me cae al suelo al ver a la persona que había a mi lado apoyando la espalda en la pared del recinto.

Dios santo, iba a conseguir que me diera maldito infarto.

Andrew me miró, impasible, y yo me quedé muda correspondiendo a su mirada. Tenía una mano metida en el bolsillo del pantalón y en la otra sujetaba un cigarrillo. Un cigarrillo sin encender, como no. Sus costumbres continuaban intactas. El estómago me dio un vuelco al recordar aquella madrugada que hablamos al lado del jardín de su mansión.

Yo era tan estúpida e ingenua en esa época.

—¿Te vas a casa? —preguntó.

Su voz grave se clavó como un puñal en mi corazón. No respondí. Le ignoré y marqué el número del taxi. Me dijeron que había uno a dos minutos de mí, de modo que colgué, sintiendo toda mi piel erizarse ante la presencia de Andrew.

—Supongo que es por mi culpa —volvió a indagar.

Esta vez no pude evitar girarme hacia él, ardiendo por dentro. Había tantísimas cosas alborotadas en mi cabeza en ese instante que quería decirle, que quería gritarle, que quería escupirle, tanto dolor y tanta rabia, que tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para controlarme.

—Claro que es por tu culpa —solté sin miramientos. Sentía que iba a estallar como una bomba en cualquier momento, casi podía escuchar el dichoso tictac del temporizador—. ¿Pensabas que podías aparecer después de cinco años como si nada y que te iba a recibir con los brazos abiertos? No sé cuánto hace que has salido de la cárcel ni porqué, pero no me importa. Solo sé que me has jodido la noche.

Andrew guardó silencio unos segundos sin dejar de observarme por debajo de esas pestañas asquerosamente largas y negras.

—Lo siento, no era esa mi intención.

—Ah, ¿no? ¿Y cuál era? Porque no estás aquí por casualidad ni para alabar el arte.

—La verdad es que no pretendía nada —dijo mientras tiraba el cigarro que no se había encendido—. Solo quería verte.

Parpadeé, aturdida. ¿Cómo que solo quería verme? ¿Después de todo lo que me dijo en la cárcel? ¿Cómo podía ser tan sinvergüenza?

—Estar en prisión ha debido de dejarte más tocado de lo que ya estabas —dije dándome unos toquecitos con el dedo en la sien—. Parece que has olvidado todas las cosas horribles que me soltaste en la sala de visitas.

Andrew me miró con el rictus algo sombrío.

—Te equivocas. Las tengo grabadas a fuego en la memoria.

Permanecí un instante en silencio, intentando entender cómo debería tomarme esas palabras.

—Entonces, ¿por qué vienes a buscarme ahora? Ya conseguiste deshacerte de mí, que era lo que querías.

Me pareció ver que un nervio palpitaba en su mandíbula, pero fue tan efímero que quizá me

lo imaginé.

—Simplemente necesitaba saber cómo estabas.

—Entiendo… Así que es para lavar tu conciencia —adiviné cruzándome de brazos—. Pues puedes estar tranquilo, estoy genial. O al menos lo estaba antes de cruzarme contigo.

—Lamento haberte incomodado.

—Seguro —mascullé. Entonces caí en algo que me puso los pelos de punta—. ¿Y cómo narices sabías que iba a estar en este sitio? Tú ni siquiera conoces a Dylan.

Andrew no modificó su postura, apoyado en la pared con las manos en los bolsillos del pantalón como si todo aquello no fuera con él.

—Por las redes sociales. Tu hermana comentó en el evento de la exposición en Facebook. Supuse que vendrías ya que uno de los artistas es tu mejor amigo.

Tenía que estar de broma. Menos mal que la cuenta que yo tenía de Facebook era privada y nunca subía fotos con Leah, tampoco dejaba que los demás las subieran. Había hecho lo posible por mantenerla en el anonimato de internet. Pero, ¿Andrew lo habría descubierto de algún modo? ¿Por eso había aparecido? ¿Para conocer a su hija?

¿Para reclamarla?

La idea me anudó tanto el estómago que incluso empezó a dolerme.

—Me has estado *stalkeando* —acusé—. No solo a mí, sino a mi familia.

—Yo no lo llamaría de esa forma. Más bien he investigado tu paradero.

Solté una risa irónica para esconder el miedo que tenía a que en cualquier momento mencionara nuestra hija en común.

—Ah, perdona, no sabía que de los dos era yo la que debe ser investigada.

No le gustó mi comentario por la forma en la que me atravesó con la mirada, pero yo mantuve el contacto, estoica, dispuesta a no retractarme.

—Veo que el tiempo no ha borrado el rencor que sientes hacia mí —dijo—, y lo entiendo.

Tragué saliva con una molesta presión el pecho.

—Es difícil de borrar, ¿sabes? Me he vuelto una persona rencorosa gracias a ti, Andrew. —Eché un vistazo a la carretera y divisé el taxi a lo lejos. Me giré de nuevo hacia Andrew mientras recolocaba el bolso en mi hombro intentando que no me temblaran las manos—. Mira, no sé qué intenciones tienes, pero si has venido esperando obtener algo de mí, ya puedes abortar misión, porque lo único que quiero es que desaparezcas de mi vida para siempre.

El taxi llegó a mi altura. Mi salvación. Mi escapatoria a aquella desagradable escena. El pulso me bombeaba tan deprisa que lo escuchaba en los oídos y me planteé si sería capaz de andar con los tacones en el estado en el que estaba sin comerme el suelo.

—Buenas noches, Megan.

Tensé la mandíbula ante los ojos vivaces de Andrew, que me contemplaban fijamente como

si pudieran entrar en mi cabeza, en mi alma, y obtener todo lo que quisiera… una vez más.

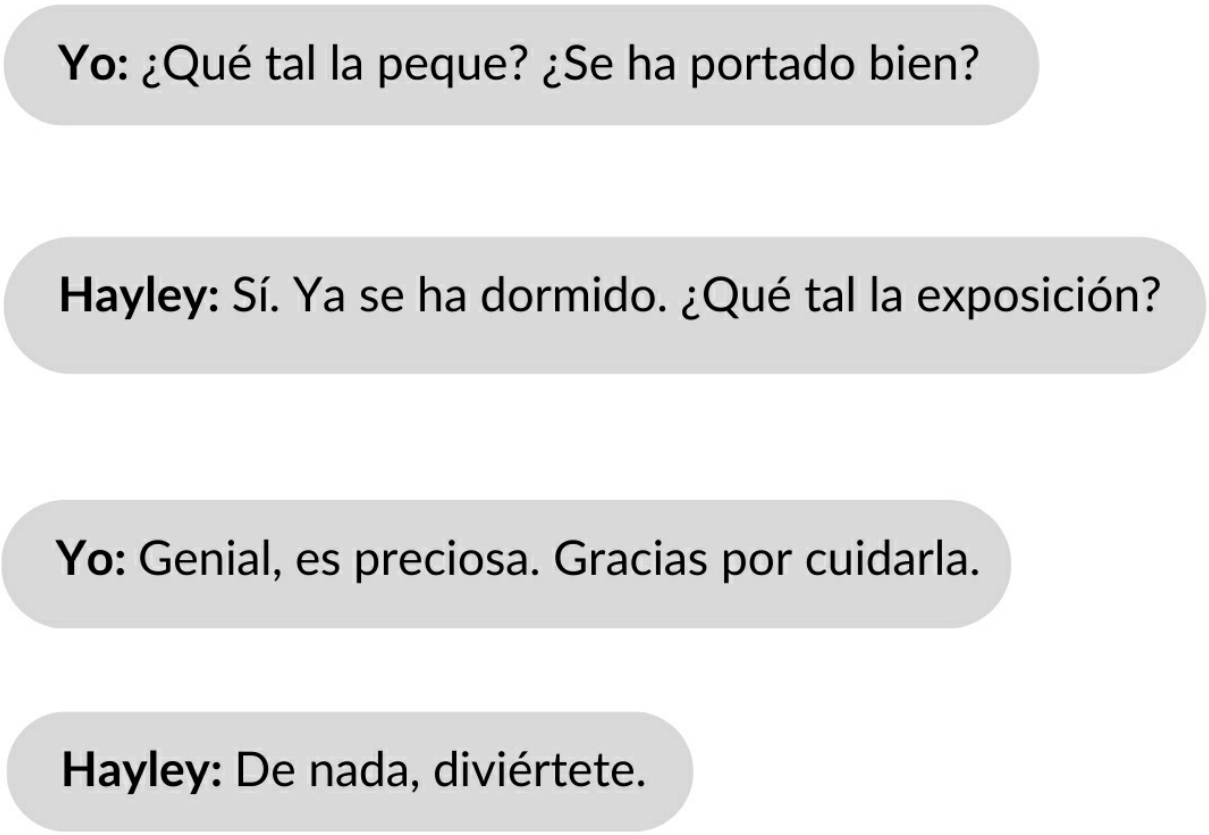
Avancé hacia el vehículo con el nudo quemando en mi garganta, abrí la puerta y entré en su interior, luego cerré tras de mí. Solté el aire por la boca, aliviada de no haberme caído. El taxista se quedó mirándome a través del espejo retrovisor, extrañado por mi rostro compungido y mi tardanza en hablar, pero me costó un esfuerzo encontrar mi voz. Le di la dirección y el hombre se puso en marcha para alejarme de Andrew. Atisbé por encima de mi hombro, su figura en la acera, todavía me observaba.

Cuando llegué al apartamento de Dylan, me apoyé en la puerta y me quité los tacones lanzándolos por el aire. Caminé hasta el salón y me dejé caer sobre el sofá, acto seguido agarré un cojín y, tapando mi rostro con este, grité con todas mis fuerzas mientras el sonido se ahogaba en la tela. Cuando me sentí un poco más liberada del estrés, me levanté para servirme un vaso de agua.

Apoyada en la encimera de la cocina pensé en Leah. En ese vínculo tan fuerte que toda la vida iba a unirnos a Andrew y a mí. El vínculo del cuál él no parecía tener conocimiento pues no había dicho nada al respecto.

Y así debía seguir.

Saqué el móvil del bolso y envié un mensaje a Hayley.



Dejé escapar el aire de mis pulmones. No podía creerme que Andrew hubiera aparecido allí, en la exposición, como si nada hubiera pasado. Que hubiera osado saludarme de esa forma, como si yo fuera a ignorar todo el daño que me había hecho y todo el tiempo que había transcurrido.

Dicen que el tiempo cura las heridas, pero la mía debía ser demasiado jodida porque seguía doliendo casi como el primer día. Volver a verle había resquebrajado el muro que con tanto ahínco construí para tapar todo lo que sentía. Día tras día, ladrillo a ladrillo. Me carcomía por dentro no saber a qué había venido, por qué me había buscado, desde cuándo estaba libre. Si iba a encontrármelo de nuevo.

Mi móvil comenzó a sonar y me desperté de un salto. Me di cuenta de que me había dormido en el sofá. Me incorporé y cogí el teléfono, era Dylan quien llamaba. Se había hecho la una de la noche.

—¡Meg! —exclamó nada más descolgué—. ¿Cómo estás?

—Hola. Estoy mejor, tranquilo. ¿Ya ha terminado la exposición?

—Sí, nos vamos a celebrar a un garito, ¿no te vienes? Si ya estás mejor… Aquí nos faltas tú.

Podía ver su cara haciendo pucheros a través del teléfono. Suspiré. Me sabía fatal haberles dejado plantados en una noche como aquella después de haberle prometido que no faltaría. Era la peor amiga del mundo. Sin embargo, no pude gestionar todos los sentimientos que me embargaron al ver otra vez a Andrew.

—Vale, iré un rato —concedí.

—¡Genial!

Dylan me mandó la ubicación, y, después de calzarme de nuevo los tacones y arreglarme el pelo, salí del apartamento camino al local. El lugar estaba lleno de gente y, a empujones, oteé en todas direcciones intentando buscar a mis amigos. Finalmente, vi la mano alzada de Dylan y pude reunirme con ellos.

—Si ya has potado el champán del demonio, tienes sitio suficiente para emborracharte con nosotros —dijo Jason.

—No voy a emborracharme.

—Eso lo dirás tú.

Rodé los ojos, sonriendo. Me sirvieron una copa en la barra, y una tras otra al final perdí la cuenta. Una hora después no estaba ebria, pero sí demasiado achispada. Me reí mientras bailaba con los chicos y perdí la noción del tiempo. Los recuerdos de lo que había pasado. Y todo en general.

—Ese tío no te quita ojo de encima —me dijo Dylan al oído.

Miré en la dirección que me marcaban sus ojos y vi a un hombre de mi edad, bastante

guapo, tomando algo con sus amigos y observándome sin cesar. Los hombres no estaban dentro de mi lista de prioridades. Después de lo que pasó con Andrew me cerré en banda y no quise conocer a nadie más. Mi corazón no estaba preparado para una nueva relación, además, no era tan fácil teniendo una hija.

—No me interesa, ya lo sabes —le grité a mi amigo.

—Hace mil años que no sales con nadie —me reprendió.

—Porque no quiero, pesado.

—Pues está bien bueno.

—¡Oye! Te he oído. —Se quejó Jason, agarrándole de la cintura por detrás y mordiéndole la oreja.

Puse los ojos en blanco y decidí ir al baño. Tanto alcohol tenía que salir por algún sitio. Caminé yendo un poco de lado a lado, a empujones entre la gente que bailaba, las parejas enrollándose y los borrachos bebiendo. No echaba nada de menos trabajar en el Eclipse, dejarlo fue una bendición. Después de hacer cola un par de minutos y hacer mis necesidades, salí del baño y me topé de frente con alguien. Le pedí disculpas y cuando fui a continuar, me percaté de un hombre unos metros más allá. Un hombre vestido de negro. El corazón me dio tal vuelco que me quedé sin aire.

¿Era él?

Agudicé la vista, pero la gente se puso delante de mí, tapándome la visión. Las aparté, y avancé con la ansiedad consumiéndome por dentro. Miré en todas direcciones, buscándole. No le veía. Apreté los puños. Seguramente estaba paranoica. El alcohol me estaba nublando la razón. Andrew no tenía por qué saber que yo estaba en ese lugar, a no ser que me hubiera seguido… Intenté pensar con claridad. Barrí el local con la mirada y lo divisé de nuevo, esta vez pude comprobar que no era él. Mi cuerpo tensionado se relajó al instante, como si me hubieran desenchufado.

Joder, me estaba volviendo loca.

Sacudí la cabeza y regresé junto a mis amigos. Ellos, ajenos a todo, me sonrieron y me incitaron a seguir bailando. No me había atrevido a contarles sobre la inesperada visita de Andrew. Ni creía tener el valor de hacerlo por el momento. Lo más seguro era que no volviera a verle, de modo que no había motivo para preocuparles y remover la mierda.

Después de un rato más de bailar y divertirnos, decidimos ir a casa. Cogidos los unos a los otros conseguimos subir al apartamento, me deshice de los dichosos tacones y del bonito vestido azul, y me acosté en la cama de invitados que Dylan había preparado para mí.

El día había sido demasiado intenso, demasiado de todo. Solo quería regresar a casa y encontrarme con los ojitos verdes de Leah, esos que, por jugarretas del destino, heredó de su padre.



CAPÍTULO 3

PÁGINA EN BLANCO

—Buenos días, Bella Durmiente.

Abrí los ojos y mi instinto me hizo levantarme de golpe. Miré la hora para darme cuenta de que, en efecto, era muy tarde. Salté de la cama ante la mirada divertida de Dylan, que me observó vestirme dando saltos sobre uno de mis pies.

—¿Por qué no me has despertado antes?

—Estabas muy a gusto. Venga, ven, que Jason ha preparado el desayuno.

Bufé y terminé de abrocharme el botón del vaquero. Recogí todas mis cosas y las metí de nuevo en la pequeña mochila, cuando lo vi todo ordenado, salí de la habitación para comer ese desayuno porque estaba hambrienta. Jason había preparado tortitas con sirope y casi me desmayo de la emoción.

—Qué bueno, gracias.

—De gracias nada, son veinte pavos —se mofó Jason.

Le saqué el dedo medio y él me sonrió. Desayunamos los tres en tranquilidad. Ellos dos estaban como si nada, por supuesto, aunque yo no había olvidado lo que había ocurrido la noche anterior.

—La exposición fue un éxito —dijo Dylan—. Vino más gente de la prevista y encima vendí un par de cuadros.

—No me esperaba menos de ti —aseguré.

—Ah, ¿te acuerdas del tío que me felicitó? —comentó a Jason. Este asintió—. Tendrías que

haberlo visto, Meg, seguro que era tu tipo. Misterioso, guapo y con unos ojazos verdes…

Comencé a toser al atragantarme con las tortitas. Dylan me ofreció agua. Bebí desesperada sintiendo que el mundo caía sobre mí. Esperaba que no se hubieran dado cuenta de quién era.

—¿Quién era ese? —pregunté haciéndome la inocente.

—Ni idea —contestó Dyl—. No lo había visto nunca, tendría treinta y tantos, vestido de negro y con una voz grave de esas de los protagonistas de las películas de acción. Tenía una mirada… ¿verdad, amor?

—Sí, a los dos nos llamó la atención —concordó su novio—. A ti se te habrían caído las bragas.

—Ya…

Se me cayeron en su día, sí. Ahora todo había cambiado. Definitivamente era él, estaba segura. ¿Qué narices estaba tramando? Maldito loco.

—Lo importante es que te fue genial —dije para cerrar el tema.

Una hora más tarde estaba lista para marcharme. Mi mejor amigo y Jason se despidieron de mí con un fuerte abrazo.

—Gracias por venir, Meg —dijo Dylan—. Me ha hecho mucha ilusión verte.

Esbocé una sonrisa. Ese idiota me iba a emocionar.

—Vendré a visitaros pronto. O podéis venir vosotros, hace mucho que Leah no os ve.

—Lo sé, está enorme. Te prometo que iremos.

Me senté en el asiento del conductor, les dije adiós con un gesto de la mano y arranqué el motor. El viaje fue tranquilo y sin sobresaltos, deseando regresar a casa.

Hayley me recibió con una sonrisa.

—¿Cómo ha ido?

«Si yo te contara…»

—Genial. —Sonreí—. ¿Qué tal por aquí?

—Bien, Leah está durmiendo la siesta en su cama.

—Vale, muchas gracias, Hayley, puedes marcharte. Ya has hecho bastante por nosotras.

Ella me guiñó un ojo y recogió sus cosas.

—De nada. Nos vemos mañana.

Asentí y caminé hasta la habitación, en la que me encontré a Leah acurrucada sobre la cama, tapada con su mantita de unicornios, con su cabello castaño revuelto sobre las sábanas. Me senté en el borde y le acaricié el pelo con suavidad.

Ver a Andrew de nuevo había sido un duro golpe para mí y no podía quitármelo de la cabeza. Me aterraba que pudiera aparecer otra vez y exigir sus derechos como padre. Me aterraba que mi hija empezara a preguntar cosas. Y más me aterraba que ese sentimiento que tenía tan escondido y tan bien enterrado saliera a flote si me encontraba con esos ojos verdes.

Me tumbé al lado de Leah y la rodeé con mi brazo, ella se removió, dejándose acunar en mis brazos. Cerré los párpados y me permití un momento de paz al dormirme con ella.

Cuando me desperté había pasado cerca de una hora, miré a mi hija para comprobar que seguía en el mundo de los sueños, de modo que, con cuidado, salí de la cama. Me acerqué a la cocina para prepararme un café y me senté en la encimera con el portátil. Después de navegar por aquí y por allá, terminé por ceder al impulso de lo que llevaba rondando mi cabeza todo el día. Puse el buscador y tecleé «Andrew Coleman».

Salieron algunas noticias que leí con atención.

«Andrew Coleman, hijo de Stephen Coleman, capo de la mafia neoyorkina y miembro de una red de crimen organizado, es declarado culpable y sentenciado a diez años de cárcel por tráfico de armas, blanqueo de capitales y varios cargos más relacionados con su actividad delictiva».

Mordí la uña de mi dedo gordo, pensativa. Diez años de cárcel y, sin embargo, él ya estaba libre. ¿Cómo era posible? ¿Qué habría hecho para conseguir salir? ¿Es que acaso todavía estaba metido en esa mierda de la mafia y había conseguido algún chanchullo para poder librarse del resto de años de prisión?

Fuera lo que fuese, no lo quería cerca de mí. Lo único que quise siempre era olvidar todo lo que sucedió, enterrarlo en el pasado como un mal sueño. Nunca podría perdonarle el daño que me hizo aquel día en la sala de visitas. Nunca podría dejar atrás lo mucho que sufrí, sintiéndome abandonada y traicionada, sola con un bebé en camino. Después de arriesgar mi vida por él…

Cerré el portátil de golpe. Terminé mi taza de café y me dispuse a hacer las tareas de la casa. Cuando estaba colocando ropa limpia en la cómoda de mi habitación, el tema que no había dejado de rondar por mi cabeza se hizo más presente. Me mordí el labio inferior. Negué con la cabeza y cerré el cajón. Di media vuelta, pero me quedé quieta y miré sobre mi hombro. Me giré de nuevo, me agaché y abrí el último cajón. Con el corazón bombeando con fuerza en mi pecho, metí la mano para rebuscar en el fondo, debajo de sábanas y prendas que no usaba a menudo. Mis dedos tocaron la cajita. Llené mis pulmones de aire. Seguía ahí. Hacía más de cinco años que la escondí en ese rincón oscuro y no volví a sacarlo.

La agarré para extraerla. Una cajita de color marrón oscuro se encontraba entre mis dedos. Pensé en devolverla a su lugar y fingir que no estaba ahí, olvidarme para siempre de ello, o tirarla a la basura de una vez por todas, pero… no pude evitar la tentación. Separé la tapa de cartón y un escalofrío me recorrió la columna vertebral al ver el anillo que reposaba en su interior. La pequeña circunferencia de plata estaba intacta, al igual que el brillante en su centro que resplandeció con las luces del techo.

Nunca fui capaz de deshacerme del anillo que Andrew me dio.

Quise hacerlo muchas veces, quise venderlo, quise romperlo, quise lanzarlo al río Hudson,

pero al final, volvía a guardarlo en el fondo del cajón. Era como un recordatorio de lo que viví, de a lo que me enfrenté, de lo que perdí. Y aunque fuera una especie de cadena que me anclaba al pasado, aunque algunas noches lo recordara y casi pudiera escucharlo palpitar en su escondite, en realidad no tenía las fuerzas suficientes para arrancarlo de mi vida. Un simple objeto albergaba más poder del que me hubiera imaginado.

Ahora Andrew había regresado, y al mirar el anillo, un sentimiento de terrible nostalgia me invadía.

Pero debía resistir.

Debía olvidar.

Coloqué otra vez la tapa a la cajita y lo metí en su lugar, en la esquina más inaccesible de la cómoda. Cerré el cajón con fuerza. Me levanté y respiré hondo. Como si nada hubiera pasado, continué con mis labores.



Los días pasaron sin pena ni gloria. Todo había sido normal, sentía que estaba recuperando mi cordura y mi vida cotidiana. Habían pasado unas semanas desde el encuentro fortuito y casi se me había olvidado. Casi.

Me encontraba en la librería, en mi turno de mañana, cansada y con algo de ojeras por no haber dormido bien últimamente. Elia no paró de preguntarme qué me pasaba, ya que, aparte de mi cara de *zombie*, estaba bastante distraída. No tuve, y seguía sin tener, valor ni ganas de contarle el grandioso reencuentro que había tenido en Manhattan. Mi amiga era muy teatral y le encantaban las telenovelas, si se lo contaba era capaz de hablar del mismo tema durante horas. Y era lo que menos necesitaba. Como era evidente a mi familia tampoco les dije ni pío. Podría ocasionar la tercera guerra mundial, ya veía a mi madre contactando con la policía y poniéndome vigilancia. Lo mejor era guardármelo para mí misma.

Las campanitas de la puerta de entrada de la librería sonaron con la llegada del repartidor. Nate apareció en mi campo de visión arrastrando la carretilla con cajas llenas de libros, llegó hasta mi altura en el mostrador y me sonrió. Le devolví el gesto. Nate tenía un par de años más que yo; era un chico bastante guapo, de piel tostada por el sol, cabello negro alborotado y ojos castaños; con una barbita de un par de días y esa mirada bonachona que casi te obligaba a ser

simpática con él.

—Aquí tienes tu encargo, señorita Megan —dijo, bajando las cajas.

Siempre me llamaba de esa forma, y a mí me hacía gracia. Al menos no me llamaba «señora».

—Gracias, Nate, qué haría yo sin ti.

—Pues tendrías una librería sin libros y eso no vende.

Me guiñó un ojo y yo dejé escapar una carcajada. El repartidor me caía muy bien, y lo admitía, coqueteaba un poco con él, pero no tenía intenciones de nada. No estaba lista para tener nada con nadie, por el momento. Había pasado cinco años en sequía total. Él nunca me había pedido una cita ni nada por el estilo, aunque Elia estaba encabezonada en que estaba coladito por mí. Según ella: «A mí no me entrega los libros con ese brillo en los ojos».

—¿Cómo le ha ido a la último de Stephen King? —preguntó.

—Genial, sigue siendo el maestro del terror.

—¿Me lo recomiendas? —Se apoyó con el codo en el mostrador—. Estoy pensando en regalárselo a mi hermana, es una friki de ese autor.

—Claro. A mí, personalmente me gustan más sus primeros libros, tenían más su esencia, pero continúa haciendo buenas historias.

—Como *Carrie* o *Misery* no hay ninguno.

—Lo malo de *Carrie* es que ha sido muy machacado con tantas películas.

—En eso estoy de acuerdo.

Nos quedamos mirando un par de segundos como idiotas, y fui yo quien desvió la vista e hice intento de empezar a abrir las cajas.

—En fin, un placer hablar contigo de literatura una vez más, señorita Megan.

Me hizo un saludo militar y arrastró la carretilla ya vacía hacia la puerta. Yo me sentí un poco mal, pero le saludé con la mano mientras sonreía. En ese oportuno momento Elia entró en la librería. Su expresión picarona me lo dijo todo.

—¿Cuándo pensáis liaros el repartidor sexi y tú? No puedo esperar toda la vida, y él menos, supongo —señaló, sacudiéndose el cabello del hombro después de quitarse el abrigo.

—¿Y a ti qué más te da? Preocúpate de lo tuyo, metiche.

—Pareces una abuela con la vida que llevas.

Negué con la cabeza.

—Con una hija no es tan fácil.

—Que seas madre no significa que tengas que convertirte en monja. Nate es encantador, seguro que no le importaría y se llevaría genial con Leah.

—Bueno, Leah es especial y tiene mucho carácter para la edad que tiene.

—Claro, su madre es una tozuda.

—Sabe bien lo que quiere —me pavoneé.

—Tú verás. Si lo dejas escapar me lo quedo yo. Es guapo, listo y le gusta leer. Mi prototipo. El único problema es que yo no le gusto, pero eso lo arreglo pronto.

—Estás loca.

Elia me sacó la lengua y comenzó a colocar los libros de las cajas en su lugar correspondiente. Más tarde, me marché a casa, jugué con Leah y el día terminó.

Pasaron las hojas del calendario uno tras otro, páginas en blanco con poco con lo que rellenarlas. Sin darme cuenta había pasado casi un mes desde mi viaje a Manhattan, y definitivamente las cosas volvieron a su cauce.

Una de las muchas mañanas en la librería estuve durante un buen rato ordenando libros nuevos que habían llegado, guardándolos en nuestro sistema, poniéndoles el precio y colocándolos en su sitio en las estanterías. Tenía cuatro libros en las manos que necesitaba subir a una balda a la cual no llegaba, de modo que, cogí el pequeño taburete y me subí a él para alcanzar el lugar. Acomodé el primero, el segundo me devolvió la mirada como si intentara decirme algo. Era una novela sobre dioses de Egipto. Chasqueé la lengua cuando los recuerdos acudieron a mi cabeza, recuerdos sobre aquel libro que él me regaló al principio de estar «prisionera» en su mansión. Fue algo parecido al inicio, las primeras sensaciones de que mi captor podía no ser un monstruo.

Bufé y le di la vuelta al ejemplar para subirla a su sitio. Entonces sonaron las campanillas de la puerta de entrada de la librería y escuché los pasos de alguien acercándose.

—Buenos días, ¿puedo ayudarle en…?

Me quedé a media pregunta cuando reconocí al hombre que tenía frente a mí en el pasillo. La conmoción me hizo tambalearme en el taburete, que estuvo a punto de volcar y mandarme al suelo. Andrew se aproximó y su mano estuvo a un centímetro de tocarme, pero por suerte, me estabilicé a tiempo de no necesitar su ayuda. Eso sí, los libros se cayeron de mis manos. Ojalá le hubieran dado en el pie.

—¿Estás bien? —preguntó.

¿Qué si estaba bien? ¿Se estaba quedando conmigo? Cuando recuperé el aliento, bajé con cuidado del taburete y enfrenté su mirada. La pregunta correcta era: ¿qué narices estaba haciendo Andrew en mi librería?

—De maravilla —escupí—. ¿Cómo me has encontrado? ¿Ahora vas a acosarme también en mi trabajo? Te dije que quería que desaparecieras.

—Solo quiero comprar un libro.

Le taladré con la mirada, alucinada de su impasividad. Había olvidado lo mucho que me irritaba que siempre fuera tan escueto, misterioso y jeroglífico.

—¿Y no hay más librerías en la dichosa ciudad? Has tenido que venir justamente a esta.

—Es la que me parece más interesante, su nombre ha llamado mi atención.

Sabía a lo que se refería. Quizás no debería haber usado una palabra que tuviera que ver con las dichosas mariposas.

—No mientas, sabías que yo era la dueña.

—Es posible.

La postura de Andrew era casual con las manos en los bolsillos del pantalón de color negro. Parecía ser su nuevo uniforme. Crucé los brazos sobre el pecho.

—Pues me reservo el derecho de admisión.

—¿Me vas a prohibir la entrada?

Sus ojos tenían un brillo provocador que me estaba poniendo nerviosa. En serio, ¿por qué tenía que enfrentarme a esto? Pensé que no tendría que verle más.

—Sí, y si insistes, llamaré a la policía.

Su rostro se ensombreció por un segundo, fue tan rápido que casi creí que me lo había imaginado, pero vi como un nervio palpitaba en su mandíbula.

—De acuerdo.

Las campanillas sonaron de nuevo y Frank, un cliente que ya conocía porque venía muy a menudo, entró caminando hacia el pasillo. Me quedé observando a Andrew en silencio, aturdida y confundida. Sin decirle nada más, pasé por su lado dispuesta a atender a mi cliente. Andrew esperó mirando los libros de las estanterías. A pesar de estar hablando con Frank, mis ojos se iban hacia su ubicación, observando de reojo su comportamiento y preguntándome mil cosas a la vez sin obtener respuesta de ninguna.

Cuando terminé con el hombre y le tendí su bolsa, Andrew apareció en el mostrador con una novela en las manos. Era *Papillon de* Henri Charriere.

—Me llevo este. Ya he visto la película, pero siempre dicen que el libro es mejor.

Alcé la mirada, estupefacta. Era irónico que hubiera escogido una historia sobre un preso condenado por un crimen que no cometió; que además trató de escapar de la cárcel. Y por si eso no fuera poco, el libro tenía una mariposa en la portada.

Hice un esfuerzo por mostrarme indiferente mientras le cobraba el artículo y se lo metía en una bolsa de cartón. Él me atravesó con sus iris verdes en el momento en que nuestras manos se rozaron al tomar la bolsa. Contuve el aliento, maldiciendo a mi cuerpo por haber erizado mi piel.

—Bueno —dije, dispuesta a dar por terminada la visita—, ya tienes tu libro, puedes irte.

Asintió y se alejó, pero después volvió a dirigir la vista hacia mí. Tragué saliva.

—Me alegra saber que te va bien y que has conseguido rehacer tu vida.

Apreté los dientes casi sin darme cuenta.

—Por suerte, y tenías razón, me ha ido mucho mejor sin ti. —Nos mantuvimos la mirada y yo luché por no dejar que la tormenta que había en mi interior saliera a flote—. No vuelvas por

aquí —añadí tajante.

Andrew no respondió, se dio vuelta y salió de la librería haciendo sonar las dichosas campanillas.



CAPÍTULO 4

UNA FAMILIA

No sé si fueron segundos o minutos. Tan solo recuerdo que me quedé en el mostrador mirando al infinito como si me hubieran absorbido el cerebro. Andrew había estado en mi librería. En MI librería. ¿Cómo narices sabía dónde trabajaba? ¿Y ahora qué? Podría aparecer cuando quisiera. ¿Y si también sabía dónde estaba mi casa? ¿Habría visto a Leah? Miles de preguntas aterradoras sin respuesta. La paranoia comenzó a consumirme. Mi pulso se aceleró, me costaba respirar.

«Joder, tranquilízate, Megan».

Fui al pequeño cuarto de baño que teníamos en la trastienda y aproveché que no había ningún cliente para lavarme la cara con agua fría e intentar sobreponerme. Andrew ya no estaba en la cárcel, lejos, fuera de mi vista, como un dragón que se esconde en su guarida en lo alto de la torre. El dragón había salido y me había encontrado. ¿Y por qué? ¿Por qué me había buscado si fue él el que me echó de su vida? ¿Si supuestamente nunca le importé? No entendía lo que pasaba por su mente, pero no pensaba averiguarlo. Me sequé la cara y, después de tomar aire, volví a mi puesto. No tenía que preocuparme. Si aparecía solo tenía que llamar a la policía, ponerle una orden de alejamiento o algo así. Suspiré. Dios santo… Esperaba no tener que llegar a eso.



Al día siguiente estaba en el parque con Leah y con Elia. Todos los miércoles por la tarde cerrábamos la librería e íbamos al que había cerca del trabajo ya que mi amiga era como un niño más y le encantaba jugar con mi hija. Después tomábamos un café mientras Leah se bebía su batido. Las observé jugar en los columpios moviendo el pie arriba y abajo. No me había podido sacar de la cabeza lo que ocurrió la mañana anterior. Había dormido una mierda y menos mal que no vivía con mi madre, sino me habría acribillado a preguntas. Sentía un peso en el pecho que me estaba oprimiendo. Siempre me había callado todo lo relacionado con el tema, oculté nuestro reencuentro, no dejé que nadie supiera cómo me sentía… Pero ya no podía guardármelo más. Necesitaba contárselo a alguien.

Elia se acercó al banco dónde estaba sentada, ya agotada de jugar con la hiperactiva de Leah. La pequeña se quedó a nuestra vista meneando uno de sus ponys de arriba abajo.

—Tu hija un día me mata —dijo tomando asiento a mi lado—. ¿Cómo puede tener tanta energía?

—Los niños son así. Te reto a quedártela una semana.

—La amo, pero no, gracias.

Me reí flojo. Observé a mi hija llenar la cola rubia del animal de arena del parque. Me miró con sus ojitos verdes y me dedicó una sonrisa infantil e inocente.

—Hay una cosa que quiero contarte —dije de pronto—. Si no voy a explotar.

Elia me atisbó frunciendo el ceño, confusa. Las tenues pecas de su nariz y pómulos parecían más vívidas al sol.

—Vamos, dime.

Decidí soltarlo sin más. Como un misil.

—Ayer Andrew vino a la librería.

Ella ladeó la cabeza, contrariada.

—¿Andrew? —preguntó. Yo tan solo la miré en silencio—. ¿*Ese* Andrew?

Asentí.

Mi amiga pegó un salto de su asiento y se incorporó hacia mí, observándome con los ojos bien abiertos.

—¡No me jodas! ¿Estás de broma?

—Desgraciadamente no.

—Pero ¿cómo es posible? ¿No estaba en la cárcel? —exclamó.

Eché un vistazo a Leah y le hice una seña a Elia para que bajara la voz.

—Eso pensaba yo. Pero allí estaba. Entró como si nada a comprar un libro.

—No me lo puedo creer. Esto es surrealista. ¡Parece una película! ¿Y tú qué le dijiste?

—No mucho, estaba flipando, así que solo llegué a decirle que tenía prohibido volver.

—Pero ¿él sabía que tú trabajabas ahí o fue casualidad?

Chasqueé la lengua, cruzando de nuevo las piernas.

—Claro que lo sabía. Él siempre lo sabe todo.

—Qué fuerte. —Elia hizo una pausa—. A lo mejor solo quería ver cómo estabas.

—Eso dijo… pero que le jodan.

Elia esbozó un mohín. Me costó bastante tiempo contarle a Elia la verdad de mi pasado, quién era el padre de Leah y qué ocurrió entre nosotros. Ella confesó que estuvo a punto de pedirme permiso para escribir mi historia, pero al final lo rechazó por respeto hacia mí. Sabía que por el momento era a la única a quién podía poner al corriente de lo que estaba sucediendo. Mi familia no se lo tomaría nada bien. Y contárselo a Dylan no serviría de nada, tan solo para que se preocupara. Solo podía confiar en Elia.

—No era la primera vez —dije. Elia me prestó atención—. También le vi en la exposición de Dylan.

—Alucino. ¿Y qué hacía allí? ¿Qué te dijo? ¿Qué hiciste?

Solo de recordarlo se me revolvía el estómago. Se me ponía la piel de gallina. Lo peor era que no solo me evocaba malos sentimientos. Seguía ahí, escondido, asustado, el amor que até con todas las cadenas que encontré y encerré en un cuarto oscuro sin ventilación.

—No lo sé.

Elia se quedó en silencio, comprendiendo la cantidad de emociones que me recorrían el cuerpo en ese instante. Alargó su brazo y me rodeó el cuello para acercarme a ella.

—No te preocupes, ¿vale? Si vuelve a acercarse a ti me llamas y le pegamos con el bate que esconde mi padre en el garaje.

No pude evitar reírme un poco. Elia podía ser infantil, demasiado soñadora e hiperactiva, pero siempre estaba ahí en los malos momentos y sabía cómo hacerte sentir mejor. Me recordaba bastante a alguien de mi pasado. Una amiga a la cual no vería nunca más y que me era imposible no rememorar a veces. Igual de alocadas y risueñas. ¿Dónde estaría Rose? ¿Sabría que su cuñado había salido de la cárcel? Me vendrían tan bien sus consejos ahora.



Los días se convirtieron en noches y las noches en días, y cada vez que escuchaba el sonido de las campanillas de la puerta de entrada a mi librería se me aceleraba el corazón. Un día me daría un ataque. Debía quitarlas si quería seguir viviendo.

—¿Qué te tiene tan ensimismada? —preguntó Nate frente a mí en el mostrador.

—¿Qué?

Llevaba un par de minutos para firmarle la hoja de entrega de los paquetes. Dios. Estampé el sello rápidamente y se lo devolví.

—Perdona, estoy en las nubes.

—Eso es que trabajas demasiado.

—Bueno, la librería no se lleva sola.

Nate presionó los labios y colocó un codo en el mostrador. Le miré alzando una ceja.

—Pero quizás necesitas despejarte.

—¿A dónde quieres ir a parar? —indagué sonriendo.

Él se recolocó la gorra y carraspeó. Parecía nervioso, avergonzado, no sé, no le reconocía, Nate era bastante seguro de sí mismo.

—A lo mejor piensas que soy un idiota, y lo entiendo. Sin embargo, me gustaría… que fuéramos a tomar algo un día de estos, y hablemos de libros fuera de estas paredes.

Parpadeé, confundida. ¿Me estaba pidiendo una cita?

—¿Por qué iba a pensar que eres idiota? —Fue lo único que se me ocurrió decir con los nervios.

Su sonrisa se ensanchó. Y joder, era muy guapo. Guapo de revista. De quedar atontada mirando sus facciones varoniles.

—Admito que a veces peco de ser un poco fanfarrón.

—A mí no me lo parece. Me caes bien.

Nate dejó escapar una risita.

—Eso es bueno, entonces. ¿Qué me dices de… quedar?

Ah, sí. Me había pedido una especie de cita. Madre mía, ya ni me acordaba de lo que era eso, ni que se respondía ni que se hacía, ni a dónde se iba. Ni siquiera sabía si quería ir con Nate a ese tipo de encuentro. Era guapo, simpático, inteligente… No obstante, yo tenía una hija y él

no tenía ni idea. Además de que no creía estar preparada para empezar ese camino con nadie. Necesitaba una vía de escape. Me sentía mal rechazándolo directamente.

—¿Puedo pensarlo? —solté. Él me observó un poco confuso—. Es que no sé cuándo podría y no sé… Te digo mañana, ¿vale?

Nate se humedeció los labios, evaluando mi ambigua respuesta, después dibujó una sonrisa, aunque no me pareció tan sincera como la anterior. Era como si sospechase que el rechazo estaba a la vuelta de la esquina.

—Claro, no te preocupes. Mañana tengo que venir por esta zona, me pasaré por aquí. —Cogió la carretilla y me guiñó un ojo antes de marcharse—. Hazme hueco en esa apretada agenda, señorita Megan.

Las dichosas campanillas sonaron ante su salida de la librería. Genial.

Un rato más tarde, Elia apareció para relevarme. Dejó sus cosas en la trastienda y se puso a mirar el ordenador. Me observó de reojo, frunciendo el ceño.

—¿Qué te pasa? Parece que has visto un fantasma. Dime que no es eso, porque me cago viva.

Cabeceé mientras recogía mi bolso. Puede que sí que hubiera visto uno.

—Los fantasmas no existen, Elia.

—Bueeeno, hay alguno por ahí… Oye —me miró alarmada—, ¿no será que ha venido otra vez el exconvicto?

Sentí una punzada en el pecho solo con la mención.

—¿Ahora le llamas así?

—No sabía cómo hacerlo, y es lo que es.

—Pues no ha sido él.

—Es decir, que ha sido otro. Joder, Meg, no das abasto.

Me reí un poco para aliviar la tensión que se había acumulado de repente en mi cuerpo. Decidí pensar en Nate y en las cosas sencillas de la vida, en vez de… de en el oscuro pozo que era Andrew.

—Ya sabes —me hice la interesante—, Nate ha venido a repartir…

—Ay Dios, te lo has tirado en la trastienda.

—Pero ¿por qué eres tan bruta? —Elia soltó una carcajada que no pude evitar seguir, aunque tenía de todo menos ganas de reír. Me apoyé con la cadera en el mostrador—. Me ha pedido una cita. O al menos eso parecía, dice que quiere salir a tomar algo y hablar de libros.

La boca pintada de rosa chicle de Elia formó una O de sorpresa. Acto seguido aplaudió como si el hecho de que me pidieran una cita fuera algo que festejar.

—¡Lo sabía! —exclamó—. ¿Cuándo habéis quedado?

—Eh… no le he dado una respuesta.

Ella me observó como si fuera un extraterrestre.

—¿Me estás vacilando? ¡Es Nate! Está buenísimo.

—Ya lo sé, pero… en ese momento me he quedado un poco *shockeada.* No me lo esperaba. Además, siento que hace siglos que no salgo con nadie. Le he dicho que lo pensaría.

—¡No hay nada que pensar! Te mereces un buen hombre, Megan, y él lo es. Un hombro en el que llorar. —Me dio un codazo—. Un pecho fuerte que abrazar, una cara bonita que besar…. Me entiendes, ¿no?

—Por favor, deja de leer libros románticos.

Ambas nos reímos y corté el tema cogiendo mi bolso para marcharme a por Leah, que estaba a punto de salir del colegio.

Cuando llegué a las puertas muchos niños ya salían de sus clases, comenté un par de tonterías con otras madres, aunque tenía una relación cordial, no había hecho amistad con ninguna. A pesar de los años, me seguía sintiendo diferente, me costaba encajar. El único sitio en el que logré encontrar mi hueco fue… fue con él. Con su familia. Sacudí la cabeza y vi a Leah salir acercándose a mí.

—Hola, peque, ¿cómo ha ido hoy?

—Bien —respondió con su vocecita aguda.

—¿Qué habéis hecho? —pregunté de camino al coche.

—Hemos dibujado a nuestra familia.

Me giré para mirarla, agarrada de mi mano, me fijé en que tenía una hoja pintarrajeada en la mano. Me acuclillé para verla de frente.

—¿Puedo verlo?

Ella me observó por debajo de sus espesas pestañas, con esos ojos verdes vivaces y un poco avergonzados. Me tendió el papel y pude ver lo que parecía el monigote de una niña de pelo castaño que sería ella, uno más grande a su lado que supuse, era yo.

—Esta es mamá, ¿verdad?

Leah asintió.

En el dibujo, al otro lado de la niña había una figura de pelo azul que no pude identificar, aunque el nombre escrito encima me lo dejó claro. Ponía «Hayley». Mi hija consideraba a su niñera parte de su familia. Me humedecí los labios.

—He pintado a Hayley porque los demás niños pintaban papás y yo no tengo.

Alcé la vista, clavando la mirada en mi hija y en su rostro un poco triste. Se me partió el alma. Me dolió el pecho como si me hubieran clavado una espada hasta alcanzar el otro lado. No tenía papá. No era cierto. Lo tenía, pero yo se lo arrebaté. Estaba tan cerca de ella y tan lejos al mismo tiempo. En ese momento, mis convicciones se tambalearon. ¿Hice bien? ¿Realmente fue lo mejor para Leah no conocer a su padre? ¿Y si le estaba negando algo importante? ¿Me

perdonaría en el futuro si se enterase? Miles de preguntas sin respuesta, que arrañaban mi corazón una tras otra.

Parpadeé, intentando recobrar la compostura.

—Pero tienes una mamá que vale por dos. —Traté de sonreír, guardando el dibujo en mi bolso—. Mira. —La levanté y le di un fuerte beso en la mejilla—. ¡Uno! —Le di otro bien sonoro en la otra—. ¡Dos!

Leah puso morros, aunque yo sabía que le había gustado.

—Mejor solo una mamá —murmuró.

Me reí y la dejé en el suelo para darle la mano y caminar hacia el coche. Durante el trayecto estuve dándole vueltas. Leah siempre había estado sola conmigo, tan solo cuando era un bebé teníamos a mis padres. Ahora solo estaba Hayley, y Elia y Alice de vez en cuando. En todos estos años yo no había salido con nadie, ni en serio ni no en serio, de modo que ella nunca había tenido una figura parecida a un padre. Siendo más pequeña no le daba importancia, pero quizás, ahora que iba al colegio y veía las familias de sus compañeros, podía sentirse diferente. A lo mejor… era el momento de intentar que tuviera ese tipo de conexión.

Nate era una buena persona, amable, educado, trabajador, cariñoso. Si las cosas salían bien sería un buen padrastro. Miré a través del espejo retrovisor para ver a Leah jugar con la muñeca que tenía siempre en el coche. Podría hacerlo por ella. Y bueno, también por mí. Era verdad que necesitaba un apoyo. Intentarlo no tenía nada de malo.



CAPÍTULO 5

CITA INESPERADA

—¿Le das fruta todos los días? —preguntó mi madre.

Rodé los ojos ya que no podía verme a través del teléfono. Ella nunca cambiaría, si era histérica y pesada conmigo, imagínate con su nieta.

—Sí, mamá. Ya sabes que le encantan las fresas. Y cuando no, come plátano.

—El plátano tiene mucho hierro, dale también naranja así no se te constipa, eh.

Negué con la cabeza mientras sonreía porque con esta madre no podía hacer otra cosa.

—Tranquila, que está muy bien alimentada.

—Lo sé, cielo, eres una buena madre. ¿Cómo le va en el colegio?

—Muy bien. Es un poco reservada, ya la conoces, pero le gusta ir a clase.

Eso me hizo recordar el dibujo del otro día y la decisión que tomé. Hacía tres días desde que Nate me pidió quedar, y por el momento no le había dado una respuesta. Hoy tendría que ser la ocasión. No podía seguir teniéndolo en vilo.

—Así me gusta, es una niña muy inteligente. ¿Y Alice qué? Que no me cuenta nada esa niña, ¿le está yendo bien en la universidad?

—Tampoco te creas que a mí me cuenta mucho —dije al tiempo preparaba el almuerzo de Leah y lo metía en su mochilita—. Lo que sí sé es que sale bastante con sus nuevos amigos porque lo veo en Instagram.

—¿Sí? A mí me tiene bloqueada, aunque no sé muy bien cómo funciona esa cosa.

Solté una risa y terminé de preparar todo. Cogí mi bolso y estiré la mano hacia Leah para

que nos fuéramos.

—No te preocupes por ella, sabe cuidarse sola, ya es una mujer. Te dejo mamá, que vamos a llegar tarde.

—Vale, cielo, os quiero, pasad un buen día.

Colgué a mi madre y salimos de casa hacia un día más de rutina.

En la librería me mantuve ocupada para no pensar. Estaba dando golpecitos con el bolígrafo en el mostrador mientras realizaba un pedido cuando sonaron las campanillas.

—Servicio de entrega, señorita Megan —se anunció Nate, apareciendo en mi campo de visión.

Le di las gracias y le firmé el justificante algo nerviosa. Él no dijo nada sobre el tema de la cita, estaba como siempre, simpático y tranquilo. Recogió el papel dispuesto a marcharse.

—Espera.

Él me miró intrigado y yo me morí de vergüenza. Dios, había perdido la práctica en estos temas.

—Dime, ¿hay algo mal?

—No, no. Es solo que… sobre lo que dijiste el otro día… Lo de salir a tomar algo…

«Por favor, Megan, ¿tienes quince años? Espabila».

Nate esbozó una sonrisa automáticamente. Era muy guapo cuando sonreía así, más de lo normal. Me mordí el labio inferior.

—Ajá —dijo—. Lo recuerdo.

—Pues estaría bien. Si te sigue apeteciendo, claro.

Él se apoyó en el mostrador, a centímetros de mi cara.

—Cuándo y dónde tú quieras.

Le dediqué una sonrisa. Era un Don Juan. Quedamos en que me cuadraría los horarios y le diría una fecha. Aunque el día indicado apareció por arte de magia cuando la madre de una de las niñas de la clase de Leah, la única casi con la que tenía amistad, me preguntó si mi hija podía quedarse a dormir en su casa ya que la suya no paraba de insistir. Leah me miró con ojitos de cordero degollado, ella sí sabía cómo conseguir lo que quería, así que le permití ir. El sábado mi pequeña tendría su primera pijamada, y su madre tendría su primera cita en años.



—Tienes que ponerte bien sexi —señaló Elia.

La miré con mala cara mientras ella rebuscaba en mi armario y tiraba prendas sobre mi cama.

—Tampoco hace falta exagerar.

Ella se giró con un vestido negro en la mano.

—Pues claro que hace falta. Mira este, no está mal. Pero Dios, tu ropa es muy aburrida.

—¿Qué quieres? No salgo nunca, solo tengo ropa del día a día para ir a trabajar.

—Tendría que haberte traído algún vestido de los míos.

—Prefiero pantalones.

Elia puso los ojos en blanco. Sacó unos vaqueros negros ajustados y me los lanzó.

—Por lo menos ponte tacones.

—No se me da bien andar con ellos.

—Vale, Sor Megan. —Cogió un top verde esmeralda con la espalda al descubierto—. Este, y busca unos tacones negros.

Al final, me vestí como ella me dijo porque necesitaba un poco de orientación. Aun así, estaba muy acorde a mi estilo, nada fuera de lo que me habría puesto por mí misma. Eso sí, esperaba que no camináramos mucho porque los zapatos que había colocado en mis pies eran los mismos que lleve a la exposición de Dylan y no me generaban demasiada confianza.

—Eres la mamá más buenorra de Nueva York —halagó Elia mientras me miraba en el espejo.

Le guiñé un ojo y di una vuelta sobre mis talones. Me sentía como una adolescente en su primera cita. Qué patético. Me puse un poco de maquillaje y me peiné bien el pelo, aunque no me hice nada del otro mundo, me lo dejé suelto. Finalmente, ya preparada, ambas salimos de mi apartamento y yo me metí en el coche para ir al restaurante en el que habíamos quedado.

Elia se inclinó en la ventanilla.

—Enséñale de lo que eres capaz, tigresa.

Por un instante me quedé muda. Paralizada.

Tigresa.

Hacía tanto que no escuchaba ese apodo. El estúpido mote que Derek me puso. Derek, del cual no volví a saber absolutamente nada después de verlo por última vez herido de bala en aquel extraño hospital. Parte del mundo oscuro que dejé atrás.

Sacudí la cabeza y le sonreí a mi amiga.

—Bruta. —Le saqué la lengua al tiempo que arrancaba el motor.

Llegué al restaurante justo a la hora acordada. Me bajé del coche nerviosa. No era lo mismo hablar con Nate en el trabajo, de forma normal e inocente, que en una cita donde se suponía que… ¿qué se suponía? ¿Qué nos gustábamos? Entré en la sala principal y el camarero me

condujo a la mesa donde mi acompañante ya me esperaba. Ahí estaba Nate, sentado con una copa de vino y vestido con una camisa azul marino y unos pantalones oscuros. Se levantó nada más verme y nos dimos dos besos.

—Vaya… —dijo—. Estás preciosa.

Le sonreí notando calor en las mejillas.

—Ya no parezco la rata de biblioteca, eh. Tú también estás guapo.

Nate se rio y se arremangó la camisa, como si de repente estuviera acalorado.

—Nunca me pareciste eso.

—Oh, entonces la sexi bibliotecaria.

Ambos nos reímos y me alegré de que la velada hubiera empezado tan bien, que la conversación fluyera de forma natural como cualquier día en la librería.

—Dejémoslo en una chica muy guapa que vende libros.

—Y el repartidor le pide una cita. Parece la sinopsis de una novela romántica.

—O de una película porno.

Casi escupo el vino que acababa de beber. Dejé la copa, tosiendo, mientras, medio avergonzado, Nate se reía entre dientes.

—Está un poco fuerte —señalé evadiendo el tema.

—Siento haberte asustado, señorita Megan.

—¿Qué dices? Solo que no me esperaba ese comentario.

—Soy más espontáneo e impredecible de lo que crees —dijo levantando una ceja de forma juguetona.

—Sí, sí, eres igual que un *plot twist* de Jorge R.R Martin.

—Guau, es el mejor piropo que me han dicho en la vida.

—Lo sé.

El camarero se acercó para tomarnos nota y cuando trajeron los platos comimos con satisfacción porque estaba todo riquísimo. Charlamos de esto y lo otro, cosas sin importancia, libros, el trabajo, etc. Yo estaba algo inquieta porque Nate no sabía que tenía una hija, nunca vi la ocasión de comentárselo, ni tampoco lo creí crucial. Sin embargo, ahora… debía saberlo si quería seguir adelante con lo que sea que estuviéramos creando.

—Oye, ¿a ti te gustan los niños? —pregunté. El disimulo no era lo mío.

Nate dejó de comer y me miró un poco intrigado.

—Claro que sí. ¿Por? ¿A ti no?

—No mucho si te digo la verdad —contesté con sinceridad. Leah fue una sorpresa—. Pero te lo preguntaba para saber si te llevarías bien con alguien especial para mí. Tengo una hija, se llama Leah y tiene cuatro años.

Nate me observó en silencio. Intenté descifrar su expresión, pero era complicado. Fue una

mezcla de sorpresa, intriga, emoción y algo de miedo.

—Si es como tú nos llevaremos genial.

Esbozó una sonrisa que despejó de un plumazo todos los otros sentimientos y me hizo devolverle el gesto. No esperaba una reacción tan natural, tan buena.

—Ella es más…

Me quedé callada.

«¿Más qué Megan? ¿Más como su padre? ¿Más seria y reservada como él? ¿Más inteligente? ¿Más especial? Sí. Era su viva imagen».

La comida empezó a revolverse en mi estómago. Solo recordarle, solo pensar en Andrew me provocaba una vorágine de sentimientos que no podía controlar. Ni los años ni la distancia podían hacer que me deshiciera de ellos.

La melodía de mi móvil llenó el espacio entre nosotros. Desperté de mi trance y saqué el teléfono para mirarlo de reojo. Era mi hermana. Joder, ¿qué quería ahora?

—Tranquila, cógelo —dijo Nate.

Me mordí el labio inferior. Nate era amable, comprensivo y educado. Y yo había pensado en él. *Él*. Ese idiota de Andrew tenía que meterse en mi vida, en mi mente, a la fuerza, y no permitirme continuar, conocer alguien nuevo. Chasqueé la lengua y después de disculparme, cogí la llamada. Al principio solo escuché crujidos, ruidos extraños y música amortiguada.

—¿Alice?

Me pareció escuchar su voz de fondo, pero no distinguía lo que decía. Era posible que me hubiera llamado sin querer, estaba de fiesta y no se enteraría. Pregunté una vez más su nombre y al no obtener respuesta, estaba a punto de colgar cuando oí una voz masculina.

—Megan.

El corazón se me paró.

Era su voz. Era Andrew.

No podía ser. Un ardor incontrolable comenzó a subir por mi cuerpo. ¿Qué significaba esto? ¿Por qué me llamaba del móvil de mi hermana? Quise gritarle algo, pero me había quedado muda.

—Megan, ¿estás ahí?

—Sí —llegué a decir.

—Tienes que venir.

—¿Y mi hermana? —salté, despertando—. ¿Qué coño haces con su móvil?

—¿Va todo bien? —preguntó preocupado Nate.

Le hice una seña para que esperara y me levanté de la silla para alejarme de él y salir del restaurante. Abrí la puerta y el aire frío de la noche terminó de despejarme.

—Me la he encontrado por casualidad en una discoteca —explicó Andrew.

—Y una mierda, seguro que la has seguido.

—Megan, joder, ¿qué gano yo con eso?

—¡Yo qué sé! Estás loco.

—Oye… tú cara me suena… —Di un respingo al escuchar la voz de Alice. Sonaba fatal, arrastraba las palabras y no podía casi ni vocalizar—. Dame eso… no se lo digas….

—Estate quieta. —Oí decir a Andrew. Crujidos.

—¿Qué ha pasado? —pregunté nerviosa.

—Está muy borracha. A punto de caer inconsciente. Tienes que venir a por ella.

¿En serio? ¿En serio el destino era tan traicionero que había juntado en la misma discoteca a mi ex y a mi hermana? Alice no sonaba nada bien, muy a mi pesar, él tenía razón, debía ir.

—¿Dónde está?

—Te mando la ubicación por mensaje.

—Vale.

Hubo un par de segundos de silencio. No sabía si debía decir algo más. Contrariada, simplemente colgué. Al momento me llegó el mensaje de Alice con la dirección. Inhalé con fuerza. De acuerdo. Iba a verle otra vez. No pasaba nada. Llegaría, me llevaría a Alice y se acabó la historia.

Apreté le móvil en mi mano y entré de nuevo en la calidez del restaurante. Me acerqué a la mesa donde Nate me esperaba con cara de preocupación. Mierda, pobre hombre. Me moría de vergüenza por dejarle tirado en nuestra ¿primera cita? Ni siquiera sabía si lo era. Armándome de valor me senté un momento en la silla.

—Vaya cara, señorita Megan —bromeó, algo vacilante por mi actitud—. ¿Algún problema?

—Lo siento mucho, Nate, de verdad, pero me tengo que ir —dije afligida. Él parpadeó—. Me sabe fatal dejarte aquí con la comida a medias… Mi hermana está como una cuba en una discoteca y voy a ir a por ella.

—No te preocupes. Lo entiendo, lo primero es lo primero.

Si era tan bueno y comprensivo me sentía todavía peor. Metí el móvil en mi bolso y me lo colgué del hombro dispuesta a marcharme.

—Gracias por entenderlo.

—¿Quieres que te lleve? Puedo dejaros en casa después.

Negué con la cabeza. Solo me faltaba eso.

—No, no, tranquilo, no quiero meterte en mis movidas… Además, he venido con mi coche.

Nate sonrió con dulzura y asintió.

—De acuerdo, ten cuidado.

—Sí…

Le dediqué una última mirada y me di la vuelta para salir del restaurante. No sabía cómo iba

a poder mirarle a la cara después de esto cuando me trajera los envíos. Iba a ser muy raro.

En unos quince minutos había llegado a la zona. Aparqué donde pude y al bajarme me crucé de brazos porque no me había puesto la chaqueta y el top que llevaba tenía la espalda al descubierto. Daba igual. Eché un vistazo alrededor. Había varios pubs, la gente deambulaba de aquí para allá, la música amortiguada se escuchaba a través de las puertas de las discotecas.

Entonces le vi. Estaba apoyado en la pared de uno de los locales, vestido con vaqueros negros y una camisa del mismo color, fumando un cigarrillo. Ese acto me sorprendió, ya que siempre le había visto con ellos apagados. Le envolvía un aura distinta. Seguía siendo el hombre que conocí, pero ahora… había algo oscuro en su forma de actuar. Quizás era cierto que la cárcel cambia a las personas.

Tragué saliva y caminé con decisión hacia él haciendo sonar los tacones en el suelo asfaltado. El nombre de la discoteca, en letras plateadas, brillaba sobre la puerta de entrada dibujando la palabra «Morfeo». Irónico llamarse como el dios del mundo onírico cuando allí se hacía de todo menos dormir.

Cuando estaba a punto de llegar, los ojos de Andrew se encontraron con los míos. Mi corazón traicionero comenzó a palpitar acelerado.

—¿Dónde está Alice? —pregunté sin perder tiempo una vez delante suya.

—Está dentro.

Me quedé callada un segundo. Su mirada se arrastró por mi cuerpo mientras le daba una última calada al cigarrillo, después lo lanzó al suelo y lo pisó con su zapato. En ese instante fui demasiado consciente de la ropa con la que iba vestida. Alcé el mentón tratando de fingir que no me afectaba su silencioso escrutinio.

—Primero mi librería y ahora mi hermana. Te estás pasando, ¿no crees?

Andrew giró un poco el rostro para expulsar el humo por la boca y no darme a mí.

—Ha sido casualidad.

—Venga ya, Andrew. Contigo no existen las casualidades.

Sus ojos intensos me atravesaron.

—Diga lo que diga no vas a creerme.

—Es difícil creerte conociendo los métodos que sueles utilizar para conseguir lo que quieres.

—¿Pretendes sacar eso a relucir ahora? —indagó, analizándome.

Molesta, chasqueé la lengua y decidí ignorarle para avanzar hacia la puerta del local, pero Andrew dio un par de pasos poniéndose delante de mí para prohibirme llegar. Le miré con cara de pocos amigos.

—Megan, no hay ninguna intención oculta en esto. Había venido a beber y me he encontrado a tu hermana. Fin de la historia —confesó.

Me mordí el interior de la mejilla, dado que no quería continuar con la conversación, sin

decir nada más, le aparté y entré en la discoteca, dejándole fuera.

Dentro la música electrónica a todo volumen me desorientó por un momento. Las luces de colores, el humo, el sonido estridente de las voces. Algo en ese lugar me hacía sentir incómoda. Comencé a moverme entre la gente, buscando a Alice.

Maldito Andrew. Siempre tenía que estar en medio. Siempre aparecía sin aviso. No pensé en él ni una sola vez desde ese día. No recordé su mirada penetrante, ni su olor inconfundible, ni el sonido grave de su voz. Nada. Él ya no era una inquietud para mí.

Finalmente, encontré a mi hermana sentada con la cabeza gacha en uno de los sillones del fondo del garito. Una de sus amigas le estaba abanicando el cuello con la mano. «Dios mío, dame paciencia». Me acerqué a ella y la cogí del brazo.

—Alice… —Al no obtener respuesta, lo volví a intentar más fuerte—. ¡Alice!

La susodicha levantó la cabeza y esbozó una sonrisa bobalicona. Se colgó de mi cuello como un perezoso, casi logrando que nos fuéramos las dos al suelo.

—¡*Hemanita petada*! ¡Has venido a *divetitee*!

—De eso nada. Vámonos.

—¡Noooooo!

Tiré de ella, pero era como un peso muerto. La había visto borracha otras veces, aunque nunca tanto como en ese momento. Tenía los ojos muy rojos y no podía ni hablar. Le iba a echar la bronca de su vida cuando estuviera consciente.

—¿Es que no sabéis parar a vuestra amiga cuando está bebiendo demasiado? —clamé a sus amigas. Ellas se encogieron, avergonzadas. Alice no era la única que iba pedo, sí la que iba peor.

Bufé e intenté de nuevo alzar a Alice y obligarla a caminar en vano.

—¡Joder, pon de tu parte!

—¡No me *quieo* ir! —balbuceaba ella.

Puse los ojos en blanco, cabreándome cada vez más. Entonces el peso de Alice se aligeró. Alcé la vista para encontrarme con esos ojos que me estaban volviendo loca. Andrew había cogido a Alice de la cintura sin ningún esfuerzo, claro.

—He pensado que necesitarías algo de ayuda —me dijo sobre la música.

Estuve a punto de negarme y hacerme la dura, sin embargo, sabía que no podría con mi hermana sola.

—Pesa demasiado y no se quiere mover.

—Eeeeeeh… tú *ere* el tío de antes… —murmuró Alice, mirándole con el ceño fruncido. Luego se dirigió a mí. —Este dice… dice que es amigo tuyo… *joeeeeee*, si *tines* amigos así *poque* estás solteraaaaa….

Cerré los ojos, frustrada. La iba a asesinar. Pude ver cómo Andrew intentaba esconder su reacción. Irritada, le hice a él una señal para que saliera. Alice se retorció en sus brazos.

—Yo no me voy, machoteeee… me estoy *divitiendo*….

—Se acabó la diversión —zanjó Andrew.

Mi hermana intentó zafarse, pero ante mi sorpresa, cogió a Alice sobre su hombro como si fuera un saco de patatas que no pesara nada y comenzó a caminar hacia la salida ante la estupefacta mirada de sus amigas y de los demás asistentes. Observé como Alice se retorcía, enfadada y luego se echaba a reír a carcajadas. Quise que me tragara la tierra en ese instante, aunque lo único que hice fue seguirles con rapidez a la calle. Abrí la puerta del coche y él metió a mi hermana con cuidado en el asiento del pasajero. Cerró la puerta y se giró hacia mí, pasándose una mano por el pelo.

—Toda tuya —dijo.

A través de la ventanilla vi como mi hermana había apoyado la cabeza en el respaldo del asiento y se estaba quedando frita.

—Gracias —musité.

—De nada… —Andrew me observó en silencio. Quise huir. De su mirada, de su aura, de su atracción, de su embrujo, llámalo como quieras. Era mi jodida kriptonita—. Espero no haber interrumpido nada importante antes. —Noté cómo se fijaba en mi ropa y yo, por algún motivo, me sentí desnuda—. Me imagino que estabas con alguien.

Separé los labios, pero no conseguí hablar. Tenía la piel de gallina y no era solo por la brisa otoñal que me estaba helando los brazos. Quizás fue el tono ligeramente celoso de sus palabras. Me aclaré la garganta.

—Eso a ti no te incumbe.

Andrew bajó la vista al tiempo que soltaba el aire por la nariz en una especie de resoplido. En el coche, mi hermana seguía durmiendo sin enterarse de nada. Ojalá pudiera decir lo mismo.

—Deberíais marcharos ya.

Asentí, distraída.

—Sí… Adiós.

Fui a abrir la puerta del conductor y él avanzó para irse, pero cuando estaba a mi lado, se inclinó un poco para hablar más cerca de mi cabeza, a centímetros del oído.

—Te queda muy bien la espalda al descubierto —susurró con ese tono de voz profundo que me provocó un escalofrío por la columna—, pero es mejor que te abrigues, Megan, las noches son frías y peligrosas.

Dicho esto, se alejó caminando. Parpadeé un par de veces, inmóvil, con la manija de la puerta en la mano y el corazón acelerado. Mi cuerpo quería girarse a verle de nuevo, pero me lo negué. Ese maldito… Ignorando el ardor de mi pecho, entré en el vehículo, encendí el motor y me alejé de allí.

Al llegar a mi apartamento, espabilé a Alice y ella consiguió con mi ayuda entrar en casa a

trompicones. La metí en mi cama, le quité los zapatos y la tapé con la manta como si fuera mi otra hija pequeña. Fui a la cocina para hacerme una tila porque estaba demasiado atacada todavía. Me moría de ganas de ver a Leah. Esperaba que ella se lo hubiera pasado mejor que yo. Decidí meterme en la cama al lado de Alice y dormir. Tan solo quería que terminara el día.



CAPÍTULO 6

PEDIR PERDÓN

A la mañana siguiente me levanté y me fui directa a la ducha para despejarme. Los recuerdos de la noche anterior se arremolinaron en mi cabeza, consiguiendo que estuviese más tiempo del normal bajo el chorro del agua caliente. Cuando salí me topé con la *zombie* de mi hermana caminando fuera de la habitación. Llevaba el pelo hecho un desastre, el maquillaje corrido y todavía llevaba puesto el vestido de fiesta. Me miró frunciendo el ceño.

—Vaya, buenos días —saludé.

—¿Qué hago en tu casa? —preguntó con voz de ultratumba y después carraspeó.

—Anoche estabas borrachísima, te saqué de la discoteca y te traje aquí.

Ella intentó asimilar mis palabras e hizo un intento por recordar. Se pasó una mano por el pelo enredado.

—Algo me suena.

—¿Es que no sabes cuándo parar?

Alice bufó y caminó hasta la cocina para servirse un café.

—No me eches la chapa.

—Te la echo porque me he comido yo el marrón.

—Nadie te pidió que vinieras a por mí.

Me quedé callada. Mi hermana no parecía acordarse de Andrew y lo que pasó la noche anterior. Quizás debía mantenerlo en secreto.

—¿Por qué bebiste tanto? Tú no eres así.

Ella se giró, yo estaba apoyada en la encimera con la toalla enroscada en mi cabeza todavía. Le dio un par de tragos al café.

—Estaba enfadada, ¿vale? Fue una forma de olvidar o algo parecido.

—¿Enfadada por qué?

—Eres una cotilla.

—Soy tu hermana, joder, puedes contármelo.

Alice pareció pensárselo. Terminó suspirando y cambiando el peso de un pie a otro.

—Pues nada, que el chico que me gusta se lio con otra.

Alcé una ceja. Vaya, esos problemas de adolescentes me pillaban muy lejos ya. Me sentía un poco vieja.

—Entonces es imbécil, no vale la pena —concluí.

Mi hermana se sentó en uno de los taburetes de la encimera con los hombros bajos. Tomé asiento frente a ella. Tenía que aprender a hacer estas cosas, cuando Leah creciera me encontraría muchas veces con este tipo de situaciones.

—Es muy fácil decirlo, pero no puede dejar de gustarte alguien de la noche a la mañana.

Qué razón tenía. Por alguna extraña razón la imagen de Andrew acudió a mi mente. La lancé lejos.

—Sé que es complicado —dije—. Pero tienes que aprender a apartar de tu vida a quién no te merece.

—Qué filosófica —se mofó con una pequeña sonrisa.

—Y no tienes que emborracharte para olvidar a un chico.

—No es para tanto. Me lo estaba pasando bien hasta que… —Su ceño se frunció y pareció pensar—. Hasta que vino un tío… Es verdad.

—¿Un tío?

«Ay no, ya se ha acordado».

—Sí, se me acercó un hombre, no lo recuerdo muy bien la verdad, solo que pensé que estaba muy bueno. —Rodé los ojos—. Y me preguntó si era Alice. No le contesté y le pregunté quién coño era y me dijo que era un amigo de mi hermana.

—¿Y tú le creíste?

—Estaba pedo… Además, juraría que me dijo tu nombre, edad y donde trabajas. Así que supuse que era verdad.

—¿Y qué más pasó?

—No sé, empezó a decir que estaba muy mal y que tenía que irme a casa. Como me negué me pidió el móvil para hacer una llamada. No pensé que te llamaría… ¿De verdad le conocías?

Dudé. Dudé mucho. Observé a mi hermana valorando todas las posibilidades, todas las mentiras que podría contarle y todas sus respuestas. Finalmente me di cuenta de que, si algún día

se enteraba, no me perdonaría el no habérselo explicado antes. Era mi familia, la conocía bien, me había apoyado todo este tiempo, no podía simplemente dejarla aparte. Respiré hondo, armándome de valor.

—Sí, le conozco —confesé—. Y tú también, pero no le recuerdas.

Alice me miró confundida.

—¿Quién es?

Y aquí venía la bomba.

—Andrew.

Mi hermana separó un poco los labios e intentó digerir lo que le decía.

—¿El Andrew que estoy pensando? ¿El padre de Leah? ¿El mafioso?

—Exacto.

—Vamos, no me jodas. ¡Si estaba en la cárcel! ¿Qué hacía en una discoteca?

Me encogí de hombros. El corazón me palpitaba con fuerza, me sudaban las manos. Hablar de él siempre me ponía de los nervios. Y más todavía toda esta situación de su repentina aparición.

—Yo tampoco lo sé. Deben haberlo soltado por buen comportamiento o a saber.

—Madre mía, no le reconocí…

—Han pasado años desde que le viste por última vez, y además estabas hasta las cejas de alcohol.

—¿Y hablaste con él por teléfono? Debió darte un ataque.

—Bueno, ya había hablado con él antes.

Alice abrió los ojos con sorpresa y entonces procedí a contarle la historia. Cómo nos encontramos en el restaurante de Jason, cómo vino a la librería tiempo después y la llamada que recibí desde su móvil. Mi hermana escuchó todo con atención, alucinando con cada nueva frase.

—¡¿Por qué no me lo habías contado?! —exclamó.

—No quería preocuparos… o no sé. No podía.

Colocó las manos en sus mejillas y dejó escapar un suspiro, pensativa.

—¿Qué vas a hacer si vuelve a aparecer?

—No tengo ni idea —musité.

—Encima te jodió la cita, qué radar tiene —comentó algo divertida.

—Mierda, pobre Nate… Debería llamarle y disculparme.

—Lo siento, realmente fue culpa mía. —Le hice un gesto de desdén para restarle importancia. Alice terminó su café—. ¿Cómo estaba yendo antes de mi llamada?

—No estaba siendo super especial, aunque sí que lo estaba pasando bien. Es un buen chico.

—Suenas como una anciana. —Puso los ojos en blanco—. Deberías quedar otra vez para compensarle.

—Qué manía tenéis todos de que encuentre novio.

—Pues claro, necesitas echar un polvo.

Esa vez fue mi turno de rodar los ojos.

—No todo es sexo, por Dios… Pero lo pensaré.

Tenía que disculparme con Nate. No fue culpa de nadie, pero me sentía demasiado mal por haberme marchado de esa forma del restaurante. Si empezaba así nuestra relación (fuera cual fuese) no iba a terminar bien, eso seguro. Aunque después del nuevo encuentro con Andrew, lo único que hacía mi mente era evocarle una y otra vez, alejándome del camino que me llevaba a Nate.



Una semana más tarde el repartidor al fin puso sus pies en la librería. Tuve que realizar un pedido que en realidad no necesitaba, tan solo para que viniera, porque la vez anterior vino un chico distinto que a veces también rondaba esta zona. Había valorado enviarle un mensaje o llamarle, pero no se me daba bien hablar ciertas cosas por teléfono, siempre había preferido el cara a cara, y más todavía para una disculpa. Nate entró por la puerta haciendo sonar las campanillas con una caja en las manos.

—Buenos días, traigo paquetito.

Vaya. ¿Y el «señorita Megan»? Mierda, no me digas que estaba enfadado. Lo sabía, tendría que haber dado señales de vida antes.

—Gracias.

Le firmé la hoja como siempre. Mientras lo hacía pensaba a carrerilla qué decirle exactamente y cómo hacerlo sin sonar patética. Alcé la vista, pero él no me miró a los ojos.

—No sé si te habrás dado cuenta, pero soy bastante mala en esto de relacionarme. Se nota que estás molesto por haber desaparecido después de largarme de la cena con una estúpida excusa, que no lo fue, claro, aun así, he pedido estos libros que no quiero y que le voy a dar a Elia, solo para que vinieras y poder pedirte perdón por mi comportamiento.

Nate parpadeó, anonadado. Pensó durante un segundo y terminó por esbozar una sonrisa de las suyas.

—No estaba molesto, aunque la verdad es que me dejas más tranquilo porque estaba un

poco decepcionado. Me lo estaba pasando muy bien contigo y no te reprocho para nada que te marcharas, solo que… habría estado genial saber algo de ti después.

Bajé los ojos y bufé.

—Joder, lo sé, lo siento, me gusta más hablar en persona. Debería ser una persona normal y usar el móvil.

Nate dejó escapar una carcajada y se apoyó en el mostrador como comúnmente hacía.

—De acuerdo, señorita Megan —dijo, aliviándome al escuchar el apodo—. Entonces sus deseos son órdenes. Si quiere hablar en persona, hablaremos en persona.

Sonreí.

—¿Este finde?

—Este finde.

En eso estábamos sonriéndonos como imbéciles cuando Frank, mi cliente más recurrente, entró en la librería y al parecer precisaba de mi ayuda porque se quedó mirando en nuestra dirección. Nate me guiñó un ojo y se marchó. Yo seguí con el trabajo buscándole al hombre un libro de Agatha Christie.

Al final del día estaba contenta, había sido productivo, había conseguido arreglar mi problemilla con Nate y tenía de nuevo una cita con él, Elia no había perdido ningún ticket como solía hacer; Leah se había portado fenomenal y se había quedado dormida pronto después de leerle por no sé cuánta vez el dichoso cuento de *Hércules.* No le llamaban la atención las princesas ni las historias de amor, tan solo aceptaba las historias de héroes, de animales valientes, o de mujeres fuertes como *Frozen* o *Brave.*

Mi niña era dura de pelar.

Le acaricié el pelo y apagué las luces de su cuarto, dejándo su inseparable lamparita encendida, ya que no le gustaba estar en completa oscuridad. Me quedé un rato viendo la tele hasta que se me cerraron los ojos.

Soñé con él.

Yo estaba en la cama y Andrew se escondía entre las sombras de la habitación. Me observaba dormir hasta que abría los ojos y le pedía que se marchara. Él se acercaba, se acuclillaba para estar a mi altura y sus ojos verdes me atravesaban, dejándome anulada. Pude ver el dolor en su mirada, el arrepentimiento.

—Lo siento, Megan. De verdad que lo siento. Ojalá algún día me perdones.

Yo parpadeaba para ahuyentar las lágrimas. Negaba con la cabeza una y otra vez. Una y otra vez.

—No sirve de nada pedir perdón.

Su mano se acercaba para acariciarme la mejilla y todas mis terminaciones nerviosas se encendían.

—Entonces te pediré otra cosa…

De pronto sonaba un disparo y la camisa de Andrew comenzaba a empaparse de sangre en el estómago. Yo saltaba de la cama e intentaba taponar la herida, pero la sangre seguía brotando, llenando mis manos de ese líquido caliente.

—Te amo —musitaba Andrew sin fuerzas.

—¡No! ¡No puedes irte aún!

Él cerraba los ojos y yo lanzaba un grito desgarrador en medio de la noche con un dolor insoportable en el corazón.

Me desperté. Me desperté sudando, a pesar de estar en otoño. Alterada, jadeando. Me pasé una mano por el pelo y miré alrededor, la televisión estaba encendida, la lámpara también. Eran las dos de la mañana. Respiré despacio, intentando tranquilizarme.

Joder, había sido demasiado real. Casi podía sentir la sangre en mis manos todavía. Hacía mucho tiempo que no soñaba con Andrew. A menudo lo hice cuando lo encerraron. En mis sueños, él estaba metido en un tarro de cristal que no podía romper, en otros me dejaba con duras palabras y yo no podía hablar. En otros daba a luz a mi hija y él me daba la mano, pero desaparecía como una niebla.

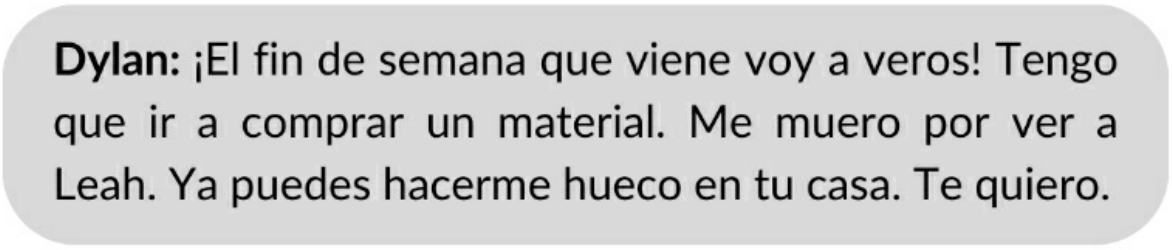
Mi madre creía bastante en los sueños y sus poderes de predicción. Según ella tuvo pesadillas conmigo antes de todo lo que sucedió. Yo siempre fui muy escéptica, aunque quizás, no era el futuro, solo eran mis miedos e inquietudes enterradas en mi subconsciente.

Y esperaba que este no se hiciera realidad nunca.

CAPÍTULO 7

HABLAR

Miré por el ventanal de la librería el cielo encapotado y gris de Nueva York. Llevaba un rato lloviendo, pero como yo era muy inteligente y nunca miraba la predicción del tiempo no había traído paraguas, encima había tenido que aparcar el coche bastante lejos. Suspiré, ordenando los últimos libros del día, ya quedaban tan solo minutos para cerrar. Mi móvil sonó con la llegada de un mensaje de Dylan:



Abrí los ojos asombrada mientras sonreía. Le contesté con muchos emoticonos de corazones.

Yo: ¡Eso es genial! Leah va a estar loca de contenta. Le prepararé el sofá porque no tengo habitación de invitados, señor. Yo también te quiero.

Durante el día había estado bastante apagada, quizás por el tiempo, pero ese mensaje me había cambiado el humor por completo. No hacía tanto que había visto a Dylan, pero me encantaba la idea de tenerlo aquí y que pudiera estar con mi hija. Tenía que invitar a Elia y a Alice a cenar también. Me reí al ver los emoticonos que él me estaba enviando.

Eché un vistazo al reloj y vi que pasaban dos minutos de la hora de cierre, de modo que me dediqué a apagar los ordenadores y revisar que todo estaba en su sitio. Apagué las luces, salí de la tienda y bajé la persiana de metal. Las luces de un coche parpadearon detrás de mí. Me giré, entornando los ojos para poder ver mejor a través de la lluvia que había empezado a arreciar. Divisé un coche gris. No se distinguía al conductor.

Una sensación fría y desagradable me recorrió de los pies a la cabeza. Los recuerdos oscuros.

«No seas idiota, Megan. No va a pasarte nada».

Guardé las llaves de la librería en el bolso y comencé a caminar. Los balcones de los edificios me refugiaron de la lluvia. El corazón se me congeló cuando me di cuenta de que el coche arrancó el motor y me siguió a paso lento. Miré sobre mi hombro, asustada. No había nadie en la calle. Mi única alternativa era correr hasta llegar a mi coche.

Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, escuché mi nombre de una voz que conocía demasiado bien. Me giré sobresaltada y vi a Andrew, iluminado por las luces de las farolas, podía ver la lluvia caer sobre su cuerpo. El alivio fue instantáneo. Me relajé al pensar que nadie iba a matarme.

—Joder, me has dado un susto de muerte, mierda.

—Perdona, no era mi intención —dijo Andrew.

Atisbé a la carretera para ver que el coche gris había desaparecido. No me lo había imaginado, ¿verdad? Andrew siguió mi mirada—. ¿Qué ocurre?

—Nada, solo… me había parecido ver algo raro.

—¿El qué?

Seguramente fue una casualidad.

—Olvídalo. —Fruncí el ceño entonces, dándome cuenta de la situación—. ¿Por qué estás aquí?

Se pasó una mano por el pelo debido a que se estaba mojando con la lluvia.

—Quería hablar contigo.

Le observé con recelo. ¿Hablar? ¿En serio? No entendía la actitud de Andrew, ni antes ni ahora.

—Ahora no puedo. Me voy a casa…

Estuve a punto de decir «…con mi hija.» Menos mal que me di cuenta a tiempo. Carraspeé, incómoda.

—Puedo llevarte, tengo el coche a una manzana y está empezando a llover bastante. Había pensado que podríamos hablar en el trayecto.

—¿Y creías que aceptaría ir contigo?

Andrew me penetró con la mirada, podía verla incluso a través del manto de agua fría que caía del cielo. ¿Qué hacía allí? Tenía que irme. No necesitaba saber qué quería decirme.

—Está bien —dijo él—. Entonces dame un momento.

—No sé qué es lo que no entiendes… —repliqué—. El momento ya pasó, no hay nada que hablar. Mi coche está cerca, así que… Adiós.

Di media vuelta para empezar a caminar, la lluvia llegó hasta mi cuerpo en cuanto puse un pie fuera de la zona protegida, pero no pude avanzar porque Andrew me sujetó el brazo para detenerme.

—Espera.

—¡Suéltame! —exclamé pegando un tirón brusco.

Empezaba a respirar más rápido de lo normal. Los nervios, la ansiedad de tenerle tan cerca otra vez, no podía soportarlo. Andrew dejó caer el brazo despacio sin separar sus ojos de los míos. Estaba mojándose también.

—Megan…

—Ya basta —le corté—. Basta de aparecer cuando te da la gana. Basta de venir a mi librería, de intentar hablar conmigo como si tuvieras ese derecho. No sé qué narices quieres de mí y tampoco me importa. ¡Déjame en paz de una puta vez!

Él se mantuvo en silencio unos segundos. Su camisa gris estaba empapada ya. Jadeante, me quedé mirándole con los puños apretados.

—Solo quería disculparme por lo de la otra noche —dijo con esa voz grave que se filtraba por mis huesos helados—. Mi actitud dejó mucho que desear, pero nada fue premeditado y no tenías que sentirte amenazada. Realmente siento… todo esto. Y espero de verdad que Alice esté bien, sin embargo, deberías decirle que no vuelva a la discoteca en la que estaba.

Parpadeé sin apartar los ojos de él, con un hervidero de pensamientos en la cabeza y el pecho ardiendo. Separé los labios para hablar, aunque no sabía ni lo que debía contestar, demasiado para poner en palabras. La lluvia, fría y salada, entró a través de mis labios.

—¿Por qué?

—Tú solo hazlo. Hay sitios mejores.

—Entonces, ¿qué hacías tú allí? —Se me quedó mirando en silencio dándome a entender su nula intención de decírmelo, pero yo no tenía ningunas ganas de hurgar en ello. Tragué saliva para intentar pasar el nudo que se había formado en mi garganta—. Vale, da igual. Ya te has disculpado y Alice está bien, así que si ya has dicho todo lo que tenías que decir…

Hice ademán de moverme, pero su voz me detuvo.

—¿Va a ser así siempre? —preguntó bajando el tono una octava—. ¿Vamos a continuar fingiendo que somos dos desconocidos? Entiendo que nuestro pasado es complicado y que tienes suficientes razones para despreciarme, créeme que lo sé, pero me gustaría que hicieras un alto el fuego para poder hablarlo.

Un alto el fuego.

Sonreí con cinismo. O con tristeza. No lo sabía. Solo sabía que las lágrimas comenzaban a inundar mis párpados inferiores. Sorbí por la nariz y me limpié el rostro de gotas de lluvia.

—¿Tú crees que puedo *hablarlo* con la persona que me rompió el corazón y lo pisoteó como si fuera una basura? ¿La persona por la que puse mi vida en peligro y que me lo pagó dejándome tirada? —Negué con la cabeza. Tan solo recordarlo hacía que me doliera el pecho—. No, Andrew. Lo nuestro está roto desde que aquel día en la cárcel decidiste mandarlo todo a la mierda, y no hay forma de arreglarlo. No puedes aparecer de repente en mi vida e intentar pegar los trozos. No funciona así. Han pasado años, joder. ¡Cinco años! Te había olvidado, te había superado, te había… enterrado en el pasado que es donde debes estar. Así que no, no podemos *hablarlo*. Ni ahora ni nunca.

Andrew no respondió, tan solo me contempló mientras tensaba la mandíbula. Me contempló como si no fuera a verme nunca más en la vida. Como si aquello fuera una despedida. Entendí ese sentimiento, entendí que yo le estaba mirando de igual manera. La garganta me ardía, no podría aguantar mucho tiempo las lágrimas ansiosas por salir.

Sin decir nada más, me di media vuelta y avancé. Avancé por la acera mojada, salpicando con mis pisadas, que me alejaban de Andrew, de su mirada dolida, de su presencia absorbente, de los sentimientos que intentaban aflorar. No miré atrás.

Llegué a mi coche, abrí la puerta con la mano temblorosa y me metí en su interior. Tiritando, me quedé con las manos en el volante, mirando a un punto fijo en la lejanía. Procuré calmarme, recobrar la compostura, sin embargo, fue inútil. Todas las sensaciones me embargaron de golpe, grité, maldije, y golpeé el volante tantas veces que perdí la cuenta. Cuando por fin me tranquilicé, puse rumbo a mi hogar.

Al llegar a casa, vi que Hayley estaba en el sofá jugando a no sé qué con Leah.

—Hola… Ostras, estás empapada —dijo, sorprendida.

—Sí, he tenido que aparcar lejos de la tienda.

Dejé la chaqueta en el recibidor y me acerqué a ellas. Me aparté el pelo húmedo de la cara, esbozando mi mejor sonrisa para mi hija. Ella me miró, feliz, y me tendió una de las piezas que formaban el puzle que estaba montando con Hayley.

—¿Te pasa algo? Tienes mala cara —indagó mi niñera.

—No, tranquila. Deberías irte, Hayley, es tarde.

—Ok. ¿Mañana a la misma hora?

Asentí, agotada física y mentalmente.

Después de escuchar la puerta de casa cerrarse, me senté en el suelo al lado de Leah. Ella dejó el puzle y tocó mi pelo mojado.

—¿Te has bañado en la piscina?

Me reí, no pude evitarlo. Negué con la cabeza.

—Me he mojado con la lluvia. Te has puesto las botas de agua ¿verdad?

—Sip. Y Hayley me ha dejado pisar los charcos, pero solo los que no tenían barro.

—Bien hecho. ¿Te apetece que nos demos un baño?

—¿Juntas?

Sonreí, divertida por su cara reacia. Todavía era un bebé para mí y ella ya parecía sentirse una niña grande.

—Sí, hace mucho que no lo hacemos. Mamá necesita que le ayudes a lavarse el pelo.

Leah esbozó un mohín con su boquita, aunque finalmente sonrió un poco y asintió. Sabía que le gustaba tocarme el pelo.

Llené la bañera de agua caliente, eché sales de baño y lancé al agua algunos de los juguetes acuáticos de Leah. La desvestí y la metí la primera, ella hizo gestos raros con el cuerpo por el calor para luego acomodarse sentada. Yo la imité y me puse tras ella, apoyando la cabeza en el borde de la bañera.

Cerré los ojos un segundo. La imagen de Andrew acudió a mi mente, la borré y los abrí de nuevo. Jugué con Leah, nos echamos agua, nos lavamos el cabello la una a la otra, en definitiva, consiguió que me olvidara del agujero en mi pecho.

—¿Por qué estás triste? —preguntó Leah de repente.

Alcé la vista, contrariada.

—No lo estoy.

—Sí. No mientas.

Mi hija odiaba las mentiras. Aunque fueran piadosas, si te pillaba en una ponía morros durante días. Pero una madre no puede decirle a su niña tan pequeña que está triste, y menos todavía podía explicarle el motivo.

—Solo estoy menos contenta que ayer.

—¿Por qué?

Jugueteé con el muñeco que flotaba a mi alrededor.

—No lo sé, a lo mejor no me gusta la lluvia.

—Pero llueve muchas veces.

—Sí.

—Y no te pones triste.

Joder, ¿por qué tenía que ser tan lista?

—Vale, digamos que me he acordado de una persona que hace mucho tiempo que no veo, entonces me he puesto triste, pero mañana estaré feliz.

—¿Quién es?

Malditas preguntas. ¿Cuándo pasaba esta fase?

—Un antiguo amigo… —murmuré. Entonces el mensaje de Dylan vino a mi mente—. ¡Ah! Eso me recuerda una cosa. Dylan va a venir el fin de semana que viene.

Leah sonrió con amplitud, era preciosa cuando se reía así. «Dylan, gracias, me has salvado el culo.» Ellos dos tenían una relación especial, a pesar de no haber podido pasar mucho tiempo juntos, mi hija le amaba y Dylan decía que era la hermanita que nunca tuvo.

—¿Duerme aquí? —preguntó.

—Claro, haremos pijamada ¿vale? Llamaremos a la tía Alice y a Elia, y veremos *Frozen*.

—*Brave*.

—Pues *Brave* —dije riendo—. Venga, salgamos ya que nos estamos poniendo como una pasa.

—Una pasa —exclamó divertida, enseñándome sus deditos arrugados.

Salimos de la bañera y rodeé a Leah con su albornoz. Le sequé el pelo y después lo hice con el mío. Nos acostamos a dormir pronto, aunque me quedé deseando acostarme con mi hija porque me volví a sentir sola y herida en cuanto me metí en la cama. Intenté dejarme llevar por el mundo de los sueños, solo pedía, por favor, esta vez no soñar con él.



CAPÍTULO 8

CONSEJOS

—Pero ¿quién es la niña más guapa de Nueva York? —exclamó Dylan, cogiendo a Leah en brazos y dando vueltas, la pequeña se rio—. ¿Qué digo? ¡Del mundo entero!

—Se va a marear —dije.

—Aguafiestas —replicó él dejando a la niña en el suelo, Leah se movió de un lado a otro y a mí se me escapó la sonrisa. Lo sabía.

Mi hija y yo fuimos a recoger a Dylan a la estación de autobuses el sábado por la mañana. Había traído una mini maleta como si se fuera a quedar una semana. Le di un abrazo de oso a mi amigo que me había ignorado deliberadamente al ver a Leah. Comenzamos a caminar hasta mi coche.

—Qué pena que no haya podido venir Jason.

—Ya sabes, trabajo, y trabajo, y trabajo. Así es mi amorcito, le gusta demasiado cocinar.

—¿En casa te hace la comida?

—Solo cuando quiere sexo.

—¡Dylan! —le reñí mirando a Leah. Ella parpadeó confundida.

—Solo cuando quiere jugar a las casitas —corrigió Dylan sonriendo con inocencia. Negué con la cabeza, divertida—. ¿Y cómo te va a ti? ¿Ya has encontrado noviete?

Llegamos al coche y abrí las puertas mientras le miraba mal. Haciendo oídos sordos, senté a Leah en su sillita y la aseguré. Mi amigo se sentó en el asiento del copiloto.

—No, y me va muy bien —dije arrancando.

—Venga ya, qué aburrida eres. El amor da felicidad.

—Ya tengo a mi hija para eso.

Dylan bufó y decidió cambiar de tema porque sabía que yo era terca como una mula. Continuamos el camino a mi casa, al llegar comimos los tres juntos y charlamos de mil tonterías, luego mi amigo jugó un rato con Leah mientras yo fregaba los platos. A la tarde, Dylan se marchó a hacer sus recados y yo me quedé con mi hija viendo una película. Había cerrado la librería ese día por motivos personales, quería disfrutar de ese fin de semana, después de lo que había tenido que pasar me lo merecía.

Unas tres horas más tarde tocaron al timbre. Fui a abrir para encontrarme con Elia que me dio un fuerte beso en la mejilla. Miré con recelo la botella de vino que traía en la mano.

—Es una pijamada con una niña, Elia, ¿qué haces con ese vino?

—Leah se dormirá en algún momento, ¿no?

Me guiñó un ojo mientras se iba directa a la nevera para meter la botella. Rodé los ojos. Volvió a sonar el timbre y esta vez era Alice, como siempre, masticando un chicle.

—Hola, petarda. Dime que el baño no está ocupado porque me estoy meando.

Puse los ojos en blanco de nuevo, señalando la puerta del servicio.

—Hazlo antes de salir de casa, siempre haces lo mismo.

—¡Estaba con unas amigas! —gritó desde el interior del baño—. ¡Tú me has hecho gastar un sábado en una pijamada de niñas!

—¡Pues no haber venido, pesada! —clamé.

Leah, que estaba en el sofá se rio de la ocurrencia de su madre y su tía de pegar gritos como unas descosidas. Cuando Alice salió se atusó el pelo castaño, se acercó a mi hija y le dio un abrazo amoroso.

—Lo hago solo por ella, que conste —sentenció.

—No os peleéis que aún no hemos tomado el vino —intervino Elia.

Empezaba a pensar que todo esto era una mala idea. Nos entretuvimos preparando la cena y cosas para picar mientras esperábamos a que Dylan regresara. Media hora después, el susodicho apareció con una gran sonrisa en el rostro.

—Qué feliz se te ve. ¿Has encontrado el material que buscabas? —preguntó Elia.

—La dueña de la tienda de arte era muy simpática y se ha interesado en ver mi trabajo, le he enseñado algunos de mis cuadros y me ha dicho que tengo talento y que debería seguir enfocándome en ello.

—Hombre, no por nada has participado en una exposición de arte —dije con una sonrisa.

—Si vendieses tus cuadros seguro que te forrabas, yo que tú no me lo pensaría mucho —terció mi socia.

—Ya veremos —farfulló Dylan con las orejas un poco enrojecidas.

—A mí me tienes que hacer unos para mi futuro vestidor —añadió Alice.

—¿Qué vestidor si aún vives en la residencia de la facultad? —bufé.

—Pero seré diseñadora de moda y me haré famosa, ¿vale? No destruyas mis sueños.

—Meterás toda tu ropa y te tendrás que ir tú porque no cabrás. —Me reí.

—Calla, ya es bastante dramático el pequeño armario que tengo ahora.

—Bueno, Dylan, felicidades —dijo sonriendo Elia—. ¿Ves, Meg? Esto se celebra con un vinito.

Se rieron y yo les seguí porque era imposible no divertirse con esos locos. Nos pusimos a cenar, vimos *Brave*, como bien quería Leah, nos reímos, charlamos, comentamos la película, jugamos con mi hija a varias chorradas y sobre las doce se quedó dormida en el sofá con su cabecita sobre mis piernas.

—Ha caído —observó Elia.

—Normal, no hemos parado. Mírala que mona es, por favor —comentó Dylan apartándole el pelo que le caía por la cara.

—Sí, la verdad es que es adorable, menos mal que no salió a su madre —soltó Alice.

—Oye, vete a la mierda —gruñí.

—Megan es preciosa —me defendió mi amigo—. Pero ha sacado la belleza de la otra parte.

Dylan sabía que odiaba que mencionara a Andrew, fuera por el motivo que fuera. Si por algún casual lo nombraba siempre decía «ese hombre» o «la otra parte», aunque estos apodos no funcionaban como barrera para el pinchazo que me provocaba en el pecho. Hubo un momento de silencio, de tensión. Contemplé a Leah, tan tranquila y dormida, tan ajena a todo lo que ocurría en mi interior, lo que ocurrió en el pasado y de dónde venía. ¿Algún día dejaría de doler?

—Meg —me llamó Elia, sacándome de mis pensamientos—. ¿Por qué no llevas a la peque a la cama… y ya sabes?

Me miró alzando una ceja arriba y abajo por lo que no pude evitar sonreír, olvidándome un poco de la situación.

—Eso. Es el momento de los mayores —concordó Dylan, intentando disimular su incomodidad.

—Tanto hablar del puñetero vino, quiero probarlo, venga —añadió Alice.

—Da gracias que ya has cumplido la mayoría de edad, si no ni lo olías —repliqué.

Ella me sacó la lengua y yo le devolví el gesto. Cogí a Leah en brazos y la llevé a su habitación para colocarla en su cama. La tapé, encendí su lamparita, luego le eché un último vistazo y apagué las luces.

Cuando regresé al salón, los chicos ya tenían sus copas sobre la mesa del centro y algunos *snacks*. Me senté con ellos, y entre trago y trago, el calorcito del alcohol fue subiendo por mi cuerpo mientras hablábamos de todo y de nada. De la vida.

Como del chico ese que le gustaba a mi hermana.

—Ese es un idiota, Alice. Búscate otro que seguro que los tienes a puñados —aconsejó Elia, luego bebió de su copa, como un anciano dando consejos.

—Pero a mí me gusta él.

—Tienes que olvidarle —dijo Dylan, señalándola con su vino—. No te traerá nada bueno.

—Hombre, a lo mejor en la cama es un dios del sexo, pero a nivel sentimental…

—Elia —gruñí.

—Tu hermana ya no es una niña, Meg, tiene veintiún años, digo yo que no será virgen y casta.

—Claro que no —Alice se sacudió el pelo con soberbia—. La que se va a volver virgen y casta es mi hermana.

Elia y Dylan comenzaron a reírse como idiotas, por lo que les tuve que hacer callar porque su tono alto de voz iba a despertar a Leah. Ellos bajaron las risas mirándose como un tomate.

—Ella tiene bastante con su hija dice —recordó Dylan.

—Estoy aquí, ¿sabéis?

—Oye, que ahora está en ello, no seáis pesados —mencionó Elia. Habló la más pesada.

—¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo? —saltó mi amigo.

—Ha tenido una cita con el repartidor de la librería y va a tener otra. La iba a tener este fin de semana, pero decidiste venir a fastidiarlo, Dylan.

—¡Mierda, no lo sabía!

—Ya vale —exclamé—. No has fastidiado nada, y dejad de hablar de mi vida privada como si no estuviera presente.

Nos reímos. Sí, los cuatro. El vino estaba más fuerte de lo que parecía.

—Perdona, Meg —dijo Dylan rodeándome con un brazo—. Pero tienes que contarme lo de ese repartidor.

—No hay mucho que contar, fuimos a cenar, aunque ni siquiera terminé porque Alice estaba como una cuba en una discoteca y tuve que ir a por ella. Pero es un amor de chico, atento, amable, simpático.

—Joder, Alice, vaya cagada.

—Lo siento, ¿vale? —replicó mi hermana—. Yo no la llamé, fue culpa de…

Mi socia y mi mejor amigo se quedaron mirándola, intrigados. Alice me miró a mí, asustada de repente, dándose cuenta de lo que había estado a punto de decir. Mis amigos decidieron poner su vista en mí entonces, esperando saber qué narices estaba pasando.

—¿De quién fue la culpa? —preguntó Dylan, observándome con recelo.

Mierda. Mi hermana era demasiado obvia, podría haber nombrado a alguno de sus puñeteros amigos y aquí no habría pasado nada. Pero ahora era muy evidente que escondíamos algo. Pensé

con rapidez mientras Alice me atisbaba mordiéndose el labio. Estaba un poco borracha, sentía que me daba vueltas la cabeza, quería contar la verdad. Necesitaba sacarlo, escupirlo de mi cuerpo como si me hubiera poseído un demonio. Y ese demonio tenía nombre propio.

—De Andrew —solté a bocajarro.

Los tres se me quedaron mirando. Elia y Alice por lo menos ya sabían que había tenido encuentros con él, pero Dylan se quedó de piedra porque no tenía ni idea.

—Espera —murmuró este—. Ahora me vas a decir que no es tu exnovio si no un amigo de Alice que casualmente se llama como tu exnovio que está, o debería estar, en la cárcel, ¿verdad?

Hice un mohín. Ojalá fuera de esa manera. Me limité a negar con la cabeza. Mi amigo estaba más sorprendido todavía, parecía que se iba a desmayar. Dirigió su vista a las chicas, dándose cuenta por fin de que era el único que no estaba al tanto de este acontecimiento.

—No jodas que ya lo sabíais.

—Yo no sabía lo de esta vez, pero sí me contó que le vio en tu exposición y después en la librería —explicó Elia.

—¡¿En la exposición?! —profirió él, alucinando.

—¿Recuerdas el hombre sexi que dijiste que te felicitó? Pues era él. Vino a saludarme como si nada, y claro, yo hui.

—¡Por eso dijiste que no te encontrabas bien y te largaste! Estoy flipando, de verdad, ahora todo cuadra. Pero ¿cuándo ha salido? ¿Ha visto a Leah?

—No, gracias a Dios. Y no sé cuándo lo liberaron. No sé nada. Después de eso, le he visto tres veces más. Cuando la borrachera de Alice, en la librería, vino a comprar un libro … y la semana pasada.

—¿Cómo que la semana pasada? —se sorprendió Elia.

—Apareció en la puerta de la tienda a la hora de cierre. Me pidió disculpas y bueno… quería hablar. Aunque no pudo porque le mandé a la mierda.

Hubo un silencio sepulcral en ese momento que me hizo sentirme rara. Miré a los chicos, que estaban pensativos.

—Bien hecho, Meg —dijo Elia.

—Sí, que le den —intervino mi hermana.

—Quizás deberías hablar con él.

Miramos a Dylan como si estuviera loco. No me podía creer que acabara de decir eso.

—¿Qué dices? —exclamó Alice—. Lo que tiene que hacer es alejarse de ese tío, la dejó tirada con un bebé.

—Él no sabía que estaba embarazada. Bueno, ni lo sabe.

—Da igual —señaló Elia—. Pero le hizo mucho daño, no es bueno para ella verle y revivirlo.

Di un manotazo en la mesa. Todos se sobresaltaron. Me miraron preocupados y confundidos.

—Estoy aquí —recordé—. Entiendo que os preocupéis por mí y por esta situación, pero ver a Andrew me abre el pecho en dos y no puedo soportarlo. No quiero que sepa de Leah y no quiero que entre en mi vida. Así que no voy a hablar con él. Nunca.

Dylan se quedó callado unos segundos, al igual que los demás. La tensión podía palparse en el ambiente. El alcohol como siempre no me había sentado bien.

—Solo pienso… —continuó mi amigo—. Que quizás toda esa rabia que tienes dentro pudriéndote podrías calmarla si hablas con Andrew e intentas entender lo que sucedió. A lo mejor tuvo sus motivos. No lo estoy defendiendo, yo también le odio, sin embargo, creo que necesitas superar el pasado.

Me quedé mirándole con lágrimas en los ojos. No sabía si por el vino o porque me dolía pensar que seguramente mi amigo tenía razón. Aunque le dije a Andrew que le había superado y enterrado… no lo estaba. Ni de lejos. Eso me lo decía a mí misma para no sentirme tan débil. Le echaba tierra encima y él se la sacudía, regresando a la superficie. Estaba en mis pensamientos más veces de las que me gustaría admitir.

Las chicas no supieron qué decir, supongo que por dentro creían lo mismo que Dylan y les daba miedo admitirlo. Le di el último trago al vino y alejé la copa de mí poniéndola en la mesita.

—Dejemos de hablar de esta mierda que esto empieza a parecer un velatorio. ¿Jugamos a la Play? —propuse.

Los tres sonrieron, quitándose de encima la extraña sensación de incomodidad que se había creado, asintieron y nos pusimos a jugar con el volumen de la tele y de nuestras risas lo bastante bajo para no despertar a Leah, aunque ella dormía siempre muy profundo. Cuando nos cansamos, preparé las mantas y los cojines para que mis amigos pudieran dormir en los sofás; Alice se acostó conmigo en mi cama.

Nadie volvió a mencionar el tema, pero yo no pude dejar de darle vueltas. ¿Y si estaba equivocada? ¿Y si Dylan estaba en lo cierto? ¿Debía seguir con mi odio o debía intentar solucionarlo? Cualquier decisión era dura, dolorosa, imposible para mí. Tanto acercarme como alejarme del que fue el amor de mi vida era lo más difícil que había tenido que hacer.



CAPÍTULO 9

TIEMPO

Miré a mi amigo con una sonrisa. Estábamos en mi coche ya que le había llevado a la estación. Dylan me dio un fuerte abrazo.

—Te quiero, Meg, ha sido genial —dijo.

—Y yo a ti, tonto. Ten cuidado ¿vale? Y dale un beso de mi parte a Jason.

—Le voy a dar más que un beso, pero no de tu parte, claro.

Me reí negando con la cabeza. Echamos un vistazo hacia atrás, donde Leah estaba dormida sentada en su sillita. Era una pena que no pudiera despedirse de Dylan, pero no había aguantado el trayecto después de acostarse tarde en la pijamada. Mi amigo la observó con cariño y salió del coche para coger su equipaje del maletero, luego se inclinó en la ventanilla para verme.

—Oye —empezó con expresión extraña, como avergonzada—, no sabía si mencionarlo o no, aunque a la mierda. Lo siento si te molestó lo que dije anoche, no era mi intención hacerte daño o decirte lo que debes hacer, solo fue un consejo…

Esbocé una pequeña sonrisa.

—No me molestó, de hecho… puede que tengas razón. Aunque no estoy lista, necesito tiempo.

—Sé que te duele, Meg, pero eres la tía con más ovarios que he conocido, estoy seguro de que puedes enfrentar esto.

—Gracias, Dyl.

Mi amigo me dedicó una amplia sonrisa. Dylan estuvo para mí cuando sucedió todo, me

creyó, me apoyó y nunca me juzgó. Todos estos años, había seguido a mi lado incondicionalmente, le debía mucho. Me guiñó un ojo para después darse la vuelta y caminar hacia el interior de la estación. Observé su figura alejarse hasta que desapareció. Por el espejo retrovisor vi como Leah se movía un poco todavía dormida.

Suspiré y arranqué el motor.



Los días pasaron con tranquilidad y el fin de semana llegó para arrebatármela porque había quedado de nuevo con Nate. Estaba nerviosa. Después de la cagada de la última vez, tenía miedo de que saliera algo mal. Quedamos para ir al cine a ver una película basada en un libro, como no. Elia se quedó esa tarde con Leah, lo cual propuso ella misma y mi hija estaba encantada así que no pude negarme.

Nate apareció tan guapo como siempre, o más si cabe, claro, no llevaba el uniforme del trabajo. Unos vaqueros rotos y una camisa con estampado de cuadros. Sonreí al verle ya que yo también iba en vaqueros con algún roto y una blusa negra.

—Parece que vamos a juego —mencionó, sonriendo de medio lado.

—Admítelo, me has espiado.

—Es cierto, la cámara escondida en tu habitación es muy efectiva.

—Entonces ya estás acostumbrado a verme con pijama y moño.

—Con cualquier cosa estás guapa.

Sentí que me ruborizaba un poco, carraspeé y le insté a entrar en la sala de cine. Durante la película no hablamos mucho, como era evidente, comentamos en voz muy baja alguna escena y nos reímos en silencio. Al terminar tomamos una cerveza en uno de los bares del centro comercial, charlamos de la vida y de libros, esta vez sin interrupciones. Hasta que decidí que iba siendo hora de irse a recoger a Leah.

—Me gustaría conocerla —dijo Nate.

Me quedé callada ya que no me lo esperaba y además era un poco recelosa con presentarle hombres a mi hija porque nunca lo había hecho. No quería hacerle ilusiones falsas si luego salía mal. Nate se dio cuenta de mi reacción.

—No quiero presionarte, claro… Olvídalo, seguramente es muy pronto.

—Tranquilo, es solo que soy un poco gallina clueca con ella.

Solté una risita para restarle importancia y, por suerte, Nate me siguió. Asintió, y los dos emprendimos el camino. Me acompañó hasta mi coche. De pie, avergonzada, intenté despedirme de él sin que se notara lo adolescente que me estaba sintiendo.

—Lo he pasado muy bien —dije.

—Yo también, deberíamos repetir.

Nate me contempló con sus ojos castaños, brillantes y encantadores. Era tan guapo que hasta dolía mirarle.

—Sí, deberíamos. Quizás antes del finde —propuse con una sonrisilla.

Él me devolvió el gesto y se acercó a mí. El corazón se me aceleró. «Ay dios mío, está muy cerca.» ¿Tenía intenciones de besarme? Su mano rozó la mía para entrelazar sus dedos con los míos. «Joder, sí que las tiene.»

No sabía si estaba preparada para dar ese paso. Hacía milenios que no me besaba con nadie, no había tenido esa intimidad desde mucho tiempo atrás. Desde… Desde Andrew. Desde ese último beso antes de que le arrancaran de mis brazos en una persecución de locura. Cerré los ojos. No por el precioso momento que estaba viviendo, sino porque el agujero de mi pecho se abrió sin contemplaciones, palpitando.

Sentí la cercanía de Nate, su aliento en mi rostro. Esto es lo que debía hacer, ¿verdad? Rehacer mi vida de verdad, encontrar de nuevo el amor, darle un padre a Leah, ser feliz. Pero…

Abrí los ojos y me alejé un poco. Nate se quedó mirándome, extrañado. Aunque no parecía dolido por el rechazo, podía ver en su mirada el desconcierto, todo indicaba que íbamos a tocar nuestros labios.

—Lo siento —murmuré.

Para mi sorpresa, Nate esbozó una dulce sonrisa.

—No te disculpes, Megan, tenemos todo el tiempo del mundo, no hay prisa.

Me mordí el labio inferior y asentí. La verdad era que ese hombre tenía más paciencia que un santo.

—Estoy de acuerdo —respondí sonriendo, algo incómoda por la situación—. Te llamo, ¿vale?

—O te llamo yo.

Nate me hizo un gesto militar y yo me metí en el coche. En la seguridad. Salí de allí sintiéndome idiota y con un nudo en el estómago.



El miércoles volvía a estar nublado. Nueva York era una ciudad bastante lluviosa en otoño. No había tenido mucha clientela ese día, supuse debido al miedo a tropezarse con una tormenta. Sin embargo, a último minuto, el sonido de las campanillas me hizo pegar un respingo. Miré hacia la puerta frunciendo el ceño, molesta por la persona que se atrevía a entrar en la librería en su hora de cierre, pero me quedé con la palabra en la boca al ver la figura que se apresuraba hacia la entrada.

Andrew se acercó al mostrador y puso una mano en la superficie. Me quedé sin respiración al ver la sangre que cubría su palma, que ahora impregnaba la madera. Al alzar la vista, su mirada cristalina se cruzó con la mía.

—¿Te importaría… echarme un cable? —preguntó con una voz extraña.

Parpadeé, totalmente paralizada. Su camisa estaba manchada de sangre por la zona del pecho. Sus labios habían abandonado cualquier color, seguramente debido a la pérdida de sangre.

El sueño que tuve en el que le disparaban y moría en mis brazos desangrado acudió a mi mente como una horrible premonición fugaz.

No alcancé a responder nada. Con las pulsaciones a mil por hora, rodeé el mostrador, chocándome con varias cajas en el camino hasta llegar a él. Lo examiné con rapidez, parecía a punto de desmayarse, su ceño estaba fruncido, su frente perlada de sudor.

—¡¿Qué te ha pasado?!

Le di unas palmadas en la mejilla para espabilarlo.

—Solo es un rasguño… —murmuró.

—Y una mierda un rasguño —gruñí—. ¡¿Y por qué vienes aquí en vez de ir al hospital?! ¿Estás loco?

Se humedeció los resecos labios.

—Necesito tu ayuda. —Intenté hablar, pero no salió nada de mi boca—. Tengo el coche a una manzana de aquí… No he podido seguir porque no veo bien… Llévame a mi piso, por favor.

—¿A tu piso? Dios Santo…

No sabía ni qué pensar. Mi mente era un batiburrillo de ideas y posibilidades. Todas horribles. Quería que condujera hasta un lugar seguro para él, ¿y si se moría en el coche? ¿Y si

nos descubría alguien? ¿Y si le estaban persiguiendo? Me mordí el labio inferior, se me iba a salir el corazón por la boca. Miré por el ventanal de la librería, al ser tan tarde no pasaba apenas gente por la calle, esperaba que nadie se hubiera dado cuenta de su estado. Corrí hacia la puerta, giré el cartel de «cerrado» y eché la llave para después bajar la persiana, evitando cualquier visibilidad desde fuera.

—No puedes meterme en estas cosas otra vez —aseveré. «Ahora no estoy sola.» Eso me hizo recordar a Leah. Estaría terminando de cenar, me esperaba en casa. Todo esto era demasiado grande para mí ya—. Deberías llamar a tu hermano o a Rose para que te ayudaran ellos.

Andrew me observó en silencio, serio.

—Ya no viven aquí.

No supe qué contestar. ¿Rose y Josh se habían ido de Nueva York? ¿Cuándo? ¿Fue cuando detuvieron a Andrew? ¿Había estado… completamente solo todos estos años? Deseaba preguntar, pero no era el momento más oportuno. Andrew cada vez estaba más pálido.

Joder, ¿cómo iba a dejarle en ese estado?

Me incliné para coger el móvil del mostrador dispuesta a llamar a una ambulancia y que ellos se encargaran del asunto, sin embargo, la mano de Andrew agarró mi muñeca y me puso la carne de gallina. La sangre que teñía su palma manchó mi piel.

—No —dijo sin más—. Solo te voy a pedir esto. Si me ayudas te prometo que desapareceré.

Moví mis pupilas sobre las suyas. Desaparecería de mi vida. Para siempre. Quizás debía arriesgarme por obtener esa calma a cambio.

—¿Dónde está la herida? —pregunté, nerviosa.

Andrew se desabrochó la camisa que llevaba, entonces pude ver de dónde manaba tanta sangre. Era del torso, justo debajo del pectoral derecho. Parecía un corte profundo o un disparo, joder, no tenía ni idea.

—Mierda, Andrew, está cerca del corazón, ¡te podrían haber matado! ¡¿Lo sabes?!

Él esbozó una diminuta sonrisa con los ojos nublados.

—Parece que ya no recuerdas a todo lo que he sobrevivido.

Apreté los labios en una fina línea. No podía creer su actitud.

—No eres invencible. Nadie lo es.

Fui hacia el cuarto de baño para empleados y mojé un poco una toalla con las manos temblorosas. Me apresuré hasta donde estaba y coloqué la toalla sobre su herida, presionando para intentar que dejara de sangrar. Su ceño se frunció al sentir dolor. La tela se tornó roja a pasos agigantados.

—Tiene que verte un médico… ¿Y el doctor Foster?

—Murió hace un par de años —respondió con aire solemne—. Tenía cáncer de páncreas.

Me quedé mirándole anonadada. No me esperaba para nada esa respuesta. Recordé lo bueno que fue conmigo cuando me abrí la cabeza en la pelea ilegal y la tristeza me invadió.

—Lo siento mucho…

Permanecimos unos segundos en silencio. Pude ver el pesar que esa muerte provocó en Andrew. Aunque se quejaba de que era un viejo gruñón, le tenía aprecio. Nos ayudó cada vez que lo necesitamos.

—¿Y su hija? —pregunté, esperanzada al recordar cómo se ocupó de Andrew cuando recibió aquella paliza durante dos días—. ¿Cómo se llamaba…? Beth… ¿no puede atenderte?

—Cuando su padre empezó a empeorar, ella se desvinculó de las prácticas clandestinas.

—Joder…

—Tú siempre me cuidaste —dijo de pronto.

Sentí una losa en mi pecho, volviéndose cada vez más grande, más difícil de ignorar.

—Eso forma parte del pasado, Andrew. Ya no soy nadie para ti, ni tú para mí. —Apreté la toalla en mi mano, que temblaba ligeramente—. Lo siento, pero… vas a tener que buscar ayuda en otro sitio.

—Eres la única persona a quien le confiaría mi vida.

Alcé la vista y nuestras miradas se encontraron. Se enredaron, se reconocieron. Tenía los ojos húmedos y me maldije por ello; por sentir, por recordar, por no haberle echado ya y estar clavada en sus iris verdes. No podía permitirme aquello. No podía volver atrás y revivir todo, meterme de nuevo en esa mierda. Remaba y remaba en su contra, pero él… tiraba fuerte de mí, hundiéndome hasta el fondo.

—No deberías hacerlo… —murmuré—. Tengo más motivos que nadie para dejarte morir.

Andrew no respondió, aunque vi un ligero brillo de regocijo en sus ojos, como si supiera que en realidad nunca dejaría que muriera. Sacó de su bolsillo las llaves del coche y me las tendió. Las cogí con resignación, pensando que estaba cometiendo un enorme error.



HERIDAS

Andrew se apoyó en mí para poder caminar y ambos salimos de la librería. Cerré y bajé la persiana. Saqué mi teléfono un segundo para enviarle un mensaje a Hayley y disculparme porque iba a tardar un poco con la excusa de que estaba haciendo inventario. Solo tenía que llevarle a su maldito piso y largarme, no tardaría demasiado. Esperaba.

Suspirando, volví a dejar que se apoyara para llegar hasta el vehículo que estaba aparcado una manzana más allá. Era un Ford negro, bastante normal para lo que estaba acostumbrada con Andrew. Le ayudé a sentarse en el asiento del copiloto, luego yo tomé asiento frente al volante. Todavía estaba temblando. Lo agarré con las dos manos e intenté recuperar la compostura.

—Ponte el cinturón —exigió Andrew.

Bufé mientras obedecía.

—No has cambiado nada.

—Tú sí —respondió.

Me giré para mirarle. Me observaba como si fuera un jeroglífico que procuraba descifrar. Supongo que tenía razón.

—Por suerte.

Arranqué el motor y comenzamos a cruzar las calles. Andrew iba dándome indicaciones, alejándome del centro y metiéndonos hacia Brownsvile, una zona de dudosa reputación. Finalmente, me hizo aparcar frente a un edificio antiguo de tres plantas. Ambos bajamos del coche, Andrew caminó como pudo, esta vez sin sujetarse de mí, hasta la puerta del edificio.

Entramos y subimos al tercero. Era una construcción muy vieja y poco cuidada. Había tres viviendas en cada piso, la mitad vacías según me dijo Andrew. Llegamos a su puerta, sacó unas llaves, miró alrededor y metió dos de ellas en las cerraduras. Cuando abrió la desvencijada puerta, me arrepentí por un instante de haber ido hasta allí. Mordí mi mejilla y le seguí al interior del apartamento.

Dentro era un piso pequeño, con lo mínimo y necesario para vivir. Era muy oscuro, incluso cuando Andrew encendió las luces se sentía como estar dentro de una cueva.

Miré alrededor y vi una sala central, con un sofá viejo, una mesita en la que había tres teléfonos móviles, un par de latas de cerveza y una botella de *whisky* que estaba junto a un mueble antiguo con algunos libros viejos. Al fondo había una pequeña cocina, donde solo había unos fogones, una pila y un armario de madera. Detrás del sofá, separado por un pilar, había una cama con un armario y una mesita de noche. Estaba un poco sorprendida, acostumbrada al lujo con el que Andrew se regodeaba en el pasado.

—Has bajado unos cuantos puestos —señalé.

Andrew se había sentado en el sofá y se había quitado la camisa manchada de sangre. Su herida, que aún tapaba con la toalla del baño de mi librería, había teñido de rojo la tela.

—Cuando acabas de salir de la cárcel no puedes esperar muchas comodidades —repuso con voz ronca mientras retiraba la toalla.

—Ya… me imagino.

—En el tercer cajón de ese mueble está lo necesario para coser la herida —dijo señalándolo con la cabeza.

—¿Vas a coserte tú mismo? —salté, alarmada.

—No creo que quieras hacerlo tú.

Suspiré y me acerqué donde me decía. Abrí el tercer cajón para ver un arsenal de productos de cura, como un botiquín. Gasas, vendas, alcohol, desinfectante, cremas y una caja con una gorda aguja e hilo de sutura. Estaba jodidamente preparado para este tipo de emergencias. Eso me puso la piel de gallina. Cogí varias de las cosas y las dejé a su lado en el sofá.

—Esto me recuerda a tu botiquín del garaje.

Cerré los ojos al darme cuenta de que había dicho eso. Sobre todo, por los recuerdos que evocaron en mi mente. Aquella noche lluviosa, Andrew estaba herido en el abdomen, yo intenté curarle e hicimos el amor por primera vez dentro de uno de sus lujosos coches. Me mordí el labio inferior, maldiciéndome. La escena actual se parecía demasiado.

—Ha llovido mucho desde entonces —murmuró él mientras limpiaba la herida con la toalla —. Ahora hay otras heridas que sanar.

Le observé pensando que no se refería solo a las heridas físicas. Y tenía razón, había mucho que sanar. Tanto, que dudaba que pudiera curarse algún día.

Me crucé de brazos, incómoda, y miré de reojo cómo desinfectaba el material y se disponía a coser su propia herida. Cogió la botella de *whisky* que había sobre la mesa para pegar unos cuantos tragos, después colocó la aguja y la hizo pasar al otro lado clavándola en su piel ensangrentada mientras ahogaba un gruñido. Aparté la vista. Joder. Le escuché gruñir de nuevo y jadear.

—¿No tienes anestesia? —pregunté angustiada.

—No. No me hace falta —contestó casi sin aire.

—Ya lo veo.

Varios gruñidos de dolor más tarde se hizo el silencio. Me giré hacia Andrew para verle con la cabeza hacia atrás apoyada en el respaldo del sofá, respirando con dificultad. Su herida ya estaba cosida, de forma casera, pero lo estaba. Me sorprendía que supiera hacerlo de una forma tan efectiva.

Estaba muy pálido, sus manos temblaban. Me acerqué a él y puse una mano en su frente, estaba caliente, pero no sabía si la fiebre sería por una infección o solo por dolor. Sus ojos verdes me enfocaron con una rendija, húmedos y enrojecidos. Me resigné a ayudarle. Limpié la herida de sangre mientras él se retorcía, puse varias gasas cubriéndola y la aseguré con esparadrapo.

—Tienes que descansar. Has perdido mucha sangre.

Andrew miró hacia la cama y por su expresión diría que se le hizo un mundo llegar hasta allí. Suspiré de nuevo, le insté a levantarse y sujetarse en mí. Avanzamos despacio unos pocos metros hasta llegar a la cama, donde se dejó caer boca arriba.

—Gracias —siseó.

—Descansa. Yo me voy.

Su mano sujetó la mía. Dios. No podía ir en serio.

Ahí estaba, esa mirada de súplica.

—¿Puedes quedarte unos minutos más?

—No, Andrew.

—Sé que me odias, que te habría gustado echarme sal en la herida o clavarme la aguja hasta el fondo… Pero también sé que hay algo más que odio en tu interior.

—No hay nada más. Y no negaré que me ha resultado tentador hacer todo eso.

Andrew esbozó una media sonrisa. Esa que tanto me gustaba antes, hace años, esa que me enamoraba cada día más. Ahora solo dolía verla.

—Por favor…

Exhalé lentamente. Mierda, si no me quedaba me sentiría como si estuviera abandonando a un moribundo o algo así. Solo con su dolor y la oscuridad.

A regañadientes, me senté en la cama, a su lado, y apoyé la espalda en el cabecero.

—Duérmete y así me podré ir —dije.

—Quizás no hayas cambiado tanto.

—Tampoco puedo ser otra persona por completo.

Nos quedamos un minuto en silencio. La gasa con la que había tapado su herida ya se había llenado casi por completo de sangre. Andrew continuaba sudando y podía notar el calor que emanaba su cuerpo. Esperaba que no fuera grave y no me diera un jodido susto.

—¿Tienes analgésicos? ¿Antibióticos? —pregunté viendo su preocupante estado—. Necesitas algo para el dolor y evitar una infección.

—Tranquila, estoy bien.

—Deja de hacerte el fuerte y dime dónde están.

Andrew suspiró con un sonido ronco.

—En algún cajón del mueble —dijo señalando una dirección, pero sin abrir los ojos.

Me levanté de la cama y empecé a rebuscar en los cajones. Antes de encontrar las pastillas, me topé con algo que me dejó paralizada. Me quedé mirando el cuadro con la mariposa azul que antaño tuvo colgado en la pared de su mansión. El cristal estaba resquebrajado, lo que probablemente había provocado que una de las alas se rasgara. El estómago se me encogió e hice un esfuerzo por disimular. Dejé el objeto donde estaba y cerré el cajón con fuerza. Abrí un par más y al fin di con los analgésicos. Los cogí y regresé al lado de Andrew.

No vi agua, de modo que agarré la botella de *whisky* y se la tendí junto a las pastillas. Tomar alcohol con analgésicos no era lo más recomendable, pero tampoco lo era coserse uno mismo una herida.

—Vamos, tómatelas.

Andrew obedeció. Se las tragó de una con un gesto de desagrado y volvió a apoyar la cabeza en la almohada. Me recoloqué a su lado mientras relajaba los hombros. Hubo unos minutos de silencio. Se escucharon sirenas a lo lejos. Y yo no cesaba de pensar en mi hallazgo.

—¿Qué pasó con la mansión, tus coches y todas tus pertenencias? —indagué.

Andrew se humedeció los labios.

—Me lo quitaron y lo subastaron.

—¿No te dejaron nada?

—Algunas cosas. Ropa, libros, objetos personales…

Tenía que preguntarlo. Tenía que saberlo.

—Como el cuadro de la mariposa azul, ¿no? Lo acabo de ver en un cajón.

Él tardó un poco en responder:

—Conseguí recuperarlo al salir de la cárcel. Fue fácil porque estaba dañado y ya no tiene el mismo valor.

Justo como nosotros dos.

El pensamiento me dolió.

—¿Por qué quisiste recuperarlo?

Andrew abrió los ojos y los dirigió a mí.

—Quería conservar ese recuerdo.

Su mirada significativa me lo dijo sin necesidad de más palabras: le recordaba a mí. ¿Por qué? Él me dejó, se suponía que no quería verme más, que no signifiqué nada. Apreté los dientes con un ardor subiendo por mi pecho. Me negaba a pensar en eso ahora.

—Nunca me contaste de dónde salieron. Solo dijiste que eran una herencia familiar.

Andrew se recolocó un poco sobre la cama con un sonido estrangulado de dolor.

—Eran de mi abuelo. Las actividades ilegales de mi familia empezaron con el tráfico de mariposas.

Me giré hacia él frunciendo el ceño.

—Ni siquiera sabía que eso existiera.

—Es un negocio muy rentable. No te haces una idea de lo que llegan a pagar algunas personas por piezas como esas. Se capturan en países de Asia y de América Central y se venden a precio de oro en Estados Unidos.

—Pobres animales —dije con pesar.

—Tienen una corta esperanza de vida.

—Eso no significa que puedan cogerlas, matarlas, disecarlas y usarlas de decoración.

Andrew guardó silencio como si con eso estuviera dándome la razón. Cuando estuve en su mansión no le di muchas vueltas a las mariposas que adornaban esa pared del piso superior, solo me parecía de un gusto cuestionable y algo que yo no haría. Pero saber la verdad del origen de esos cuadros me revolvía las tripas.

—Dejamos ese negocio cuando mi abuelo murió —aclaró Andrew.

—Sí, lo cambiasteis por tráfico de armas, que es mucho peor.

Descubrí aquello en una cena con su padre y sus socios. Esa noche Stephen me expulsó de la vida de Andrew amenazando a mi familia. Solo de recordarlo sentía el estómago pesado.

Él cerró los ojos, con la cabeza recostada sobre la almohada. Continuaba sudando.

—Por desgracia.

De nuevo el silencio se apoderó de la habitación. Cuando pensé que Andrew se habría dormido separó los labios para hablar:

—Tú has conseguido cumplir tu sueño de montar una librería —comentó con voz ronca—. Recuerdo lo mucho que te gustaba la que había en mi casa.

—No tenía mucho más que hacer estando encerrada en la mansión aparte de leer.

—Nunca me perdonarás por eso.

—No.

Volvió a callarse unos segundos.

—Muchas veces pienso que habría sido mejor que no nos hubiésemos cruzado aquella noche en el bar.

—Habría sido mejor que tú no estuvieses metido en una organización criminal.

Andrew abrió los ojos para mirarme. Sus pupilas dilatadas se clavaron en las mías, escarbando, haciendo fuerza para entrar, para leerme, para entenderme.

—Estaba atrapado en un mundo al que no quería pertenecer. Creía que no había salida. Pero de alguna forma tú me salvaste, me diste esperanza.

Solté un resoplido, a pesar de que mi corazón se encogió. Le di esperanza… Y me lo pagó de la peor manera posible. Visto lo visto, supongo que el negocio familiar del que tanto quiso huir no era tan odioso como él decía.

—Y te has vuelto a meter hasta el fondo. Mírate. Parece que has olvidado por todo lo que pasamos. La cárcel no ha sido suficiente para ti, ¿no? Has tenido que volver al infierno. Porque nunca estás satisfecho. No importa si te haces daño a ti mismo o a los demás.

—Por supuesto que no he olvidado. Joder, Megan, ojalá pudiera.

—Entonces, ¿por qué?

—Es complicado.

—Contigo siempre es complicado.

El pulso me latía con fuerza en las venas, era lo único que escuchaba en mi cabeza. No paraba de enredar mis dedos unos con los otros, inquieta.

—Lo sé —musitó al fin—. Al contrario que contigo. Estar a tu lado es tan fácil como respirar. No tengo que fingir lo que no soy, no hay mentiras, ni miedo, ni preguntas sin respuesta… Solo una increíble sensación de libertad.

—Eso no es cierto…

En realidad, le estaba ocultando algo muy importante.

—Fue una de las cosas que más eché de menos estando encerrado. Lo libre que me hacías sentir… Cómo conseguías aplacar mi oscuridad y silenciar a mis demonios con una sola mirada.

Oteé en su dirección con una losa oprimiendo mi corazón. Estaba abriendo viejas heridas.

—Podrías haber sido libre, incluso sin mí. Pero tú mismo te has buscado la desgracia.

Andrew dejó escapar una suave risa, más bien un suspiro derrotado.

—Puede que tengas razón.

De pronto, mi móvil comenzó a sonar. Me lo saqué del bolsillo de los vaqueros. Era Hayley. Mierda. ¿Qué le iba a decir? Vi de reojo cómo Andrew había visto quién llamaba.

—Cógelo.

Dudé, pero finalmente me levanté y caminé lejos de él para contestar. Descolgué y escuché la voz de mi niñera al otro lado con los dibujos animados de la tele de fondo.

—Hola, Megan, ¿ya terminas? Tu hija dice que no se va a dormir hasta que no vengas.

Dios, si supiera lo que estaba haciendo realmente…

—Lo siento, de verdad. Termino la caja y en una media hora estoy ahí.

—Vale, no te preocupes.

—Perdóname.

—Tranqui, nos vemos.

Hayley colgó y yo me quedé quieta, mirando el teléfono. Mi hija me estaba esperando en casa, cansada y ansiosa por ver a su madre, y yo estaba allí, en un piso mugriento con su padre herido. ¿Qué cojones estaba haciendo? Me giré, todavía temblorosa, y me acerqué a Andrew.

—Tienes que irte a casa —adivinó—. Lo siento, te he puesto en un compromiso. Coge mi coche, mañana lo recogeré en la librería. Pero no me verás, te lo he prometido.

Quise contestar algo, pero fui incapaz. La boca se me había secado, tenía la garganta cerrada.

En una especie de trance, recogí mi bolso, las llaves del coche de encima de la mesita, le di un último vistazo a Andrew y salí del piso. Caminé por la calle sumida en un montón de pensamientos inconexos. Me subí al vehículo y conduje hasta mí casa con ansiedad.

Al entrar por la puerta, escuché el sonido familiar de los dibujos en la televisión y el tecleo de los dedos de Hayley en su portátil, consiguiendo que despertara. Como si hubiera salido de la burbuja, al fin en la superficie, respirando. Hayley me miró por encima del sofá.

—Buenas noches —dijo—. Al final no ha aguantado.

Su cabeza señaló a su lado, donde se encontraba Leah dormida hecha un ovillo. Me acerqué y acaricié su sedoso cabello castaño.

—Voy a llevarla a la cama.

Hayley se marchó mientras yo con mucho cuidado cogí a mi pequeña y avancé hasta su cuarto. La deposité en la cama para después taparla con la manta. La observé con ganas de llorar.

«Soy una madre horrible.»



LA VERDAD

Estuve mirando el techo toda la noche.

A pesar de mis esfuerzos por convocar el sueño, este decidió abandonarme a mi suerte. Di vueltas y más vueltas en la cama, hasta que me rendí y a las seis de la mañana ya estaba en pie.

No había sido una noche cualquiera de insomnio sin razón, esta vez estaba muy claro el motivo por el que no había podido pegar ojo. Andrew y todo lo sucedido el día anterior no salían de mi mente. No fue como los últimos encuentros, sino que hubo más. Algo más que no entendía y tampoco quería entender. Lo que dijo, los recuerdos, el cuadro, su mirada, su herida…

No paraba de pensar en si estaría bien, o si habría muerto en esa cama.

Miré el reloj mientras daba vueltas al café con la cucharilla. Necesita tres tazas por lo menos. Eran solo las siete. Quedaba una hora para despertar a Leah y llevarla al colegio. Hoy más que nunca me gustaría poder quedarme en casa con ella y dormir hasta la hora de comer. Sin embargo, trabajar me vendría bien, al menos podría despejarme y centrarme en otras cosas. Esperaba.

Dejé a Leah en la puerta de prescolar y me agaché para darle un beso en la frente. Ella me observó por debajo de sus espesas pestañas.

—Vamos, peque, ve con la profe. Que lo pases genial.

—¿Hoy también vas a llegar tarde?

Su pregunta me rompió el corazón. Joder, fui tan irresponsable la noche anterior. Le acaricié el pelo con cariño.

—Claro que no, cielo, llegaré a casa pronto y veremos una peli, ¿vale?

Leah asintió con la cabeza y se alejó hacia la profesora que le tendió la mano para entrar en la clase.

Suspiré, me recoloqué la chaqueta y fui al coche.

Cuando llegué a la librería, el Ford negro de Andrew ya no estaba, tal y como él había prometido. Eso significaba que había sido capaz de venir a por el vehículo, o que había enviado a alguien en su lugar.

Me hubiera gustado decir que me entretuve en el trabajo, que no pensé en nada que no fueran libros, que estuve ocupada, pero no fue así.

El destino decidió que ese día no viniera casi clientela para que yo pudiera machacarme la cabeza como una idiota. No sabía qué me daba más rabia, si el hecho de no poder dejar de pensar en el mismo tema o el hecho de estar preocupada por Andrew. Se suponía que ya no debería importarme lo que hiciera con su vida, si seguía en la mafia, si le herían, si se perdía en el espacio, qué sé yo. Pero al parecer era otra de las mentiras que me contaba a mí misma.

Aquella noche fue un calco de la anterior. El día se hizo largo y pesado. Cuando llegué por la tarde a la librería, no tardé ni media hora en decidir acabar con eso. Me acerqué a Elia con el corazón en la mano.

—He terminado de meter estos libros en el sistema, por fin, me marcho —dijo.

—Necesito pedirte un favor.

—Claro, dime. Hoy estás rara, como cansada, así que no me puedo negar.

Le dediqué una sonrisa de disculpa.

—¿Puedes quedarte una hora o así más? —pregunté, ansiosa—. Se me ha olvidado comprar unas cosas para el cole de Leah.

—Oh, la típica cartulina seguro.

Me encogí de hombros sintiéndome la peor persona del mundo. No me gustaba mentir, nunca lo hacía, pero no tenía el valor de decirle a Elia lo que iba a hacer en realidad. Me juzgaría, al igual que lo estaba haciendo yo misma.

—Lo siento, en serio, soy un desastre.

—Tranquila, me quedo. Vete sin problema.

—Gracias.

Le di un pequeño abrazo a Elia, cogí mi chaqueta y salí de la librería haciendo sonar las campanillas. Subí a mi coche y con las manos en el volante intenté respirar hondo. Estaba loca. No había cambiado una mierda en todos estos años, seguía tirándome de cabeza a los problemas, dejándome llevar por el corazón. Pero si no lo hacía, no era Megan Harrison. Tragué saliva, con el pulso acelerado y las manos temblorosas, y arranqué el motor.

Recordaba el lugar, tenía buena memoria, aunque parezca extraño debido a la ansiedad con

la que conduje por aquellas calles. Llegué al piso y faltó poco para que me diera la vuelta y olvidara la estupidez que estaba a punto de hacer. No. No iba a hacer trabajar de más a Elia para nada. Necesitaba saber para dejar de sentirme una desquiciada. Salí del coche y caminé hasta la puerta. Me quedé quieta frente a ella, pensando mil cosas a la vez, con una voz que me decía «adelante» y otra que decía «huye».

Levanté el puño para aporrear la puerta. Lo hice cuatro veces, fuerte, con decisión. Esperé. Nadie abrió. Empecé a ponerme nerviosa. ¿Y si estaba muerto de verdad? ¿Y si no fue él quien recogió el coche? El estómago se me revolvió. Volví a aporrear la puerta. Nada. No supe qué hacer. Simplemente podía no estar allí y estar bien. Pero la posibilidad de que su cuerpo inerte estuviera tendido en esa cama vieja a unos metros de mí, me daba ganas de vomitar.

No tenía un teléfono al que llamarle, ni nadie a quién acudir. Quizás debería venir a otra hora. Pero ¿cuándo? Teniendo a Leah y el trabajo eso era imposible. O quizás debía olvidarme de todo aquello como fuera y marcharme lo más rápido posible. De acuerdo, lo intentaría una vez más y si no abría, me iría. Cuatro nuevos golpes impactaron en la puerta de metal.

—Andrew, ábreme, soy Megan —exclamé.

Pasaron los segundos. Cerré los ojos, pensando lo peor, haciéndome a la idea de marcharme sin obtener respuestas. Sin embargo, la puerta se abrió. Andrew estaba al otro lado del umbral, con una camiseta blanca de manga corta y un pantalón de chándal puesto. Tenía mala cara, estaba un poco pálido y parecía cansado, fruncía su ceño mientras me miraba como si fuera una aparición que solo estaba en su cabeza. Una parte de mí se sintió tan aliviada de verle con vida que hasta perdí un poco la fuerza en las piernas.

—Megan…

Asomó la cabeza y echó un vistazo alrededor, después cogió mi brazo para hacerme entrar en el piso. Una vez dentro, con la puerta cerrada tras de mí, nos quedamos de pie, uno frente al otro, sin saber qué hacer o qué decir. Sobre todo, yo.

Andrew se pasó una mano por el pelo oscuro, parecía nervioso, contrariado, sorprendido, no lo sé.

—No puedes venir a este sitio como si nada.

—Lo siento.

Joder, acababa de llegar y ya me estaba regañando, aunque lo entendía.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó juntando más sus oscuras cejas.

—Ni siquiera yo lo sé —murmuré—. Quería comprobar si estabas vivo.

—Pues ya ves que lo estoy.

Me mordí el labio inferior. Me dolió la forma en la que me habló, como si fuera yo la que estaba haciendo algo incorrecto.

—De acuerdo, entonces me voy.

Di media vuelta, pero Andrew me retuvo con su voz.

—Espera. —Me giré para verle suspirar—. Perdona, te agradezco que me ayudaras la otra noche, de verdad, siento haberte preocupado, pero por suerte la herida está curando bien.

—¿Puedo verla?

Andrew entornó un poco los ojos, como si no se lo esperara. Yo tampoco, sinceramente. Pero no me fiaba demasiado de su palabra. Preferiría cerciorarme. Para eso había ido, a fin de cuentas.

Él asintió y se levantó la camiseta. Intercambió una mirada conmigo, y me acerqué un poco más. La herida estaba cubierta por un apósito que ya estaba manchado de sangre, de modo que, con cuidado, y con el corazón latiéndome de forma irregular, lo retiré de su piel. No entendía mucho de puñaladas, aunque era cierto que parecía mejor que cuando se cosió, al menos. La carne estaba roja e hinchada, sin rastro de pus o algo que me hiciera pensar que podría estar infectada.

Levanté la vista y los ojos de Andrew captaron los míos. Tragué saliva, un poco incómoda por nuestra cercanía.

—Recuerda curarla un par de veces al día.

—Sí, no te preocupes.

Le pegué de nuevo el apósito, lo que hizo que mis dedos rozaran su piel. Él se tensó y yo aparté la mano sintiendo un estremecimiento. Por Dios, ¿qué narices me pasaba? Andrew se bajó la camiseta. Caminó por la sala hasta sentarse en el sofá con los codos sobre las rodillas y alzó la mirada con una expresión que no comprendí del todo.

—La verdad es que no te entiendo. Pensaba que querías que desapareciera de tu vida, y eres tú la que ha acabado viniendo a mí.

Ya, bueno, pues ya éramos dos.

—Mis actitudes nunca han sido muy lógicas.

Andrew curvó un milímetro la esquina de su boca.

—Supongo que al final sigues siendo la misma.

—No he venido solo a ver si estabas bien. —Le miré con determinación—. Quiero saber la verdad.

Sus ojos me analizaron, evaluaron lo que querría decir. Si había ido hasta allí, no iba a irme sin nada. Seguía vivo, parecía estar bien, eso me tranquilizó a limites que no quería admitir, sin embargo, necesitaba más. Necesitaba saber lo que estaba pasando.

Todo. Toda la verdad.

—¿Qué verdad? —preguntó Andrew.

Me senté en el borde de la cama donde le dejé convaleciente, frente a él. Tan solo una mesita central y unos metros nos separaban.

—Por qué saliste de la cárcel antes de tiempo, a qué te estás dedicando, por qué vives aquí, y sobre todo quién te hirió anoche.

—Vaya, menudo interrogatorio.

—Tú viniste a mí en busca de ayuda, me metiste en esto de alguna forma, así que ahora atente a las consecuencias. ¿No querías hablar? Pues bien, hablemos.

—Está bien, quizás es lo justo. —Se quedó pensativo unos segundos—. Lo que te voy a contar no puedes decírselo absolutamente a nadie.

Fruncí el ceño, desorientada. Estaba enredado en algo ilegal.

Otra vez. Otra vez esa mierda.

—Dispara, yo misma he metido el pie en el fango.

Andrew pasó la lengua por sus labios y reflexionó. Sabía lo difícil que podía ser contar sus oscuros secretos. De hecho, cuando estábamos juntos, él nunca me hizo partícipe, a lo mejor eso había cambiado porque ahora yo no le importaba del mismo modo.

Su mirada se clavó en la mía con fijeza.

—Estoy infiltrado. Esa es la verdad.

Le miré en silencio, asimilando la palabra que acababa de pronunciar. El recuerdo del policía infiltrado enseñándome su placa después de arrestar a Andrew invadió mi mente y un escalofrío me recorrió la columna.

—¿Infiltrado? ¿Cómo el policía de la redada?

—Algo así. Me estoy haciendo pasar por un miembro de la mafia.

—Es lo que eres.

—Ya no, Megan, dejé de serlo el día que me detuvieron y me arrancaron todo lo que tenía.

—¿Qué significa, entonces? ¿Estás cooperando con la policía? ¿Por eso saliste antes de la cárcel?

—No. —Unió las manos, con los antebrazos todavía sobre sus rodillas—. Cuando cumplí cinco años en la cárcel, mi abogado consiguió mi libertad condicional. Había sido un buen preso, estudiaba, hacía todo lo que me decían y tenía posibilidades de reinsertarme en la sociedad… Pensaba llevar una vida normal, alejado de todo lo que me condujo a prisión. Pero al salir descubrí quién estaba llevando los negocios que tenía mi padre. Los conozco, no son trigo limpio, aunque nosotros tampoco lo fuéramos. El problema es que se dedican a algo más que al tráfico de armas.

No sabía si quería saberlo.

—¿A qué se dedican?

Andrew me contempló con seriedad y pude distinguir una brizna de remordimiento en su semblante.

—Prostitución.

La sangre se me heló en las venas. Dios. Era algo horrible. Imaginé de pronto tantas chicas jóvenes, solas, heridas, obligadas a hacer miles de obscenidades.

—Qué hijos de puta —murmuré.

—Mi familia podía ser una mierda, Megan, pero jamás, te lo juro, jamás habríamos llegado a algo tan bajo. Me parece despreciable.

—Lo sé…

Por mucho que le odiara, sabía que Andrew sería incapaz de hacer algo así.

Antes de que pudiera reaccionar, se levantó y tomó asiento en la mesita frente a mí; estaba solo a un metro de distancia. El pulso se me aceleró.

—Esa gentuza sabe hacer las cosas, borran todas sus huellas, se esconden en negocios tapadera en los que blanquean el dinero de la prostitución… El Morfeo, la discoteca en la que estaba tu hermana, es el principal. —Me quedé mirándole, sorprendida. Joder. Ahora entendía la advertencia que me hizo sobre ese lugar—. Si podía hacer algo para pararlo no me importaba poner mi vida en riesgo porque yo mismo fui precursor de ello. Decidí infiltrarme en la familia Santoro, fingir que continuaba siendo el criminal que ellos piensan que soy, así recabar información para conseguir hundirlos. Llevo unos dos meses con esto. Esa es la verdad de mi vida ahora.

Mis labios se quedaron pegados. No supe qué decir. Me habría esperado cualquier cosa menos eso. Nunca pensé que Andrew pudiera estar metido en algo así. Poniendo su propia vida en peligro por acabar con esa red de tráfico de mujeres.

—¿Y por qué tienes que hacerlo solo? ¿Por qué no hablas con la policía para que ellos te ayuden?

—La justicia de este país puede ser muy lenta. Un agente infiltrado puede estar varios años hasta conseguir las pruebas necesarias para encarcelar a los traficantes. Por lo que supe, Caleb Brown, el policía, estuvo infiltrado en la familia de Carlone durante un año. Y tú fuiste el aliciente para lograr su objetivo.

Parpadeé despacio.

—¿Estás diciendo que fue culpa mía que os arrestaran?

—Claro que no —negó con énfasis—. Estoy diciendo que fue gracias a ti. El hecho de que te secuestraran le dio el motivo que necesitaba para intervenir.

Aparté la vista de él, incómoda.

—Genial, eso me hace sentir mejor.

Andrew buscó mi mirada y cuando conecté mis pupilas con las suyas, su expresión serena me calmó.

—Habría ocurrido tarde o temprano. Él estaba ahí para eso. Y, de todas formas, era así como debían de terminar las cosas. Pero no puedes destruir a la mafia metiendo entre rejas a algunos

soldados. Siempre hay un sucesor, siempre encontrarán la manera de resurgir. Es como una lacra imposible de exterminar. Si quiero acabar con ellos pronto tengo que luchar con sus mismas armas. No puedo permitirme confiar en la ley.

Le observé con la respiración un poco agitada.

—Pero si te descubren…

Él esbozó una efímera y cínica sonrisa.

—Me pegaran un tiro.

Bajé la mirada. Había comenzado a instalarse una inquietud dolorosa en mi pecho. Ese mundo le perseguía, nunca podría huir de él, nunca podría liberarse, estaban encadenados. Por bien o por mal, su vida seguía pendiendo de un hilo.

—¿Qué te pasó el otro día? ¿Quién te atacó?

Andrew se pasó una mano por la boca y suspiró.

—La mano derecha de Fabio, el jefe, desconfía de mí. Lo que ellos saben es que fui detenido, pasé mis años en la cárcel y salí por buena conducta. Ahora he retomado mi lugar, aunque con un rango mucho más bajo, y quiero continuar con el legado de mi padre. Pero él piensa que hay algo raro en mi historia. Me confrontó, peleamos y terminó sacando una navaja con la que me hirió.

Inconscientemente miré la parte de su pecho donde se encontraba la herida. Andrew estaba haciendo una buena acción, sin embargo, la historia se repetía. El miedo, el peligro, las amenazas, la muerte…

—¿Van a matarte? ¿Por eso estás escondido aquí?

—No. Ya arreglé ese asunto.

—¿Cómo? ¿Te cargaste a ese tío acaso?

Andrew me lanzó una mirada oscura y a mí se me paró el pulso por un momento. Luego relajé la postura al ver que negaba con la cabeza.

—Me gané su confianza logrando cerrar un trato de envío de armas. No estoy orgulloso si te lo preguntas.

Asentí con la cabeza. Ahora todo tenía sentido. No obstante, puede que estuviera más preocupada que antes.

—Aunque no esté de acuerdo, admito que es muy valiente lo que haces…—dije.

—Es mi forma de redimirme de mis pecados. Si lucho contra esto y logro mi objetivo todo habrá valido la pena, y de alguna manera pagaré por el mal que yo mismo hice.

Se me humedecieron los ojos. Aparté la vista de Andrew para que no se diera cuenta. «No me hagas esto, destino, no me enseñes que sigue siendo el hombre del que me enamoré. Por favor.»

—Pensaba… —comencé, carraspeé un poco para intentar hablar más firme—. Pensaba que

aún estabas metido en la mierda de la mafia. Que estar en la cárcel y todo el sufrimiento que vivimos no había servido de nada. Esa era una de mis bazas para seguir odiándote.

—Y ahora que sabes la verdad, ¿me odias?

—Sí.

De su pecho salió esa risa baja que tanto me gustaba en el pasado. Algo se revolvió dentro de mí al escuchar de nuevo el grave sonido.

—No esperaba menos de ti. —Alzó la mano para rozar mi barbilla despacio, lo que provocó que mi cuerpo se tensara por completo. Era incapaz de explicar lo que sentí cuando conecté con esos iris de la tonalidad de un frondoso bosque—. Te hice daño, Megan. Destruí nuestra confianza sin piedad. Me merezco todo el odio que sientes. Nunca podré perdonarme por aquello y tampoco espero que tú lo hagas.

Moví la cabeza para separarme de su roce, contrariada. Me tragué el nudo que se había instalado en mi garganta. Mi mente era un revoltijo de pensamientos. Asustada por tal despliegue de emociones que creía inexistentes, me removí en mi sitio con inquietud. Miré mi reloj para ver que llevaba mucho tiempo allí. Elia me iba a matar.

—Tengo que irme.

Me levanté de la cama y caminé rauda hacia la puerta. Antes de poder abrir, sentí a Andrew detrás de mí. Me volví para encontrármelo de frente, observándome con intensidad.

—Gracias por haberte preocupado por mí.

Negué con la cabeza.

—Solo lo he hecho porque… da igual. No voy a volver, así que no te dejes apuñalar de nuevo.

Dicho esto, salí de allí como alma que lleva el diablo. Entré en el coche, temblando. Maldije con la frente apoyada en el volante hasta que me calmé y pude arrancar para volver a la librería.

CAPÍTULO 12

CASUALIDAD

Observé mi móvil en silencio sobre la mesa. Dos llamadas y tres mensajes de Elia. Una llamada y dos mensajes de Nate. Cerré los ojos y suspiré. Era domingo por la mañana, Leah todavía estaba durmiendo, y su madre no había dado señales de vida a nadie.

El viernes por la tarde volví a la librería alterada, ausente, extraña. Mi socia se dio cuenta enseguida y me preguntó qué me ocurría, pero por supuesto, no fui capaz de contarle nada. Nada sobre Andrew y todo lo que había averiguado. La verdad más increíble y al mismo tiempo dolorosa que podría haber imaginado. Todavía no había asimilado los hechos. Parecía parte de una película.

Infiltrado. Como si fuera lo más normal, Andrew había asegurado que estaba infiltrado en una familia mafiosa que se dedicaba a la prostitución. ¿Y si era mentira? No, no era una persona mentirosa, o al menos no lo era la que yo conocí. Además, su historia tenía mucha lógica y todos los cabos atados. Según él llevaba unos meses infiltrado. No imaginaba la de cosas que tendría que haber visto o hecho para resguardar su papel. Y cuánto tiempo más tendría que estar metido en esa mierda.

Pero bueno, a mí eso me daba igual. Debería darme igual. Lo que importaba era que no volvería a aparecer en mi vida. Lo prometió y esperaba que esta vez cumpliera su palabra.

El mensaje que me había enviado Nate era para quedar. El segundo preguntando si estaba bien. La llamada olía a que estaba preocupado, ya que no había contestado y eso era muy poco común en mí. La última cita que tuvimos fue maravillosa, lo pasé genial, e incluso estuvimos a

punto de besarnos. Aunque yo lo rechacé. Sin embargo, ahora, no tenía valor de mirarle a la cara. Tampoco ánimos. Me enfurecía más que a nadie, pero no podía fingir que todo estaba bien cuando no era así.

Y no entendía por qué me había afectado tanto encontrarme con Andrew.

«Maldita sea, Megan.»

—Mamá.

Me di la vuelta para ver a Leah restregándose los ojos, agarrada a su peluche de pingüino. Me agaché para apartarle el pelo castaño de la cara.

—Buenos días, cariño. ¿Has dormido bien?

—Sí.

—Voy a hacerte el desayuno, ¿vale? Ve a ver la tele si quieres.

La pequeña asintió, después se dirigió al salón. Hice el desayuno y ambas comimos tranquilamente viendo la televisión. El día pasó sin sobresaltos, nos quedamos en casa, jugamos, vimos películas y hasta dejé que Leah me hiciera peinados extraños.

El lunes tuve que enfrentarme a la mirada resentida de Elia por haber pasado de su cara, le dije que solo estaba un poco estresada por varias cosas y que volvería a ser la de siempre en un periquete. Menuda falacia. Ya me gustaría a mí que eso fuera cierto. Pero desde la noche de la exposición mi vida había cambiado, lo quisiera o no.

Por mucho que me empeñara en refugiarme en la mentira de que no me importaba Andrew ni nada de lo que hiciera, sí lo hacía. Por mí, por Leah, por lo que podría pasar, por lo que querría decirme, por lo que yo nunca pude expresar. Tenía miedo, estaba confundida y no podía quitarme aquel asunto de la cabeza.



La semana transcurrió con normalidad, los días se solaparon unos con otros. Mi vida era como siempre. Él no volvió a aparecer, tal y como prometió.

Me encontraba un martes cualquiera caminando hacia el 7 Eleven que no quedaba muy lejos del colegio de Leah. Necesitaba comprar algunas cosas para sus almuerzos y algo para que su madre merendara en el trabajo. La puerta de cristal se abrió automáticamente para dejarme pasar con el pitido particular. Me dirigí a la sección de bollería porque los años no habían cambiado mi

dieta y seguía gustándome comer dulces. Cogí unos donuts que sabía que iban a durar muy poco cuando Elia los viera. Di la vuelta hacia las bebidas para coger unos zumos para mi hija y entonces me quedé paralizada.

«No puede ser.»

Observé la mano de Andrew agarrar un lote de cervezas. Me había quedado quieta en mitad del pasillo, mirándolo como si fuera una aparición paranormal. Le mandé a mi cerebro la orden de salir de ahí para que no me viera, pero parecía estar en huelga. Andrew se giró, y al alzar la vista, reparó en mí. Sus ojos verdes me contemplaron un par de segundos, asegurándose quizás de que era yo. Mi corazón había pasado las cien pulsaciones para entonces, seguro.

—Megan —dijo como confundido.

—Em… Hola.

—Qué casualidad encontrarnos aquí.

—Sí, vaya casualidad —mascullé.

—¿Cómo estás?

«Pues nada, ya ves, como una piedra por encontrarme a mi ex infiltrado en la mafia en un 7 Eleven mientras tengo donuts en mis brazos.»

—Bien. —Era la respuesta más elaborada que podía pronunciar—. ¿Y tu herida?

—Mucho mejor.

—Genial.

Nos miramos en un tirante silencio.

—Bueno, no te molesto, sigue comprando —dijo.

Me dio la espalda y se escabulló por otro pasillo.

Era la situación más surrealista que había vivido en bastante tiempo. Aunque el que llegara a mi librería sangrando estaba en los primeros puestos.

Sacudí la cabeza, decidida a terminar mis compras y largarme de allí. Cogí todo lo que necesitaba con un nudo extraño en el estómago. Cuando me aproximé a la caja me maldije porque mi suerte me la estaba jugando otra vez. Andrew estaba el último en la cola y solo había una. Genial. Me coloqué tras él en silencio. Miré por encima de su hombro casi por inercia, solo llevaba cerveza, comida preparada y pizza. La dieta de un infiltrado era una mierda al parecer. Aunque también llevaba un… marco. Un marco de fotos de cristal. ¿Para qué sería? Observé su espalda. Esta vez iba vestido informal, con vaqueros oscuros y una camiseta negra. Tenerle delante en una situación tan cotidiana me resultaba rarísimo.

De pronto se giró un poco y me vio. O ya sabía que estaba ahí, porque su expresión no cambió ni un poco.

—Si quieres puedes pasar tu primero —ofreció.

Parpadeé, saliendo de mis cavilaciones.

—No hace falta.

—Por lo visto tus gustos siguen siendo los mismos —mencionó echando un vistazo a mi compra.

—Los tuyos no. La comida elegante se acabó, eh.

—Al menos es mejor que la de la cárcel. Uno se acostumbra a todo, Megan.

—¿Es verdad que solo os dan gachas y sopa que parece agua sucia?

Negó con la cabeza con aire divertido.

—Por fortuna, no, pero tampoco es un banquete.

La cajera dio paso al siguiente cliente, que era Andrew. Él depositó su compra en la cinta y un par de minutos después ya había pagado. Lo vi salir por la puerta. Dejé escapar un suspiro, a lo que la cajera me miró con curiosidad. Mis productos pasaron, los pagué, los metí en una bolsa y salí del supermercado.

Mi sorpresa fue encontrarme en la entrada de nuevo con Andrew. Estaba terminando un cigarro. El humo que expulsó de sus labios se elevó hacia el cielo.

—¿Me estabas esperando? —pregunté sin pensar.

—Estaba fumando.

—Pensaba que no eras partidario de ese vicio.

—Y no lo soy, pero digamos que me calma.

Tiró el cigarro al suelo y lo pisó con su zapato.

—Ya… pues nada, me voy por ahí —dije señalando al frente con la cabeza.

Estaba dispuesta a avanzar, pero su voz me detuvo.

—¿Vas a la librería?

—Sí, ¿por qué?

—Te acompaño.

—Ni de coña —salté.

—¿Qué tiene de malo? Tengo que pasar por esa zona de todas formas.

—Pues busca otro camino —rezongué, molesta.

Él me miró como si fuera una niña con una pataleta.

—Eres muy cabezota.

—Y tú muy insistente.

Nos mantuvimos la mirada, desafiantes, fieros, altaneros. Me recordó a nuestras peleas verbales del pasado, cada vez que él quería que hiciera lo que mandaba y yo quería hacer lo que me diera la gana.

Bufé, apartando la vista.

—Solo será un breve paseo —aseguró, intentando que cediera.

—Estás rompiendo tu palabra —azucé.

—Tú has aparecido en el supermercado en el que estaba y ahora vamos los dos por el mismo camino, no he roto ninguna promesa.

No podía rebatírselo. Suspiré y en completo silencio empecé a caminar, dejando que él avanzara a mi lado. Si me hubieran dicho hace unos meses que estaría dando un paseo por el barrio con Andrew como si tal cosa me habría reído hasta morir. Era imposible. Pero estaba sucediendo.

Caminamos sin mediar palabra un par de calles.

Decidí preguntar algo para romper el hielo porque me estaba poniendo un poco nerviosa.

—¿Vienes mucho a este 7 Eleven?

—De vez en cuando, está cerca de mi trabajo.

Lo miré sin entender.

—¿Tu trabajo?

—Un taller de coches. —Me dedicó una mirada significativa—. Uno de los requisitos de la libertad condicional era tener un empleo legal. No es tan fácil encontrarlo cuando acabas de salir de prisión, pero por suerte el dueño del taller me dio una oportunidad. Es un hombre mayor y no puede ocuparse de todo, su hijo no quiere hacerse cargo del negocio.

Alcé las cejas, sorprendida. ¿Ahora se dedicaba a arreglar vehículos? Bueno, antes de estar en prisión su empresa era de venta de coches de lujo, así que algo debía de saber del tema. De pronto me lo imaginé vestido con un mono de mecánico, con la piel manchada de grasa y el cabello oscuro despeinado, y un calor extraño me subió por el estómago. Aparté la imagen de mi mente.

—Es raro imaginarte en un trabajo así. El señor Coleman manchándose las manos de grasa…

—Desde pequeño me han gustado los coches de todos los tipos, en la empresa aprendí bastante sobre ellos, así que no me resulta difícil ni desagradable. Sigue siendo mejor que estar en la cárcel.

Estaba de acuerdo.

—¿La cárcel es tan horrible como la pintan?

Andrew ensombreció su expresión y yo agarré mejor mi bolsa de la compra pensado si había tocado un recuerdo demasiado peliagudo. Había pasado cinco años entre rejas, era mucho tiempo. Tiempo que debió de ser complicado y doloroso de explicar.

—No es el mejor sitio en el que estar, eso seguro. Pasas mucho tiempo solo, pensando, recordando, culpándote… Asumes que eres una mala persona y por eso estás ahí, pero que quizás haya alguna manera de eximirte. Haces mucho ejercicio y comes muy mal. Te peleas e incluso tienes miedo por las noches. Hay que tener cuidado con quién te juntas y procurar que se te respete. Realmente sigue siendo muy parecido a estar dentro de la mafia.

—Solo que sin hacer nada ilegal… —dije, sin saber muy bien cómo debería responder a su desagradable experiencia.

—Y sin ningún tipo de lujo.

—Me lo imagino, debió de ser muy duro no tener tus cochazos, tus trajes de marca y a tus sirvientes a tu disposición —señalé de forma sarcástica.

—No todo en mi vida era material, Megan. Echaba en falta algo mucho más importante.

Nuestras miradas se encontraron. Pude reconocer la melancolía en sus iris, el anhelo del pasado, lo que quería y nunca fue. Una parte de mi mente pensó que se refería a mí; la otra, menos egocéntrica, me dijo que era su familia. Al fin y al cabo, se separó repentinamente de todos ellos.

Su padre murió asesinado delante de sus ojos, su hermano y cuñada tuvieron que huir. Su novia… bueno, ya sabemos esa historia, él mismo la alejó de su lado. Se quedó solo, encerrado con sus demonios internos.

Sentí la imperiosa necesidad de preguntar por Josh y Rose. No me había atrevido a sacar el tema desde que me dijo que ya no vivían en Nueva York, y solo él podía darme algo de información.

A veces los recordaba. Con cariño en ocasiones y en otras me embargaba la pena. Todos se lo buscaron. Su destino estaba sellado desde el principio. No hacía falta ser muy listo para saberlo. Sin embargo, a pesar de haber hecho cosas malas, no eran malas personas. Me apoyaron y cuidaron cuando los necesité. Y la verdad era que los apreciaba mucho a los dos. Eso no había cambiado.

—Josh… —empecé. Se me trabó la voz, de pronto estaba un poco emocionada—. Y Rose. ¿Qué pasó con ellos? ¿A dónde fueron?

Continué avanzando, observando las baldosas del suelo, pero no pude evitar echar un vistazo al rostro de Andrew, para darme cuenta de que su mirada se enturbió, parecía afectado.

—Tuvieron que huir aquel día, cuando me detuvieron en la redada. Se marcharon del país. Están bien, aunque no pueda verlos, solemos hablar por teléfono o hacemos videollamada.

—¿Irán a la cárcel si los encuentran? —pregunté preocupada.

—No lo creo. ¿Recuerdas lo que te conté sobre mi abuelo? Tenía una propiedad en China, no tiene extradición con Estados Unidos. Están allí. Han empezado una nueva vida de cero, pero toda precaución es poca.

Tragué saliva, pensando en el miedo que debía dar vivir de esa manera, siempre escondiéndote, por si acaso. Nunca podrían ser libres por completo.

—Me alegro de que estén bien —dije con total sinceridad.

—Rose está embarazada.

Giré la cabeza hacia Andrew a la velocidad de la luz. ¡Embarazada! Madre mía, la recordaba

como una chica alocada y ahora iba a ser madre, realmente había pasado el tiempo.

—¡¿En serio?! Es genial. Aunque no veo a tu hermano como padre.

—Ni yo. Pero ha madurado, créeme. Me lo dijeron hace un mes, debe estar de tres.

Me encantaría poder darle la enhorabuena. O al menos pedirle a Andrew que se la diese por mí, sin embargo, la situación no era la adecuada. No debía permitir que nuestra relación se estrechase. Ni siquiera debería estar paseando y charlando de la vida con él como si fuéramos dos viejos amigos que se han reencontrado.

—Qué bien que hayan podido seguir adelante —murmuré.

—Sí —respondió Andrew, y guardó silencio unos segundos. Mordí el interior de mi mejilla, un poco incómoda—. Yo, en cambio, me he quedado atrás.

Puede que tuviera razón. Aunque no sabía en qué sentido de la palabra lo había dicho. ¿Se suponía que ahora era cuando yo le consolaba? No estaba dispuesta ni preparada.

—¿Y Derek? ¿Alfred y Marco? ¿Supiste algo de ellos?

—No he vuelto a verlos, aunque sí he hablado con Alfred. El día de la redada consiguió escapar y avisar a mi hermano, está a salvo intentando hacer una nueva vida. Marco estuvo en la cárcel también, aunque salió antes que yo. La verdad es que no me he encontrado con él. De Derek lo único que sé es que lo sacaron de la clínica de Foster y se marchó de Nueva York.

El alivio se instaló en mi pecho. A pesar de todo, ellos se portaron bien conmigo, me ayudaron, se arriesgaron por nosotros. La última vez que vi a Derek estaba herido de bala en una cama por protegernos.

—Pero estaba herido.

—Al parecer le ayudó un chico que tenía Foster de ayudante.

Recordé a ese chico. Fue el que le atendió cuando llegó con un balazo a la clínica. ¿Sobrevivió a un viaje en esas condiciones? Esperaba que lo hubiera hecho. Deseaba que lo hubiera hecho. Derek no merecía morir. Quizá había logrado desvincularse también de la mafia… O quizá continuaba en este negocio allá donde estuviera. Era una persona impredecible.

Entonces alguien más vino a mi memoria. Me humedecí los labios mientras el pecho se me encogía.

—Me enteré de que… Bruno murió.

El rictus de Andrew se cubrió de un velo de pesar.

—Sí. En el tiroteo.

La compasión me anudó el estómago.

—Lo siento.

Bruno mintió para ayudarme cuando escapé de la mansión, lo que hizo que le dispararan, me echó un cable para que pudiera hablar con Dylan, y siempre estuvo velando por mi seguridad en las sombras.

Lo mataron cuando vinieron a rescatarme, así que su muerte siempre recaería en mi conciencia.

—No fue culpa tuya. Él sabía el tipo de vida que llevaba, y que eso podía pasarle algún día.

—Nadie se hace a la idea de morir. Estoy segura de que Bruno quería vivir. Y por eso lo siento.

Andrew me miró a los ojos y yo le reconocí en ellos. Reconocí al hombre de mi pasado, el que odiaba su mundo, el que tenía remordimientos, el que se sentía solo y tenía miedo a que lo abandonaran. El que amé hasta perder la cabeza.

—Yo también —respondió en voz baja.

El impulso que tuve en ese momento de abrazarle para paliar su tristeza me aturdió. Miré hacia otro lado, fingiendo que no me afectaba nada de lo que habíamos hablado. Entonces me di cuenta de que habíamos llegado a la librería. Me detuve frente a ella, atisbé el letrero marrón con la palabra «Metamorfosis» y me aclaré la garganta.

—Bueno, esta es mi parada.

Andrew contempló la fachada de la tienda. Cogió mejor su bolsa de la compra y asintió.

—Que tengas un buen día, Megan.

—No te dejes apuñalar hoy.

—Solo por tus comentarios mordaces.

Se me escapó una sonrisa. Mierda. Había sonreído. ¿Es que era idiota? No podía mostrarle afecto a Andrew, vamos, ni de broma.

Él se me quedó mirando con una suavidad en los ojos que me puso más nerviosa.

—Echaba de menos tu sonrisa.

Joder.

Tragué saliva, incómoda.

—Pues recuérdala bien porque no volverás a verla.

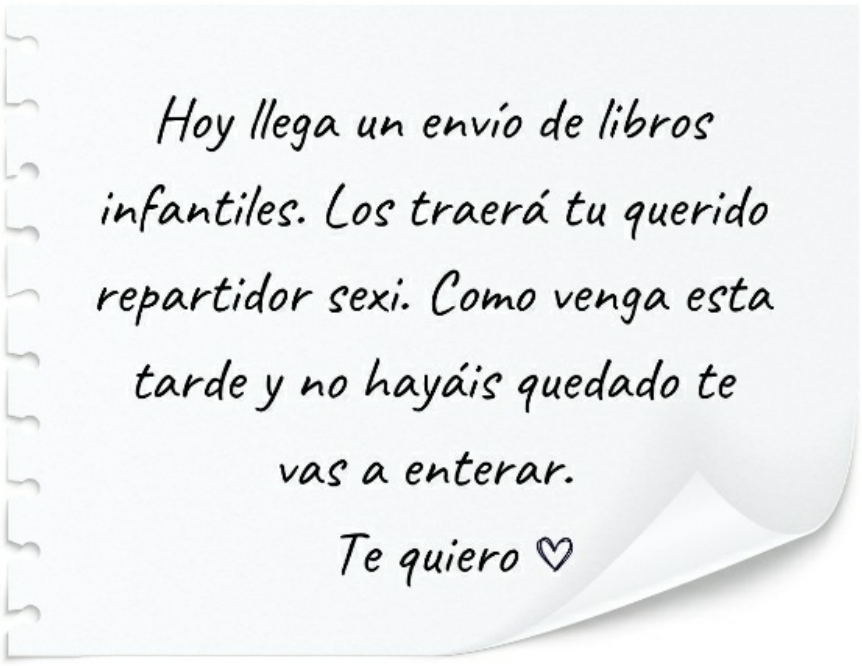
—Nunca podría olvidarla.

Joder otra vez.

«¡Termina ya con esto!»

—En fin, adiós.

Saqué las llaves de la librería y me dispuse a abrir el candado de la reja que la cubría. Escuché como Andrew contestaba con otro adiós y sus pasos alejándose calle abajo. Entré en la tienda, no cambié el cartel de «cerrado» a «abierto», caminé hasta el mostrador y vi una nota de Elia.



Rodé los ojos maldiciendo a Elia y a mi suerte. No creía tener energía ese día para lidiar con ese asunto.



CAPÍTULO 13

ROSAS AZULES

Nate entró en la librería y al segundo en el que lo vi, se esfumó de mi cabeza todo lo que había estado planeando decirle. Creí que merecía algún tipo de explicación por haber desaparecido, ya que en el último mensaje que le envié le confesé estar estresada y le pedía que habláramos más adelante. De eso había pasado más de una semana.

Su actitud fue totalmente normal, depositó la caja del pedido delante de mí con una de sus habituales sonrisas.

—Buenos días, señorita Megan, su pedido, écheme un sello por aquí, por favor.

Obedecí y él se guardó el papel.

—Nate, quería hablar contigo porque me siento fatal por haberte ignorado.

—No tienes que sentirte mal, no has hecho nada malo. Cada uno tiene sus problemas y sus cosas, no te preocupes.

Era tan bueno…

—Aun así —insistí—. ¿Te apetece que nos tomemos una cerveza esta tarde? Tengo tiempo hasta que salga Leah del colegio.

Mi plan inicial no era ese, pero me pareció tan tierno y comprensivo que me nacieron las ganas de quedar con él para charlar un rato. La sonrisa se dibujó con rapidez en sus labios.

—Claro, pasaré por aquí cuando termines.

Nos sonreímos como idiotas y Nate salió de la librería. Elia se puso a dar saltitos cuando se lo conté. Llegó antes de tiempo a su turno para averiguar si había seguido sus indicaciones.

—Para, solo vamos a beber algo.

—Pero es una cita —aseguró.

—No lo es, quiero explicarme un poco, ya está.

—Admite que te gusta y que quieres que llegue a más.

—Deja de soñar despierta. Mi vida no es una de tus novelas románticas.

—No, es mejor. Chica, te pasa de todo.

—Lo sé, por desgracia.

Y si supiera lo del paseo matutino con mi ex, ya ni te cuento. Me mordí el interior de la mejilla, molesta por estar recordándolo otra vez, no había podido quitármelo de la cabeza en toda la mañana. Esperaba que Nate ejerciera su efecto relajante de siempre, y pudiera pasar un buen rato con él sin pensar en mi maldito pasado.

Salí de la librería y ahí estaba mi repartidor, apoyado en una moto con el casco en la mano, esperándome. Vaya, no tenía idea de que ese era su medio de transporte. A lo mejor esto sí que se parecía a los libros de Elia. Le sonreí como saludo, y elevando una ceja, me acerqué a él.

—Hola. No sabía que iríamos en una máquina mortal de dos ruedas, quizás debería avisar a mis padres.

Nate se rio y se colocó el casco.

—Tranquila, señorita Megan, soy un conductor diligente. Podemos hacer esto en secreto.

Me encogí de hombros, divertida, mientras cogía el casco que me tendía. Me lo coloqué y subí a la moto.

—Yo que pensaba que eras como esos protagonistas malotes de los libros adolescentes.

—Pues siento decepcionarte, pero no paso de cien millas por hora.

Solté una carcajada y entonces me di cuenta de que debería agarrarme a su cintura si no quería salir volando hacia atrás cuando arrancase. Con timidez, llevé mis manos a su torso y lo rodeé. Sentí como se tensaba bajo mi tacto. Puso el motor en marcha y emprendimos el camino. No fuimos muy lejos, a un bar en el centro. Nos tomamos una cerveza mientras charlábamos del trabajo y alguna tontería sin importancia. Estuve a gusto, muy a gusto. Era demasiado fácil hablar con Nate de cualquier tema y se hilaban solos uno detrás de otro.

—Gracias por actuar como siempre —le dije en un momento dado—. Pensaba que pasarías de mi cara igual que había hecho yo contigo.

—A ver —comenzó, bebió un trago de su cerveza y la volvió a dejar sobre la mesa—, no soy un crío para andar enfadándome porque no me hables en una semana, o para pagarte con la misma moneda. Si hubiera sido por el hecho de que no te gusto, me tendría que hacer a la idea y seguir con mi vida y no habría nada que reprocharte.

—¿Te planeas las frases antes de quedar conmigo? —Nate se rio—. No, en serio, siempre dices lo correcto.

—Es que soy un caballero. Aunque voy en moto y no en caballo.

Ambos nos reímos, y yo, mirando el fondo de mi vaso pensé que si quería que nuestra relación fuera avanzando debía confiar en él. Nate se había portado genial, me había dado mi espacio y era comprensivo. Debía dar algo de mí también.

—He estado bastante agobiada estos últimos días y por eso necesitaba alejarme un poco…

—Si no quieres no tienes por qué contarme qué te ocurría, Megan.

—No, está bien. —Cogí aire antes de soltar—: Ha aparecido el padre de Leah.

Nate parpadeó, puede que se esperase cualquier cosa menos eso. Carraspeó sin saber muy bien cómo responder.

—¿Y has tenido algún problema con él?

—No exactamente. Él no sabe de la existencia de Leah y yo no quiero que lo descubra, así que su vuelta me ha generado bastante estrés.

—Entiendo tu punto —dijo con cautela—. Pero, ¿no crees que debería hacerse cargo al igual que tú?

—No quiero que mi hija lo conozca, no sería una buena influencia.

—¿Te maltrataba? —susurró.

—¡No! Claro que no —me apresuré a negar con la cabeza—. Es otra cosa. Él no es una mala persona.

—De acuerdo. Supongo que tan solo puedes evitarle. Aunque tarde o temprano acabará descubriéndolo, esas cosas no se pueden ocultar para siempre.

Asentí, de pronto con un dolor opresivo en el pecho. Nate tenía razón, ¿cómo podía evitar que Andrew descubriese a Leah? ¿Era realmente lo correcto?

Cambiamos de tema, charlamos un poco más y terminamos nuestras cervezas. Miré el reloj para ver que Leah estaba a nada de salir del colegio. Nate vio mi reacción a la hora y se reacomodó en el taburete.

—Megan… ¿Te gustaría venir a mi casa este fin de semana?

Me quedé mirándole, con esos ojos castaños y centelleantes que poseía. Mi mente imaginó enseguida en tener *ese* momento íntimo con él. Estaba claro de lo que estábamos hablando ¿no? Tragué saliva, algo nerviosa.

—Eh…

—Déjalo, es verdad, con tu hija y todo te va a ser imposible.

Sonrió, pero pude ver el brillo de decepción en su mirada. Era cierto que con Leah el tema citas era mucho más difícil, pero por suerte contaba con personas geniales que podían cuidarla y a ella le encantaba. Quizás sí que necesitaba esos instantes para mí, para disfrutar como mujer.

—Si me dejas que planeé con quién dejarla, iré.

Nate me observó sorprendido y lentamente dibujó una sonrisa encantadora en su rostro.

—Pues claro.

Sin decir mucho más, salimos del bar y Nate me llevó en su moto a la puerta del colegio de Leah. Me despedí de él y caminé hacia la puerta. Mi hija ya estaba saliendo junto con sus compañeros. Le di un beso en la mejilla cuando llegó hasta mí.

—¿Cómo te ha ido hoy, cariño?

Ella me miró con una mezcla de curiosidad y recelo.

—¿Quién era ese chico?

Me quedé paralizada observando sus ojos verdes. ¿Ese chico? ¿Me había visto con Nate? Maldita sea, qué vista tenía esta niña.

—Solo es un amigo.

—¿Va a ser mi papá?

Joder, demasiado rápido.

—No, cielo. —No supe interpretar su expresión, si era tristeza, alivio, decepción, enfado… —¿Tú quieres tener un papá? —pregunté con un nudo en la garganta.

Leah encogió sus pequeños hombros. No lo sabía. Pues claro que no lo sabía. Ni siquiera su propia madre tenía claro si eso debía ocurrir. Inspiré y me levanté dándole la mano a mi hija para cruzar la calle.



A los dos días, al llegar a la librería, Elia me miró con una ceja alzada, apoyando la cadera en el mostrador.

—¿Qué me he perdido? ¿Ahora eres una rompecorazones y juegas a dos bandas? —preguntó.

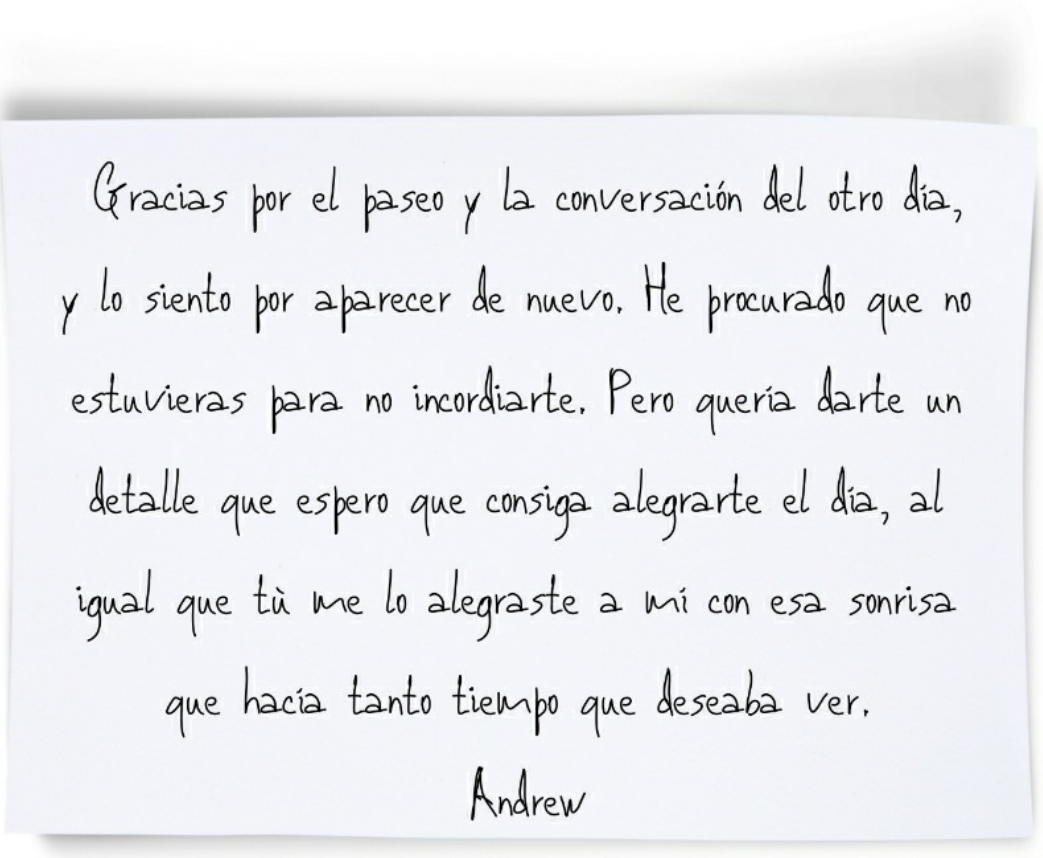
—¿De qué hablas?

Sacó de detrás del mostrador un ramo de rosas de un color azul precioso y me lo tendió. Lo cogí sin entender nada. Las llamativas flores tenían los pétalos un poco húmedos y olían de maravilla.

—Esta mañana ha venido un hombre que estaba para mojar pan, ha comprado un libro de Dan Brown y me ha dejado esto como recado para ti.

La miré frunciendo el ceño, dándole mil vueltas a quién era ese misterioso hombre. Sin decir

nada más, tomé la nota y la desdoblé para resolver el misterio. En el interior, escrito a mano con una letra que conocía demasiado bien, rezaba:



Parpadeé, anonadada. Andrew había venido a la librería a dejarme unas rosas azules. Con una nota, por supuesto. Me recordó a la que me escribió cuando me regaló aquel libro en su mansión. Sacudí la cabeza, confundida. ¿En serio? ¿Qué estaría pensando? Cerré de nuevo la nota y la guardé en el bolsillo de mis vaqueros con el corazón estúpidamente acelerado.

—¿Y bien? —inquirió Elia.

—Es de Andrew.

Para qué mentir.

—¿Ese era Andrew? —exclamó casi soltando un gallo, acto seguido se tapó la boca para esconder su grata sorpresa—. ¡No me fastidies! ¡Está buenísimo!

—Sí, eso me había quedado claro.

—Perdón, es verdad —carraspeó recuperando la compostura—. No te hace ilusión recibir sus regalos.

—No mucha, no.

—¿Y a qué ha venido? ¿Te lo ha dicho en la nota?

Encogí un hombro fingiendo indiferencia.

—Solo ponía que quería darme un detalle.

—Ostras, ¿está intentando reconquistarte?

La idea me puso tensa.

—Más le vale que no, porque se va a llevar las calabazas de su vida.

Elia se rio. Suspiré y le tendí el ramo haciéndole la señal de que podía quedárselo ella. No quise decirle la verdad de que nos encontramos por casualidad y paseamos como si nada. Me daba vergüenza admitirlo, como si hubiera hecho algo malo.

Yo era la que estaba siempre con la cantinela de que no quería hablar con él ni verle ni en pintura, y después actuaba completamente al revés.

No me entendía a mí misma.

Ignoré el tema para ponerme a revisar el trabajo de ese día mientras Elia inspeccionaba las rosas.

—Pues déjaselo claro, porque no me pega nada este color con la decoración de mi casa —comentó.

—Tíralas entonces.

—Si hombre, qué lástima, con lo bonitas que son. Las pondré por aquí, ¿vale?

Volví a encoger un hombro a pesar de que no me hacía demasiada ilusión verlas cada día, pero en realidad, era cruel tirarlas a la basura. Las rosas no tenían la culpa. Y era cierto que eran muy bonitas.

—Haz lo que quieras.

Elia sonrió distraída mientras buscaba un jarrón o algo parecido para meterlas, cuando lo encontró se fue al baño para llenarlo de agua. Regresó con las rosas metidas en un florero en el que antes teníamos una planta que murió. Lo colocó en un lado del mostrador y yo lo miré con una mezcla de sentimientos. Si Andrew aparecía otra vez por la librería y lo veía podría pensarse lo que no es.

—Oye, ¿quieres que le prohíba la entrada si vuelve? —preguntó mi socia viendo mi cara de disconformidad.

—No hace falta, si compra es bienvenido.

—Qué interesada, Megan.

Le guiñé un ojo, simulando que aquel estúpido acontecimiento no me había afectado en lo más mínimo. Mentirme a mí misma y a los demás era mi mayor habilidad al parecer.

—Yo siempre miro primero por mi negocio.

—Hablando del negocio, hay que hacer un pedido de novedades, han salido dos o tres de un par de editoriales, las he apuntado ahí.

—Vale, ahora lo tramito.

Elia comenzó a ponerse su abrigo y metió el móvil y su agenda en el bolso.

—Y hablando de pedidos. ¿Ya le has dicho a tu otro admirador secreto que estás libre para pasar una noche loca en su casa?

La oteé alzando una ceja.

—Hoy estás muy preguntona.

—Me preocupo por tu vida amorosa como cualquier buena amiga haría.

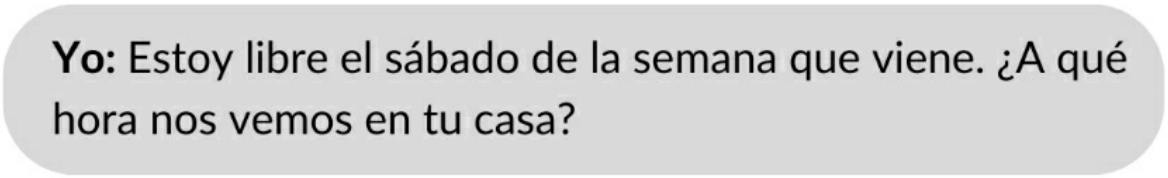
Bufé, terminando de hacer el pedido frente al ordenador. Pensé en pedirle a Dylan y a Jason que se quedaran con Leah. En nuestra última llamada mi mejor amigo había insistido —de nuevo —, en que se la dejase algún día porque la echaban de menos. Sabía que a mi hija le haría ilusión, y así fue, de modo que aproveché la oportunidad. Esa noche su malvada madre podría escaparse del castillo para encontrarse con el príncipe.

Tenía que enviarle un mensaje a Nate para confirmar nuestra cita en su casa, pero solo de pensarlo me temblaban hasta las piernas. Era como si hiciera siglos que no estaba a solas con un hombre de esa forma. Tampoco sabía si estaba preparada del todo.

Elia cogió mi móvil del mostrador desde el otro lado antes de marcharse, intenté quitárselo, pero fue inútil. Escribió algo y me lo devolvió con una sonrisa pícara.

—Solo tienes que darle a enviar, te he quitado trabajo. Hasta mañana, rompecorazones.

Salió de la librería haciendo sonar las campanillas de la puerta. Miré el móvil para ver que había dejado escrito un mensaje a Nate:



Cerré los ojos apretando la mandíbula. Elia siempre se tomaba ese tipo de libertades, la iba a matar un día. Aunque por lo menos no lo había mandado. Inhalé despacio, dejando que el aire entrara en mis pulmones para después expulsarlo con suavidad. Eché una ojeada al ramo de rosas azules que reposaba sobre el mostrador.

Ya era hora de salir de la burbuja, seguir de verdad con mi vida y pisotear el pasado.

Le di a la tecla de enviar.



CAPÍTULO 14

IMPULSOS

—Espero que me la devuelvas sana y salva.

Dylan me miró como si fuera un ogro salido de un cuento. Mi hija se rio de su expresión.

—¿Por quién me tomas? Leah no estará con nadie mejor que conmigo.

—Eso espero.

Le di la mochila que había preparado con las cosas de la niña y él la cogió sacándome la lengua. Rodé los ojos.

—Venga, vete a hacer tus cosas de mami cachondona.

—¡Dylan! —exclamé, mirando a mi hija con pavor. Ella, sin embargo, al no entender nada, solo nos observó con curiosidad.

—Tranquila, no lo entiende.

—Me da igual, no quiero que aprenda esas palabras. Dios mío, no sé qué hago dejándola contigo y con Jason, volverá diciendo tacos, con el pelo rosa y queriendo saber que es un consolador.

—¿Qué es un consolador? —preguntó Leah con inocencia.

Maldita sea.

Mi amigo soltó unas sonoras carcajadas, que la niña le siguió, porque así era ella, le imitaba en todo a su querido Dylan.

—Ya te lo explicaré cuando seas mayor —contesté.

—¿Desde cuándo te has vuelto una monja de clausura? Disfruta de tu soltería —soltó mi

supuesto amigo.

Bufé, arrepintiéndome en serio de mi decisión y deseando coger a Leah para llevármela bien lejos.

—Como aprenda una sola palabrota, no volverás a verla —amenacé.

Él hizo pucheros abrazándose a la pequeña. Puse los ojos en blanco de nuevo y opté por marcharme de una vez. Me despedí de Leah, amenacé por última vez a Dylan y me subí al coche para regresar a casa.

Me probé varias prendas de ropa, sin acabar de estar convencida de ninguna. Era la cita más íntima y especial que había tenido con Nate hasta el momento. Estaba nerviosa. Bueno, miento. Estaba hecha un maldito flan. Madre mía, parecía que iba a perder la virginidad. Aunque igual yo me estaba montando mis películas, y Nate tan solo quería cenar y pasar una noche agradable. Sacudí la cabeza, cogí unos vaqueros oscuros conjuntados con una blusa blanca con flores negras y me vestí.

Llegué a la dirección que Nate me había enviado por mensaje y toqué al timbre con las manos un poco sudadas. Él abrió la puerta con una enorme sonrisa. Vestía unos vaqueros grises y una camisa negra arremangada por los codos. Estaba muy guapo, para qué mentir. Me ofreció pasar y me cogió la chaqueta para dejarla en el perchero del recibidor. Vivía en un piso pequeño para bastante bonito y bien decorado. Simple, en tonos negros y grises, algún azul, era un lugar tranquilo, como él.

—Bonita casa —dije.

—Gracias, aunque estoy de alquiler. El día de mañana me compraré una casa a la orilla del mar.

—Qué romántico —me reí.

—Podrás venir cuantas veces quieras.

Me ruboricé un poquito al escuchar como hablaba de futuro. Yo ni lo consideraba, solo podía centrarme en el presente, nunca sabías lo que iba a ocurrir, cómo todo podía irse a la mierda.

Nate me condujo al salón donde había preparado la mesa con velas. La verdad, ese chico parecía salido de un cuento de hadas. Entonces una imagen vino a mi mente. Luces, una mesa para dos, un jardín de madrugada. Me quedé quieta, observando la escena, recordando por no sé cuánta vez aquel desayuno con Andrew.

El del primer beso.

—¿Te gusta? —preguntó Nate, intrigado por mi silencio. Salí de mis pensamientos.

—Sí, claro. Es perfecto. Te lo has currado, eh.

—Por supuesto.

—Gracias.

—Dámelas cuando te comas la cena, no soy demasiado manitas en la cocina, así que no sé cómo habrá quedado.

—Seguro que riquísimo.

Nate sonrió de forma encantadora y fue a la cocina a por los platos. Era carne con una salsa que estaba fenomenal. Cenamos a gusto, charlando, riendo. El tiempo pasó volando. A la hora del postre, tiramisú, yo ya me había tomado tres copas de vino, que estaba un poco fuerte.

—Ahora sí que puedo darte las gracias porque estaba todo para chuparse los dedos.

—Me alegro mucho, aunque me he pasado con el licor en el tiramisú.

Solté un bufido divertido.

—Solo me faltaba eso, con la de vino que he tomado.

Me reí, algo achispada, y Nate me siguió, que no se quedaba corto.

—Mi plan era emborracharte para que tuvieras que quedarte a dormir. —Le miré pasmada. Dejé la copa de vino en la mesa, inquieta. ¿En serio? No obstante, había sido yo misma quién me había servido más alcohol. —Es broma, Meg —reculó curvando los labios—. Nunca te haría eso. Pero no diré que no me encantaría que te quedases.

—Yo es que…

Dios, estaba borracha. Me costaba pensar y hablar. Pero a la mierda. Estaba con Nate, un chico espectacular que había preparado una cena preciosa para mí, que era atento y que, como diría Elia, estaba más bueno que el pan. De modo que no había ningún problema si bebía más de la cuenta, si nos acostábamos o si me dormía en su cama.

—Eh, no te sulfures, te pagaré un taxi —dijo riendo.

—¿Y si no quiero?

Nate me miró un poco sorprendido. Sus mejillas y orejas estaban rojas por el vino. Los ojos vidriosos.

—Entonces… Me arrepiento de no haber puesto pétalos y velas en la habitación.

Oh no, pétalos no. Volví a reírme para no pensar en esas dichosas rosas. Él me siguió.

—Puedes dejar de ser el príncipe encantador a horario completo, ¿sabes?

—Es muy duro, que lo sepas.

Nate llenó su copa, me atisbó para verme asentir e hizo lo mismo con la mía. Continuamos bebiendo y riendo durante un rato. Hasta que él se levantó de su silla para recoger los platos y llevarlos a la cocina. Le ayudé como pude, me costaba un poco caminar sin chocarme con algo. Una vez en mi destino dejé los platos en el fregadero, pero resbalé por la pérdida de equilibrio y Nate me cogió de la cintura para que no estampara mi cabeza contra la encimera. Nos partimos de risa los dos, sin embargo, al dejar que las carcajadas fueran disminuyendo, me di cuenta de que su mirada era muy intensa. Observamos los ojos del otro en silencio.

Nate se acercó lentamente. Mi corazón comenzó a acelerarse. Sentí una extraña presión en

mi pecho. Cerré los párpados cuando sus labios rozaron los míos. Eran suaves, cálidos, gentiles. Sabían a vino. Nate me besó, y yo intenté dejarme llevar. Intenté devolvérselo sin problemas, como a un chico que me gustaba, porque él me gustaba.

Lo intenté. Joder, lo intenté.

Pero no pude.

La presión aumentó, descendiendo por mi estómago. La imagen de Andrew se había colado entre nosotros, abarcando toda mi mente, no permitiéndome ver más allá. Ver lo que tenía delante. ¿Es que nunca lo iba a superar? ¿Siempre estaría ahí, en mi cabeza, inamovible? ¿Cuándo podría seguir con mi vida y ser feliz con alguien más?

Los labios de Nate se despegaron de los míos. Me miró fijamente a los ojos. Yo quería escapar. Quería abrir un agujero en el suelo y desaparecer. Porque sabía que él lo había notado, que no había recibido la respuesta que esperaba. Bajó la mirada.

«Soy una idiota.»

—Lo siento…—murmuré con un nudo en la garganta.

Nate se pasó una mano por la boca.

—No te disculpes. No era el momento, estamos borrachos… yo qué sé.

Apreté los labios en una fina línea. Nate no se merecía eso. Merecía una chica que le correspondiese, que le valorase, que perdiera el culo por él, no que estuviera contantemente pensando en su ex.

—Es mejor que dejemos esto —dije arrastrando un poco las palabras. Maldito vino. Él me observó con el ceño fruncido. —Está claro que no estoy preparada. Y tú deberías estar con una chica que lo esté, que la beses y te responda, que quiera verte todos los días…

—Megan…

—…no yo. Que estoy…rota. O herida, o no lo sé. Mereces alguien sin problemas, sin una carga como la mía, que además de que tengo una hija, su padre es un expresidiario…

Nate pardeó, sorprendido. Mierda. Nunca le conté que Andrew había estado en la cárcel. Bueno, qué más daba. Siempre me pasaba igual cuando bebía, la boca se me soltaba.

—Megan, escúchame…

—Será mejor que me vaya —zanjé, me dolió hasta a mí decir esas palabras—. De verdad que siento muchísimo haberte hecho perder el tiempo.

Salí de la cocina, con el corazón a mil por hora, la vista un poco nublada y la necesidad imperiosa de largarme de esa casa. Cogí mi chaqueta y el bolso del recibidor y abrí la puerta.

—¡Megan! —exclamó Nate tras de mí—. ¿Por qué no lo hablamos? Estás borracha y…

—Perdóname, Nate, soy una imbécil. Muy imbécil. Gracias por la cena. Cogeré un taxi, no te preocupes. Mañana pasaré a por mi coche.

Dicho esto, atravesé el umbral y salí del piso, dejando a Nate plantado delante de la puerta

con una expresión que no podría explicar. Mientras bajaba en el ascensor, saqué mi móvil para pedir un taxi. Llegó en menos de un minuto. Me senté en la parte de atrás y le di mi dirección. Apoyé la cabeza en el respaldo, cerrando los ojos.

Era una horrible persona. No me podía creer lo que le había hecho al pobre Nate. Pero… no podía continuar mintiéndome a mí misma y avanzar con una relación para la que no estaba preparada. A lo mejor no lo iba a estar nunca. Porque ese maldito de Andrew… sí, todo era culpa suya. Si no me hubiera buscado al salir de la cárcel, yo habría seguido con mi vida como si nada, con recuerdos dolorosos, pero entera. Sin embargo, él apareció, con su brillante sonrisa perfecta, sus intensos ojos verdes y su cuerpo moldeado por los putos dioses.

Le odiaba. Le odiaba por abrir la puerta de mi pasado y mis sentimientos, por intentar atravesar mis murallas con sus disculpas, sus estúpidos paseos y sus rosas azules.

Podía irse al infierno.

«Es más. Se voy a decir claro. En persona. Ahora mismo».

—Disculpe, ¿puede llevarme a otro lugar? —pregunté al conductor. Él me miró extrañado, pero asintió. Le di la dirección de la calle contigua al piso de Andrew. Seguramente estaba cometiendo un error, una de esas locuras que me caracterizaban, no obstante, estaba borracha y enfadada, y necesitaba en ese momento más que a nada, mandar a la mierda a mi ex.



CAPÍTULO 15

MALAS DECISIONES

Cuando me bajé del taxi, me tropecé de lo mareada que estaba. Me cuadré, intentando simular que ya no estaba borracha, o al menos no tanto. Respiré hondo y caminé con decisión hasta la puerta del piso de Andrew. Golpeé con el puño la madera varias veces seguidas.

—¡Tú, hombre de las rosas, tengo que hablar contigo! —bramé.

La puerta se abrió con brusquedad, haciendo que tropezara hacia atrás. Un enfadado Andrew estaba delante de mí, y digo enfadado porque tenía el ceño super fruncido y la mandíbula tensa. Ah, y sus músculos también, lo pude ver porque llevaba una camiseta interior sin mangas de color negro y unos vaqueros. No pensaba fijarme en lo atractivo que estaba vestido así. No.

—¿Te has vuelto loca? —exclamó, molesto.

—A lo mejor sí.

—¿Qué haces gritando en mi puerta?

—Vengo a dejarte las cosas bien claritas —aseguré señalándole con el dedo. Él lo miró, juntando más sus cejas, muy confundido. Se pasó una mano por el pelo.

—Maldita sea, vas a despertar a medio vecindario y no me conviene llamar la atención.

Cogió mi muñeca con la intención de hacerme entrar, al igual que la vez anterior que fui sin previo aviso para ver si seguía vivo, sin embargo, yo me solté de un tirón.

—¡No pienso entrar!

—Mierda, Megan, ¿estás borracha? La madre que…

—Sí, ¿qué pasa? —contesté altanera, aunque aún me balanceaba un poco.

Sin que me lo esperase, Andrew me agarró por la cintura y me levantó del suelo para cargarme en uno de sus costados. Solté un grito, pataleé acto seguido al ver cómo me metía dentro del piso y cerraba la puerta con el pie. Me dejó en el suelo, a lo que yo jadeante, casi me caigo.

—Tú *hobby* de secuestrar mujeres no ha cambiado.

—No me hagas enfadar, eres tú la que ha venido pegando alaridos. Estás poniéndonos en peligro a los dos.

—Ah sí, es verdad. —Levanté las manos haciéndome la indefensa—. Que ahora eres un superinfiltrado.

—Te agradecería que no bromearas con eso.

Hice un mohín. Era cierto, estuvo feo burlarme de ese aspecto justamente. Él estaba enfrentándose a mucho por hacer lo correcto. Y yo estaba siendo una inmadura.

—Bueno… —murmuré mientras me recolocaba la ropa—. Perdón por los gritos.

Andrew suspiró.

—¿A qué has venido? Ya te dije que no lo hicieras.

—Pues es que estoy borracha —acepté. Él alzó una ceja, como diciendo que era obvio—. Y muy enfadada contigo, así que mi instinto me ha dicho que debía venir a cantarte las cuarenta.

—¿Qué he hecho esta vez?

—¿Y aún lo preguntas? —dije alzando las cejas. Mi voz era horrible, por cierto—. Aparecer a comprar libros de la nada, llegar herido en busca de ayuda, pedir pasear conmigo, regalarme rosas… —Enumeré con los dedos, lLo de las rosas y la notita es lo peor, porque encima se lo dejaste a mi compañera, y claro ¡me preguntó de todo! Además, me obligó a ponerlas en un dichoso jarrón en la librería.

—Vale, tienes algo en contra de las rosas, apuntado.

Se me escapó la risa. Hice un sonido ronco al intentar evitar que saliera de mis labios. Andrew me miró extrañado.

—Me gustan las rosas. Y eran muy bonitas.

—Entonces lo que no te gusta es que te las regale yo.

—¡Exacto! —proferí, chasqueando los dedos.

Al levantar la voz de ese modo, el estómago se me revolvió de nuevo. Cómo me arrepentía de haber tomado tanto vino.

—Lo siento —dijo—. No lo pude evitar. Dije que me alejaría de ti y desaparecería de tu vida, pero no he podido cumplir mi palabra.

—Tú nunca cumples tu palabra. Todas las promesas que me has hecho las has roto.

Vi un músculo de su mandíbula palpitar. Eso le molestó. O quizás le dolió. No lo sé.

—Es cierto.

Había ido allí a gritarle cuatro cosas, pero ahora que lo había hecho y estábamos entrando en terreno pantanoso, empezaba a sentir expandirse el agujero en mi pecho. Tragué saliva pensando en todas esas promesas que se hicieron añicos. Que se destruyeron de un golpe con sus duras palabras tras aquel frío cristal en la cárcel.

Sin embargo, yo no era una santa.

—Yo también rompí las mías.

Andrew me observó en silencio, la sorpresa pasó por su rostro. Era la primera vez que me escuchaba admitir algo de culpa en lo que sucedió. Desvió la vista a otro lugar, pensativo.

—Eso no importa, fui yo el que lo estropeó todo.

Lamí mis labios, tenía la boca seca y un sabor amargo en la garganta. Los latidos de mi corazón incrementaron su frecuencia y agitaron mi respiración.

—Y tanto. La cagaste muchísimo. Me dejaste hecha mierda. Pero tú ya te habías cansado de mí y no querías verme más, así que no se te ocurrió otra forma menos dolorosa de apartarme, ¿eh?

—¿Qué me había cansado de ti? —preguntó como ofendido. Negó con la cabeza mientras apretaba la mandíbula—. Eso es imposible, Megan. Nunca quise que te marcharas. Pero tuve que mentirte. Te mentí para que no volvieras, para lograr que me odiaras.

En realidad, ¿alguna vez pensé que era verdad todo lo que me dijo? Dentro de mí, sabía que me estaba mintiendo, pero eso no palió el dolor que me produjo el hecho de que me dejara con tanta frialdad.

—Pues felicidades… lo conseguiste con creces.

—No tenía ni idea de cuánto tiempo iba a estar encerrado, y me negaba a condenarte a un futuro esperándome mientras me pudría en la cárcel. Por mucho que me doliera, sabía que la única forma de que te alejaras era haciéndote creer que no te amaba.

—¡Era mi puto problema si te esperaba o no! —clamé señalándome con el dedo—. Ni siquiera me diste la opción de decidir por mí misma porque tú siempre quieres controlarlo todo, joder. Eres un maldito egoísta.

Andrew dio un paso hacia mí. Nos separaban tan solo centímetros. El pulso me tartamudeó al sentirle tan cerca.

—Tienes razón, fui un egoísta y dije cosas horribles. Pero te aseguro que no sentía ninguna de ellas y cada palabra que salía de mi boca me desgarraba más por dentro. Dejarte fue una de las decisiones más duras que he tomado en la vida, Megan, y todavía me duele como el infierno. Pensar en todo el daño que te hice me hace sentir despreciable, ojalá pudiera volver atrás para cambiarlo.

—Basta… —murmuré.

No podía seguir escuchando. Quería taparme los oídos. Desaparecer. Saber la verdad dolía

demasiado.

—Intenté llamarte cientos de veces —continuó él, ajeno a cómo me estaba rompiendo yo por dentro—, pero terminaba colgando el teléfono porque sabía que no me merecía tu perdón. Sabía que serías más feliz sin mí. Y, aun así, despertaba cada día deseando que aparecieras en la cárcel. Me moría por verte de nuevo.

—Basta… Cállate.

Me di la vuelta, era incapaz de seguir mirando ese rostro imponente, arrepentido y mil sentimientos que era capaz de ver en su profunda mirada.

Me mintió aquel día, nunca me olvidó, intentó ponerse en contacto conmigo… Cerré los ojos con fuerza, reprendiéndome por haber sido tan estúpida de haber ido a buscarle. Tenía que cortar esa loca conversación y largarme corriendo de allí.

Su roce en mi espalda truncó todos mis planes, dejándome paralizada. Estaba de pie tras de mí, respirando cerca de mi oído. La piel se me erizó al instante al notar su cercanía. Quise girarme para apartarle, pero mi cuerpo no se movió.

—Todos los días pensaba en ti —susurró, invadiendo el espacio entre nosotros—. Todos los malditos días. No había uno solo en el que tu imagen no apareciera en mi mente. En aquella fría celda cerraba los ojos e imaginaba tu rostro… tu mirada desafiante, tu pelo enredándose en mi mano … —Rozó con los dedos mi cabello y lo retiró de mi hombro con delicadeza—. El sonido de tu voz… —Sus labios se deslizaron por el lóbulo de mi oreja. La tripa se me contrajo con un placentero estremecimiento. Me grité a mí misma para detenerle, pero estaba inmóvil—. Las curvas de tu cuerpo… —Sus manos viajaron hasta mis caderas, acariciando con lentitud los costados de mi cintura y dejando un rastro ardiente como si fuera el mismo fuego—. Cada hora, cada minuto y cada segundo, deseaba tenerte entre mis brazos. Y saber que no volverías a ser mía me mataba lentamente… Esa fue mi verdadera condena, mariposa.

Mariposa.

Había vuelto a usar ese apodo que creí en el olvido.

El corazón se me encogió al escucharlo.

Su boca se desvió hasta mi cuello, haciéndome cosquillas con la barba, y cuando sentí la cálida suavidad de sus labios posarse sobre mi piel, todo se fue al garete. Me estremecí por completo, perdiendo la fuerza en las extremidades. Incliné la cabeza hacia un lado de forma inconsciente y Andrew aprovechó para besar despacio la zona.

Mi cordura…ya no sabía dónde estaba. Pensamientos nublosos, ebrios, lujuriosos, invadían mi mundo. Una de sus manos se coló por debajo de mi camisa y acarició con su callosa palma la piel de mi estómago enviando una corriente de placer a mi centro. Sentía sus dedos peligrosamente cerca del borde de mis pantalones y el deseo fugaz de que se hundiera bajo la tela me trastocó.

«Megan, tienes que despertar. Esto no está bien.»

«No lo está, ¿verdad?»

Cuando Andrew me presionó contra su cuerpo, pude notar en mi coxis lo duro de su creciente erección, lo que provocó que un excitante calambre me recorriera de los pies a la cabeza. El estómago se me retorció, lleno de vino, carne y malas decisiones. Sentía que iba a vomitar. Mi cuerpo flaqueó.

—¿Estás bien? —preguntó Andrew.

Di la vuelta entre sus brazos y con un valor que no supe de dónde saqué, le miré a los ojos. Esos intensos iris, vidriosos y llenos de pasión.

—Tengo que ir al baño.

Tan solo pude decir eso antes de separarme de él y correr a la única puerta que había que debía de ser el servicio. Me abalancé sobre el retrete y comencé a vomitar.

«Estupendo.»

Un segundo después, Andrew estaba detrás de mí sujetándome el pelo para que no lo manchase. En ese momento me sentí la persona más patética del planeta.

Cuando terminé de expulsar todo el contenido de mi estómago, me giré y me senté en el suelo. Andrew mojó una toalla para pasarla por mi rostro. De cuclillas delante de mí, me limpió y me apartó el pelo húmedo de la frente.

—¿Te encuentras mejor?

—Más o menos.

Dejó escapar un suspiro mientras colocaba los codos en sus rodillas.

—Perdona, me he dejado llevar demasiado, no tendría que haberte tocado en el estado en el que estás. Soy un impresentable.

Tragué saliva para intentar deshacerme del sabor asqueroso que se había quedado en mi boca y también el nudo de mi garganta. No quería detenerme ahora mismo a pensarlo, pero… había estado a punto de dejarme hacer de todo por Andrew. Lo había deseado. Había deseado que traspasara las capas de ropa y me tocara como solo él sabía hacerlo.

Estaba loca.

—Yo no me he negado.

Presioné los labios en una fina línea, molesta con mi propio comentario, aunque era la verdad. Maldita sea, era la verdad. Él me observó en silencio.

—¿Puedes levantarte?

—No sé, estoy mareada.

Andrew se recolocó la ropa y me cogió en brazos como una princesa. Podría haber replicado, pero no tenía fuerzas para ello. Me sujeté rodeándole el cuello, la sensación de su cuerpo tan pegado al mío, de sus latidos bombeando en mi costado, el olor de su familiar

perfume, logró acelerar mi pulso. Salió del baño, caminó por el salón y me depositó en la cama. Apoyé la cabeza en la almohada mientras todo me daba vueltas. Coloqué un antebrazo sobre mi cara.

—Deberías quedarte a dormir —ofreció.

—Ni de broma.

—No puedes irte así. Al menos quédate hasta que se te pase un poco.

—Supongo que no tengo más remedio.

—¿Te traigo agua o alguna otra cosa?

Simplemente asentí, de modo que fue en su busca. Un minuto después me ofreció un vaso de agua y yo me incorporé un poco para beber unos tragos. Entonces me di cuenta de que, en la pared de enfrente, tras el sofá, estaba colgado el cuadro de la mariposa azul. Era el marco que le vi comprar en el 7 Eleven. Así que era para eso… El mundo se me tambaleó, literalmente hablando, por lo que tuve que volver a tumbarme.

Andrew se sentó en un lado de la cama y cruzó los brazos sobre el pecho. El silencio se apoderó de la habitación. Era tan extraño estar ahí con él, como si los años no hubiesen transcurrido, en esa situación tan surrealista, con su presencia a mi lado, cuidándome.

Pensé si debería decir algo al respecto del cuadro, pero él habló antes de que pudiera decidirme:

—¿Estabas en una cita? —preguntó en voz baja, como si no quisiera molestarme. La pregunta fue suficiente para que me olvidara del cuadro y abriera los ojos, lo que hizo que la cama se me moviera como si estuviera en un puñetero barco.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Estás arreglada y has llegado borracha… simplemente he pensado que era una posibilidad.

Ah, joder.

No me veía con fuerzas de lidiar con eso.

—No —respondí para evadirlo—. Y si fuera así no sería asunto tuyo…

Dios, qué mareada estaba.

—Definitivamente, no has cambiado nada.

—Tú tampoco —mascullé—. Sigues siendo un estirado y un mandón.

Andrew curvó su boca unos milímetros.

—Y tú imprudente y malhablada.

—Oye, he madurado mucho desde que soy madre.

Mierda.

¡Seré bocazas! ¡No me podía creer que se me había escapado eso! El maldito alcohol nunca me traía nada bueno. Andrew frunció el ceño al tiempo que giraba el rostro para mirarme

confundido.

—¿Eres madre?

Dudé. Podía decir que estaba ebria y que me lo había inventado, pero… no tenía sentido ocultarlo, algún día se daría cuenta, algún día se enteraría, y no quería negar así a Leah. Mientras que no supiera que él era el padre, todo debería estar bien.

—Sí —musité.

—Ya veo. —Pareció contrariado, preocupado, sorprendido y también algo molesto. —Era inevitable que conocieras a alguien con quien seguir adelante… porque supongo que no habrás tenido al niño por tu cuenta…

—Es una niña. Se llama Leah.

De perdidos al río.

—Es un nombre muy bonito. ¿Cuántos años tiene?

Si le decía su edad, podría hacer cuentas. Andrew me conocía demasiado bien para pensar que yo podría haberme ido con otro hombre en tan poco tiempo después de cortar con él. No era tan horrible contarle que tenía una hija, sin embargo, debía esconder que era suya como si me fuera la vida en ello. Además, ni siquiera sabía qué narices estaba haciendo, hablando de todo esto con el hombre que me rompió el corazón. Tenía que largarme o la cagaría más aún.

—Debería irme…—dije, un poco nerviosa. Nada más levantar la cabeza me mareé otra vez y me dio una arcada.

Andrew puso una mano sobre mi brazo y me miró como un padre miraría a su hija adolescente que se quiere escapar de casa.

—Quédate quieta. Descansa.

—Pero…

—Megan.

Rodé los ojos y volví a apoyar la cabeza en la almohada. Dios, en una situación tan tensa como esta tenía que encontrarme tan mal como para no poder huir. Vale, no importaba. Descansaría un poco, y cuando se me pasase, me largaría con un taxi y me olvidaría de que esta noche había existido. Sobre todo, el momento en el que Andrew se había acercado demasiado, en el que sus manos y sus labios habían encontrado mi piel y, lejos de sentir rechazo, se lo había permitido.

Tenía que borrarlo de mi mente. Para siempre.



CAPÍTULO 16

HIPOCRESÍA

Cuando me desperté la luz tenue de la mañana se filtraba en la habitación. Parpadeé desorientada, intentando poner mis ideas en orden y adivinar dónde estaba. Me incorporé en la cama y miré alrededor. El piso de Andrew. Sí, estaba en el piso de Andrew, tumbada en su cama. Él… no habría dormido conmigo, ¿verdad? Los recuerdos de la madrugada anterior taladraron mi cabeza al igual que mil martillos. La jaqueca que me di cuenta de que tenía me hizo apretar los ojos de dolor.

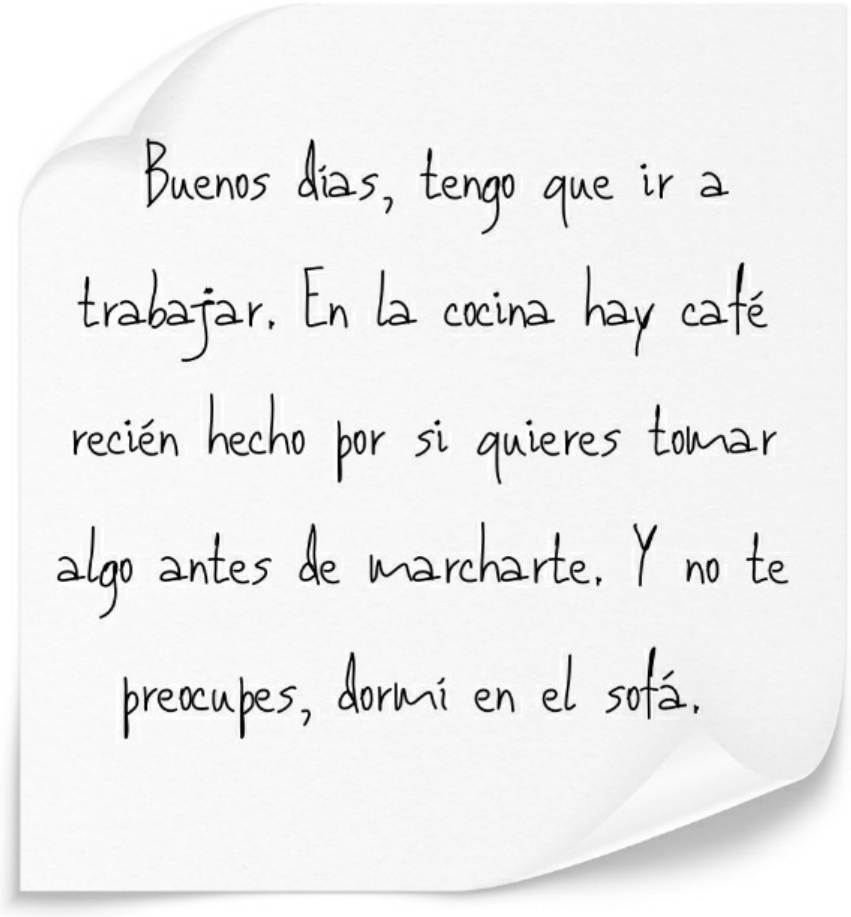
Joder, no podía ser verdad. Me emborraché en casa de Nate, le rechacé, le dejé tirado y me largué en un taxi a ver a Andrew. Según yo, para recriminarle su regalo de las rosas. Estaba enfadada porque siempre aparecía en mi mente cuando lo único que quería era seguir con mi vida como lo había hecho hasta que él volvió.

Dios. Estaba loca.

Me levanté a toda prisa de la cama, no parecía haber nadie, el silencio sepulcral lo invadía todo. Corrí hacia mi bolso, que estaba encima de la mesita central del salón, y saqué mi móvil. Eran las ocho de la mañana.

Mi hija. Mierda, mi hija. Tenía que ir a las diez a recoger a Leah de casa de Dylan. ¿Y qué hacía su madre? Pues dormir la mona en el piso de su expareja exconvicto. Me avergonzaba de mí misma. De hecho, hasta se me revolvió el estómago solo de pensar en lo que hice… en los gritos, los vómitos, y el roce de Andrew. Incluso le conté que había tenido una hija. ¡Por todos los santos! Al menos no le llegué a explicar que era suya.

Sacudí la cabeza para intentar no pensar en todo aquello. Me colgué el bolso al hombro y entonces vi la nota que había sobre la mesita central. Del puño y letra de Andrew.



Expulsé el aire despacio por la boca como un globo que se desinfla. Menos mal. Le agradecía que me lo hubiera aclarado, pero por desgracia no tenía tiempo ni ganas de tomarme ese café. Sin más dilación, salí de allí pitando. Gracias al cielo no tendría que enfrentarme a Andrew de buena mañana, cosa para la que no estaba nada preparada.

Esta vez cogí el autobús para llegar a casa de Nate y recuperar mi coche. Lo vi allí, aparcado y solitario, justo donde lo dejé. Me sentía horrible por lo que le hice a ese pobre chico. Seguramente no querría verme nunca más. Suspiré y, con un nudo en la garganta, me metí en el vehículo. Entré en mi apartamento casi a las nueve. Me duché, me vestí y maquillé para disimular el horrible rostro de resaca que llevaba. Cogí aire y me armé de valor para ir a buscar a Leah.

El viaje en coche fue una tortura de recuerdos sobre lo que había hecho, así que opté por encender la radio y poner la música a todo volumen para lograr ensordecer mis pensamientos.

Cuando llegué, Dylan me abrió con una sonrisa y Leah corrió hacia mí para abrazarme. La

cogí en brazos y le di un enorme beso.

—Hola, cariño. ¿Qué tal estás?

—¡Bien!

—¿Te has divertido con los tíos?

—¡Sí! ¡Vimos muchas pelis Disney, pintamos con pinturas y comimos crepes para cenar! —exclamó ella emocionada.

Le sonreí, contenta de verla tan feliz por su experiencia y consiguiendo con su sonrisa infantil y sus mejillas coloradas que me sintiera mejor al instante.

—¿Sí? ¡Qué guay! Me alegro mucho de que te hayas divertido. Tienes que contarme todo lo que has hecho.

—No sé quién estaba más emocionado, si la niña o Dylan —dijo Jason, acercándose.

Mi mejor amigo le dio un codazo a su novio.

—Los tres nos divertimos —replicó.

—Casi lloras con Pocahontas —le recordó Jason.

—¡Se me metió algo en el ojo!

Leah y yo nos reímos de las ocurrencias de esos dos.

—¡Mira, mami!

Leah me enseñó un dibujo que había hecho con las pinturas de Dylan. Era una especie de unicornio con el pelo morado. Miré a mi niña con orgullo.

—¿Lo has hecho tú?

Ella asintió, expectante.

—Madre mía, es chulísimo. Pensaba que lo habría pintado el tío Dylan con lo bien hecho que está.

Leah soltó una risita y negó con la cabeza.

—Tiene talento, eh —señaló mi mejor amigo—. Al final me quitará el puesto. Aunque se llenó de pintura y nos tiramos un buen rato para quitársela.

La niña me enseñó sus deditos, que todavía tenían pintura de varios colores bajo las uñas. Le guiñé un ojo. No me importaba que se ensuciara mientras jugaba. Si le gustaba pintar, que pintase. Quería que pudiera hacer cualquier cosa que deseara.

Mis amigos me hicieron pasar para tomar un café, ya que todavía no había desayunado nada y mi estómago era un revoltijo. Aunque los quería mucho, no me apetecía demasiado pasar el rato con ellos porque sabía que preguntarían por mi noche y no quería recordarla, menos todavía contarles lo que ocurrió con Andrew.

Bebimos el café charlando de su fin de semana. Hasta que, cuando creía que me había librado, Dylan sacó el maldito tema.

—Bueno, ¿y qué tal tu cita? ¿Es bueno en la cama?

Me giré hacia Leah que veía dibujos en la televisión sin prestarnos atención. Suspiré, abatida.

—No nos acostamos —aclaré—. Solo cenamos y charlamos, y fue normal, no creo que nos volvamos a ver, no congeniamos tanto.

—Vaya, y yo que pensaba que te había tenido toda la noche haciéndolo y por eso traías cara de *zombie*.

«Si supieras el motivo…»

—No. Solo he dormido mal.

—Pues nada —dijo Jason—. Si no te gusta no vale la pena alargarlo más.

Sí que me gustaba. Claro que sí. Pero yo tenía un jodido problema con mi pasado. Con mi pasado con cara de ángel, mirada penetrante y voz aterciopelada. Presioné mis ojos con los dedos. Ojalá pudiera volver atrás y no haber ido a la exposición cuando lo vi por primera vez. Y, sin embargo, no podía evitar la sensación de ser una hipócrita, porque mi corazón se aceleraba cuando aparecía. Una parte de mí, cada día más fuerte, deseaba saber de él.

Estaba enferma.

—No te preocupes, ya aparecerá otro que no tenga problemas con la ley —soltó Dylan—. A ti es que solo te gustan los hombres cuestionables, por eso con este no funciona la cosa.

Pues a lo mejor sí.

—Creo que prefiero estar sola. Los hombres solo dan dolores de cabeza.

—Es que encima tienes dos, eso da más jaqueca —señaló mi mejor amigo alzando una ceja.

—No tengo dos.

—Ya… —Dylan bebió de su café y Jason lo miró de reojo, ambos sabíamos lo que iba a salir de su boquita—: ¿No te has encontrado más con quien tú sabes?

Ah, joder. Si es que lo sabía.

—Dyl, va, déjala —intercedió su novio.

—¿Qué? Solo pregunto. La conozco demasiado bien.

«Me cago en su madre.»

Inspiré profundamente. No había caso de ocultarle nada a ese lince.

—Le he… visto un par de veces.

—¡Lo sabía! —exclamó—. ¿Al final seguiste mi consejo? ¿Hablasteis?

Hicimos más que hablar.

Eché un vistazo a Leah, continuaba ajena a lo que charlábamos nosotros. O eso esperaba. Le di vueltas a mi café con la cucharilla.

—Más o menos. Se disculpó y me dijo que me mintió el día que me dejó en la cárcel, que en realidad no quería hacerlo y fue para evitarme estar esperándolo…

Mis amigos se quedaron pensativos.

—Un método un poco cabrón de protegerte, pero bueno… entiendo su punto —dijo Dylan.

—En realidad, te hizo un favor —añadió Jason—. Lo habrías pasado muy mal. Y Leah habría llevado la cruz de que su padre estaba en la cárcel.

Solté el aire de mis pulmones en un suspiro profundo.

Era consciente de todo eso. Pero pensar que sus intenciones nunca fueron hacerme daño, me desmontaba el fuerte de odio y rencor que había construido contra él. Me preguntaba qué habría hecho yo en su lugar.

—¿Y ahora qué pretende? —pregunto Dylan, pegándole un mordisco a una pasta—. ¿Qué le perdones? Porque si solo te buscó para disculparse y ya lo ha hecho…

Los recuerdos de la noche anterior me invadieron. Sus palabras arrepentidas, su aliento en mi oído y sus manos por mi cuerpo. ¿Solo quería mi perdón? ¿O algo más? Ojalá lo supiera. Ojalá pudiera entenderle.

—No tengo ni idea.

—¿Y vas a perdonarle? —se interesó Jason.

Otra ojeada a mi hija, jugaba con su muñeca mientras miraba los dibujos animados.

¿Podía perdonar a Andrew ahora que conocía la verdad? ¿Se lo merecía después de lo mucho que me hizo sufrir? A pesar de cuales fueran sus motivos… me destrozó. Y no era capaz de borrar eso de la noche a la mañana.

—Lo veo difícil por ahora —murmuré.

—Tómate tu tiempo para pensarlo —me animó Jason—. Es una decisión complicada.

—Sí, le perdones o no, nosotros te apoyaremos igual. Como si lo que quieres es que le peguemos una paliza —aseguró Dylan alargando la mano para coger la mía.

Les dediqué una débil sonrisa.

Lo cierto era que tenía unos amigos que valían oro.

Cambiamos de tema y poco después me despedí de ellos con un gran abrazo. Leah y yo abandonamos la casa para volver a la nuestra. El domingo pasó sin más, un día tranquilo con mi hija. Elia me llamó para preguntar por la dichosa cita, a lo que le expliqué lo mismo que a Dylan y Jason. Ella no pareció creérselo mucho, pero me dio igual. Quería zanjar el tema. Agradecí que Nate no me enviara ningún mensaje ni me agobiara. Realmente era un caballero, y de verdad se merecía a alguien mejor que yo.



El lunes en la librería, estaba teniendo una jornada de lo más normal, vendiendo libros, reorganizando estanterías, colocando novedades… Hasta que las campanillas de la puerta sonaron con la entrada de un nuevo cliente y yo salí del pasillo donde me encontraba para atenderlo. Me quedé paralizada cuando reconocí a Andrew.

Esto era una pesadilla.

Vestía su habitual uniforme de ropa negra y llevaba algo en la mano, parecía una prenda. Fruncí el ceño, de pronto molesta. Me acerqué a él con los puños apretados.

—Hola —dijo tan campante.

—Te dije que no volvieras aquí.

Él alzó la prenda que sostenía.

—Olvidaste tu chaqueta en mi piso.

La miré, confundida. Ni siquiera me di cuenta. Salí con tanta rapidez y desesperación de ese lugar que ni miré si me dejaba algo. Después tampoco me acordé de la prenda. Cerré los ojos e intenté tranquilizarme. Agarré a Andrew del brazo y lo arrastré hacía la trastienda. Lo metí allí, rodeados de libros y cajas, para que nadie pudiera vernos y tuviéramos privacidad.

—No hacía falta que vinieras en persona a traerla, podrías haberla enviado por correo o qué se yo, haberla tirado —dije, irritada.

Era consciente de que no tenía mucho sentido lo que decía, pero me daba igual; sabía que solo era un favor, sin embargo, verle me trastocaba por completo.

—Solo quería devolvértela.

Me puso la chaqueta en la mano. Cuando alcé la vista hasta él descubrí su mirada acerada taladrándome. Parecía… enfadado. Sacó un papel doblado del bolsillo trasero de su pantalón y me lo tendió. Lo cogí, contrariada.

—¿Qué es esto?

—Mi número y el taller donde trabajo. Si necesitas algo puedes llamarme o ir allí en vez de venir a mi piso.

—No me hace falta.

Andrew se pasó la lengua por los dientes. Su expresión de molestia me produjo una

inexplicable presión en el pecho.

—Sé que yo soy un hijo de puta y cualquier atributo negativo que se te ocurra, Megan… pero tú eres una hipócrita.

Hipócrita.

Sí, lo era. Yo misma me describía de esa forma.

—¿Has venido a insultarme también? —repliqué.

—No estaba en mis planes.

—Vaya, pues se te da de lujo improvisar.

Él presionó su frente con los dedos mientras cerraba los párpados ante su desesperación. Una vocecita dentro de mí estaba feliz por desarmarlo.

—Vas a volverme loco.

—No estaba en mis planes —repetí burlona.

Andrew dio un paso hacia mí, la punta de sus zapatos tocó los míos y yo me tensé. Alcé el mentón para mirarle a los ojos porque era varios centímetros más alto.

—¿Me vas a negar lo que pasó la otra noche? —espetó, atravesándome con su mirada.

—No pasó nada. Solo estaba borracha.

—Por mucho que intentes escudarte en eso, los dos sabemos cómo reaccionaste ante mí.

Tragué saliva, incómoda, avergonzada. Asustada como el infierno, y no por Andrew, si no por sus palabras, porque lo que estaba diciendo era verdad. Reaccioné a él, a su cercanía, a su voz, a su roce. Me alteró por completo y olvidé por un instante lo que estaba bien o mal.

Olvidé que debía odiarle.

—A tu ego le encantaría que eso fuera así, ¿no? Pues siento desilusionarte, pero no eres tan irresistible. Nunca habría permitido que me tocaras si hubiera estado en plenas facultades.

Andrew me asió del brazo y me movió para ponerme contra la estantería. Mi espalda tocó la madera de las baldas en las que él apoyó cada una de sus manos, acorralándome.

Contuve el aliento mientras se inclinaba sobre mí. Con el corazón en la boca me quedé mirando fijamente sus intensos ojos verdes. Podría haberle dado un empujón, una patada, haber gritado, no obstante, lo único que hice fue quedarme quieta, con la respiración agitada por su cercanía.

—Lo deseaste al igual que yo, Megan. Estás empeñada en rechazarme porque crees que tu rencor es más fuerte que lo que sigue habiendo entre nosotros, pero no puedes evitar lo que sientes cuando me acerco. Así que deja de fingir que ese momento no existió, porque yo no me lo puedo quitar de la cabeza ni un maldito segundo.

Intenté controlar mi respiración, mi pulso desenfrenado, mi frustración. Mi miedo. Era demasiado débil. ¿Por qué no podía apartarle y no volver a verle más? ¿Por qué regresaba una y otra vez a él? ¿Es que era masoquista?

Seguramente.

—Sí, soy una hipócrita —confesé—. Pero no puedo aceptar lo que sea… *esto*. No está bien y no quiero sentirlo, por eso lucho contra mis estúpidos impulsos e intento hacer lo correcto, aunque no me salga muy bien.

—Siempre piensas en lo correcto… y nunca en lo que de verdad quieres. Dime que me equivoco —susurró mirando mis labios con el tono de voz áspero—. Dime que no te gustaría olvidarlo todo y dejarte llevar como aquella primera noche.

Aquella primera noche.

La del primer beso. En la que me rendí a lo que Andrew despertaba en mí. En la que dejé de pensar en lo que debía hacer y rompí con mis propias normas.

¿Se equivocaba? Por mucho que me dijera a mí misma que no, ¿en realidad deseaba liberarme de mis reticencias? ¿Dejar que cubriera mi boca con esos labios que parecían el peor pecado?

Andrew alzó la mirada. Perdí fuerza en las extremidades mientras me derretía sin poder hacer nada para combatir su magnetismo.

—Te equivocas —dije bajito.

Sus iris se encendieron en la penumbra de la trastienda.

—Mientes otra vez, mariposa.

De nuevo ese apodo que me estremecía por completo.

—No me llames así.

—¿Por qué?

—Porque ya no soy tu mariposa ni lo volveré a ser.

Su frente tocó la mía y el corazón me tamborileó en el pecho. Solo tenía que moverme unos milímetros para rozar sus labios.

—Para mí siempre lo serás, aunque vueles lejos de mí.

Las campanillas de la puerta sonaron y yo di un respingo. A Dios gracias. No estaba segura de haber podido rechazar a Andrew. Él se separó un poco con resignación, así que aproveché para huir de su acorralamiento.

—Tengo que irme —anuncié casi sin aliento—. Sal por la puerta de emergencia, por favor.

—Megan.

Me giré hacia él cuando ya me encaminaba a salir de la trastienda, con las piernas temblando como gelatina, la boca seca y el cerebro a mil por hora.

—¿Qué?

Andrew me observó por un segundo, serio, tanto que pensé que iba a decir algo muy gordo.

—El padre de tu hija… ¿Estáis juntos? ¿Es por eso?

Parpadeé, sorprendida.

—No.

Andrew asintió y yo di media vuelta. Atravesé la puerta, cerré e intenté recobrar el aliento. ¿Por qué había preguntado eso? ¿Y por qué había dicho que no? Si hubiera contestado que sí, quizás sería la forma definitiva de que no volviera a aparecer, de sacarlo de mi vida para siempre. Si es que… era eso lo que realmente quería.

Ya no sabía qué pensar.



ESE MIEDO

Cuando Elia llegó a la librería, me encontró con el rostro entre las manos delante del ordenador. El sonido que hizo su bolso al depositarlo sobre el mostrador me sobresaltó.

—¿Qué te pasa? ¿Hemos quebrado?

—¿Cómo?

—No sé, estás ahí toda deprimida, me hace pensar que ha pasado algo chungo.

Sacudí la cabeza y me arreglé el pelo. Había caído en un pozo oscuro de pensamientos después de que Andrew se marchara. No podía concentrarme en otra cosa.

—No es nada, solo estoy cansada.

Elia me miró con recelo.

—¿Estás mal por lo de Nate?

Solté un suspiro.

—Claro que no. Me da pena, pero la vida es así. No congeniamos para ser pareja y ya está.

—Bueno, una lástima, Meg. Creía que esta vez te iría bien. —Me dio un empujoncito con su hombro en el mío—. Podrías cedérmelo.

Sonreí porque con Elia era imposible no animarse.

—La verdad es que pegáis.

—Era broma, no voy a ser su segundo plato por muy bueno que esté —bufó mientras echaba su cabello caoba hacia atrás.

Dejé escapar una risita, acto seguido recogí el papeleo que había desordenado por el

mostrador. La librería estaba vacía, era pronto por la tarde y faltaba poco para que Leah saliera del colegio.

—Me voy a por Leah, cualquier cosa me llamas ¿vale?

Elia hizo un saludo militar.

—Sí, socia.

Negué con la cabeza, sonriendo, y me marché haciendo sonar las campanillas de la puerta. Fui hasta el colegio caminando tranquilamente. En el trayecto entré a una pastelería para comprarle algo de merienda a Leah.

Al salir y andar unos metros me invadió una sensación extraña. Una tensión por todo el cuerpo. Miré alrededor, todo parecía normal. Normal menos ese coche gris que había visto desde que salí de la librería. Recordé el que vi la noche que Andrew intentó hablar conmigo bajo la lluvia. No estaba segura, pero parecía el mismo vehículo. Un Audi muy nuevo. Los cristales eran tintados, por lo que no podía ver quién viajaba dentro.

¿Me estaban siguiendo? Se me revolvió el estómago. Ese miedo que tan bien conocía. No, era imposible. Nadie tendría por qué seguirme. Me estaba poniendo paranoica. Continué caminando, intentando olvidar el tema, ya que lo más seguro era que fuera una simple casualidad.

Llegué al colegio y esperé en la puerta con las demás madres a que nuestros hijos salieran. El corazón me latía con fuerza, mis músculos estaban tensos, alerta. No podía evitarlo. Era una situación demasiado conocida para mí. Creí que nunca más tendría que pasar por esto.

Leah salió y yo me agaché a su altura para darle un beso. Le pregunté qué habían hecho en clase y ella comenzó a contarme todo. Atravesamos la entrada del colegio dispuestas a cruzar la calle. Miré a los lados para asegurarme de que no venía ningún coche a pesar de estar el semáforo en verde. Ahí estaba. Ese maldito Audi. Tragué saliva, aferré la pequeña mano de mi hija y cruzamos el paso de peatones. Caminamos hacia casa. El vehículo nos siguió.

«Tranquilízate, Megan, puede que solo sea un puto pervertido.»

Aun así, me estaba acojonando. La calle estaba repleta de gente, madres y padres con sus hijos, peatones paseando, era pronto por la tarde. No debería ocurrirnos nada; dudo mucho que alguien se atreviese a atacarnos con tantos testigos. Intenté relajar mi respiración. Lo mejor sería llegar cuanto antes a casa. Avancé deprisa, por lo que ocasioné que Leah tuviera que dar algunos saltitos para seguir mi ritmo.

—Mamá, corres mucho —se quejó.

—Es que me estoy haciendo pis, quiero llegar a casa.

Mi hija se rio para después acelerar el paso a mi lado. Al llegar a casa, cerré la puerta, corrí todos los cerrojos y dejé salir despacio el aire de mis pulmones. Allí me sentía más segura. Puede que hubiera sido cosa de mi macabra imaginación, quizás no era ni el mismo coche. Sin

embargo, si volvía a verlo, llamaría a la policía.

Procuré olvidar el asunto y pasar la tarde relajada con Leah. Merendamos, hicimos los deberes, y las horas transcurrieron sin problema.



Los días que sucedieron no ocurrió nada destacable, gracias a Dios no apareció de nuevo el coche gris ni nadie siguiéndome, de modo que me relajé un poco. Seguro que había sido producto de mi estrés.

El viernes recogí a Leah más tarde ya que había tenido clases extra de algunos talleres infantiles que impartían en su colegio. La profesora me comentó de nuevo lo inteligente que era mi hija y lo rápida que era aprendiendo, lo único malo era que no cooperaba mucho con sus compañeros. Cuando caminábamos por la calle de camino a casa, decidí preguntarle. Sabía que Leah no era muy sociable, era reservada y algo callada, tampoco creía que fuera un problema, su personalidad era así, sin embargo, pensé que debería preguntarle por si estaba teniendo alguna dificultad en la escuela.

—¿Cómo te ha ido hoy con tus compañeros?

Ella encogió sus pequeños hombros.

—Bien.

—¿Habéis hablado y jugado?

—Sí.

—La profe me ha dicho que lo has hecho genial, cariño, pero que no jugabas mucho con ellos.

Leah volvió a encoger los hombros. Me agaché para estar a su altura y le coloqué un mechón de pelo castaño tras la oreja.

—¿Te han hecho algo? Puedes contármelo, cielo.

Ella negó con la cabeza. Mi hija era muy sincera, de modo que tuve que creerla.

—Entonces, ¿por qué no vas con ellos?

—Me gusta estar sola.

En su tono de voz no detecté tristeza, vergüenza o enfado; a ella le parecía normal que le gustase estar sola. Le sonreí con cariño. Me preocupaba que esa asocialidad afectara a su desarrollo y aprendizaje de comunicarse con los demás, sin embargo, conmigo, con Elia, con

Dylan, era risueña y cariñosa. Puede que simplemente le costase abrirse a sus compañeros o no congeniase con ninguno. Mi niña era así. Se parecía tanto a su padre… Aferré fuerte la mano de Leah y continuamos caminando.

—A mamá también le gusta, aunque me gusta más estar contigo.

Leah soltó una risita, y el sonido alegre e infantil de su risa hizo que todas mis preocupaciones se fuesen de un plumazo.

—Quiero helado —pidió con su vocecita.

—Me parece bien.

Le guiñé un ojo y cambiamos la dirección para cruzar la carretera e ir al supermercado. Entonces, alguien que acababa de aparcar su coche, salió del vehículo. Al verlo mi pulso se congeló como si le hubieran dado una descarga de nitrógeno líquido. Su vista se clavó en la mía, acto seguido descendió lentamente hasta la niña que sujetaba mi mano. Nos quedamos mirando, uno a cada lado del paso de peatones, en silencio, como si el tiempo se hubiera detenido y las personas a nuestro alrededor se hubiesen paralizado.

La había visto.

Andrew había visto a su hija.

—Mamá, está verde —anunció mi hija, extrañada de que no me moviera para cruzar.

Su voz se disipó en mi mente cuando vi a Andrew caminar hacia nosotras, cruzando las líneas blancas del paso de peatones con decisión. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que encontrármelo ahora? Podría hacer como que no le había visto, dar la vuelta y fingir que no le conocía. Pero no fui capaz. Llegó a nuestra altura, nos observamos.

—Hola, Megan.

Tragué saliva porque se me había secado la boca.

—Hola.

Eché un vistazo a Leah, que me miró con curiosidad. Noté como se había escondido un poco tras mi pierna, incómoda por la presencia de un hombre que no conocía. Era irónico ¿verdad? Que tuviera miedo de su propio padre. Que lo tuviera delante, y que su madre fuera tan cobarde de habérselo ocultado a los dos, peor aún, no tenía intención de enmendar su error.

—No te asustes, cariño, él es Andrew, un… conocido de mamá —dije con un nudo en la garganta.

Andrew observó a Leah. El corazón me palpitaba fuerte en el pecho mientras algo me decía en sus ojos, que dentro de él sintió el vínculo de sangre que los unía. Como si pudiera escucharla correr por sus venas, como si pudiera verse reflejado en los iris verdes de Leah.

El destino era cruel, y se empeñaba en unir nuestros senderos. Supuse que algún día tenía que pasar, que algún día vería a Leah. Y que nadie podría saber si él sospecharía o no que era su progenitor.

—Hola, pequeña —saludó a mi hija—. ¿Cómo te llamas?

—Leah —musitó ella mirándolo con recelo por debajo de sus pestañas.

Andrew intercambió una mirada conmigo. Sí, ya estaba claro. Era mi hija, yo le conté borracha cuál era su nombre. Intenté que las manos no me temblaran para que Leah no lo notase en la que tenía sujeta a la mía. Carraspeé.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté, sin lograr muy bien que la irritación no impregnara mis palabras.

Él metió las manos en sus bolsillos. Llevaba un pantalón de traje negro y un jersey fino gris oscuro. Había salido un poco del uniforme totalmente negro que le había visto las últimas veces.

—Nada, tenía que tratar unos asuntos por aquí.

Asuntos.

Me recorrió un escalofrío por la espalda y no pude evitar que el recuerdo del Audi gris siguiéndome me asaltara. ¿Tendría algo que ver con Andrew?

—Nosotras nos vamos al supermercado.

Andrew asintió, vi como echaba un vistazo a Leah y fruncía su ceño de forma leve. Quise tapar a mi hija, rodearla con los brazos para que no pudiera verla, para que no pudiera sentir esa conexión paternal. Apreté la mano de Leah, la pequeña me miró y yo le hice una señal para marcharnos.

—Adiós —me despedí.

—Adiós, Megan… Leah.

Sonrió a mi hija, esa brillante sonrisa que podría derretir el Polo Norte, y, por algún motivo que no entendí, a Leah pareció írsele el miedo, le devolvió el gesto y le dijo adiós con la mano mientras empezábamos a cruzar el paso de peatones. Avancé sin mirar atrás, con una presión insoportable en el pecho. Puede que este insignificante suceso hubiera abierto la caja de Pandora. Y toda la verdad comenzara a salir a la luz.



La reja hizo un sonido estridente cuando la bajé. Eran las nueve de la noche y me encontraba cerrando la librería después de un día agotador. Me guardé las llaves en el bolso para comenzar a caminar hacia mi coche. Al ser tarde, no había casi nadie en la calle. El sonido de mis pisadas en

la acera se escuchaba con eco.

Miré alrededor y la sangre se me congeló en las venas cuando divisé un vehículo gris. Intenté tranquilizarme antes de mirar la marca. Un Audi. Joder, mierda. ¿Enserio? ¿Otra vez ese puto coche? El mío estaba tan solo a una calle de distancia, necesitaba llegar a él. Pero, ¿cuántas cosas podían pasarme en tan solo unos metros?

El coche estaba ahí aparcado, sin moverse, casi delante de mí librería. Recé todo lo que sabía, que no era mucho, y aceleré el paso, casi corrí, con el corazón en la boca. Alcancé mi vehículo, abrí la puerta y me senté en el lugar del conductor, jadeando. Eché los seguros. Miré por el espejo retrovisor, el coche gris no se había movido. Puse las manos en el volante e intenté recuperar la compostura.

Arranqué el motor y salí del aparcamiento. Conduje unos metros cuando me di cuenta de que ese puto Audi me seguía. No podía ser. Esto ya no era casualidad. ¿Qué coño estaba pasando? Pisé el acelerador, pasando de la velocidad permitida, pero me daba exactamente igual.

Tuve dudas sobre si conducir hasta mi casa o desviarme, quizás era mala idea llevarlos a mi hogar. Decidí desviarme cogiendo una calle por la que nunca circulaba para regresar del trabajo. El Audi seguía tras de mí. ¡Vamos, no me jodas!

Apreté tanto el volante con mis manos que se me pusieron blancos los nudillos. Aumenté la velocidad, aunque tuve que frenar de golpe en un repentino semáforo en rojo. Eché un vistazo al espejo retrovisor con el pulso palpitando en mi garganta. No estaba. El coche gris no estaba. Sentí como un peso enorme salió de mi cuerpo. Una vez el semáforo se puso verde, avancé hasta un par de manzanas al lado de mi casa y paré en el arcén.

Respiraba con rapidez, ansiosa. Me pasé las manos por el pelo. Estaba acojonada, pero ya no había rastro de mis perseguidores. Rebusqué mi móvil en el bolso que estaba en el asiento del copiloto dispuesta a llamar a la policía. Aunque a lo mejor creían que estaba loca.

Entre mi cartera y demás utensilios, apareció un papel doblado y arrugado. Lo observé indecisa. Lo saqué para desdoblarlo. Un número de teléfono escrito a mano, con su letra. La de Andrew. Cerré los ojos, presionando mi ceño con los dedos. ¿Estaría cometiendo un error si le llamaba? No obstante, es posible que lo del Audi tuviera algo que ver con él. Con las mierdas en las que estaba metido. Quizás lo habían visto conmigo. Yo qué sé.

Temblorosa, marqué los números en mi móvil, ni siquiera quise a pararme a pensar en lo que estaba haciendo. Tan solo… Andrew dijo que le llamara si necesitaba algo, y lo necesitaba. Motivos. Protección.

Sonaron tres tonos hasta que contestó.

—¿Sí? —respondió con su grave voz.

—Soy Megan.

—Megan… No pensé que me llamarías nunca.

—Ni yo, créeme.

Hubo un silencio en la línea. Observé los alrededores, pero estaba prácticamente sola. Me aclaré la garganta. No sabía cómo explicarme.

—¿Estás bien? ¿Qué te ocurre? —preguntó, extrañado por mi pausa.

—Me ha perseguido un coche —espeté—. Un Audi gris. Hace unos días lo vi siguiéndome en pleno día cuando iba a por mi hija, y ahora he salido de la librería y estaba ahí aparcado, me ha perseguido varias manzanas…

—Espera —me cortó—. ¿Sigue ahí? ¿Dónde estás?

—No, lo he perdido de vista, ha desaparecido en un semáforo. Estoy bien, en el arcén.

Se hizo una pausa en la que le escuché suspirar. Parecía estar cavilando. Empecé a tamborilear los dedos en el volante.

—¿Has visto al conductor? ¿Su cara? ¿Cómo era?

—Tiene los cristales tintados. No he visto a nadie.

—¿Estás segura de que era el mismo coche que la primera vez que lo viste?

—Juraría que sí.

—¿Has hecho foto a la matrícula?

—¡No! ¡Estaba muy asustada! ¡Ni siquiera sabía qué hacer!

Mierda. Estaba de los nervios. Cogí aire con lentitud. Alterándome no solucionaba nada.

—De acuerdo, tranquila. Salgo para allá.

—No, no, me voy a casa, mi hija me está esperando.

—Está bien. Entonces mándame la ubicación, haré guardia esta noche.

—¿Guardia?

Me aterraba que Andrew supiera donde vivía y al mismo tiempo me aliviaba pensar que estaría ahí, custodiándome.

—Sí.

—Andrew…. Esto no tendrá que ver contigo, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Ya lo sabes. La mafia. Hice mal en buscarte, hice mal en hablarte, joder, eres peligro Andrew. Tengo una hija, no puedo permitir que le pase nada.

Imaginé a Leah, esperándome en casa con Hayley. Si le pasase algo, nunca podría perdonármelo.

—Megan, escúchame. Puede que solo sea un loco, un acosador, o Dios sabe qué…

—Pero…

—Yo te protegeré. Te lo juro.

Me mordí el labio inferior. A pesar de su decidido tono de voz, sus juramentos hacía tiempo que no me los creía.

—No jures lo que no puedas cumplir —murmuré.

—Lo cumpliré, aunque sea lo último que haga.

No dije nada más. No podía hablar. Las lágrimas se agolparon en mis ojos. Tenía miedo, por los que me perseguían, por mi hija, por mí. Tenía miedo por necesitarle. Por desear en ese preciso momento que estuviera a mi lado para abrazarme y prometerme que todo iba a estar bien. Me sentí pequeña e indefensa. Y, sin embargo, sus palabras lograron reconfortarme un poco.

—Vuelve a casa, Megan. Avísame cuando llegues, por favor —pidió Andrew.

—Sí… vale.

Colgué el teléfono. Me limpié las lágrimas con la manga del jersey, respiré hondo y arranqué el motor. Conduje con cuidado, mirando a todos lados, alerta. Llegué sin ningún problema, aparqué y subí rápidamente a mi apartamento.

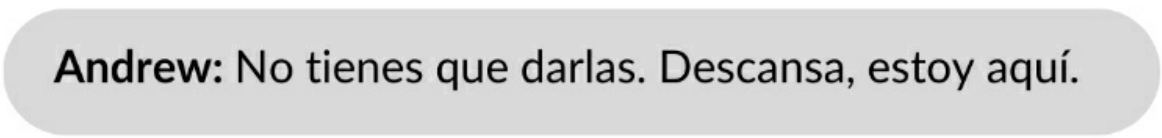
Cuando entré en casa, Hayley me recibió con una sonrisa. Mi hija estaba sentada en el sofá mirando dibujos animados en la Tablet. Mis músculos tensos se relajaron al verla. Tan tranquila, feliz e inocente. Fuera lo que fuera lo que estaba poniéndonos en peligro, haría lo que estuviera en mi mano para frenarlo y proteger a mis seres queridos, aunque eso significara confiar en la persona que era el infierno para mí.

Después de acostar a Leah, me preparé una tila y me acerqué a la ventana del salón que daba a la calle, corrí la cortina y miré hacia abajo. Andrew estaba ahí, en la acera de enfrente, reconocía su coche. Me sabía mal tenerle de guardaespaldas, pero cuando le envié el mensaje de que había llegado a casa, insistió en quedarse esa noche por si aparecía alguien sospechoso.

Bebí de la taza. A veces todo esto me parecía un sueño, o quizás una pesadilla. No acababa de asimilar que Andrew, de una forma u otra, estuviera de nuevo en mi vida. ¿En qué momento le dejé entrar? ¿En qué momento deposité mi confianza en él hasta este punto? Era una locura. Nunca debí permitir que viniera. Sin embargo, su presencia me calmaba. Siempre me sentí protegida a su lado, incluso cuando tendría que haberle tenido miedo.

Solté el aire lentamente de mis pulmones, me di media vuelta y caminé hasta mi habitación para acostarme. Cuando fui a configurar la alarma para el día siguiente, me quedé mirando el móvil. Indecisa, pasaron unos minutos, hasta que abrí la conversación con Andrew en la que le había enviado mi ubicación. Escribí «gracias», lo envié, dejé el teléfono sobre la mesita de noche y me tapé con el edredón.

Antes de darme tiempo a cerrar los ojos, él respondió.



Con el estómago encogido, me di la vuelta en la cama e intenté conciliar el sueño.

CAPÍTULO 18

ACERCAMIENTO

A la mañana siguiente el coche de Andrew ya no estaba frente a mi casa. Me pregunté a qué hora se habría marchado, o si le habría surgido algo. Tampoco sé por qué pensé que se quedaría todo el día ahí parado.

Corrí la cortina y me dispuse a hacer el desayuno. Seguía preocupada, ansiosa, pero debía admitir que había dormido bastante bien. Esperaba que lo de anoche fuera un caso aislado y no volver a encontrarme con ese dichoso Audi.

En el trabajo todo transcurrió con normalidad. Estuve dándole vueltas al asunto, un poco atolondrada. Mi madre me llamó por teléfono en el descanso y yo simulé que las cosas iban bien, que no había ningún problema, con esa sonrisa que aprendí a dibujar sin ser real. Me recordaba a cuando le mentí tantas veces estando en la mansión de Andrew, ocultando la verdad de mi situación, solo por no preocuparlos, solo por no ponerlos en peligro.

¿Se estaba repitiendo la historia? ¿Me había metido de nuevo en el fango? No estaba preparada para soportar la oscuridad de ese mundo sobre mis hombros otra vez.

Bebí del café que tenía sobre el mostrador. Tan solo había un par de clientes en la librería, una chica y Frank, mi cliente habitual. La chica rubia con mechones de colores se marchó después de ojear unos libros juveniles, y el hombre se acercó al mostrador para pagar el que había cogido. Se había cortado el pelo, lo noté porque le veía varios días a la semana. Los mechones de un castaño apagado estaban mejor peinados que de costumbre y en su mirada se entrevía el cansancio. Quizás había trabajado hasta tarde.

Le sonreí, le cobré y deposité el libro en una bolsa de papel.

—Muchas gracias —dijo mirándome a los ojos.

—A usted, Frank.

—Hasta pronto.

Esbocé una nueva sonrisa algo fingida pues no estaba de ánimos. El hombre salió de la librería al mismo tiempo que otra persona cruzaba la puerta. Pude ver cómo intercambiaron una mirada. Andrew frunció el ceño sin despegar la vista del hombre que se alejaba por la calle.

—¿Quién es? —preguntó.

—Hola a ti también. Es un cliente, quién va a ser.

Caminó hasta el mostrador y apoyó los codos en este para observarme. Un tirón afloró en mi estómago. Carraspeé y simulé que hacía algo moviendo papeles de un lado a otro.

—Tiene una mirada que no me gusta.

—No eres el más indicado para juzgar.

—Puede ser, pero parecía que quería comerte.

Me reí entre dientes.

—¿Qué película te estás montando? Ese tipo viene desde que abrimos la librería, compra mucho y es amable, es un buen cliente.

—Está bien.

Puse las manos en las caderas, un poco incómoda y dispuesta a cambiar de tema.

—Bueno, ¿y tú qué haces aquí?

—Sé que no te gusta que venga, pero quería comprobar que estabas bien. —Se incorporó y miró hacia la calle—. Anoche no vi nada extraño. Me quedaré también hoy haciendo guardia.

—¿Por qué? No ha pasado nada.

—No se sabe cuándo puede aparecer ese coche. No voy a dejarte sola ni un minuto, si me despisto y te pasa algo no me lo perdono.

Me mordí el labio inferior, reprendiéndome a mí misma por la cálida sensación que produjeron sus palabras en mi interior. Sin embargo, debía admitir que esta se la debía.

—Gracias por… ya sabes, estar ahí.

—Ya te dije que no tienes que darlas. Tú solo procura no ponerte en peligro y tener cuidado, ¿de acuerdo?

—Yo no me pongo en peligro —protesté.

—Espero que eso sea verdad.

—No me trates como a una princesa que necesita ser rescatada. Nunca lo he sido.

Su boca se curvó en una media sonrisa.

—Cierto. Me rescataste tú a mí en más de una ocasión.

Esa frase me produjo una extraña presión en el pecho al recordar todo lo que dimos el uno

por el otro. Las veces que me arriesgué por completo por Andrew, y todas las que él fue mi escudo. Porque nada era más importante que protegernos. Porque nos amábamos.

—Por supuesto. Soy más fuerte de lo que parece —bromeé para ocultar lo que sentía retorciéndose dentro de mí.

—Eres una mujer de armas tomar, eso lo tengo claro. Pero ahora debes proteger algo más que a ti misma, así que déjame ayudarte.

El hecho de que pensase en Leah me emocionó un poco; y era cierto, ahora tenía una hija, no podía ir a lo loco a enfrentarme a cualquier peligro con las manos desnudas como hice en el pasado, debía permanecer con vida y a salvo para poder protegerla a ella.

—Sí… De acuerdo —respondí.

Andrew pareció pensativo, como si quisiera decir algo que al final no se atrevió a convertir en palabras. Metió las manos en los bolsillos del pantalón. Entonces sus ojos fueron hacia el jarrón en el que todavía tenía puestas sus rosas, que empezaban a marchitarse.

—Llámame si me necesitas, estaré por la zona.

Asentí con la cabeza. Él hizo un gesto de despedida y atravesó la puerta de la librería haciendo sonar las campanillas.

Esa noche el coche de Andrew estuvo bajo mi casa. También la noche siguiente, y la siguiente. El Audi no apareció durante esos días, como si Andrew fuera un espantapájaros alejando los cuervos de mí. Me sentí un poco más segura.

No obstante, el cuarto día por desgracia no fue igual. Al salir del trabajo por la tarde, crucé la calle para ir al supermercado antes de ir a casa, y allí estaba ese dichoso coche. Al principio intenté no ponerme nerviosa, podría no ser él, podría ser el mismo vehículo, no el mismo conductor.

Ojalá hubiera sido así.

Comenzó a seguirme despacio y mi corazón se aceleró. Rápidamente saqué el móvil y llamé a Andrew. Sonó y sonó, pero no lo cogió. Maldije entre dientes. Continué caminando, manteniéndome siempre donde había peatones. Estaba atardeciendo, todavía había gente por la calle, no iba a pasarme nada. Volví a llamar a Andrew. Esta vez lo cogió al tercer toque.

—Megan, ¿qué pasa? ¿estás bien?

—Sí. El coche, está aquí, detrás de mí.

—Ubicación. Ya.

No repliqué e hice lo que me ordenó. Guardé el teléfono y me quedé en el escaparate de una tienda simulando que miraba los artículos expuestos. Tan solo pasaron unos pocos minutos que se me hicieron eternos cuando el coche negro de Andrew derrapó delante de mí. Bajó la ventanilla y yo me acerqué para inclinarme sobre esta para verle.

—¿Dónde está? —preguntó con rabia.

—En la otra acera, el Audi de cristales tintados —dije señalándolo con la cabeza.

Andrew miró en su dirección, y ambos vimos cómo el coche arrancaba el motor dispuesto a largarse del lugar. Sin pensarlo, abrí la puerta del copiloto y tomé asiento, acto seguido me puse el cinturón.

—Bájate, iré solo —ordenó Andrew.

—Es mi acosador, así que yo también voy. Arranca o lo vamos a perder.

Él gruñó, y, a regañadientes, puso en marcha el motor. Salimos de la calzada, dispuestos a perseguir al maldito desconocido que me había estado siguiendo durante días. Teníamos un par de coches delante, no podíamos arriesgarnos a que se diera cuenta de que le estábamos pisando los talones. Andrew parecía furioso, apretaba el volante con sus manos con demasiada fuerza. Seguimos al Audi por varias calles, en ocasiones a punto de perderlo, y en una rotonda conseguimos ponernos justo detrás de él.

—La matrícula —exclamó Andrew—. Hazle una foto a la matrícula.

Saqué mi móvil del bolso con apremio e hice una foto como pude con el movimiento. La revisé para ver que estaba borrosa.

—No sé si servirá —dije, desanimada.

—Envíamela, algo podré hacer. Todavía tengo contactos.

Hice lo que me ordenó, y cuando me giré a mirarle, vi con el pulso a mil por hora como Andrew abría la guantera, y, ante mis atónitos ojos, sacaba un arma.

—¿Qué haces con eso? ¿Estás loco? —bramé.

—No sabemos quién es o cómo puede reaccionar si se da cuenta de que le estamos siguiendo. Es solo por si acaso.

La dejó sobre su regazo y yo, alarmada, miré por la ventanilla a la gente que caminaba por la calle ajena a que un hombre iba armado en un coche a su lado. Inspiré intentando tranquilizarme. Quizás había sido una mala idea decirle que lo persiguiéramos, podía acabar muy mal, con un accidente, un tiroteo o quién sabe qué. Aunque necesitaba saber la identidad de la persona que estaba convirtiendo mis días en una pesadilla.

Continuamos avanzando, a más velocidad de la permitida, y Andrew casi logró colocarse al costado del Audi. Pero este pegó un volantazo, girando por otra dirección y sin dejarnos tiempo a nosotros a hacerlo también. Andrew maldijo. Yo tenía la cabeza embotonada, estaba mareada. En el siguiente desvío se incorporó a esa carretera, sin embargo, el Audi había desaparecido. Estuvimos unos minutos más dando vueltas, que no sirvieron de nada. Lo habíamos perdido.

Finalmente, Andrew frenó el coche cerca de donde salimos en un principio. Suspiró, con los antebrazos sobre la parte superior del volante.

—Lo siento —masculló.

—No ha sido culpa tuya. Se ha dado cuenta y nos ha dado esquinazo.

—Hijo de puta.

—Guarda eso, no vaya a ser que la vea alguien —dije, señalando la pistola sobre sus piernas. Él la cogió para meterla de nuevo en la guantera.

—He intentado averiguar si es alguien de mi entorno, pero nadie parece saber de ti —explicó. Me alivió un poco pensar que no eran mafiosos asesinos otra vez los que iban tras de mí, aunque entonces quién—. Lo voy a atrapar, Megan.

—Tranquilo, nunca me ha atacado. Y no creo que lo haga si solo se dedica a seguirme. Seguramente sea un mirón y ya está.

—Le arrancaré los ojos de la cara y no podrá volver a mirarte nunca más —dijo entre dientes con enojo.

Me dio la risa. No sé por qué, supongo que por los nervios y el estrés que había pasado durante la persecución, que tenían que salir de alguna manera. Algunas personas lloraban, yo al parecer me reía.

Andrew giró el rostro hacia mí frunciendo el ceño al escuchar el sonido ronco que salió de mi garganta cuando intenté que no sonara mi risa.

—Perdón —murmuré, presionando los labios.

—¿De qué te ríes?

—Ni idea.

—Le hemos tenido a dos palmos y le hemos perdido, a mí no me hace ninguna gracia.

—No seas tan melodramático. Solo son los nervios.

—Nervios los que tengo yo contigo —bufó.

—¿Conmigo? ¿Qué he hecho? —exclamé, molesta.

—Todo. Tu mera existencia me pone nervioso. Tu salud, tu seguridad, ahora también tu hija… Pienso a todas horas cómo protegeros de cualquier peligro.

Parpadeé, sorprendida. No sabía que llegara a preocuparle tanto. Mi persona lo podía entender, pero mi hija… ¿también velaba por ella? Si supiera que era suya, se desviviría por protegerla, estaba segura.

Me quedé en silencio, incapaz de elaborar una respuesta suficiente acorde a lo que acababa de decir. Tragué saliva, recolocándome en mi asiento. Una pequeña brizna de amargura comenzó a nacer en mi estómago.

—Te lo agradezco, pero no tienes por qué ser tan sobreprotector, hemos vivido muy bien solas todo este tiempo.

—Lo sé, Leah tiene una gran madre —dijo. Giré la cara para que no notara en mi rostro la emoción que no pude controlar, pero me estremecí al sentir la piel cálida de su palma cubrir el dorso de mi mano y apretar los dedos alrededor de los míos—. Pero ahora me tienes a mí, lo solucionaremos juntos.

Juntos.

Creí que nunca volvería a pensar en esa palabra tratándose de nosotros dos. No era una opción. Era inviable. Era imposible. Y resulta que la vida te da sorpresas cada dos por tres, te da tortazos de realidad, en los que te das cuenta de que las cosas no eran como creías, y que todo, absolutamente todo, podía cambiar en un segundo.

Dirigí mi vista a nuestras manos unidas sobre mi regazo y separé la mía con un nudo en la garganta.

—Llévame a casa, por favor... —murmuré.

Andrew no respondió a mi rechazo, tan solo asintió y arrancó el motor.



CAPÍTULO 19

UN HOGAR

Esa noche se puso a llover. Después de acostar a Leah me quedé mirando por la ventana las gotas frías caer y resbalar por el cristal. El coche de Andrew estaba ahí, en la acera de enfrente como cada día. Tenía un nudo en el estómago, me sentía mal por estar aprovechándome de alguna manera de mi ex, abusando de su afecto por mí para que me protegiera, me apoyara y estuviera velando cada noche en la calle. Y yo no dar nada a cambio.

Mordí el interior de mi mejilla, angustiada. Cuando me dejó en casa, me despedí con un «gracias», pero su mirada se me quedó clavada. Preocupación, inquietud, miedo, anhelo. Vi tantos sentimientos en sus iris verdes que no podía quitármelo de la mente. Quizás debería…

Sacudí la cabeza. Caminé hasta el cuarto de Leah para verla dormir plácidamente en su camita. Sonreí, después inspiré despacio. Esperaba no estar cometiendo un estúpido error. Fui hasta el sofá para coger mi móvil. Llamé a Andrew.

—¿Qué ocurre? —preguntó enseguida.

—Nada... Esto…

—¿Estás bien?

—Sí, pero es un poco difícil decir lo que quiero decir.

—Me estás preocupando.

—Es que está lloviendo, y tendrás frío, y…

Comencé a moverme por todo el salón, dando vueltas como un león enjaulado.

—Tranquila, estoy perfectamente. Deberías dormir.

—Dios, eres imposible.

—¿Por qué?

—Sube a casa —solté. Mi pulso se paró al oírme decir tal cosa. Sin embargo, continué—. Llevas días pasando la noche en tu coche por vigilarme. Puedes vigilar aquí, el sofá es cómodo. También tienes un baño y si quieres comer algo pues…

—Megan —interrumpió. Me callé enseguida, nerviosa—. No quiero incomodarte.

—Vas a hacerlo igual ahí o aquí, me siento mal por tenerte de esta forma. Vamos, sube.

Se hizo un silencio en la línea mientras yo tan solo escuchaba el frenético latido de mi corazón.

—¿Y tu hija?

—Está dormida y tiene el sueño bastante profundo. No se despertará hasta las ocho para ir al colegio.

Otro silencio. Quise zarandearlo. Ya bastante complicado me estaba resultando pedirle a la persona que nunca quise que se acercara a mí, que subiera a mi casa a pasar la noche.

—De acuerdo.

Solté el aire retenido, aliviada.

—Vale, es el tercero, puerta B.

—Ahora te veo.

Colgó y me di cuenta al apartar el teléfono de mi oreja que las manos me temblaban. Las sacudí e intenté mantener la calma. Solo era Andrew, no había problema. Solo era un favor. Solo era una noche. Él estaría en el sofá, yo en mi habitación, y a las siete de la mañana le diría que se marchara.

A los pocos minutos sonaron unos golpecitos en la puerta. Supuse que no quiso tocar el timbre para no despertar a Leah. Llené mis pulmones de aire y fui a abrirle. Andrew estaba en el umbral de entrada a mi casa. Me quedé mirándole como una idiota. Se había mojado un poco con la lluvia al salir del coche y llegar al edificio. Algunas gotas caían de su corto cabello y pequeñas manchas húmedas adornaban su camisa.

Sin decir nada, me aparté para que pasara. Cuando sus pies cruzaron el pasillo de la entrada y llegaron al comedor me sentí de pronto invadida. Como si su presencia ocupara todo el espacio alrededor.

—¿Quieres algo de beber o comer? —pregunté casi de forma robótica.

—Un café bien cargado, por favor.

Asentí y me dirigí a la cocina. Él me siguió por algún motivo. Comencé a preparar el café, más tensa que la cuerda de un arco. Mi cocina era pequeña, el piso en general lo era, y tener a Andrew ahí metido mirando todo me ponía de los nervios.

—Bonita casa —dijo de pronto.

—Comparada con el zulo donde vives ahora una casa normal como esta parece una mansión.

—Eso es verdad —confirmó, luego bajó el tono una octava—. Aunque esta es acogedora, huele bien, y parece… un hogar.

Me giré un poco para mirarle de reojo. Se le veía melancólico observando su alrededor. Me dio un poco de pena, debió ser duro vivir durante años en la cárcel, en una celda, solo, y ahora… continuaba estando solo. Era una maldición que le perseguía allá donde fuera; las personas que amaba le abandonaban y se quedaba completamente solo en un lugar frío y oscuro. Vertí el café caliente en una taza con un sentimiento de compasión encogiéndome el estómago.

—Un hogar no lo crea el sitio, si no tú mismo y las personas que lo llenan. Da igual si es el lugar más horrible del mundo, si estás con quién debes, será un hogar.

Me di la vuelta después de decir esto, teniendo en la mente a mi hija; si ella estaba a mi lado cualquier sitio era un oasis. Andrew estaba tras de mí y me topé de pronto con él, lo que hizo que el café ardiendo que sujetaba rebosara de la taza y mojara mis manos.

—¡Ah, joder! —exclamé.

—Mierda, lo siento.

Andrew sujetó mis manos y las colocó deprisa bajo el grifo de la pica después de abrir el agua fría. La sensación me calmó el dolor de la quemadura, pero entonces me percaté de la situación. El pecho de Andrew estaba pegado a mi espalda, sus brazos me rodeaban mientras acariciaba con lentitud mis manos bajo el agua. Los músculos se me tensaron y el corazón comenzó a latirme como loco. Sentía con demasiada claridad cada roce de sus dedos sobre mi palma.

—¿Te duele? —preguntó.

Me lamí los labios, se me había secado la boca.

—No mucho.

Andrew continuó con su tarea con delicadeza. El ardor en mi piel fue desapareciendo. Pero no el de mi pecho.

—Tú eras mi hogar, Megan —susurró. Las palabras salidas de sus labios tan cercanos a mi oído lograron estremecerme—. Lo sigues siendo, por mucho tiempo que haya pasado, por mucho que tu corazón me rechace, eso no puede cambiar que a tu lado soy capaz de respirar de nuevo, que los días ya no me parecen tan vacíos. Eres el único lugar en el que me siento en paz.

Se me humedecieron los ojos. Y no era porque me doliera la quemadura de las manos; el dolor que me invadió era mucho más fuerte, más íntimo y permanente. La angustia de pensar que él también lo fue para mí; que fuimos todo el uno para el otro, y que ahora… solo éramos dos piezas rotas de un puzle que nunca se volvería a armar. Que nunca volveríamos a ser un hogar.

Tragué saliva y, sacando las manos del fregadero, me giré para zafarme de él, a lo que me encontré de frente con esa mirada penetrante y llena de sensaciones que se me clavaba en el alma. Andrew me observó en silencio, a centímetros de mí. El agua seguía corriendo, pero yo era incapaz de moverme. Noté como el espacio entre nuestras respiraciones se acortaba cada vez más. No pude evitar llevar la mirada a sus labios. La mano de Andrew se apoyó en la encimera detrás mío. Me faltaba el aire. Esta situación no me gustaba nada.

O no. O me gustaba demasiado y ese era el problema.

Sus caderas se pegaron a mi cuerpo consiguiendo que mi pulso saltara hasta la luna. Cuando su nariz rozó levemente la mía, sentí el peligro en todos los poros de mi piel y logré despertar. Me di la vuelta, cerré el grifo y cogí un paño para secarme. Me costó la vida elevar la vista para mirarle a los ojos. Andrew no dijo nada. Carraspeé, dejando el paño en la encimera.

—Gracias, ya no me duele —mentí.

—Deberías ponerte un poco de crema.

Asentí.

—Prepararé más café, espérame en el salón.

Pude ver cómo apretaba la mandíbula. Debió darse cuenta de mi incomodidad. O quizás fue doloroso no obtener respuesta alguna a lo que acababa de confesar y además ser rechazado de esa manera. Cabeceó y lo vi salir de la cocina. Dejé escapar de mi boca el aliento que había retenido. Apoyé las manos en la encimera. Dios mío. Definitivamente fue una mala decisión ofrecerle pasar la noche en mi casa. ¿Alguna vez tendría una buena idea?

Después de preparar más café y con las dos tazas humeantes en las manos, caminé hasta el salón donde Andrew estaba de pie mirando por la ventana. Deposité las tazas en la mesita central. Al final me había hecho yo uno porque necesitaba algo que me mantuviese espabilada para no repetir la escenita de la cocina.

—Aquí tienes.

Andrew se giró y se acercó para sentarse a mi lado en el sofá. Cogió su bebida y le dio un sorbo, estaba segura de que ardía, pero él ni se inmutó. Soplé sobre la mía. Nos quedamos en silencio unos minutos, escuchando la lluvia caer y salpicar los cristales del ventanal.

Era tan extraño estar en esa situación con él. Tomando un café en una noche lluviosa en mi casa. Como dos viejos amigos. Como si el tiempo y la distancia no nos hubiera separado con crueldad arrancando nuestros sentimientos de cuajo.

—Gracias por dejar que me quede —dijo Andrew sacándome de mis pensamientos.

—Todavía estoy pensando si ha sido una buena idea.

—No haré ni un ruido y me iré cuando amanezca.

—Lo sé.

Ambos bebimos un poco de café.

—¿Te preocupa que me vea tu hija? —preguntó, acto seguido me miró a los ojos con un tinte de desazón.

—Claro que me preocupa. Imagínate que te levantas de madrugada y te encuentras con un hombre desconocido durmiendo en el sofá. Cualquiera se asustaría.

—No soy un desconocido, me presenté el otro día.

Le oteé, aunque no supe si hablaba en serio o estaba bromeando.

—No se acordará de ti, solo tiene cuatro años, es muy pequeña.

Andrew se quedó en silencio, pensativo. Le dio vueltas a la taza caliente en sus manos. Me pregunté qué estaría rumiando.

—Cuatro años… —repitió. Parpadeé al darme cuenta de que había dicho sin querer la edad de Leah. Con eso él podría echar cuentas. El pánico comenzó a ascender por mi pecho. Bebí café para intentar que no se notara que de pronto estaba de los nervios. Decidí dejar que hablara antes de precipitarme—. Supongo que después de lo que pasó es comprensible que quisieras olvidarme rápido.

Sí, echó cuentas, aunque no en el sentido que esperaba. Andrew creía que yo me fui con otro hombre tan solo meses después de que fuera encarcelado. Me relajé al instante al ver que la ascendencia de mi hija no parecía estar en peligro de ser descubierta. No tenía por qué, pero tuve el impulso de explicarme de alguna manera.

—Leah no fue buscada —aclaré—. Simplemente pasó por un descuido. Tuve muchas dudas, estaba sola y tenía muchísimo miedo.

—¿Y el padre?

Aquí venía la mentira.

—Nos abandonó. Se largó cuando se enteró del embarazo y no le he vuelto a ver más.

La mentira no era tan grande. En realidad, Andrew me abandonó, me dejó, me hirió. Yo ya estaba embarazada en ese momento, aunque ninguno de los dos lo supiera.

—Entiendo… Fuiste muy valiente de tomar la decisión de seguir adelante con tu hija en esas circunstancias.

—Fue muy difícil, no te imaginas cuánto, pero tener a Leah ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

Andrew observó el café todavía humeante. Yo le imité. Hablar de esto con él estaba resultando complicado.

—Debe ser bonito ser padre —murmuró.

Presioné la taza en mis manos. Claro. Habría sido bonito si el padre de Leah supiera que tenía una hija. Habría sido bonito si Andrew no hubiera sido un mafioso. Si no hubiera ingresado en prisión. Habría sido bonito que hubiéramos podido ser una familia normal. Los párpados se me llenaron de lágrimas y giré el rostro para que él no se diera cuenta.

—Sí, lo es —respondí.

Pasaron unos minutos más en completo silencio mientras los dos terminábamos nuestra bebida. Una vez finiquitado, recogí las tazas y las llevé al fregadero. Después saqué del armario de la entrada un par de mantas y una almohada que no usábamos y se las ofrecí a Andrew.

—Es todo lo que tengo.

—Tranquila, no necesito más.

—Me voy a la cama. Duerme un poco.

—Buenas noches, Megan.

Me maldije por pensar lo bien que sonaron esas tres palabras. Como hace años. Me mordí el interior de la mejilla, siseé una respuesta y me encaminé a mi habitación. Me metí en la cama a pesar de saber que no pegaría ojo, inquieta por la presencia de Andrew en mi salón. Obligué a mi cuerpo a relajarse y dormirse, y aunque creí que no lo conseguiría Morfeo logró llevarme en sus brazos.

Me despertaron unos toquecitos en el brazo. Abrí un ojo. Al divisar lo que parecía una persona, abrí el otro. Parpadeé, confundida. Leah estaba delante de mí, con su pijama rosa de unicornios y su peluche en el brazo.

—Mamá, mamá.

Me incorporé de golpe, pensando lo peor.

—Cariño, ¿qué te pasa?

—Hay un señor durmiendo en el sofá —explicó con su vocecita aguda.

Mierda. Mierda. Lo había visto. Si es que lo sabía. Acaricié el pelo de mi hija. No parecía asustada, solo extrañada, y eso me sorprendió.

—No tengas miedo, cielo, no es malo. Es… —Intenté inventarme una excusa convincente —. Es el amigo de mamá, ha perdido las llaves de su casa y no podía entrar, así que le ofrecí quedarse aquí, pero se irá por la mañana antes de que te levantes al cole, lo prometo.

Madre de Dios, qué mala madre me sentía.

—Vale —respondió con tranquilidad—. Es el señor del otro día ¿verdad?

Vaya, sí que lo recordaba. Qué buena memoria para ser tan pequeña. Le coloqué un mechón de sedoso cabello castaño tras la oreja.

—Sí. ¿Recuerdas su nombre? —Mi hija negó con la cabeza—. De acuerdo.

Mejor si no lo hacía.

—Quiero hacer pis.

—¿Te has levantado por eso?

Asintió. Me alcé de la cama, me puse las zapatillas de estar por casa y cogí su manita. Ambas caminamos hacia el baño que estaba en la puerta de al lado a la de su habitación. Vi a Andrew. Finalmente se había rendido al sueño. Sin embargo, estaba sentado, sin tapar, como si

se hubiera dormido sin querer de puro agotamiento. Suspiré y acompañé al servicio a Leah. Cuando terminó hicimos el mismo recorrido. Se metió en su cama, la arropé y le di un beso en la frente.

—Ahora a dormir, cariño. Todo está bien.

—¿El señor se quedará mañana también? —preguntó.

La miré extrañada, ya que no supe distinguir si lo preguntaba con esperanza de que volviera o con miedo por ello.

—No —susurré—. No, mi amor.

—Vale. Hasta mañana, mamá.

—Dulces sueños.

Leah cerró los ojos, dispuesta a dormirse. Apagué la luz, dejando su lamparita encendida, y salí de la habitación. Cuando pasé por el salón me quedé mirando a Andrew. Una amarga sensación de malestar me obligo a acercarme. Estaba roque. Así iba a coger frío. Agarré una de las mantas para taparle. Le eché un último vistazo y me alejé hacia mi cuarto.

A la mañana siguiente el despertador sonó a las siete.

Andrew ya no estaba.



CAPÍTULO 20

REMORDIMIENTOS

—Cómo os echo de menos, tendríais que venir a vernos. Seguro que la niña está deseando ver a sus abuelos.

Sonreí de medio lado al escuchar a mi madre a través de la videollamada. Una vez cada dos semanas las hacíamos en mis descansos en la librería o por las tardes si no tenía que trabajar. Según ella necesitaba verme la cara para cerciorarse de que de verdad estábamos bien.

—Sí, claro que sí, pero tengo que trabajar, mamá.

—Siempre con lo mismo, niña. Hay que descansar de vez en cuando. ¿Cuánto hace que no te coges unas vacaciones?

Pues ni me acordaba.

—No puedo dejar a Elia sola. Es demasiado.

Mi madre maldijo entre dientes.

—Al menos podrías traer a Leah un fin de semana, o unos días, dejarla con nosotros y que juegue en el jardín, siempre encerrada en ese piso tan pequeño no puede ser bueno —señaló haciendo aspavientos con las manos.

Rodé los ojos. Ni que no la sacara de casa.

—Está bien, mamá, lo miraré —cedí.

—Así me gusta. Que tu hermano pase tiempo con ella que está todo el santo día con los videojuegos o con esa chica que dice que no es su novia, pero que lo parece, vamos, aquí la tengo siempre.

Me reí. Lucas ya era un adolescente, bueno ya tenía casi veinte años. Como pasaba el tiempo. Él decidió estudiar informática, pero no se marchó de la casa familiar. Actualmente hacía algún trabajillo de forma freelance, aunque mis padres estaban deseando que se largara. Mi hermana Alice ya me había contado algo de esa supuesta novia que tenía. Era rubia, vestía siempre de rosa y tenía mucho carácter. Alice no la soportaba y eso me hacía gracia, porque según la describía se parecían mucho.

—Está en la edad, mamá. Mientras no te los encuentres haciéndolo…

—¡Calla! ¡Solo me faltaba eso! Ni en broma, eh, a tu padre le da un infarto —exclamó poniéndose la mano en el pecho.

Me volví a reír. Los echaba de menos. Hacía mucho que no los veía, solo quedábamos en fechas señaladas, como Navidad, algunos días en verano, etc. Algunas veces pensé si vivir en Nueva York fue una mala idea, aunque después pensaba en lo bien que estábamos solas Leah y yo y se me pasaba. No creo que pudiera soportar el control de mi madre cada día. La quería más estando lejos.

—A lo mejor es tu futura nuera, tienes que aceptarla si a Lucas le hace feliz —dije burlona.

—Y yo quiero que sea feliz, niña, pero en su propia casa. Mira tu hermana y tú, que bien estáis.

Negué con la cabeza, divertida.

—Alice es un caso aparte, gracias que vive en la residencia, si lo hiciera sola la comería la mierda.

—Vigílamela, eh, que no me fío un pelo de esa niña.

Mejor no le contaba el día que la tuve que recoger borracha como una cuba de una discoteca.

—Intentaré que mi hija no sea como ella —comenté con sinceridad.

—¿Y tú qué? Me dijo un pajarito que había un hombre.

Maldita Alice.

—No hay nadie, mamá. Solo era un repartidor de la librería, pero no congeniamos.

—Ay qué pena, habría estado bien un padre para Leah.

Me enfadé, y no sé por qué. O quizás sí.

—Leah me tiene a mí, no necesita a nadie más.

Mi madre se quedó en silencio, dándose cuenta de que me había molestado su comentario. Me supo mal reaccionar así, sin embargo, estaba harta de que todo el mundo creyese que mi hija debía tener una figura paterna o si no le faltaba algo. A Leah no le faltaba de nada, tenía todo lo material, toda la atención y todo el amor que podía necesitar. Yo era su madre y su padre.

—Ya lo sé, cariño —reculó mi madre—. Pero tú también mereces ser feliz con alguien.

Bajé la mirada. Sabía a lo que se refería; ya no era solo por un padre para Leah, sino un compañero de vida. Alguien que me quisiera, me apoyara y estuviera a mi lado en los buenos y

malos momentos.

No pude evitar que la imagen de Andrew apareciera en mi mente, rasgando mi corazón a su paso. ¿Por qué? ¿Por qué él era todo lo que quería y a la vez todo de lo que debía huir? Cuando me alejaba me sentía desamparada, y cuando me acercaba me sentía culpable. Era una dualidad que me estaba volviendo loca.

Carraspeé, incómoda.

—Lo sé, ya llegará —contesté sin más—. Tengo que seguir trabajando.

—Vale, cielo, que tengas un buen día.

—Igualmente. Adiós, mamá.

La despedí con la mano y una sonrisa que ella me devolvió y colgué la videollamada. Suspiré. Cerré el portátil y salí de la trastienda para reabrir la librería dándole la vuelta al cartel de cerrado. A través del ventanal vi la lluvia que caía sin cesar desde la noche anterior.

Para más inri, Nate apareció para traer unos paquetes. Fue una entrega muy incómoda. Al principio nos saludamos de manera cortés, él me entregó el pedido y yo firmé la hoja, pero antes de que se marchara tuve que decirle algo o si no los remordimientos me iban a comer.

—Nate… Siento mucho lo que pasó —dije—. De verdad, actué como una idiota y encima nunca te di explicaciones ni me disculpé. Perdóname.

Él se quedó mirándome sorprendido, parpadeó un par de veces, bajó la vista y para cuando la volvió a alzar, sus ojos tenían la misma calidez de siempre.

—No te preocupes, Megan, estás perdonada. Cada uno tiene sus fantasmas y tiene que aprender a lidiar con ellos. No era el momento y ya está.

—Eres demasiado bueno, en serio. Tienes el cielo ganado cien por cien.

—Bueno, eso si crees en el cielo y el infierno.

—No eres creyente, entonces.

—Solo creo en mí mismo.

—Me parece que alguien ha leído muchos libros de filosofía.

Nate se rio, yo le seguí, y gracias a su calmada y comprensiva personalidad, pudimos salir de una tensa situación a una conversación normal, como las que teníamos antes. Eso me hizo sentir bien, menos culpable por dejarle tirado en una preciosa cita en su casa y largarme a ver a mi ex. Dicho así sonaba horrible…

Por la noche, salí de la librería para cerrar. Llovía bastante así que me las vi difíciles para sujetar el paraguas para no mojarme mientras intentaba bajar la verja. Escuché el sonido de la puerta de un coche y un segundo después una mano me quitó el paraguas. Lo sostuvo sobre mí. Alcé la vista para encontrarme con Andrew. No dije nada, terminé de bajar la verja, puse el candado y me incorporé.

—Hola —saludé sin más.

—Hola, ¿todo bien?

—Sí, gracias.

Eché un vistazo atrás suyo para ver su coche aparcado a un metro. Había venido a custodiarme como siempre. No sabía ya cómo sentirme al respecto. ¿Agobiada, enfadada, incómoda, aliviada…?

Andrew me tendió el paraguas y yo lo cogí. La lluvia comenzó a caer sobre él, así que lo moví un poco hacia delante para taparle. Nos quedamos mirando un momento, en la oscuridad y soledad de la noche, con el sonido de la lluvia impactando sobre el paraguas, el suelo y los vehículos.

Era tan distinto a aquella tarde de tormenta en la que le grité que no volviera a aparecer en mi vida. Era muy distinto. La situación, nosotros, mis sentimientos. Todo estaba cambiando. Y eso me daba muchísimo miedo. Pero, ¿cómo podía escapar de la atracción de su magnetismo? Como si fuéramos dos imanes con polos opuestos.

—Ve a casa —dijo rompiendo el embrujo—. Te sigo.

Una vez más iba a quedarse haciendo guardia. Una noche más pasaría frío y sueño velando por mí.

—¿Has averiguado algo? —pregunté.

—Tengo alguien intentando acceder a los archivos de tráfico para saber con la matrícula quién es el dueño del Audi. Aunque no sea suyo, nos puede ayudar.

—Vale.

—Esto está a punto de terminar, Megan.

Sonreí de medio lado. Ojalá fuera cierto. Me recoloqué el bolso sobre el hombro.

—Había pensado comprar comida china porque no tengo nada en la nevera.

—Te acompaño.

Fruncí los labios. No lo pillaba.

—¿Tú has cenado?

—No. —Me miró fijamente, algo desconcertado al darse cuenta a lo que me refería—. ¿Y tu hija?

—Tendrás que esperar a que se duerma. Calentaré tu comida después, claro.

Andrew esbozó una sonrisa de labios pegados. Fue tan casual, genuina y cálida que no pude evitar devolverle el gesto. Estaba loca, sí, pero eso no era ninguna novedad. Iba a llevar a Andrew de nuevo a mi casa. ¿Por qué? Yo qué sé. Supongo que continuábamos con la excusa de que llovía.

—De acuerdo —cedió.

Asentí. Le eché un último vistazo y caminé hasta mi coche. Él me siguió con el suyo. Pedimos la comida, condujimos hasta mi apartamento y yo subí. Cuando entré me encontré con

Hayley y Leah jugando a montar puzles de animalitos en la mesita del salón. Me acerqué a ellas y dejé las bolsas de la comida sobre esta.

—Hola, Meg.

—Buenas noches, qué bien os lo estáis pasando.

—He hecho como veinte puzles —se quejó Hayley echando para atrás un mechón azul de su cabello—. Encima no me deja casi poner piezas.

—Yo lo hago más rápido —replicó mi hija.

—Claro, porque te los sabes de memoria, pero hay que dejar jugar a los demás también, cariño. Mañana te compraré otros, ¿vale?

Leah levantó la mirada súper ilusionada y asintió fervientemente con la cabeza. Tendría que cogerle algunos más complicados porque los hacía enseguida. Hayley bufó, harta de los rompecabezas, a lo que yo me reí. Mi hija miró las bolsas de la comida y se lanzó a ellas para ver que había traído de cena. Despedimos a Hayley y después nos pusimos a comer.

Se hicieron las diez de la noche y para entonces Leah se había dormido en el sofá. La cogí en brazos para llevarla a su cama, la arropé, encendí la lamparita y apagué la luz.

Dejé escapar el aire de mis pulmones. Allá iba Megan, a cometer una más de sus estúpidas locuras. Saqué el móvil y le envié un mensaje a Andrew avisándole de que ya podía subir. Tardó tres minutos. No dijimos mucho. Calenté la comida que había sobrado en el microondas y se lo serví en un plato. Estábamos en la cocina, ambos sentados en taburetes frente a la encimera.

—Esta noche no la pasaré aquí —mencionó de pronto.

No contesté durante unos segundos porque no supe qué decir.

—¿Ocupado con asuntos mafiosos? —bromeé, aunque no tenía ni pizca de gracia.

—No. Me quedaré haciendo guardia fuera.

Fruncí el ceño, pensativa. Me sentí un poco mal, como si me estuviera rechazando. Qué idiota era.

—Si lo prefieres así, está bien.

Andrew soltó una pequeña risa cínica.

—Claro que no lo prefiero —aclaró—. Pero no creo que pueda contenerme otra noche más.

Tragué saliva con la piel erizada por algún motivo.

—¿Contenerte de qué?

Él me observó directo a los ojos.

—De entrar a tu cuarto, quitarte la ropa y hacerte mía hasta que amanezca.

Parpadeé, atónita.

¿Había dicho lo que creía que había dicho? Quería desnudarme y… hacerme suya. *Suya.* «A ver, tranquilízate, Megan. A lo mejor se está quedando contigo.»

—Estás de broma, ¿no?

—Yo nunca hablo en broma.

Era verdad, el humor no era una de sus virtudes.

—Sabes que eso no va a pasar —murmuré con el corazón latiendo desbocado.

—Y por eso me alejo.

«No. No te alejes.»

Dios santo, ¿qué me pasaba? Por supuesto que debía alejarse, por supuesto que no debía permitir un acercamiento tan íntimo, por supuesto que no estaba mirando sus labios como si pudiera besarlos, por supuesto que no quería sus manos sobre mi cuerpo ni su erección entre mis piernas. ¡Por supuesto que sí! ¡Digo que no!

—Me parece bien —mentí, retorciendo los muslos para calmar el ardor que invadió mi centro.

Andrew no dijo nada más, menos mal, y continuó comiendo en silencio. No podía parar de darle vueltas al asunto cuando un sonido nos hizo girarnos a los dos. Ahí estaba mi hija, con su peluche en el brazo, mirándonos imperturbable. Abrí la boca, pero no me salieron las palabras, así que me levanté del taburete y me acerqué a ella.

—Es el señor de ayer —señaló.

«Madre mía, que me trague la tierra, por favor».

Me giré hacia Andrew, que observaba la escena más quieto que una estatua.

—Sí, cielo. Pero ¿qué haces levantada?

—He tenido una pesadilla.

—Tranquila, estás a salvo, solo era un sueño.

—Mi madre me decía que si me imaginaba derrotando a los monstruos como un héroe antes de dormir, no tendría más pesadillas —contó Andrew.

Ambas lo miramos.

—Pero es un dinosaurio, ¿cómo derroto a un dinosaurio? Es muy muy grande —dijo Leah.

Andrew sonrió con dulzura, se alzó del taburete y se aproximó a nosotras para acuclillarse a la altura de mi pequeña hija.

—Mira, Leah, los dinosaurios no son malos, su naturaleza es cazar, pero si le demuestras que no le vas a hacer daño os podéis hacer amigos.

—¿Un amigo dinosaurio? —preguntó la pequeña asombrada.

—Sí. Muchos de ellos son herbívoros, por lo que solo comen plantas. Prueba a darle algunas.

—Me da miedo acercarme.

—¿Has visto *Toy Story*? —Leah asintió—. El dinosaurio es inofensivo y divertido, si le imaginas a él, no tendrás miedo.

Mi hija comenzó a esbozar una tímida sonrisa. Yo los contemplaba boquiabierta. Se

habían… se habían puesto a hablar de lo más normal. Padre e hija. Y ellos no lo sabían. Se creó un nudo en mi estómago, mezclado con la emoción que revoloteó por mi interior al verlos interactuar. Andrew, tan calmado, amable, cariñoso… Sería un buen padre. En realidad, lo sería, pero... no podía condenar a Leah a esa unión con un mafioso.

—Venga, cielo, vamos a la cama. Ya verás como no tienes más pesadillas.

La cogí de la mano, pero ella se giró hacia Andrew.

—¿Te quedas otra vez a dormir?

Él intercambió una mirada conmigo, extrañado de que la pequeña supiera ese dato, yo encogí un hombro.

—No, pequeña, hoy no.

—Pero, ¿volverás?

Me mordí el labio inferior. La tristeza apretó mi garganta al ver cómo Leah ansiaba volver a encontrarse con su padre.

—Puede ser —sonrió él.

—Si no te gusta el sofá, puedes dormir en mi cama —ofreció la niña. La miré sorprendida —. Y te dejaré mi luz encendida si tienes miedo a la oscuridad como yo.

Los ojos de Andrew se suavizaron todavía más ante el tierno ofrecimiento de mi hija. Aunque era poco probable que un hombre como él cupiera en la camita de una niña. Estaba alucinando, a Leah no le gustaban los extraños y le costaba mucho confiar en la gente, pero con Andrew… era como si se conocieran de toda la vida.

—Te lo agradezco, pero creo que es demasiado pequeña para mí. Se me saldrían los pies.

Leah dejó escapar una risita al imaginarlo, y la verdad era que la escena resultaba graciosa.

—Entonces duerme con mamá. Su cama es grande.

Ay, Dios.

Andrew me lanzó una ojeada y sentí las mejillas acaloradas como una estúpida. Lo que me había soltado antes sobre hacerme suya apareció en mi mente y rápidamente intenté apartar el pensamiento.

—Ya veremos —intervine, nerviosa—. Es tarde, cariño, tienes que volver a la cama.

Ella hizo un puchero y Andrew soltó una risa baja.

—No te preocupes, el sofá es muy cómodo —le aseguró—. Buenas noches, Leah.

La niña asintió con la cabeza, satisfecha, le despidió con la mano y ambas caminamos hasta su habitación. La acosté de nuevo, le aparté el pelo de la cara y le di un beso en la frente. Me sentía tan mal. Sentía que le había robado algo importante a mi hija. Sentía que le estaba quitando el cariño de su padre. Todo era para protegerla, sin embargo, me era imposible quitarme de encima esa amarga culpabilidad.

—Que tengas dulces sueños con dinosaurios buenos.

—Sí.

Se acomodó para dormir. Salí del cuarto luego de dejarle su lamparita encendida y apagar la luz. Apoyé la espalda en la puerta. Me pasé las manos por el rostro. Cuando las bajé Andrew estaba al otro lado.

—Lo siento —susurró—. No querías que me viera. Y encima me he puesto a hablar con ella.

—No pasa nada —dije tragando saliva.

—Será mejor que me vaya.

Accedí. Le acompañé a la puerta. En el umbral, él me observó con esos iris verdes tan penetrantes que me hacían temblar las piernas.

—Estaré en la acera de enfrente, cualquier cosa me llamas.

—Vale, gracias.

Se quedó callado unos segundos. Alzó su mano y, cortando mi respiración, sujetó mi barbilla con delicadeza. Acarició la piel con el pulgar. No supe qué hacer, no podía moverme.

—Tu hija se parece a ti, es preciosa y valiente.

No. Se parecía infinitamente más a él. Mucho más. Tenía sus ojos verdes, su temperamento calmado y serio. Era reservada como él, introvertida. Era inteligente y mandona. Era su viva imagen. Pero no podía decírselo. No podía darle las gracias por el regalo que me dio. Por esa dulce niña que me levantó del suelo, que me sacó del pozo cuando lo veía todo negro, y que me dio todo el amor que necesitaba.

—Ella es una mejor versión.

Fue lo que respondí.

La mano de Andrew se alejó de mi rostro. Noté el frío calando en mí, como si el simple roce de una caricia suya fuera suficiente para calentarme por completo. Se despidió y lo vi marcharse. Cerré la puerta de mi casa. Eché los pestillos. Los contemplé pensando que ojalá nuestros corazones también pudieran resguardarse con pestillos y cerrojos. Mantener el dolor fuera. Proteger los sentimientos que se nos desbordaban.

Sin embargo, mi puerta ya se había resquebrajado.



DESTINO

ANDREW

Si algo había aprendido a lo largo de los años, era que la vida te podía cambiar en un segundo. Podías tenerlo todo, y de repente, no tener absolutamente nada.

Nunca olvidaré el segundo en el que mi mundo se derrumbó. En el que tuve que pisar el freno, rendirme y alejar de mí a la persona que más amaba. Perdí mi libertad, mis sueños, cualquier pequeño atisbo de felicidad que pudiera haber tenido.

Aprendí a convivir con mis demonios en la oscuridad de una celda que sabía que estaba hecha para mí. Porque yo me lo había buscado. Había jugado con fuego demasiado tiempo, creyendo que era intocable, que podría sortear el destino que me perseguía. Que podría empezar de cero con la única mujer que había conseguido que latiera mi corazón.

Pero fui un ingenuo.

Y seguiría pagando por mi ingenuidad hasta el día que me muriera. Quizás ese día estaba más cerca de lo que pensaba. Me gustaría decir que me había perdonado a mí mismo por lo que hice, sin embargo, estaba muy lejos de lograrlo.

Mientras tanto, intentaba continuar con una vida hecha pedazos. Bailando con la mentira, con una máscara de alguien que no era, fingiendo que seguía siendo tan despreciable como lo fue mi propio padre.

Supongo que dedicarme a arreglar coches era irónico, porque el que estaba roto era yo

mismo. Me faltaba una pieza importante, el engranaje que hacía que la sangre bombeara como la gasolina en un vehículo y me devolviera a la vida.

Una pieza que tenía nombre y apellidos.

Cerré el capó del coche y dejé escapar un suspiro.

Me puse manos a la obra, manchándome enseguida de grasa las manos y perlando mi frente de sudor. Me sequé con el antebrazo cuando escuché pasos.

—La verdad es que es bastante extraño verte haciendo esto —dijo una voz a mi espalda.

Me giré para ver a Alfred detrás de mí, vestido de forma casual, quitándose las gafas de sol. Curvé los labios en una sonrisa. Me limpié las manos en el trapo que colgaba de un bolsillo del mono de trabajo y me acerqué para darle la mano.

—La vida da muchas vueltas, amigo.

Me devolvió una escueta sonrisa. Los años no habían cambiado el carácter adusto de mi antigua mano derecha. Ni tampoco su aspecto.

—La tuya da demasiadas.

Solté una risa baja y continué con lo que estaba haciendo.

—¿Qué haces por aquí?

—He venido a hacer unas cosas y he pensado en pasar a saludar a un viejo amigo.

—Te lo agradezco —respondí mientras apretaba una tuerca—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Relajó los hombros y se apoyó en el mueble de herramientas a mi lado—. Ser un fugitivo de la ley no está tan mal.

—¿Sigues viniendo a ver a tu mujer?

—Sí, aunque últimamente no parece muy entusiasmada con mis visitas. —Chasqueó la lengua—. ¿Y tú cómo llevas la supuesta libertad?

—No me puedo quejar.

Alfred se me quedó mirando.

—¿La encontraste?

Sentí una punzada en el pecho. Las manos se me detuvieron, pero hice el esfuerzo de seguir moviéndolas. Sabía a lo que se refería. A quién se refería. Cuando retomamos el contacto al salir de la cárcel, hablamos sobre Megan. Le expliqué lo que había hecho, lo que rompió nuestra relación de un tajo en aquella sala de visitas. Mi buen amigo era consciente de que yo no dejé de pensar en ella ni un solo día, y que por mucho que me obligara a mí mismo a no acercarme, era una batalla perdida.

Busqué a Megan porque no podía seguir viviendo tranquilo si no me aseguraba de que estaba bien, que estaba a salvo y feliz.

Sin mí.

—Sí —respondí.

—Deduzco que no fue como esperabas.

Dejé escapar un suspiro, me giré y apoyé la cadera en el vehículo que estaba arreglando con los brazos cruzados.

—No le gustó en absoluto volver a verme —acepté. Ponerlo en palabras hacía que me ardiera el pecho. La reacción que tuvo me desgarró por dentro—. Todavía me tiene mucho rencor.

Incluso ahora, una parte de ella continuaba odiándome. Era inevitable.

—No la culpo.

—Ni yo. Pero poco a poco estoy consiguiendo que recupere la confianza. No va a ser fácil, y tampoco espero que lo sea.

—Nunca fue una mujer fácil.

Solté una ligera risa. No, nunca lo fue. Era una mujer con carácter, valiente y decidida. Los años no habían cambiado eso, más bien lo habían potenciado. Recordé lo que le dije la noche anterior y apreté los puños sin darme cuenta. No debería haber sido sincero, no obstante, fui incapaz de guardar tras mi lengua lo mucho que la deseaba. Desde el primer maldito día en que la vi en aquella exposición de arte, su imagen más vívida que nunca había inundado mis sueños.

Estaba preciosa, era una mujer con todas las letras. Y yo no sabía qué hacer para reprimir mis instintos más salvajes con ella. Supongo que lo lógico habría sido alejarme, pero a la vista estaba que me resultaba inconcebible.

—¿Sabe en lo que estás metido? —preguntó de pronto Alfred demudando el rostro.

El estómago se me anudó.

Ojalá no lo supiera. Ojalá pudiera mantener a Megan al margen de toda esta mierda para siempre. Pero ella veía a través de mí, y yo dejaba que lo hiciera. Cuando Rodric me apuñaló, la primera persona en la que pensé fue en ella. La única a la que le habría servido mi corazón en bandeja de plata. Si iba a morir desangrado, deseaba que ella fuera lo último que vieran mis ojos.

Fui egoísta, pero ocultarle la verdad solo habría hecho más grande la brecha entre los dos. Solo le habría generado más miedo y desconfianza. No pretendía hacerme el héroe contándoselo, solo necesitaba sacarlo de mi pecho. Fue como soltar un bardo con el que me estaba hundiendo.

—Tuve que contárselo.

Alfred se me quedó mirando en silencio.

—Supongo que eso le gustó todavía menos.

Volví a limpiarme las manchas de grasa de las manos, solo para tener algo en lo que ocuparlas.

—Le preocupa que puedan matarme.

—Y es lo que ocurrirá. Fabio te acabará cortando el pescuezo, amigo. O terminarás de nuevo en la cárcel.

Me di la vuelta y continué con lo que estaba haciendo.

—Pasará lo que tenga que pasar.

Alfred chasqueó la lengua.

—Sigues siendo igual de terco.

—Las malas costumbres no deben perderse.

Mi antigua mano derecha elevó las comisuras de su boca de forma apenas perceptible.

—¿Y cómo le va a tu hermano? Espero que esos asiáticos no le hayan lavado el cerebro y siga bebiendo cerveza en vez de lo que sea que beban ahí.

Sabía que había cambiado de tema para aligerar el ambiente y el peso sobre mis hombros.

—Está mucho mejor que nosotros, eso seguro. Y creo que se ha aficionado al *baijiu*.

—No voy ni a preguntar.

—Ya sabes, el alcohol de China. Aunque ahora se abstiene bastante porque Rose no puede beberlo.

—Se ha convertido en un gran hombre. Esa criatura ha tenido suerte.

Asentí, sonriendo. Pensar en ellos me producía una sensación cálida en el corazón. La posibilidad de que pudieran ser felices y crear una familia lejos del infierno en el que nuestro padre nos metió me aliviaba hasta límites insospechados. Se lo merecían.

Recordé la conversación que tuve con Megan sobre ellos, cómo preguntó con esa mirada preocupada. Por mucho que tratara de mostrar indiferencia, estaba seguro de que ansiaba verlos; que había deseado todo este tiempo que estuvieran a salvo y que no hubieran olvidado lo que vivimos juntos. Si supiera que ni Josh ni Rose habían dejado de pensar en ella…

Entonces otra persona por la que se interesó apareció en mi mente.

—¿Has sabido algo de Derek?

No había hablado con él en cinco años, pero sabía que Alfred conocía su paradero pues fue quien le avisó de la redada para que huyera.

—Hace más de un año que no hemos tenido contacto, aunque te aseguro que ese cabrón sigue en su salsa.

Negué con la cabeza. Derek Bennet era demasiado orgulloso para rendirse después de lo que pasó. No me extrañaba que continuara metido en ese mundo del que yo luché por salir. Sin embargo, no era el más indicado para hablar.

—Voy a ir más tarde al cementerio, que llevo tiempo sin visitar la tumba de Bruno y de Foster. Y de tu padre —dijo Alfred. Los músculos se me tensaron. La culpabilidad se hizo hueco en mi pecho—. ¿Tú has conseguido ir?

Aparté la vista, no tenía valor ni de mirarle a los ojos.

—Aún no.

Ni siquiera había sido capaz de ir a ver la tumba de mi propio padre. Sentía que me asfixiaba

solo de pensarlo. Lo cual era ridículo. Él estaba muerto. Era solo huesos bajo tierra. No obstante, una especie de miedo irracional me impedía ponerme delante de su nombre grabado en una lápida.

Alfred suspiró y se acercó para darme unas palmadas en el hombro.

—Hazlo cuando estés listo. O no vayas nunca. Tampoco es que te esté esperando.

Solté el aire por la nariz en un simulacro de risa irónica.

—Gracias, Alfred.

Él se puso otra vez las gafas de sol.

—Me marcho ya. Cuídate, ¿de acuerdo? Y saluda a Josh y a Rose de mi parte.

Me despedí de Alfred con un abrazo y lo vi marcharse del taller. Estaba atardeciendo, de modo que terminé mi trabajo, me cambié de ropa y fui hasta mi piso para darme una ducha antes de que lo que tenía que hacer.

Al salir con el pelo mojado y una toalla alrededor de la cintura cogí el móvil y vi que tenía un mensaje de Josh con una foto. La abrí para encontrarme con una ecografía. En ella se distinguía en blanco y negro el pequeño cuerpo de un bebé que se estaba formando. Los labios se me curvaron en una sonrisa al instante. Le contesté al mensaje preguntándole si ya sabían el sexo y él me llamó.

El rostro de mi hermano apareció en la pantalla del móvil. Estaba sonriendo.

—¿Qué te parece tu sobrino?

—¿Es un niño?

Su expresión se llenó de orgullo.

—Sí. Y seguro que sale a mí.

—Felicidades, Josh.

En ese momento, Rose se puso a su lado. Me enseñó la ecografía que tenía en su mano.

—El doctor dice que le ha visto pene, pero yo no lo veo. ¿Y si se ha equivocado?

—¿Querías que fuera una niña para ponerle vestidos de princesa? —pregunté divertido sentándome en el brazo del sofá.

—No es eso… bueno, sí. —Josh le arrebató la imagen para mirarla bien—. No importa, será el niño más guapo del mundo y el más consentido.

—Está ahí, ¿lo ves? —le señaló mi hermano.

Ella observó con el ceño fruncido en el punto.

—Eso no me parece un pene.

Solté una risa mientras negaba con la cabeza.

—Sea niño o niña lo amaréis igual.

—¡Pues claro! ¡Eso ni lo dudes! —se ofendió Rose—. Aunque pensé que yo tendría una niña y Megan un niño, al final ha sido al revés.

Me quedé quieto mirando el teléfono.

Megan tenía una hija.

Esa niña tan increíble, tan dulce y con unos ojos verdes tan llamativos. Cuando supe que Megan era madre, ni siquiera entendí lo que sentía. Una mezcla de emoción, curiosidad, rabia, celos…

Me maldije por no haberlo sabido. Me maldije por haber sido tan despreciable que solo había logrado que la mujer que amaba tuviera una hija con alguien más.

Dolió.

Quemó.

Deseé encontrar a su padre y meterle una bala entre las cejas.

Pero al ver a la pequeña por primera vez, algo dentro de mí cambió. El resentimiento que pudiera haber tenido fue desvaneciéndose como una niebla. No pude evitar hablarle la noche anterior, como si hubiera un hilo invisible tirando de mí hacia esa niña.

Nunca había sentido nada igual.

Rose se mordió el labio, como si se hubiera dado cuenta de que había dicho algo incómodo. Les conté sobre la existencia de Leah días después de que Megan me lo confesara aquella noche estando borracha. Rose se sorprendió muchísimo y Josh puso una expresión extraña. Ella me aseguró que era normal que hubiera rehecho su vida, y que debía aceptarlo. También se entristeció por no poder conocerla. Mi hermano me preguntó cuántos años tenía y cuando le di la respuesta, continuó pensativo y no dijo mucho más.

—El destino a veces te sorprende —murmuré.

—Oye, ¿ya has encontrado a quién sea que la está siguiendo? —se interesó Josh.

—Todavía no. Estoy pendiente de que mi contacto me de información sobre la matrícula del coche.

—Por favor, ten cuidado —pidió Rose—. Y no las pierdas de vista.

—Tranquila, no pensaba hacerlo.

Después de hablar de un par de cosas más, colgamos la videollamada. Caminé hasta el armario para vestirme. Me puse unos pantalones negros y una camisa del mismo color. Cuando la luna se alzó en el cielo, me fui del apartamento, cogí el coche y conduje hasta el puerto.

El río Hudson brillaba con la luz de la luna y sus aguas se mecían tranquilas, ajenas a lo que ocurría a su alrededor. Miré a lo lejos, barcos llenos de mercancía y diversos cargamentos adornaban la costa. El aire soplaba frío, ya que estábamos a mediados de octubre. Estaba en una zona apartada, donde los trabajadores ya no moraban a esas horas, ni querían hacerlo.

Escuché las ruedas de un coche en la grava y giré el rostro hacia allí. El vehículo estacionó, Rodric, Serena y un par de hombres más de Fabio salieron de este.

—¿Ha venido el cargamento? —preguntó Serena.

Era la hermanastra de Fabio Santoro. Hijos del mismo padre, pero diferente madre. Su cabello rubio ondulado le llegaba más abajo de los hombros. Tenía una mirada dura, como si portara un escudo por si alguien osaba faltarle el respeto por ser una mujer en un mundo de hombres.

Rodric, la mano derecha de Fabio, era un hombre moreno y corpulento. Me recordaba bastante a Alfred en una versión más joven. Aunque por dentro no se parecieran en nada. Se sacó un cigarro del bolsillo y lo encendió.

—Aún no —respondí.

—Más te vale no habernos engañado, Coleman —dijo Rodric expulsando el humo por la nariz—. Si hay algún problema, Fabio te va a meter cemento en la boca.

Fantaseé con ponerle ese cemento en los pies y lanzarlo al río que teníamos al lado. Rodric era un cabrón sin escrúpulos. Me preguntaba si tendría algo que ver con la persona que estaba siguiendo a Megan. Pero ellos no parecían saber nada al respecto de ella. Por eso no quería que viniera a mi piso, intentaba evitar que la relacionaran conmigo. Necesitaba acabar con aquel encargo cuanto antes para poder ir a hacer guardia a su casa. No pensaba permitir que nadie le hiciese daño.

Sobre mi puto cadáver.

—No habrá ningún problema —aseguré.

—Coleman no es mentiroso, ¿verdad? —señaló Serena con los brazos cruzados sobre su cazadora de piel. Sus ojos negros y astutos me analizaron—. No se atrevería después de haberle acogido en nuestra familia cuando no tenía nada al salir de prisión.

—Los traidores se llevan navajazos —soltó Rodric—. Y no creo que quieras repetir la experiencia.

Lo miré a los ojos fijamente mientras sentía cómo la herida que me provocó latía en mi pecho.

—Solo quiero continuar lo que mi padre no fue capaz.

Serena sonrió con unos dientes perfectos. Si no fuera una mujer, habría deseado rompérselos con mi puño. No me gustaba hablar mal de mi padre fallecido, pero no me quedaba otro remedio si pretendía que esta gentuza creyera mi historia.

—Tienes más cojones que él, la verdad.

El sonido de otro coche llamó nuestra atención. Los antiguos socios con los que había trabajado se apearon del vehículo. Nos mostraron el cargamento, metido en maletines. Armas de todos los tipos y tamaños. Sobre todo, AK-47. Hicimos el intercambio con otro maletín lleno de dólares. Acto seguido, Serena y Rodric fueron a hablar con el sobrecargo de la embarcación que metería nuestras armas, haciéndolas pasar por otro tipo de mercancía.

Me fumé un cigarro que no me estaba calmando. La culpabilidad de haber sido yo el que

había cerrado ese trato por mis antiguos contactos me revolvía el estómago.

Cerré los ojos mientras dejaba salir el humo por entre los labios hacia la noche y el agua helada del Hudson. Todavía me quedaban batallas que librar. Y esperaba sobrevivir lo suficiente para decirle que, si seguía en pie, era solo por ella.



OBSESIÓN

Observé como Leah se movía hacia delante y hacia atrás en el columpio. Se reía feliz, divirtiéndose con Elia, que la empujaba desde la parte frontal. Bebí de mi café para llevar en un vaso de cartón que sostenía en la mano. Era miércoles y como siempre fuimos las tres al parque cerca de la librería. Habían pasado dos días desde que Andrew estuvo en mi casa. Desde que confesó querer hacerme suya. Desde que habló con su hija. Todavía no había podido asimilar lo que ocurrió. Fue tan rápido, inesperado y…normal… tierno.

Estuve toda la noche dándole vueltas, rememorando aquella escena de su conversación una y otra vez. A Leah le gustaba. Y eso era extraño en ella, era muy reservada y también algo desconfiada, sin embargo, algo en Andrew le llamó la atención. Supongo que la sangre que corre por sus venas. Quizás sea cierto que los hijos y los padres estamos unidos por un vínculo tan especial que es jodidamente difícil de romper. Yo intenté romper el suyo, al parecer no lo conseguí. Me sentía una horrible persona desde aquella noche, como si estuviera intercediendo en su amor, que actualmente era posible. Era posible que Andrew fuera un padre para Leah, que la quisiera, que la mimase, que jugaran juntos, pero… Tan solo de pensar en lo que él estaba metido, en su pasado, se me revolvían las tripas. ¿Era lo mejor apartar a Leah de esa realidad? ¿O estaba siendo egoísta?

Elia me hizo señas para que me acercara. El columpio al lado del de mi hija se había quedado vacío, no había nadie más en ese momento, de modo que mi socia se había sentado en el. Tiré el vaso vacío de café en una papelera y caminé hasta ellas.

—Vas a romper el columpio con tu culo, es para niños —azucé.

—¿Perdona? Mi culo es pequeño y respingón, quepo perfectamente —dijo de forma soberbia mientras se balanceaba.

—Ya hablaremos cuando tengan que venir los bomberos a sacarte de ahí.

—Vale, si están buenos no me quejaré.

Ambas nos reímos, y aunque no sabía por qué lo hacíamos, Leah nos siguió.

—Elia, el otro día me hice amiga de un dinosaurio —soltó mi hija emocionada.

Ella la miró abriendo la boca de impresión. Ay, no. Estaba hablando de la otra noche con Andrew. Por Dios, que no contara nada.

—¡No fastidies! ¡Que guay! Yo también quiero.

—Siii. Tenía pesadillas con él, pero el señor me dijo que imaginara que nos hacíamos amigos y funcionó.

—¿El señor? —preguntó Elia, extrañada. Me oteó alzando una ceja—. ¿Es algo religioso?

Negué con la cabeza. No sabía qué excusa poner.

—El señor que se quedó a dormir —aclaró Leah.

Mi compañera ladeo tanto la cabeza hacía mí que pensé que le crujiría. Abrió mucho los ojos esperando una explicación, pero solo pude encogerme de hombros.

—Andrew —suspiré.

—Ah, vale, eso me deja más tranquila —ironizó. Bajó la voz para que solo la oyera yo—. ¿Qué coño me he perdido?

—Es una larga historia. Han pasado muchas cosas…

—Pues gracias por contar conmigo, socia y amiga.

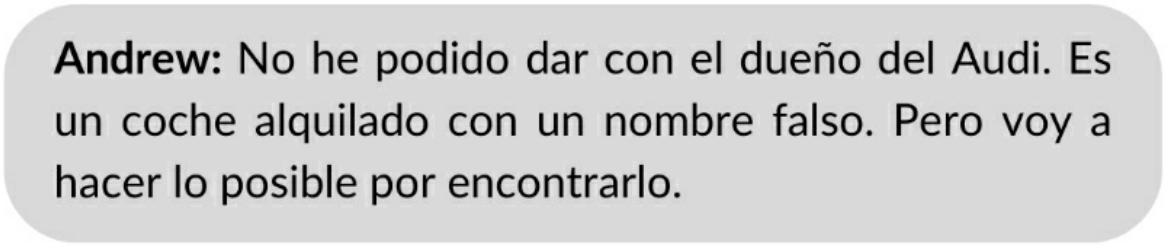
Giró el rostro, ofendida. Me hizo sentir mal el no haberle contado nada, pero ni siquiera yo misma entendía lo que ocurría ni podía hacerle frente. No quería preocuparla.

—Te prometo que lo sabrás todo cuando lo solucione, ¿de acuerdo?

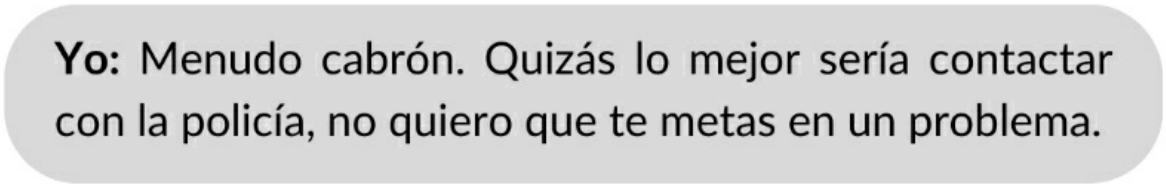
—¿Estás metida en algo malo, Meg? —preguntó con un tinte de preocupación en sus ojos castaños.

—No, no te preocupes.

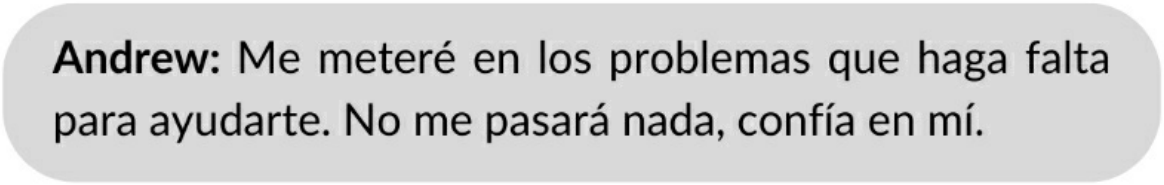
El silencio se apoderó de nosotras. Leah continuó columpiándose a su bola, Elia se quedó pensativa y yo fantaseé con la idea de cavar un hoyo en la tierra para meterme dentro. Unos padres con un niño llegaron entonces y Elia se levantó del columpio para dejárselo al pequeño. Los dos enanos se balancearon unos minutos más, y finalmente tuvimos que irnos. Debía dejar a Leah con Hayley en casa e ir a la librería. Cuando estábamos subiendo al apartamento recibí un mensaje de Andrew.



El corazón comenzó a latirme con rapidez. ¿Un nombre falso? ¿Quién narices me estaba siguiendo? Salimos del ascensor, entré en casa y comencé a preparar la merienda y las cosas de Leah. Cogí el móvil para responder a Andrew.



Hayley llamó al timbre. La hice pasar, hablamos unos minutos, le di un beso a mi hija, agarré mi bolso y salí por la puerta. De nuevo en el ascensor, sentí la ansiedad subiendo por mi pecho como el humo que se cuela por una chimenea. Puse un pie en la calle, comencé a caminar. Saqué el teléfono cuando sonó de nuevo.



Confiar. Era muy fácil decirlo.

Pero lo cierto era que había empezado a confiar de nuevo en Andrew y ni siquiera entendía cómo.

Comencé a caminar de nuevo con una sensación incómoda en el pecho. Solo quería que todo aquello terminara. Si veía el coche le haría fotos, lo denunciaría y se acabaría este infierno. Intenté tranquilizarme, convencerme a mí misma de que no había peligro y que esto saldría bien.

Llegué a la librería, dejé el bolso en la trastienda y realicé las tareas de todos los días. Como si nada estuviera ocurriendo. Cuando me senté, mi móvil empezó a sonar. Andrew me estaba llamando. Descolgué con la mano un poco temblorosa.

—¿Estás en la librería? —preguntó sin más.

—Sí.

—Vete a casa. Cierra hasta que lo encuentre.

—No puedo. Tengo que trabajar.

Le escuché maldecir.

—Mierda, Megan. No puedo protegerte ahora.

Fruncí el ceño, molesta.

—Gracias, pero sé protegerme sola. Si viene llamaré a la policía.

Andrew dejó escapar un suspiro.

—Está bien.

Colgó y me quedé mirando la pantalla como una imbécil. Lo que era. Guardé el móvil con rabia. Mis ojos se humedecieron. Joder. Solo me faltaba ponerme al borde de las lágrimas por esto. Me serené y continué con mi trabajo. No podía dejarlo todo por un capullo. Arreglaría las cosas como las personas normales.

Se acercaba la hora de cerrar, de modo que me dispuse a ordenar los libros que estuvieran fuera de lugar y dejar las estanterías perfectas. Entonces sonaron las campanillas de la puerta. Coloqué en su sitio la novela que tenía en la mano y antes de que pudiera bajar del taburete, ya tenía al cliente de pie delante de mí. Al reconocerle me tranquilicé.

—Hola, Frank. Estoy a punto de cerrar —dije.

—Lo sé. Solo será un momento.

Caminó hasta mí y yo bajé del taburete.

—¿Qué necesitas?

—El último de Ken Follet.

—Creo que ese está por aquí.

Eché un vistazo a las estanterías y finalmente lo vi en una balda a la que no llegaba, de modo que moví el taburete hasta el sitio correspondiente y me subí. Agarré el libro, y una vez en mis manos la piel se me puso de gallina. Frank estaba detrás de mí, muy cerca, demasiado. Carraspeé e hice intento de bajarme, a lo que él puso sus manos en mi cintura.

—Cuidado —murmuró.

Le quité una mano con delicadeza, con el estómago un poco revuelto por el gesto. ¿A qué venía eso?

—Gracias, puedo sola.

Puse los pies en el suelo, le tendí el libro y me alejé un poco. Por algún motivo no me sentía nada cómoda. Nunca había notado esa aura en Frank, siempre había sido amable, cordial, habíamos estado solos en la librería muchas veces y nunca se había sobrepasado ni dicho nada fuera de lugar, sin embargo, hoy estaba un poco raro…

Un momento.

Espera. ¿No sería…? No, imposible.

Era un hombre muy normal, no sería capaz de algo así. Seguro que lo que acababa de hacer había sido sin mala intención. Estaba viendo fantasmas donde no los había. Traté de esbozar una

sonrisa.

—¿Es lo que querías? —pregunté.

Él levantó la vista del libro y me miró fijamente.

—Sí.

—Genial, si quieres… pasamos al mostrador.

Mi móvil estaba allí. Si mi instinto no se estaba equivocando, prefería tenerlo cerca en caso de necesitarlo. Caminé hacia el mostrador y Frank me siguió. Me dispuse a cobrarle el libro con el estómago tenso.

—Hoy por fin no está tu guardaespaldas —masculló.

Le miré confundida. ¿Guardaespaldas? ¿Acaso se refería…? ¿A Andrew? Cuando entendí que así era, mis alarmas se activaron y el pulso se me disparó. Joder, era Frank. Mi acosador era ese maldito cliente. No había duda. Procuré mantener la calma.

—No sé a qué te refieres.

—Siempre tienes a ese hombre rondándote. ¿Es tu novio? —preguntó con un deje despectivo.

—No —contesté intentando que mi voz no sonara asustada—. Pero eso no es de tu incumbencia.

Él me taladró con la mirada. Eché un vistazo al móvil, que estaba en una esquina del mostrador sobre unos papeles. Si al menos pudiera darle al botón de llamada sin que él se diera cuenta y que la policía escuchase, tendría una oportunidad de acabar con esto.

—¿Tampoco lo es ese repartidor con el que has salido alguna vez?

Fruncí el ceño. Pero, ¿qué cojones? Puesto que la situación estaba clara, no había razón para guardar las formas.

—Me has estado siguiendo ¿verdad? Con un coche gris, un Audi.

Un ligero tinte de vergüenza cruzó su rostro.

—No quería hacerlo, pero te vi con ellos y no pude evitarlo. Aunque ya… lo había hecho alguna vez antes.

Dios santo. No entendía cómo podía haberlo pasado por alto. Aunque, quizás, después de la aparición de Andrew y de saber en lo que andaba metido comencé a estar mucho más alerta, y por eso lo intercepté.

—Por si no lo sabías el acoso es un delito.

—Puede ser. Pero necesitaba verte más aparte de aquí, no era suficiente, ¿entiendes?

Fui incapaz de evitar mi expresión de asco. Él se dio cuenta y su gesto se ensombreció. Deslicé mis pies hacia el lado donde se encontraba el móvil.

—Sí, lo entiendo, estás obsesionado conmigo.

Frank se acercó más al mostrador y plantó sus palmas en la superficie con un golpe. Yo me

encogí.

—Me pasé años buscándote hasta que entré a esta librería y di contigo, fue un tiempo muy largo sin verte y ahora que te tengo a un paso no podía perder la oportunidad.

—¿De qué cojones estás hablando?

Sus ojos oscuros me atravesaron y empecé a sucumbir al miedo. Ese tío estaba como una puta cabra y no tenía ni idea de qué decía y qué pretendía hacerme.

—Te conocí cuando trabajabas en el Eclipse. Iba todos los fines de semana que podía solo para verte a ti. Tú nunca te diste cuenta de mi existencia más allá de un cliente habitual. Pero un día desapareciste sin dejar rastro. Tu jefe me dijo que habías renunciado y no volví a saber de ti. Hasta que abriste esta librería.

Sí, estaba obsesionado. Ese pirado había estado detrás de mí desde hacía más de cinco años. Por Dios. Era jodidamente siniestro. Y yo no me había percatado en todo este tiempo que estuvo viniendo. Aunque ahora entendía por qué me sonaba tanto desde que lo vi por primera vez en la librería.

Estaba acojonada, aun así, tomé la iniciativa de lanzarme a por el móvil. Por desgracia, cuando lo cogí Frank me agarró del brazo con fuerza.

—No puedo dejar que hagas eso.

Intentó quitarme el teléfono y yo forcejeé para impedirlo con ayuda de mi otra mano, pero era más fuerte de lo que parecía; me lo arrebató y lo lanzó contra el suelo. Vi cómo se desmontaba y cada pieza salía volando por un sitio. Desesperada, tanteé el mostrador hasta coger lo primero que pillé, un jarrón. Sin dudar, aticé a Frank en la cabeza con este y él me soltó al recibir el golpe. Las rosas azules marchitas y el agua salpicaron todo el mostrador.

No perdí un segundo en echar a correr hacia la trastienda para salir por la puerta de emergencia. Escuché sus pasos siguiéndome y cuando estaba a punto de tocar la manilla de la puerta me atrapó. Me tiró al suelo y se puso encima de mí para evitar que me moviera. Pataleé como pude con su peso sobre el cuerpo, era de mi misma estatura y no parecía estar ejercitado, pero me inmovilizó sin mucho esfuerzo. Sacó cinta aislante del bolsillo de su chaqueta para rodear mis muñecas. ¿Qué mierda pretendía ese loco? Ya había venido preparado.

—¡Suéltame, cabrón! —bramé, pero apagó mi voz cubriendo mi boca también con cinta.

Grité debajo de la mordaza sin lograr que se escucharan más que gemidos.

—Cállate —exigió.

Tenía una línea de sangre desde la sien hasta la mejilla, obviamente provocada por el golpe con el jarrón.

—Que te jodan —balbuceé.

Por último, amarró mis pies juntos. Gemí como una desquiciada, gritando en silencio, insultándole, amenazándole, sin embargo, no servía de nada ya que no se escuchaba mi voz. Una

vez bien amordazada, me dejó contra uno de los estantes con cajas.

—Quédate quietecita.

Acto seguido, salió de la trastienda. No tenía ni idea de qué narices iba a hacer, pero me daba igual. Lo importante ahora era desatarme. Observé alrededor, respirando agitada, buscando algo que pudiera usar. Por suerte estaba en buen sitio. Por la mañana había recibido unos paquetes, y las tijeras con las que los había abierto debían estar cerca.

Me levanté como pude y fui dando saltitos a la mesa que había en una de las esquinas. Busqué con la mirada hasta que las encontré. Intenté cogerlas. Se cayeron. Maldije con un gruñido. Me agaché para recogerlas, se me escaparon varias veces. Finalmente lo conseguí. Las enfoqué hacia mí para cortar la cinta aislante. Ya notaba mi piel ardiendo por el roce. Aquello me traía malos recuerdos, no era la primera vez que mis muñecas salían perjudicadas en una situación desesperada. Cerré los ojos con fuerza. Estaba asustada y enfadada. Quería que aquello terminase.

Escuché pasos. Rápidamente repté hacia el lugar donde Frank me había dejado. Abrió la puerta y me contempló en silencio. Yo le fulminé con la mirada.

—No me mires así. No quería hacerte daño, me has obligado tú. —Se señaló la sien, ya no había rastro de sangre, tendría que habérsela limpiado en el baño—. Me has tirado un jarrón a la cabeza. Ha dolido, ¿sabes?

Si tuviera las manos libres le haría un corte de mangas. Y si tuviera la boca libre, le escupiría.

Me alegraba que le hubiera dolido. Ojalá le hubiera dejado inconsciente.

Frank se acercó a mí y se acuclilló para ponerse a mi altura. Estuve tentada de patearle, aunque estaba difícil con los pies atados. Moví las muñecas para darme cuenta de que la cinta estaba rasgada y un poco suelta. Él alzó su mano y acarició mi pelo, luego bajó por mi mejilla. Se me revolvió el estómago.

—Desde el primer día en que te vi me llamaste la atención —confesó. Yo tan solo podía mantenerle la mirada con fiereza—. Eres preciosa, Megan. Simpática, atenta, divertida. No pude evitar querer saber más de ti. Tu hija es muy bonita, por cierto.

Nombrar a Leah fue demasiado. La rabia ascendió por mi interior como la lava a punto de erupcionar un volcán, me dio fuerzas para pegar un tirón brusco con mis manos y terminar de romper la cinta. Al fin, mis muñecas se liberaron.

Sin pensarlo, empujé a mi acosador, lo que hizo que cayera hacia atrás y chocara con la cabeza en el mueble que había a su espalda. Me levanté como pude, ya que todavía tenía los pies amarrados. Con apremio me despegué la cinta de los pies y me arranqué el trozo de la boca. Cogí una bocanada de aire antes de salir corriendo de la trastienda.

Fui hacia la puerta de entrada y la moví desesperada, para darme cuenta de que no podía

abrirla. Bajé la vista y vi una cadena alrededor de los tiradores. Ese puto loco. ¿Eso había ido a hacer cuando había salido de la trastienda? La sacudí con un gruñido y escuché los pasos pesados de Frank.

—Mierda.

Me di la vuelta y corrí hacia las estanterías repletas de libros. Me escondí en la esquina de una de ellas mientras pensaba frenéticamente cómo escapar de ese cabrón. Mi móvil seguía en el suelo cerca del mostrador, pero no tenía tiempo de ir a por este, montarlo y encenderlo para poder llamar a la poli. El corazón me latía con fuerza en el pecho, que subía y bajaba con cada agitada respiración.

—¿Te estás escondiendo? No sirve de nada, preciosa Megan —le escuché decir.

Su voz me producía escalofríos.

Oí como caminaba hacia mi ubicación. De modo que lo único que se me ocurrió fue coger el libro más gordo que había a mi alcance y prepararme con este en las dos manos. Cuando Frank llegó a mi altura, le aticé con el libro en la cabeza.

—¡Maldita zorra! —profirió, y se llevó la mano a la zona afectada.

Intenté escabullirme de él, pero mi librería no era demasiado grande y el espacio entre estanterías era limitado. Frank me asió del brazo cuando me escapaba, di un tirón y me caí al suelo. El tipo trató de agarrarme y yo comencé a arrastrarme hacia atrás al mismo tiempo que le lanzaba todos los libros que encontraba a mi paso. Alguno le dio en la pierna, en el pecho, en el brazo. Alzó las manos para cubrirse y finalmente vi la oportunidad de levantarme, di un resbalón que casi hizo que me comiera el suelo, pero logré ponerme de pie y corrí hacia el mostrador. Aterricé frente a mi móvil desmontado.

Jadeante y temblando me dispuse a colocar las piezas. Era mi única salvación.

—¡Quieta! —renegó Frank a mi espalda.

Cuando ya estaba a punto de encender el teléfono, Me agarró con brusquedad por los brazos y me estampó contra el mostrador, intentando inmovilizarme.

—Te he dicho que te estés quieta y no paras de portarte mal.

—A mí nadie me dice lo que tengo que hacer —dije entre dientes.

De pronto, un estruendo nos sobresaltó a los dos.

Los cristales de la puerta de entrada explotaron, repartiéndose en miles de pedazos por el suelo. Observé atónita como Andrew aparecía ante mis ojos, respirando agitado, con una pistola en la mano.

CAPÍTULO 23

NECESIDAD

Cuando Andrew me vio sus hombros se tensaron. Acto seguido, fijó la vista en Frank, que estaba sujetándome contra el mostrador. Andrew alzó la mano en la que sujetaba el arma y le apuntó con el odio llameando en su mirada.

—Aléjate de ella —gruñó.

Entonces mi secuestrador me agarró y me sujetó de espaldas contra él, rodeando mi cuello con un brazo e inmovilizándome. Ese hijo de puta me estaba usando como escudo.

—Si-si disparas le darás a ella —titubeó Frank. Su voz no era ni de lejos tan decidida como cuando habló conmigo. Estaba muy nervioso.

Mi mirada aterrada se encontró con la de Andrew, que apretó la mandíbula y movió el pulgar para quitar el seguro a la pistola. Pude sentir como Frank se tensaba detrás de mí.

—No fallaré —afirmó—. La bala atravesará tu cabeza y ni siquiera te dará tiempo a pestañear por última vez. Tienes tres segundos para soltarla.

¿Lo haría? No tenía muy claro si Andrew se arriesgaría a eso. Sabía que nunca me pondría en peligro, pero… No, era un farol. Si le disparaba se acabó su libertad condicional. Solo quería asustar a Frank. Y me parecía que estaba funcionando.

—Uno —empezó a contar Andrew.

Frank tembló y, de pronto, tomó mi rostro con ganas y lo giró hacia un lado. El cuello me dolió con el movimiento. Me puse en tensión.

—Tira el arma al suelo o… o le partiré el cuello.

El miedo subió por mi estómago. No sería capaz ¿verdad? El nerviosismo lo estaba poniendo al límite y no sabía hasta dónde podía llegar. Andrew no se inmutó.

—Dos —siguió contando.

—Frank… —empecé, asustada—. Hazle caso. Si me haces daño, disparará.

—¡Dile que baje la pistola!

—Tres —terminó Andrew.

Cerré los ojos pensando que iba a disparar, pero en ese instante, Frank me soltó de un empujón, tirándome al suelo. Echó a correr hacia a la trastienda. Andrew se guardó la pistola y saltó por encima del mostrador para atraparlo. Lo agarró de la camisa y le propinó un puñetazo que lo derribó, luego se agachó sobre él sujetándolo de la ropa.

—¿A dónde crees que vas? No he acabado contigo —espetó en su cara con furia—. Sabía que había algo raro en ti, en cómo la mirabas. ¿Ya te has cansado de perseguirla como un maldito pervertido y querías pasar a la acción? Te has atrevido a ponerle una mano encima y te aseguro que te vas a arrepentir.

Le asestó otro puñetazo y la sangre comenzó a brotar de la nariz de Frank.

—Lo siento —gemía este—. Solo quería pasar un rato con ella… Perdóname, por favor…

—No es a mí a quién debes pedir perdón.

—Andrew…

Él me ignoró, con sus ojos fijos en su presa.

—Yo no he estado aquí, la que te ha golpeado ha sido ella, ¿está claro? Si hablas de mí te encontraré cuando salgas de prisión y te mataré.

Esperó a que Frank asintiera atemorizado y con un último golpe en el rostro lo dejó inconsciente.

—Dios… —exhalé tapándome la boca.

Andrew lo dejó caer. Los dos nos quedamos mirando a Frank, tirado en el suelo sin sentido y con el rostro ensangrentado. Andrew se limpió el sudor de la frente, se acercó a mí y acunó mi rostro con las manos mientras sus pupilas se movían por mi ser de forma frenética.

—¿Estás bien? ¿Estás herida?

—No, estoy bien —contesté con un hilo de voz.

Él acarició mi mejilla con el pulgar.

—Ya ha acabado, mariposa.

Alcé la vista para contemplarle. Había pasado tanto miedo y él me hacía sentir tan protegida que mi cuerpo se movió solo. Me lancé a sus brazos. Le abracé como si fuera lo único que podía mantenerme a flote. Andrew se tensó, pero poco a poco sus brazos me rodearon para reconfortarme. Una de sus manos acarició mi cabeza, la cual escondí en su pecho. Besó mi pelo. Y me tranquilicé.

De pronto, me sentí en calma, a salvo.

En mi hogar.

Esa sensación me producía nostalgia. Estar en los brazos de Andrew me hacía viajar al pasado, cuando éramos dos locos enamorados enfrentando los peligros del mundo. Resguardándonos el uno en el otro como si no hubiera más salvación que nuestros cuerpos. Como si todo fuera a estallar en cualquier momento. Y lo hizo. Estalló. Se destruyó en mil pedazos. Nos separó para siempre.

O eso creí.

No podía apartarme de él, continuaba abrazándome con cariño, acariciando mi pelo para tranquilizarme. Era como estar en una burbuja, absorta de la realidad, de que había estado a punto de morir, de que había un tío ensangrentado a unos metros de nosotros. Eso era lo que Andrew siempre conseguía; desde que le conocí, tenía el poder de lograr que solo me centrara en él, que solo le mirara a él y olvidase todo alrededor. Pensé que con los años me habría vuelto inmune, pero estaba bastante equivocada. No podía huir de su atracción. Era… imposible.

Pasados unos minutos, Andrew se separó un poco de mí. Me miró a los ojos mientras me apartaba un mechón de pelo de la cara.

—¿Cómo has sabido que estaba en peligro? —quise saber.

—Cuando he intentado llamarte a la hora de cierre me ha salido que tenías el móvil apagado y he pensado lo peor, así que he venido enseguida.

—Buen instinto. Tenías razón con él…

—Preferiría no haberla tenido —dijo—. Avisa a la policía, deben llevarse a esa escoria.

Asentí con la cabeza. Me alejé para ir en busca de mi móvil y lo encendí. Atisbé a Andrew que se había acercado a su arma para recogerla del suelo, la escondió en la parte trasera de su pantalón y se giró para mirarme.

—Tienes que mentir. No puedo estar involucrado, estoy en libertad condicional, cualquier paso en falso me llevará a la cárcel de nuevo. Di que Frank entró rompiendo los cristales de la puerta y que sus heridas son a causa de que le golpeaste con algo en defensa propia.

—Vale.

—¿Tienes algo para inmovilizarlo?

—En la trastienda… hay cinta aislante.

Andrew caminó hasta allí, de donde sacó la cinta con la que Frank me había amarrado, se acercó a su cuerpo tendido y lo maniató. Acto seguido lo arrastró hasta la trastienda para dejarlo dentro. Miré mi móvil que ya estaba operativo, con las manos todavía un poco temblorosas, llamé a la policía y les conté por encima lo sucedido, me hicieron saber que vendrían enseguida.

—La policía está de camino —avisé a Andrew.

Él se aproximó a mí, cogió mi mano y le dio la vuelta para observar los rasguños en carne

viva que me había provocado intentando cortar la cinta. A pesar de que algo muy parecido a la ira nubló su mirada, su pulgar acarició con delicadeza la zona circundante consiguiendo estremecerme. Dios, estaba demasiado sensible por todo lo que había pasado.

—Cúrate lo antes posible, no dejes que se infecte. —Sonó más a una orden que a una petición. Suspiró y centró la mirada en mis ojos—. Tengo que irme.

—No me dejes aquí sola con Frank.

—Tranquila, está inconsciente y atado, no te hará nada. Además, puedes cerrar con llave la trastienda si así te sientes más segura.

Tenía razón, pero… no quería que Andrew se marchase. No quería alejarme de él.

—Está bien… —respondí sin más.

Nos quedamos en silencio un instante. Observé su mano sujetando la mía. ¿Qué me pasaba? ¿Por qué sentía este agujero en el pecho? ¿De dónde venía este anhelo por estar a su lado? Me estaba volviendo loca.

—Sé que mañana me arrepentiré de esto —susurró Andrew con el tono algo ronco. Alcé la vista para mirarle—. Y sé que conseguirá que me odies todavía más. Pero si no lo hago voy a reventar.

Sus manos ascendieron hasta rodear mi rostro y sus labios se pegaron a los míos. La impresión me dejó petrificada. Cuando fui consciente de lo que estaba ocurriendo, agarré sus muñecas en un acto impulsivo. Mi mente me gritaba que debía apartarle, sin embargo, su boca suplicante me nublaba el juicio. Me besó despacio, moviendo sus suaves labios sobre los míos como en un baile premeditado. Los párpados se me cerraron. Se erizó toda la piel de mi cuerpo. Andrew ladeó la cabeza para profundizar el beso, y bajo mi propia sorpresa, yo dejé paso a su lengua. El movimiento ya no era lento y tierno, sino que se tornó pasional y salvaje según avanzaban los segundos.

No fue un beso, fue una necesidad. De los dos. La necesidad de acercarnos, de tocarnos, de poseernos. De recomponer los pedazos de nuestros corazones, hechos añicos como los cristales que reposaban en el suelo.

Pero por suerte la locura fue transitoria. Se escucharon las sirenas de la policía a lo lejos. La boca de Andrew abandonó la mía, rozamos nuestras frentes y nos quedamos en silencio con el aliento entrecortado. Yo, jadeante, todavía sosteniéndome en sus brazos, no sabía qué coño acababa de pasar. Estaba totalmente descolocada. Le solté, queriendo escapar lejos, muy lejos, donde no pudiera encontrarme nadie. Ni yo misma. Armándome de valor, le contemplé. Andrew clavó su electrizante mirada en la mía. La expresión que vi en su rostro, atormentada y a la vez llena de tanta pasión que se desbordaba, me desarmó por completo.

Se dio la vuelta, y sin decir nada, se encaminó hacia la puerta de la librería. Con el corazón a mil por hora le vi alejarse. Atravesó los trozos de cristales y la puerta hecha añicos, y su figura se

perdió por la esquina de la calle.

Las sirenas se oían cada vez más fuertes, hasta que las luces de los coches de la policía me cegaron. Aparcaron frente a la librería y tres oficiales salieron de los vehículos. Una mujer policía me rodeó los hombros con ternura y me siseó algo para sosegarme pues me vio en estado de *shock*. No sé qué me dijo. No podía escuchar ni entender nada.

Tan solo podía pensar en que Andrew y yo nos habíamos besado. Lo sentía tan extraño que casi parecía parte de una película, quizás hasta lo había soñado. Me llevé una mano al cuello, que aún sentía agarrotado. Observé a los policías sacar a Frank de la trastienda, desatarlo y ponerle las esposas.

—¿Necesita asistencia médica? —preguntó la oficial echándome un vistazo.

—No, estoy bien, solo son un par de rasguños.

—Tendrá que venir con nosotros a declarar, y deberemos hacerle fotografías de las lesiones —me explicó la oficial con tono amable—. Présteme su documento de identidad, por favor.

Fui hacia mi bolso en el mostrador y extraje lo que me pedían. Allí mismo tomaron mis datos y una escueta declaración sobre lo ocurrido mientras Frank era llevado a uno de los coches policiales.

—¿Qué le pasará a él? —pregunté.

—Depende de su denuncia y los cargos que se le imputen. Si tiene antecedentes se le podrá juzgar a una condena en prisión.

Asentí con la cabeza. Quería que pagara por lo que me había hecho, por el miedo que me hizo experimentar por mí y por mi hija, por el daño físico causado y sobre todo tenía que estar encerrado para no repetir sus acciones con otra inocente mujer. Recogí mis cosas para acompañar a la agente a su vehículo e ir a la comisaría. Colocaron un cordón policial en la puerta de la librería. La observé apesadumbrada. La cristalera estaba completamente rota, Andrew tuvo sus motivos, pero me dolía ver mi negocio de esa forma.

Durante el trayecto, hice una llamada a Hayley para explicarle lo sucedido y pedirle que se quedara con Leah hasta que yo terminase. La pobre chica se puso un poco histérica, pero prometió no decir ni pio a mi hija y acostarla con la excusa de que yo tenía mucho trabajo atrasado. Necesitaba ver a Leah, abrazarla muy fuerte. Decirle que la quería con todo mi corazón. Quedarme a su lado una semana entera.

Llegamos a la comisaría y todo lo que hice después se convirtió en una neblina. Me encontraba en un pequeño trance, no obstante, logré declarar, contando las mentiras pertinentes para no involucrar a Andrew. Me preguntaron si había sido yo la que había propinado los golpes a Frank, pues parecía poco probable, la verdad, pero afirmé que sí y me inventé que había hecho defensa personal. Solo esperaba que Frank tuviera la misma versión de los hechos. Me hicieron algunas fotos de las muñecas como prueba. Me recomendaron acudir al hospital, pero me negué,

no podía dejar a Hayley en casa tanto tiempo, ya habían pasado como tres horas desde que tendría que haber llegado.

La policía me agradeció la colaboración, me dio una copia de mi denuncia y me entregó su número por si ocurría cualquier cosa. Después, me condujo de nuevo a la librería para que pudiera coger mi coche. Le di las gracias y me sentí aliviada cuando estuve sentada en mi vehículo de camino a mi apartamento.

Entré por la puerta agotada tanto física como mentalmente. Me topé con mi niñera tumbada de lado en el sofá viendo una película de terror que estaban echando en la televisión. Al escucharme, se incorporó de golpe y acudió a mí.

—¡Megan! ¿Estás bien?

Le acaricié a Hayley su cabello tintado de azul.

—Estoy bien. Siento mucho haberte preocupado, y gracias, de verdad, por haberte quedado con Leah.

—Ni te rayes, ha sido algo muy fuerte lo que te ha pasado.

—Hay locos en todas partes por desgracia.

Mi voz sonaba cansada. Ansiaba un baño caliente y dormir. Dejé el bolso en el sofá con desdén.

—¿Lo han encerrado?

—Está en el calabozo, me han dicho que le darán prisión preventiva hasta el juicio.

Hayley hizo un mohín con sus labios, me resultaba entrañable su preocupación. Comenzó a recoger sus cosas.

—Leah está durmiendo en su habitación.

—Perfecto.

—Me voy, ¿vale? Mi madre ya no tendrá uñas de tanto mordérselas. Descansa, mañana vendré a la hora de siempre.

Le sonreí con cariño a mi niñera y le di las gracias de nuevo. La vi salir por la puerta. Tenía mucha suerte con ella, era un sol de chica.

Lo primero que hice fue entrar con sigilo en el cuarto de Leah. Ella estaba durmiendo plácidamente, con la respiración acompasada y la compañía de su peluche. Me acerqué para mirarla de cerca, agachándome a la altura de su rostro. Deslicé despacio los dedos por su pelo suave.

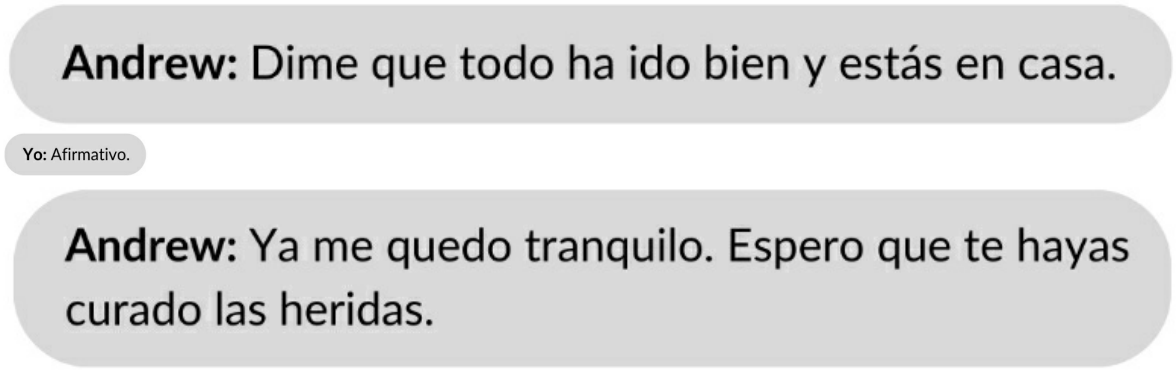
—Te quiero, pequeña —susurré.

Si me hubiera pasado algo, Leah se habría quedado sola. Habría perdido su única figura paternal. Quizás… debía saber que no solo estaba yo, que había alguien más que la amaría y protegería hasta el final de sus días. Que nadie la abandonó, sino que el destino le arrebató ese vínculo con crueldad. Que su padre estaba más cerca de lo que pensaba.

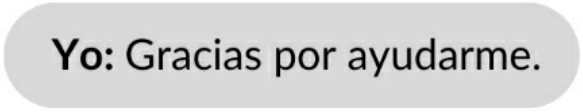
Pero… tan solo recordar el beso, hacía tambalearse todas mis convicciones. ¿Qué pasaría con nosotros si Andrew descubría que Leah era su hija? No estaba preparada para saberlo. Los sentimientos se empeñaban en salir, rasgando mis entrañas por ser liberados. Me juré que jamás los dejaría emerger. Me juré que no permitiría a Andrew entrar en mi vida, ni conocer a mi hija. Me juré que no volvería a amarle, y sin embargo…

Mierda, estaba delirando.

Me levanté, le eché un último vistazo a Leah, y salí de la habitación. Decidí darme una ducha rápida, pues no tenía energía para otra cosa, moría por meterme en la cama. Una vez limpia y despejada, me fui a mi cuarto. Mi móvil se iluminó sobre la mesita de noche. Lo cogí para ver que era un mensaje de Andrew. El pulso se me aceleró.



Lo había hecho después de la ducha. Sonreí un poco. Solo un poquito. Él siempre tan mandón. Me quedé pensando en la locura que había ocurrido. Sentí como si me estrujaran el corazón.



Su respuesta tardaba, de modo que me tumbé en la cama y cerré los ojos. Las escenas de aquella noche se repitieron una y otra vez en mi mente. El miedo, las manos de Frank sujetándome, la ira en los ojos de Andrew. El sonido de cristales al romperse. Las sirenas. Sus labios.

Fue un error.

Estábamos cegados por la tensión del momento, por la adrenalina. La necesidad de sentirme protegida me perturbó los sentidos. Nos hizo cometer algo estúpido. Algo que no debía repetirse. Tenía que asegurarme de que así era, de que Andrew lo entendía.

La respuesta llegó.

Andrew: Siempre podrás contar conmigo, mariposa.



CAPÍTULO 24

VÍNCULO

Contemplé la entrada de la librería con pesar. El cordón policial todavía cubría de un lado a otro la puerta con los cristales hechos añicos. Mi pobre negocio. Eran las ocho de la mañana y había venido para poner orden, o al menos intentarlo. Levanté el cordón para pasar por debajo y crucé el umbral pisando con un crujido los trozos de cristales y los pétalos azules que se esparcían por el suelo. Una vez dentro encendí las luces. La sensación extraña que me recorrió el cuerpo al mirar el escenario me puso la piel de gallina.

Suspiré y me dirigí al mostrador dándome ánimos mentalmente a mí misma. Tomé asiento y lo primero que hice fue llamar a un profesional para que viniera a arreglar los cristales de la puerta, por suerte esas cosas las cubría el seguro. Antes de que me diera tiempo a hacer nada más un torbellino llamado Elia hizo acto de presencia.

—Putos cristales. —Se quejó, moviendo los pies con cuidado sobre ellos. Alzó la cabeza y me vio—. ¡Megan! Gracias a dios que estás viva.

—Has hablado conmigo hace un rato —le recordé.

La había llamado a primera hora para contarle todo lo sucedido la noche anterior. No cabía en si de la sorpresa y más todavía cuando le expliqué lo que oculté a la policía sobre la actuación de Andrew. Eso sí, el beso me lo callé.

—Contigo nunca se sabe, amiga mía, me doy la vuelta y te pasa de todo.

Elia caminó alrededor del mostrador y colocó el bolso sobre este. Dejó escapar un suspiro dramático.

—Ni que me lo hubiera buscado yo —repliqué fingiendo estar ofendida.

—Hombre, a ver, es tu culpa por ser tan irresistible que hasta los clientes se obsesionan. Te llevas al repartidor —comenzó a enumerar con sus dedos—, al mafioso sexi, perdón, exmafioso sexi, ahora a los clientes… Deja algo para los demás, ¿no?

Me eché a reír. Elia era ese tipo de amiga que te hacía gracia cuando querías estar triste o enfadada y no podías evitar sonreír.

—Vale, a la otra te quedas tú con el acosador loco.

Ella esbozó un mohín con los labios.

—Solo si está bueno. —Me guiñó un ojo y yo negué con la cabeza—. Todavía no me creo que fuera Frank, con lo amable que parecía. No te puedes fiar de nadie. Y a ti ya te vale no contarme que te estaba siguiendo alguien.

—No quería preocupar a nadie.

—Claro es mejor que el tipo venga a por ti y la líe de esta manera. Eso nos preocupa menos.

Rodé los ojos con una pequeña sonrisa. Entendía su regañina, siempre me guardaba todo para mí y era algo que debería remediar. Sin embargo, llegado el momento no podía. Ni siquiera se lo había contado a Alice y menos todavía a mi madre; estaba segura de que se volvería loca y cogería un avión para venir a comprobar que tenía todas las extremidades y órganos en su sitio.

—Lo siento.

—Menos mal que vino tu príncipe azul en su caballo blanco y te salvó.

—No me salvó, solo me ayudó. Y no es mi príncipe azul.

—Pues a mí un exnovio no me “ayuda” a escapar de un acosador entrando como Macgyver en la estancia —comentó divertida haciendo comillas con los dedos.

—Cállate ya y vamos a ordenar un poco este desastre.

Elia y yo nos dedicamos a recoger libros que había tirados por el suelo. Barrimos los cristales esparcidos, y yo fregué el suelo con una mueca de asco al pasar la fregona por la zona con la sangre seca de Frank después de la sucesión de puñetazos que le asestó Andrew. Ordené y limpié todo lo que pude. Ese día no iba a poder abrir, estaba claro, esperaba poder hacerlo al siguiente si habían solucionado lo de los ventanales.

A mediodía, agotada, dejé a Elia en la librería y me marché a recoger a Leah del colegio para comer juntas ya que a la tarde tenía que regresar al trabajo. La niña no se había enterado de nada y no tenía por qué. No solía nunca venir a la librería ya que se quedaba con Hayley, de modo que no había peligro de que descubriera el pastel. Las heridas de mis muñecas las había escondido con el jersey, pero no sabía si me pillaría en algún momento. Esperaba que no, porque no se me había ocurrido una excusa para eso. Suerte que Leah era pequeña y podía ocultarle este tipo de sucesos.

Comimos en casa mientras mi hija me contaba sus hazañas en el colegio, aunque no quiso

comer mucho. Más tarde, cuando ya había llegado Hayley para hacerse cargo de ella, volví a la librería. Estuve unas horas con papeleos y antes de las siete Hayley me llamó para decirme que Leah tenía fiebre. Decidí marcharme y cerrar la librería antes de tiempo. Cuando llegué a casa, mi niñera estaba con mi hija en su habitación, poniéndole paños húmedos en la frente. Me acuclillé a su lado y le aparté el pelo sudado de la cara. Estaba pálida, su pechito se movía arriba y abajo agitado.

—Hola, cielo, mamá está aquí. —Me giré hacia Hayley—. ¿Cuánta fiebre tiene?

—Hace media hora tenía 38.5°C.

Cogí el termómetro de la mesita de noche y se lo metí en la boca a Leah. Pitó unos segundos más después marcando 39°C. Le estaba subiendo rápido.

—Puedes irte a casa, Hayley, no te preocupes, ya me ocupo yo. Gracias por llamarme.

Mi niñera asintió algo compungida, me pidió que la mantuviera al tanto del estado de mi hija y se marchó del apartamento. Me quité la chaqueta, la dejé en la butaca cercana y me senté al lado de Leah. Si no conseguía bajarle la fiebre sería peligroso y debería llevarla al hospital. Mojé de nuevo el paño con agua fría, además de otros dos que le puse en la frente y muñecas respectivamente. Todavía no podía darle medicina otra vez, de modo que había que esperar que esto fuera suficiente.

—Mami…

—Dime, cariño.

—Me duele la cabeza. Y… y el cuerpo…

—Lo sé, mi amor, es porque tienes fiebre, pero enseguida te hará efecto la medicina y te sentirás mejor.

—Vale…

Se me encogió el corazón de verla tan débil y escuchar su vocecita sin fuerzas. Leah no era propensa a ponerse enferma, pero cuando comenzaba el frío solía constiparse o pillar algún virus en el colegio. Escribí por el grupo de mamás de su clase para comentarlo y un par dijeron que sus hijos estaban iguales, que seguramente se habían pegado una gripe. Maldije para mis adentros. Avisé a la profesora y le dije que Leah no iría al día siguiente.

Entonces Andrew empezó a llamarme. Me quedé mirando su nombre en la pantalla sin cogerlo con una sensación extraña en el pecho. Ahora no era el momento. Dejé escapar un suspiro cuando paró de sonar y me centré en mi hija.

Media hora más tarde volví a tomarle la temperatura y la preocupación subió a mi estómago al ver que tenía casi 40°C de fiebre. Me levanté de la cama, abrí su armario y saqué unas zapatillas cómodas y un abrigo; regresé a la cama e intenté alzarla sin que se despertara, pero ella gimoteó.

—Leah, cariño, vamos a ver al médico para que te cure, ¿vale? Deja que te ponga las

zapatillas.

La niña, medio en trance, permitió que se las pusiera, también el abrigo; era como una muñeca de trapo. Me puse mi chaqueta, la cogí en brazos y me dispuse a salir de casa. Cuando llegamos abajo con el ascensor todo el cuerpo se me puso en tensión al ver a Andrew entrar al edificio. Su rostro ya de por si nublado de inquietud se transformó en genuina preocupación al mirarme.

—¿Qué…? —titubeé.

—¿A dónde vas? ¿Qué le pasa a Leah? —me cortó.

Parpadeé para ubicarme.

—¿Por qué estás aquí?

Él se acercó despacio.

—No respondías al teléfono y estaba preocupado.

Separé los labios, pero no pude responder con la verdad. Recoloqué a mi hija adormilada en los brazos.

—Leah está enferma, tiene mucha fiebre. Voy al hospital ahora mismo.

—Te llevo —dijo con decisión.

—Tengo coche, puedo hacerlo yo.

Andrew acortó la distancia de dos pasos que le separaban de nosotras y miró con cierto desasosiego a Leah. Después alzó los ojos hasta los míos. Intenté mantener la compostura. No nos habíamos vuelto a ver desde ese puñetero beso. Y encima en el peor momento posible, como siempre.

—Es mejor que no la pierdas de vista, quédate detrás con ella y yo conduciré.

Pensé con rapidez una excusa que darle para evitar lo que me proponía, pero no se me ocurrió ninguna. Él tenía razón. No quería quitar los ojos de encima de mi hija ni un segundo. Cerré los párpados un instante para terminar asintiendo. Andrew se dio la vuelta y le seguimos fuera del edificio.

Mi coche estaba aparcado en la acera de enfrente. Abrí la puerta del pasajero y me deslicé dentro del asiento con Leah aún en mis brazos. La coloqué en la sillita y la aseguré con el cinturón, luego hice lo mismo con el mío. Andrew se subió frente al volante y arrancó el motor. Durante el trayecto al hospital más cercano nos mantuvimos en silencio. Un silencio que nadaba entre la preocupación, la incomodidad y el estrés.

Al llegar al hospital, Andrew estacionó el coche en el *parking* de urgencias y acto seguido bajó del vehículo para ir hacia mi puerta. Me la abrió y yo salí como pude con Leah en brazos. Una vez fuera, él tendió los brazos como si se ofreciese a llevar a la niña. Negué con la cabeza, pero lo cierto era que los bíceps me temblaban. Leah no pesaba demasiado para su edad, aunque sí lo suficiente para cansarte bastante.

—Deja que la lleve, estás agotada —se ofreció.

—Tranquilo, me apaño. Ya me has hecho el favor de traernos, así que deberías irte.

—Me quedo y después os llevaré de vuelta a casa.

—Pero…

Su mirada hizo que me callara. No iba a convencerle de que se marchara, de modo que respiré hondo y accedí. Le pasé a Leah con cuidado de no molestarla. Andrew la sostuvo entre sus brazos y ella no tardó, en su seminconsciencia, en acurrucarse en su pecho y rodear su cuello con las manitas. El pecho se me apretó de una forma que nunca había sentido. Una tristeza y nostalgia abrasadoras. Le puse la mano en la frente a mi hija, estaba ardiendo. Aparté el pelo sudado de su cara y ambos caminamos hacia la entrada de urgencias.

En el mostrador expliqué lo que le ocurría a mi hija y nos hicieron esperar en una sala. Solo había un par de niños más, uno de un par de años que no dejaba de llorar y otro más mayor que, al parecer, se había caído y roto un brazo. Leah seguía sobre los brazos de su padre, se había dormido y ni siquiera se percató de donde estaba o con quién. Sin embargo, no sintió rechazo, se vio a gusto y segura con Andrew.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó él.

—Según mi niñera ha empezado a encontrarse mal poco después de que la dejara con ella al terminar de comer, le ha subido la fiebre y la ha tumbado en la cama, pero le aumentaba demasiado rápido, así que me ha llamado como a las siete.

—No puede seguir mucho más con una fiebre tan alta, podría tener daños cerebrales. Voy a hablar con la enfermera…

Hizo ademán de levantarse y yo le retuve por la muñeca. Lo miré a los ojos.

—¿Hablar o amenazar?

Andrew me observó sin decir nada, lo cual me respondió bastante. No necesitaba que formara una escenita en un momento como aquel.

—Mejor esperemos.

Él apretó la mandíbula y Leah se retorció con unos gemidos lastimeros en su regazo. Le acaricié el pelo mientras siseaba para calmarla.

Unos minutos después nos llamaron, por suerte. Quise cogerla y entrar a solas con ella, pero Andrew no me la cedió, de modo que fuimos los tres. Revisaron a la niña, le sacaron sangre y tomaron la temperatura, que estaba casi en 41°C, lo que me asustó mucho.

—No se preocupen, su hija estará bien. Es una gripe, le pondremos medicación para bajar la fiebre lo más rápido posible, pero se quedará esta noche en observación —explicó la doctora que nos atendió intentando tranquilizarnos—. Le haremos una placa para descartar cualquier otro problema, pueden quedarse con ella mientras tanto.

Asentí y la doctora abandonó la sala. Suspiré profundamente para luego tomar asiento en la

silla al lado de la camilla donde se encontraba Leah. Ella parecía estar más sosegada, ya no respiraba tan agitada y sus latidos, los cuales veía en la máquina que tenía conectada, iban descendiendo. Le cogí la manita para besarla.

—Tranquila, se pondrá bien —me animó Andrew apretándome el hombro con cariño—. Es una niña fuerte.

Solo moví la cabeza en señal afirmativa. Sabía que lo haría, pero ver a mi bebé en ese estado me angustiaba como ninguna otra cosa podía hacerlo. Deposité su manita de nuevo sobre la cama, aunque no la solté.

—Va a estar aquí toda la noche, no hace falta que estemos los dos sin dormir, tú puedes marcharte y volver por la mañana —dije.

Alcé la vista para ver cómo el ceño de Andrew se fruncía un poco.

—Deja de pedirme que me vaya porque no voy a hacerlo —repuso con firmeza.

Se quitó la chaqueta, la dejó en el respaldo de la silla del otro lado de la camilla y tomó asiento. Comenzó a doblar hacia arriba los puños de su camisa negra para arremangársela como si estuviera poniéndose cómodo. Entorné los ojos en su dirección.

—Esto no tiene nada que ver contigo, ¿por qué te empeñas?

—Porque es tu hija.

—Exacto, es mi hija, no la tuya —mentí.

No sé por qué dije eso, quizás quería descubrir la reacción de Andrew. Él me mantuvo la mirada.

—Eso no importa. Tu sangre corre por sus venas, ella es lo más valioso que tienes y, por tanto, también es valiosa para mí. No necesito que lo entiendas, solo que me permitas ayudaros.

Pestañeé despacio asimilando sus palabras con un nudo en la garganta.

Contra todas mis convicciones, lo entendía. Y lo respetaba como él no podría hacerse una idea nunca. Porque no sabía la verdad. Quizás esa preocupación que lo embargaba se debiera al vínculo de sangre que los unía, como bien había señalado. Su sangre también corría por las venas de Leah. Sentí el impulso de decirlo. De contárselo de una vez por todas; pero tan solo de imaginarlo, el estómago se me revolvió y el corazón empezó a latirme desbocado. Apreté los labios. No fui capaz de ser sincera.

—Está bien —respondí.

Nos quedamos unos minutos en silencio. Un silencio entorpecido por los sonidos del hospital y el pitido de la máquina conectada a Leah.

—¿Por qué no has contestado a mis llamadas? —preguntó Andrew.

Le eché un vistazo, estaba con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándome como si intentara descifrarme. Tenía tantas cosas rondando mi mente, un amasijo de sentimientos contradictorios por culpa de todo lo que había pasado últimamente con Andrew. El estómago se

me tensó tan solo de pensar en sacar el tema, y la verdad era que no era el lugar ni el momento más adecuado…

—Estaba ocupada.

—Ya… —murmuró—. ¿Has sabido algo de tu cliente?

—Se quedará en prisión preventiva.

—¿La policía creyó tu declaración?

Tapé un poco con la manta a Leah al ver que se removía en la camilla.

—Sí, estás a salvo, tranquilo.

—Sabes que no lo digo por eso. No quiero que tengas ningún problema legal.

—Pues no te preocupes, estoy limpia y lo seguiré estando.

Andrew dejó escapar un ligero suspiro.

—Me hago una idea de porqué estás así.

El corazón se me aceleró. No estaba preparada para hablar sobre lo que estaba intentando sacar a relucir, pero cuando estaba a punto de pedirle que no lo hiciera, apareció una enfermera y me libró de mi diatriba.

—Disculpen, vengo a llevarme a la nena a Rayos X.

Me levanté de mi asiento.

—Sí, por supuesto.

La enfermera cogió la camilla de Leah y yo le acaricié la cabeza con cariño antes de que se la llevara. Nos quedamos a solas. Y eso me incomodaba, de modo que pensé en una manera de escapar y se me ocurrió ir a por un café. No había cenado ni tomado nada en horas y necesitaba cafeína para estar despierta si iba a estar toda la noche en el hospital con Leah. Me giré hacia Andrew.

—Voy a por un café… ¿quieres uno?

Él asintió.

—Sin azúcar, por favor.

Le gustaba lo amargo, como no. Hice un asentimiento de cabeza como respuesta y salí de la sala. Una vez fuera aproveché para ir al baño, luego me aproximé a la máquina de café en la que había varias personas esperando turno.

Intenté reordenar mis sentimientos. La situación era surrealista. Últimamente solo me pasaban cosas surrealistas. Leah enferma, Andrew con nosotras en el hospital, cargándola como si lo hubiera hecho siempre… Y todavía no habíamos podido hablar del dichoso beso que no debía repetirse. Me dejé llevar. Demasiado. Teníamos que olvidarlo, necesitaba que él lo tuviera tan claro como yo.

Cuando me tocó compré dos cafés bien cargados y con ellos en las manos me dirigí a la sala de la que había venido. Iba pensando que esperaba que mi hija no se despertara antes de que yo

llegara porque se iba a llevar el susto de su vida si se veía a solas con Andrew; aunque no parecía darle miedo teniendo en cuenta la última interacción que tuvieron. Caminé hasta la sala de nuevo y al entrar, casi se me caen los vasos.

Andrew estaba sentado al lado de la camilla, Leah estaba despierta y escuchando atentamente el cuento que su padre le contaba. Lo estaba leyendo de su móvil. Era El Rey León.

—Mientras bajaban de la roca del Rey, Mufasa dijo: Simba, todo lo que ves convive en un equilibrio delicado. Como rey, tendrás que comprender ese equilibrio y respetar a todas las criaturas, porque todos estamos dentro del círculo de la vida.

La voz de Andrew era perfecta para narrar, grave y firme, poniendo el tono adecuado a cada momento y personaje de la historia. Permanecí mirando la escena embobada hasta que la niña me vio.

—Mami.

Volví a la realidad para mirarla. Me acerqué con sigilo y le di su café a Andrew, quien lo cogió con su mano libre.

—Gracias.

—Te has despertado muy pronto, cariño. ¿Cómo te encuentras? —le pregunté a Leah acariciándole el rostro. Ya no estaba ardiendo, lo cual me alivió bastante.

—Mejor. Aún me duele la cabeza.

—Es normal, mi amor. Tendrás que quedarte esta noche para que los médicos se aseguren de que no te vuelves a poner malita, ¿vale? Mamá estará aquí contigo.

—¿Y él? —señaló a Andrew con su dedito.

El susodicho me miró. Carraspeé un poco.

—Si tú quieres también puede quedarse.

Leah asintió con la escasa energía que tenía. Le dediqué una pequeña sonrisa y ella dirigió la vista a su padre para instarle a seguir leyendo. Con una expresión algo divertida, Andrew procedió a continuar su relato.

Me senté en la silla del otro lado y bebí mi café mientras los observaba. Debía estar en un sueño. En una realidad paralela. No me creía lo que estaba viendo. Y que a Andrew se le diera tan jodidamente bien tratar con Leah. Más todavía que ella lo aceptase sin problemas.

—Skar es muy malo, le quitó a Simba a su papá —dijo la niña con tono triste después de escuchar la muerte de Mufasa.

Por algún motivo, sus palabras me estrujaron el corazón. El pensamiento de que a lo mejor yo era tan mala como Skar me hizo notar amargo el café.

—Skar quería ser el rey a cualquier precio —explicó Andrew con suavidad—, pero lo que no sabía era que nunca tendría el respeto del resto de animales, porque no les generaba confianza. Y la confianza es un bien escaso.

Sus ojos verdes se dirigieron a mí durante un par de segundos que me abrasaron el alma. Eso fue lo que le dije el día que le conocí, en su mansión. ¿No había olvidado nada?

—Pero Simba sí —señaló Leah.

—Exacto, su padre le enseñó buenos valores. Y aunque no estuviera con él, siempre le guiaría en sus recuerdos.

Se me humedecieron los ojos, por lo que aparté el rostro para que no se dieran cuenta. Joder, ¿por qué debía tener todo paralelismos con su relación? Que acabase ya la maldita historia.

Unos minutos después, por fin, Andrew finalizó el cuento. Leah estaba de nuevo adormilada, sus ojitos se cerraban poco a poco. Seguramente era por los analgésicos. Me incliné para darle un beso en la frente, aún estaba caliente, pero mucho menos.

—Duerme un poco más, cielo.

Leah nos miró por última vez antes de cerrar sus párpados y dejarse llevar por la inconsciencia. Tomé asiento con un suspiro. Eché un vistazo a Andrew, quién bloqueo su teléfono y lo guardó en el bolsillo de su pantalón.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Mientras estabas fuera la han traído en la camilla ya despierta, se ha asustado un poco al ver que no estabas, pero la he tranquilizado diciéndole que habías salido un momento y que yo estaba aquí para cuidarla. —Esbozó una pequeña sonrisa—. Ella ha respondido que vale, y que si podía leerle un cuento.

—¿No ha preguntado por qué estabas aquí?

Andrew negó con la cabeza.

—No ha parecido importarle. Más bien se la veía contenta.

—Ya…

Increíble. Leah había aceptado la presencia de su padre sin ningún problema, como si fuera algo súper normal. Como si se sintiera segura a su lado.

Me recoloqué en mi sitio con el corazón inquieto.

—Gracias por atenderla —murmuré.

—Lo he hecho con gusto.

Mordí mi labio inferior mientras él me miraba sin decir nada. Odiaba el hecho de que me gustara su faceta de padre. Odiaba desear que se quedara. Odiaba estar recordando el beso que nos dimos en una situación como aquella. Le odiaba a él por regresar a mi vida y poner mis sentimientos patas arriba.

Andrew apartó la vista de pronto, se levantó de la silla y carraspeó.

—Salgo un minuto a fumar, ¿vale?

Asentí, un poco nerviosa. Andrew sacó un cigarro y el encendedor de la chaqueta que colgaba de la silla y caminó fuera de la sala. Solté el aire por la boca cuando despareció por la

puerta.

Iba a ser una noche muy larga.



CAPÍTULO 25

FUTURO

Andrew y yo permanecimos sentados uno a cada lado de la camilla de Leah. Él había vuelto de fumar hacía unos minutos, pero apenas nos dirigimos la palabra. Me reacomodé en mi silla, estaba cansada, la verdad, serían más de las once y el cuerpo ya me pedía descansar. Se me escapó un bostezo que tapé con la mano.

—Duerme un rato, yo la vigilaré —ofreció de pronto Andrew.

Le miré mientras me bajaba las mangas del fino jersey que llevaba hasta esconder mis manos. Qué frío hacía en ese dichoso hospital.

—Tranquilo, estoy bien, puedo aguantar.

—Como bien has dicho antes, no hace falta que estemos los dos sin dormir. Cierra los ojos un poco.

Rodé los ojos. Siempre tan mandón. Me rodeé el cuerpo con los brazos mientras intentaba encontrar una postura cómoda. Andrew no perdió detalle de mis movimientos, sentado al otro lado de la cama con una pierna sobre la otra y expresión neutra. Un tironcito afloró en mi estómago al sentirme observada por él. Cada vez que le miraba, recordaba el beso. Y eso no podía ser.

—Entonces duerme tú —dije.

—No tengo sueño. Ya me conoces.

—¿Sigues teniendo insomnio?

No sabía por qué había preguntado eso, pero quería saberlo.

Andrew se pasó los dedos por el mentón sin apartar la vista de mí.

—Sí.

—¿En la cárcel tampoco dormías?

—No mucho. La mayoría de las noches no era el insomnio el que me lo impedía, tenía que estar alerta por si alguien quería clavarme un trozo de cristal en el cuello mientras dormía.

Eché un vistazo a Leah, seguía en el mundo de los sueños sin enterarse de nada. Menos mal.

—Suena estresante… —murmuré.

—La verdad es que solo era capaz de dormir cuando estaba contigo. Así que desde hace años se ha vuelto algo casi imposible.

Alcé la mirada hacia Andrew. Lo sabía, él me lo dijo en su día, que el insomnio desaparecía cuando estaba a mi lado, y pude comprobarlo por mí misma. Sin embargo, escucharlo fue un tanto abrumador. No quería ser su maldito somnífero… pero, al mismo tiempo, me hacía sentir especial de algún modo retorcido.

—Nunca lo entendí.

Fue el turno de Andrew de otear a su hija.

—Cuando estás con la persona a la que quieres, se reduce el estrés y te sientes relajado. Con esa sensación de seguridad es más fácil dormirse.

Permanecí en silencio. Tenía razón, había escuchado algo al respecto en alguna ocasión. Se dormía porque me quería. Porque se relajaba a mi lado. Me dijo algo parecido en mi casa, que conmigo se sentía en paz. ¿Y yo? ¿Qué sentía estando con él? Cuando me abrazó en la librería después de lo de Frank, fue justo así. La sensación de seguridad, el estar en el lugar correcto, los problemas que se esfumaban estando entre sus brazos… Algo debió de estropearse en mi cerebro para que se me nublara la mente y acabara respondiéndole al beso. Sí, eso era.

Volví a bostezar y coloqué el codo en el reposabrazos para sujetar mi cabeza con la mano. Estaba cada vez más cansada.

—Me parece que… vas a tener que seguir sin dormir.

Balbuceé estas palabras sin darme cuenta. Escuché una risa baja de Andrew, pero ya tenía los ojos cerrados y no sabía ni en qué momento había dejado caer los párpados. Me acurruqué en la silla para darme calor y la negrura me engulló.

Me desperté algo sobresaltada, miré alrededor y vi a Leah durmiendo todavía en la cama, tan tranquila. Fui a levantarme para tocarle la frente y ver si seguía teniendo fiebre, y entonces se resbaló una prenda de mis hombros hacia mi regazo. Era la chaqueta de Andrew. Me la había debido de poner mientras dormía. Olía a él. A ese perfume masculino que parecía no haber cambiado en tanto tiempo. Tragué saliva para lubricar mi garganta reseca, y Andrew levantó la vista de su móvil.

—Qué pronto has despertado.

—¿Cuánto he dormido?

—Apenas un par de horas.

Aparté la chaqueta a un lado y me alcé de mi asiento para acercarme a mi hija. Le posé una mano sobre la frente y comprobé que ya no estaba apenas caliente. La medicina estaba haciendo efecto, por suerte. Le di un beso en la sien, luego regresé a la silla.

—La fiebre ha bajado —le comuniqué a Andrew.

—Sí, tiene mejor color de cara.

Nos quedamos callados unos minutos, hasta que él se guardó el teléfono en el bolsillo y me miró.

—¿Quieres salir a por otro café? Todavía nos quedan varias horas aquí y la niña está vigilada por las enfermeras.

Solté un largo suspiro, y, aunque prefería no separarme ni un segundo de mi hija, sabía que él tenía razón y era solo mi paranoia de madre acechando.

Asentí con la cabeza pues deseaba ese café con todo mi ser, y también estirar las piernas. Ambos nos levantamos de esas sillas infernales y yo noté todo el cuerpo agarrotado después de haber dormido en ella. Caminamos hacia la máquina y mientras salía el segundo café sin azúcar para Andrew, el móvil le empezó a sonar. Se lo sacó del bolsillo y al ver la pantalla chasqueó la lengua. Le atisbé con curiosidad. ¿Quién sería?

—Es una videollamada, perdona un momento.

Se apartó un poco y descolgó. Escuché la voz de una mujer y un extraño y desagradable nudo se creó en mi estómago. ¿Por qué me ponía así porque le llamase una mujer? Nosotros no éramos nada. Ni íbamos a serlo. Él podía… irse con quién quisiera.

—Te he dicho antes que estaba ocupado —decía Andrew—. No es un buen momento.

La mujer dijo algo que no pude entender a la distancia a la que estaba. Pero su voz… me resultaba familiar. Muy familiar. Bebí de mi café, aunque aún ardía.

—Sí, estoy con ella… —siguió Andrew. ¿Ella? ¿Se refería a mí? ¿A Leah? ¿Qué estaba pasando? —Hablaremos mañana, ¿de acuerdo?... Dudo que quiera… Ya sabes que la situación es complicada… Rose…

Rose.

No me jodas.

Me acerqué a Andrew, él se giró y pude ver la pantalla del móvil. Rose estaba al otro lado de la videollamada. Estaba igual. Con su cabello castaño y brillante cayendo sobre sus hombros, su rostro de perfecta simetría, aunque con un aspecto menos juvenil, ya no era una cría, era una mujer. Una mujer preciosa. Al verme pegó un alarido y acto seguido se tapó la boca con las dos manos, emocionada. Andrew dejó escapar un suspiro derrotado.

—¡Megan! ¡Dios mío, eres tú! ¡Madre mía! —comenzó a gritar Rose a través del móvil.

Me quedé de piedra. La miré sin saber qué decir, aturdida por encontrarme con su imagen después de tanto tiempo. Ella parecía muy contenta de verme a mí, pero yo no sabía qué sentir. En mi pecho afloró una inusual añoranza que hizo que me escocieran los ojos.

—Hola —fue todo lo que salió de mi boca.

—Megan, no me lo puedo creer, pensé que nunca volvería a verte.

—Ni yo, la verdad…

—¡Josh! ¡Ven aquí! ¡Date prisa! —exclamó mirando hacia atrás.

El corazón se me paró un segundo al escuchar ese nombre, y comenzó a latir con fuerza cuando vi cómo Josh se acercaba por detrás de su mujer o novia, ni siquiera sabía si se habían casado, y se inclinó para ver la pantalla. Al reconocerme, su expresión mutó de un rictus serio e incluso un tinte inquieto, a una lenta sonrisa ladina. Llevaba el pelo rubio miel más corto que la última vez que le vi, vestía una camisa azul claro y, al igual que Rose, ya no era un chico, era un hombre con todas las letras.

—Joder —soltó—. Megan Harrison en persona.

Separé los labios, pero no conseguí pronunciar palabra. Ver a las personas que se ganaron mi afecto en un tiempo récord, que tanto significaron para mí, y que la vida me arrebató de la forma más cruel y repentina, estaba siendo demasiado que asimilar.

—Estáis igual —se me ocurrió decir.

Rose se rio.

—Tú estás muy guapa. —Me dedicó una sonrisa con emoción contenida—. Te he echado mucho de menos.

El pecho se me encogió. Bajé la mirada un momento.

Andrew guardaba silencio a mi lado, dándome el espacio para hablar con ellos y decir lo que quisiera. Y si era sincera conmigo misma, lo cierto era que…

—Yo también —murmuré.

Rose me sonrió más, con los ojos llenos de lágrimas.

—Cuidado, no la hagas llorar que está excesivamente sensible —advirtió Josh con un tono jocoso. Su novia le echó una mirada asesina—. Tiene las hormonas revolucionadas y no hay quién la aguante.

—Cuando te pongas a crear tú un bebé en tu interior tendrás el derecho de quejarte, mientras tanto te fastidias.

Se me escapó una risita. Miré de reojo a Andrew, que me estaba observando con una pequeña sonrisa. Ay, Dios, no debía de estar haciendo esto, no debería de hablar con ellos, no debería estrechar lazos así.

Y, sin embargo, quería hacerlo. Me había preguntado demasiadas veces en estos cinco años qué habría sido de Rose y Josh, dónde estarían, cómo estarían. De modo que, tenerlos delante,

aunque fuera a través de una videollamada, me hacía feliz. Me aliviaba ver que continuaban siendo los mismos. Ellos seguían discutiendo sobre sus papeles en el embarazo y lanzándose los cacharros a la cabeza.

—Calla y déjame hablar con Megan —exigió Rose a su novio. Él rodó los ojos—. Cuéntame, ¿cómo estás? Andrew me ha dicho que estaba en el hospital contigo por tu hija, ¿se encuentra mejor?

Que supiera incluso que tenía una hija me produjo un cortocircuito. De nuevo me giré hacia Andrew, él tan solo encogió un hombro. Bocazas.

—Sí, está… está mejor. ¿Y tú cómo lo llevas? Enhorabuena por el embarazo, por cierto.

—¡Gracias! Bueno, voy a días. —Se levantó para enseñarme el ligero abultamiento de su barriga y la acarició despacio con cariño—. Este bichito me hace tener muchas náuseas.

—Es normal —respondí—. Se te pasarán pronto.

Ver su estado me recordó a mi embarazo. Ese por el que tuve que pasar sola, triste y asustada, pero que también llenó poco a poco de luz mi oscura vida. Sería bonito poder compartir esa experiencia con Rose si las cosas no hubieran sucedido como lo hicieron. Si todo lo que rodeaba nuestra historia no fuera tan jodido.

—Tenemos que colgar y volver con la niña —dijo Andrew. Yo asentí y Rose y Josh estuvieron de acuerdo.

—Claro. Espero que podamos volver a hablar un día de estos —dijo Rose con una tristeza mal escondida.

Me mordí el labio inferior tratando de controlar mis emociones. Si por mí fuera, hablaríamos cada día, durante horas, le preguntaría mil cosas, pero no era posible.

—Vale… —respondí sin más.

—Siento todo lo que pasó, Megan —mencionó de pronto Rose con semblante serio—. Me imagino lo duro que tuvo que ser para ti. Tuvimos que marcharnos y ni siquiera me pude despedir de ti, pero a lo largo de estos años no te he olvidado. Solo… quería decírtelo.

Observé su imagen algo pixelada mientras los ojos se me humedecían sin que pudiera evitarlo. Asentí con la cabeza, incapaz de contestar en ese momento. Josh rodeó con su brazo los hombros de su novia para reconfortarla pues era evidente que estaba emocionada. Al igual que yo, y lo que más me frustró fue el deseo que me embargó de que Andrew me abrazara para paliar mi pesar.

—Me alegro de haberte visto, Megan —añadió Josh estirando las comisuras de su boca—. Cuídate, ¿ok? Hasta otra.

—Os llamo mañana —aseguró Andrew.

Me despedí de ellos a duras penas y Andrew colgó la llamada. Se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón, luego dirigió sus ojos a los míos. Aparté el rostro pues sabía que se daría

cuenta de mi estado de ánimo por las lágrimas reprimidas que estaban a punto de derramarse, pero él me sujetó con delicadeza el mentón para conseguir que lo mirara. Lo hice a regañadientes. Su intensa mirada conectó con la mía y un estremecimiento recorrió mi columna cuando su pulgar rozó mi mejilla despacio.

Estaba cerca, demasiado cerca. Si me alzaba sobre los talones podría tocar sus labios. Mierda. No. No podía ni siquiera imaginar tocar sus malditos labios. Pero es que… era tan tentador como el canto de una sirena.

El estómago se me tensó al ver que sus pupilas se arrastraban hacia mi boca. ¿Estaría él pensando lo mismo? ¿Estaría recordando el beso que nos dimos? ¿Ese instante mágico que nos hizo olvidar quienes éramos?

Cerré los ojos, abrumada. Por mucho que me apeteciera repetirlo, tenía que ser fuerte. Tenía que mantenerme firme. De modo que, viré el rostro para separarme de sus dedos, luego le miré a los ojos e intenté infundirme el valor de decir algo al respecto. De explicarle que no debía volver a pasar nada entre nosotros, que lo del otro día fue un error.

Di una trémula bocanada de aire, Andrew me contemplaba en silencio, como si estuviera esperando el golpe, pero no pude.

Joder, me fue imposible soltarlo.

Pensé en Leah y en que debía regresar con ella ya. Me centraría en eso, no necesitaba distracciones de otro tipo ahora mismo. Andrew, que había dejado caer el brazo, metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Lo siento por la llamada. Supongo que no era el momento adecuado —dijo.

Negué con la cabeza.

—No importa, me ha… bueno, me ha gustado hablar con ellos, la verdad —respondí cruzando los brazos para escudarme del despliegue de sentimientos que tenía enredados.

—Rose pregunta mucho por ti.

—Les contaste que tengo una hija.

Él desvió la mirada.

—Sí, cuando me enteré.

Mordisqueé el interior de mi mejilla con una mezcla de inquietud, vergüenza y emoción contenida dentro de mí. Quizás era normal, eran su familia, aunque estuvieran separados, mantenían el contacto y si yo hubiera estado en su lugar tampoco me lo habría podido guardar. Solo me preocupaba que alguien más le abriera los ojos a Andrew, que se dieran cuenta de que esa niña era probable que fuera su hija.

—En fin, volvamos —murmuré.

Regresamos junto a Leah, que seguía plácidamente dormida. Su frente estaba casi tibia, lo que me alivió bastante. El gotero de la medicación se había terminado, así que llamé a una

enfermera y esta se lo cambió por otro. Agotada tanto de forma física como mental, me senté de nuevo en esa horrible silla y nos quedamos un buen rato sin decir nada. Oteé a Andrew. Él estaba mirando a Leah. Una pregunta que me había rondado durante mucho tiempo empezó a danzar por mi cabeza y a amontonarse en mi lengua, hasta que decidí escupirla.

—¿Tú quieres tener hijos? —pregunté.

Andrew movió la mirada de la niña a mí. Distinguí una pizca de sorpresa en su expresión, pero fue sustituida por un sentimiento más sombrío.

—Siempre creí que con la vida que llevaba no podría ser la figura paterna que me gustaría —empezó a explicar con un tono apagado—. Asumía que mi padre me arreglaría un matrimonio que le beneficiara de alguna manera, y que me vería obligado a tener descendencia con esa mujer para continuar con el legado del negocio. Realmente nunca me planteé si de verdad quería tenerlos o no. Solo formaba parte de lo que tenía que hacer.

Que tu vida estuviera controlada y planificada casi desde tu nacimiento debía ser una mierda. Andrew se había sentido atrapado desde niño en esa espiral de delincuencia y como bien me confesó, nunca quiso tomar partido en ello. Su padre ya me advirtió del futuro que le esperaba el día que me amenazó para abandonarle. Pero ahora que todo había cambiado, que Stephen no estaba, que su mano ya no aferraba la correa, ¿qué pensaba?

—¿Y no has cambiado de opinión? —inquirí en voz baja para no despertar a Leah—. Tu padre murió, así que… ya no estás obligado a hacer todo eso.

Andrew se me quedó mirando y, por algún motivo, el destello en sus iris verdes hizo que se me acelerara el corazón.

—Lo hice cuando me enamoré de ti —confesó sin dejar de observarme de esa forma tan profunda—. Pensé en un futuro contigo, lejos de la mafia. Lo que te dije antes de que te fueras en aquel avión no era mentira. Habría huido a cualquier sitio con tal de estar juntos. Quería que nos casáramos y tener hijos algún día. Eras mi única razón para mandar todo lo que conocía a la mierda, porque lo que más deseaba era tener una vida tranquila y feliz a tu lado… Pero al final no salió como esperaba.

El nudo que se formó en mi garganta me apagó las cuerdas vocales durante unos segundos. Me dolía el pecho. Me arrepentía de haber preguntado. Joder, no tendría que haberlo hecho. No necesitaba saber que Andrew quería tener hijos conmigo, que ambos deseamos tener una vida juntos, y que nos fue arrebatada.

Dirigí mi vista a Leah, que dormía ajena a la dura conversación que estaban teniendo sus padres. Ajena a que su progenitor se encontraba tan solo a un paso de distancia.

¿Cuánto tiempo más podría guardar el secreto? Cada vez se resquebrajaba más mi determinación para ocultarlo. Quizás… Andrew merecía saber la verdad. Me sentía inmensamente cruel en ese momento. Si lo soltaba, ¿se aliviaría la presión de mi pecho?

¿Sentiría liberación?

A mí también me gustaría que se cumpliera ese deseo; que Andrew se alejara de la mafia y ser una familia normal. Pero ya no podíamos tener esa vida. Todo había cambiado, el tiempo había hecho estragos, el daño que nos causamos era imposible de borrar.

—Las cosas no suelen salir como esperamos —murmuré.

Andrew no respondió y el silencio volvió a envolvernos. El resto de la noche apenas hablamos. Yo me dormí otra vez durante un par de horas, y Andrew dio alguna cabezada. A las siete de la mañana la doctora apareció para comunicarnos que a Leah le había bajado la fiebre y había estado varias horas con una temperatura dentro de lo normal, así que podíamos irnos. Nos dio el alta y medicamentos para suministrarle en casa. Andrew condujo de vuelta a mi apartamento y yo saqué a Leah de su sillita para cogerla en brazos.

—Te lo aparcaré aquí al lado —me dijo—. Si necesitas cualquier cosa, llámame.

Asentí con un nervio incómodo en el pecho. La noche definitivamente había sido muy larga. Solo quería llegar a casa, acostar de nuevo a Leah y descansar.

—Vale, gracias.

Andrew me dio una última mirada antes de que me diera la vuelta con la niña. Escuché el coche alejarse.

Al día siguiente estaba mucho mejor, ya no tenía fiebre, pero continuaba con los síntomas de la gripe. Llamé al colegio para avisar de que no iría y también le pedí a Elia que se encargase de la librería esa mañana, por la tarde se quedaría Hayley con ella.

Después de comer mi hija estaba casi como siempre, de modo que me fui más tranquila al trabajo dejándola al cuidado de mi niñera. De camino no paraba de darle vueltas a lo mismo que no me había permitido pegar ojo en toda la noche. A la conversación que tuvimos Andrew y yo. A la videollamada con Rose y Josh. A mis sentimientos desbordándose. Necesitaba hablar con él. Ya estaba harta. Estaba muy cansada de guardármelo.

Se acabó.

Andrew debía saber que Leah era su hija.

Probablemente era uno de esos actos impulsivos y estúpidos que me caracterizaban y de los que me arrepentiría después, pero a la mierda.

Después de la jornada laboral, cerré como pude y anduve hasta mi coche. Conduje con cuidado, nerviosa, como cada vez que mi destino era el piso de Andrew. Y más todavía teniendo en cuenta lo que iba a confesarle. El corazón se me iba a salir del pecho de un momento a otro.

Al llegar al edificio, aparqué en la acera de enfrente y me quedé unos minutos en el coche intentando hacerme a la idea de enfrentarme a aquello. Reproduje mis palabras en la cabeza, las posibles contestaciones de Andrew… Aunque sabía que después nada sería como lo tenía pensado.

Inhalé, abrí la puerta y salí a la calle. Caminé hasta el apartamento, subí las escaleras, y una vez en su puerta, toqué con los nudillos. Pasaron los segundos y nadie abrió. Lo intenté un par de veces más, y al no obtener respuesta, deduje que no estaba allí.

Bajé las escaleras, entré en el coche de nuevo y llamé a Andrew, pero no lo cogió. ¿Dónde estaría? ¿En el trabajo? Rebusqué en mi bolso que estaba en el asiento del copiloto. Encontré la nota en la que me apuntó su número de teléfono y el taller en el que trabajaba. Arranqué el motor y me dirigí hasta allí.

El taller era pequeño, estaba abierto y solo veía un par de coches dentro desde la distancia. Caminé hasta el lugar, pero antes de alcanzar su interior unas voces llamaron mi atención. Pensé que Andrew estaría con unos clientes y no quería interrumpirlo, de modo que me quedé en la esquina. Eran dos hombres. Y Andrew. El pulso se me disparó al darme cuenta de que eran mafiosos. Se veía a leguas. Uno de ellos iba trajeado, era bastante alto, más incluso que Andrew, debería sobrepasar el metro noventa. Las facciones de su rostro eran angulosas y de pómulos marcados. El cabello azabache recogido hacia atrás le confería un aspecto más intimidante. El otro que le acompañaba era más corpulento y vestía todo de negro.

Estaban discutiendo. No entendía lo que decían, pero no me hacía falta para ver que la situación era peliaguda. El rostro de Andrew reflejaba enojo, su ceño fruncido y la mandíbula apretada. Iba vestido con un mono azul oscuro con las mangas arremangadas. Contestó de malas formas, y entonces uno de los hombres sacó su arma y se la puso en el pectoral.

Me tapé la boca, temblando de arriba abajo. Tenía que intervenir, tenía que hacer cualquier cosa para llamar su atención, pero mi cuerpo no se movía. Ante mi atónita mirada, Andrew alzó el mentón y me pareció entender que dijo «vamos, dispara».

Conseguí salir un poco de mi parálisis y estaba a punto de lanzarme fuera de mi escondite cuando el hombre trajeado levantó la mano para parar al que apuntaba a Andrew. A regañadientes, este bajó el arma y se la guardó. El que parecía el jefe intercambió unas palabras con Andrew a las cuales él asintió mientras lo miraba muy serio.

No. Otra vez no.

Otra vez esta mierda no.

Se dieron la vuelta y avanzaron hacia mi posición. Me puse alerta, pero no había lugar donde ocultarse. Procuré relajar mis hombros y actuar con normalidad. Los dos hombres pasaron por mi lado mientras el mafioso se encendía un cigarro y el otro le daba fuego. El cigarrillo se prendió en el mismo instante en que sus ojos negros como la noche se posaban en mí. Me miró con curiosidad y… sospecha. Pude sentir el peligro que emanaba ese hombre en todos los poros de mi piel.

Erguida, continué mi camino hacia delante. Tragué saliva, luchando por detener el frenético latido de mi corazón una vez cruzaron la esquina y los perdí de vista.

Me quedé quieta un instante, sopesando si debía irme. Se estaba repitiendo la historia. La ansiedad comenzó a trepar por mi garganta, asfixiándome. Intenté respirar hondo, apoyando la espalda en la pared para aguantarme debido a la perdida de fuerza que experimenté.

No podía enfrentarme a esto ahora.

No podía permitir que mi hija tuviera relación con alguien como Andrew.

Solo tenía claro que necesitaba salir de allí.

Retrocedí sobre mis pasos, volviendo al coche. Miré alrededor, pero por suerte no vi a nadie llamativo. Me metí en el asiento del conductor, arranqué el motor con garbo y me marché.



PARTE II

ALETEO



CAPÍTULO 26

LA MUERTE

El sonido de las campanillas con la entrada de Nate me hizo despegar la vista de las facturas que estaba repasando. Le sonreí como siempre. La mañana anterior habían arreglado los cristales de la puerta, por fin parecía estar todo en orden y había podido abrir la librería. Nate se acercó al mostrador con una caja.

—Hola, señorita Megan, ¿cómo estás? Me he enterado de lo que pasó. Quise enviarte un mensaje, pero… no sabía si…

—Tranquilo, estoy bien. Solo fue un susto.

Nate esbozó una de sus genuinas sonrisas, aunque pude vislumbrar la preocupación en su mirada. Encogí los hombros para restarle importancia. Me ponía nerviosa que la gente se inquietara por mí y precisamente por eso nunca contaba nada.

—Me alegro de que todo haya salido bien, entonces. ¿Condenarán al hombre?

—Todavía no lo sé, pero no tiene las de ganar.

—Más vale que no.

Le sonreí pues me enterneció su afán. Nate era una buena persona, amable y atento. Ojalá me hubiera enamorado de él. Ojalá me hubiera permitido si quiera la oportunidad de conocerle. Ojalá no llevara encima ese sentimiento del pasado que me arrastraba hacia atrás, como unas fuertes cadenas que tiraban de mí hacia las profundidades oscuras. Un hombre como Nate era mucho mejor. Sin preocupaciones, sin peligros, sin mentiras, sin armas ni muerte de por medio. Sin embargo, parecía que a mi corazón le gustaba más sufrir.

Alguien entró en la librería como si hubiera escuchado mis pensamientos y no fui capaz de reaccionar. Nate carraspeó ante su presencia y me pidió que le firmara el albarán, pero yo no me enteraba porque me había quedado mirando a Andrew. Nos observaba con el ceño un poco fruncido, receloso. ¿Qué narices hacía ahí plantado? Sacudí la cabeza y le firmé a Nate. Él parecía incómodo por la penetrante mirada del ex mafioso.

—Es un amigo —le dije—. Hola, Andrew.

Quise normalizar la situación pues me negaba a que Nate se sintiera intimidado.

—Hola, Megan —saludó él, serio—. Buenas tardes.

—Buenas tardes, un placer —dijo Nate.

—Solo quería hablar contigo —anunció Andrew metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón con aire casual—. Esperaré a que termines.

—Yo ya me marcho, tranquilo.

—No tengo prisa.

Se hizo el silencio. Despedí a Nate con una dulce sonrisa y este pasó por el lado de Andrew para atravesar la puerta de entrada. Cerré el libro de facturas con un golpe seco.

—¿Tenías que actuar como un guardaespaldas? —reproché.

Se acercó al mostrador para apoyar los antebrazos sobre este. Me maldije por el tirón que sentí en mi estómago al notarle cerca.

—Te llevas bien con el repartidor. No sabía si entrar al veros hablar —dijo con algo de recelo.

—Pues no haber entrado.

—¿Es él con el que has estado teniendo citas?

Le miré sorprendida. ¿A qué venía eso? ¿Estaba celoso porque nos había visto hablar? Pensé si decirle la verdad. No tenía por qué negarlo, no había hecho nada malo.

—Sí, nos hemos estado conociendo. —La mirada fija de Andrew me estaba poniendo nerviosa—. Pero no somos nada, solo amigos.

Él entornó los ojos y yo sentí un calor extraño por el estómago. Ese dichoso beso acudió de nuevo a mi memoria para atormentarme.

—De acuerdo —aceptó, pasándose una mano por el mentón plagado de una corta barba—. Aunque supongo que no es asunto mío, ¿no?

Le molestó cuando dije aquello, al parecer.

—Exacto —respondí. Carraspeé y puse las manos en las caderas, un poco incómoda y dispuesta a cambiar de tema—. Bueno, y ¿por qué has venido?

—No has contestado a mis mensajes, así que quería asegurarme de que estabas bien.

En efecto, no había respondido al móvil cuando me preguntaba por mi estado y por el de Leah. No me sentía capaz. Quería desvincularme. Si no lo hacía, podría caer otra vez en sus

redes.

—Ya ves que lo estoy.

—¿Y Leah cómo está? ¿Se ha recuperado del todo?

Intenté ignorar el cosquilleo que me provocó el hecho de que siempre se preocupara por su hija.

—Sí. Está perfectamente.

—Me alegro. —Escudriñó en mi rostro ladeando un poco la cabeza—. Se nota que estás enfadada, pero lo cierto es que no entiendo del todo el motivo.

—No es nada.

Las fuerzas que tenía para plantarme delante de él y contarle la verdad sobre nuestra hija se esfumaron cuando vi aquellos mafiosos salir de su trabajo. Estaba cansada. Como si luchara con el mar embravecido contra corriente.

—Espero que puedas olvidarlo durante un rato para hacerme un favor.

—¿Qué favor? —pregunté con inquietud.

—Que me acompañes al cementerio.

Fruncí el ceño, totalmente descolocada. ¿Al cementerio? Una horrible idea asomó a mi mente, haciéndome estremecer.

—¿Has matado a alguien? ¿Es eso? Quieres que te ayude a enterrarlo.

—Megan, por favor, nunca te pediría eso. —Mi silencio le hizo rodar los ojos—. No he matado a nadie —recalcó.

—Vale, entonces ¿por qué?

—Simplemente no tengo el valor de ir solo.

Algo en la profundidad de su mirada me detuvo de replicar. Era importante para él. Y duro. Muy duro. No terminaba de entender el sentido de requerir mi compañía, pero el nudo que se creó en mi garganta me impidió negarme. Dejé escapar un largo suspiro de derrota.

—Joder… de acuerdo.

Cuando terminé mi turno, dejando a Elia en la librería, me encontré con Andrew en el parque cercano. Lo vi delante de su coche, apoyando su peso en el capó y fumando un cigarrillo. El humo de este era expulsado por sus labios ascendiendo al cielo anaranjado del atardecer. Tragué saliva, incómoda con la cálida sensación en mi tripa. Me acerqué a él y sin decir mucho, nos metimos en el vehículo. Llevábamos unos minutos en silencio cuando Andrew decidió romperlo.

—Gracias por venir conmigo —dijo sin apartar la vista de la carretera.

—Todavía no lo entiendo, pero de nada.

—Eres la única que podía hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque solo te tengo a ti.

Desvié la vista al paisaje que cruzaba con rapidez por la ventanilla del copiloto. No sabía qué hacía allí, en el coche de Andrew, acompañándole al maldito cementerio. Haciéndole un favor. Pasando tiempo con él. Estaba loca. Solo sabía acercarme a lo que debía alejarme. Solo sabía meterme en la boca del lobo sin importar lo fuerte que me mordiera. Quizás sí que era masoquista.

A las afueras de la ciudad el ambiente era mucho más relajado. Los árboles nos rodeaban, los sonidos estridentes de los coches y la vida cosmopolita se difuminaban según avanzábamos. Llegamos a la zona del cementerio y Andrew aparcó el coche a unos metros de la entrada. Abrí la puerta para salir del vehículo y tomar una bocanada de aire limpio. No había estado allí nunca. Gracias a Dios nadie faltó en mi vida en los años que llevaba viviendo en Nueva York como para que tener que poner mis pies en tierra sagrada.

Ojeé los alrededores, el campo enorme abierto repleto de lápidas de piedra desvencijada y cruces plantadas en el césped. Me estremecí pensando en todas las familias rotas que descansaban en aquel apacible lugar. Jóvenes, adultos, ancianos y niños. No importaba. La muerte te alcanzaba cuando llegaba tu momento, desprendiéndote sin piedad de todo lo que tenías.

Miré a Andrew que, a mi lado, observaba el quieto y silencioso paisaje. Su rostro se ensombreció. Su aura se cubrió de esa misma sombra. Algo en el cementerio le arrebata un poco de vida, un poco de esa luz que de normal inundaba sus ojos verdes. Entonces entendí por qué fui. No podía dejarle solo. Era un sentimiento que tuve desde que le conocí, como si fuera un niño abandonado y triste al que necesitaba coger de la mano y proteger.

No dije nada, simplemente le seguí cuando él cruzó el portón y empezó a caminar hacia el interior. Avanzamos entre las tumbas de desconocidos en un riguroso silencio, pisando la hierba y los pétalos de flores marchitas.

Andrew se detuvo. Contemplé la lápida frente a nosotros. En ella las letras grabadas rezaban: «*Stephen Coleman*».

Su padre. Estábamos ante la tumba del padre de Andrew.

Los recuerdos de su muerte volaron por mi mente. Mi secuestro, el tiroteo, la bala de Carlone atravesando su torso. Sus últimas palabras. Los dedos de Andrew cerrándole los ojos. Las sirenas. El caos.

La emoción se atoró en mi garganta, impidiendo que pudiera decir cualquier cosa. Ahora lo comprendía todo.

—Pedí desde prisión que le enterraran aquí, junto a su familia —explicó Andrew.

Al mirar en derredor pude ver otras tumbas con el apellido Coleman.

—Tendría que haber imaginado que era él —dije en voz baja—. Era el único capaz de

hacerte sentir vulnerable.

—No fue un buen padre —afirmó Andrew mirando la lápida—. Tampoco un buen marido, ni una buena persona. Pero era mi padre. Él me crio, me dio todo, me enseñó a defenderme, a hacerme respetar. Me dio un nombre y una posición. Aunque no fuera deseado ni lícito, me dio un lugar en el mundo… Llegué a odiarle. Llegué a querer que desapareciera de mi vida. Y cuando murió me di cuenta de que le admiraba en cierto punto. Admiraba su fortaleza inquebrantable. Ojalá yo la hubiera heredado.

Contemplé el nombre grabado. La piedra estaba vieja, sucia, no había flores, había estado abandonada desde que Stephen fue enterrado.

—Sí lo has hecho —respondí—. Probablemente sea lo único que has sacado de tu padre.

—No he sido capaz de venir a visitarle desde que salí de la cárcel. Era como si pudiera sentir sus ojos acusadores mirándome desde la tierra.

—Stephen ya no está. Solo quedan los recuerdos que tienes de él. —Se creó un pequeño silencio en el que ambos contemplamos la tumba—. Creo que nunca llegué a decírtelo: siento su pérdida.

Andrew giró su rostro compungido hacía mí para dedicarme una delicada sonrisa de labios pegados. Sentí ganas de abrazarle, de estrecharle entre mis brazos y borrar el dolor de su pasado, pero me mantuve en el sitio. Él suspiró y se acuclilló, pasó una mano por la lápida para limpiarla de la suciedad del paso del tiempo y las hojas caídas de los árboles.

—Tampoco he cumplido lo que me pidió antes de morir.

—¿El qué?

—Que encontrara a mi madre.

Su madre. La que todos creyeron que les abandonó cuando eran pequeños, pero que tuvo que huir por la amenaza de un socio de Stephen. Esa madre que tanto sufrimiento le provocó a Andrew y por la cual arrastraba traumas pasados que le afectaban en su presente. El miedo al abandono. La necesidad de sentirse querido. Imaginaba cuán duro tuvo que luchar contra esos demonios mientras estuvo aislado en prisión.

—Nunca es tarde. Todavía estás a tiempo —recordé.

—Ella nos escribió cartas, ¿sabes? —dijo con una pizca de amargura. Yo parpadeé, confundida—. Las encontré entre las cosas de mi padre que me dieron cuando salí de prisión. Él las escondió durante años. Ninguna tenía remitente. Mi madre escribió sobre lo mucho que nos quería, sobre cuánto nos echaba de menos y cuánto sentía haber tenido que marcharse. Pero un día dejó de enviarlas. —Andrew me miró, los ojos llenos de emoción. Se me encogió el pecho—. No sé si está viva o muerta. Lo que sí sé es que, si está en algún lugar, quiero ser el hijo del que pueda estar orgullosa. La buscaré cuando consiga mi cometido. Cuando me redima de mis pecados.

—Lo has hecho, ya has cumplido condena. Tu madre estará más que orgullosa de ti.

Andrew se levantó y me contempló con una intensidad que me atravesó.

—Eso no es suficiente. Voy a destruir lo que ayudé a construir. Llevaré a los sucesores de mi padre a la ruina. Acabaré con ellos. Con todos ellos.

Me quedé mirándole, notando como mi estómago se revolvía inquieto ante sus palabras. Pensé en los mafiosos que vi en el taller. No podía callarme.

—¿Quiénes eran los hombres que fueron a verte al trabajo el otro día? —pregunté con tono adusto.

—¿De qué estás hablando?

Frunció el ceño, desconcertado. Inhalé y recoloqué el peso de un pie a otro.

—Hace un par de días fui al taller, pero no llegué a entrar porque te vi discutiendo con dos hombres que parecían mafiosos.

—Joder, Megan…

Andrew desvió la vista al infinito, al gran campo abierto del cementerio. Le noté algo nervioso, cosa que me asustó más a mí.

—¿Quiénes eran, Andrew? —insistí.

Se pasó una mano por el pelo, luego sacó una caja de cigarrillos y un encendedor del bolsillo trasero de su pantalón. Encendió el cigarro y dio una calada.

—Fabio Santoro, el dueño del Morfeo, y Rodric, su mano derecha.

Tragué saliva de nuevo intentando sobrepasar el nudo que inmediatamente se formó en mi garganta. Ese hombre de ojos negros era un proxeneta. No era capaz si quiera de imaginar el horror que estarían viviendo las pobres mujeres allí metidas. Su mirada iba al compás de su corazón, negra como el carbón.

Entonces caí en algo.

—Ese tal Rodric, el que te apuntó con su arma ¿es el mismo que te hirió cuando viniste a pedirme ayuda?

Andrew expulsó el humo por la nariz.

—Sí.

—¿Y qué querían?

—Asegurarse de que sigo siendo fiel.

—¿Eso que quiere decir?

—Me han amenazado para asistir a una gala que tendrá lugar en su mansión.

—¿Amenazarte por qué?

Andrew devolvió la vista a la lápida de Stephen.

—He estado en desacuerdo con algunas de sus acciones. La gala es benéfica supuestamente, harán una subasta, pero el dinero recaudado irá para la prostitución.

Sentí ganas de vomitar. El sabor amargo de la bilis ascendió hasta mi boca. Eran criminales, lo sabía, no debería sorprenderme y, sin embargo, no podía concebir tanta maldad.

—No vayas.

Había dicho una estupidez. Era consciente. La idea de que se metiera en esa mierda no me gustaba para nada.

—Ojalá fuera tan fácil, en la mafia no seguir las órdenes tiene un precio. —Fruncí el ceño, horrorizada, mientras él daba otra calada—. Pero tengo un plan.

—No me digas que vas a robar el dinero recaudado.

Andrew lanzó el cigarro a la tierra húmeda para acto seguido pisarlo con su zapato.

—La gala se hará en la mansión de Fabio. Sus cosas están allí. Su ordenador. Sus secretos. Sus cuentas.

Levanté la mano para frenar su discurso. Inspiré con fuerza. Me iba a volver loca.

—Vale, a ver si lo he pillado: estás pensando en aprovechar la gala para entrar en su ordenador y coger datos de la prostitución que lo incriminen.

—Bingo —señaló con una mirada fiera.

—¿Y qué vas a hacer con eso? Porque supongo que no se lo darás a la policía.

—Será un arma poderosa que me guardaré para cuando la necesite.

Solté un resoplido.

—Tú estás loco. Si te descubren te matarán.

—Es un riesgo que debo correr. Si no lo hago no tendré otra oportunidad como esta.

—¡Si mueres no habrá servido de nada! —exclamé alterada.

Andrew acortó la distancia entre nosotros y acunó mi rostro entre sus manos. Sus ojos se hundieron en los míos.

—No tengas miedo, mariposa. Lo conseguiré.

Otra vez ese apodo que me hacía estremecer.

—Me gustaría creerte…

—Regresé a este mundo para conseguir hundir a esos cabrones. No puedo permitirme dejar escapar una sola ocasión para lograrlo por mínima que sea. Haré lo que sea y daré mi vida si es necesario.

Bajé la vista ya que era incapaz de mantener su mirada. ¿Por qué sentía tanto miedo por él? ¿Por qué sentía que se abría un agujero en mi corazón tan solo de imaginar el peor de los finales? Su cadáver ensangrentado en el suelo como en aquel sueño atacaba mi mente una y otra vez. Cerré los ojos, que escocían por las lágrimas que intentaban agolparse en ellos para salir. El peligro ondeaba a mi alrededor, lo notaba en la superficie de mi piel. Esto era demasiado.

—Está bien —acepté compungida—. Comete un acto suicida si quieres. Deja que te entierren aquí junto a tu padre. Es tu decisión.

—Megan, por favor… — Posó su cálida frente sobre la mía—. Confía en mí.

Nuestros alientos se mezclaron. El pulso se me aceleró. Sus labios estaban tan cerca de los míos que estuve a punto de ceder. Lo deseaba y lo odiaba. Lo necesitaba cerca y lo necesitaba lejos. Era una contradicción constante.

Era mi talón de Aquiles.

Con gran esfuerzo levanté las manos para separar las suyas de mi rostro.

—Hace mucho tiempo que dejé de confiar en ti —susurré con un nudo en la garganta—. No puedo apoyarte en esto…

Di media vuelta dispuesta a salir del cementerio. Pensé que intentaría retenerme cuando comencé a caminar entre las tumbas, sin embargo, no lo hizo. Me tragué mi orgullo y, sin mirar atrás, abandoné aquel fúnebre lugar.



CAPÍTULO 27

ARREPENTIMIENTO

Las copas de los árboles se movían al compás de la brisa que mecía el paisaje del cementerio. Las observé apoyada en la puerta del copiloto del coche de Andrew. Hacía más de diez minutos que le había dejado allí tirado, delante de la tumba de su padre.

Me sentí culpable al atravesar el portón de la entrada, sin embargo, estuve a punto de sucumbir al embrujo que significaba su cercanía, su aliento sobre mi rostro, sus suaves labios, su perfume y su voz grave. Todo él. Todo él era un peligro para mí, una droga que entraba en mis venas para envenenar por completo mi sistema nervioso. Y tenía que alejarme. Tenía que construir de nuevo el muro que nos separaba, ese que durante años mantuve intacto y que con una sola mirada consiguió resquebrajar.

Suspiré mirando mis zapatillas. Pateé una piedra del asfalto. Era una idiota, eso era lo que era.

Entonces vi a Andrew saliendo del cementerio con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón. El estómago se me contrajo tan solo de pensar en enfrentarme otra vez a él. Llegó a mi altura, me observó sin decir nada, había algo de resentimiento en su mirada. Una parte de mí quiso disculparse, pero no fui capaz.

—Perdona por la espera, he aprovechado para visitar la tumba de Bruno y de Foster —dijo, serio—. Vámonos.

Joder.

La culpabilidad se hizo más pesada en mi corazón.

Asentí y ambos entramos en el coche. El ambiente dentro del vehículo durante el trayecto era tan tenso que podría electrocutarme si alargaba la mano. El viaje se me hizo largo, muy largo, y eso que solo duró unos quince minutos. Ninguno de los dos dijo una palabra. Yo me tuve que morder la lengua varias veces, porque no era una persona que soportara estar de esta forma sin hablar las cosas. No obstante, justo en este caso, no me atrevía a sacar a colación el tema que nos tenía más rígidos que la cuerda de un arco.

Por fin llegamos al lugar donde se encontraba aparcado mi coche, cerca de la librería. Andrew paró el motor y se quedó quieto. Coloqué una mano sobre la manija de la puerta, pero me detuve al notar la mirada abrasadora de Andrew sobre mí. Me giré hacia él con el pulso ya acelerado.

—¿Por qué fuiste al taller? —preguntó.

Mierda.

Vacié mis pulmones sin apartar la mano de la manija, como si estar en contacto con mi vía de escape me hiciera sentir menos insegura. Al parecer no iba a poder escapar de esa conversación, pero no podía decirle la verdad, que fui para contarle que Leah era su hija, de modo que pensé una excusa. Una excusa muy convincente y que también había estado rondando mi cabeza sin cesar.

—Fui a decirte que… tienes que olvidar el beso que nos dimos —dije intentando controlar mi voz—. Nunca ocurrió ni volverá a ocurrir. Fue… la adrenalina. Te agradezco tu ayuda, por supuesto, sin ti no lo habría logrado. Pero ya está. Nada más.

Permanecí estática esperando su reacción. Una reacción que fue quedarse callado, con el rostro imperturbable, sin mostrar ningún atisbo de contradicción, rechazo o enfado. Parpadeé sin entenderle.

—Ya te dije que conseguiría que me odiaras todavía más —recordó.

—No te odio… —musité con sinceridad.

Era verdad. No le odiaba. Ya no. Y ni siquiera me había dado cuenta del momento en que dejé de hacerlo, pero poco a poco otro sentimiento había ido sustituyendo ese rencor que estaba pudriendo mi corazón. Andrew miró un momento a través de la luna del coche al paisaje del aparcamiento en el que estábamos parados.

—También dije que me arrepentiría al día siguiente.

Le observé frunciendo el ceño.

—¿Te arrepientes? —pregunté con algo de temor escondido en mis palabras y del cual no quería ser consciente.

—Sí.

La puñalada en mi estómago que significó esa palabra me dejó sin aliento. Se arrepentía. Pues claro que lo hacía. «Joder, Megan, qué hipócrita y estúpida eres.» Hacía un segundo

acababa de decirle que olvidara el beso, que no debió ocurrir, y ahora me sentía ofendida porque Andrew pensase lo mismo.

Quizás me odiaba a mí misma más que a él.

—Vale. Entonces genial.

Apreté la manija y abrí la puerta. Las manos de Andrew presionaron el volante con tanta fuerza que se pusieron blancos sus nudillos.

—Gracias por haberme acompañado.

Asentí y salí del coche. Se había formado un ardiente y doloroso nudo en mi garganta, el corazón me palpitaba fuerte contra el pecho. Tan solo caminé un par de metros cuando escuché la puerta del coche abrirse y noté su presencia tras de mí. Di media vuelta, Andrew me miraba de forma penetrante.

—¿Qué? —salté.

—Me arrepiento de haberte besado porque ha desatado lo que llevaba guardando cinco años —dijo con fiereza. Se pasó una mano por el cabello, abrumado—. No tienes ni idea de lo que significó para mí, lo que despertó en un corazón que creía que estaba muerto. Ni mil malditas vidas en prisión podrían borrar lo que siento por ti, Megan. Pero sé que lo mejor para ambos es estar separados y eso me está matando. Detesto saber que quieres olvidarme, que quieres hacer una vida sin mí, porque lo único en lo que yo puedo pensar es en volver a besarte, y no sé si puedo seguir luchando contra mí mismo mucho más tiempo.

Sus palabras fueron como misiles a mi corazón. Me mordí el labio inferior con fuerza, intentando no demostrar las sensaciones imparables que estaban sacudiendo mi cuerpo y mi alma. Intentando no demostrar que yo también deseaba besarle, abrazarle, perderme en él… Le entendía tantísimo. No podíamos parar, pero teníamos que hacerlo.

—Es verdad, no tengo ni idea —respondí con un hilo de voz—. Tampoco la tengo de lo que yo misma siento y me está volviendo loca. Te aseguro que me gustaría volver atrás para cambiar lo que pasó esa noche, pero es imposible. Así que debemos dejarlo atrás. Lo sabes. Si seguimos con esta locura… solo conseguiremos hacernos daño.

Andrew bajó la vista y cuando la alzó un par de segundos después, el tormento que atenazaba en sus ojos me atravesó como una espada certera.

—Tengo dudas sobre qué es lo que nos hace más daño —murmuró—. Ve con cuidado, Megan.

Antes de que pudiera responder algo, dio la vuelta sobre sus talones y avanzó hacia su coche. Me giré con un dolor sordo en el pecho. Tragué el cúmulo de emociones que me embargaban y fui hasta el mío.

Esperé menos de cinco minutos a que Leah saliera de sus clases extraescolares. La vi avanzar hacia mí con una sonrisita contenida y la presión que sentía en mi pecho se aflojó un

poco. La cogí en brazos y le di un beso en la mejilla.

—Hola, peque, ¿te ha ido bien?

Ella asintió con la cabeza. Me miró extrañada y su manita se alzó para quitarme algo del pelo. Vi que era una hoja seca.

—¿Te has ido al bosque? —preguntó, algo ofendida de que hubiera ido sin ella.

Mierda, seguro que era de los árboles del cementerio.

—No, habrá sido de algún árbol del camino.

Leah me observó con recelo, recordé que odiaba que le mintieran y me sentí una madre horrible.

—¿Seguro? —insistió.

—Pues claro, ¿a qué voy a ir yo al bosque? ¿A buscar a *Bigfoot*?

Me reí para quitarle importancia y me relajé un poco cuando mi hija sonrió.

—Yo quiero buscarlo.

—¿No te da miedo? Es súuuuper grande. —Leah negó efusivamente y yo le revolví el cabello castaño—. Vale, iremos a hacer un picnic a ver si tenemos suerte de encontrarlo.

—¿Puede venir Andrew? —preguntó con inocencia.

El alivio que había conseguido reunir se fue por donde había venido. Traté de no descomponer mi expresión afable.

—No creo, cariño.

—Bueno… —respondió algo apenada, golpeando mi corazón sin piedad—. Pero hay que llevar comida para *Bigfoot* por si tiene hambre.

—De acuerdo.

La bajé al suelo para darle la mano y caminar hasta el coche con un sentimiento amargo en mi interior. Durante el trayecto era incapaz de parar de pensar en todo aquello. En Leah deseando pasar tiempo con Andrew de nuevo. En lo que me había confesado al despedirnos. Todavía me quería, sus sentimientos no habían cambiado en todos estos años. Joder, ¿y los míos? Empezaba a pensar que no.

Recordé la conversación que habíamos tenido delante de la tumba de su padre. Estaba loco si quería arriesgarse de esa manera para conseguir información, pero no podía hacer nada para evitarlo. Yo no podía protegerle. No podía convencerle. Si le mataban, tendría que vivir con ese remordimiento. Y el dolor de que Leah nunca conociera a su padre.

¿Realmente era eso? ¿O era mi propio dolor por perder a la única persona que había amado de verdad?

Para mí también significó mucho aquel beso. Demasiado. No tenía el valor de enfrentarme a lo que despertó tras el roce de nuestros labios.

Me daba pánico.



Los días pasaron sin saber nada de Andrew. El inevitable anhelo que albergaba dentro de mí me hacía mirar el móvil de forma más habitual a lo normal para ver si llegaba alguna señal suya. Intentaba no pensar que le podía haber pasado algo y procuraba convencerme de que era mejor no tener contacto. En eso me encontraba rumiando en una cafetería cerca de la universidad de Alice, tomando un frappé con ella y Leah. Mi hermana estaba contándome anécdotas de sus amigas que me importaban bastante poco, pero fingía escucharla para no parecer una borde.

—Así que ahora no nos hablamos —terminó Alice.

—Deberíais hacer las paces.

—Ni de coña. ¿No has escuchado? ¡Se lio con el que me gustaba!

La verdad no, no había escuchado nada de esa trepidante historia. Hice un mohín hacia el rostro molesto de Alice sintiéndome una horrible hermana.

—Sí, sí, hizo muy mal —dije, intentando simular que sabía de lo que hablaba—. Pero a lo mejor se arrepiente y quiere volver a ser tu amiga.

—Me dijo que quien llega primero gana. Dudo mucho que se arrepienta.

—Entonces no es una buena amiga.

—¡Pues eso digo!

Alice bebió airada de su frappé. Atendí a Leah que disfrutaba de su batido de fresa. Dejé escapar un suspiro.

—Lo siento, tengo la cabeza en otro lado —me disculpé.

—Ya me he dado cuenta.

—Olvídate de ese chico si se va con otra después de haber coqueteado contigo.

—Con él no me hablo tampoco, qué te crees.

Mi hermana esbozó una pequeña y malévola sonrisa que yo le correspondí.

—Así me gusta.

—Me sentí como cuando Brian hizo lo mismo, ¿te acuerdas? Hace años.

Me esforcé por recordar, aunque me estaba costando porque Alice había tenido más rollos y novios que días tiene un año.

—No sé quién es —confesé, aturdida.

—El que me gustaba cuando tenía… unos dieciséis. Se enrolló con otra, con Lisa.

Entonces caí en él. Rememoré a mi hermana borracha, a mí gritando asustada en un parking, al hombre que vi siguiéndome. Fue justo cuando hui de la mansión de Andrew y Alice vino a mi casa. Vaya, que recuerdo más oportuno había sacado a colación mi querida hermana.

—Tienes muy mal ojo —zanjé.

—Y tanto —refunfuñó, echándose hacia atrás en la silla—. ¿Es que no existen hombres normales que valgan la pena en este mundo?

La imagen de Andrew acudió a mi cabeza. «No, cerebro, normal lo que se dice normal, no es.» Sin embargo, sí que valía la pena. Siempre lo pensé. Y no había cambiado de opinión. A pesar de que creyese que estar alejada de él era lo mejor para mí, Andrew era un hombre de los que ya no quedaban, de los costaba milenios encontrar: caballeroso, amable, atento, comprensivo… valiente… intenso… adictivo…

—Creo que no —mentí.

—A ver, no es por meter el dedo en la llaga, pero tu ex era un buen partido. —Alice caviló un segundo—. Si no hubiera sido mafioso, claro.

Ahí estaba la bocazas de mi hermana, la que siempre soltaba la piedra, que decía todo lo que se le pasaba por la cabeza sin pensar en consecuencias ni en los sentimientos de los demás. Lo peor era que tenía toda la jodida razón.

—¿Podemos no sacarle en la conversación?

—Perdón.

—Vale.

—Pero, ¿no le has vuelto a ver?

—Alice…

—Ok, ok.

Nos quedamos en silencio un par de minutos mientras las dos bebíamos de la pajita de nuestro frappé. Leah hacía puzles rápidamente en un juego de mi móvil.

—¿Cómo te están yendo los estudios? —pregunté para retomar la charla.

—Bien, bueno hay alguna asignatura que regular, pero es que los profesores son lo peor.

—Para nada es porque no estudias.

—Oye, en esta familia no somos muy inteligentes, se hace lo que se puede.

Me reí, no pude evitarlo. No era porque no fuéramos inteligentes, sino porque no nos llamaba la atención estudiar. Yo no me saqué ninguna carrera. La de la vida, que era la más difícil. Aunque siempre me gustó leer, solo lo hacía por placer, si me obligaban se acababa mi interés.

—No le eches la culpa a la genética. Si quieres, puedes hacerlo, eso y más.

—Oh no, el rollo motivador no, por favor.

—¿Ya me parezco a mamá? —bromeé.

—¡Demasiado! Ella también es una pesada preguntando por las notas.

—Es normal, se preocupa por tu futuro.

—Se preocupa por todo. Ahora no para de dar la lata con que te convenza para que lleves a Leah a verlos.

Intenté ignorar el hábil cambio de tema con el que mi hermana desvió la atención de sus estudios. Negué con la cabeza, resoplando. Entendía perfectamente que quisieran ver a su nieta, pero nunca tenía tiempo de planificarlo; el colegio, las clases extraescolares, el trabajo, preparar sus cosas, el transporte… Solo de pensarlo me daban los siete males.

—La llevaré… cuando pueda.

—Si no lo haces, vendrán ellos, lo sabes ¿verdad? Y no queremos eso.

Ambas simulamos un escalofrío ante la posibilidad. No, gracias. Amaba a mi familia, pero mi madre era una persona estresante, y mi padre y hermano un poco más de lo mismo. Bebimos de nuevo, absortas en imaginar los terribles escenarios en los que mi familia estaría presente.

—Yo quiero ver a los abuelos —saltó Leah con su aguda vocecita.

La miramos, parecía esperanzada. Me enterneció sobremanera lo mona que estaba diciendo aquello, echando de menos a sus abuelos. Claro, con ella eran un amor, le daban todo lo que pedía y solo tenían halagos para mi pequeña. También me sorprendió que hubiera estado escuchando y entendiendo la conversación mientras fingía no enterarse de nada jugando con el teléfono. Era demasiado lista.

—Ya lo sé, cielo. Iremos a hacerles una visita pronto, ¿vale?

Leah sonrió con felicidad, inocente, genuina. Bajó la vista a la pantalla y continuó la tarea de completar un puzle de animales. Alice la observó con orgullo de tía. Acto seguido miró la hora en su móvil.

—Tengo que largarme, he quedado para un trabajo en grupo.

Asentí, le di los dos últimos tragos al frappé, dejé dinero en la mesa para pagar y las tres salimos de la cafetería. Caminamos charlando de tonterías hasta la universidad. Al llegar a la entrada de la residencia, Alice saludó a unas chicas que estaban cerca. Estas se acercaron.

—Ay qué mona, ¿es tu hermana? —preguntó una de ellas mirando a Leah.

—No, es mi sobrina. Ella es mi hermana Megan.

—¡Encantada!

—Igualmente, chicas.

—¿Cuántos añitos tienes, guapa? —Se inclinó otra. Mi hija la contempló con recelo y algo de vergüenza. Apretó mi mano.

—Contesta, cielo, esa te la sabes.

Le guiñé un ojo y Leah levantó su manita libre para mostrar cuatro dedos. A la chica se le

iluminó el rostro.

—Hala qué mayor eres ya.

La pequeña asintió logrando que casi se me escape la risa. Las chicas sí que rieron alegremente. Mi hija enamoraba a todo el mundo allá donde fuera. Intercambiaron un par de frases sobre sus planes con Alice y nosotras decidimos despedirnos. Nos alejamos diciendo adiós con la mano, lo cual imitaron las amigas de mi hermana con efusividad. Sonreí echando un último vistazo a Alice. Me alegraba que estuviera bien, aunque no sacara las mejores notas, estudiaba lo que le gustaba, tenía buenas amigas… No debía preocuparme por ella.



Habían pasado tres rutinarios días más cuando me encontraba en la cama medio dormida. Solía tener insomnio y todavía más en temporadas de mucho trabajo o estrés. Di la vuelta enrollándome con la manta. Por desgracia, estaba a punto de dormirme en el momento que el sonido de una llamada me sobresaltó. Me giré de golpe preocupada por si le hubiera pasado algo a alguien, ya que eran como las cuatro de la mañana. Me incorporé y al ver quién llamaba mi corazón empezó a latir como loco. Tragué saliva antes de descolgar.

—¿Andrew? —respondí.

—Siento molestarte a estas horas.

Escuchar su grave voz después de tantos días me produjo una sensación extraña en el estómago. Me senté en la cama y aparté el pelo castaño de mi cara.

—¿Ha pasado algo?

—Tranquila, yo estoy bien. Pero necesito tu ayuda.

—¿Para qué?

—He hecho algo… que tengo que solucionar. ¿Puedes bajar un momento?

Dios mío. Empecé a imaginar que había matado a alguien, aunque me dijo que nunca me pediría a mí deshacernos de un cadáver. ¿Entonces qué narices era?

—¿Ahora? La niña está durmiendo, sabes que estoy yo sola, no puedo irme de casa sin más.

—Por favor, no tardaremos.

—Joder…

—Es importante.

Me mordí el labio, molesta. Siempre tenía que meterme en sus malditos problemas. Y yo siempre tenía que acceder porque era idiota, y demasiado débil para negarme a él. Maldije en voz baja.

—Está bien. ¿Dónde?

—Estoy en la acera de detrás de tu edificio. Te haré luces.

—Vale.

Colgué. Me levanté de la cama, abrí el armario y rebusqué en una caja que guardaba en la parte de abajo. Después de un par de minutos por fin encontré lo que buscaba: el vigila bebés. No lo usaba desde que Leah cumplió los tres años más o menos. Lo encendí, pero no tenía pilas, de modo que corrí a la cocina para coger unas. Se las puse y por suerte la pantalla se iluminó. Lo conecté a mi móvil y entré con sigilo en la habitación de mi hija para dejarlo sobre su mesita de noche, procurando que enfocase su carita. Cerré la puerta, suspiré y corrí de nuevo a mi cuarto para vestirme con unos vaqueros y una sudadera. Cogí las llaves, vi la imagen del vigila bebés en el teléfono, recé para que nada pasara en mi breve ausencia, y salí de casa. Una vez en la calle miré a los lados, aunque no vi nada extraño ni sospechoso. Me dirigí al lugar que Andrew me indicó, enseguida me vio e hizo luces con las delanteras del coche. Me acerqué al vehículo mientras él salía del asiento del conductor. Nos observamos en silencio unos segundos.

—¿Qué has hecho? —pregunté sin saludar.

—Gracias por venir.

Se giró para agarrar la manija de la puerta del pasajero. Abrió. Me incliné para ver lo que había dentro y me quedé petrificada. Era una chica. Una chica joven, de no más de veinte años. Estaba sentada recogida sobre sí misma, con los brazos rodeando sus piernas alzadas. Sus ojos castaños y asustados se clavaron en los míos. Mi boca se movió sin proferir ningún sonido.

¿Qué cojones era aquello?



RESCATE

Me quedé paralizada durante unos segundos observando a aquella chica sentada en el asiento trasero del coche de Andrew. Mi ágil mente comenzó a idear posibilidades a su presencia, y un nudo se instaló en mi estómago cuando la primera que albergaba era que la había secuestrado.

Como a mí. Como si fuera mi sucesora. Otra víctima.

Me giré hacia Andrew con los ojos en llamas, casi jadeando del nervio mezclado con ira que me inundó en un instante, esperando una respuesta. Él, que aparentaba tranquilidad, me devolvió una mirada sombría.

—Te aseguro que no es lo que puedas estar pensando.

—Ah, ¿no? Entonces ¿qué? ¿Por qué tienes a una chica aterrada en tu maldito coche?

Andrew echó un vistazo a la susodicha, que nos contemplaba en silencio. Seguramente creía estar dentro de una pesadilla.

—La he rescatado —dijo Andrew.

—¿Qué la has rescatado? ¿De qué?

Mi corazón se relajó un poco al escuchar sus palabras. No quería saber que era el malo de la película, no podía concebirlo, no después de lo que habíamos vivido. Andrew se pasó una mano por el corto pelo.

—Estaba a punto de huir de uno de los prostíbulos por la salida de emergencia. La convencieron para trabajar de camarera, pero ha descubierto la verdad. He sido incapaz de dejarla a su suerte, Megan, ¿sabes lo que habría pasado esta chica? No tendrá ni veinte años.

Parpadeé, impresionada. Horrorizada. Asqueada. Volteé para mirar a la chica, sus ojos se encontraron con los míos. Dios mío. Era una cría. Podría tener la edad de mi hermana Alice. Sentí alivio al pensar en que Andrew la había sacado de ese infierno que se tragaba la inocencia de tantas chicas, despojándolas de su vida, su dignidad y su alma.

—Y… —comencé, pero me constó encontrar las palabras—, ¿qué pretendes que haga yo?

—Mantenla escondida en tu casa unas horas. Tengo que conseguirle una nueva identidad y un lugar seguro al que marcharse.

Presioné los labios en una fina línea sintiendo el miedo correr por mis venas. Siempre que Andrew aparecía y me pedía ayuda, yo accedía, porque era débil, porque él tiraba más que todo lo demás. Pero, esta vez… no era por él. Era por esa chica, sola y asustada.

—¿Por qué? ¿La perseguirán?

—Es muy probable. Nunca dejan cabos sueltos que posean información.

—¿Y nadie sabe que te la has llevado tú?

—No. La he sacado por el punto ciego de las cámaras de seguridad.

—Joder…

Me di la vuelta y empecé a caminar en círculos, atacada. Estaba metiendo el pie en el fango de nuevo, jugando con fuego, hundiéndome en los problemas con la mafia. La historia se repetía.

Leah. Solo podía pensar en mi hija y en lo que pudiera pasarle si yo accedía. ¿Y si nos descubrían y nos hacían daño? Nunca me lo perdonaría. Sin embargo, tampoco me perdonaría abandonar a esa chica. Mi estúpido instinto de justicia, de altruismo, ni idea. Mi estupidez sin más. Aquello podría ocurrirle a Alice, a sus amigas, incluso a Leah. Solo de imaginarlo se me revolvía el estómago. Tenía la oportunidad de salvar de las garras de la prostitución a una muchacha inocente. Maldita sea, era incapaz de negarme.

—¿Megan? —preguntó Andrew.

—Mierda, está bien. De acuerdo.

Andrew asintió con vehemencia. Se acercó al asiento trasero del coche y le explicó el plan a la chica. La vi mover temerosa la cabeza en señal afirmativa. Salió despacio del vehículo y cuando la tuve delante me dieron ganas de abrazarla. Su cabello azabache caía ondulado sobre su rostro.

—Hola, yo soy Megan. Cuidaré de ti ¿vale? —No obtuve respuesta—. ¿Cómo te llamas?

—Zaira —contestó con un hilo de voz.

—Bonito nombre. —Le ofrecí mi mano, ella la observó dudosa y, finalmente, me dio la suya que aún temblaba—. No tengas miedo, todo va a ir bien.

—Vale —murmuró.

Andrew y yo intercambiamos una mirada, él me agradeció con sus ojos y una inclinación de cabeza. Se metió en el coche mientras nosotras caminábamos hasta mi apartamento. Entramos en

silencio en la casa.

—Por favor procura no hacer mucho ruido, tengo una hija de cuatro años y está durmiendo.

—No me moveré.

—Tampoco es eso. Puedes ir al baño si quieres. Te haré una tila. ¿Quieres algo de comer?

Zaira negó con la cabeza y se dirigió de puntillas al cuarto de baño. La miré con ternura. Pobre chica. Me preguntaba qué estaría pasando por su mente. Debía estar aterrada. Esperaba que conmigo se sintiera a salvo.

Me dirigí a la cocina y preparé la tila, la dejé en una taza en la encimera, a pesar de que aseguró no tener hambre, también le puse unos *snacks*. Yo me hice un café y me senté en uno de los taburetes. Cuando Zaira salió del servicio, se acercó con sigilo a la cocina, observó lo que había sobre la encimera y con gesto avergonzado tomó asiento frente a mí. Sopló sobre su taza para beber luego a sorbitos.

—¿Estás mejor? —pregunté.

—Sí, supongo.

—Tranquila, vamos a sacarte de aquí.

Ella se quedó pensativa, contemplando la superficie del líquido de su tila.

—Soy una tonta… —musitó—. Nunca debí fiarme de ese anuncio de trabajo. Ni de ese hombre.

—Tú no has hecho nada mal, Zaira.

—Necesitaba dinero. Era el primer lugar del que me llamaban desde hacía mucho tiempo. No tengo estudios ni experiencia y creía que era mi única oportunidad…

Suspiré con una presión incómoda en el pecho.

—Son expertos en engañar. Te prometen darte lo que saben que necesitas para aprovecharse después de eso.

Los ojos castaños de Zaira se inundaron de lágrimas. Le cogí la mano para intentar reconfortarla de alguna forma.

—Cuando descubrí lo que iba a tener que hacer en realidad… Tuve mucho miedo. Me quitaron mi identificación y mi móvil, me amenazaron con hacerme daño si no obedecía. Las demás chicas intentaron tranquilizarme diciéndome que me acostumbraría, que solo tenía que cerrar los ojos y pensar que estaba en otro lugar con otra persona. Pero yo… no podía…

Me dolió el corazón al escucharla. Deseaba borrar su sufrimiento. El de todas ellas.

—Has sido muy valiente.

—No sé qué voy a hacer ahora. Mi madre está enferma en otro estado, no puedo pagar las facturas del hospital. Por eso quería…

—Hey, mírame. —Alzó la mirada, compungida—. Te ayudaremos. Irás a un lugar mejor y podrás seguir adelante.

—¿Y si me encuentran? ¿O a mi madre?

—No lo harán. No les vale la pena dedicar tanto esfuerzo en localizarte. Eso sí, jamás hables sobre ellos. Esto nunca ocurrió. Nosotros nos ocuparemos de que paguen.

—Perdón por la pregunta, pero tú… ¿eres su novia? La del hombre que me ha sacado.

Me eché hacia atrás de forma impulsiva. Entendía su pregunta y su confusión, no obstante, el hecho de escucharlo como una posibilidad me estremeció.

—Para nada. Bueno, a ver… es mi ex. Estuvimos juntos hace años, pero pasaron muchas cosas.

—Él… también es uno de ellos ¿verdad? ¿Por qué me ha salvado entonces?

Bebí de mi café. Saber hasta dónde hablar era complicado. Meter en problemas a Andrew era lo último que quería.

—Digamos que intenta redimirse. Andrew no es una mala persona. No tiene nada que ver con esa gente.

—Creo que… —divagó, mirándome por debajo de sus pestañas—… Si ha acudido a ti es porque aún te quiere.

Me quedé mirándola. Aún me quería. Me buscó entre mar y tierra hasta que me encontró. Siempre decía que era la única en la que confiaba. Me besó. Dijo que en cinco años no había podido borrar lo que sentía por mí. Sin embargo, ¿era eso amor? ¿Siguió enamorado todo este tiempo? ¿Acaso era posible?

—Lo dudo —respondí.

Zaira bajó la cabeza y terminó de beber su tila. Permanecimos en silencio unos segundos. Me levanté, llevé las tazas al fregadero y le dediqué una amable sonrisa.

—Deberías descansar. Túmbate en mi cama.

—Oh, no, eso es demasiado.

—Venga, tienes cara de cansancio.

La chica se mordió el interior de la mejilla, y acabó por ceder. Entramos en mi cuarto, adecué los cojines para que se recostara y le presté una manta.

—Gracias por todo —susurró.

—De nada. Duerme un poco.

Zaira cerró los ojos. Suspiré cuando vi que se relajaba y su respiración se volvía más lenta. Yo me quedaría despierta. Debía estar atenta por si Andrew aparecía o me llamaba.

A las siete de la mañana todavía no sabía nada de él, de modo que le envié un mensaje a Hayley para pedirle que viniera en cuanto pudiera para llevar a Leah al colegio ya que yo tenía algo importante que hacer en el banco. A los minutos respondió aceptando.

Me pasé una mano por la cara y suspiré.

Desde que Andrew había aparecido todo se había convertido en un caos, mi vida, mis

sentimientos, mi estabilidad emocional, mi cordura. Noches en vela, preocupación cada vez que sonaba el teléfono, la piel de gallina cuando se acercaba.

Cabeceé y me dirigí a la habitación de Leah para comprobar que seguía durmiendo; por suerte, esta vez no se había despertado como cuando Andrew se quedó aquí.

Más tarde, levanté a mi hija, la vestí y preparé para el colegio. Me disculpé por no poder llevarla yo, pues tenía que ir rápidamente a hacer cosas de mayores, ella frunció el ceño, un poco molesta, lo cual me rompió un pedacito de mi corazón, pero se animó cuando supo que su querida niñera sería quién la llevaría. Hayley apareció a la hora indicada y con Leah cogida de la mano, ambas se encaminaron a su destino. Cerré la puerta con el pulso ya acelerado. No sabía si era la peor madre del mundo, o el hecho de estar ayudando a una chica en esa situación paliaba lo horrible de mis actos.

Estaba preparándome un nuevo café cuando mi móvil sonó con la llamada entrante de Andrew y por poco tiro todo al suelo. Intenté tranquilizarme y descolgué.

—Estoy en la esquina. Dile a la chica que baje.

—Voy con vosotros.

—¿Por qué? ¿Y Leah?

La pregunta me hizo apretar el puño en la encimera.

—La niñera la ha llevado al colegio. Zaira está asustada y parece que confía en mí, así que la acompañaré hasta el final.

El silencio se adueñó de la línea.

—Está bien —respondió un par de segundos después.

Entré en mi cuarto para avisar a Zaira de que nos íbamos, ella palideció, de modo que la cogí de la mano intentando reconfortarla.

—Pronto serás libre, ¿vale?

Asintió con los ojos ya llenos de lágrimas. Ambas salimos de mi apartamento y bajamos a la calle. Andrew se encontraba aparcado en la esquina, aunque el coche era diferente. Tomamos asiento, Zaira en el asiento trasero, yo de copiloto.

—¿De quién es este coche? —pregunté extrañada.

—Lo he alquilado con otro nombre.

Parpadeé lentamente.

—¿Por qué?

—El mío lo conocen —acotó arrancando el motor.

No contesté nada. Recorrimos el camino en silencio, nos alejamos poco a poco del centro de Nueva York, yendo a las afueras. Me pregunté dónde estaríamos yendo, no obstante, antes de que pudiera si quiera abrir la boca para esclarecerlo, Andrew abrió la guantera para sacar la dichosa pistola. Me tensé por completo en el sitio viendo cómo atisbaba continuamente por los

espejos retrovisores.

—¿Qué pasa?

—Nos están siguiendo.

Rápidamente, giré la cabeza para observar por la luna trasera del coche cómo otro vehículo negro nos pisaba los talones. El corazón se me subió a la garganta y mis ojos se encontraron con los de Zaira, que casi se salían de sus órbitas mientras temblaba en su asiento. Volví a Andrew.

—¿Cómo nos han encontrado?

—No lo sé. —Miró a Zaira a través del espejo retrovisor—. ¿Llevas algo del club? Cualquier cosa que pueda esconder un rastreador.

Dios santo, a esos niveles estaban dispuestos a llegar para controlar su mercancía. Ella se quedó quieta, negó con la cabeza, pero entonces pareció caer en cuenta y echó mano al colgante de su cuello. Se lo quitó enseguida.

—¿El collar? Nos lo daban a todas al empezar y dijeron que no nos lo quitáramos para nada.

—Joder —masculló Andrew—. Tíralo, rápido.

Zaira se apresuró a abrir la ventanilla y lanzó la gargantilla a la carretera con fuerza.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté, ansiosa por el coche que nos seguía a poca distancia.

La respuesta de Andrew fue pisar el acelerador a fondo, haciendo que nuestros cuerpos se estrellaran hacia atrás. Condujo como un loco por la carretera perdiendo proximidad con el otro vehículo hasta adentrarnos en la nada. Tan solo el asfalto se alargaba frente a nosotros. Miré de nuevo atrás, el enemigo había subido la velocidad también, no le quedaba demasiado para alcanzarnos.

—¡Agachaos! —bramó de pronto Andrew.

Un segundo después de que me agachara seguida de Zaira, un disparo impactó en la luna trasera del coche y el cristal estalló en cientos de pedazos. Zaira gritó y Andrew pisó el acelerador de nuevo pasando por mucho el límite de velocidad. Con el corazón saliéndose de mi pecho, me quité las manos de la cabeza y miré a aterrada a Zaira.

—¿Estás bien? —exclamé.

Ella se cogía el brazo donde tenía un corte que sangraba provocado por uno de los cristales. Levantó la vista hasta mí con el pánico nadando en sus ojos y asintió.

—Sí, solo… —cogió aire pues respiraba agitada—. Solo me he cortado un poco.

—Vale. —Miré por la luna resquebrajada, el vehículo que nos seguía estaba más lejos que antes—. Mantente escondida.

Zaira obedeció y se tumbó en el asiento para que no la pudieran alcanzar si volvían a disparar. Volví a mi posición para ver cómo Andrew preparaba con una mano el arma que descansaba en su regazo.

—Abre la guantera —me ordenó. Inquieta, hice lo que me pedía—. Coge los papeles de

arriba.

Los saqué, había un billete de autobús, una identificación falsa con la foto de la chica y un sobre con unos cientos de dólares.

—No pretenderás…

—Vais a bajar del coche y a marcharos corriendo a la estación de autobuses que está a unas seiscientas millas, yo os cubriré —explicó.

—¿Cubrirnos? —cuestioné, atacada de los nervios.

—Me encargaré de ellos.

—¿Solo? No sabes cuántos son.

—No importa. —Frenó el motor de golpe, consiguiendo que casi me estampara contra el salpicadero. Al tiempo que bajaba del coche con la pistola nos gritó—: ¡Vamos, fuera!

No repliqué, no había tiempo. Salí del vehículo mientras Andrew disparaba a nuestros perseguidores, agarré la mano de Zaira que lo había hecho también y corrí con todas mis fuerzas por la carretera. Ni siquiera miré atrás, tan solo podía pensar en sacar a esa chica de allí, en ponerla a salvo, en llegar al autobús lo más rápido posible. Nuestras pisadas y jadeos desesperados eran lo único que se escuchaba en aquel escenario desierto hasta que el sonido desagradablemente conocido de los disparos rasgaron el silencio. El pulso me bombeaba con fuerza en las venas, me inundaba el miedo, pero no frené.

Cerré los ojos con fuerza y continué corriendo.



SU MUNDO

Una tras la otra conseguimos vislumbrar la estación y llegar a ella unos minutos más tarde. Sudando y sin permitirnos un segundo para recuperar el aliento, ojeé en los papeles qué autobús debía coger. Lo busqué en la pantalla, corrimos de nuevo hacia su línea pues estaba a punto de salir.

Al verlo, alcé la mano para que el conductor esperara a Zaira. Le tendí su nueva identidad y el dinero, lo cual cogió con la mano temblorosa. El corte de su brazo había dejado de sangrar, pero podía llamar la atención. Me quité la chaqueta fina que vestía y la obligué a ponérsela para taparlo.

—Sube, ya estás a salvo.

Ella me contempló con la mirada vidriosa.

—¿Andrew estará bien?

—No te preocupes, ha salido de cosas peores.

—Nunca podré pagaros lo que habéis hecho por mí, por favor, dale las gracias. Y espero no haberle metido en ningún problema.

Asentí con el intento de una sonrisa.

—Olvida lo que ha pasado y sigue con tu vida.

Zaira me dedicó una última mirada agradecida y subió al autobús que la llevaría a su libertad. La observé caminar por el interior hasta tomar asiento, a través de la ventana me dijo adiós con la mano, gesto que le devolví. El bus arrancó y, dejando una nube de polvo, se alejó de

la estación. Permanecí unos segundos allí parada, mirando a la nada, escuchando el sonido todavía frenético de mi corazón en los oídos.

Andrew.

Regresé a la realidad al ver su rostro en mi mente. Giré sobre mis talones y corrí fuera de aquel lugar. Volví al punto en el que nos había dejado, pero allí solo estaba el coche alquilado. Ni rastro del que nos había perseguido. Ni de él. Con una presión insoportable en el pecho, caminé despacio hasta el vehículo. Los cristales en el asfalto crujieron bajo mis pies cuando estuve a su altura. Me incliné para mirar dentro con el miedo en los huesos de encontrar… su cuerpo.

Solté todo el aire al ver que estaba vacío. Miré también en el maletero, por si acaso. Nada. Saqué el móvil del bolsillo del vaquero y le llamé. Sonó varias veces, pero no lo cogió. Tragué saliva intentando pasar el nudo que se estaba formando en mi garganta.

¿Dónde narices estaba?

Llamé de nuevo.

«Cógelo, Andrew, maldita sea.»

No contestó. Cerré los ojos, me pasé una mano por el pelo, di la vuelta, miré en todas direcciones.

Esto era lo que significaba acercarme a él.

Esto era su mundo.

Esto era lo que con tanto ahínco alejé de mi vida. El miedo, la incertidumbre, la muerte. Andrew se movía al son del infierno, bailaba con sus llamas y no le importaba quemarse vivo. Sabía que la única forma de salir de eso era con los pies por delante. Y me enfurecía sobremanera estar rompiéndome por dentro solo de imaginar que lo habían asesinado. Que no volvería a verlo nunca más. Que no volvería a oír su voz profunda, ni a ver sus ojos verdes. Que no sentiría jamás su tacto sobre mi piel.

Al borde de las lágrimas, con el corazón golpeando sin piedad mis costillas, marqué su número por última vez. Sin esperanza, esperé mientras sonaba. Cada toque era como un puñal en mi estómago.

«Por favor…»

Levanté la vista y divisé una figura acercándose. Poco a poco, en aquella carretera desierta fui vislumbrando la persona que se recortaba contra el horizonte. Mis piernas perdieron fuerza al reconocer a Andrew y dejé caer el brazo en el que sujetaba el móvil. El alivio inmenso que sentí al cruzarme de nuevo con esa mirada penetrante me descolocó. Ni siquiera lo pensé, solo corrí hasta él y lo abracé. Rodeé su cuello con los brazos, apretándolo contra mi cuerpo, temiendo que fuera una alucinación y desapareciera en cualquier momento en una nube de polvo.

Andrew me recibió sin rechistar, me arropó y hundió su rostro en el hueco de mi cuello.

—Joder, me has dado un susto de muerte… —murmuré.

—Lo siento. —Acarició mi pelo—. Estoy bien.

Lentamente, me separé para verle bien, entonces me percaté de la herida que tenía en su hombro, que sangraba manchando su camisa.

—¿Bien? Estás herido.

—Solo me ha rozado una bala.

Fruncí el ceño. Los disparos regresaron a mi memoria. El coche que nos seguía…

—¿Qué ha pasado?

—Solo era uno. He tenido que matarlo —explicó con una expresión sombría—. Su coche lo he dejado apartado con el cadáver dentro. También he cancelado la búsqueda de la chica con su teléfono asegurando haberla asesinado.

Asimilé lo que acababa de decir.

—¿No sabrán que has sido tú?

—Tranquila, ahora ya no puede delatarme… —Alcé una mano para hacerle callar. No necesitaba escuchar más. Odiaba saber de lo que era capaz. Por suerte, él respetó mi deseo—. ¿La chica ha huido sin problemas?

—Sí.

Andrew se lamió los labios.

—Tenemos que deshacernos del coche…

Me quedé mirándole mientras el estómago se me revolvía. No quería entenderlo, pero lo entendía. Si encontraban ese coche, tanto la policía como Fabio, Andrew podría estar en peligro. Asentí despacio con la cabeza. Sin decir nada más, le seguí en dirección al coche alquilado. Condujo hasta la zona donde había dejado el que nos había perseguido. Andrew se apeó y se inclinó sobre mi ventanilla.

—Yo llevaré el otro. Sígueme, ¿vale?

—Vale…

Me cambié de asiento para estar delante del volante. Le vi caminar hacia el vehículo, meterse en el asiento del conductor y arrancar el motor. Como bien me había pedido, le seguí cuando se incorporó a la carretera. Llegamos al río Hudson, a las afueras de la ciudad. Rodeados de vegetación. A lo lejos se veía el puente. Andrew aparcó y salió del coche. Yo hice lo mismo. Lo había dejado al límite de la orilla.

Supe lo que pretendía hacer.

—Hay que empujar —me dijo con un tono apagado.

Tragué saliva. Apreté y aflojé los puños para intentar canalizar mi inquietud, pero no sirvió de mucho. Ojalá pudiera cerrar los ojos y desaparecer.

Caminé hasta el coche, Andrew y yo nos miramos a los ojos, pusimos las manos en el

parachoques y empujamos. Empujamos. Volvimos a empujar. Las ruedas se movieron por la tierra. El coche avanzó y cuando la parte delantera se inundó en el agua, nos apartamos. Observé como el vehículo se hundía en el río poco a poco, provocando burbujas a su alrededor.

En el maletero había un cadáver. Una persona. Puede que su familia jamás le encontrase, y aquella tumba acuática lo ocultara para siempre. Las náuseas me subieron hasta la garganta y me di la vuelta para volver al coche alquilado. Andrew me imitó unos segundos después.

Nos mantuvimos todo el trayecto en silencio. Todo lo que había ocurrido estaba dando vueltas en mi cabeza y ya no sabía qué pensar. Ya no sabía qué debía sentir. Lo único que tenía claro era que no estaba dispuesta a seguir siendo testigo de aquella locura.

Cuando llegamos a mi calle, Andrew apagó el motor, nos quedamos callados un momento en el que pensé en decir mil cosas, pero finalmente no fui capaz. Me quité el cinturón y abrí la puerta para salir del coche. Miré a Andrew cuando él hizo lo mismo y rodeó el vehículo para estar frente a mí. Fruncí el ceño con la vista clavada en la pequeña mancha de sangre que adornaba su camisa. El remolino de emociones en mi pecho todavía me asfixiaba. Todavía me instaba a sacarlo todo como si fuera un veneno queriendo escapar de mi organismo. Inhalé lentamente para tranquilizarme y decidí que debía saber lo que Zaira me dijo.

—Zaira me pidió que te diera las gracias, que nunca podrá agradecerte lo que has hecho por ella.

Andrew asintió con la cabeza. Sentí el impulso de zarandearlo, de exigirle que parara, de obligarlo a dejar de simular ser una maldita roca sin sentimientos. Aunque… tampoco entendía el motivo. Debería darme igual. Debería darme igual que Andrew se arrojara al peligro con los ojos cerrados y no le importara. A él no le importaba morir o matar por sus convicciones, por lo que creía correcto.

Pero a mí sí. Joder, a mí sí.

—Ahora tiene la oportunidad de una nueva vida —dijo despacio.

—¿Y tú? —salté—. ¿Cuándo vas a tenerla?

Me observó aturdido.

—Megan…

—Rescatar chicas inocentes de la prostitución es un acto increíble y valiente —aseguré con el corazón palpitando con fuerza—. Felicidades, lo has hecho bien, Andrew.

Hice ademán de marcharme, pero él me retuvo por el brazo. Esta vez fue su turno de fruncir el ceño.

—¿A qué viene eso? ¿Y por qué pareces enfadada?

—¡No estoy enfadada! —exclamé zafándome de su agarre.

Su ceja se alzó claramente disconforme con mis palabras. Apreté los dientes. ¿Qué cojones me pasaba?

—Entiendo todo el asunto de la redención —aclaré intentando mantener la compostura—. De verdad que lo entiendo, ellos deben pagar, pero… ¿por qué tu? ¿Por qué tienes que mancharte tú las manos de sangre? ¿No hay otra forma de hacerlo? ¿Otra forma que no implique que te peguen un tiro en la cabeza en cualquier momento?

Sus ojos verdes se ensombrecieron. Me mantuvo la mirada durante unos segundos y pude ver el sentimiento de impotencia que se adueñó de su rostro. Desvió la vista y un nervio en su mandíbula palpitó.

—No.

Su respuesta directa y seca me presionó un poco el corazón. Él no quería abandonar su misión de redimirse. O su venganza. No estaba segura. Empezaba a tener dudas. ¿Por qué ir tan lejos para conseguir destruir a esa mafia? Para eso teníamos a la Policía, el FBI o lo que fuera. Me daba la sensación de que había algo más detrás de los motivos de Andrew. Algo importante que le impedía apartarse y por el que daría su vida hasta ese punto.

—Mentira —acusé—. Lo que pasa es que no quieres parar, estás cegado con la venganza.

—¿Acaso no te has sentido bien ayudando a esa chica? —preguntó volviendo a mis ojos.

Parpadeé, contrariada.

—Claro que sí.

—Si quieres salvar a la víctima, antes tienes que luchar con el villano. No hay otra opción.

—¡Él te matará! —proferí alterada.

—Es el riesgo que debo correr.

Tenía los nervios de punta, los hombros en tensión. Quería agredirle y chillarle. Hacerle entrar en razón.

—¿Por qué coño estás tan obsesionado con esto hasta el punto de arriesgar tu vida? ¡Explícamelo!

Las aletas de su nariz se dilataron. Su respiración se aceleró. Estaba perdiendo la calma. No respondió y yo decidí insistir hasta romperlo.

—Contesta —presioné—. O es que simplemente quieres hacerte el héroe.

Algo en su mirada cambió. Se acercó un paso a mí. La punta de sus zapatos chocaba con la de los míos. Contuve la respiración.

—Esta mierda es la culpable de que mi madre tuviera que largarse —masculló con rabia. Yo fruncí el ceño, confundida. ¿Su madre? ¿Qué tenía que ver en todo esto? —Lo que descubrió mi madre antes de abandonarnos era que el socio de mi padre quería traicionarlo por no haber aceptado traficar con mujeres. Iban a matar a mi padre y después vender a mi madre a la prostitución. Cuando la descubrieron tuvo que huir, tuvo que fingir su propia muerte y esconderse porque si volvía nos pondría en peligro a Josh y a mí.

Se pasó una mano por la boca, frustrado. Yo le miré en silencio, sin saber qué mierda decir,

asimilando la información. Un recuerdo se iluminó en mi mente.

—Tu madre… ¿lo escribió en las cartas?

Andrew asintió.

—En ellas lo explicaba todo —confirmó. Apretó los puños a sus costados—. Fabio Santoro es el hijo de ese socio. Continuó su legado una vez tuvo el camino libre después de la muerte de mi padre. —Me miró a los ojos fijamente, con el dolor y la ira pintando sus iris—. Esa familia destruyó la mía. Y voy a hacerles pagar y a quemar su puto imperio, aunque me maten en el intento.

Me quedé inmóvil, contemplándole.

El origen de todo.

Su madre y el verdadero motivo por el que se marchó. Por el que dejó su familia atrás, por el que Andrew se sentía siempre tan solo y tenía tanto miedo al abandono. Por el que ahora estaba delante de mí, roto, con la mirada turbada. Su juicio nublado por la venganza.

Separé los labios con lentitud.

—Andrew… Sé que lo que pasó con tu madre te ha dolido durante años, sé que quieres recuperarla, pero no me parece justo que te sacrifiques así. Ella se largó y nunca volvió. Pudo hacerlo cuando ya no había peligro, aun así, siguió escondida. Vale que tu padre se lo impidió, pero eráis sus hijos y no luchó por vosotros. ¿Y ahora tú crees que le debes algo? Esta venganza no tiene ningún sentido. Solo acabará contigo.

Él alzó su mano y rozó mi mentón para que le mirara. Una corriente eléctrica atravesó todo mi cuerpo con ese simple gesto.

Esos ojos… Se me clavaron en la memoria.

Yo solo quería que siguiera con vida.

No necesitaba nada más.

—No lo hago solo por ella; lo hago por mi hermano, por mí, por las víctimas. Entiendo que estés asustada. Siento haberte metido en esto y haberte preocupado antes. —Su ceño se profundizó por segundos, colmando su rostro de frustración—. He sido un cabrón que no piensa las cosas. Creías que habías salido de este mundo de mierda y vuelvo a tu vida para ponerlo todo del revés. Perdóname, Megan… pero no puedo parar. No puedo.

Se separó de mí y sin decir nada más, se alejó hasta la puerta del conductor, entró y arrancó el motor.

Me quedé allí, con el corazón encogido, viendo como su coche se alejaba calle abajo.



LOCURA

Esperé moviendo el pie en el suelo a que Leah saliera del colegio. Cuando lo hizo dibujó una especie de mohín al verme. Me contuve de imitarla. Sabía que estaba molesta por no haberla llevado al colegio por la mañana. Aún me sentía mala madre, pero lo que hice… lo que hicimos, salvar a Zaira, fue lo correcto. Inevitablemente la última conversación que habíamos mantenido Andrew y yo apareció en mi cabeza.

Todavía estaba asimilando el hecho de que su pasado era el detonante de todo. De que su madre siempre fue el centro de su obsesión por vengarse. Podía comprenderlo. Si yo estuviera en su lugar y tuviera en mis manos la oportunidad de hacer justicia con los que me quitaron a alguien tan importante, la aprovecharía. Después de tantos años, tanto sufrimiento, incertidumbre y soledad, Andrew veía la forma de sacar la espina que quedó clavada en su corazón. Se aferraba a su misión como si fuera lo único que podía salvarlo. Como si fuera la única forma de recomponer los pedazos de su alma.

Me dolía pensar en él y en lo que podría estar sintiendo. La necesidad de hacerle desistir me ardía en las entrañas. Quería que dejara de sufrir. Quería que dejara de fustigarse. Él no tenía por qué cargar con ese peso. No tenía que arrastrar esa cadena en sus pies que le impedía avanzar. Pero le conocía bien y, por desgracia, sabía que no había fuerza humana que pudiera pararle.

Leah me miró ofendida cuando llegó donde estaba. Le dediqué una enorme sonrisa, pero no obtuve una igual en respuesta.

—Hola, cariño. ¿Te ha ido bien?

—Pensaba que no vendrías a por mí.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué pensabas eso? Siempre vengo.

—Porque siempre me traes, pero hoy no.

Agh. De verdad, esta niña era experta en hacerte sentir culpable a niveles desorbitados. Me agaché a su altura y le recoloqué el asa de la mochilita.

—Lo siento mucho, no volverá a pasar. Tenía algo súper importante que hacer.

—¿El qué?

—Cosas aburridas de mayores.

«Dios, perdóname por tanta mentira.»

Leah continuaba con esa expresión de no querer hablarme en meses, de modo que la cogí de la mano e intenté usar una baza que normalmente funcionaba.

—¿Qué tal si vamos a comer chocolate caliente con Elia?

Sus ojitos verdes se iluminaron y casi suspiro de forma dramática por el alivio. Mi hija asintió rápidamente con la cabeza. Le sonreí y saqué el teléfono para llamar a mi socia. Ni falta hace decir que tardó un suspiro en presentarse en la cafetería porque el chocolate podía con ella. Después de saludarnos, con más efusividad a Leah, por supuesto, se recolocó el pelo caoba detrás de los hombros y me miró con suspicacia.

—Tú tienes que contarme algo.

Tomó asiento y las tres pedimos nuestras bebidas calientes. Yo no respondí nada a la repentina acusación de Elia mientras ella continuaba mirándome con los ojos entrecerrados.

—Vamos, que no tengo todo el día, por desgracia —clamó. Echó un vistazo a Leah, comprobando que ella estaba ensimismada con su libro infantil al tiempo que daba sorbos a su pajita—. ¿Dónde has estado?

Tomé un trago de mi chocolate.

—Haciendo unos papeleos del banco.

—Esa es la excusa que pones a los demás, no a mí. Soy tu amiga y te conozco. Algo te ha pasado, tú no me cambias el turno así como así a no ser que tenga que ver con Leah, que no es el caso. Y tampoco me dices que cierre tan pronto la librería para venir a tomar chocolate, que no me quejo, pero es raro. Además, llevas un careto horrible, como si no hubieras dormido.

Esbocé un mohín con los labios dándome cuenta de que no podía ocultarle gran cosa a esa persona que parecía más un detective que una amiga. De todas formas, hice el intento.

—Imaginaciones tuyas. Solo quería pasar un rato con vosotras y despejarme.

—Te creería… —Bajó la voz a un susurro—. Si no supiera que estás involucrada con tu exnovio exconvicto exmafioso supersexi.

Miré veloz hacia Leah, pero parecía estar en su mundo, acto seguido atisbé con molestia a

Elia.

—No digas esas cosas delante de ella.

—Bueno, ¿pero he acertado? ¿Tiene que ver con él?

Derrotada, dejé escapar un largo suspiro.

—Anoche vino para que le ayudara con algo. No preguntes el qué. Pero tuve que hacerlo.

—¿Algo ilegal? —preguntó preocupada.

—No. Algo bueno.

Elia se dejó caer contra el respaldo del asiento.

—Algo bueno que puede traer problemas.

De pronto, el chocolate supo amargo en mi boca.

—Más o menos. —Vi la inquietud en la mirada de mi amiga, de modo que reculé y sonreí un poco—. Tranquila, no pasará nada. Está todo controlado.

Todo controlado. Ya me gustaría a mí. La realidad era que Andrew estaba descontrolado. Estaba ansioso. Era capaz de todo. Incluso de matar. Incluso de morir. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral y se me puso la piel de gallina.

El muy idiota iba a ir a esa gala benéfica e iba a meterse en la boca del lobo por iniciativa propia, abriendo sus fauces, colocando un pie dentro, después el otro. Y en cualquier momento podría morder.

No podía parar de pensar en que no quería que fuera solo. No quería que hiciera esto solo.

No quería que se sintiera solo nunca más.

Elia me observaba en silencio, evaluándome. Forcé más mi sonrisa e hice un gesto de desdén con la mano. Finalmente ella relajó sus hombros y bebió de su taza.

—Está bien, si tú lo dices, yo confío en ti.

—Gracias.

—Pero algún día me contarás todo para que escriba un libro, eh. Los derechos son míos.

Rodé los ojos. Leah me tocó el brazo.

—Quiero ir al baño —pidió.

Me disculpé con Elia y cogí a mi hija de la mano para adentrarnos en el local, ya que estábamos fuera, e ir al servicio. Mientras esperaba en la puerta porque Leah lo hacía sola, lo que sucedía en una de las mesas llamó mi atención. La camarera, que parecía incómoda, servía las bebidas a tres chicos. Uno de ellos le sonreía y decía algo. Cuando la chica se alejó el tipo silbó mirando directamente a su trasero. Al llegar a la barra, la camarera suspiró intentando controlarse y su compañera le dio un apretón en la mano.

Cuantas veces tuve que sufrir escenas de ese estilo cuando trabajaba en el Eclipse. Cuantas veces me silbaron, me rozaron el culo “sin querer”, o me dijeron obscenidades. Yo lo viví en carne propia, de modo que las entendía.

«La convencieron para trabajar de camarera». Las palabras de Andrew resonaron en mi cabeza. Estas chicas, tan jóvenes, con tanto que vivir, podían ser una más. Una presa más de esos cabrones proxenetas que las encandilaban con mentiras y engaños. Que les ofrecían lo que más necesitaban para robarles todo después. Para convertirlas en marionetas. En muñecas a merced de niñatos, hombres y viejos asquerosos como los que estaban sentados tan felices a esa mesa, riendo, ajenos a la inseguridad que sentía esa pobre chica.

Apreté los puños sin darme cuenta. La sangre me hervía en las venas. Joder, yo también quería pararlos. Yo también quería que pagaran. Quería que sufrieran y que perdieran todo al igual que ellos se lo arrebataron a tantas mujeres.

De pronto, la idea inamovible de ayudar a Andrew en su misión suicida se hizo hueco en mi interior. Presionando. Apartando el juicio y la moral. Asesinando mi estabilidad.

Leah salió del baño y me miró interrogante.

—¿Mamá?

Sonreí a mi hija, luego le di mi mano. Al pasar al lado de la mesa de esos tíos, no pude evitar decir algo.

—Esa chica jamás tendrá nada con un pringado como tú, así que cállate la boca y deja de hacer el ridículo.

El chico de no más de veintipocos años, me atisbó sorprendido y parpadeó. A su lado otro le preguntó, pero él solo negó con la cabeza.

Leah me echó una ojeada.

—¿Qué has dicho?

—Nada, cariño. Volvamos con Elia.



Al día siguiente, después de dejar a Leah en el colegio, llamé a Andrew. La mano me tembló ligeramente mientras esperaba que lo cogiera. Cada toque era como un pequeño puñal en mi corazón.

—¿Megan?

Respiré hondo al escuchar su voz.

—¿Puedes hablar?

Se oyeron ruidos metálicos.

—Estoy trabajando en el taller, pero dime.

—Preferiría decírtelo en persona.

—¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?

No. Se me había ido la olla. Pero no era ninguna novedad.

—Estoy bien. Solo quiero decirte una cosa.

Le oí suspirar, luego un golpe seco parecido a un capó siendo cerrado.

—Le diré al dueño que tengo un imprevisto y cerraré durante una hora. Nos vemos en mi piso.

—Vale.

Sentí que ambos queríamos añadir algo, sin embargo, no lo hicimos y colgamos. Observé la pantalla del móvil, quieta, con el cerebro a mil por hora. En toda la noche no había dejado de darle vueltas al mismo tema. Las chicas, la mafia, los proxenetas, Zaira, la camarera, el hombre de los ojos negros. La venganza. La redención. El peligro. Andrew.

Yo. Y lo que podía hacer. Lo que quería hacer.

Si valía la pena.

No lo sabía.

No tenía ni puñetera idea de si valía la pena. Si me iba a arrepentir. Si iba a salir todo mal. Si iba a ser el error más grande de mi jodida existencia. Pero aquí íbamos de nuevo.

Hice girar la llave en el contacto y arranqué el motor de mi coche. Giré el volante para conducir hasta el piso de Andrew con el pulso latiendo en mis oídos. Al llegar aparqué un par de calles más allá, como siempre, caminé hasta el edificio y vi a Andrew apoyado sobre la pared de ladrillo con una mano en el bolsillo del pantalón y la otra sujetando un cigarro.

Cuando me visualizó su expresión se relajó, aunque el ceño continuó un poco fruncido.

—Hola —dije.

Realizó un gesto con la cabeza para señalar el edificio.

—Hablaremos más tranquilos arriba.

Asentí con la cabeza.

Subimos en silencio. Un silencio electrizante, inquietante. Una parte de mí deseaba chillar. Sentía la adrenalina y la tensión inundando mi cuerpo, colándose en cada poro y agarrotando cada músculo. Llegamos a su puerta y Andrew abrió para después darme paso. El piso estaba tan frío que me cubrí los brazos con las manos, a pesar de llevar puesta una chaqueta vaquera. Andrew me observó. Mi corazón rebotó cuando separó los labios para hablar, pero no se lo permití.

—Quiero ir contigo a la gala benéfica —solté a bocajarro.

Su ceño se frunció tantísimo que parecía que sus cejas se fusionaban.

—¿Te has vuelto loca? Por supuesto que no.

—Necesitas que alguien te ayude, no lo conseguirás solo. Puedo vigilar mientras sacas los documentos, despistar o entretener a sus hombres…

—Basta —me calló levantando la mano. Me taladró con la mirada—. No es ningún maldito juego, Megan.

—Ya lo sé. No me pasará nada, no se arriesgarán a hacer algo en un lugar con tanta gente.

—Es demasiado peligroso. Olvídalo.

—No me vengas ahora con la mierda de que es peligroso —escupí frustrada, apretando los puños—. ¡Tú eres el peligro en persona! Y aun así me buscaste, me seguiste, te metiste en mi vida y me arrastraste a tu mundo otra vez, y te dio igual que fuera peligroso. Tú mismo lo admitiste. Así que no me jodas, Andrew.

Él presionó los dedos en el puente de la nariz y dejó escapar un profundo suspiro. Cuando devolvió la vista a mí pude vislumbrar algo de inseguridad en su aparente mirada decidida.

—Sí, tienes razón, ese fue mi error —aceptó. La afirmación me dolió un poco, saber que se arrepentía de haberse acercado a mí. Intenté ignorar la presión que sentí en el pecho—. Pero aún puedo remediarlo. No sé qué va a pasar ahí, Megan, ni siquiera sé si saldré con vida; mucho menos puedo garantizar tu seguridad. Así que no, no pienso permitir que vengas. Voy a mantenerte al margen de esto como debí hacerlo desde el principio.

Apreté los labios en una fina línea. Cualquiera con sentido común claudicaría, entendería la situación y los motivos, no insistiría en meterse en la boca del lobo, pero, aunque los años me habían hecho madurar, realmente no había cambiado tanto; continuaba siendo una estúpida impulsiva que quería patear el culo a los mafiosos malos. Y continuaba siendo una estúpida ingenua que anteponía su corazón a la razón. Que no podía dejar solo a Andrew ante el villano.

—Estás actuando igual que cuando me secuestraste —espeté con rencor. Sentía la ira, la frustración y el desconcierto nadando en mis venas, contaminándolas con la emoción que se esforzaba con escapar de mi boca. Andrew me mantuvo la mirada, herido por mis palabras. Sabía que no le gustaba que lo llamara de ese modo. Y quizás lo hice precisamente para hacerle daño —. Siempre intentando que me estuviera quietecita en una habitación, que cerrara los ojos y me tapara los oídos ante lo que pasaba a mí alrededor. Que no hiciera preguntas ni me inmiscuyera. Creía que habías aprendido que eso es imposible, aunque ya veo que no.

Su mandíbula palpitó ante mis palabras, pude ver que todo su cuerpo estaba en tensión. Me molestaba ver el control que ejercía sobre sí mismo. Esa postura de hombre de acero, impenetrable, vacío. Pero no era así, Andrew no era así. Le empujé con ambas manos en su pecho. Él, que no se lo esperaba, retrocedió un paso hacia atrás.

—Megan… —siseó con voz ronca.

—No soy tu puto juguete —proferí, y lo empujé de nuevo. Esta vez no se movió un ápice—.

No soy uno de tus hombres. —Mi puño aterrizó en su torso. Recibió el golpe casi sin pestañear —. No soy un maldito cero a la izquierda. —Hice amago de atacarlo de nuevo, pero me retuvo por las muñecas. Me esforcé por soltarme, solo logrando que ejerciera más fuerza en ellas. Eso no me frenó—. No puedes usarme cuando te conviene y luego apartarme cada vez que te da la gana como si todo esto no fuera conmigo. Soy incapaz de mirar hacia otro lado mientras te lanzas a la muerte sin pensar, joder. Y si no querías que me involucrara, ¡no haber aparecido en primer lugar!

—¡Solo quiero protegerte, maldita sea! —exclamó, sobresaltándome—. Ya sé que la he cagado mucho contigo desde el día en que te conocí, pero sabes que me pondría delante de una bala por ti. Si te pasara algo por ayudarme, me volvería loco. —Sus manos se aflojaron en mis muñecas, y finalmente las dejó caer. Yo solo escuchaba el fuerte latido de mi corazón en los oídos—. Te perdí una vez, Megan, y no dejaré que vuelva a pasar. No puedo perder lo único bueno que tengo en esta miserable vida.

Parpadeé lentamente mientras mi pecho se encogía, presionando en mi corazón como si alguien lo estuviera estrujando entre sus manos sin reticencias. Mis labios se entreabrieron, y no fui capaz de controlar lo que mi alma ansiaba expulsar.

—Yo tampoco puedo perderte… —susurré.

Los ojos verdes de Andrew buscaron mi mirada, se hundieron en ella, como si quisiera encontrar respuesta a todas las preguntas sin respuesta.

¿Por qué había dicho eso?

No lo sabía. Pero era la verdad.

Cuando pensé que había muerto en el rescate de Zaira, el mundo se me cayó a los pies. Por mucho que me obligara a mí misma a odiarle, por muchos motivos que tuviera para hacerlo, jamás sería capaz de sacar la espina que clavó en mi corazón. Estaba demasiado incrustada, demasiado profunda.

Por más que luchara contra lo que sentía por el hombre que tenía delante, desde el principio supe que era una batalla perdida. Y realmente, no podía asegurar que algún día llegase a desear ganarla. Porque los sentimientos que hubo, que quedaron, que se encendían como las cenizas calientes, eran lo más intenso y bonito que había vivido nunca.

—Me lo estás poniendo muy difícil —musitó Andrew rasgando el silencio que se había creado entre nosotros.

—¿El qué? —pregunté en voz baja.

—Alejarte de mí.

Puede que en ese instante mi cordura se apagara. Se apagó todo. Y me dio igual. Aferré en mi puño la camiseta que cubría su torso. Su corazón galopaba con fuerza en su interior.

—No me alejes —respiré—. Por favor…

Las palabras casi no habían salido de mis labios cuando Andrew me cogió por la nuca y sus labios cubrieron los míos. Me besó con fuerza, con desesperación, como si fuera incapaz de controlarse. Ese dominio de sí mismo del que siempre era dueño, se desvaneció con rapidez. Abrí la boca para dejar pasar su lengua sin dudarlo ni un segundo y le devolví el beso con la misma intensidad.

Quizás él tenía razón, me había vuelto loca. Y debía admitir que la locura era fascinante.

Andrew rodeó mi cintura con el otro brazo y yo aproveché para echar los míos a su cuello y acercarlo más a mí si es que era posible. Trastabillamos hasta la pared cercana, pegó mi espalda a esta, colocando una de sus manos en el tabique y haciéndose hueco entre mis piernas. Gemí en su boca al sentir lo duro de su entrepierna en mi bajo vientre. Él gruñó en respuesta, besándome después con más ahínco. Nos juntamos, nos apretamos, nos deseamos. Era insuficiente lo que obteníamos del otro.

Sin separarse de mis labios, Andrew me quitó la chaqueta vaquera, y yo empecé a levantarle la camiseta.

Jadeante, él se separó un momento para quitársela. Observé embelesada su torso fuerte y marcado de heridas recientes y pasadas. La puñalada que le dieron era tan solo una cicatriz en su pecho. Coloqué una mano sobre su piel y tracé lentamente la forma de sus músculos con los dedos mientras sentía como se tensaba bajo mi tacto.

Sin perder tiempo, me atrapó otra vez contra la pared para besar mi cuello, por el cual deslizó su boca haciéndome cerrar los ojos y ladear la cabeza para alentarle. Luego agarró el dobladillo de mi camisa y la alzó sobre mi cabeza para sacarla. La lanzó por ahí, y yo no hice nada por detenerlo. Su mano ascendió por mi costado hasta el interior del sujetador. Me lo quitó y envolvió con su palma mi pecho desnudo provocándome un jadeo.

—No sabes cuánto tiempo he esperado esto —murmuró sobre mis labios—. Estaba perdiendo la maldita cabeza por tocarte, mariposa.

—Pues hazlo —respondí casi sin voz—. Tócame.

El pezón se me endureció cuando él lo acarició con el pulgar. Una oleada de excitación subió por mi garganta.

—¿Dónde? —preguntó con el tono áspero—. Dime dónde quieres que te toque. Dime qué necesitas.

—Te necesito a ti, en todas partes.

Sus labios presionaron los míos de nuevo. Lo atraje más a mí cogiéndolo por la nuca, devorando yo también su boca como si fuera el agua en el desierto que tanto ansiaba. Andrew desabrochó mis vaqueros e introdujo su mano en mis braguitas. Rozó mis pliegues sensibles con las yemas. Para ese punto ya estaba súper húmeda, lo cual pareció gustarle.

—¿Aquí? —susurró entre besos.

—Sabes que sí.

—Pero no creo que mi mano sea suficiente.

—¿Qué…?

Andrew se arrodilló delante de mí y bajó despacio mis vaqueros por los muslos. El corazón me rebotó en el pecho cuando le siguieron mis braguitas. Me lanzó una mirada oscurecida por el deseo antes de enterrar la cabeza entre mis muslos y deslizar su lengua por mi centro. El aire se quedó atascado en mis pulmones mientras chupaba mi clítoris y las oleadas de placer hacían que me temblaran las piernas. Él agarró una de ellas y la colocó sobre su hombro para tener mejor acceso. Continuó dando lametazos sin tregua, alternando entre unos más rápidos y certeros, y otros más lentos que abarcaban toda la zona.

Perdí la noción de dónde estaba.

La tensión que se había creado en la boca de mi estómago se intensificó cuando sumergió dos dedos en mi interior y los enroscó hacia arriba sin dejar de lamer. Boqueé como un pez fuera del agua, incapaz de hablar, inundada por el placer que su lengua me regalaba moviéndose en círculos sobre mi punto más sensible.

—Oh, Dios —exhalé agarrándome a su cabeza y hundiendo mis dedos en las hebras de su pelo.

—Déjalo salir, mariposa —ronroneó.

Y eso hice. Llegué al clímax, echando mi cabeza hacia atrás hasta chocar con la pared. El intenso orgasmo colmó mi cuerpo consiguiendo que perdiera la fuerza, por lo que Andrew me sujetó.

Las réplicas aún sacudían mis músculos cuando él se levantó y presionó cerca de mi trasero para instarme a levantar las piernas y rodear su cintura. Conmigo a cuestas, se dio la vuelta y me llevó hasta la cama en la que me depositó de espaldas. Me incorporé sobre los codos para observarle en silencio desabrocharse el cinturón y deshacerse de sus pantalones. Vi cómo se acercaba a la mesita auxiliar y sacaba un preservativo del primer cajón. Cuando regresó junto a mí se lo quité para dejarlo a mi lado en la cama.

Quería tener el control por un momento, quería inundarme de esa sensación de poder que solo el tenerlo a mi merced podía darme. Metí la mano en sus calzoncillos y me adueñé de su miembro. Andrew se estremeció al notar mis dedos cerrándose entorno a su erección.

—Megan…

Me humedecí los labios. Él me miró desde arriba como si fuera una especie de ángel de sus fantasías al tiempo que una de sus manos acariciaba mi mentón.

—Sabes que no tienes que devolvérmelo.

—Y no lo estoy haciendo.

Lo hacía porque lo deseaba.

Andrew fue a replicar, pero terminó por dejar escapar algo parecido a un gemido cuando lo introduje en mi boca. El sonido me excitó todavía más. Lo vi cerrar los ojos y tensarse mientras la mano con la que me acariciaba se deslizaba hacia mi nuca y se enredaba con mi cabello. Satisfecha con lo que le provocaba empecé a ir tan hondo como mi mandíbula me permitía e intenté no usar los dientes sin cesar de mover la lengua.

—Joder… —murmuró—. Me vas a hacer explotar más rápido de lo que me gustaría.

Continué unos minutos y sentí como latía en mi paladar, lo cual solo significaba una cosa, y Andrew se apresuró a separarse de mí para no terminar. Agitado, me limpió las comisuras de la boca con el pulgar. Se inclinó sobre mi cuerpo hasta que me tumbé de espaldas, me besó sin importar lo que acababa de hacer y se colocó entre mis piernas.

El fuego que abrasaba mis entrañas por la expectación casi me hace desfallecer. Respiró entrecortado a un centímetro de mi boca y clavó sus pupilas dilatadas en las mías.

—Si no quieres que siga tienes que decirlo ahora.

¿Hablaba en serio?

—Quiero que sigas.

—Dudo que sea capaz de ir despacio.

Alcé la cabeza para pegar mis labios a los suyos.

—Nunca me ha gustado ir despacio.

Andrew volvió a besarme y yo le correspondí. Le coloqué la goma con un movimiento lento. Él emitió un gemido ronco en mi oído que me puso a cien. Se balanceó sobre mí creando una fricción demoledora con su longitud en mi vértice.

Dios santo, no podía soportarlo más. Le deseaba. Le deseaba más que a nada en este jodido mundo.

Acuné su rostro entre mis manos y contemplé esos ojos verdes brillantes por la excitación. No cortamos la conexión de nuestras miradas mientras se colocaba en mi entrada. Los párpados se me cerraron de forma inevitable cuando me llenó por completo y un intenso torrente de sensaciones me sacudió el cuerpo. Dejó que mis paredes se acostumbraran a su paso, salió despacio y me penetró con fuerza, arrancándome un gemido.

Su mano derecha se enredó con la mía llevándola sobre mi cabeza, la otra sujetó mi muslo clavando las yemas en la carne para hundirse con más brío en mi interior. Pensé que era muy probable que me saliera un moratón. Mordí mi labio inferior ante sus movimientos, bombeando en mi cavidad, haciendo vibrar cada puta célula de mi ser.

¿Cómo pude pasar tanto tiempo sin apretar este cuerpo contra el mío? ¿Cómo pude sobrevivir sin sus caricias? Ahora lo veía imposible.

—Eres una puta condena —siseó Andrew en el hueco de mi cuello.

—¿Por qué? —jadeé.

—Porque me siento un prisionero de tu cuerpo… Sé que jamás tendré suficiente de ti.

Lo abracé, jadeante. Pues no pensaba liberarlo. No quería que terminara nunca ese momento. Quería quedarme allí, entre sus brazos, con nuestros cuerpos sudando, la piel caliente pegada una a la otra, los corazones galopando desbocados, los ojos cerrados y los sentimientos desnudos.

Comencé a gemir cuando noté cómo se empezaba a formar el orgasmo y Andrew se movió con más fuerza al escucharme.

—Mierda —balbuceé entre gemidos—. Voy a…

—Lo sé, hazlo conmigo, mariposa.

Su voz profunda en mi oído hizo que me corriera temblando de la cabeza a los pies por el placer inigualable que me inundó. Un par de minutos más tarde, Andrew se estremeció sobre mí, sus brazos se tensaron y me besó con ganas mientras se descargaba palpitando en mi interior.

Permanecimos quietos unos segundos, tratando de recuperar el aliento. Cuando se relajó, me miró a los ojos de forma penetrante. Yo me quedé muda. Sabía que lo que acabábamos de hacer abría una puerta peligrosa.

Habíamos cruzado la línea. Todas las malditas líneas.

—Lo siento si he sido brusco —murmuró, y pasó sus dedos por mi mejilla para apartar el cabello.

—No lo has sido.

Esbozó una sonrisa ladeada que me mordió un poco el corazón. Mierda. Esto era más que simple sexo.

Mucho más.

Andrew se echó a un lado. Permanecí mirando el techo un instante hasta que él habló:

—Megan, esto…

—No —le corté—. Preferiría no tener esa conversación ahora mismo.

Ni lo prefería ni estaba preparada.

—Está bien.

—Solo abrázame —susurré.

Me sentí vulnerable al pronunciar esas palabras, pero era lo que necesitaba en ese momento. De verdad lo necesitaba. Andrew se quedó en silencio, sin moverse, y el miedo atenazó mi estómago. A lo mejor se arrepentía de lo que acabábamos de hacer. A lo mejor yo debería hacerlo también. Debería levantarme, vestirme y largarme de allí. Fingir que nunca había ocurrido. Aunque no era eso lo que me pedía el cuerpo. Ni la mente. Ni el corazón. Nos habíamos dejado llevar y probablemente los dos estábamos igual de aturdidos.

Entonces sus brazos me rodearon con delicadeza y sus labios besaron el nacimiento de mi pelo. Mis músculos tensos se calmaron casi de forma inmediata cuando su calidez me envolvió.

Me acurruqué en su pecho desnudo, cerré los ojos e intenté no pensar en nada.



LO CORRECTO

Cuando abrí los ojos, me di cuenta de que me había quedado un poco traspuesta. La tenue luz del sol se filtraba por la ventana en la cual Andrew se encontraba apoyado con los codos, mirando hacia fuera mientras fumaba. Permanecí en el sitio, tumbada en su cama de lado, observando su figura esbelta a contraluz.

Un huracán de sentimientos e imágenes me invadió de pronto. Intenté masticar con calma el hecho de que nos habíamos acostado. Algo que jamás creí que volvería a pasar. Ni en sueños.

Pero había pasado. Y había sido uno de nuestros mejores encuentros. Las ganas, el deseo reprimido durante tanto tiempo explotó en cuestión de segundos, y nos consumió a los dos. Nos llevó a lo más alto del cielo. Aunque ahora me sentía como si hubiera descendido de golpe al suelo. A la realidad.

¿Qué iba a ocurrir ahora con nosotros? ¿Esto cambiaba algo? ¿Se suponía que estaba todo olvidado y superado? ¿Qué haríamos como si el pasado no existiese y comenzaríamos de cero? ¿Era yo capaz de eso?

Tragué saliva y me incorporé en la cama. Si continuaba pensando en todo aquello iba a estallarme la cabeza. Debía centrarme en lo importante, a lo que había venido a hablar con Andrew en primer lugar… Por mucho que luego las cosas se torcieran y tomaran un rumbo diferente…

Andrew se dio la vuelta al escuchar que me movía. Aplastó el cigarro en el alfeizar de la ventana, acto seguido lo lanzó al exterior. Me miró en silencio, con una expresión que denotaba

un poco de inquietud.

—Has despertado —señaló—. Tienes un vaso de agua en la mesita si tienes sed.

Asentí con la cabeza, y tapándome con la sábana me incliné para cogerlo y beber un poco. Mi boca reseca lo agradeció. Después salí de la cama, recogí mi ropa del suelo y empecé a vestirme.

—¿He dormido mucho?

—No, una media hora.

—Tendrías que haberme despertado —dije mientras me subía el vaquero y abrochaba el botón.

—Parecías cansada, me ha sabido mal.

Busqué con la mirada mi bolso, lo encontré en el sofá, así que me acerqué para cogerlo y sacar mi móvil. Respiré aliviada al ver que aún quedaban horas para que Leah saliera del colegio y que no tenía ninguna llamada ni mensaje. Me giré hacia Andrew al tiempo que lo metía de nuevo en el interior del bolso y volvía a dejarlo sobre el sofá. Crucé los brazos sobre el pecho e inspiré hondo.

—¿Vas a acceder a mi petición? —pregunté.

El rostro de Andrew se ensombreció. Apartó la vista y se pasó los dedos por la mandíbula. Yo me aproximé hasta que estuve a menos de un metro de él. Sus ojos se movieron del techo hasta mí con resignación.

—Supongo que no vas a dejarlo correr.

—La verdad es que no. Quiero ayudarte.

—Megan, ya te lo he explicado…

Le mantuve la mirada, estoica.

Sabía que él tenía razón, pero si había algo que se me daba especialmente bien era llevarle la contraria al hombre que se encontraba delante de mí.

—Ya has tomado decisiones en mi nombre demasiadas veces, Andrew —reproché con tono acusador—. Decidiste que me fuera contigo aquella noche en el callejón, decidiste que no iría a la pelea ilegal, que no debía saber nada de tus trapicheos hasta que fue demasiado tarde. Decidiste que me bajara del coche cuando nos pilló la policía… y decidiste dejarme porque según tú era lo mejor para mí. Pues, ¿sabes qué? Ahora voy a tomar mis propias decisiones. —Me señalé el pecho con el dedo mientras me acercaba un poco más—. Porque en mi vida yo tengo la última palabra. —Cogí aire y cuadré mis hombros ante la atónita mirada de Andrew—. Así que te acompañaré a la gala benéfica, conseguiremos esa información y haremos pagar a esos cabrones por toda la mierda que han hecho.

Andrew parpadeó con lentitud, asimilando mi discurso. Se pasó una mano por el pelo y dejó escapar un suspiro de sus labios.

—Está bien —claudicó.

Hice el esfuerzo por no sonreír con suficiencia, pero no pude evitar que las comisuras de mi boca tiraran hacia arriba.

—¿Cuándo es?

—El sábado a las nueve. Te recogeré una hora antes.

—¿Tendré que ir… ya sabes… elegante? ¿Un vestido largo y esas cosas?

—Sí. Puedo conseguirte uno.

Fruncí el ceño, molesta por ese punto.

—No me lo mandes en una caja con un lacito.

Andrew alzó una ceja y pude vislumbrar en sus ojos que había captado el recuerdo de la primera vez que me regaló un vestido. Cuando conocí a su padre. Casi se lo estampo en la cara de la rabia que me dio.

—Prometo intentarlo.

Di un paso atrás.

—Vale. Me marcho ya.

—Megan —me llamó. Mi sistema nervioso se encendió pensando que iba a sacar el tema que hábilmente había dejado a un lado—. ¿Qué harás con Leah?

Se me hizo un nudo en la garganta.

—La llevaré a visitar a sus abuelos.

Andrew me observó en silencio un par de segundos.

—Tus padres me odiarán más si se enteran de que te estoy metiendo otra vez en todo esto.

—Me he metido yo sola.

Era la verdad. Después de lo que me costó salir de su mundo, olvidar lo que implicaba y alejarme de cualquier cosa que tuviera que ver con la mafia… Ahí estaba. Entrando en la guarida por mi propio pie.

Los ojos de Andrew se colmaron de determinación. Redujo la distancia que había creado entre nosotros y alzó la mano para ahuecar mi mejilla. Tuve que hacer un esfuerzo por no inclinarme hacia su toque.

—Haré todo lo posible por protegerte. Te juro que volverás con tu hija sana y salva.

—Lo sé. Pero recuerda que sé cuidar de mí misma.

Él dibujó una sonrisa de medio lado y repasó la forma de mi labio inferior con su pulgar haciendo palpitar mi piel. Cerré los ojos un instante, procurando calmar las implacables ganas de que me besara que corrían por mis venas sin freno. Al abrirlos, la mirada nublada de anhelo de Andrew casi logra que ceda. Bajé la cabeza para evitarlo. No estaba lista para que sucediera de nuevo. Necesitaba poner en orden muchas cosas en mi mente y en mi corazón.

Andrew percibió mi incomodidad, de modo que se inclinó y depositó un beso lento en mi

mejilla. Una sensación cálida se retorció en mi estómago al notar el tacto de sus labios. Se separó de mí y yo retrocedí, cogí el bolso y lo miré.

—Hasta el sábado —dijo.

—Sí. Adiós.

Di media vuelta antes de arrepentirme, abrí la puerta del piso y salí cerrando tras de mí. Expulsé el aire de mis pulmones que había estado conteniendo. Cuando mi pulso adoptó un ritmo normal, emprendí el camino hasta mi coche.

Al llegar a casa me metí en la ducha y abrí el lado del agua fría a pesar de estar en otoño. Eso me ayudaría a despejar mi mente y quitarme de encima la sensación asfixiante que se pegaba a mi cuerpo. Cerré los ojos debajo del chorro de agua y dejé que se llevara todo consigo, como si la culpabilidad y la inquietud fueran lodo manchando mi piel.

Sin embargo, en contra de mis deseos, lo único que acudía a mi cabeza era *él*. Sus caricias, sus besos, sus manos tocando cada rincón de mi anatomía, su lengua deslizándose por mi cuello y su miembro entrando y saliendo de mi interior.

Joder.

Había sido espectacular, por mucho que no quisiera admitirlo. Por mucho que me sintiera culpable por haber cedido al deseo, y por haber disfrutado de cada segundo. Porque se suponía que no debería pasar. Se suponía que nosotros nunca más estaríamos juntos. Se suponía que eso era lo correcto después de todo lo que ocurrió.

Pero ya no sabía qué era correcto y qué no lo era.

La línea que antes lo separaba de forma evidente se desdibujaba, confundiéndome.

Tan solo existía un hecho innegable: deseaba a Andrew como la primera vez. No. Lo deseaba más, porque sabía que no podía tenerlo. Sabía que era peligroso acercarme, y sabía que estaba prohibido. Y no hay nada que aumente más el anhelo por algo que la prohibición.

Durante estos cinco años me negué a mí misma que los sentimientos que albergaba por él seguían ahí. Que no los superé, no los enterré y los olvidé. Desde el primer momento en que le vi en la exposición supe que ya no había marcha atrás. La puerta se había abierto, el muro se había caído. Y aunque luché con uñas y dientes para devolver la forma a mis barreras, no sirvió de nada.

Aguanté todo lo que pude. Pero la necesidad de que fuera mío de nuevo era demasiado fuerte. Hasta que al final me ganó. Y ahora me inquietaba pensar en lo que nos esperaría. Me inquietaba pensar que no iba a ser capaz de negarme otra vez a Andrew.

Ya no.

Alargué la ducha mientras me frotaba con la esponja, intentando sacar de mi mente las imágenes de lo sucedido. Después de unos veinte minutos cerré el grifo y suspiré. Salí de la bañera, me lavé los dientes y me vestí con unos vaqueros y un jersey gris. Luego me dirigí al

salón para sentarme en el sofá e inhalando profundamente, marqué el número de mi madre. Ella respondió al segundo toque con su habitual saludo y varias preguntas sobre nuestro estado de salud.

—Mamá, te llamaba para comentarte una cosa.

—Dime… Ay, ¿te has echado novio?

Apreté el puente de mi nariz con los dedos.

—No. Es sobre Leah y la propuesta que me hiciste de llevarla unos días con vosotros.

—¿De verdad? ¡Sí, claro que sí! ¿La vas a traer?

—¿Os va bien este fin de semana?

—Por supuesto, cuando sea.

Mi pecho se deshinchó mientras me echaba hacia atrás en el sofá. Menos mal que podía contar con ellos.

—Gracias, le hará mucha ilusión.

—Qué bien, me muero por ver a mi niña. —Sonreí al escuchar el tono alegre de mi madre—. Oye, ¿y este cambio tan repentino? Pensé que no te venía bien.

Jugueteé con un hilo suelto de mi vaquero.

—Ya, es que el otro día lo mencionó, sé que os echa de menos, así que decidí hacer el esfuerzo por ella.

—Perfecto entonces. Voy a preparar ya mismo la cama de la que era la habitación de Alice. Ah, y tendré que ir a hacer la compra para cocinarle sus platos favoritos.

Proferí una risa suave ante su entusiasmo genuino.

—Seguro que se lo pasará genial.

—¿Tú no te puedes quedar?

Una punzada de pena atravesó mi pecho y me aclaré la garganta. Yo también los echaba en falta, pero mi visita tendría que esperar.

—Tengo trabajo, aprovecharé para dejar listas algunas cosas que hay pendientes en la librería. Además, estaréis mejor sin mí, así podrás darle esos dulces que no te permito.

Mi madre se rio un poco.

—Eso es verdad.

—Nos vemos el viernes por la noche.

—Vale, cariño. Tened cuidado en el viaje.

Me despedí y ambas colgamos el teléfono.

Cuando recogí a Leah del colegio un par de horas después le di un fuerte abrazo, a lo que ella se extrañó, pero me respondió. No había podido quitarme de encima la desagradable sensación de que estaba siendo una mala madre; metiéndome en los problemas de Andrew por decisión propia, mintiendo a todo el mundo, y alejándola a ella para que no se enterara ni le

salpicara. Lo hacía por un bien mayor, por un fin que a mí me parecía legítimo, aunque era consciente de que podía no ser lo moralmente correcto.

Y hacía tiempo que yo perdí mi moral.

—Tengo una sorpresa para ti —le dije sonriendo a Leah.

Ella abrió un poco sus ojitos verdes, expectante.

—¿Qué es?

Le dediqué una sonrisa.

—Querías ver a los abuelos, ¿verdad?

Sus pupilas se dilataron y su cuerpecito se estiró. Me reí al ver cómo se emocionaba. Le acaricié la cabeza con cariño.

—Sí quiero —afirmó.

—Genial, porque irás con ellos este fin de semana.

Su pequeña boca se abrió en una O de sorpresa y su mirada se iluminó como un faro. Me arrepentí en ese momento de no haberla llevado antes con mis padres, a ella le hacía feliz estar con sus abuelos. Ensanché mi sonrisa al divisar la suya esbozarse con timidez.

—¿De verdad?

—De verdad de la buena. Ya he hablado con la abuela y está como loca comprándote dulces. Pero no comas muchos que después te saldrán caries y las dos odiamos el dentista, ¿a qué sí?

—Lo odiamos —corroboró.

Solté una carcajada y apreté su manita en la mía.

—El viernes cuando salgas del cole cogeremos un avión y en un plis estaremos allí.

Su tímida sonrisa se convirtió en una enorme que llenaba todo su rostro, pensé que debían dolerle las mejillas.

—También veré al tito Lucas.

—Pues claro, y estará muy contento.

Mi hija dio unos saltitos, excitada. Leah era reservada en general, pero cuando se trataba de sus seres queridos sacaba toda la dulzura que albergaba dentro y era para comérsela.

Caminamos hasta casa y pasamos tres días completamente normales. El jueves hablé con su profesora por su ausencia el lunes siguiente y puede que el martes, dependiendo de cómo viera la situación o cómo pudiera cuadrarme los vuelos para ir a por ella.

Le ofrecí a Alice acompañarnos, pero alegó que tenía exámenes y no podía perder ni un segundo. Más bien no le apetecía ver a su estresante familia ni faltar a una sola fiesta de la universidad. De todas formas, en las vacaciones de Navidad ambas tendríamos que viajar a nuestra ciudad natal para pasar las festividades con mis padres. Así que, le permití escaquearse por esta vez.

El vuelo hasta Míchigan fue tranquilo. Leah pasó gran parte del trayecto de dos horas

dormida, y el resto ojeando sus libros infantiles. Yo también aproveché para descansar un poco, aunque mi mente era una batidora incesante de pensamientos, inquietudes y miedos.

No había sabido nada de Andrew en estos días. Quedamos en que vendría a por mí el mismo sábado y ahí quedó el asunto. En más de una ocasión me debatí sobre si enviarle un mensaje o no, preguntarle si todo iba bien, si los planes seguían en marcha, pero no tuve el valor. Después de haber compartido un momento tan íntimo la última vez, no sabía muy bien cómo dirigirme a él.

Agh, parecía idiota.

Al bajar del avión, en la salida del aeropuerto, mis padres nos estaban esperando en su coche. Se encontraban delante del vehículo y cuando nos vieron, mi madre corrió hasta nosotras, aunque se olvidó de mí y alzó a Leah entre sus brazos para llenarla de besos. Mi hija, a pesar de estar contenta, se quejó de tanta efusividad porque el afecto físico no era lo suyo. Me reí viendo como mi padre le regañaba y le pedía que la soltara para poder darle un abrazo él también.

—Yo también me alegro de veros, eh —espeté simulando estar ofendida.

Mi madre me miró entonces y sonrió con cariño. Se acercó para estrecharme entre sus brazos y yo sentí mis músculos relajarse al inhalar su olor tan familiar. Después le siguió mi padre con un abrazo menos asfixiante, por suerte.

—Bienvenida a casa.

Sin que pudiera evitarlo los ojos se me humedecieron y ladeé el rostro para que no se dieran cuenta. La culpabilidad volvió a apretar mi pecho, pero me esforcé en alejarla y esbozar una sonrisa para ellos.

—Gracias, papá —respondí—. ¿Y Lucas?

—Está terminando un trabajillo, vendrá más tarde —explicó mi madre cogiendo a Leah de la mano.

Asentí y los cuatro entramos en el coche. De camino hablamos de cosas sin mucha importancia, y una vez en casa de mis padres me senté a tomar un café mientras mi hija corría de allí para aquí con Casper, el perro de la familia, el cual adoptaron cuando Leah y yo regresamos a Nueva York.

—¿Todo bien en el trabajo? —preguntó mi madre.

—Sí. Elia se ha ocupado esta tarde de la librería.

Bebí de mi taza bajo la escrutadora mirada de mi progenitora. Mi vuelo de regreso salía en menos de un par de horas, de modo que no tenía mucho tiempo para estar allí. Debía trabajar al día siguiente.

—Mira, mamá —me llamó Leah.

—Dime, cariño.

Ella señaló al perro. Se puso recta delante del animal y le hizo un gesto con la mano.

—Sienta —ordenó.

El perro obedeció y mi hija me miró ilusionada.

—¡Vaya! ¿Se lo has enseñado tú?

Negó con la cabeza.

—El abuelo.

—Pues qué bien lo hacéis.

—Oye, ¿por qué a mí no me hace caso cuando se lo digo?

La voz de mi hermano llenó el salón y me giré hacia la puerta para verle. Con el pelo oscuro revuelto y por debajo de las orejas, una sudadera ancha y unos pantalones con agujeros, se agachó en el suelo para recibir a su sobrina que ya se lanzaba hacia él. La atrapó con una risa y ambos se abrazaron. El corazón se me calentó con la escena. Lucas era un chico algo complicado, pero con Leah siempre fue dulce y atento. Vi como mi madre sonreía también mientras los miraba.

—Así que ya has dominado a Casper —le dijo a su sobrina, levantándose—. Yo no consigo que se siente.

—Porque tú le caes mal —azucé.

Él me dedicó una mirada traviesa.

—Hermanita, yo no le caigo mal a nadie.

—Uff, puedo hacerte una lista, pero me tiraría toda la noche porque sería muy larga.

Soltó una risita mientras negaba con la cabeza. Se acercó a mí y yo le di un abrazo de oso.

—Supongo que la primera en la lista sería Alice.

Dejé escapar una carcajada porque era verdad. Ellos dos se llevaban fatal. Mi madre nos riñó.

—No digáis tonterías que sois hermanos.

—Ella me odia, mamá, acéptalo. —Cogió a Leah en brazos y la alzó en el aire—. Por suerte tengo a esta pequeñaja, que es la única que me quiere de verdad en esta familia.

Mi padre rodó los ojos mientras mi madre le regañaba otra vez por decir tonterías. Yo me aguanté una risa. Realmente no habían cambiado nada en los últimos años. Continuaban siendo una familia de locos. Y eso me gustaba.

Desde jovencita me sentí la oveja negra, la descarriada, la que era diferente e iba por su lado. Me marché de casa muy joven para alejarme de ellos y labrarme un futuro sola. Pero las circunstancias de la vida nos habían vuelto a unir de alguna forma. Lo que pasó con Andrew fue un antes y un después en nuestra relación, y la llegada de Leah se convirtió en el pegamento que terminó de soldarlo. Lo cierto era que les debía mucho.

Un rato más tarde me despedí de ellos y me acuclillé para darle un beso a Leah. Ella me miró algo apenada con sus ojitos verdes y yo me mordí el labio inferior intentando ocultar que

odiaba alejarme demasiado tiempo de mi hija. Le dediqué una sonrisa cariñosa y acaricié su pelo castaño.

—Pórtate bien, ¿vale, peque? Aunque ya sé que lo harás porque eres una niña muy buena.

—Siempre me porto bien —me recordó.

Solté una risa suave.

—Lo sé. Pásalo genial, cariño. Volveré antes de que te des cuenta.

—No trabajes mucho.

Mi corazón se apretó ante sus palabras.

—Te lo prometo.

Leah esbozó una pequeña sonrisa, y yo la abracé y me levanté colocando el bolso en mi hombro.

—Anda, vete ya que perderás el vuelo —me instó mi madre poniendo un mano sobre la cabeza de Leah—. Y no te preocupes que la niña va a estar de maravilla. Tú descansa.

Respiré hondo y después de decir adiós, me subí al coche con mi padre para que me llevara de vuelta al aeropuerto.

Una vez subida de nuevo en el avión pensé en ellos y un peso amargo se instaló en mi pecho. Porque estaba segura de que si supieran todo lo que había hecho y lo que planeaba hacer… los decepcionaría hasta un punto que no era capaz si quiera de imaginar.



PROHIBIDO

El sábado amaneció lloviendo. Miré por la ventana el manto de agua caer sobre la ciudad como si supiera que no era un buen día para mí.

Bueno, me esperaba una jornada movidita, así que lo mejor era prepararme para ello. Me vestí con unos vaqueros negros, un suéter fino de rayas y unas botas. Tenía turno de mañana y todo transcurrió con normalidad. Después de comer, Elia apareció quejándose del tiempo, sacudiendo su paraguas con diseño de flores y recolocándose el pelo.

—Maldita lluvia, se me pone el pelo con una escoba.

Me reí suavemente y me dediqué a terminar el pedido que estaba haciendo en el ordenador.

—A mí me gusta.

—¿El qué? ¿La lluvia o mi pelo escoba?

—Ambos.

—Claro, tú estás guapa de cualquier manera, pero esto—señaló su cabellera despeinada y húmeda —no le sienta bien a nadie.

—No digas tonterías. Solo es pelo.

—¿Y si viene esta tarde mi príncipe azul? ¿eh? ¿Y yo con estas pintas? Siempre hay que estar preparada.

Rodé los ojos con una sonrisa ante su empecinamiento con los amores perfectos de película. Cerré la pestaña del ordenador y le di unas palmadas en la espalda.

—Si a tu supuesto príncipe no le gustas así, es que no es el indicado —le dije.

—No es justo, tú tienes suerte, a ti Andrew te quiere contra viento y marea.

Paralicé mi camino. Me giré a mirarla y ella se encogió de hombros con una disculpa pintada en el rostro.

—Perdón, no he dicho nada. —Simuló que cerraba una cremallera en su boca.

Suspiré e intenté relajar mis músculos.

—Da igual. Pero tú puedes encontrar algo mejor que eso.

¿Suerte? ¿Tenía yo suerte de que Andrew continuara sintiendo cosas por mí? ¿Qué a pesar de los años y todas las dificultades él siguiera ahí, a mi lado, al pie del cañón?

No sabía si era suerte o era una maldición.

Lo que sí sabía era que el anhelo por verle de nuevo se enroscaba en mi interior, provocando que mirara la hora sin cesar, esperando con el pulso acelerado el momento de encontrarnos. Casi me ponía más nerviosa eso que el hecho de asistir a una fiesta de mafiosos en la mansión de un criminal.

Estaba perdiendo el norte.

—Bueno, espero que no sea un exconvicto, pero no me cierro puertas —bromeó Elia.

—Evítalos, hazme caso.

—Alguien no se aplica sus propios consejos.

Me guiñó un ojo y yo esbocé un mohín. Tenía razón. Yo no estaba poniendo límites ni alejándome de Andrew. Más bien todo lo contrario. Y sin embargo… en mis entrañas sentía que era lo que debía hacer. Aunque era muy probable que me llevase a la desgracia.

Recogí mis cosas, colgué mi bolso al hombro y le indiqué un par de cosas a Elia. Ella me miró con los codos apoyados sobre el mostrador y la cabeza en su mano.

—¿Qué vas a hacer este finde que no está la nena?

El ritmo cardíaco se me congeló por un momento. Carraspeé cogiendo mi paraguas del paragüero.

—Nada especial. Ver alguna peli y descansar.

E intentar desarticular una red de tráfico humano.

—Vale. Si te aburres me llamas.

Asentí con una sonrisa, me despedí de ella y salí a la lluvia. Si fuera Pinocho mi nariz habría crecido tanto que ya no podría ni con su peso. Mentir se estaba convirtiendo en mi personalidad. Y no me gustaba una mierda.



Ya había oscurecido cuando me di una ducha y me dispuse a maquillarme. No tenía mucha idea sobre eso, de modo que fui a lo fácil: sombras marrones en los ojos, delineador negro, máscara de pestañas, colorete y un pintalabios *nude*. Me di cuenta de que la mano me temblaba mientras sujetaba la barra. Observé mi reflejo en el espejo y suspiré. Dejé el pintalabios, agaché la cabeza y me apoyé con las manos en el lavabo.

¿Estaba segura de que lo iba a hacer? ¿De dónde me iba a meter? ¿De los riesgos que implicaba? Creo que no lo había pensado con detenimiento. Porque si lo hacía… me echaría atrás. Y no quería eso. Quería ayudar. La imagen de Zaira acudió a mi mente. Su rostro asustado, su cuerpo estremeciéndose por el miedo. Tan joven como mi hermana y sus amigas. Con tanta vida por delante, tantos sueños y aspiraciones que esa gente podía destruir con un chasqueo de sus dedos. Sin remordimientos. Sin pagar por sus acciones.

Si no interveníamos, ¿cuánto tiempo pasaría hasta que los atraparan? ¿Cuántas chicas seguirían sufriendo en el camino? ¿Y cuántas más estarían en peligro?

La respuesta era clara: lo suficiente.

Alcé la mirada hacia el espejo. Inspiré lentamente por la nariz para después dejar salir el aire por mi boca poco a poco. Estaba dispuesta a arriesgarme por un mundo mejor y más seguro para Leah.

Agarré de nuevo el pintalabios en el momento en que sonó el timbre. Di tal respingo que la barra se me cayó al suelo. Rodó hasta la puerta. Cerré los ojos, maldiciendo. La recogí, la dejé sobre el lavabo y me dirigí a la entrada. Con el pulso por las nubes contesté al telefonillo.

—Soy Andrew.

Su voz grave se filtró por mi oído e inundó cada molécula de mi ser. Tragué saliva y le abrí. Esperé que subiera con un nudo en la garganta y los nervios a flor de piel.

Joder, ni que fuera la primera vez.

Sacudí mis manos con energía porque sentía que continuaban moviéndose sin mi permiso. Cogí aire cuando él apareció delante de mí. Me quedé mirándole, quieta, y mi boca se secó. Iba ataviado con un traje negro, camisa blanca con los dos primeros botones despasados, una mano metida en el bolsillo, la otra sujetando una bolsa, y esa mirada esmeralda que me atravesaba sin piedad. Parpadeé al ver que separaba los labios para hablar.

—Buenas noches.

—Hola.

Entonces reaccioné y me aparté para dejarle pasar. Él entró en mi apartamento, para variar su presencia pareció hacer el espacio más pequeño. En el salón me tendió la bolsa que portaba.

—¿Es el vestido?

—Sí. Espero no haberme equivocado.

Sonreí un poco.

—Para nada, eres un experto en vestidos.

La comisura derecha de su boca tiró hacia arriba.

—Contigo es fácil acertar porque lo que lleves puesto es lo menos importante.

Sus ojos conectaron con los míos. Algo caliente y espeso se deslizó por mi estómago, bajando hacia una zona prohibida. Andrew se acercó y su mano apartó con cuidado el pelo de mi hombro, dejando una caricia en mi cuello en el proceso. Toda mi piel se tornó de gallina al instante.

—Estás preciosa.

El corazón me aleteó.

—No es para tanto.

—¿Sabes? Las mariposas desconocen la belleza de sus propias alas. Mueren sin saber lo hermosas que son, y no dejaré que eso te ocurra a ti.

Me quedé mirándolo. Lo que acababa de decir… era muy bonito. Extraño, pero bonito. Una agradable calidez se expandió por mi pecho, y el deseo de besarlo me trastocó. Me obligué a apartarme con la tensión rodeando mis músculos. Mierda, mi cuerpo estaba reaccionando de forma demasiado intensa a él. Debía controlarme.

Tomé la bolsa y eché un vistazo dentro. Vi tela azul.

Como no.

—Voy a ponérmelo.

Dicho esto, caminé hasta el cuarto de baño. Una vez allí hinché mis pulmones. Más tranquila, extraje el vestido de noche de la bolsa y lo sujeté frente a mí. Era muy bonito. De tela de seda, largo, con un escote en pico y tirantes de pedrería.

¿Cuánto le habría costado? ¿Lo habría robado? ¿Alquilado? Esperaba que fuera lo último. Por si acaso, lo trataría con delicadeza y haría lo posible por no mancharlo. Me quité la ropa, despasé la cremallera de la espalda y me lo puse por la cabeza. El vestido cayó sobre mi silueta como un manto, adaptándose a mis curvas y estilizándolas. Contemplé mi reflejo. Al final sí que iba a ser un experto en vestidos. Lo cierto era que me quedaba como un guante.

Alisé la tela de la falda con las manos e intenté subir la cremallera, pero era imposible. Miré al techo y bufé. Me asomé por la puerta.

—Andrew, ¿puedes echarme un cable?

No respondió, aunque escuché pasos acercarse. Me mordí el labio inferior mientras llegaba. Entonces lo vi en el espejo, tras de mí. Su mirada se arrastró por mi cuerpo con una lentitud que hizo que mi corazón se acelerara.

—¿Me subes la cremallera? —pedí en un susurro.

Aparté mi cabello a un lado, y sin decir una palabra Andrew se movió a mi espalda. El calor que emanaba me envolvió como una exhalación. Mi tripa se contrajo cuando sus dedos rozaron la piel de mi baja espalda al sostener entre ellos la cremallera. Tiró muy despacio, casi como si temiera romperlo si aplicaba un poco de fuerza. Estaba tan cerca que al respirar su aliento cálido me daba en el cuello. Mis latidos se intensificaron, los sentía en la garganta, palpitando más a cada segundo de tortura.

Entonces paró. Se quedó a medio camino, y yo le atisbé a través del reflejo. La mirada hambrienta y oscura que me devolvieron sus iris me cortó la respiración.

—Andrew…

Colocó ambas manos sobre el lavabo, acorralándome contra este en el movimiento y apretándome hacia él. Su camisa tocaba mi espalda desnuda. El estómago se me subió a la garganta cuando se inclinó hacia mí y pude sentir en mi coxis la dureza de su erección.

—¿Vas a decirme que lo del otro día no puede volver a pasar? —preguntó en mi oído. Todo mi ser se estremeció con la vibración de su voz.

Lamí mis labios en un vano intento de humedecer mi boca seca y clavé mi mirada en la suya.

—Debería hacerlo. Si tuviera sentido común lo haría.

Sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja. La barba me hizo cosquillas en la piel. El corazón me latía desenfrenado en el pecho mientras algo empezaba a burbujear en mi centro.

—Me parece que ambos hemos perdido el sentido común, mariposa. Porque desde entonces no hago más que pensar en ti. En besar tus labios hasta quedarme sin aire, en la necesidad que me quema en los dedos por tocarte… En volver a estar dentro de tu cuerpo y hacerte sentir tanto placer que olvides incluso tu nombre…

Ay, Dios mío.

La expectación que me produjeron sus palabras, provocó un ardor que me subió por las piernas, obligándome a apretar los muslos.

—Andrew, por favor…

Ni siquiera sabía lo que estaba pidiendo.

Su mano izquierda ascendió con una caricia por mi brazo hasta llegar a mi cuello, acto seguido besó con delicadeza la zona sensible y dejó que sus dedos siguieran trazando el camino hasta el inicio de la cremallera del vestido. Contuve el aliento mientras la bajaba. Los tirantes de

pedrería se deslizaron por mis hombros y mi cuerpo se tensó por completo cuando noté su palma colarse por dentro del vestido. Abarcó mi vientre con ella, su piel resultó áspera sobre la mía, pero no me importó.

—¿Quieres que siga?

—No… —dije con el último resquicio de cordura.

Andrew se quedó quieto, y yo me maldije porque en realidad solo quería que siguiera bajando. Pero no debía…

—¿Estás segura? —Tras su pregunta en mi oído, metió un poco los dedos por dentro de la goma de las braguitas y sentí una sacudida de excitación—. Pararé si de verdad es lo que quieres, solo tienes que decirlo. Pero sabes tan bien como yo que no puedes seguir resistiéndote. Ninguno de los dos somos capaces de frenar esto.

Tenía razón. Joder, tenía mucha razón.

—Eres insufrible —farfullé.

Él dejó escapar esa risa baja que me enloquecía. Cerré los ojos cuando se introdujo en mis braguitas y sus yemas acariciaron mi clítoris. Una avalancha de electrizante placer me paralizó.

Me aferré con fuerza al lavabo mientras movía los dedos generando una fricción adictiva que me hizo temblar.

—Para ser algo que no deberías hacer, parece que te gusta bastante —murmuró. Noté cierto tono de diversión en su voz.

—Soy experta en hacer cosas que no debería —repliqué sofocada—. Me enamoré de mi secuestrador, ¿recuerdas? Supongo que me va lo prohibido.

De pronto, Andrew incrementó el ritmo. Cogí aire al ser abordada por una inclemente sensación de placer que me aproximaba al orgasmo. Eché la cabeza hacia atrás, apoyándome en su pecho y él me mordió el cuello. Fue flojo, pero ahogué un grito que terminó por unirse al gemido que escapó de mi boca cuando llegué al orgasmo.

Una especie de gruñido trepó la garganta de Andrew y me giró hacia él para besarme en los labios. Le respondí al gesto sin ningún tipo de miramiento ni delicadeza, pasando mis brazos alrededor de su cuello. Su lengua exploró mi boca mientras sus manos se dirigían a mis muslos, que todavía temblaban por la intensidad del orgasmo. Me agarró para alzarme y sentarme sobre el lavabo. Subió la falda del vestido con agresividad y se pegó a mí en el hueco que le permitían mis piernas. El bulto en sus pantalones se clavó en mi centro y yo jadeé.

—El vestido… no lo rompas…

—Olvídate del vestido —respondió con voz áspera.

Me bajó la ropa interior para después dejarla tirada por el suelo, acto seguido se desabrochó la bragueta y liberó su erección.

Me tendió un preservativo que había sacado de su cartera, y sin apartar la mirada de la suya,

lo extraje de su envoltorio y se lo puse. Sus músculos se contrajeron cuando mis dedos lo tocaron, y una vez hecho, colocó su miembro caliente en mi entrada. Aspiré una bocanada de aire.

Todavía había una parte lúcida de mi cabeza a la que no le parecía nada bien lo que estaba haciendo, lo que estaba a punto de empeorar. Me gustaría decir que dudé, que me planteé apartar a Andrew de mí y usar por una maldita vez esa cordura que no me caracterizaba... Sin embargo, no lo hice. Porque lo que sentía hirviendo en mi interior era más fuerte que cualquier pensamiento lógico.

Mi corazón bombeaba hacia él sin que pudiera pararlo.

No quería pararlo.

Así que le atraje hacia mi cuerpo cogiéndole por la nuca, y Andrew se introdujo despacio en mi cavidad. Gemí contra su boca al sentir su tamaño expandiendo mis paredes. Cada uno de mis sentidos se retorcieron con el primer latigazo de placer.

Andrew se agarró a mis caderas, hundiendo sus dedos en la carne, y comenzó a empujar dentro y fuera mientras nos besábamos.

Mi culo se resbalaba en el lavabo haciendo un sonido estridente cada vez que nos movíamos.

—¿Estás incómoda? —preguntó él buscando mi mirada.

—Un poco —confesé.

Me dio un beso en los labios y me cogió con más ahínco.

—Sujétate fuerte, mariposa.

Dicho esto, me separó del lavabo conmigo amarrada como un koala a su cuerpo, sin ni siquiera salir de mí. Caminó fuera del baño y llegó hasta el salón, donde se sentó en el sofá y yo quedé a horcajadas sobre él. El gesto hizo que se hundiera con más profundidad en mi interior por lo que se me escapó un sonoro gemido que él atrapó con la boca. Todo se volvió de nuevo muy intenso cuando agarró mis caderas y me ayudó a moverme en un vaivén arriba y abajo, hacia adelante y hacia atrás.

La sensación de su miembro deslizándose fuera de mí y acto seguido metiéndose en lo más hondo de mi cuerpo hasta tocar *ese* punto me volvía loca. Coloqué las manos en sus hombros para sujetarme y me pareció que le clavé las uñas, pero no estaba segura porque mi mente era una nebulosa de placer, caricias, y labios que recorrían mi piel.

El orgasmo empezó a ascender por mis piernas hasta retorcer mis entrañas. Escondí el rostro en el cuello de Andrew, pero él me sujetó de la barbilla para alzarme y mirarme a los ojos.

—Quiero verte mientras te corres —demandó con los iris oscurecidos.

No hizo falta más para que el éxtasis me alcanzara de nuevo, llenando todo mi cuerpo en oleadas y estremeciéndome con sus réplicas. Segundos más tarde, Andrew me besó mientras se

agarraba con fuerza a mi cintura, descargando su placer en mis paredes con una sacudida.

Con la respiración agitada, aflojó su mano y yo caí sobre él, extasiada. Me abrazó con fuerza y nos quedamos así, unidos durante varios minutos.

Cuando el sonido de mi corazón tenía de nuevo un ritmo normal y calmado, me moví para separarme de Andrew. Él no dijo nada, tan solo se abrochó el pantalón. Me recoloqué el vestido como pude y me levanté del sofá.

No sabía ni qué pensar. Todavía podía notar la caricia de su pulgar en mi espalda desnuda mientras me arrullaba en sus brazos. Era consciente de que no tendría que haber permitido que volviera a suceder. Pero, ¿cómo algo que me hacía sentir tan viva podía estar mal? Ningún hombre me había despertado lo que Andrew. Ninguno había logrado encender con una mirada todo mi sistema nervioso. Ninguno había conseguido alejar cualquier atisbo de razón de mi cabeza con un beso. Ninguno me había llevado al puto cielo en el sexo.

Solo Andrew era capaz de conseguir que mandara mis principios y reglas a la mierda.

Me miró a los ojos cuando se alzó de su lugar. Sin darme lugar a réplicas, sus manos acunaron mi rostro y yo temblé en el momento en que sus labios se amoldaron a los míos. Fue un beso fiero, pero corto.

—Esta vez no voy a dejar que salgas corriendo —aseveró observándome fijamente y sin soltar mi cara.

—Tampoco podría. Tenemos que ir a la gala —recordé.

—¿Y si no tuviéramos que hacerlo?

—Supongo que te pediría que te quedases a dormir.

Su boca se elevó un milímetro en la esquina derecha.

—Eso lo podemos hacer igualmente.

—¿Quieres dormir aquí?

—Me encantaría dormir contigo.

Me mordí una sonrisa. Él me besó de nuevo. Luego se alejó un paso.

—Date la vuelta.

Obedecí. Andrew me subió la cremallera del vestido y recolocó los tirantes sobre mis hombros.

—Gracias —dije al girarme—. Aunque ya te lo había pedido antes.

Ladeó un poco la cabeza y me recorrió con la mirada.

—No es mi culpa que seas tan irresistible.

Alcé una ceja.

—Tú has elegido el vestido.

—Ganas no me faltan de quitártelo otra vez, te lo aseguro.

Negué con la cabeza al tiempo que rodaba los ojos a pesar de que había sentido un tirón

placentero en el bajo vientre con sus palabras. Me dirigí al baño para laverme y retocarme el maquillaje y el pelo. Después me coloqué los únicos tacones que tenía. Cuando estuve lista entré en el salón y Andrew me acarició con la mirada.

—¿Nos vamos? —pregunté, algo nerviosa.

—Una cosa más.

Observé cómo sacaba una navaja de unos tres palmos del bolsillo interior de su traje y una liga. Me lo tendió.

—Por si acaso.

—¿Por qué no me das una pistola?

Me sorprendió un poco mi pregunta, pero la protección que ofrecía una frente a la otra era abismal.

—No tienes donde esconderla —explicó—. Y prefiero no darte una pistola.

Ladeando la cabeza, le miré con una ceja alzada.

—¿Tienes miedo de que te dispare sin querer?

—No dudo que lo harías si tuvieras la oportunidad.

—Me conoces bien —me pavoneé mientras levantaba la falda y colocaba la liga con la navaja bien sujeta a la parte interior de mi muslo. La verdad, esperaba no tener que usarla.

—Yo tampoco puedo llevar un arma, así que esperemos no necesitarla —dijo con el ceño un poco fruncido.

—Eso no me tranquiliza mucho.

Andrew levantó la mirada y la clavó en la mía.

—¿Confías en mí?

Ah, la pregunta del millón.

¿Lo hacía? ¿Confiaba en Andrew? Después de todo lo que había pasado entre nosotros, aún no lo tenía claro al cien por cien. Pero si tenía que poner mi vida en peligro, sin duda iba a hacerlo.

—Por ahora sí.

Curvó una de las comisuras de su boca.

—Tú eres mi prioridad, mariposa. No antepondré nada a tu seguridad. Antes dejaré que me maten a que te hagan daño.

—No digas esas cosas… —musité.

Solo de pensarlo me ponía enferma.

Andrew me ofreció su mano. Yo le miré a los ojos antes de darle la mía, la cual rodeó con sus dedos, inundándome de su calidez.

—Vámonos.

Bajamos de mi apartamento y vi el coche de Andrew que estaba aparcado en la acera de

enfrente de mi casa. Alcé la mirada hacia el cielo, ya oscurecido por la noche y nuboso. Pensé que quizás debería haber cogido un paraguas porque había estado lloviendo casi todo el día. Miré mis tacones y la idea de que iba a mojarme los pies si la tormenta caía me asaltó. ¿Debería llevarme unas zapatillas por si acaso? ¿Y una chaqueta? Había refrescado.

—Megan —me llamó Andrew. Me contempló por encima del capó del coche—. ¿Estás bien?

Asentí con la cabeza de forma automática. Entonces me di cuenta de que estaba cavilando sobre cosas absurdas solo para no recordar a dónde íbamos. Apreté los puños y los solté bajo la penetrante mirada de Andrew. Cuando le miré, esbocé una sonrisa de labios pegados.

Como si todo estuviera bien. Aunque nada lo estaba.

Abrí la puerta del copiloto y me senté dentro, él me imitó. Me puse el cinturón de seguridad antes de que me pidiera que lo hiciera como era habitual.

Andrew metió la llave en el contacto, pero no arrancó. Yo giré el rostro para ver qué ocurría.

—Si quieres echarte atrás, estás a tiempo—aseguró con seriedad—. Siempre estarás a tiempo.

—Arranca de una vez.

Él suspiró y me hizo caso.

La mansión donde tenía lugar la gala estaba a más de media hora en coche, en la zona de Riverdale. En el trayecto no hablamos mucho. Andrew me explicó por encima a quién nos podíamos encontrar y cuál era el papel de cada uno de ellos. No conseguí memorizar ningún nombre pues mi mente era una nebulosa, igual que el cielo encapotado sobre nuestras cabezas.

Cuando llegamos al lugar, pasamos un control en la verja de la entrada principal. Andrew enseñó su identificación al armario empotrado ataviado de traje negro. Me echó un vistazo, acto seguido nos permitió acceder. Mientras avanzábamos por el camino de grava para aparcar observé por la ventana la majestuosa mansión que se alzaba en el frente y toda la piel se me puso de gallina. Me froté los brazos.

—¿Tienes frío? —preguntó Andrew—. Puedo prestarte mi chaqueta.

—No, es solo que este sitio me da escalofríos.

—Entonces tu instinto está bien entrenado.

Por sus ojos recorrió una sombra que me mantuvo callada mientras salía del coche y lo rodeaba para abrirme la puerta. Me ofreció su mano de nuevo y yo coloqué mi palma sobre la suya, luego me apeé del vehículo. La falda del vestido cayó como agua sobre mis piernas hasta el suelo. Los dedos de Andrew aferraron los míos. Inspiré hondo sin apartar la vista de él.

Y empezamos a caminar hacia el interior de la mansión.



LA FUNCIÓN

Aquel lugar me recordaba a la mansión de Andrew, pero con un aura tenebrosa. Como si el mal vagara a sus anchas por las estancias y se pegara a las paredes blancas. Recorrí con la vista la sala principal. Estaba repleto de gente, mujeres y hombres, la mayoría de entre treinta y cincuenta años, vestidos elegantes, con copas de champán en sus manos y sonrisas falsas pintadas en sus rostros.

Se me revolvió el estómago. ¿Acaso sabían lo que ocurría realmente debajo de la fachada? ¿Eran conscientes del delito y lo apoyaban de todas formas? ¿O todos fingían estar ciegos?

Ojos que no ven, corazón que no siente.

Probablemente les era más fácil ignorar la verdad para poder llenar sus bolsillos de dinero. Para poder continuar utilizando sus servicios sin ser juzgados.

Me daban asco.

Andrew me ofreció una copa. La cogí, aunque el sabor de la bilis había alcanzado mi garganta. Le pegué un trago al alcohol tratando de conseguir que el amargor se marchara. Fue peor, sin embargo, sostuve la copa simulando que las cosas estaban bajo control como hacían los demás.

La subasta estaba a punto de empezar y los asistentes comenzaron a congregarse en la siguiente sala adaptada para ello. Andrew y yo decidimos imitarlos. En el camino un hombre acompañado de una mujer, de la cual sujetaba la mano con delicadeza en la parte interior de su codo, se nos acercaron. Dos seguratas los secundaban. La sangre se me congeló en las venas al

reconocer al tipo que vi en el trabajo de Andrew. Iba pulcramente vestido de traje negro, con el cabello peinado con esmero hacia atrás. Sus ojos oscuros se fijaron en mi un segundo, después centró la atención en mi acompañante.

—Buenas noches, Andrew. Me alegro de que hayas venido —dijo con una voz porfunda.

—Buenas noches, Fabio, Serena. Estoy seguro de que disfrutaremos de esta noche.

Su mirada relampagueó con algo que no pude distinguir. Apreté mi agarre en el brazo de Andrew. Mi corazón estaba acelerado. Era como si pudiera sentir la navaja que guardaba en mi muslo palpitar. La mujer a su lado me echó un vistazo de arriba abajo. Yo le lancé una mirada fría. Era rubia, con el cabello ondulado y a la altura de los hombros. Un rostro perfecto de ojos intensamente negros. De alguna forma se parecían. Portaba un vestido rojo que se ceñía a la perfección a sus curvas. Andrew la había llamado Serena, de modo que la conocía.

—Veo que finalmente has traído una acompañante —señaló Fabio.

Me tensé en el sitio al escucharle.

—No podía tener mejor compañía que ella, es una vieja amiga —respondió Andrew.

—Bonito vestido —señaló Serena echándome una ojeada de arriba abajo.

Si se mordiera le lengua estaba segura de que se envenenaría.

—Gracias. Soy Megan, un placer —me presenté. Me sentí presionada por los ojos de Fabio como si ejerciera gravedad sobre mí—. Me apetecía mucho ver la subasta.

El anfitrión esbozó una sonrisa.

—Por supuesto. También eres libre de pujar.

—Tenemos un conjunto de amatistas impresionante —añadió Serena.

Me forcé a sonreír de forma cordial. Era evidente que lo decía con superioridad, siendo consciente de que yo no podría pagar el valor de ese dichoso conjunto.

—Pujaré siempre y cuando valga la pena —dije.

—Valdrá la pena —aseguró Fabio con virulencia.

—No lo dudo —intervino Andrew.

Se miraron un par de segundos a los ojos y a mí me pitaron los oídos. Fabio parpadeó, volviendo a una expresión agradable.

—Os dejo que disfrutéis, tenemos que presentar el evento.

Dicho esto, ambos dieron media vuelta y se alejaron con sus hombres pisándoles los talones. No pude evitar fulminar su espalda.

—Como si fuera a darle un solo centavo a un proxeneta —escupí con desprecio.

—Por desgracia no necesita tu dinero —recordó Andrew.

—Deberíamos subastar su cabeza. Me juego lo que quieras a que más de uno la querría.

—Probablemente el cincuenta por ciento de las personas que hay aquí. Pero no se atreven.

—Para eso estamos nosotros.

Le guiñé un ojo y tiré de él hacia la sala de la subasta. El lugar era asquerosamente elegante y grande. Una tarima había sido colocada en un lado, en ella un atril para que la persona a cargo fuera presentando los diversos objetos a subastar. Abajo, los invitados sostenían su número de participación sujeto a un palo para pujar. Nos entregaron el nuestro al pasar: 152. Mi pecho se apretó con la certeza de la gran cantidad de gente que estaba apoyando esto. Algunos sin tener ni idea, pero otros… Miré en derredor. Relojes de marca, vestidos de diseñador, perfumes que costaban más que mi sueldo de una semana. Bebí de mi copa.

Fabio subió a la tarima, esbozó esa sonrisa que se me asemejaba más a la de un villano y presentó con soltura la subasta. Sus ojos negros conectaron con los míos en cierto momento. La piel se me erizó, pero no aparté la mirada. Un parpadeo, y ya no me prestaba atención. Cuando terminó, Serena, la mujer rubia que le acompañaba antes, avanzó hacía él haciendo sonar sus tacones y tomó su lugar.

—¿Quién es? —le pregunté a Andrew.

—La hermanastra de Fabio.

Solté un resoplido.

—Es repugnante que una mujer esté metida en esto.

—Te sorprenderías de lo que son capaces algunas personas por mantener una posición.

No respondí, era una realidad que me asqueaba.

El espectáculo comenzó y salió la primera pieza a subastar, un conjunto de collar y pendientes de zafiros. Una de las presentes cercanas se tapó la boca y suplicó a su acompañante que pujara. Los invitados estallaron en murmullos, y cuando Serena dio paso a las pujas después de narrar con soltura las increíbles características del conjunto, muchos números se alzaron. Entre el bullicio mientras unos ofrecían más que otros, Andrew se acercó a mi oído al tiempo que rodeaba mi cintura con el brazo.

—Hora de la función.

Asentí con la cabeza. Con toda la naturalidad del mundo, me hice hueco entre los asistentes para salir del lugar. Fingiría tener que ir al servicio. Al llegar al corredor de la izquierda, saqué mi móvil para llamar a Andrew y que pudiera simular abandonar la sala por eso. Miré por la esquina para ver cómo él respondía, tapaba el auricular, se disculpaba con las personas cerca para pasar y avanzaba hacia mí. Una vez lo tuve delante hinché mis pulmones de aire.

—¿Algo urgente? —me burlé.

Su mirada me recorrió en un movimiento ocular rápido.

—Bastante urgente.

Antes de que pudiera replicar me pegó a la pared y me besó. Le devolví el beso, un poco sorprendida. No era el momento ni el lugar para esto, pero mierda, no iba a negarme. Mordió mi labio inferior antes de separarse y yo intenté mantener a raya el ardor que sentí en mi bajo

vientre.

—¿Te excita que hagamos cosas peligrosas juntos?

Una sonrisa ladeada curvó sus labios.

—Me excitas tú en cualquier escenario.

—No creo que en todos —puntualicé.

Andrew dejó escapar una risa baja, me soltó, así que me recoloqué el vestido de satén.

—Me subestimas.

Le miré arqueando una ceja. Él hizo un gesto con la cabeza hacia adelante. Sin decir más, caminamos en silencio y prestando atención a los alrededores, hasta llegar al segundo piso donde se encontraba el despacho de Fabio. Escuchamos pasos y Andrew tiró de mi brazo para escondernos en la esquina. Puso su dedo índice sobre sus labios. Aguanté la respiración de manera automática. El sonido se hizo más intenso, con mucho cuidado me asomé para ver una sirvienta cruzar y alejarse poco a poco. Una vez los pasos se extinguieron, relajé mi postura y dejé salir el aire hundiendo mis hombros.

Continuamos avanzando. Llegamos al despacho. Estaba cerrado con llave, de modo que Andrew se agachó y comenzó a forzar la cerradura con unas pequeñas herramientas que traía mientras yo vigilaba que no viniese nadie.

—Es como si fuéramos a robar un diamante —susurré para aligerar la situación. Andrew siguió maniobrando.

—Ojalá fuera eso.

—A lo mejor tendríamos que habernos dedicado a ser ladrones. Se nos daría bien.

—¿Cómo Bonnie y Clyde?

—Una versión mejorada. —Me asomé para comprobar que estábamos solos—. Y con un final menos trágico.

—Ellos se buscaron su destino.

Sonó un clac y la puerta se abrió. Sonreí a Andrew a pesar de que mi corazón dio un salto de campana y empezó a latir como loco. Ahora sí que iniciaba la función. Andrew me observó en silencio. Se metió en el despacho y luego se giró hacia mí.

—Intentaré ser rápido.

—Date prisa que quiero pujar por un jarrón bonito.

Dibujó una sonrisa y lo vi adentrarse en el interior de la habitación, sentarse en la silla detrás del escritorio y comenzar a teclear. Tenía que hackear el sistema para poder acceder pues como era de esperar poseían contraseñas; y eso podía tardar varios minutos. Después copiar toda la información en un pendrive. Quizás debería encomendarme a algún dios que nos protegiera porque el asunto era un poco jodido.

Con el pulso acelerado de forma constante, esperé cerca de la puerta, con los cinco sentidos

activados. Solo confiaba en que todo el mundo estuviera en el primer piso, en la subasta, ignorando que nosotros nos encontrábamos aquí luchando por destruir su maldito negocio.

Los segundos se arrastraron con lentitud, los minutos transcurrían mientras el nudo de mi estómago se hacía más y más enrevesado. Decidí echar un vistazo a Andrew. Él estaba enfrascado en su labor.

—¿Cómo va eso? —pregunté inquieta.

—Ya casi lo tengo —respondió sin levantar la vista de la pantalla—. Solo unos minutos y está hecho.

—Tienes que mejorar tus habilidades de hacker.

Andrew elevó la comisura de su boca un milímetro.

—Mujer exigente.

—Mujer que quiere conservar su vida.

—Lo harás —sentenció con firmeza. Me lanzó una mirada significativa—. Es lo único de lo que estoy seguro.

Resoplé y volví a mi puesto con el estómago anudado. Observé la pared blanca frente a mí. Apoyé la espalda y la cabeza en la que tenía detrás. Pensé en Leah. Mi madre me había enviado un mensaje antes de entrar en la mansión diciéndome que ya había cenado y que en nada se quedaría durmiendo. ¿Estaría ya en el reino de los sueños? ¿Serían buenos o la asaltaría de nuevo alguna pesadilla? ¿Ese dinosaurio que la asustaba? Aunque Andrew se encargó de ayudarla para que eso se acabara. Me pregunté si le echaba de menos. Qué pensaría realmente de su padre. Estaba claro que le gustaba. Fue afectuoso y jovial con ella. Fue… como yo siempre creí que sería.

Si Leah supiera lo que estábamos haciendo en ese preciso instante, ¿me odiaría?

Unos pasos a mi derecha me hicieron girarme de golpe y encender todas mis alarmas. El pulso se me congeló al ver a dos hombres vestidos de negro en el filo del pasillo. Me miraron de muy mala manera.

—¿Qué haces aquí? —gruñó uno de ellos. Tenía el pelo corto y negro. Sus músculos se marcaban bajo la camisa.

Intenté controlar mi postura y expresión, a pesar de que mis entrañas de retorcieron de pánico.

—Buenas noches —saludé con suavidad—. Estoy buscando el baño.

—El baño de los invitados está abajo.

—Ah, ¿sí? Vaya, es que esta casa es tan grande. —Me reí un poco de forma juguetona—. Cualquiera se pierde.

—El acceso a esta zona no está permitido. Vuelve al primer piso.

—¿Podríais acompañarme? Seguro que no lo encuentro.

—No somos mayordomos —se burló el otro. Este era rubio y un poco menos grande.

Ladeé la cabeza.

—Eso ya lo veo. Un mayordomo no está tan fuerte.

La ceja derecha del rubio se elevó unos milímetros.

—¿Estás sola?

—No tengo por costumbre que me acompañen a hacer mis necesidades.

—¿Y hoy es una excepción?

—Es que no quiero que volváis a regañarme por meterme dónde no es —respondí con tono inocente.

—Eso si no lo has hecho a propósito —intervino el moreno.

Le miré. Él me mantuvo la mirada con suspicacia. Joder, estaban demasiado bien entrenados. Tenía que inventarme algo rápido.

—Vale, me has pillado —resoplé—. He subido buscando un baño en esta zona porque tengo la regla y no quería dejar mi tampón lleno de sangre en el que utiliza todo el mundo.

El rostro del rubio se contrajo con desagrado. Yo me encogí de hombros. El de pelo negro no mudó su expresión, acelerando mis pulsaciones.

—Demuéstralo.

El otro lo atisbó asqueado.

—¿Qué quieres que se saque eso aquí?

—Demuéstralo o lo averiguaré yo mismo.

Mi respiración tartamudeó. Iba en serio ese puto loco. Me estremecí ante la idea de que pudiera ponerme una mano encima. Y lo haría si era necesario, de eso estaba segura. Se acercó a mí y yo me tensé de la cabeza a los pies, pero no me moví. Entonces recordé la navaja que llevaba pegada al muslo y pensé que era ahora o nunca.

—Está bien, si es lo que quieres te lo mostraré.

Me levanté el bajo de mi vestido y no aparté mis ojos de los del tipo mientras introducía mi mano en la falda. Toqué con los dedos la navaja y una mezcla de alivio y terror me recorrió. Inspiré, la agarré y la extraje de una. Apunté al tipo en la tráquea. Él, que no se lo esperaba, retrocedió unos centímetros la cabeza, aunque eso no impidió un pequeño corte. El rubio sacó su arma para apuntarme y yo me mantuve firme aferrando la navaja en mi mano con el brazo extendido a pesar de que estaba temblando por dentro. El moreno me observó con los ojos entrecerrados. Un hilo de sangre brotó del corte en su garganta y se deslizó por su cuello.

—Vas a hacerte daño con eso —se burló.

—Así que ni siquiera tienes la regla —mencionó el rubio.

Deseé escupirle, aunque por desgracia no le tenía a tiro.

—No es a mí a quién haré daño.

Una sonrisa oscura surcó los labios del moreno y en un movimiento que prácticamente no vi, me agarró la muñeca, me retorció el brazo hasta ponérmelo en la espalda casi consiguiendo que chillara de dolor y me estampó contra la pared inmovilizándome con su torso duro como una puta roca. El cuchillo cayó de mi mano, tintineo contra el suelo al caer y yo sentí que mi corazón le seguía.

Estaba jodida.

Intenté zafarme moviéndome como una desquiciada mientras me apretaba ambos brazos atrás, pero el tipo tenía mucha fuerza.

—Quietecita, mentirosa —rugió en mi oído.

—Qué te jodan, pervertido.

—Ahora canta que estabas haciendo en realidad.

No me dio tiempo a responder, se escuchó un sonido dentro del despacho. Mi corazón se paró.

—Con que no estás sola.

Fui a quejarme para que Andrew me escuchara, pero el tipo me tapó la boca con su gran manaza. Mis insultos se amortiguaron en su palma callosa. Me separó de la pared. Le hizo una seña al rubio, este preparó su arma en la mano, que pude ver que llevaba silenciador, y fue lentamente hacia la puerta del despacho. Sentía los latidos frenéticos de mi corazón en la garganta y el pánico trepando por mi estómago mientras le observaba coger el pomo y girar.

Iba a matarlo de una. Iba a disparar nada más abrir. Sin embargo, no ocurrió. Abrió de golpe y nos encontramos con el despacho vacío. Miré alrededor, confundida.

¿Dónde…?

Antes de que pudiéramos reaccionar, Andrew salió de detrás de la puerta abierta, le dio un codazo en la cara al rubio, que lo derribó e hizo que su arma cayera de su mano. Andrew la cogió y apuntó con el ella al hombre que me sujetaba. De forma automática el moreno sacó su pistola para ponerla en mi sien. El metal frío presionó mi piel enviando una descarga de terror por mis venas.

Cuando Andrew me miró, el miedo se deslizó por sus ojos verdes, aunque regresó a una expresión neutra con rapidez.

—¿Qué coño estabais haciendo aquí? —rugió el moreno.

Miró hacia el ordenador sobre el escritorio de Fabio, que tenía la pantalla encendida—. ¿Qué buscabas?

—Ella no tiene nada que ver, déjala ir y arreglemos esto entre nosotros —respondió Andrew.

La risa que exhaló el de pelo negro reverberó en mi espalda, poniéndome los pelos de punta. Andrew apretó la mandíbula y sostuvo con más fuerza el arma en su mano. El rubio, que

permanecía sentado en el suelo sujetando su rostro magullado le siguió con un sonido áspero. Había sangre en sus dedos, probablemente le había roto la nariz.

—Claro que tiene que ver, por algo estaba haciéndote guardia, ¿no? No parece una palomita inocente —se burló el moreno.

—No hay necesidad de hacerle daño. Vuestro objetivo soy yo —apuntó Andrew con voz grave.

—Precisamente por eso, esta zorra sobra.

Inclinó más el cañón en mi cabeza consiguiendo que la moviera hacia el lado contrario. El corazón se me iba a salir del pecho, estaba segura de que esa bestia podía notarlo, la sangre fluía con velocidad por mi cuerpo, en estado de alarma, contrayendo todos mis músculos.

No iba a salir viva de aquella.

—Bajaré el arma —ofreció Andrew—. Pero luego la dejarás marchar.

Mis ojos se abrieron. Estaba loco. Gemí bajo la manaza del tipo, negándome con la vista clavada en Andrew. Él me ignoró. La frustración me inundó como una ola.

—De acuerdo —dijo el moreno—. Vamos.

Su mano bajó hasta dejar el arma sobre el suelo. Después levantó ambas en señal de rendición. Cerré los ojos, derrotada, y un par de lágrimas se deslizaron por mis mejillas humedeciendo la mano que me sujetaba.

«Antes dejaré que me maten a que te hagan daño.»

Lo había hecho.

Se había rendido.

Se había vendido a sí mismo para intentar salvarme.

El moreno le hizo una señal al otro. Este se levantó, se limpió la sangre de la nariz con el dorso de la mano y se acercó a Andrew. Recogió el arma del suelo y la usó para apuntarle a la cabeza.

—Regístralo —reclamó el de pelo negro.

El rubio obedeció, se aproximó a Andrew sin apartar el cañón de su objetivo, le palpó la ropa por todas partes, desde las piernas hasta los brazos, y en el torso se frenó. Sacó de un bolsillo de su camisa un pendrive. Andrew se tensó. El miedo me paralizó al darme cuenta de lo que significaba. El tipo lo examinó entre sus dedos.

—¿Y esta cosita?

—Destrúyelo —ordenó el moreno.

El otro se encogió de hombros, dejó caer el pendrive al suelo y lo pisó con fuerza con su bota, rompiéndolo en pedazos. Y así sentía que estaba nuestro presente.

En pedazos.

El moreno quitó el seguro al arma con la que me apuntaba a la cabeza y el corazón me dio

un vuelco.

—Me retracto en lo que dije antes. Será más divertido esparcir sus sesos por estas paredes. —Movió el cañón de la pistola hacia abajo por mi mejilla, mi cuello, finalmente el metal frío me acarició el escote. Se me revolvió el estómago—. Aunque primero nos divertiremos con ella y tú vas a verlo todo en primera fila.

—Le va a encantar —se rio el rubio con voz congestionada.

Los iris de Andrew se oscurecieron.

Quise gritar.

La bilis subió a mi boca al entenderlo. Él lo había visto igual que yo. Esos hombres no tenían escrúpulos. No tenían remordimientos ni reparos en violar y asesinar a sangre fría a una persona solo por el placer de ver la vida abandonar su cuerpo.

Disfrutaban de nuestro sufrimiento.

Hiciera lo que hiciera y prometiera lo que prometiera, la bala atravesaría mi cráneo sin que pudiera evitarlo.



MALDITO

Después de todas las cosas a las que me había enfrentado, podría pensar que había aprendido de mis errores.

Pero no era así.

Una vez más, me había dejado guiar por el corazón, me había lanzado al peligro sin pensar en las consecuencias de mis actos. Y de nuevo, estaba en un callejón sin salida.

Miré a Andrew con el corazón acelerado.

Estábamos en un problema. Uno muy gordo.

Pero lo que sí había aprendido, era que siempre había una escapatoria. Por muy asustada que estuviera, de algún sitio que no tenía ni idea de donde estaba, sacaba fuerzas. Encontraba una solución por estúpida que fuera.

Así que, lo único que se me ocurrió, fue levantar el pie y clavar con todo el ímpetu que pude el tacón de mi zapato en el pie al moreno. Él se quejó con un gruñido y soltó mi rostro. Le di un codazo en el abdomen para terminar de separarlo de mí y Andrew aprovechó la distracción para lanzarse sobre el rubio e intentar arrebatarle el arma. El moreno intentó agarrarme, y yo le di un rodillazo en la entrepierna. Dio un traspiés hacia atrás, pero me miró con odio y levantó su arma. Cuando pensé que me iba matar, un disparo atravesó su cabeza. Su cuerpo se desplomó y yo me quedé paralizada mirando cómo la sangre espesa y roja se arremolinaba alrededor de su cabeza. Sus ojos se habían quedado abiertos.

Me giré para ver a Andrew con la pistola, y entonces el rubio, al que había dejado atontado,

se abalanzó sobre él para tirarlo al suelo. Se puso encima y forcejeó para que el arma le apuntara.

Miré alrededor, desesperada. Recordé la navaja, de modo que me levanté y corrí a por ella. La recogí del suelo con la mano temblorosa y regresé. Con el cuchillo bien aferrado en mi mano me abalancé sobre el rubio y clavé la hoja en su hombro hasta el mango. El tipo gimió como un animal herido y perdió fuerza en los brazos. Andrew le quitó el arma, presionó el gatillo y la sangre me salpicó. Me dejé caer al suelo. El corazón golpeaba con fuerza mi caja torácica. Jadeé, buscando aire mientras miraba el cuerpo inerte del tipo rubio a mi lado.

No me atrevía a tocar mi cara porque sabía que había sangre ajena en ella, y solo de pensarlo las náuseas subieron por mi garganta. Los recuerdos me asaltaron. La escena en mi piso con los hombres que vinieron a matarme, la sangre en mi piel, el miedo a morir, la bala impactando en la frente de aquel hombre, mis manos temblando sobre un arma, la amarga sensación de haber quitado una vida… Todo se estaba repitiendo.

Los brazos me empezaron a hormiguear. La cabeza me daba vueltas. No podía respirar.

Unas manos grandes sujetaron mi rostro. Al separar la vista del muerto tropecé con unos iris verdes llenos de preocupación.

—Megan, respira.

Intenté hacerle caso, de verdad. Pero no podía. Mi pecho subía y bajaba con rapidez, mi cerebro clamaba por oxígeno. Empezaba a marearme. Andrew me levantó del suelo y puso mi mano en su torso, sobre su corazón.

—Respira conmigo, vamos.

Inhaló y soltó el aire por la nariz. Le imité. Después de unas cuantas veces mis músculos agarrotados se relajaron y comencé a respirar con normalidad. Andrew me limpió la sangre con la mano, acarició mi pelo, luego me atrajo hacia él para abrazarme. Cogí la tela de su chaqueta entre mis puños procurando no pensar en lo que acababa de pasar.

Transcurrieron unos segundos y me separó de su cuerpo para observarme.

—Tenemos que irnos.

—La información…

Andrew miró el lugar donde el pendrive descansaba hecho trozos. Se acercó y los recogió para después meterlos en el bolsillo de su pantalón.

—Ahora lo importante es sacarte de aquí.

—Pero puedes…

—Olvídalo. No voy a arriesgarme.

Me cogió de la mano y me arrastró fuera del despacho. Miró a los lados, comprobando si había alguien cerca. Solo había silencio, algo de sonido lejano de la subasta.

—¿Qué vas a hacer con ellos? ¿Qué explicación vas a dar?

—Ya me inventaré algo.

Con mi palma bien sujeta echó a correr. Avanzamos por el pasillo largo y a mí me costaba seguirle el ritmo por los malditos tacones. Aunque antes me habían ayudado. Bajamos por las escaleras y cuando llegamos abajo Andrew se acercó a la alarma que había en la pared. Le dio un golpe con el puño y de pronto, empezó a sonar una alarma estridente.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté sobre el ruido.

—Así podremos salir sin levantar sospechas y joderemos la subasta.

Dos pájaros de un tiro, como se solía decir. No pensaba criticarlo. Andrew echó a correr de nuevo mientras se escuchaba alboroto en el salón principal. Mi pulso frenético no descansaba. Seguía muy asustada. Hasta que no estuviera lejos de este lugar del terror, no podría estar tranquila. Nos cruzamos con invitados que querían salir de la mansión a toda prisa, asustados por la alarma que anunciaba un peligro inminente que no existía. Por fin, atravesamos la puerta principal y vi el exterior.

El cielo estaba completamente gris, no había luna, ni estrellas. Para empeorar la situación una ligera llovizna caía sobre el asfalto. Andrew continuó caminando a paso ligero hasta que estuvimos fuera del perímetro de la mansión.

Me estremecí debido a la fresca brisa que enfriaba mis brazos, por lo que me rodeé con ellos para darme algo de calor. Inmediatamente Andrew se quitó la chaqueta del traje y la colocó sobre mis hombros. El frío que erizaba mi piel se disipó poco a poco y las gotas de lluvia empezaron a caer en surcos sobre la tela de mis hombros.

—Gracias —murmuré.

La prenda olía a él. Esa mezcla de jabón y perfume masculino, unido últimamente al olor del tabaco. Por algún motivo se me encogió el pecho. Él no dijo nada, se dedicó a marcar un número en su móvil. Cuando contestaron pidió un taxi para nuestra dirección.

Y yo sabía lo que tenía en mente.

—Pretendes que me vaya sola.

No era una pregunta, y él no la tomó como tal.

—Sí.

—¿Por qué no vienes conmigo?

—Tengo que volver.

Tragué saliva con dificultad, la garganta se me cerraba más según pasaban los segundos. Las imágenes de lo que habíamos vivido en ese despacho acudían a mi mente, pero intenté alejarlas. No podía siquiera pensar en que Andrew regresara a ese lugar, con esas personas. Corría peligro.

Me encaré a él y lo miré directamente a los ojos. Los suyos estaban apagados, sin vida y mi estómago se contrajo.

—Andrew, te has cargado a dos hombres, los has dejado ahí tirados —dije, alterada, señalando con el brazo hacia atrás—. ¿Crees que vas a irte de rositas? ¿Qué se van a tragar

cualquier excusa que les cuentes? ¡Ni si quiera te escucharán!

—No sabrán que he sido yo. Volveré a la mansión y fingiré no saber nada. Creerán que ha sido un ataque de una familia rival.

Apreté tanto los dientes que me dolió la mandíbula. Los párpados inferiores se me inundaron, procuré no pestañear para no derramar las lágrimas furiosas por salir. Sentía todo el cuerpo en tensión. Estaba muerta de miedo. Por él.

—Te descubrirán —afirmé sin aire—. Y te matarán. Tú lo sabes. Sabes cómo es este mundo. Sabes que nunca vas a estar a salvo si sigues ahí. Tienes que venir conmigo, tienes que largarte ahora que puedes.

Andrew me miró con dureza, aunque vi un atisbo de tristeza romper la muralla que estaba construyendo delante de mí para evitar demostrar sus sentimientos. Desvió la vista y negó con la cabeza lentamente. La llovizna había empapado ya la zona superior de su camisa. De su pelo oscuro se deslizaban algunas gotas solitarias.

Me dolía el pecho.

—Estaré bien —dictaminó—. Pero tú debes irte.

—No pienso irme sin ti.

Sus ojos buscaron los míos.

—Megan…

—No. —Me acerqué y le agarré de la camisa con ambas manos—. Olvídate de la maldita redención, de la venganza y del pasado, y sal de aquí. Es demasiado peligroso y acabarás muerto. Y no podré soportarlo, Andrew. Mírame —exigí obligándolo a dirigir sus iris a los míos—. Antes de que te detuvieran querías fugarte conmigo y empezar de cero, nada te lo impide ahora. Puedes hacerlo. Todavía tienes una oportunidad para cambiar tu vida.

Andrew me observó, serio, con su torso alzándose con su respiración pesada. El pulso se me aceleraba y las palmas comenzaron a sudarme. Estaba tan asustada. Quería coger a Andrew de la mano y alejarnos de allí lo máximo posible. Quería que saliera de ese infierno y lo dejara atrás como si nunca hubiera existido. Quería que se quedara conmigo.

Joder, le quería.

Le quería demasiado.

Estaba tan estúpidamente enamorada de Andrew como hacía cinco años. Esa certeza me sacudió sin piedad, dejándome inmóvil, conmocionada.

Las manos de Andrew sujetaron las mías, mi corazón se resquebrajó cuando las apartó de su cuerpo.

—Es mi destino, Megan —sostuvo sin tener el valor de mirarme—. Después de todo lo que hice, no hay otra vida para mí. No hay otro final posible.

Las lágrimas se deslizaron libres por mi rostro. La desesperación por convencerle hizo

crecer la bola en mi interior. Burbujeaba en mis tripas y ascendía por mi garganta como el fuego en la tráquea de un dragón.

Era imparable. Iba a escapar. Volar a través de mis labios. Quería retenerla, sujetarla con mi cuerpo, hacerme un ovillo para evitar que saliera de mí.

Pero la verdad, es tan poderosa, tan implacable… que fue imposible.

—Tienes una razón para alejarte de esto… —Inhalé con el corazón martilleando en mi caja torácica—. Nuestra hija.

Después de decir aquellas palabras que rasgaron mis entrañas a su paso, que ardieron en mi lengua y se estrellaron entre nosotros, el aire se quedó atascado en mis pulmones.

Esperando.

Andrew mantuvo una expresión imperturbable. Estaba como en *shock*. Vi su nuez de adán moverse cuando tragó saliva.

—¿Cómo has dicho? —siseó.

—Leah es tuya. Es tu hija —expliqué. Me humedecí los labios pues tenía la boca seca—. Cuando ingresaste en la cárcel ya estaba embarazada.

—Ella… —Se cortó y carraspeó, pues no parecía poder contener sus emociones para hablar —. Ella es mía. Es mi hija.

Asentí con una presión asfixiante en el pecho.

Escuchárselo decir en voz alta fue un golpe de realidad para los dos. La confirmación definitiva.

—Lo es.

Andrew soltó una especie de exhalación incrédula.

—Supongo que ahora tiene sentido sus ojos verdes y su carácter retraído —comentó.

Esbocé una pequeña sonrisa entre las lágrimas al vislumbrar el orgullo en su mirada.

—Sí, es igualita a ti.

Él suspiró, como si el peso del mundo estuviera abandonando sus hombros. Pero poco a poco un surco se fue formando entre sus cejas y cuando me miró a los ojos, me sentí indefensa ante lo que estaba segura de que pasaba por su mente.

—¿Por qué no me lo contaste?

No había rencor en su pregunta. Solo una mezcla de confusión y algo muy parecido al dolor que precede al rechazo.

—Tenía miedo —musité—. No quería que Leah conociera tu mundo, lo que habías hecho… Creí que la estaba protegiendo. Y también… me aterraba que volvieras a mi vida y despertaras sentimientos que quería olvidar. Intenté contártelo, fui a tu trabajo para hacerlo, cuando vi por primera vez a Fabio amenazándote y… no pude. Me asusté y seguí ocultándolo. Lo siento. Lo siento mucho…

Andrew se mesó el cabello, inquieto. Aquello era demasiado que asimilar. Y lo entendía.

—Dios, Megan…

Presioné los labios para no sollozar. La herida en mi corazón dolía. Escocía como si me hubieran derramado limón. Lo había dicho. Lo había confesado. Mi mayor secreto y mejor guardado había salido a la luz. Y lo cierto era que no me arrepentía.

—Así que… por Leah —comencé despacio, sintiendo un remolino de sentimientos en el estómago—. Debes vivir por ella. Estás a tiempo de renunciar, de empezar de cero con nosotras. Podemos ser una familia.

Andrew se quedó callado. Sus ojos me miraban, pero no me veían. Pude distinguir como algo se rompió dentro de él. Le observé parpadear, apretar los puños y la mandíbula. Apartó la mirada y se pasó una mano por la boca. Mi presión arterial se disparó con el gesto.

No era suficiente.

Nosotras no éramos suficiente razón.

Antes de que hablara, ya sabía que me iba a destrozar.

—Saber que tengo una hija tan perfecta contigo me hace más feliz de lo que jamás creí que podría ser —dijo con la voz rota. Yo cerré los ojos, derramando más lágrimas, esperando el golpe—. Pero… hiciste bien en no contármelo. Estaréis mejor sin mí. No soy bueno para vosotras, Megan. Nunca podré huir de esta vida, de mi pasado, de mi familia… Siempre me perseguirá, allá donde vaya y haga lo que haga. Estoy maldito, tengo las manos manchadas de sangre y nunca voy a poder ser una persona normal. No puedo haceros felices como os merecéis.

Mentira.

Mentira. Mentira. Mentira.

Quería gritárselo, pero fui incapaz.

—Tú no estás maldito —susurré—. Eres la persona más especial que he conocido. La única que me ha hecho sentir viva de verdad. Que me ha dado lo más bonito que tengo. Y estoy segura de que serías un padre maravilloso.

Andrew bajó la mirada y luchó contra sus propios demonios para controlarse. Vi como apretaba los puños a sus costados y luego los relajaba. La marea de sentimientos casi le hace temblar. Cuando alzó la vista, sus ojos estaban cristalinos y había depositado un velo de frialdad en su rostro.

—¿Qué clase de ejemplo le dará un tipo que estuvo en la cárcel? ¿Alguien que cometió delitos imperdonables en nombre de la familia? —inquirió con desprecio, con las palabras impregnadas de la aversión que sentía hacia sí mismo. Negué con la cabeza una y otra vez como si así pudiera borrar su discurso—. Megan, yo… no tengo nada bueno que ofrecerle.

—Eso no es verdad. Y lo que hiciste no te define, Andrew.

—Por desgracia, sí, y no puedo fingir que no existe. Forma parte de mí. —Abrió los brazos,

derrotado—. Esto es lo que soy.

—Se lo explicaremos cuando sea más mayor —salté, impaciente—. Ella lo acabará entendiendo.

—No quiero que lo entienda.

—Andrew…

Por mucho que suplicaba, su expresión permaneció implacable. Las luces de un coche iluminaron el camino a lo lejos. El alma se me cayó a los pies al saber que iba a separarse de mí en cuestión de minutos. Sus manos acunaron mi rostro, se llevaron la humedad de mi llanto con los pulgares e hizo fuerza hacia arriba para que clavara mi mirada en la suya.

—Sube a ese taxi y vuelve a casa. Olvida lo que ha pasado esta noche y no vuelvas a llamarme. —Separé los labios para hablar, pero él me cortó—. Sácame de tu corazón, sigue adelante con alguien más. Mereces algo mejor que yo, Megan. Nuestra hija lo merece. Encuentra a una persona que os de lo que yo no puedo. Por favor.

Se me escapó un sollozo entrecortado. Mi corazón se partía en pedazos, casi podía escuchar el sonido de sus venas y válvulas romperse, tiñendo todo de sangre, dejándome sin aliento. Pasé saliva entre el nudo ardiente de mi garganta.

—¿Cómo puedes decirme eso? —gemí con angustia—. ¿Qué lo olvide y me vaya con otro? No quiero a nadie más. No lo he querido en todo este tiempo porque nadie puede sustituirte. Tú eres su padre. Eres tú al único que necesitamos.

Las manos de Andrew me soltaron mientras apretaba la mandíbula y desviaba la mirada de la mía. Me dio la sensación de que no quería que viera las lágrimas en sus ojos. Aunque lo hice. Y eso me destrozó aún más.

—Lo siento.

Fue todo lo que respondió.

Las emociones se me desbordaron.

—¿Vas a abandonarnos como hizo tu madre contigo? ¿Es eso lo que quieres? ¿Qué Leah pase por lo mismo? Estás repitiendo sus errores y lo sabes.

Mis palabras fueron como una bofetada para Andrew. Le dolió. A ambos nos dolió. Sin embargo, tapó su reacción con una mirada serena y directa.

—Ahora la entiendo. Ahora por fin la entiendo.

Todo explotó dentro de mí.

—¡Te odio! —sollocé, sin importarme lo débil que pareciera en ese momento. Me quité la chaqueta que me había prestado y se la tiré. La prenda se quedó arrugada en el suelo, al igual que lo estaba mi corazón—. ¡Te odio por apartarme siempre así! Te odio tanto, joder…

Los faros del taxi nos iluminaron y frenó a unos metros. Pitó y Andrew hizo una señal para que aguardara. Se acercó a mí para depositar un beso lento en mi frente. La calidez de sus labios

me envolvió como un manto y deseé alzar la cabeza para besarle por última vez, pero me contuve.

Se separó de mí. Y yo me sentí a la deriva.

—Ódiame si así te resulta más fácil —pidió con el tono ronco. Miró al taxi e inhaló. Cuando sus pupilas recayeron de nuevo en las mías, el suelo bajo mis zapatos de tacón se tambaleó al ver el crudo dolor inundando su mirada—. Adiós, Megan.

Se dio la vuelta, recogió la chaqueta y se alejó por el camino por el que habíamos llegado. Mi cuerpo casi se desploma. Dejé salir el aire de mis pulmones magullados mientras contemplaba su espalda hacerse más y más pequeña.

Pestañeé, intenté recomponerme. Di un paso hacia delante. Otro. Otro. Abrí la puerta del taxi, me metí dentro y le di mi dirección al conductor. Arrancó el motor. Comenzamos a rodar por la carretera mientras yo me arrebujaba en la chaqueta que cubría mis hombros. Lloré en silencio.

Era como un *dejavù*. Ya había vivido una situación parecida.

Andrew y yo estábamos destinados a separarnos una y otra vez. Estábamos destinados a sufrir el uno por el otro.

Debería estar acostumbrada.

Pero no lo estaba.

Y cada despedida se llevaba consigo un trozo de mi corazón. Hasta que ya no me quedara ninguno.



COBARDÍA

Miré en el fondo de la taza. Los restos oscuros que cubrían el inferior se movieron ligeramente mientras daba vueltas a la cuchara. Era curioso el hecho de me sentía justamente así. Como si estuviera metida en lo profundo de un pozo.

Con los pulmones inundados de agua. Sin poder respirar.

En la oscuridad.

—Mamá.

Alcé la vista y parpadeé. Leah estaba sentada delante de mí con su bol con cereales. Me observó ladeando la cabeza. Su cabello castaño se deslizó hacia la izquierda.

—¿No te lo bebes?

Esbocé una sonrisa la cual era consciente de que no parecía sincera, pero debía hacerlo por ella. Debía fingir que no estaba rota por dentro por mi hija. Cogí la taza y le di un trago.

—Sí, cariño. Es solo que no tengo mucho apetito.

—Pero siempre dices que el desayuno es la comida más importante del día y que tengo que terminármelo.

Esta vez sonreí de verdad.

—Cierto. Así que vamos a acabar las dos o llegaremos tarde al cole.

Leah asintió y continuó comiendo. Dejé escapar un pequeño suspiro. Apuré mi café, que me supo más amargo de lo normal, recogí la mesa y fregué los platos mientras la niña se lavaba los dientes. El agua corría a través del grifo, mojando mis manos. El recuerdo de Andrew acudió a

mi mente. Yo me quemé con el mismo café y él puso mis manos bajo el agua. En ese momento su cercanía fue abrasadora. Deseé que me besara. Lo deseé, aunque sabía que no estaba bien.

Nada había estado bien desde que nos reencontramos.

Después de lo que sucedió en aquel despacho y de nuestra despedida, cada segundo había sido una tortura. Los días se sucedieron uno detrás del otro sin que pudiera remediarlo. El tiempo no tenía piedad conmigo. No iba a detenerse por mucho que me viera sufrir en silencio.

Intenté volver a la normalidad. Intenté seguir con mi vida tal y como era antes de que él apareciera.

Pero ya nada era igual. Para mí todo había cambiado.

Por mucho que me empeñara en tapar el dolor y alejar de mi cabeza las imágenes de nuestra última conversación… era imposible. No podía olvidarlo.

No podía dejar de pensar en Andrew.

Su recuerdo se aferraba a las paredes de mi corazón como una hiedra que era incapaz de arrancar.

Me preguntaba continuamente si estaría a salvo, si estaría vivo, o si su cuerpo ya criaba gusanos bajo tierra. La incertidumbre me absorbía, me asfixiaba. Necesitaba respuestas que no podía obtener. En cierto momento de desesperación llamé a su teléfono, pero ya no existía. Se aseguró de cortar toda comunicación conmigo. Cada día me levantaba con la ansiedad empujándome a ir a su trabajo o a su piso, sin embargo, él no quería eso. No me quería más en su vida. Me lo dejó muy claro. Ni siquiera su propia hija fue suficiente motivación para sacarlo del abismo en el que se encontraba.

Eso era algo que me dolía. Palpitaba en mi pecho como una herida en carne viva, recordándome que Andrew me abandonó de nuevo. Nos abandonó. Le conté la verdad después de haber luchado con todas mis fuerzas por guardarlo en lo más oscuro de mi ser. Y aun así… no sirvió de nada.

La impotencia era un sentimiento desagradable.

A pesar de haber estado solas durante años sin ningún problema, de pronto me sentía sobrepasada con la soledad. ¿Cómo lo hice? ¿Cómo era mi día a día sin este agujero en el pecho? El dolor sordo de mi corazón me acompañaba a todas horas. Ya no sabía hacer las cosas de la manera habitual.

Era como si hubiera perdido una parte importante de mí.

Una vez Leah estuvo lista, salimos de casa, la llevé al colegio, y después fui a la librería. Bromeé con Elia, vendí libros, reorganicé estanterías. Actuaba como la Megan de siempre. Pero no lo era. En mi interior no lo era. Me sentía una cáscara vacía de mi propia persona. Y lo odiaba. Odiaba estar pasando por esto otra vez.

Dicen que no hay que arrepentirse de nuestras decisiones, pues son las que nos convierten en

quienes somos en la actualidad; no obstante, yo me arrepentía de muchas cosas. En los primeros puestos estaba haber cedido a mi deseo de acercarme a Andrew. Me reprendí a mí misma tantas veces en los últimos días que había perdido la cuenta. Y, aun así, sabía que estaba equivocada. Que por mucho que ahora estuviera pasándolo mal, cada instante, cada mirada y cada beso… valieron la pena. Me agarraría a eso como a un clavo ardiendo.

Después del trabajo, ya en casa, sonó el timbre. Como cada vez que lo hacía, se me agarrotaron los músculos, pero al abrir la puerta me encontré a mi hermana con los brazos cruzados sobre el pecho. Masticaba un chicle y al verme movió los dedos de su mano en forma de saludo.

—Alice… ¿qué haces aquí? —pregunté, pues no era muy normal que apareciera sin avisar.

Ella rodó los ojos al tiempo que me hacía a un lado para pasar al interior del apartamento.

—Eso pregúntaselo a mamá.

Fruncí el ceño, confundida.

—¿Qué te ha dicho?

Ya me imaginaba lo peor.

Leah levantó la vista de sus deberes que consistían en colorear unos dibujos y sonrió al divisar a su tía. Alice se agachó para darle un abrazo.

—Hostias, pintas mejor que yo.

—No hables así y dime qué te ha dicho mamá.

Ella me encaró, luego echó un vistazo a la niña y devolvió la vista a mí de forma significativa. Entendí, así que me acuclillé, le aparté el pelo castaño de la cara a Leah y sonreí.

—Cariño, ¿por qué no acabas los deberes en tu habitación? Cuando acabe de hablar con la tía iré a verlos, ¿vale?

—¿Vais a hablar algo secreto que no puedo saber?

Dios, las malditas preguntas. Alice aguantó una risa y yo la miré mal. Mantuve mi postura de madre afectiva.

—No, es solo que es algo aburrido y tampoco te queremos molestar. Hazme caso, cielo.

La niña asintió a regañadientes, recogió el cuaderno y los colores y caminó hasta su cuarto. En el instante que la puerta se cerró, cogí aire y miré a mi hermana cruzando los brazos. Ella esbozó una expresión de cansancio.

—¿Y bien?

—Mamá ha estado súper pesada diciendo que andabas muy rara cuando fuiste a recoger a Leah a su casa. Yo le dije que estabas bien, pero cada día me insiste en que te saque lo que te pasa porque a ella no se lo cuentas.

Parpadeé, atónita.

De nuevo, el instinto de madre me atacaba. No estaba equivocada. Claro que me vio rara,

había presenciado la muerte de dos personas y había perdido para siempre al hombre al que amaba. Me costó horrores cubrir mi tristeza con el velo de la normalidad. Fingir que nada había ocurrido. Nunca fui muy buena actriz.

—Solo estaba cansada.

—Eso le digo yo, pero ella insiste en que había algo más.

Resoplé. Un *dejavù* otra vez. Mi hermana acudiendo a mí arrastrada por mi madre preocupada por mi salud mental después de ser dejada de mala manera. Era como si los episodios tormentosos de mi vida se empeñasen en repetirse. Miré a Alice, ella me observó ladeando la cabeza. El estómago se me revolvió.

—Mamá no está loca, sí que hay algo más —adivinó.

—No lo hay, Alice. Siempre estáis igual.

Inquieta, comencé a recoger la taza de mi café de la tarde de la mesita central y un paquete de snacks y caminé hasta la cocina. Mi hermana me siguió. Dejó el bolso en un taburete y se apoyó en la encimera.

—Vale, entonces dime qué estuviste haciendo ese finde.

—Nada, estar en casa.

—¡Estás mintiendo! Vamos, somos hermanas, ¿sabes? Conozco todas tus caras y tonos de voz, y ahora estás mintiendo. Como cuando te echaste la culpa de haber abollado el coche de papá cuando fue mamá. O cuando nos dijiste que Andrew era un tipo súper legal. —Me quedé quieta, y al girarme vi Alice abrir la boca de sorpresa a cámara lenta—. Es eso, ¿no? ¡Estuviste con él!

Cogí gran cantidad de aire con mis pulmones. Si es que no se podía ocultar nada en esta familia de locos. Ahora la pregunta era: ¿debía contárselo? No confiaba al cien por cien en Alice por mucho que fuera mi hermana, era demasiado bocazas, aunque había madurado un poquito, y no dijo nada al respecto de lo que le confesé la última vez sobre Andrew. Quizás tenía suerte de nuevo. Quizás necesitaba sacarlo de mi interior. Necesitaba compartirlo con alguien para no sentirme tan desquiciada. Tragué saliva y coloqué las palmas sobre la encimera, miré a Alice a los ojos.

—Sí. Estuve con Andrew.

Ella se tapó la boca con la mano.

—¿Estáis juntos? —preguntó alucinada.

Negué con la cabeza.

—No, él… Pasaron cosas, ¿vale? Pero nunca llegamos a estar juntos. Y se ha acabado.

Alice parpadeó tantas veces que pensé que saldría volando. Seguía con la boca abierta. Yo me dejé caer en el taburete frente a ella con los hombros caídos.

—¿Cómo que se ha acabado? —Se recolocó en su asiento—. Espera, espera, tienes que

contármelo todo. Esto es más interesante que los rollos de una noche de mis amigas.

Puse los ojos en blanco y sujeté mi sien con los dedos.

Ya había dado el paso. No había vuelta atrás.

—Está bien. Pero los papás no pueden saber nada de lo que voy a contarte. ¿Me oyes? —La señalé, amenazante—. Esto no debe salir de aquí bajo ningún concepto, Alice. Hablo muy en serio.

Alice asintió con la cabeza, sin palabras.

Le expliqué todo. Mis encuentros con Andrew, su venganza, la forma en que decidí ayudarle, lo que ocurrió en la gala benéfica, nuestra conversación posterior en la que le confesé que Leah era su hija y cómo él, arrastrado por sus propios demonios, me dejó atrás.

Alice escuchaba el relato más atenta de lo que la había visto nunca, abriendo los ojos, maldiciendo y haciendo algún comentario como «qué fuerte», «estoy flipando» y demás sinónimos. Cuando terminé, me dolía el corazón. Recordarlo era como echar sal en la herida. Las lágrimas humedecieron mis párpados inferiores, pero logré mantener la compostura.

—Así que… se acabó —dije para rematar. Inhalé, llenando mis pulmones de aire—. Ahora tengo que olvidarlo y volver a la normalidad.

—Dudo mucho que puedas hacer eso.

Alcé la vista para mirar a mi hermana. Ella me observó con algo de compasión. Mi pecho se apretó.

—*Tengo* que hacerlo. No hay de otra, Alice. Debo seguir adelante lejos de todo eso, por Leah.

Ella se mordió el labio inferior, luego se inclinó hacia mí.

—Mira, me parece fatal que dejara que te metieras en cosas mafiosas otra vez, que vale, tú quisiste y entiendo tu punto, ¿ok? Esas chicas merecen que las ayuden, y esos proxenetas merecen todo lo malo que les pase, ahí estamos de acuerdo. Los métodos de Andrew quizás no sean los más legales y esas cosas, aunque comprendo vuestra motivación. Pero que sepa que Leah es su hija y, aun así, haya girado la cara y os haya dejado tiradas, eso sí que es de ser cabrón.

No sabía qué responder. Quería defenderlo, sin embargo, una parte de mí creía que tenía algo de razón. Conocía los motivos que llevaron a Andrew a desaparecer, pero eso no hacía que fuera menos doloroso o cruel. Al fin y al cabo, eligió su venganza sobre nosotras. Se dejó vencer por su lado oscuro.

Permitió que la oscuridad que creía albergar en su interior lo alejara de su familia. ¿Para protegernos de él mismo? A mis ojos el único que parecía necesitar protección era él.

—Supongo que un poco —respondí con un nudo en la garganta—. Él piensa que está haciendo lo mejor para las dos.

—No, Meg. —Miré a Alice con inquietud—. Ese se llama cobardía. Se enconde en su pasado y sus mierdas internas para no hacer frente al hecho de que ahora tiene algo bueno a lo que aferrarse para dejar su puñetera venganza. ¿Te digo lo que le pasa? Está acojonado. Tiene miedo de decepcionaros y confirmar que no os merece.

Una lágrima solitaria rodó por mi mejilla y me la limpié con la manga del jersey. Mi hermana pequeña había dicho lo más sabio que le había oído decir en veintiún años. Joder, y tenía que ser como un portazo en la cara. Una verdad soltada con tanta fuerza que perdí incluso la concentración.

El miedo paraliza. El miedo separa. El miedo aleja. Yo también me dejé arrastrar por ese sentimiento. Permití que el temor de que Leah descubriera la realidad de su padre me hiciera ocultarle su origen. Y ahora, ese mismo miedo estaba corrompiendo el corazón de Andrew.

—Entonces yo también soy una cobarde —musité.

Alice me dio la mano y la apretó. Respiré entrecortada.

—Todos lo somos alguna vez, idiota. —Fruncí el ceño ante el insulto y ella me guiñó un ojo —. Además, lo hiciste por el bien de Leah. La cuestión en este momento es si de verdad estás dispuesta a seguir tu vida como si nada.

¿Lo estaba? No. Puede que nunca lo estuviera.

—No tengo otro remedio.

Ella se tiró hacia atrás y encogió un hombro.

—Si tú lo dices.

—Mamá.

Leah salió de la habitación y nos miró curiosa. Me limpié con rapidez la cara y me levanté del taburete.

—Dime, cariño.

—¿Habéis acabado? Me aburro, quiero ver Mulán.

Esbocé una sonrisa. Relajé la postura.

—Vale. Voy a ponértela.

Antes de ir al salón, eché un vistazo a Alice.

—Ya sabes, ni una palabra. O papá matará a Andrew y mamá me matará a mí.

Alice soltó una risita, luego se puso seria e hizo el gesto de cerrar una cremallera en sus labios. Suspiré y fui a ponerle la película a mi hija. Una vez estuvo con la mirada fija en ella, volví junto a mi hermana y me dispuse a hacer un par de cafés.

—Oye, ¿por qué no te vienes conmigo a un desfile que harán la semana que viene? —preguntó Alice—. Necesitas despejarte.

—¿Un desfile de moda? ¿Por qué no vas con tus amigas? No creo que sea para mí.

—Tenemos examen pronto y se van a quedar a estudiar —dijo rodando los ojos. La miré

mal dando a entender que ella también debería hacerlo—. Además, te vendría bien coger algunas ideas sobre estilo —señaló mirándome con recochineo.

Fue mi turno de rodar los ojos mientras servía el café en dos tazas.

—Solo si Hayley o Elia pueden quedarse con Leah.

—Qué sí, ya se lo digo yo a Elia.

Mi hermana comenzó a hablar del desfile, de las diseñadoras que asistirían y, gracias a eso, aunque no me interesara demasiado, conseguí pensar en otra cosa. Pero eso no impidió que durante la noche estuviera dándole vueltas a la conversación que habíamos tenido sobre Andrew. A todo lo que había ocurrido. A nuestra despedida. A nuestros motivos. Era consciente de que no habría forma de convencer a Andrew de que fuéramos una familia, lejos de la mafia. Tampoco lo pretendía. Sin embargo, quería cerciorarme de que estaba bien. Por lo menos, ser capaz de dormir por las noches sin imaginar que lo habían asesinado a sangre fría.

Un último encuentro. Solo eso.



Al día siguiente, dejé a Leah en el colegio y conduje hasta el taller en el que trabajaba Andrew. Las manos me temblaban, e intenté mantener los nervios a raya. Iba a doler. Lo sabía. Porque él me rechazaría de nuevo con palabras hirientes. Ese era su estilo. Su manera de alejarme. Pero me daba igual.

Llegué a la calle correspondiente y aparqué en la acera de enfrente. Fruncí el ceño cuando desde fuera ya vi a un chico lleno de tatuajes moverse delante de uno de los vehículos. Cogí aire y salí del coche. Me acerqué al susodicho, que me echó una mirada poco disimulada. Le pregunté por Andrew y el desconcierto en su rostro fue significativo. No sabía quién era. Ya no trabajaba ahí.

Genial. Había renunciado incluso a su trabajo.

Le di las gracias al chico y regresé a mi coche. Conduje con un nudo en el pecho hasta el piso de Andrew. Mi última esperanza. Me apeé del vehículo, la brisa fría de finales de otoño me movió el pelo. Recoloqué mi chaqueta vaquera y avancé hacia el edificio. Subí los tres pisos. Una vez con la puerta delante y el corazón golpeando sin tregua mi caja torácica, levanté la mano y presioné el timbre. Sentía mis fuertes latidos en la garganta, el estómago anudado.

Nadie respondió. Nadie abrió.

Inspiré profundamente y repetí la acción.

Silencio.

Pegué la oreja a la puerta, pero no escuché nada. La aporreé. Dios, esto era estúpido. Lo más seguro era que no estaba allí, y ya está. Estaría en uno de los prostíbulos o saber dónde.

Bajo tierra.

Sacudí la cabeza. Volví a aporrear la puerta.

Un hombre abrió la suya a unos metros, sobresaltándome. Me miró de mala gana. Tendría unos cincuenta y estaba fumando.

—¿Qué cojones haces ahí aporreando un piso vacío?

El suelo se tambaleó bajo mis pies.

—¿Vacío?

—Sí. Ahí no vive nadie, muchacha.

—Pero… —Mi cerebro iba a mil—. Vive un hombre. De unos treinta y tantos, moreno, suele… suele vestir de negro.

—Ya, pues se ha ido. Hace como unas dos semanas.

El pulso se me congeló. Separé los labios, pero lo único que conseguí fue que mi boca se secara sin decir una palabra.

—¿Se ha ido? —pregunté con un hilo de voz.

—Eso he dicho. Ahora deja de molestar.

Azotó su puerta y el sonido sordo me taladró los oídos. El silencio se instaló en el descansillo. Se oían algunas sirenas a lo lejos. Mi respiración se tornó errática. Observé la puerta.

Se había ido.

Se había deshecho de su teléfono, había renunciado a su trabajo y se había largado del piso. Las únicas formas que tenía de poder contactar con él. Hizo las cosas bien. Lo dejó bien atado.

Me había sacado de su vida de una patada.

O eso… o estaba muerto.



EFÍMERO

ANDREW

Las mariposas eran seres curiosos. Nacían de forma diferente a muchas otras especies, pasaban por varias fases que me resultaban únicas y, finalmente, después de romper la crisálida, cuando se convertían en algo tan bello, no tenían tiempo de vivir.

Desde pequeño las observé metidas en esos cuadros de cristal. Perfectas. Etéreas. Paradas en el tiempo como si en cualquier momento pudieran echar el vuelo. Pero no lo harían. Estaban muertas. Atrapadas para siempre como una bonita decoración para deleite de quien las comprase.

Muchas veces me sentí como una de ellas. Me sentí enclaustrado en un lugar asfixiante en el que no quería estar, siendo perfecto para los demás. Siendo tan solo un objeto que mi padre usaba a su beneficio.

Deseaba volar. Deseaba con todas mis fuerzas romper la crisálida de mi mundo y escapar. Fue curioso, fue bastante curioso que justo una mariposita que parecía indefensa fuera la que me sacara de allí.

Yo fui su prisión, y ella mi libertad.

Suspiré profundamente, me pasé una mano por el cabello y le di la espalda al cuadro resquebrajado de la mariposa azul que colgaba de la pared.

Ahora todo se había ido a la mierda. Y una vez más había sido por mi culpa. Nunca debí dejar que Megan se involucrase en mis asuntos. Sabía que estaba poniéndola en peligro, pero era

demasiado difícil negarle algo a esa mujer. Era la persona más testaruda que había conocido. La más valiente. Y también la más leal. La única a la que había amado hasta quedarme sin nada.

Tomé asiento en el sofá, crucé los dedos y dejé reposar la cabeza sobre mis manos unidas. El dolor en mi pecho no parecía querer disminuir. Un vacío insoportable que hacía que a veces me faltara el aire. Sabía que me merecía ese sufrimiento. Me lo merecía y lo aceptaba, por todo el que le había ocasionado a Megan. Ella creía que me odiaba, pero no se hacía una idea de cuánto me despreciaba yo a mí mismo.

Cerré los ojos y su imagen acudió a mi mente.

La echaba tantísimo de menos.

En la cárcel lo único que hice fue extrañarla. Fue anhelarla, fue recordarla. Cada día era una maldita tortura sin ella. Porque yo la aparté. Igual que ahora. La historia se repetía, y sabía que Megan no me perdonaría esta vez. Me negué tantas veces el buscarla cuando salí, intenté borrarla de mis pensamientos, pero fue imposible. Cuando la encontré, sentí que las piezas de mi alma rota empezaban a recomponerse. Que mi oscuridad se llenaba poco a poco de luz. Era el efecto que siempre conseguía.

Y ahora que no estaba, la negrura me engullía.

En el silencio de aquel sombrío apartamento me preguntaba qué estaría haciendo en ese momento, qué estaría pensando… cómo estaría Leah.

Esa preciosa niña.

Mi niña. Mi hija. Mi sangre.

Desde el primer día en que la vi sentí un vínculo extraño con ella, una sensación indescriptible me embargaba cada vez que la miraba, aunque nunca imaginé que podría ser mi hija.

Odiaba pensar que había estado ausente sus cuatro años de vida, que Megan tuvo que encargarse de todo sola, que me perdí tantas cosas… Pero por mucho que deseara con todo mi corazón ser un padre para Leah y vivir una larga vida a su lado, no podía condenarla a la incertidumbre que era permanecer conmigo.

Después de tantos años en la mafia, mi alma se había podrido. Era un cuerpo movido por la venganza. En realidad, me avergonzaba de mí mismo. Y estaba asustado como el infierno. Lo más probable era que muriera completando mi cometido.

Leah sería más feliz si nunca averiguaba la verdad; si nunca descubría la clase de persona que era su padre y los actos horribles que llevó a cabo por dinero y poder.

A diferencia de mí… ella era pura. Y no quería contaminarla.

Pasé las manos por mi cabeza hasta deslizarlas por el cuello con gesto abatido.

Estar lejos de mí era lo mejor para ellas.

Era lo mejor, pero…

El teléfono sobre la mesa central comenzó a sonar. Abrí los ojos y levanté la cabeza para mirarlo. Reconocía el extenso número. Era Josh. Alargué la mano para cogerlo, descolgué y lo coloqué en mi oreja.

—¿Qué pasa?

—Oye, ¿qué forma es esa de saludar a tu hermano?

Dejé escapar un suspiro y me recosté en el sofá, echando la cabeza hacia atrás.

—Perdona, estaba pensando en algo.

—Déjame adivinar… tiene nombre de mujer.

—Basta, Josh.

—No soy yo el que la ha cagado otra vez dejando al amor de su vida y a su hija por sus traumitas pasados.

—¡Josh! —se escuchó la voz de Rose.

Me masajeé la sien con los dedos. Cómo me arrepentía de haberles contado que había cortado lazos con Megan después de lo sucedido en la mansión de Fabio y de descubrir que Leah era mi hija. Cuando se lo conté, Rose pegó un grito de emoción y Josh aseguró que ya lo sospechaba. Nunca creyó que Megan se hubiera acostado con otro hombre tan pronto. Pero, como era evidente, no estaban de acuerdo con mi decisión.

—¿Qué? —continuó Josh—. Es la verdad. Dice que no las merece, Rose. Que no quiere ponerlas en peligro, no me jodas.

—No lo entiendes —murmuré.

—Sí lo entiendo, te faltan cojones. Creía que mi hermano era diferente.

—Josh, no seas tan duro con él, lo está pasando mal —añadió Rose. Se oyeron crujidos y de pronto su voz sonaba más clara. Le habría quitado el teléfono a su novio—. Andrew… sé que esto es muy difícil para ti, que tienes tus motivos y eso, pero la venganza no es la solución. Deberías rendirte y volver con Megan y Leah. Intentar ser feliz.

Feliz. Una palabra complicada.

Un sentimiento efímero.

No me importaba si yo era feliz, solo quería que ellas lo fueran. Y solo podrían serlo de verdad si salía de sus vidas.

—Sabes que no puedo rendirme ahora. Ellos son los culpables de nos quitaran a nuestra madre —dije como sólido argumento.

—El culpable fue papá —replicó Josh—. Y mamá por no volver a buscarnos. Fabio era un niño cuando todo eso pasó, y tú también. No vas a cambiar el pasado por mucho que te vengues de él. Por supuesto que me parece una mierda lo que están haciendo, pero no tienes que cargarte tú con la responsabilidad de pararles.

Josh me odió durante un tiempo después de confesarle que nuestra madre no murió, sino que

se tuvo que marchar. Me echó la culpa por haber guardado el secreto y dijo que yo era igual que mi padre. Eso me dolió bastante, pero entendía los sentimientos de mi hermano. Yo también me sentí traicionado por mi padre al enterarme de que mi madre no nos abandonó por deseo propio.

Finalmente, Rose consiguió hacerle entrar en razón, y me pidió disculpas por sus palabras. Desde entonces había redirigido su rencor a nuestros progenitores. Aunque ahora estaba enfadado conmigo precisamente por poner mi vida en peligro por ellos.

—Debo terminar lo que he empezado, no he hecho todo esto para nada.

—Así que quieres que te maten —volvió a interrumpir mi hermano—. ¿Te mola la idea de ser un mártir o algo así?

—Josh… —murmuró Rose.

—Es lo que pasará, Megan tiene razón y tú lo sabes.

—¿Habéis llamado para darme el sermón? —salté.

Un suspiro de Rose.

—Queríamos saber cómo estabas.

Escuché a Josh maldecir.

—Déjale, ya nos avisaran cuando haya que enterrarle.

Cerré los ojos. Me dolía su actitud, aunque la comprendía. Si ellos estuvieran en Estados Unidos, se habrían aliado con Megan para encerrarme en una habitación y no permitirme continuar con mis planes. Pero aquí estaba solo. Solo con mi dolor y mis demonios.

—Andrew, no le hagas caso, ya le conoces —intercedió Rose. Un pequeño silencio—. Piénsalo, ¿vale? Recuerda qué es lo verdaderamente importante.

Asentí a pesar de que ella no podía verme.

—Ya hablaremos.

Colgué el teléfono. Dejé caer la mano. Me levanté, me di una ducha, me vestí con una camisa negra y un pantalón del mismo color, el único con el que me sentía a gusto desde que salí de prisión, y salí del piso.

Conduje hasta el Morfeo. Después de aparcar, salí del coche y metí las llaves en mi bolsillo. Alguien a unos metros llamó mi atención, se apeaba de un vehículo blanco que acababa de llegar. Era Serena. Se inclinó sobre la ventanilla del conductor para despedirse de él con un beso, colocó su bolso al hombro y caminó hacia el local haciendo resonar sus tacones en la acera. Entorné los ojos hacia ese hombre. Me recordó a alguien, sentía que lo conocía, pero no pude ver bien su rostro. Arrancó el motor y se alejó del aparcamiento calle abajo.

Me preguntaba quién era. No sabía que Serena tuviera pareja. Y me extrañaba que la ocultase de alguna forma. Quizás debería echarle un ojo.

Saqué un cigarro de la cajetilla y el encendedor y lo prendí. Me lo fumé antes de caminar hacia el Morfeo. Al entrar, escuché voces, parecidas a una discusión. Me acerqué al origen del

sonido y vi a Rodric sujetando con fuerza el brazo de una de las chicas. Serena estaba a su lado con los brazos cruzados. Él le dio una bofetada a la chica que le cruzó la cara, el colgante que todas llevaban tintineo con el movimiento brusco. Apreté los puños.

—¿Te crees que puedes escapar como tu amiguita? —bramó en su rostro mientras ella, menuda y de un cabello rubio apagado, lloraba en silencio—. ¿Quieres que te diga qué le pasó? La perseguimos, la encontramos y le metimos una bala en la cabeza. A lo mejor te apetece que te enterremos junto a ella.

Mentía. Le mentía para asustarla. Hablaba de Zaira, y ella estaba a salvo. Yo mismo me encargué de eso. Sin embargo, un nudo se creó en mi pecho al escucharlo.

¿Y si estaba equivocado? ¿Y si lograron dar con ella?

—Lo siento… —balbuceó la chica—. No volveré a hacerlo…

—Claro que no, nos vamos a encargar de que así sea —dijo Serena con altivez.

Como si fuera su perro obediente, Rodric levantó la mano de nuevo, di un par de zancadas hacia él y le agarré la muñeca con fuerza. Él dirigió la vista hasta mí con la rabia llameando en sus ojos. Los otros dos seguratas que flanqueaban la escena dieron un paso adelante.

—No es necesario golpearla —mascullé.

Rodric se liberó de un tirón, dejó a la chica en el suelo y se encaró a mí. Le sostuve la mirada, inmóvil, mientras Serena soltaba una risita por detrás.

—¿Tú quién coño te piensas que eres para decirme lo que tengo que hacer?

—Es un héroe ahora —se burló Serena.

—Solo te digo que está lo suficientemente asustada, creo que ha aprendido la lección.

—Esta zorra ha estado a punto de llamar a la policía, la he pillado infraganti, podríamos haber tenido muchos problemas, Coleman. ¿Qué habrías hecho entonces? ¿Darle una reprimenda y una palmadita en la espalda?

Eché un vistazo a la chica, que temblaba echa un ovillo en el suelo. Comencé a arremangarme las mangas de la camisa.

—Si vuelve a intentar algo así, yo mismo la mataré.

La chica se encogió. Me miró con pavor, a lo que le correspondí con una mirada directa. Sabía que no iba a entenderme, pero al menos traté de tranquilizarla. Quizás vio algo en mis ojos, porque frunció el ceño y se quedó quieta.

Rodric chasqueó la lengua, atisbó a Serena y ella le hizo un asentimiento. Con la mandíbula apretada, levantó a la chica del suelo y la arrojó hacia el pasillo.

—Fuera de mi vista. Haz tu puto trabajo o ya sabes lo que te toca —la amenazó.

Ella bajó la cabeza, todavía temblando, y se alejó abrazándose el cuerpo. Ojalá pudiera sacarlas a todas ellas de ese antro. Ojalá pudiera quemar en ese mismo instante el imperio de Fabio hasta los cimientos.

—Espero que no te tiemble el pulso cuando llegue el momento, Coleman —me dijo Serena —. Fabio quiere hablar contigo.

Una punzada me atravesó el pecho. Siempre que ese hijo de puta quería hablar conmigo no era para algo bueno. Asentí y subí las escaleras hasta su despacho. Al entrar, él estaba fumando un cigarro de cara a la ventana. Sus hombres estaban como siempre apostados a cada lado de la puerta. Observé como el humo salía de su boca, apagaba el cigarro en el cenicero del alfeizar y cerraba la ventana.

—¿Querías verme?

—Se ha perdido otra mercancía —dijo dándose la vuelta hacia mí—. El último cargamento de armas. Según el sobrecargo hubo una tormenta y algunos contenedores cayeron al mar.

No me moví del sitio. No parpadeé. Cualquier gesto podría delatarme. Podría darle una pista de que había sido yo quién había movido los hilos para que ese cargamento se perdiese en una supuesta tormenta.

—¿Y no le crees?

—Algo me dice que me está mintiendo.

—Puede que tengamos un topo —comenté—. Que esté proporcionando información a nuestros rivales para que hagan desaparecer las mercancías.

—Si son los mismos que nos atacaron en la gala benéfica las cosas van a ponerse muy feas, Andrew —explicó, sentándose en el escritorio. Cogió su arma y comenzó a comprobar las balas en el cargador de forma distraída—. Perdí mucho dinero esa noche y a dos de mis hombres. —Levantó la mirada hacia mí mientras cerraba el cargador y ponía el seguro a la pistola—. Por no hablar de la chica que se me escapó. Envié a Dan a buscarla, pero no volvió después de enviarme un mensaje asegurándome que la había matado y enterrado. Encontramos el collar con el rastreador en una carretera de las afueras, y estoy seguro de que alguien la ayudó. Cuando descubra al o los responsables, su muerte será lenta. Disfrutaré cada segundo.

Me quedé mirándolo en silencio, cuadrado en mi posición. Quizás debería tener miedo, pero la muerte ya no me asustaba como antes. Sin embargo, el recuerdo de Megan y Leah apareció en mi mente.

Si al final me asesinaban, ellas podrían seguir adelante tranquilas por fin. Aunque para Megan fuera doloroso, con el tiempo me superaría.

Intenté convencerme de estas palabras para no salir de allí y correr a sus brazos. Para no mandar todo a la mierda y suplicar perdón de rodillas a la mujer que amaba. El corazón me tiraba en una dirección y la cabeza en otra. Pero no podía darme por vencido ahora.

—Daremos con ellos —aseguré a Fabio.

—Estamos buscando a la madre de esa chica. Si está viva, no tardará en ponerse en contacto. La mujer está enferma y su hija necesitará saber de su pobre madre. Cuando eso ocurra, nos dirá

quién la ayudó a escapar o su madre sufrirá las consecuencias. —Dejó el arma en la superficie de la mesa mientras la el corazón me latía con furia entre las costillas—. Después nos encargaremos de la chica.

Se me heló la sangre en las venas. Puede que no temiera mi propia muerte, pero me negaba a que una chica inocente tuviera que pagar con su vida mis descuidos. Pensé que sería suficiente con darle otra identidad y alejarla de Nueva York, sin embargo, me equivoqué. Joder, me equivoqué. Fabio era tan vengativo como yo mismo lo estaba siendo.

—¿Te compensará matarla en la situación en la que estamos? No sabemos quién está intentando destruirnos, podrían usar cualquier paso en falso para acabar contigo. Solo es una prostituta que se ha largado, hasta ahora no ha hablado, y no creo que lo haga. Si es verdad que está viva, seguramente se escapó con Dan por decisión propia. Ambos han desaparecido. —Me pasé una mano por la barba, simulando toda la tranquilad que era capaz. Rezando para que Fabio se creyera mis patrañas—. Los vi teniendo bastante complicidad más de una vez.

Fabio me observó en silencio con los brazos cruzados sobre el pecho. Parecía evaluar mis palabras. Todavía no entendía cómo confiaba tanto en mí, aunque quizás el hecho de que estuviera a su lado después de todo lo que pasó, le daba los motivos suficientes.

—Si es así lo averiguaré —dijo sin apartar sus ojos de los míos—. No me gusta que se mezcle el amor con el trabajo. Es un veneno que te destruye la mente y acabas haciendo cosas que no deberías… Como traicionar a tu familia. A las personas que te abrieron los brazos. ¿No es cierto, Andrew?

Me estudió con esos iris oscuros que parecían un pozo profundo que te absorbía, del que era difícil salir, en el que era difícil respirar.

Sabía que hablaba de mi padre.

Para él mi padre los traicionó por salvar a mi madre.

El amor que sentía por ella le llevó a traicionarnos a todos. A dejar a sus propios hijos sin su madre. A darle la espalda a sus socios. A matar al padre de Fabio.

El amor le llevó a la muerte.

Y seguramente a mí también.

Asentí despacio con un nudo en el estómago.

—Por eso es mejor estar solo.

Salí del despacho y subí a la azotea de la discoteca para fumarme otro cigarro. Saqué el móvil del bolsillo mientras observaba el humo desaparecer en las vistas de la ciudad. Llamé a Alfred.

—Ponme en contacto con él —dije nada más lo cogió.

—¿Para qué?

—Necesito su ayuda.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí.

Alfred suspiró.

—Bien.

Sonaron unos pitidos en la línea durante un par de minutos, luego el sonido de marcado. Cuando respondió, escuché su voz después de cinco años:

—Vaya, vaya, cuánto tiempo, Andrew. Pensaba que no volvería a saber de ti.

—Hola, Derek.

—Ese ya no es mi nombre.

—Lo sé, pero para mí va a seguir siéndolo. —Di una última calada y tiré el cigarrillo—. Voy a ir al grano, necesito que alguien transporte a unas personas a Los Ángeles.

—Bueno, y qué me llevo yo a cambio.

—Te deberé un favor.

—Me parece que ya me debías un favor. Te recuerdo que me dispararon por ir a rescatarte.

Ese cabrón no olvidaba nada. Pero yo tampoco.

—Es cierto, aunque me temo que no lo hiciste por mí.

—No especialmente. —Hizo una pausa—. Esa mujer imprudente se iba a buscar la muerte sola, no tuve más remedio. Soy así de caballero.

Los recuerdos me retorcieron un poco el estómago. Unos extraños celos emergieron a la superficie. No iba a discutir con él sobre eso ahora.

—Entonces te deberé dos favores, ¿te parece bastante?

—Suena apetecible. ¿Harás cualquier cosa que te pida?

—Siempre que no sea matar.

Soltó un resoplido.

—Mira que eres aburrido. En fin, está bien, mandaré a Thiago.

—¿Thiago es el chico que trabajaba para Foster?

—Sí, es de confianza.

Según me contó Alfred, ese chico le ayudó a escapar de la clínica cuando ocurrió la redada y ambos huyeron a Los Ángeles.

—De acuerdo. Te mandaré los datos.

—Recuerda, me debes dos favores.

Cerré los ojos. Deberle favores a Derek Bennet era lo peor que podría pasarme. Pero no me importaba si con eso podía salvar a Zaira y a su madre.

Una vez estuvieran lejos de aquí, podría centrarme en otras cosas. Como en mantener la mentira que se tambaleaba en una cuerda de la que estaba a punto de caer.



SEGUIR ADELANTE

Las campanillas sonaron con la entrada de unos paquetes. Como no podía ser de otra manera, Nate era el que los entregaba. Accedió a la librería con las cajas, las dejó en el suelo al lado del mostrador y me dedicó una sonrisa. Se la devolví como pude.

—Buenos días, señorita Megan.

—Buenos días, Nate.

Ensanchó su sonrisa, me entregó el albarán y yo lo firmé.

—¿Cómo va todo? —preguntó, pasándose una mano por el pelo—. ¿Ningún incidente nuevo?

—Por suerte no ha habido más locos obsesionados conmigo en este tiempo.

Dejó escapar una risita.

—No puedo decir que les culpe.

Ladeé la cabeza con una mirada reprobatoria y él se rio, levantando las manos.

—Era broma. Solo digo que es difícil no fijarse en ti.

Algo revoloteó en mi estómago, carraspeé y moví papeles que tenía delante de mí. No me molestaba que Nate dijera esas cosas, más bien me hacían sentir avergonzada. Continuaba con la idea de que era una mujer corriente que no llamaba la atención. Aunque visto lo visto…

—Tú no te quedas atrás —murmuré.

No lo decía por devolverle el gesto. Nate era muy atractivo. A veces hasta las clientas se quedaban mirándolo cuando me traía los pedidos. Como diría Elia, era el protagonista perfecto

de los sueños húmedos de cualquiera. Menos de los míos, claro. En los míos llevaba traje y tenía los ojos verdes…. Mierda. Ya estaba pensando otra vez en él.

Nate me observó unos segundos en silencio.

—¿Qué tal está tu hija?

El hecho de que se interesara por ella me pareció muy tierno por su parte. Una sonrisa cubrió mis labios.

—Muy bien. —Me encogí de hombros—. Ya sabes, está en la edad de no callarse ni debajo del agua y cuestionarlo absolutamente todo.

La expresión de Nate se endulzó.

—Seguro que es encantadora.

—Mucho más que yo.

Lo era. Leah era una niña excepcional, y yo… no estaba dando el cien por cien de mí misma para ella. Tenía que superar esto. Tenía que salir a la superficie. Pero no sabía cómo.

—Oye… —empezó Nate algo incómodo mientras recolocaba el peso de un pie en el otro—. A pesar de lo que haya pasado entre nosotros… a mí me gustaría que pudiéramos seguir siendo amigos.

Lo miré sorprendida. Y es que no me imaginaba que fuera a decir eso, después de los desplantes que le había dado, de haberle hecho ilusiones para nada… No me merecía su amistad.

—A mí también me gustaría —dije con sinceridad—, pero no creo que me lo merezca. Yo… te he hecho cosas feas, Nate.

—¿Cosas feas? Solo hiciste lo que sentías y fuiste sincera conmigo en todo momento.

—Aun así… no quiero que exista la posibilidad de hacerte daño si continuamos nuestra relación. Yo… —cogí aire para ser capaz de decirlo en voz alta, porque necesitaba que Nate lo tuviera claro—. Todavía tengo sentimientos por mi ex. Sé que es una locura, y soy la que más desearía que no fuera así, pero es la verdad. No puedo hacer como si nada y fingir contigo que todo está bien. Tampoco quiero que te sientas utilizado o un segundo plato.

—Lo sé —aseguró con una mirada directa—. Tengo bastante claro que no pasaremos la línea de la amistad, y no importa. Disfruto de tu compañía y de hablar de libros y de la vida. Sería genial si nos conociéramos más sin ninguna pretensión, ¿sabes? Solo como amigos.

Nate era encantador, y era imposible decirle que no. En realidad, nunca quise perder nuestra camaradería. Me lo pasaba bien con él, era una de esas personas que te hacían bien estando cerca. Las palabras de Andrew inundaron mi mente: «sigue adelante con alguien más. Encuentra a una persona que os de lo que yo no puedo.»

De acuerdo. Si él no quería saber nada de nosotras, nosotras tampoco de él. Por una vez en mi vida, haría lo que me había pedido. Aunque no sabía qué pasaría en el futuro con Nate, no iba a cerrarme puertas.

—Vale —acepté sonriendo. Le tendí la mano—. Solo amigos. Unos muy buenos.

A Nate le brillaron los ojos. Sus labios se elevaron en una bonita sonrisa y me estrechó la mano.

—Mejores que Sherlock Holmes y Watson.

La idea que me sobrevino hizo que el corazón me latiera de pronto fuerte contra el pecho.

—A lo mejor, podríamos ir al parque los tres un día de estos —ofrecí.

Joder, acababa de pedirle que conociera a mi hija. Quizás había acelerado demasiado la cosa. Pero estaba hecho. Nate se sorprendió bastante. Parpadeó, intentando ubicarse, y finalmente asintió.

—Sí, claro… claro que podríamos.

Esbocé una sonrisa algo tensa.

—Genial.

—¿Te va bien la semana que viene?

Sentía que, si decía que sí, iba a dar un paso más lejos de Andrew, que iba a romper otro pedazo de mi corazón, pero… aun así, me tragué la inquietante sensación y moví la cabeza en señal afirmativa.

—Nos va bien.



Amaneció lloviendo. Doblé la ropa que había recogido de la secadora y la guardé en su sitio correspondiente. Me quedé mirando la cómoda, pensando que era hora de vestirme. Habíamos quedado con Dylan y Jason para acompañarles a ver un local que Jason estaba pensando alquilar para montar un pequeño restaurante. Después de tanto tiempo habíamos conseguido que se animara a dar el paso de poner su propio negocio.

Abrí el cajón de la cómoda donde guardaba mi ropa interior, escogí un conjunto de lo más normal, y cuando cerré el cajón, me invadió el impulso de verlo. De comprobar que seguía ahí. No tenía sentido. Nadie sabía que estaba en ese lugar, y por supuesto, no me lo habían robado.

Pero…

Me acuclillé para abrir el último cajón. Metí la mano y toqué la cajita de cartón donde guardaba el anillo. La saqué y el estómago se me revolvió al ver el anillo de plata de su interior.

Quizás era el momento de deshacerme de ese objeto. Ya no me servía de nada. Solo para traerme malos recuerdos. Para torturarme por la certeza de que jamás lo usaría. Lo apreté contra mi mano y los ojos se me llenaron de lágrimas.

El rostro de Andrew acudió a mi mente, su mirada herida, su voz quebrada…

Le odiaba.

Le odiaba por hacerme esto.

Por volver a mi vida para recordarme lo mucho que seguía amándole, para demostrarme que sería un padre maravilloso, y después empujarme lejos. Me daba rabia lo mucho que me había afectado.

Cerré los párpados y un par de lágrimas rodaron por mis mejillas. Me las limpié con la manga del jersey y guardé el anillo en mi pantalón. Su peso aplastaba mi corazón, pero pronto dejaría de hacerlo. Iba a venderlo. O a tirarlo a la maldita basura. Cualquier cosa para apartar de una vez por todas lo único material que me unía a lo que pudo ser y nunca fue. Lo que me unía a Andrew, además de nuestra hija, que, de todas formas, no sabría nada de esto.

—Mami.

Me sobresalté al escuchar a Leah e intenté simular que todo estaba bien con una sonrisa. Mi hija caminó hasta mí y yo le di un golpecito en la barbilla.

—¿Qué pasa, cielo?

—¿Estás llorando?

Mierda. Pensaba que un par de lágrimas no se notarían, pero ella era un lince astuto y observador. Negué con la cabeza mientras carraspeaba.

—Claro que no.

Leah ladeó la cabeza para escudriñarme.

—Tienes los ojos rojos.

Maldita sea.

—Es que estaba limpiando y me ha dado alergia.

—¿Estás triste porque Andrew no ha vuelto?

Se me congeló hasta la respiración.

—¿Por qué…? —casi no me salía la voz—. ¿Por qué dices eso?

La niña encogió sus hombros mirándome por debajo de sus largas pestañas.

—Porque no ha vuelto a venir con nosotras, y era tu amigo… A lo mejor estás triste por eso.

Tragué saliva para retener las ganas de llorar que me estaban entrando de nuevo.

—¿Tú lo estás?

Hizo un puchero infantil.

—Me gusta Andrew. Me gustaría que me leyera otro cuento —dijo como si estuviera pidiéndome un regalo de Navidad.

El pecho me dolió tanto que tuve que sentarme en el suelo. Cogí las manitas de Leah y le sonreí como pude.

—Andrew está muy ocupado, cariño, no creo que pueda volver a pasar tiempo con nosotras. Pero seguro que hoy vas a divertirte mucho, vamos a ver a Dylan y a Jason.

Ella asintió con un nuevo brillo en los ojos, pero pude notar que la tristeza no se había marchado del todo. Le acaricié el pelo con cariño y abrí los brazos para ella. Se acercó para abrazarme, y nos quedamos unos minutos así, sentadas en el suelo mientras yo intentaba recomponer los pedazos de mi corazón roto.

Un par de horas más tarde habíamos llegado a Manhattan y nos encontramos con mis amigos. Dylan abrazó a Leah como si no la hubiera visto en años y después de recibir yo un saludo menos efusivo por su parte, pusimos rumbo al local.

Estaba cerca del rio Harlem, un muy buena ubicación, y aunque no era demasiado grande, tenía el suficiente espacio para una cocina totalmente equipada y una zona de salón con las mesas para los comensales.

—Yo creo que es perfecto —dijo Dylan—. Mira en esa pared podrías poner cuadros míos de decoración.

Jason lo miraba todo con detalle, se notaba que estaba algo nervioso. Debían tomar la decisión porque había alguien más interesado en alquilarlo.

—¿Será suficiente?

—Para empezar no necesitas más —comenté—. Si ves que te va bien siempre puedes trasladarte a otro sitio más amplio. A mí parecer este tamaño le da un aspecto más acogedor. Como esos restaurantes italianos en los callejones de Roma.

—Ojalá tener el arte culinario de un italiano, pero no es el caso —dijo Jason levantando la cabeza para observar el techo.

—Ya les gustaría a ellos ser la mitad de hombre que eres tú —le alabó su novio rodeándolo por la cintura.

—Si queréis nos vamos, eh —solté tapándole los ojos a la niña de broma. Ella soltó una risita infantil.

—Tranquila, siempre me comporto cuando hay menores de edad. —Dylan se apartó de Jason y se acercó para coger a Leah en brazos—. ¿A ti te gusta este sitio para el nuevo restaurante del tío Jason?

Ella asintió aunque no entendía nada.

—Entonces no hay más que hablar —se rio Jason.

Mi mejor amigo se puso a dar vueltas por el local vacío con Leah en brazos imitando el sonido de un coche, haciendo eco con sus voces. Rodé los ojos sonriendo.

Finalmente, Jason aceptó quedarse el local y nos marchamos de allí para dar una vuelta.

Compramos helado y paseamos cerca del rio. Estaba empezando a atardecer, por lo que las luces de la ciudad se encendieron. Mientras Dylan corría para aquí y para allá con la niña, yo charlaba con Jason.

Por un rato, pude respirar. Pude olvidarme del pesar que asfixiaba a mi corazón. Me sentí a gusto, relajada, teniendo una vida normal y apacible. Aunque el fondo de mi alma continuaba lleno de oscuridad.

El anillo estaba en mi bolsillo, no me había olvidado de eso. Ni siquiera sabía por qué me lo había llevado detrás. Quizás pensaba que podría deshacerme de él de algún modo. Eché un vistazo al rio, las luces le daban un brillo hipnótico.

Dylan se acercó a hacerle una broma a Jason, lo que provocó que este saliera corriendo detrás y se pusieran los tres a corretear jugando, alzando a Leah mientras reía, burlándose el uno del otro… Me quedé mirándolos con una sonrisa en los labios. Ojalá siempre fuera así.

Introduje la mano en el bolsillo del vaquero, toqué el anillo y el corazón me dio un vuelco. Lo saqué y lo miré a la luz anaranjada del atardecer. Tenía que deshacerme de él, o nunca podría seguir adelante. Si de verdad quería una vida tranquila lejos de todo lo que me hizo daño, debía aprender a soltar.

Volví a mirar a mis amigos, que continuaban riendo y persiguiéndose con Leah. Cerré la mano en la que sujetaba el anillo en un puño y respiré hondo. Me giré dispuesta a lanzarlo al rio para que se perdiera en sus profundidades. Alcé la mano, me tembló todo el cuerpo. Apreté los ojos con fuerza, con un dolor opresivo en el pecho mientras mi mente evocaba el recuerdo de Andrew colocando ese mismo anillo en mi palma, observándome como si fuera su persona más preciada, prometiéndome un futuro juntos que jamás tendríamos…

Bajé el brazo.

No podía.

Joder.

—¿Ibas a tirar algo?

Me di la vuelta para ver a Dylan a mi lado, respirando con un poco de dificultad, a lo lejos Jason y Leah seguían jugando.

—No, no es nada —murmuré.

—Te he visto levantando la mano como si fueras a tirar una piedra o algo, pero me ha parecido que tenías mala cara.

Hundí los hombros.

Ya estaba cansada, no valía la pena ocultarlo.

Abrí la mano y Dylan se sorprendió al encontrarse con el anillo. Levantó los ojos hasta los míos, esperando una explicación, pero yo solo le devolví la mirada.

—¿Por qué ibas a lanzar a un puto rio un anillo que parece tan caro? ¿Eso es un diamante?

Dejé escapar un suspiro.

—Es el anillo que me dio Andrew antes de que le detuvieran.

—¡¿Te dio un anillo?! ¡¿En plan de compromiso?!

—Sí.

—Y lo has guardado todos estos años.

—Pues sí. Patético ¿no?

Dylan hizo un mohín y se cruzó de brazos, se colocó a mi lado y ambos miramos el agua del rio.

—No es patético, pero antes que ahogarlo tendrías que haberlo empeñado. Debe valer una fortuna. Podrías pagarle hasta la universidad a Leah con eso.

Me reí un poco.

—Lo sé. Pero no puedo. Te aseguro que quiero deshacerme de él y cada vez que lo intento… simplemente no puedo.

Dylan me rodeó los hombros y apoyó su cabeza en la mía. Le devolví el gesto.

—Aún estás enamorada ¿verdad? Hace mucho que no me cuentas nada de Andrew, pero sé que te ha pasado algo, te conozco. Si quieres puedo tirarlo yo, aunque me dolería en el alma.

—No hace falta. —Hice una pausa. Se escuchaba a Jason y a Leah reír de fondo—. Se ha repetido la historia. He vuelto a caer en sus redes y me ha vuelto a dejar. Cree que debo encontrar a alguien que me merezca más. Pero ya está, tengo que seguir con mi vida.

En ese momento no me apetecía contarle el resto, ya lo haría más adelante.

Dylan permaneció en silencio unos segundos.

—Ya sé que dijiste que no cuajó la cosa con Nate, pero, igual deberías hacerle caso a Andrew. Porque como dijo el padre de Bella Swan: «A veces hay que aprender a amar lo que es mejor para nosotros.»

—¿Tú eras *Team* Jacob?

—A ver, estaba buenísimo y era caliente. ¿Quién podría preferir al tío frío que brilla al sol?

—Yo.

Dylan soltó unas carcajadas que me contagiaron un poco y aliviaron la losa que aplastaba mi corazón.

—Tienes un gusto muy extraño, a la vista está.

—Créeme, soy consciente.

Jason y Leah se acercaron porque mi amigo ya no podía más con el ritmo de mi hija. Gracias a esa interrupción, cambiamos de tema y seguimos nuestro paseo cerca del rio.

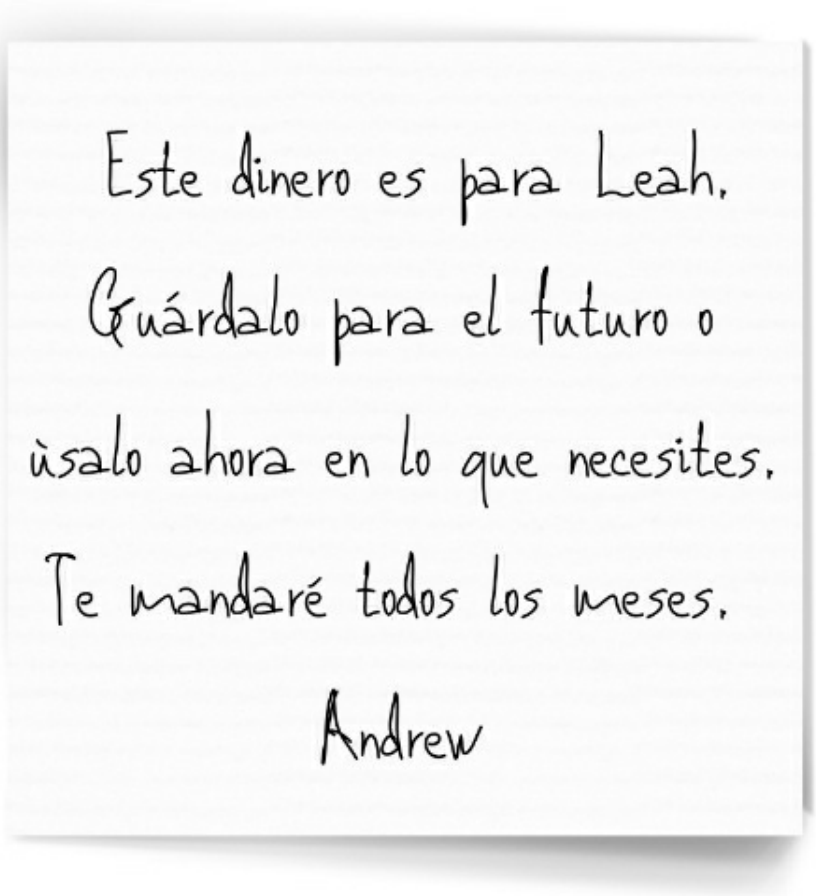
No fui capaz de tirar el anillo. Guardaba demasiado valor sentimental, era el único recuerdo que conservaba de Andrew y, ahora que no sabía nada de él, ni siquiera si seguía vivo, me resultaba imposible deshacerme de ello. Lo devolvería a su lugar en el fondo de la cómoda, de

dónde nunca debió salir. Y de dónde no saldría nunca más.

Cuando ya había anochecido nos despedimos de mis amigos, y Leah y yo regresamos a casa. En el trayecto ella se durmió, de modo que al llegar la cogí en brazos para subirla. Entré al vestíbulo y al echar un vistazo al buzón, vi que tenía correo. No lo había mirado en varios días, y esperé que no fuera nada importante.

Saqué la llave como pude con Leah encima y abrí la portezuela. En su interior se encontraban algunas cartas comunes, pero una llamó mi atención. La dirección estaba escrita a mano y era un sobre algo abultado. Al inspeccionar la letra, sentí que se me paraba el corazón. No tenía remitente, aunque no me hacía falta. Rompí la apertura con el pulso acelerado y extraje lo que contenía.

Dinero. Varios billetes de cien dólares. Miré alrededor mientras los metía de nuevo en su sitio. Nadie me había visto, por suerte. El sobre incluía una nota, escrita del puño y letra que tan bien conocía. La de Andrew.



Leah se removió en mis brazos, como si hubiera percibido que su madre estaba pasando un mal momento.

Estaba vivo.

Andrew estaba bien. Pero… Fruncí el ceño mientras la ira iba apoderándose de mí. ¿Se pensaba que mandándome dinero iba a paliar mi dolor?

Apreté el sobre en mi mano, cogí mejor a Leah y me dirigí al ascensor con un nudo ardiente en la garganta.

CAPÍTULO 38

PRECIO

Miré la entrada del Morfeo fijamente. Estaba dentro del coche, aparcada a una calle y no tenía valor de salir.

Después de recibir el dinero de Andrew algo despertó dentro de mí. La tristeza se convirtió en rabia. Rabia por pensar en que Andrew me mandara dinero como si me estuviera dando una palmada en la espalda. Como si así pudiera borrar todo el daño que me había hecho y el abandono de su hija. Esa rabia fue invadiendo mi cuerpo, por lo que finalmente, decidí enfrentarla. Cogí el coche sin pensar y me planté en el local de Fabio. El único lugar que me quedaba donde buscar a Andrew.

Respiré hondo, armándome de valor, agarré el sobre con el dinero y salí del coche. Era de día, de modo que la zona de discotecas estaba tranquila y apenas transitada. Las letras de la palabra Morfeo estaban apagadas y eran más siniestras si cabe que cuando estaban encendidas.

Con el corazón latiendo con fuerza a cada paso que daba, fui avanzando hacia el local. Había un segurata en la puerta que me dio paso. Dentro la música sonaba a todo trapo a pesar de no estar en su horario más concurrido. Tan solo unos hombres estaban sentados a las mesas bebiendo, las camareras ligeras de ropa y con aspecto de estar agotadas servían y limpiaban la barra. Apreté la mandíbula pensando en Zaira. Ojalá pudiera sacar a todas y cada una de ellas de ese sitio en ese momento.

Miré hacia arriba, al segundo piso donde a parte de algunas habitaciones vip estaba el despacho de Fabio. Intenté controlarme, no había ido para pelearme con ese cabrón. Me acerqué

a la barra y una de las chicas me atisbó mientras secaba un vaso.

—¿Qué te pongo, guapa?

—Nada, gracias. Solo estoy buscando a alguien.

Ella frunció ligeramente el ceño.

—¿Te puedo ayudar?

—Se llama Andrew. Es un hombre de treinta y tantos, moreno… —me callé al darme cuenta en su mirada que sabía de quién le hablaba—. ¿Sabes si está aquí?

—No lo sé, lo siento.

—Oye… no soy policía. Puedes decírmelo, solo soy una amiga.

La chica se encogió de hombros como disculpa y se fue hacia el otro lado de la barra. Dejé escapar un suspiro. Lo intenté con otra de las chicas, pero obtuve una respuesta similar. Tenían una especie de código de secretismo que beneficiaba mucho a esa gentuza. Las habían enseñado bien a estarse calladitas. Si quería encontrar a Andrew, tendría que hacerlo por mí misma.

Eché un vistazo a los lados, y tratando de que nadie me interceptara, subí al piso de arriba. Caminé por el pasillo pegándome a la pared para que no me vieran desde abajo e intenté abrir la primera puerta. Cerrada. Probé con la siguiente. Cerrada. En la madera había un cartel que rezaba «sala vip». O más bien, sala para forzar a esas chicas. Repugnante. Moví dos pomos más, pero nada.

Entonces escuché unos pasos, me giré para ver a dos seguratas vestidos de negro con un pinganillo en el oído.

Mierda.

—Señorita, no debe estar aquí arriba sin autorización —dijo uno de ellos.

Mierda por dos.

—Estoy buscando a un amigo. Andrew Coleman, sé que trabaja aquí… o algo así. Solo quiero hablar con él un momento y luego me iré.

Se me quedó mirando. Movió el brazo como una invitación hacia delante.

—Siga.

Entorné los ojos. Me parecía muy raro que aceptaran a la primera, pensaba que me echarían del local. A pesar de no terminar de creérmelo, no me quedaba otra que obedecer, de modo que avancé hacia donde me señalaba. Llegamos a la última puerta y el segurata tocó con los nudillos en la madera. Escuchó en su pinganillo y abrió la puerta para incitarme a pasar. Era un despacho. Grande, elegante. Muebles de madera en tonos oscuros y negros, bien ordenado. Escalofriante. En la mesa central, sentado en un sillón de piel negro frente a esta, se encontraba Fabio.

«Joder, es que lo sabía.»

Me observó con ojos calculadores y se pasó los dedos por la barbilla mientras esbozaba una sonrisa tan efímera que creí que podía ser producto de mi imaginación.

—Vaya, mira quién tenemos aquí.

Con el rabillo del ojo atisbé a los seguratas que me habían llevado, los cuales se habían cuadrado a cada lado de la puerta cerca de mí, pero, por si eso no fuera poco, dos más estaban ya apostados a este y oeste del escritorio.

Literalmente estaba rodeada.

—Megan, ¿verdad? —preguntó con esa voz áspera que me ponía los pelos de punta—. No nos habíamos vuelto a ver desde la gala benéfica.

Carraspeé un poco.

—Así es.

—Una pena lo que sucedió esa noche. Perdimos mucho dinero, ¿sabes? Y algo más. Todo por un accidente con la alarma.

—Sí, una pena —dije intentando no sonar sarcástica, aunque no creo que lo lograra.

Él entornó los ojos un milímetro como si lo hubiera notado. Me maldije por ser tan mala actriz.

—¿Y a qué debo el placer de tu visita?

—Solo buscaba a Andrew. Pero ya veo que no está aquí…

Di un paso atrás, pero los seguratas lo hicieron hacia delante, imponentes. Joder.

—Podría decirte dónde está —ofreció Fabio. Le contemplé sin parpadear. No me gustaba nada el rumbo que estaba tomando esta situación y el escalofrío que me recorría la columna como advertencia—. Pero antes baila para mí.

Fruncí el ceño, desconcertada.

—¿Cómo?

—Te he dicho que bailes. Quiero ver cómo lo haces.

El estómago se me revolvió. ¿Qué mierda le pasaba a ese desgraciado? Sus hombres me observaron con una disimulada sonrisa macabra.

—No pienso hacerlo —repuse—. Y ya veo que no vas a decirme donde está, así que me voy.

Di la vuelta e hice amago de ir hacia la puerta, pero uno de los seguratas la cerró y se cuadró delante de ella para impedir el paso. Me quedé quieta mientras el pánico iba ascendiendo por mi pecho. Un montón de posibilidades horribles flashearon mi cerebro en un instante. Tragué saliva despacio y me giré hacia Fabio, que estaba en el mismo sitio mirándome como un rey a sus plebeyos.

—Para conseguir algo, debes dar otra cosa a cambio, querida Megan. Nada es gratis en esta vida —explicó.

Ese loco hijo de puta. Estaba jugando conmigo. Estaba tratando de asustarme. Y lo estaba logrando.

Eché un vistazo a los lados. La puerta ya no era una escapatoria posible, y la ventana que había a un lado no parecía que fuese fácil llegar a ella. En la mesa había papeles y bolígrafos, quizás podría intentar coger uno y clavárselo en el ojo a ese cabrón. Pero entonces me quedarían los seguratas. En dos segundos estaría muerta, las armas en sus pantalones me lo dejaban claro.

Inhalé para infundirme valor, aunque en ese momento brillaba por su ausencia. ¿Qué planeaba hacerme si me negaba? ¿Pegarme un tiro? ¿Darme una paliza? ¿Violarme entre todos? No, no lo harían en su local ¿verdad? Había cámaras, había gente en el piso de abajo. No les gustaba llamar la atención, así que debía agarrarme a ese clavo ardiendo.

—No necesito nada de ti, ahora deja que me vaya o me pondré a gritar como una desquiciada hasta que alguien llame a la policía. Y no creo que eso te haga gracia.

Fabio negó con la cabeza mientras chasqueaba la lengua varias veces. Se levantó del sillón y rodeó el escritorio para acercarse a mí. La piel se me puso de gallina cuando lo tuve a centímetros.

—Lo cierto es que no me gusta mucho la policía, ya sabes, siempre meten las narices en los asuntos de los demás. —Se inclinó sobre mi rostro y el aura siniestra que envolvió su voz me puso los pelos de punta—. Pero me temo que aunque te dejaras los pulmones, nadie te escucharía gritar. Esta sala está insonorizada.

El miedo apretó mi estómago y sentí que lo que había comido en ese día estaba revolviéndose dispuesto a salir por mi boca. Hice un esfuerzo sobrehumano para no demostrar lo acojonada que estaba y mantener mi fachada indiferente.

—Prefiero que me mates a bailar para ti y tus hombres como si fuera una muñeca obediente.

—Ah, ¿sí? —Les lanzó una mirada de fingida tristeza a sus seguratas—. Es una lástima. Creo que serías una mercancía bastante rentable.

—Que te jodan —escupí sin poder controlarme.

Uno de sus hombres dio un paso al frente y Fabio le hizo un gesto para detenerlo. Yo me arrepentí de ser tan imprudente al ver su expresión.

—Odio que las mujeres sean malhabladas. —Se arremangó la camisa—. Tendré que enseñarte modales.

—Ni se te ocurra tocarme —farfullé cuando alzó una mano.

—¿O si no qué?

—Podrías comerte un puñetazo.

Ni siquiera sabía qué estaba diciendo, pero ya no iba a parar.

Fabio curvó la comisura derecha de su boca.

—Tienes agallas, eh. —Echó un vistazo sobre su hombro a los seguratas—. Como ves estos cuatro hombres te freirían a balazos en cuanto levantaras la mano.

Era verdad, eso no podía negárselo.

—Al menos no moriré agachando la cabeza. No eres el primer cabrón al que me enfrento, estoy acostumbrada a las amenazas.

Fabio se acercó a mi oído y un desagradable estremecimiento me subió por el cuerpo.

—Yo que tú sería obediente. O podrías terminar como la madre de tu querido Andrew.

De pronto, unos fuertes golpes sonaron en la puerta. Alguien la aporreaba con tanta inquina que parecía querer derribarla. Fabio suspiró, como si ya supiera quien era y realizó un asentimiento al segurata que la custodiaba para que diera paso. Me giré dispuesta a aprovechar para salir corriendo nada más abriera la puerta, pero cuando lo hizo me quedé paralizada. Andrew estaba en el umbral. Vestía por completo de negro, respiraba algo agitado y tenía los puños apretados. Sus ojos se fueron directos a mí. Sentí que el suelo de brillantes baldosas se tambaleaba bajo mis pies al verle. Sin demostrar ninguna emoción en su rostro, desvió la vista hacia Fabio y entró en la sala caminando con decisión.

—Qué grata sorpresa —dijo Fabio.

Andrew me lanzó una fugaz mirada. Yo estaba quieta en el mismo sitio, no podía moverme, no sabía qué hacer. Solo ansiaba correr a los brazos de Andrew, y al mismo tiempo sabía que eso era humillante.

—¿Qué hacéis aquí a solas con ella? —preguntó rezumando cólera.

—Nos encontrábamos en una interesante conversación con tu querida amiga Megan. ¿Verdad preciosa? —repuso dirigiendo su vista a mí, pero yo ni siquiera parpadeé—. Ella te estaba buscando fervientemente y le he explicado que la información tiene un precio. Tú lo sabes bien.

El sabor de la bilis continuaba en mi garganta. A pesar de estar rodeado por los seguratas de Fabio, Andrew mantenía una postura imponente, recta, sin mostrar una sola pizca de duda y sin apartar sus feroces ojos de su interlocutor.

—Entonces me ocuparé yo a partir de ahora.

Me cogió del brazo, a lo que di un respingo. Sus dedos se cerraron en torno a mi muñeca con demasiada fuerza, por lo que pude entender que estaba inquieto con ese gesto. Quería sacarme de allí lo más rápido posible. En cambio, su mirada no desvelaba nada, su rostro permanecía impertérrito. En un segundo los seguratas dieron un paso al frente. Esta vez Fabio no los detuvo y a mí se me aceleró el corazón.

—Me parece que debo ser yo el que decida cuando os marcháis —dijo Fabio—. Nuestra querida Megan tiene potencial y quiero que trabaje para mí.

—Vete al infierno —masculló Andrew.

Todo ocurrió muy rápido. Andrew sacó su arma del cinturón para apuntar a Fabio y una milésima de segundo después sus hombres lo hicieron también. Me encogí en el sitio, aterrada al ver cuatro cañones apuntándonos. Andrew no vaciló, sujetó la pistola con entereza mientras con

la mano que me agarraba me movía un poco hacia detrás de su espalda en un acto protector.

Fabio ni siquiera se inmutó, miró a su enemigo a los ojos como si no tuviera ningún temor a ser atravesado por una bala. Andrew apretó la mandíbula y quitó el seguro al arma.

—Ella es mía —ladró desde lo más profundo de su garganta. Yo parpadeé, atónita—. Nadie va a tocarle un puto pelo de la cabeza sin pasar por encima de mí. Ahora voy a llevármela y tus hombres van a retroceder o esto va a convertirse en una masacre.

Fabio silbó con un tinte de diversión en su expresión. Sacó un cigarro del paquete sobre el escritorio y lo encendió. Dio una calada mientras nosotros seguíamos en la misma posición, rodeados por tipos vestidos de negro que no dudarían en disparar las armas con las que nos apuntaban. El corazón me latía tan deprisa que empezaba a faltarme el aire. Iba a originarse un tiroteo. Y no teníamos las de ganar. Nosotros éramos solo uno, solo teníamos una pistola, ellos cuatro. O cinco si contábamos la de Fabio. No íbamos a salir con vida. Iban a matarnos ahí mismo. Cerré los ojos, temblaba como una hoja, pero el firme agarre de la mano de Andrew me mantenía a flote. Él no parecía temer.

Fabio echó el humo por la boca.

—De acuerdo. Podéis iros. No me apetece ensuciar de sangre este despacho ni deshacerme de vuestros cuerpos.

Con un gesto de la cabeza sus hombres bajaron las armas y el aire salió de mis pulmones como si fuera mi alma abandonándome. Aun así, Andrew no dejó de apuntarle durante unos segundos. Echó un vistazo a los seguratas y, cuando estuvo seguro, se guardó la pistola de nuevo en el cinturón y tiró de mí. Salimos del despacho.

Apenas podía creerlo. Habíamos logrado escapar de esa horrible situación. Andrew me arrastraba detrás de él, asiendo mi muñeca con demasiada presión. Pensé que quizás me dejaría marcas. Sus hombros estaban en tensión y no decía una palabra, solo caminaba con paso duro.

—Andrew…

No me respondió.

Cruzamos el piso superior. Intenté soltarme de su mano porque me estaba haciendo un poco de daño, pero él me lo impidió, apretando más.

—Oye, ¿a dónde me llevas? —De nuevo no hubo respuesta—. Suéltame, me haces daño.

En silencio se dirigió a otra habitación, abrió la puerta y me arrojó dentro, luego cerró de un portazo. Trastabillé al entrar, pero no me dio tiempo ni a pensar porque tuve a Andrew casi pegado a mí en un segundo. Su mirada verde bosque me perforó con lo que parecía un enojo tangible.

—¿Qué cojones estabas haciendo en ese despacho con Fabio? ¿Te has vuelto completamente loca? —escupió con rabia en mi cara.

Me humedecí los labios porque tenía la boca sequísima.

Entendía que se enfadara por mi imprudencia, aunque no estaba dispuesta a soportar que me tratara de esa forma.

—He venido buscándote a ti y me han llevado a esa sala, no he entrado por gusto.

—¿Sabes lo que podría haberte pasado? —Negó con la cabeza—. Mejor ni lo pienses. Este sitio no es seguro. Y enfrentarme de ese modo a Fabio para sacarte podría haber acabado muy mal.

—Nadie te ha pedido que le apuntaras. Y si no hubieras desaparecido como un puto fantasma no habría tenido que venir. Este era mi último recurso.

—Ya sabes por qué desaparecí, joder, Megan, te dije que te olvidaras de mí y rehicieras tu vida lejos de todo esto.

Estaba temblando de nuevo, pero esta vez de rabia. Metí la mano en el bolsillo trasero de mis vaqueros y saqué el sobre con el dinero. Se lo pegué al pecho con un brusco golpe, que él recibió como un roble inamovible.

—Pues cumple tu palabrería y no vayas dejándome limosnas en el buzón. Ni necesito ni quiero tu sucio dinero. Puedes quedártelo y volver a hacer bomba de humo. Es lo que mejor se te da, ¿no?

—Ese dinero es para Leah. Es lo único que puedo hacer por ella y tengo derecho a hacerlo porque es mi hija, así que cógelo —dijo cubriendo mi mano con la suya y cerrando mis dedos alrededor del sobre.

Me solté y tiré el sobre al suelo.

—¿Qué tienes derecho? —dije entre dientes—. Perdiste cualquier derecho cuando fuiste un cobarde y preferiste dejar a tu propia hija de lado. Soy yo quien la ha cuidado desde que nació. —Me señalé con el dedo y Andrew solo permaneció serio, observándome mientras apretaba los puños—. Porque tú estabas metido en la cárcel por todos los delitos que cometiste. Y por lo visto vas a seguir metido en esta mierda hasta que consigas que te maten. Así que no me vengas con tus putos derechos, Leah no necesita nada que provenga de ti.

Andrew tensó tanto la mandíbula que pensé que se rompería un hueso. Se pasó una mano por la boca, frustrado.

—Si hubiera sabido que estabas embarazada, nunca te habría apartado. Jamás te habría abandonado, habría hecho lo que fuera posible para ayudarte desde mi posición. Pero tú decidiste ocultármelo, Megan. No me eches ahora a mí la culpa.

—Y me alegro de haberlo hecho —señalé alzando el mentón con firmeza—. Tenías razón, lo mejor para Leah era no saber la clase de persona que es su padre.

Esas palabras parecieron golpearlo, pero intenté mantenerme firme y no caer en la compasión.

—Estás siendo injusta. Sabes perfectamente cuál es mi situación, sabes que no puedo

escapar de esto, que no tengo otra alternativa más que continuar con…

—Un mierda, Andrew —le corté—. Siempre hay alternativa. Siempre.

Andrew me miró a los ojos, desafiante, gesto que yo le correspondí. Acto seguido sacudió la cabeza e hizo un gesto hacia la puerta.

—No deberías estar aquí.

¿Creía que podía echarme así?

—Si quieres que me vaya tendrás que prometerme que no volverás a mandarme dinero. —Guardó silencio, lo que me otorgaba la certeza de que no pensaba claudicar. Di un paso al frente y él me taladró con la mirada. Su postura imponente delante de mí, el olor de su perfume que se coló por mis fosas nasales, todo él estaba empezando a ser un coctel difícil de ignorar. Percibí la tensión del ambiente en mis extremidades, en el aire que respirábamos cerca el uno del otro—. Prométemelo.

—No puedo hacerlo. Ahora márchate, Megan —exigió con voz profunda—. Y no se te ocurra volver a poner un pie en este lugar. ¿Está claro?

—Sigues creyendo que puedes darme órdenes como si fuera de tu propiedad —dije recordando su declaración en el despacho. Solté un bufido—. Ni tu hija ni yo somos tuyas ni lo seremos nunca. Así que olvídate de nosotras. Aunque no sé ni para qué me molesto, de todas formas, eres incapaz de cumplir una sola promesa.

Pasé por su lado rozando mi hombro con el suyo y abrí la puerta para salir, pero esta se cerró de golpe cuando la mano de Andrew la empujó. Estaba detrás de mí, el calor de su cuerpo me envolvió y sentí una corriente deslizarse por mi estómago.

—Lo siento… —Su cálido aliento se coló por un lado de mi cabeza—. Perdóname por todo lo que estoy haciendo, pero algún día entenderás que lo hago por vuestro bien.

Me di la vuelta para tenerle de frente con el pulso acelerado. Él me atravesó con esa mirada atormentada que hizo que se me encogiera el corazón.

—Eres tan considerado —musité con ironía—. Has dejado hasta tu trabajo, te has ido del piso, todo para que no pudiera tener contacto contigo. Hasta ese punto querías deshacerte de mí. De nosotras.

Andrew alzó la mano que no tenía apoyada en la puerta para acariciar mi mejilla. El gesto me hizo estremecer. Me miró durante unos segundos en silencio, como si tratara de comunicarme sus sentimientos sin palabras. Y entonces, contra todo pronóstico, le reconocí en sus ojos. Vi al hombre del que me enamoré, el que daría la vida por mí, el que solo quería que estuviera a salvo, aunque eso le convirtiese a él en el malo de la película.

—Eres tú la que debería deshacerse de mí, la que debería huir de una persona como yo que solo puede traerte desgracias. —Su pulgar acarició con delicadeza mi piel. Quería frenarle y al mismo tiempo, su tacto era un bálsamo para mi corazón destrozado—. La situación ahora mismo

es muy complicada, en cualquier momento puede irse todo a la mierda, y no quiero que estés cerca para verlo.

—De acuerdo, si quieres morir solo, hazlo —sostuve conteniendo el nudo en la garganta que me dificultaba hablar con firmeza—. No voy a permitir que nos hagas más daño. Si desapareces, que sea del todo y para siempre.

Andrew se inclinó y apoyó la frente en la puerta, a mi lado, quedando su boca a milímetros de mi oído.

—Dejaría que tú misma me mataras si así te sintieras mejor. Te daría un arma para que me disparases al corazón si supiera que eso acabaría con tu dolor —susurró. Cerré los ojos con el pulso acelerado, apretando los puños contra la puerta que tenía a mi espalda para no ceder ante el impulso de tocarlo, de abrazarlo. Mis defensas comenzaban a derribarse, el dolor que tan bien había resguardado, empezaba a florecer del fondo de mi alma—. Haría cualquier cosa por ti, mariposa. Pero me niego a arrastrarte conmigo al infierno.

—Pues entonces tienes que soltarme. Para protegernos de verdad, tienes que dejarnos ir.

Él se apartó, dejó caer la mano de mi mejilla y el más puro sufrimiento se reflejó en esos iris verdes que me quitaban el sentido.

—Ojalá supieras lo que me haces… Ojalá pudiera explicarte lo mucho que me dueles y lo complicado que es para mí todo esto —dijo bajando el tono de voz, un sonido profundo y doloroso que se metió bajo mi piel—. Pero no serviría de nada. Nada va a cambiar. Solo te pido que me permitas darle a Leah lo que miserablemente pueda, mientras pueda. Me quedaré en las sombras, no intercederé. Nunca. Será como si hubiera desaparecido del todo.

Se agachó para recoger el sobre del suelo y me lo puso en la mano con delicadeza. Alcé un poco el mentón tratando de contener las lágrimas y la presión que sentía en el pecho. ¿Podía concederle eso? No quería nada suyo, pero negarle el mínimo derecho con su propia hija quizás era demasiado cruel. Y ya no tenía fuerzas para seguir siéndolo.

—Eso espero —respondí.

Sin darle más oportunidad a confundir mi mente, me giré y abrí la puerta; me escabullí de la sala con la respiración agitada. Caminé con decisión por la discoteca, sin mirar atrás, y cuando por fin atravesé el umbral de la entrada y el viento fresco me dio en la cara, di una bocanada de aire. Me quedé allí de pie, alterada, confundida y con los sentimientos colgando de mis manos. Froté mi rostro como si así pudiera eliminar el delicado roce de Andrew.

De nuevo había sido débil.

Y era frustrante pensar que probablemente siempre lo sería si se trataba de él.

Maldiciendo, me guardé bien el sobre en el bolsillo de la chaqueta y me dirigí a mi coche.



Unos días más tarde, mientras limpiaba mi apartamento, mi móvil comenzó a sonar. Lo cogí para mirar la pantalla: número oculto. Fruncí el ceño, desconfiada. Seguro que era una de esas llamadas de publicidad o estafa. Como no podía cerciorarlo, le di al botón de descolgar.

—¿Dígame?

—Buenos días, ¿hablo con Megan Harrison?

Mi ceño se profundizó más.

—Sí.

—Soy el agente Caleb Brown. ¿Me recuerda?

El pulso se me congeló.

Separé los labios para contestar, pero durante unos segundos no me salieron las palabras.

Joder, cómo olvidarlo. Cómo olvidar todo lo que sucedió desde la primera vez que le vi. Cómo todo saltó por los aires en cuestión de minutos.

Me senté en el sofá, pues sentí de pronto que mis piernas perdían su fuerza. Recoloqué un mechón de pelo tras mi oreja.

—Lo recuerdo —musité—. ¿Qué es lo que desea?

—Me gustaría tratar un tema con usted.

—¿Cuál?

—¿Puede venir a la comisaría mañana por la mañana?

Mordí la uña de mi dedo gordo.

—Supongo que puedo intentarlo.

—De acuerdo. Nos veremos allí.

—¡Espere! ¿De qué…?

Ya había colgado. El pitido de la línea vacía se clavó en mi oído. Alejé el móvil, lo bloqueé con rabia y lo tiré a la otra parte del sofá. Pasé mis manos por la cara.

¿Qué narices querría ahora de mí el policía que metió a Andrew en la cárcel?

CAPÍTULO 39

LIBRE

Parada delante de la entrada de la comisaría, contemplé su fachada mientras mordía el interior de mi mejilla. El corazón me latía con fuerza. Estaba asustada porque no tenía ni idea de qué era el supuesto tema que Caleb Brown quería tratar conmigo.

No le había visto desde que me concedieron la libertad después de ser atrapada junto a Andrew en aquella redada. Hacía cinco años. Él me ayudó, nunca fue mi enemigo, sin embargo, ese agente fue el causante de que Andrew terminara en la cárcel. De manera inevitable le tenía un poquito de rencor. Aunque sabía que fue lo correcto. Caleb hizo su trabajo, hizo lo que debía hacer. Aquí la que había roto todas las reglas era yo.

A lo largo de las horas me había preguntado un montón de veces cuál sería el motivo de su repentina necesidad de verme. Había imaginado desde cosas triviales hasta cosas horribles. Como que sabía lo que ocurrió en la gala benéfica, que matamos a dos hombres. O que habían encontrado el coche con el cadáver en el rio. O quizás… Sacudí la cabeza. No. Imposible.

Seguro que era una tontería, algún papeleo insustancial. Sí, por supuesto que sí.

Inhalé profundamente, me recoloqué el bolso al hombro y empecé a caminar hacia la puerta de cristal. Cuando mi mano tocó el pomo y abrió mi cuerpo se estremeció por completo. Procuré mantener la compostura, porque lo único que me faltaba era demostrar lo nerviosa que estaba y que creyera que era sospechosa. Avancé hasta la recepción donde una mujer vestida de policía me miró para esbozar una diminuta sonrisa cordial.

—Buenos días, tengo una cita con el agente Caleb Brown.

La mujer rebuscó en unos papeles.

—¿Megan Harrison? —Asentí con la cabeza—. Pase a la sala a la izquierda.

—Gracias.

Seguí sus instrucciones y entré en una estancia repleta de escritorios con agentes por aquí y por allá, hablando por teléfono, revisando papeles, trabajando en el ordenador. Era un poco un caos. A un lado había unas sillas donde algunos hombres esperaban sentados con esposas en sus muñecas custodiados por dos policías. Pasé saliva por mi garganta. Andrew estuvo ahí, lo más probable.

—Bienvenida.

Me giré hacia la voz para toparme con Caleb. Estaba casi igual que en nuestro último encuentro. Alto, fuerte, con el cabello castaño algo alborotado, sus ojos marrones y el perfil varonil que ahora estaba plagado de una barba de pocos días. Iba ataviado con una camisa azul arremangada y vaqueros. Me dedicó una sonrisa amable mientras me tendía su mano. Le di la mía para estrechársela.

—¿Qué tal estás? —preguntó al tiempo que hacía un gesto hacia un despacho. Le seguí.

—Bien, gracias.

—Sin ganas de venir aquí supongo.

Le observé entrecerrando los ojos, él solo continuó sonriendo. Si sonreía tanto es que lo que me tenía que decir no era tan malo, ¿no?

—Bueno, no me encanta acudir a comisaría. Y menos todavía si no sé el motivo.

Abrió la puerta del despacho y me dejó pasar primero. Con el pulso acelerado tomé asiento en una de las sillas frente al escritorio que había en medio de la habitación. La mesa también era un caos de papeles, carpetas y demás. Caleb lo rodeó y se sentó delante de mí. Entrelazó las manos sobre el escritorio, luego me miró. Su mirada era afable, pero percibí un ligero brillo de otra cosa. No era capaz de descifrar de qué.

—Tranquila, vas a saberlo ya mismo.

Mis hombros estaban en tensión, y por mucho que pusiera todo mi empeño en no demostrar mi inquietud, era consciente de que Caleb la percibía.

—Hace poco estuviste en la comisaría de tu barrio poniendo una denuncia, ¿cierto? —cuestionó.

Mi cuerpo se relajó un tanto al recordar el episodio con Frank. Si era solo eso, quizá quería saber cómo había sucedido o si podía hacer algo para echarme un cable. Me aclaré la garganta antes de hablar pues tenía un nudo en ella bien apretado.

—Sí. Tuve un percance con un cliente de mi librería.

—Allanamiento, daños en propiedad privada, amenaza y agresión. —Me miró alzando una ceja—. Yo creo que denominarlo percance es un eufemismo, Megan.

Presioné los labios en una fina línea. Tenía razón. Escuchar todos los delitos juntos que Frank llevó a cabo era estremecedor. Pasé mucho miedo. Temí por mi vida. Pero… por suerte me salvaron. Taché ese pensamiento de mi cabeza. Me negaba a evocarle ahora mismo.

—Supongo que sí —respondí con sinceridad.

—El hombre pasará una temporada a la sombra —me aseguró—. Con tu testimonio en el juicio no tiene oportunidad de ganar. Como mucho una reducción por buen comportamiento en el futuro.

—Solo espero que obtenga lo que merece y no haga daño a nadie más.

Caleb me escrutó con la mirada y se recostó en su sillón.

—Sabes que estarás bajo juramento, ¿verdad? No puedes mentir en el estrado.

Fruncí el ceño y el corazón empezó a latirme con fuerza. ¿Qué estaba pretendiendo decirme? ¿Qué era una mentirosa?

—Por supuesto. —Levanté ligeramente el mentón infundiéndome un valor que en ese momento no tenía ni por asomo—. Siempre he dicho la verdad.

Caleb ladeó la cabeza.

El miedo comenzó a correr por mis venas.

—¿Estás segura de eso?

Le miré sin entender con la respiración cada vez más agitada. La conversación estaba yendo por senderos que no me gustaban nada. El ambiente cambiaba. Podía notar el aura turbulenta a mi alrededor. Apreté en mi mano el asa del bolso que descansaba sobre mi regazo.

—¿Qué es lo que quieres? —solté. Ya me estaba cansado de jueguecitos—. Si tienes algo que decir, hazlo ya.

Caleb dibujó una sonrisa torcida con sus labios y se incorporó para rebuscar en su ordenador. Cuando obtuvo lo que necesitaba, giró la pantalla hacia mí. Clavé mis pupilas en ella con el aire suspendido en mis pulmones. Frente a mí se reproducía un video de una cámara de seguridad de la calle. Estreché los ojos intentando reconocer el lugar y cuando lo hice la certeza me aporreó como un mazo en el estómago.

La librería.

Joder, no tenía ni idea de que había una cámara cerca. La imagen no era muy buena, estaba algo pixelada, en blanco y negro, y la oscuridad de la noche no ayudaba demasiado, pero ahí estaba, mi librería desde un ángulo superior, casi al final de la calle. La hora se encontraba en la esquina inferior y la miré. Las nueve. Toda la sangre de mi cuerpo pareció congelarse. No podía ser. Ante mi atónita mirada, vi a Frank entrando en la librería, después nada. El video saltó a media hora más tarde. Sentía la pulsación de los latidos de mi corazón en las sienes mientras divisaba como llegaba otro hombre, rompía los cristales del ventanal de la puerta de entrada con una patada y se colaba en su interior.

Era incapaz de despegar los ojos de la pantalla. Ni siquiera me atrevía a echar un vistazo a Caleb. Mis extremidades estaban rígidas. Los minutos pasaban en el video, comenzaron a escucharse sirenas, el hombre salía de la librería pasando los cristales, se metía en un coche y aceleraba en dirección contraria a los coches de policía que se aproximaban. Cuando estos aparcaron el video terminó. El despacho se quedó en silencio. Caleb no dijo nada, tan solo me observaba.

Me moví un poco hacia atrás, pues había estado inclinada hacia la pantalla. Busqué las fuerzas en mi interior para enfrentar esta situación, no encontré muchas, pero logré levantar la vista y mirar al agente.

Lo sabían. Habían visto a Andrew entrar a la librería, saltarse su condicional. Sabían que teníamos relación de nuevo, y lo peor: sabían que yo había mentido en mi testimonio sobre esa noche. Mi mente iba a mil por hora, cavilando si me había llamado para detenerme, para denunciarme, para hacerme pagar por haber mentido a la autoridad. El pánico empezó a consumirme. No tenía mucho conocimiento de leyes, no sabía hasta qué punto podía joderme por haber cometido esa infracción.

Espera. ¿Y si sabía algo más? ¿Y si había investigado después de descubrir aquello y ahora conocía cada uno de mis pasos anteriores? Quise salir corriendo. Quise echar atrás el tiempo y no haber acudido a la cita, no haberle cogido el teléfono. O quizá debería desear no haber hecho todo lo que hice por Andrew. Por mi maldita locura.

Pero… si eran conocedores de todo eso, ¿por qué estaba yo aquí sentada y no Andrew? Aunque pensándolo bien, no tenía idea de qué había ocurrido con él. Puede que estuviera en un calabozo a solo unos metros de mí.

Separé los labios para hablar, no obstante, la voz no me salía de las cuerdas vocales. Carraspeé. Caleb suavizó su mirada castaña al ver mi estupor.

—Sé por qué lo hiciste —dijo. Yo le observé sin saber qué responder—. Entiendo que querías protegerle. Igual que él hizo por ti entrando a la librería a rescatarte de ese hombre.

Me quedé paralizada. Sí. Eso era. Tan simple como lo que acababa de describir. Andrew y yo… siempre mirábamos el uno por el otro, siempre había sido así. Nos protegíamos. Nos defendíamos. Yo era su escudo y él era el mío.

Pero ahora… ya no éramos nada. Solo el polvo de lo que un día fue. Mis ojos se humedecieron, tragué saliva sobrepasando el bulto de mi garganta para controlarme. ¿Por qué tenía que acabar siempre mal nuestra historia? ¿Por qué no merecíamos ser felices? Estaba harta.

—Apareció un día de la nada, quiso hablar, pedirme perdón. Yo me negué durante mucho tiempo, no quería hundirme en su lodo como en el pasado. —Me sorprendí a mí misma por haber arrancado esta confesión repentina. Qué más daba, no podía hacerme más daño del que ya me había hecho. Estaba cansada de ocultarme, de mentir, de mantener esta fachada de inocente que

no me correspondía—. Pero entonces Frank comenzó a acosarme y él… se ofreció a ayudarme. Hizo guardia durante días en mi casa, buscó por cielo y tierra al acosador, pero no lo encontró. Esa noche… cuando yo no respondí al teléfono supo que algo pasaba. El resto lo tienes en video. —Dirigí mis ojos a Caleb que me escuchaba con disimulada atención—. Como está en libertad condicional no podía contar que estuvo allí, que fue él quien rompió los cristales y agredió a Frank. No hizo nada malo. Lo hizo para protegerme, como bien has dicho. A mi parecer no es un delito.

—Mi intención no es detenerle, si es lo que te preocupa.

Fruncí las cejas, confundida.

—Entonces, ¿cuál es tu intención? ¿Y si sabíais esto por qué no me llamaste antes?

Caleb se inclinó sobre el escritorio y cruzó de nuevo las manos sobre la superficie.

—Un compañero me pasó el informe porque la víctima eras tú. Uno de los casos más importantes que hemos tenido en los últimos años fue el que culminó con el encarcelamiento de Andrew Coleman y el resto de integrantes del clan en el que yo estaba infiltrado. Aunque escaparon algunos —explicó con una mirada significativa—. Su hermano Josh Coleman, Rose Hall, Derek Bennet, Alfred Williams… Te suenan, ¿verdad?

El estómago se me encogió al escuchar esos nombres. Sus rostros inundaron mi mente y la nostalgia me cubrió por completo. Aunque supiera algo, no les delataría ni de broma.

—No sé dónde están si es eso lo que pretendías obtener de mí —repliqué con un pelín de desprecio que no fui capaz de ocultar.

El agente negó con la cabeza.

—Esa no es nuestra prioridad ahora mismo.

—¿Y cuál es? ¿Voy a poder saberlo antes de anochecer?

Caleb tiró la comisura de sus labios hacia arriba en una media sonrisa que parecía más una mueca.

—Les pedí a mis compañeros que no hicieran nada respecto al video de las cámaras de seguridad que habían encontrado. Aseguré que yo me encargaría del tema. Y es lo que voy a hacer. No pretendo encarcelar a Andrew de nuevo. Quiero colaborar con él.

Parpadeé, aturdida.

—¿Colaborar?

El agente cogió una carpeta que había sobre otras muchas, la abrió y sacó unas fotografías. Me estremecí al ver la imagen del Morfeo y de otras discotecas. Alcé la vista hasta él sin comprender.

—Estos locales los llevan los que han cogido el relevo de los negocios del padre de Andrew. —Extrajo otra fotografía. Era un hombre de lejos, vestido de traje, bien peinado. A su lado, una mujer rubia. Mi pulso tartamudeó—. Fabio Santoro, el dueño. Y su hermanastra Serena.

—¿Por qué me enseñas esto?

Caleb clavó sus ojos en mí con determinación.

—Hemos estado siguiéndole la pista. Sabemos que está relacionado con prostitución, pero no podemos demostrarlo. Y sé que Andrew está metido en esto.

Casi salté de la silla como si hubiera un resorte.

—Él no tiene nada que ver. Está en contra, siempre lo estuvo. Lo que quiere es acabar con ello.

Tuve el impulso de taparme la boca con la mano.

Mierda.

Caleb comenzó a sonreír.

—Lo intuía. —Cerró la carpeta y me observó inclemente—. Quiero que Andrew me ayude a atraparlos. Y necesito que tú lo convenzas. Que le asegures que lo único que quiero es ayudarle y hacer justicia.

La cabeza me daba vueltas.

—Espera, ¿quieres… quieres que sea tu infiltrado?

El agente asintió lentamente.

—Si lo hace, todos los delitos que pueda haber llevado a cabo quedarán borrados. Si nos da lo que necesitamos, será libre. Podrá rehacer su vida de verdad.

Sus palabras sonaban como un canto de sirena para mí. Sonaban tan bien… demasiado bien. No terminaba de comprender la situación y por qué me estaba pidiendo esto a mí en vez de a él. ¿Y si era una trampa?

—¿Por qué quieres que le convenza yo? Ya no tenemos relación, han pasado muchas cosas.

Él me miró como si intentara decirme que eso no era creíble. Como si supiera que por mucho que nos separáramos siempre volveríamos a caer en los brazos del otro.

—A mí no me escuchará. Querrá hacer las cosas a su manera. Pero en cambio contigo es distinto. Estoy seguro de que tú podrías convencerlo incluso de que se pegara un tiro en la sien.

La voz de Andrew se coló en mi memoria: «Sabes que me pondría delante de una bala por ti.»

Joder. Era cierto.

Aunque… no pude convencerlo de abandonar su venganza. Dudaba mucho que fuera diferente ahora.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti? —pregunté.

Caleb se reclinó en la silla.

—Porque yo estoy confiando en ti.

Me mordí el labio inferior. Me sentía entre la espada y la pared. La justicia por un lado, el deseo de hacer las cosas bien, con la ley en la mano, y lograr que esos cabrones fueran presos.

Por otro, la lealtad a Andrew, y el miedo a que todo este plan se diese la vuelta y terminase en el fin para él.

Inhalé profundamente.

—¿Puedo pensarlo?

Caleb hizo un gesto de asentimiento.

—Claro. —Dejó las carpetas en su sitio y me dedicó una mirada que no supe descifrar—. Aunque hay alguien que me gustaría que vieras.

Me quedé mirándolo con el ceño fruncido.

¿Alguien?

Con la cabeza echa un lío, me levanté de la silla. Me temblaron un poco las piernas debido a la avalancha de sensaciones de aquella conversación. Caleb me imitó para acompañarme a por el pasillo. Coloqué mi bolso al hombro y atusé mi cabello, inquieta. Me llevó a la otra punta de la comisaría, pasamos una doble puerta en la que se leía Sala de interrogatorios. El pulso se me aceleró tanto que empecé a marearme. Abrió una de las puertas de metal, y dentro, sentado a una mesa central, había un hombre. Caleb me invitó a pasar con la mano y yo inhalé antes de meterme en la sala.

El hombre que había sentado con las manos esposadas sobre la mesa levantó la vista y me miró con expresión impasible.

Joder.

—Hola, Megan.

Me senté frente a Alfred. No podía creer que le tenía delante. No le había visto en cinco años. La mano derecha de Andrew, su sombra, siempre dispuesto a cumplir las órdenes de su jefe. Aunque fueran ocultar cadáveres que él dejó en mi apartamento. Su aspecto apenas había cambiado. Su constitución robusta, el cabello corto y oscuro y esa mirada penetrante que te obligaba a obedecer. Tragué saliva y humedecí mis labios.

—Hola, Alfred.

—Les dejaré un momento para que puedan hablar después de tanto tiempo —dijo Caleb, y salió de la sala cerrando la puerta.

Se sucedieron unos segundos de silencio.

—No esperaba reencontrarme contigo en estas condiciones —comentó Alfred.

Hundí los hombros.

—Ya… ¿qué ha pasado? ¿Cómo…?

—¿Cómo me han pillado? Bueno, mi mujer tenía un amante y decidió que la mejor forma de quitarme de en medio era delatándome a la policía.

Dios.

Dejé escapar un suspiro.

—Lo siento mucho.

Él movió las manos y las esposas hicieron un sonido metálico. Verlas me revolvía el estómago. Me recordaba a las que llevaba Andrew cuando lo detuvieron. Cuando mi mundo se desmoronó.

—No importa. Ha sido culpa mía por ser descuidado y venir a verla siendo un prófugo.

—¿Y qué te va a pasar ahora? ¿Irás a la cárcel?

—Me han ofrecido la libertad… A cambio de información.

—¿Qué clase de información?

Alfred se me quedó mirando y a mí se me aceleró el corazón.

—El paradero de Derek.

El mundo se me paralizó.

Derek.

¿Alfred sabía dónde estaba? Entonces, estaba vivo. Estaba bien. Cerré los ojos un segundo evocando su imagen. Si hablaba… Derek terminaría en la cárcel, al igual que Andrew.

—¿Vas a delatarle? —pregunté con temor.

Una escueta sonrisa se esbozó en los labios de Alfred.

—Puedo ser muchas cosas, Megan, pero no soy un traidor. Conozco a Derek desde que empecé a trabajar para los Coleman y él solo era un adolescente rebelde con ansias de ser como su padre. Hizo muchas cosas mal y se puso en nuestra contra, pero al final arriesgó la vida por ayudaros. Estamos en deuda con él.

El alivio me inundó. Le creía. Algo me decía que podía creerle. Y tenía razón. Estábamos en deuda con Derek.

—Seguro que hay otra forma de salvarte.

—No la hay. Iré a prisión y pagaré por mis acciones.

Le observé mientras apretaba los puños en mi regazo. En realidad, eso era lo correcto, pero, ¿en qué momento lo correcto empezó a parecerme mal? Alfred hizo cosas que ni yo podía imaginar; la paliza que le dio al cliente del Eclipse cuando lo conocí era una de ellas. Seguro que como esa hubo cientos. Hicieron daño a gente inocente… Aun así, esas personas que un tiempo atrás habría repudiado, se habían ganado mi respeto. Ni siquiera sabía cuándo me había convertido en una de ellos. Yo también hice cosas de las que no estaba orgullosa. Como tirar a un hombre muerto metido en el maletero de su coche al río Hudson. Disparar un arma contra una persona que no conocía de nada. Clavarle un cuchillo a alguien en el hombro.

Todo aquello, lo hice para sobrevivir. Y en cierto sentido, era posible que Alfred tuviera los mismos motivos. Tanto él como Andrew solo intentaban nadar en un mar oscuro para no ahogarse.

—Siento no poder hacer nada por ti, Alfred —murmuré.

—Te preocupas más que mi mujer. Estaré bien. —Se calló un instante mientras yo suspiraba con tristeza—. ¿Qué haces tú en comisaria?

—El agente Caleb quería hablar conmigo.

No sabía si contarle el motivo. Aunque de todas formas estaban viendo y escuchando toda nuestra conversación probablemente.

—Me imagino lo que ha podido decirte.

¿De verdad? Quizás no era la primera vez que intentaban hacer algo así con un miembro de la mafia. Ponerlo de su lado para beneficiarse.

—¿Y qué crees que debería hacer?

Alfred tamborileó los dedos en la mesa de metal.

—No eres tú la que debe decidir.

Con su mirada lo entendí; la decisión era de Andrew. Yo solo era el mensajero. Debía entregar el mensaje y dejar que él mismo aceptara o no las condiciones. Pero… ¿quería darle esa posibilidad? ¿Quería que aceptara?

Asentí con la cabeza. Con el corazón en un puño, me despedí de la mano derecha de Andrew. Salí de la sala de interrogatorios cuando Caleb me abrió la puerta y le miré al rostro.

—¿Por qué querías que le viera?

Él apoyó una mano en la pared de forma casual.

—He pensado que te ayudaría a despejar tus posibles dudas. —Me tendió una tarjeta con su información de contacto—. Esperaré tu respuesta.

Agarré la tarjeta sin apartar mis ojos de los suyos y la metí en mi bolso. Caleb me acompañó a la salida. Caminamos en silencio hasta la entrada. Él me abrió la puerta para que pasara.

—Gracias —musité.

—A ti por haber acudido. —Sonrió de esa forma entre cordial y misteriosa—. Nos vemos pronto, Megan.

Salí de la comisaría. Los pies me llevaron hasta mi coche, aunque no sé ni cómo, estaba en piloto automático. Mi cabeza era un torbellino de pensamientos.

Subí a mi coche, arranqué el motor y conduje sin saber a dónde iba. No podía parar de darle vueltas a la conversación que acababa de mantener. Caleb quería que convenciera a Andrew de colaborar con la policía para conseguir pruebas sobre los delitos de esa mafia asquerosa y ponerlos frente a la justicia. Lo que Andrew buscaba, hundirlos, pero de forma legal. Además, estaría protegido por ellos. Si lo hacía, su historial sería eliminado para siempre. Como si nada hubiera sucedido.

Él sería libre.

Libre de empezar de cero.

¿No es eso lo que yo tanto deseaba? ¿Lo que luché para que entendiera? ¿Lo que le pedí casi

de rodillas? Quería construir una nueva vida juntos. Con Leah. Como una familia normal. Sin mafias, delitos, secretos ni muerte de por medio. Solo el amor que nos profesábamos.

Porque por mucho que me apartara, por mucho que me empujara lejos, me dañara y me metiera el dedo en la misma maldita llaga que él provocó, nada lograba sacar de mis entrañas los sentimientos que tenía por Andrew.

Era una batalla perdida.

Nunca iba a dejar de amarle.

Apreté el volante con mis manos hasta que los nudillos se me pusieron blancos. El corazón me golpeaba con fuerza el pecho, que subía y bajaba agitado. Mis ojos clavados en la carretera empezaron a anegarse de lágrimas.

Me sentía tan estúpida.

Tan débil. Tan ingenua.

Pero, ¿qué podía hacer contra ello? ¿Cómo se destruía el amor por quién no debemos? ¿Qué podía hacer para terminar con esta mierda?

Las palabras que un día me dijo Andrew se reprodujeron en mi mente: Una vez estás dentro, tus manos se manchan de sangre y ya no hay marcha atrás. Estás condenado.

Por más que yo quisiera salvarlo, a lo mejor no había escapatoria. Al igual que Alfred, no importaba lo que hiciera, estaba condenado.

Me sequé con rabia una lágrima que se derramó por mi mejilla.

Nunca podría romper las putas cadenas que unían a Andrew a la mafia.



CAPÍTULO 40

PESADILLA

El desfile estaba lleno de gente y me arrepentí enseguida de haber aceptado ir. Alice estaba muy emocionada haciendo fotos a todo. Se había puesto sus mejores galas, un vestido rosa palo con purpurina y un abrigo de pelo blanco. Menos mal que me lo dijo, porque si no yo habría desentonado bastante. Aunque no consiguió que me arreglara tanto como ella. Llevaba pantalones negros, un top de seda del mismo color y una chaqueta de cuero roja. Tampoco logró que me pusiera tacones, solo unas botas con unos cuatro centímetros de tacón ancho.

Si no fuera porque le había prometido que iría con ella de lo pesada que se puso, saldría corriendo de allí. No hace falta comentar que no estaba de humor para todo aquello. La conversación que había tenido con Caleb y el encuentro con Alfred no salía de mi cabeza. Ni la posibilidad de que Andrew fuera libre. Aunque para eso tendría que hablar con él, lo cual no estaba en mis planes.

Después de nuestro último encuentro, un anhelo imposible de satisfacer se había instalado en mi pecho. Quería verle y a la vez sabía que no debía. Seguía deseándole, seguía queriéndole, pero hacerlo no era bueno para mí, ni para Leah.

Una guerra encarnizada en mi interior, la cabeza contra el corazón. No tenía ni puta idea de qué hacer.

—Madre mía, van todos vestidos que te cagas —soltó Alice a mi lado.

Eché un vistazo alrededor. Muchas personas con ropa muy elegante y a la moda. La planta baja del hotel Williamsburg, donde tenía lugar el desfile, estaba adornado con luces de diversos

colores, una pasarela en el centro con asientos a cada lado que ya estaban ocupándose por los más VIP. Me sentía completamente fuera de lugar.

—¿Falta mucho para que empiece? —pregunté.

Mi hermana rodó los ojos y tiró de mi mano.

—Está a punto, vamos a coger sitio.

Nos sentamos en unas modernas pero incómodas sillas, en tercera fila. Apagaron las luces y encendieron las de la pasarela. Con una música estridente comenzaron a salir modelos con conjuntos un tanto extraños. Algunos era más posible que pudiera llevarlos una persona normal en una ocasión especial, pero la mayoría eran una mezcla de estampados y colores que no casaban mucho entre ellos. La última diseñadora en mostrar su colección fue la más asequible. Los vestidos y piezas eran elegantes, con algún toque estrafalario, aunque aceptable.

Al terminar, igual que las demás, la diseñadora salió a la pasarela; una chica de mi edad aproximadamente, con el cabello rubio y ondulado sobre sus hombros y una bonita sonrisa en el rostro. Recibió un ramo de una de las modelos y caminó un poco por la pasarela para saludar y dar las gracias al público.

—Jo, qué guapa es —alabó Alice—. Me encanta esta diseñadora, no es súper famosa, pero su estilo me parece chulísimo. Menos mal que ha venido desde Los Ángeles para este desfile. Ojalá ser algún día como ella.

—Lo serás. Y mejor todavía.

—No seas pelota, hermanita.

Le di un manotazo y ella me lo devolvió sin dejar de mirar a la diseñadora. Me sorprendió lo joven que era para lo que había conseguido. Lo cierto era que, aunque yo no tenía ni idea de moda, sus diseños eran llamativos.

Una vez terminado el desfile, le dije a Alice que necesitaba ir al baño. Lo encontré después de unos cinco minutos. Cuando acabé saqué el móvil del bolsillo para ver que tenía un mensaje de Nate, me preguntaba si me apetecía tomar una cerveza antes de irme a casa. La sonrisa se me plantó sola en la cara al verlo. La verdad era que me apetecía, pero no le respondí. Prefería saber cuáles eran los planes de Alice antes.

Salí del servicio mientras seguía mirando el móvil y me choqué con alguien que venía de frente. El teléfono se me cayó de las manos con el impacto.

—Ay, perdona —exclamé mientras lo recogía porque había sido yo la que iba sin mirar.

Comprobé que no estaba rota la pantalla y atisbé sobre mi hombro a la persona, que no contestó nada. Era un hombre, se alejaba de espaldas a mí hacia el servicio de caballeros. Ignorándome por completo se metió dentro y desapareció de mi vista. Fruncí el ceño. Una sensación extraña me recorrió, como si algo me dijera que lo había visto antes. Sacudí la cabeza, ya empezaba a ver fantasmas de nuevo en todos lados. Di la vuelta y regresé a donde estaba

Alice.

Mi hermana estaba tan alegremente hablando con unas chicas. Supuse que las acababa de conocer. Me acerqué y ella sonrió como disculpa.

—Como tardabas tanto me he puesto a hablar. Son de la uni, pero de un curso más.

—No pasada nada. Oye, ¿qué vas a hacer ahora?

—Pues… —Miró a las chicas.

—¿No te vienes a la fiesta de después? —preguntó una.

Alice se giró hacia mí. Ah, no, nada de fiestas.

—Ve tú. Yo… —Pensé si decirle que iría con Nate, pero no era buena idea—. Cogeré un taxi y me iré a casa.

—¡Vale, genial! —respondió mi hermana súper feliz.

—Pero no te emborraches como la otra vez. Y avísame cuando estés en la residencia, da igual la hora que sea.

Ella puso los ojos en blanco, para variar.

—Que sí, tranquila.

Nos despedimos y Alice se quedó hablando con esas chicas mientras yo salía del recinto. Llamé a Elia para asegurarme de que le parecía bien porque era la que se había quedado cuidando a Leah.

—¿Qué si me parece bien? —bramó—. Claro que sí, es más, deberías. Tienes que hacerlo. Ve con él y diviértete por Dios. Te hace falta.

—No va a pasar nada, no te hagas ilusiones. Somos amigos.

—Vale, que sí.

Dejé escapar un suspiro.

—Gracias. Solo tardaré una hora más o así.

—Como si son dos. Aquí Leah y yo estamos la mar de entretenidas con el karaoke de Disney. ¿A que sí? —Escuché a mi hija decir que sí con energía y eso me hizo sonreír—. Ale, ya sabes.

—De acuerdo. Luego hablamos.

Después de colgar la llamada con Elia, inspiré antes de darle al botón verde debajo del nombre de Nate.

—Si te apetece ahora, acaba de terminar el desfile y estoy libre —ofrecí nada más descolgó.

—Voy para allá.

Solté una risita, colgué y me quedé en la entrada esperando mientras otras personas abandonaban también el lugar. En la otra puerta a unos metros vi de nuevo a ese hombre, lo reconocí por la ropa, pero tampoco en esa ocasión le distinguí la cara. Bajó los escalones y se alejó hacia un coche blanco. De forma inevitable recordé a Frank. No. Él estaba encerrado.

Desvié la mirada hacia el cielo despejado que se volvía anaranjado por momentos. Todo eso ya pasó. Estaba intentando rehacer mi vida. Iba a quedar con Nate. Como amigos. Porque no me sentía capaz de hacerlo como algo más. Y tampoco quería mentirle, se lo dejé claro. No podía olvidar a Andrew, al menos por ahora. Por mucho que odiara ese hecho. Necesitaba poner mis pensamientos en orden para saber qué narices hacer.

El sonido de la moto de Nate invadió la calle y frenó frente a mí a unos metros. Esbocé una media sonrisa cuando le divisé quitarse el casco para mirarme.

—Hey, señorita, ¿está esperando a alguien?

—A un idiota en moto.

Nate sonrió con picardía. Me tendió el otro casco.

—Su idiota ha llegado.

Me reí negando con la cabeza. Cogí el casco y me lo coloqué mientras subía a la moto. Una vez bien sujeta, Nate arrancó para incorporarse a la carretera. Cerré los ojos agarrada a su cintura, sintiendo el aire frío de noviembre en el rostro, tratando de evadirme de mis malditos problemas. Funcionó, durante unos minutos. Pero al abrirlos, y darme cuenta de donde estaba y con quién, volví a notar ese nudo en el estómago.

Nate condujo hasta una zona de restaurantes, y allí tomamos una cerveza.

—¿Cuánto hace que no ves a tus padres? —pregunté.

Habíamos estado hablando de mi última visita a los míos y de lo poco que quedaba para Navidad y esas cenas familiares que terminaban siendo un caos. Nate dijo que él no iría este año a visitar a los suyos.

—Dos años más o menos.

—¿Por qué? ¿Os lleváis mal?

—Mi padre se lio con su compañera de trabajo y mi madre se divorció de él. Después de eso se volvió más arisca, si es que no lo era ya. Decía que yo acabaría como él porque todos los hombres son iguales.

—Tu eres un caballero. De los pocos que hay.

—Bueno, ninguno de ellos piensa así. Me fui de casa y me vine a Nueva York porque no quería ser juzgado continuamente. Solo mantengo más contacto con mi hermana, pero ella vive en Londres con su novio.

Le entendía bastante bien. Me sentía de forma parecida cuando me independicé.

—Lo siento, debe ser una mierda.

—No pasa nada, aquí estoy bien. No tengo queja.

Le sonreí y levanté mi vaso para chocarlo con el suyo.

—Por los que vinimos a la Gran Manzana huyendo de nuestra familia.

—A ti te ha ido mucho mejor que a mí.

—Bueno, si yo te contara —dije rodando los ojos.

—Sería para escribir un libro.

—Dios, eso dice Elia.

—¿Elia escribe?

—Sí, y por cosas que me ha enseñado, lo hace muy bien. Y ahora no para de decir que quiere comprarme los derechos de mi historia con el padre de Leah.

Nate bebió de su cerveza y yo quise devolver las palabras a mi boca. Ya había dicho demasiado otra vez.

—Seguro que es digna de contar. —Se quedó pensativo unos segundos—. ¿Cómo van las cosas con él?

Ay, no. No quería hablar de Andrew. Pero no sabía cómo cojones lo hacía para que saliera en casi todas mis conversaciones.

—No van. Cada uno va por su lado.

—¿Le contaste que Leah es su hija?

Solo recordarlo me dolía.

—Sí. Pero bueno, eso no arregló nuestra relación.

—Algún día se dará cuenta de lo que ha perdido.

Le sonreí un poco, él me devolvió el gesto y acercó su vaso para brindar de nuevo conmigo. Solté una risa e hicimos chocar nuestras cervezas. Quizás Dylan tenía razón y debía aprender a aceptar a Nate. Ahora solo éramos amigos, pero con el tiempo… Debería presentarle a Leah pronto. Ella era lo más importante para mí y necesitaba saber si congeniaban antes de nada.

Seguimos hablando y pasamos un buen rato. El nudo que me acompañaba desde hacía semanas pareció desanudarse un poco.

Cuando terminamos volvimos a subirnos a la moto para que Nate me llevara a casa de Elia. Sin embargo, a los pocos minutos nos dimos cuenta de que un coche que iba detrás estaba demasiado cerca de nosotros.

—¿Qué le pasa a ese? —dijo Nate sobre el ruido del motor.

—No lo sé —respondí con una sensación extraña en el cuerpo—. Ten cuidado.

—Solo es un imbécil. Ahora le doy esquinazo.

Nate giró el manillar para ir por otra calle, pero el coche nos siguió. El corazón empezó a latirme tan fuerte en el pecho que pensé que Nate podría notarlo en su espalda. ¿Qué cojones estaba pasando? El vehículo se puso a nuestro lado, pero no pude ver al conductor. Nate debió percibir mi tensión porque aferró su mano a la mía sobre su cintura. Estaba asustada y él lo sabía. Los dos sabíamos que algo no iba bien.

Nate trató de acelerar para alejarse del coche negro y giró de nuevo por otra avenida. No sirvió de nada. Lo teníamos pegado. De pronto, intentó embestirnos. El lateral del vehículo rozó

el de la moto, pero Nate consiguió apartarse a tiempo.

No fue así en el siguiente embiste.

Nate perdió el control de la moto. Esta derrapó y dio un par de vueltas a una velocidad de locura. Salí disparada hacia el asfalto, rodé sobre mi cuerpo un par de veces y terminé tirada boca abajo. Escuché el sonido de la moto volcar y chocar con el suelo en un estruendo. El coche negro escapó de la escena pisando el acelerador a fondo.

Me pitaban los oídos.

Notaba mi mejilla aplastada contra el casco y el brazo izquierdo me dolía como si me lo hubiera aplastado una roca. Moví los dedos de las manos. Parpadeé despacio, no podía enfocar bien al principio, pero lo logré. Vi cristales en el asfalto frente a mí. Puede que fueran de mi casco.

La boca me sabía a sangre.

Hice fuerza con las manos para levantarme, pero una voz amortiguada me dijo que no lo hiciera. De todas formas, no acaté la orden. Con los músculos temblando y un dolor agudo en el brazo, conseguí alzarme y quedar sentada. Alguien me hablaba, aunque no podía entender nada, era como si estuvieran debajo del agua. Despasé el cierre de seguridad con nerviosismo y me quité el casco. Por fin, sentí que había salido de una pecera y los sonidos se intensificaron.

Miré alrededor con el corazón latiendo de forma irregular en mi pecho. La moto de Nate estaba a varios metros tirada en el asfalto.

Y él…

Me invadieron las ganas de vomitar cuando vi personas a su lado, una de ellas llamaba por teléfono. Me levanté del suelo como pude, alguien me tocó el brazo.

—Señorita, no se mueva, por favor.

Ignorando a la persona, caminé cojeando hasta donde se encontraba Nate. Al llegar, el oxígeno abandonó mis pulmones. Estaba tendido en el asfalto boca arriba, inmóvil, el cristal de su casco estaba roto y de su cabeza manaba sangre.

El sabor amargo de la bilis me llenó la boca.

—Nate… —murmuré. Aparté a una mujer y caí de rodillas a su lado. Estaba inconsciente, le veía los párpados cerrados a través del cristal reventado. Quise quitarle el casco para examinarle bien, pero sabía que no debía. Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando vi que su pecho no se movía al respirar—. No… por favor…

Se oyeron sirenas a lo lejos.

Apreté los dedos en puños, arañándome los nudillos con el asfalto, pero no me importó. Solo podía desear estar viviendo una pesadilla de la que quería despertar.



CAPÍTULO 41

VIDA

Los sonidos del hospital me engulleron. Las voces, los pitidos, el arrastrar de las camillas… Me sentía en una burbuja. Acababa de bajar de mi ambulancia, y en una especie de trance, dejé que los médicos me examinaran. Me pusieron una vía y observaron los ojos con una linterna para cerciorarse de que mis reflejos estaban intactos. Movieron mis brazos y piernas, nada roto. Me realizaron un TAC para descartar una conmoción cerebral. Lo único que había obtenido después de un accidente de moto eran unas cuantas raspaduras, un esguince en el brazo izquierdo y una mente que era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera Nate.

Pregunté por él varias veces, pero siempre me daban largas y me pedían que esperase y me tranquilizase.

Que me tranquilizase.

Deseé lanzarle el palo del gotero al doctor. ¿Cómo cojones iba a tranquilizarme? ¡Nate podía estar…!

Dios.

Nate podía estar muerto. Por mi culpa.

Porque estaba segura de que ese accidente había sido premeditado. Cuando la policía había llegado a la zona del accidente junto a la ambulancia, se lo había dicho a los agentes, estos tomaron nota, a pesar de que no parecieron creerme demasiado.

El coche negro nos envistió, nos quería sacar de la carretera a propósito. Quién fue y el motivo para hacerlo era un misterio para mí, pero podía imaginar que tenía algo que ver con

Fabio. Tenía algo que ver con esa mafia a la que estuve intentando ayudar a derribar. Quizás sabían que los causantes de lo que ocurrió en la gala benéfica fuimos nosotros. Quizás me habían visto yendo a la comisaría de policía. Quizás…

Me iba a estallar la cabeza. La imagen de Nate tirado en el asfalto no salía de mis recuerdos. Al cerrar los ojos lo veía, inmóvil, sangrando… Él… era un buen chico, había sido comprensivo, había sido paciente conmigo, me había tratado como una princesa desde el principio…. Y yo… se lo devolvía poniendo en peligro su vida. Si es que su alma no había abandonado ya su cuerpo.

Sostuve mi rostro con las manos intentando controlar mi respiración. Los médicos me habían dejado en una camilla de observación en urgencias mientras esperaban los resultados de mis pruebas. Permanecí en esa camilla, escuchando los sonidos a mi alrededor. Estaba empezando a hiperventilar, mi pecho subía y bajaba con frenesí, cada vez más rápido. Necesitaba ver a Nate, necesita saber que no estaba muerto. Necesitaba ver sus ojos abiertos y mirándome. Como me vieron tan nerviosa, la enfermera decidió darme un calmante, aunque no sentía que me estuviera haciendo mucho.

La cortina de mi parcela se abrió un largo rato después y al ver a la doctora al otro lado, plantada delante de mí, mis labios se separaron ligeramente.

—Hola, Megan, ¿cómo te encuentras?

—¿Beth?

Creí que a lo mejor la estaba confundiendo, pero mi sorpresa fue mayor cuando ella asintió mientras observaba mi historial. La hija del doctor Foster. Apenas había cambiado, su pelo rubio por los hombros y bien peinado, el rostro serio y la mirada aguda. Por cómo había respondido, deduje que ella también se acordaba de mí. Me entraron ganas de llorar y no entendía por qué. Puede que ver alguien familiar, alguien de hacía cinco años, de aquel período tan complicado de mi vida, me hiciera poner los pies en tierra por fin. Mordí mi labio inferior para controlar las lágrimas.

—Por lo que veo has tenido un accidente de tráfico —empezó a decir—. Tus constantes están bien. El TAC también, no hay conmoción cerebral ni derrame. Podrás irte a casa pronto.

—Nate —salté—. Por favor, déjame ver a Nate.

—¿Tu acompañante?

—Sí, iba conmigo en la moto. No me han querido decir nada de él, y no sé si está… —Tragué saliva para pasar el nudo de mi garganta—. ¿Puedes conseguir que me dejen verlo? O que me digan qué le ha pasado.

Beth me observó con su expresión pétrea, pero distinguí un brillo diferente en sus iris, una chispa de compasión. Asintió con la cabeza y yo hundí los hombros, aliviada.

—Veré qué puedo hacer.

—Gracias, de verdad.

Fue a darse la vuelta para marcharse.

—Oye… eh… —balbuceé. Ella me miró sobre su hombro—. Siento mucho lo de tu padre. Era un buen hombre.

Beth bajó la mirada un segundo, y después la perdió en el infinito.

—Lo era —murmuró.

Dicho esto, dio la vuelta y apartó la cortina para salir. Yo agaché la cabeza para soltar todo el aire de mis pulmones sentada en la camilla con las piernas fuera. El instinto me demandaba echar a correr y buscar a Nate por cada habitación hasta encontrarlo, pero esperaría. Confiaría en Beth. Era mi única opción.

No tenía ni idea de dónde estaba mi móvil, pero le solicité a una enfermera hacer una llamada. Decidí contactar con Elia. Ella estaba histérica, quiso venir a verme al hospital, pero yo le pedí que se quedara con Leah. Me sentía más tranquila si era mi socia la que se ocupaba de ella. No quería asustar a Alice todavía. Elia se ofreció a quedársela hasta el día siguiente para que pudiera descansar y prometió cuidarla hasta tener nuevas noticias mías.

Pasó más de una hora, cuando la cortina volvió a descorrerse y Beth apareció. La miré esperanzada y ella se apartó un poco para invitarme a acompañarla.

—Vamos, te llevaré con tu amigo.

En ese momento me invadió el impulso de abrazarla, aunque logré reprimirme. Me bajé de la camilla para caminar a su lado. Avanzamos por los pasillos del hospital, y cada paso que daba mi corazón se apretaba más y más.

—¿Está vivo, verdad? —pregunté inquieta.

—Sí, su corazón sigue latiendo —respondió Beth de forma ambigua.

¿Qué narices quería decir aquello?

Llegamos a la UCI. El pulso se me congeló y empezaron a hormiguearme los brazos. El esguince pareció intensificar su dolor. Si estaba allí, no podía estar bien. Caminé en silencio al lado de la doctora hasta que paramos delante de una de las habitaciones. Ella abrió la puerta y me hizo un gesto para que entrara. Respiré hondo, aunque no sirvió de mucho para infundirme valor, y avancé dentro de la estancia.

Nate estaba en la cama, conectado a varios cables que conducían a máquinas que pitaban de forma constante. Estaba intubado. Inconsciente. Quieto como un cadáver.

Me acerqué despacio a él.

El pecho se me oprimió tanto que me faltaba el aire. Deseé cerrar los ojos y borrar lo que estaba viendo. Deseé desaparecer. Estar en su lugar. Revertir el tiempo.

—Está en coma —dijo Beth a mi espalda—. Hemos tenido que inducírselo debido a su estado de gravedad. Tenía fractura craneal, derrame interno, la pierna y la muñeca rotas. Algunas costillas se le rompieron y perforaron el pulmón izquierdo, el cual se llenó de sangre. Ha sido

una operación complicada, pero al menos le hemos salvado la vida.

—¿Vida? No parece estar vivo —murmuré con un asfixiante y doloroso nudo que me impedía hablar con normalidad.

—Hay que esperar. Nosotros podemos darle el sustento que necesita, pero ahora es su cuerpo el único que puede luchar por sobrevivir.

—¿Cuánto tiempo seguirá en coma?

—No lo sabemos. Depende de él.

Me senté en la silla al lado de la cama, más por haber perdido la fuerza en las piernas que por querer hacerlo. Alargué la mano para coger la suya, y cómo Beth no me lo impidió, rodeé los dedos de Nate con los míos en un gesto que sabía que él no podría notar.

—Es importante hablar y tocar a los pacientes en estado de coma —explicó la doctora—. Los mantiene anclados a este mundo.

—No soy creyente.

—No hace falta que lo seas. Solo cree en tu amigo.

Me mordí de nuevo el labio, haciendo un esfuerzo sobrehumano para retener las lágrimas. Asentí con la cabeza porque no era capaz de decir nada. En silencio, Beth salió para darme privacidad.

—Nate —susurré con la voz rota—. Lo siento mucho, lo siento muchísimo. No sabes cómo… —Cogí aire de forma trémula—. Cómo me arrepiento de haberte metido en esto. Tendría que estar en tu lugar. Venían a por mí. Tú no tienes la culpa de nada. —Me limpié las lágrimas que ya descendían por mis mejillas—. Haré que paguen. Te lo prometo.

Permanecí unos minutos más allí sentada, simplemente mirándole, ahogándome en la culpabilidad. Entonces entró Beth y con un gesto me indicó que debía marcharme. Eché un último vistazo a Nate, di la vuelta y caminé fuera la habitación.

—Gracias por permitirme verlo —le dije sin energía.

—De nada.

—Hiciste bien en desvincularte de lo que hacía tu padre.

Beth me miró, algo sorprendida.

—Nunca estuve de acuerdo.

—Lo entiendo. Ese mundo es una mierda, ¿sabes? Es un puto pozo oscuro que te engulle y te hunde hasta que lo pierdes todo. Tu padre nos ayudó en varias ocasiones, y estoy segura de que hizo cosas admirables, pero me alegro de que tú no sigas su camino. Aléjate lo máximo posible, hazme caso.

Deslicé la manga del jersey por mi rostro para eliminar los últimos restos del llanto mientras Beth metía las manos en los bolsillos de su bata blanca.

—Mi padre era un gran médico, pero por salvar a su mujer se acabó metiendo en terreno

pantanoso —comenzó a contar, yo la observé esperando que continuara—. Mi madre era drogadicta y tenía una deuda enorme por un préstamo que solicitó a quien no debía. Mi padre se ofreció a atender gratis a los hombres a los que debía dinero a cambio de saldar la deuda. Estuvo años así, para nada. Porque ella murió de una sobredosis.

Me quedé mirando a Beth, perpleja, no imaginaba que lo que le ocurrió al doctor Foster, el motivo por el que comenzó a trabajar para los Coleman, fuera algo tan horrible.

—Lo siento mucho —fue todo lo que pude decir.

—Por eso sé cómo es ese mundo. Y por eso quise alejarme. —Me observó con detenimiento —. Y tú deberías hacer lo mismo.

Sonreí con tristeza.

—Lo sé. Pero, ¿cómo lo hago si lo que me mantiene atada es mi corazón? ¿Hay alguna medicina para olvidar a una persona? —La miré a los ojos con una súplica silenciosa—. ¿Para dejar de amar?

Ella dejó escapar una diminuta risa que pareció más un resoplido sarcástico.

—Contra eso no hay nada, solo tu fuerza de voluntad.

—Pues estoy jodida.

Beth y yo regresamos a urgencias, me dijo que iba a preparar mi informe de alta para que pudiera marcharme y me entregó mis efectos personales, entre los cuales estaba mi móvil con la pantalla resquebrajada, luego ella desapareció por el pasillo. Aproveché para ir al baño. Me refresqué con agua fría y me quedé mirando mi reflejo. Tenía mala cara, estaba pálida, mis ojos eran enmarcados por unas profundas ojeras y mi piel albergaba algún corte.

Presioné las manos sobre el lavabo sintiendo de nuevo la angustia ascender por mi interior como un tsunami llevándose todo a su paso. Los remordimientos me abrumaban, la certeza de que Nate estaría bien si no me hubiera conocido.

Que todo el que se acercaba a mí acababa sufriendo.

Que quizás yo también estaba maldita.

¿Cómo había llegado hasta ese punto? ¿Cómo me había dejado arrastrar tanto que perdí de vista la orilla? ¿Cómo pude permitir que el amor que profesaba por Andrew me condujera a la oscuridad de nuevo? Si no hubiera aparecido… si no hubiera regresado a mi vida… nada de esto habría pasado.

Saqué el móvil del bolsillo del sucio pantalón. Me temblaban las manos. La imagen de Nate en esa cama conectado a los cables que le mantenían vivo acudió a mi mente para atormentarme. Sin pensar marqué el número de Andrew. El corazón me rebotaba entre las costillas mientras sonaba y una parte de mí deseó que no lo cogiera. Pero lo hizo.

—¿Megan? —respondió.

Dominé mis lágrimas como pude y busqué mi voz.

—Tenías razón. Estás maldito.

Silencio en la línea.

—¿Por qué dices eso?

—Derek me dijo una vez que estabais condenados y que destruíais todo lo que tocabais, y era verdad. Lo he descubierto cuando ya era demasiado tarde.

—Megan, ¿ha pasado algo? ¿Leah está bien?

—Ella está bien, por suerte. Pero podría no estarlo porque ahora yo también destruyo todo lo que toco. Nate… —tragué saliva para enderezar mi voz—. Nate es el que ha salido perjudicado esta vez.

Escuché ruidos al otro lado, como si Andrew estuviera haciendo algo. Me pasé una mano por la cara, agotada.

—¿Qué le ha ocurrido a Nate?

—Hemos tenido un accidente. Iba… iba con él en su moto y un coche nos ha envestido. Está en coma, Andrew… No sé si se despertará algún día…

—Joder —masculló—. ¿Tú estás herida?

Observé mi reflejo, mi rostro era la pura personificación de la tristeza y el desasosiego.

—No.

—¿Dónde estás? ¿En qué hospital estás? —No respondí porque no me salía la voz y él se puso nervioso—. Maldita sea, Megan, dime dónde estás, por favor.

—En el Hospital Central.

—Voy para allá, ¿me oyes? Espérame.

—No quiero verte —susurré.

—Me importa una mierda, yo necesito verte a ti.

Colgó el teléfono y yo bajé la mano mientras sonaba el pitido de la línea vacía. Ni siquiera entendía por qué le había llamado. Solo quería que supiera lo que había ocasionado. Solo… ansiaba oír su voz.

Estaba enferma. En un momento como aquel el único consuelo que deseaba era el suyo. El único pilar al que me moría por aferrarme era él. A lo mejor el golpe que me había dado en la cabeza sí que me estaba afectando de alguna manera. O el calmante que me había dado la enfermera estaba haciéndome demasiado efecto.

Salí del baño, regresé a la camilla y me senté para esperar mi alta. A los quince minutos escuché una voz masculina muy familiar, y decidí abrir la cortina. Andrew estaba en el mostrador, supuse que preguntando por mí, y al oír el crujir de la tela miró sobre su hombro. Cuando me vio su expresión se inundó de alivio. Caminó hasta mí para acunar mi rostro y mover sus pupilas sobre las mías como si buscara algo. Vio los cortes de mi frente, lo cual le hizo fruncir el ceño.

—¿Estás bien? ¿De verdad no estás herida? —preguntó echando un vistazo a mi cuerpo.

—Un esguince en el brazo.

Soltó mi cara para coger con delicadeza mi mano y examinar la venda de presión que cubría mi antebrazo. Mis palmas estaban raspadas, y por supuesto, él se fijó. Las acarició con el pulgar y yo sentí un escalofrío por la espalda.

—Has tenido mucha suerte.

Sus palabras me dolieron. Había tenido suerte. Aunque no era quién se la merecía. Ojalá Nate la hubiera tenido.

—Nate se ha llevado la peor parte —murmuré.

Andrew dejó escapar un atormentado suspiro.

—Lo siento mucho.

—¿Ha sido Fabio? —pregunté con miedo.

—No lo sé. Él estaba en el local, pero podría habérselo encargado a alguien externo, porque sus hombres estaban en sus puestos.

Cerré los ojos un segundo, abrumada. Y si no había sido Fabio, entonces ¿quién? ¿Se me estaba escapando algo? No era capaz de cavilar sobre eso ahora, mi mente era una batidora de pensamientos, remordimientos y dolor. Sentía el cerebro lleno de algodón, necesitaba despejarme la cabeza.

—¿Dónde está Leah? —quiso saber Andrew.

—Con Elia.

—Vale, no le cuentes a tu amiga nada de esto hasta que sepamos con certeza qué ha pasado.

Asentí con la cabeza, y entonces, Beth apareció. Se quedó mirándonos, acto que Andrew hizo también con ella. No parecía sorprendido como yo, así que deduje que él ya sabía que Beth trabajaba en ese hospital.

—Hola, Beth —la saludó.

—Buenas tardes, Andrew. Si no te importa preferiría que usaras Doctora Foster —respondió con frialdad, luego se dirigió a mí sin prestarle más atención a mi acompañante y me tendió unos papeles—. Aquí tienes tu alta y las recetas de los analgésicos y calmantes si los necesitas.

—Gracias —dije mientras los cogía, sintiéndome un poco incómoda en medio de los dos—. Muchas gracias por todo.

—De nada. Puedes marcharte cuando quieras.

Beth se iba a dar la vuelta, pero hablé para detenerla:

—¿Podré venir a ver a Nate?

—Sí, di que tienes mi permiso y te dejarán pasar.

Asentí de nuevo con una mirada de agradecimiento y ella avanzó hacia el pasillo para alejarse de nosotros.

—Vamos, te llevo a casa —ofreció Andrew.

Me cogió de la mano dispuesto a salir de allí. Observé nuestras manos unidas pensando que a lo mejor debía replicar, apartarme, pero por algún motivo no lo hice. Permití que me llevara hacia la salida del hospital.

—¿Sabías que Beth trabajaba aquí? —pregunté.

—Sí. Aunque no esperaba que fuera ella quien te hubiera atendido.

Vi el coche de Andrew a lo lejos en el aparcamiento.

—Parece que no te tiene mucho aprecio.

—Guarda rencor a mi familia por el tema de su padre.

—Me ha contado lo que pasó. —Andrew permaneció en silencio, dando espacio para seguir explicándole—. Ella se veía arrastrada a seguir los pasos de su padre, aunque no estaba de acuerdo. Perdió a su madre y después a su padre… En realidad, no sois tan diferentes.

Andrew se paró. Se giró hacia mí despacio y pude leer en sus ojos verdes todo lo que debía estar pensando.

—Ambos hemos tenido una vida dura, como muchos.

—Beth ha conseguido salir y llevar una vida normal.

Él apartó la mirada, sabiendo hacia donde iba.

—Megan, no empieces.

—Ella tomó una decisión por su propio bien. Hay alternativa, y tú lo sabes tan bien como yo. —Recordé al agente Caleb y lo que me había pedido. El accidente, Nate, Leah. ¿Aferrarnos a ese clavo ardiendo era nuestra única oportunidad de ser libres? —Hay algo que no te he contado…

—Ya vale. Lo hablaremos después, ¿de acuerdo? No estás en condiciones de tratar todo esto ahora.

Andrew tiró de mi mano y yo me dejé llevar otra vez, porque en cierta parte tenía razón. No era el mejor momento ni lugar para hablar sobre infiltrarse en la policía. Debía descansar, relajarme, aclararme y entonces podríamos tener esa conversación.



CAPÍTULO 42

ODIO

Cuando puse un pie en mi apartamento, me fallaron las fuerzas. Andrew me sujetó y me guio a la habitación para sentarme en la cama. Seguro que él pensó que me encontraba físicamente mal por el accidente, pero no era solo por eso. Sentía el peso de la culpa apretar mi garganta, asfixiándome. Como si tuviera una cuerda alrededor del cuello que no podía quitarme.

Andrew se agachó frente a mí mientras me acariciaba la mano. Le miré a los ojos y, a pesar de que me transmitían tantas emociones, yo me notaba vacía.

—Deberías irte —murmuré.

—No pienso dejarte sola ahora.

El nudo de mi garganta se apretó más.

—He estado sola mucho tiempo, no necesito que nadie me cuide. Y menos alguien que me ha abandonado dos veces.

Andrew bajó la mirada con un suspiro derrotado.

—Voy a prepararte un baño, te vendrá bien —dijo.

No respondí, pero él me atisbó un par de segundos para ver si replicaba y, como no lo hice, se levantó para ir hacia el cuarto de baño. Escuché cómo abría el grifo del agua y la bañera comenzaba a llenarse.

Giré las palmas para observarlas, las magulladuras me escocían un poco. Tendría que ponerme crema. No sabía si tenía algo para eso. Vi que salía vaho del baño y me pregunté cómo de caliente habría puesto el agua. Lo último que quería era quemarme la piel. Pero daba igual.

Quizás así conseguiría desentumecerme.

Andrew salió del servicio y me tendió la mano. Se la di sin rechistar para seguirle. La bañera estaba llena de agua caliente, hacía calor ahí dentro y me giré para echar un vistazo a Andrew. La verdad era que no se le veía muy dispuesto a irse.

—Puedo hacerlo yo misma.

—¿Segura? —Él miró mi brazo vendado para dar peso a su cuestionamiento y yo esbocé un mohín.

—Eso espero.

—No me importa ayudarte.

—Pero a mí sí.

El corazón había empezado a latirme de forma extraña. Solo de pensar en que Andrew me bañara me hacía estremecer. Él apartó la mirada y asintió.

—Está bien, estaré fuera por si me necesitas.

Tuve que morderme el labio para no pedirle que se quedara. Joder, estaba en un momento muy frágil y tener a Andrew cerca alteraba todos mis sentidos. No sabía si sería capaz de mantener a raya mis impulsos en este estado.

Andrew salió del baño, aunque no cerró la puerta. Sacudí la cabeza. Me quité la ropa como pude con una sola mano y me metí en el agua caliente. Demasiado caliente. Pero no me molestó, más bien me hizo sentir bien. Me tumbé para que el agua me cubriera por completo, dejando el brazo del esguince fuera, y una sensación de agradable languidez se extendió por mi cuerpo. Me permití unos segundos de cerrar los ojos y no pensar en nada, pero duró poco, porque las imágenes de lo sucedido acudieron a mi mente más rápido de lo que me hubiera gustado.

Con un nudo en la garganta, cogí el jabón y la esponja y comencé a frotarme. Froté y froté hasta que me dolió la piel. Me sentía sucia. Me sentía como si estuviera cubierta de la sangre de Nate. Como si tuviera algo en mí que estaba mal. Necesitaba borrarlo. Quitármelo de encima. Tiré la esponja al agua con brusquedad. Estaba respirando agitada.

—Megan —escuché llamar a Andrew—, ¿todo bien?

—Sí —respondí con la voz estrangulada.

Veía su sombra en el umbral de la puerta, estaba al lado de esta y probablemente llevaba ahí todo el tiempo. Sabía que quería entrar para comprobar que estaba bien, pero respetaba mis límites. Por ahora. Ya había pasado mucho rato en esa bañera, así que me levanté para salir, puse un pie fuera, después el otro y casi me resbalo, por suerte, conseguí estabilizarme. Cogí el albornoz blanco y entonces me di cuenta de que iba a ser misión imposible ponérmelo sola. Maldije entre dientes.

—Oye… ¿te importa… ayudarme con el albornoz?

Andrew entró en el baño y yo sentí que me hacía pequeña. Que era vulnerable y estaba a

merced del lobo. A un paso de distancia de que me diera un mordisco. Me había quedado de espaldas, intentando fingir que no me importaba que Andrew me viera desnuda. Y era una estupidez porque ya lo había hecho muchas veces, nos habíamos acostado y… Dios, no debía pensar en eso.

Él se acercó y, sin mediar palabra, me ayudó a ponerme el albornoz, primero metiendo un brazo, luego el otro y finalmente lo cerré con el cinturón todo lo que pude. El pulso me bombeaba alterado en las venas y me odié por eso. Me odié por estar sintiéndome así en una situación tan horrible como aquella. Me odié por no ser nunca lo bastante fuerte para alejarme de ese hombre.

Odié cada jodida célula de mi ser por llamarle, por revivirme cuando estaba cerca. Le odié a él. Le odié por haber aparecido, por haber regresado. Por haberme hecho recordar con sus besos y sus caricias lo mucho que lo amaba.

Le odié tanto, que ya no sabía ni por qué.

Bajé la cabeza conteniendo a duras penas las lágrimas. Las manos de Andrew se posaron sobre mis hombros y me hicieron dar un respingo.

—Mariposa… no tienes que sentirte culpable.

El dichoso apodo me provocó un escalofrío por la columna. Sacudí los hombros para quitármelo de encima y me di la vuelta para mirarlo a los ojos con furia.

—Ah, ¿no? ¿Y quién la tiene entonces? ¿Tú?

—Nadie la tiene.

—Claro que sí. No ha sido un accidente, y ambos lo sabemos, Andrew. La gente a nuestro alrededor sigue sufriendo, siguen muriendo por nuestra culpa. Y, aun así, nosotros continuamos mintiendo, ocultando y haciéndonos daño en un círculo vicioso que no para.

El corazón se me iba a salir del pecho. Empezaba a respirar de forma errática de nuevo, la habitación se me antojaba demasiado pequeña, el vaho del agua caliente me ahogaba. Tenía calor. Salí del baño como alma que lleva el diablo y Andrew me siguió, me cogió del brazo y yo me intenté soltar.

—¡No me toques!

—Entonces escúchame…

—¡No!

—Megan…

—¡Déjame en paz! ¡Si no hubieras aparecido nada de esto habría pasado!

Forcejé con él cuando atrapó mis dos brazos para mantenerme quieta mientras las lágrimas empañaban mi visión y todo a mi alrededor parecía dar vueltas. No podía respirar, pero quería gritar. Quería romper algo. Quería golpear a Andrew. Quería odiarle a él y echarle toda la culpa porque no me sentía capaz de cargar yo con ella.

—¡Basta, Megan!

—¡Estoy harta! —exclamé con la voz trémula—. Estoy harta de ti, de esta mierda de situación… Estoy harta de ponerme en peligro a mí y a las personas que me importan porque soy incapaz de dejar de amarte. Porque… —Cogí aire, aunque el oxígeno no parecía llegar a mis pulmones. Las lágrimas descendieron por mis mejillas sin control y ya no hubo retorno. Estaba fuera de mí. Las piernas me fallaron de nuevo y caí sentada en el suelo sin que Andrew dejara de sujetarme con fuerza, quedando de rodillas frente a mí. Me observaba fijo a los ojos como si me estuviera viendo por primera vez—. Porque a tu lado me siento viva, me siento completa… y lo odio, joder, odio que despiertes tanto en mí. Odio amarte tanto que pierdo la puta cabeza. Da igual cuanto intente alejarme de ti, da igual el daño que me hagas y lo mucho que me repita que no debo… porque cuando te miro se me olvida todo. Y lo que más rabia me da es que si pudiera volver atrás, arriesgaría la vida otra vez sin dudarlo… y me enamoraría de ti una y otra vez como la estúpida que soy.

Andrew separó los labios sin dejar de observarme, parecía querer hablar a pesar de que le costaba. Sus dedos apretaron mis brazos y pensé que se estaba conteniendo de gritar como yo.

—¿Crees que yo no estoy harto? —preguntó en voz baja, profunda, una rabia afloraba bajo la superficie de las palabras—. ¿Crees que no me odio a mí mismo? ¿Qué no lucho contra mis sentimientos cada puto segundo para no venir a buscarte? ¿Qué no intenté dejar de amarte para no joderte la vida a ti y a nuestra hija? He hecho todo lo que he podido para olvidarte, aunque eso me destrozara. Y no puedo más. Me rindo, Megan. Te he amado desde la noche en que te vi en aquel callejón. Nunca he dejado de amarte. Tendría que arrancarme el maldito corazón para conseguirlo, y ni siquiera eso sería suficiente, porque echaste raíces en mi alma, formas parte de mí y será así hasta el día en que me muera.

Me quedé contemplándole, atónita, con el pecho subiendo y bajando con mi respiración inquieta. Necesitaba asimilar todo lo que acababa de decir. Le había confesado que le amaba. Él sentía lo mismo. Nos amábamos a pesar de que eso nos pusiera en peligro. A pesar de que era la peor idea del universo.

Y ya me daba igual.

La verdad era que me había quedado sin armas.

Estábamos cerca el uno del otro, su aliento cálido me daba en la cara, sus manos continuaban aferradas a mis brazos, el albornoz se me había bajado de un hombro con el forcejeo. Tenía el rostro húmedo por las lágrimas. Deseaba cerrar los ojos y dejarme llevar.

Deseaba olvidar.

Deseaba a Andrew.

Le amaba. Por mucho que no quisiera hacerlo.

Sus manos ascendieron para limpiar el llanto de mis mejillas. Eran ásperas al tacto. Después

se quedaron varadas en mi cuello mientras acariciaba con los pulgares el contorno de mi mandíbula. Se aproximó para colocar su frente sobre la mía. Era capaz de percibir su frustración, su impotencia y anhelo a través de su roce.

Sin pensar, levanté despacio la cabeza para rozar sus labios con los míos. No sabía qué hacía, pero ansiaba besarlo. Me moría por hacerlo, joder. Andrew respondió al ligero beso a cámara lenta, como si estuviera saboreando un momento efímero que no volvería a repetirse. Acto seguido, apartó un poco la cara.

—Mariposa… no debemos —susurró.

—¿Por qué?

—Porque estás alterada y confundida, tienes que descansar y…

—No quiero descansar —le corté—. Quiero que me beses, quiero que me hagas olvidar.

Respiré entrecortada, aguantando las ganas de derramar más lágrimas. Sus ojos me miraron fijamente, atormentados. Veía cómo luchaba contra sí mismo en su fuero interno.

—Si te beso no seré capaz de frenar… Y no quiero hacerte daño.

—El daño ya está hecho —siseé—. Así que no te frenes.

Andrew me contempló unos segundos que me parecieron demasiado largos. El fuego de la pasión ardía en su mirada como si estuviera evaluando mi respuesta. Lo único que escuchaba era un silencio ensordecedor y los latidos incesantes de mi propio corazón.

Entonces su boca cubrió la mía.

Cerré los ojos al sentirle. Sus labios se movieron con una precisión enloquecedora y su pulgar en mi barbilla me instó a abrir la boca para que dejara pasar a su lengua. Me levanté un poco para colocarme a horcajadas sobre él porque necesitaba tenerle más cerca. Noté la erección que empezaba a formarse en sus pantalones justo en mi centro y no pude evitar balancearme para generar la fricción que me demandaba el cuerpo. Andrew gruñó sobre mis labios, acto seguido agarró mis nalgas con ambas manos y siguió besándome como si hubiera estado conteniéndose una eternidad.

Yo estaba desnuda debajo del albornoz, lo que hacía que aumentara la intensidad de cada roce. Mis pechos estaban casi al descubierto debido a que la prenda había caído por mis hombros, y Andrew no perdió tiempo en terminar de bajármela hasta los codos. Se me endurecieron los pezones al rozar su pecho cubierto por la camisa negra. Él apartó mi cabello húmedo para comenzar a besar mi cuello, descendió por mi hombro y me inclinó hacia atrás sujetándome la espalda para lamer mi seno. Succionó el pezón derecho y a mí se me escapó un débil gemido.

—Tu sabor me enloquece —murmuró sobre mi piel.

—A jabón…

—No. Sabes al más delicioso de los pecados.

Continuó su labor con el otro pecho mientras mis manos se hundían en su pelo. Sin dejar de pasar la lengua en círculos por el pezón, dirigió su mano al hueco entre nuestros cuerpos. Se coló por debajo del albornoz medio abierto y tocó mi clítoris con las yemas. Di una bocanada de aire al sentir el placer subir por mis muslos. Andrew masajeó la zona sensible al tiempo que sus labios recorrían la piel expuesta de mi torso. Despacio me fue dejando caer hasta que mi espalda tocó el suelo enmoquetado.

Se colocó entre mis piernas y yo eché mano a la cremallera de sus pantalones. Introduje la mano en los calzoncillos y rodeé su miembro con los dedos. Él se estremeció, escondió la cabeza en el hueco de mi cuello, y luego me metió dos dedos, lo que hizo que me arqueara debajo de su cuerpo. Sin embargo, no paré de oscilar mi mano arriba y abajo por toda su longitud.

Cuando el orgasmo me arrolló, dejándome sin aire y haciendo que me temblaran las piernas, Andrew me cogió la muñeca para detenerme. Se irguió y sacó la cartera del bolsillo trasero de su pantalón para extraer un preservativo. Se lo puso mientras me miraba y yo creí que iba a explotar si no lo tenía dentro de mí ya.

Volvió a inclinarse sobre mi cuerpo, me besó en la boca y sujetó uno de mis muslos para separar más mis piernas. Empezó a introducirse en mi cavidad despacio, cerré los ojos y le rodeé la nuca con los brazos sin cesar de besarlo. Una vez estuvo dentro del todo, la sacó y me penetró de nuevo, llegando mucho más profundo. Gemí en voz alta, así que Andrew repitió el movimiento.

Por suerte, el suelo de mi habitación estaba enmoquetado y no era tan incómodo como si no lo estuviera, pero mi espalda se desplazaba con el empuje de Andrew y mi coxis estaba sufriendo; aun así, no me importaba. La verdad era que no estaba pensando en nada más que en las sensaciones de mi cuerpo, en el hombre que tenía entre mis muslos, en sus labios suaves y cálidos, en su miembro hundiéndose en mi interior; en el placer irresistible que creaba en mis entrañas y se derretía hacia mi sexo.

Andrew sujetó la parte baja de mi espalda con la mano para alzarme las caderas hacia él e introducirse más hondo. Escuchaba sus jadeos en mi oído y sabía que yo también estaba en ese estado, aunque no era muy consciente de nada.

—Ni siquiera puedo imaginar estar dentro de una mujer que no seas tú, mariposa —susurró, sofocado—. Nunca he dejado de pertenecerte, ni un solo instante. Quiero que lo sepas, y quiero que sepas que voy a hacerte el amor hasta que nos quedemos sin fuerzas.

Sus palabras fueron seguidas por un poderoso embiste que me hizo estar al borde del orgasmo otra vez. Me alzó para ponerme de nuevo a horcajadas sobre él y siguió moviéndose mientras sus brazos me rodeaban la cintura y una de sus manos subía por mi espalda para sujetar mi nuca. Me enredé en su pelo para girar su cabeza hacia mí y así poder besarlo en la boca de nuevo.

—Aunque me joda admitirlo —le dije contra sus labios—, fui tuya desde que me pediste que lo fuera. Y eso no ha cambiado.

—Joder… —rugió penetrándome con más fuerza y más hondo. A mí me tembló todo el cuerpo—. Vas a acabar conmigo.

Se levantó del suelo sin salir de mí y me depositó en la cama de espaldas. Se agarró del cabecero para retomar el movimiento. El orgasmo empezó a formarse en mi bajo vientre, aferré las caderas de Andrew y le apreté tanto con las piernas que quizás le hice daño, pero no se quejó. Juntó su boca con la mía cuando llegué al clímax y ahogó mi gemido con su lengua. Continuó moviéndose un poco más, hasta que finalmente, la metió fuerte y se quedó inmóvil, latiendo en mis paredes mientras también culminaba en el orgasmo.

Andrew me dio un beso lento en la frente y salió de mi interior, se dejó caer a un lado y me envolvió con los brazos. Pasaron unos minutos en silencio mientras los dos recuperábamos el aliento sobre la cama. Permití que mis párpados se cerraran y que mi cuerpo se relajara entre aquellos brazos que me confortaban, pero no duró mucho. Los recuerdos tormentosos acudieron a mi mente.

Me coloqué de espaldas y Andrew se amoldó a mí, podía sentir su respiración en mi nuca, lo que me produjo un agradable escalofrío por la columna. Estaba ahí, conmigo. Había dicho que me amaba y no podía dejar de hacerlo. Cosa en la que nos encontrábamos en igualdad de condiciones. Podía confiar en él, sabía que podía. Siempre había velado por mi seguridad, por mi felicidad, incluso arriesgándose a sí mismo. Aunque no estuviera de acuerdo con sus métodos, a su manera, Andrew había sido mi refugio. Y por mucho que intentara luchar contra esto, seguía siéndolo.

Quería quedarme en ese cálido abrazo hasta que el dolor y la angustia desaparecieran, pero eso era imposible. Tragué saliva para intentar lubricar mi garganta reseca mientras su mano acariciaba con delicadeza mi piel.

—El accidente… —comencé en voz baja, como si alguien pudiera escucharnos—. ¿Crees que ha sido Fabio?

—No lo sé —respondió en el mismo tono.

—Alguien me quiere muerta.

—Todavía no estamos seguros.

Su entonación no parecía sosegada del todo y eso me hizo dudar de sus palabras. Lo que estaba claro era que alguien nos había envestido a propósito, pero no que fueran expresamente a por mí. ¿Existía la posibilidad de que hubiera sido casual? ¿Un conductor desquiciado sin más? No terminaba de creerlo. Y si estaban detrás de mí…

—¿Y si es verdad? ¿Y si vienen a por mí?

—Es evidente que ha sido extraño, pero tengo que averiguarlo, así que no te precipites.

Me incorporé un poco para mirarle a la cara. A simple vista se le veía tranquilo, pero yo le conocía demasiado bien. Esta situación le inquietaba.

—Entonces sí que piensas que no ha sido un simple accidente. Sabes que no estoy sola, si hay peligro…

Andrew suspiró mientras se sentaba en la cama apoyado en un codo. Alzó la mano para colocar mi pelo alborotado tras la oreja.

—Sea lo que sea, lo arreglaré, Megan. No permitiré que nadie os haga daño ni a ti ni a Leah. Sois lo más importante para mí y haré todo lo que esté en mi mano para protegeros.

Humedecí mis labios con un nudo de miedo en el pecho. Alcé la mirada hacia Andrew, que me contemplaba con un brillo de preocupación en los ojos verdes. Era el momento. Lo supe al escucharle.

—¿Lo somos? —pregunté con un hilo de voz.

—Por supuesto —afirmó—. Sé que no estás de acuerdo con lo que he hecho, pero nada de eso puede lograr que dejéis de importarme. Daría la vida por vosotras.

El corazón se me calentó con esa última confesión.

Si esto era verdad, debía contárselo.

—Hablé con Caleb Brown —solté a bocajarro.

Andrew frunció el ceño de cejas oscuras.

—¿El policía? —Asentí. Él pareció más extrañado todavía—. ¿Por qué hablaste con él?

—Te vio en las cámaras de seguridad de la calle cuando viniste a rescatarme de Frank.

Andrew guardó silencio sin dejar de mover sus pupilas sobre las mías. Su cerebro debía de ir a mil elaborando teorías.

—Sabe que fui yo quién lo golpeó —adivinó—. ¿Por qué no me detuvo por saltarme la condicional? ¿Y qué quería de ti?

Me aclaré la garganta.

—Quiere que seas su infiltrado. Intentó convencerme de que te lo dijera yo para que aceptaras, porque según él harías lo que te pidiera.

Podría decir que se sorprendió, aunque lo único que hizo fue mirar hacia otro lado, meditativo. El corazón me latía con fuerza, temía la decisión que pudiera tomar. Si aceptaba sería libre. Si no… seguiríamos hundidos en la mierda probablemente.

—Me prometió que si lo hacías borraría tu historial como si nunca hubieras cometido un delito. —Ladeé la cabeza para mirarle a los ojos—. Serías libre, Andrew.

Él me atisbó mientras apretaba la mandíbula.

—¿Libre? Cuando haces un trato con la policía eres de todo menos libre. Te pones una puta diana, Megan.

—Pero ellos detendrán a Fabio con tu ayuda.

—Así no se termina el problema y lo sabes.

—¿Y con tus métodos sí? ¿Piensas matarlos a todos o qué? ¿Vas a derribar sus locales? Eres una sola persona, no puedes hacer milagros. Con la policía al menos no estarías infringiendo leyes. Además, estarías protegido.

Andrew resopló.

—Mueren muchos agentes infiltrados, la policía no es capaz de controlar cada movimiento de esa gente. Y si te descubren no harán nada por ti. Eres un daño colateral.

Negué con la cabeza, frustrada. Entendía sus argumentos, pero era nuestra última baza para escapar de las garras de ese mundo.

—Vale, pues sigue con tu plan hasta que te quedes a gusto. Hasta que destruyas todo, incluso a ti mismo. Así no tendré que preocuparme más.

Hice ademán de levantarme de la cama, pero Andrew me retuvo cogiendo mi mano. Le miré temblando por dentro, ardiendo de rabia e impotencia.

—De acuerdo, lo pensaré —cedió él—. Pero quédate conmigo, por favor.

Le mantuve la mirada, evaluando si podía acceder, y finalmente me rendí a la súplica silenciosa que vi en sus ojos verdes. No tenía fuerzas para seguir peleando.

Él se acercó para besarme y yo se lo permití, es más, lo besé de vuelta. Pero nada me hacía olvidar lo que había vivido ese día. Andrew me observó, vio mi dolor y preocupación, y me abrazó para acurrucarme entre sus músculos. Se tumbó de lado y acarició mi pelo con cariño.

—Duerme un rato, mariposa. Estoy aquí.

Creí que no sería capaz, y, sin embargo, poco después de cerrar los ojos, me envolvió una paz familiar y el sueño se apoderó de mí.



CAPÍTULO 43

UNA ILUSIÓN

Cuando desperté más tarde, Andrew no estaba en la cama conmigo. Me incorporé para mirar alrededor y por algún extraño motivo se me aceleró el pulso de pánico. Entonces escuché trastear en la cocina y todo mi cuerpo se relajó. Me levanté de la cama, fui al baño y después anduve hasta la cocina para encontrarme con Andrew preparando algo de cena. Antes de poder decir nada, los ojos se me abrieron al ver una pistola reposar en la encimera.

Andrew se dio la vuelta y vio lo mismo que yo. Dejó el plato de pechuga de pollo y verduras sobre la encimera, agarró el arma y la apartó un poco.

—Es para ti —explicó como si fuera lo más normal que te regalen una pistola—. He bajado al coche a por ella. Guárdala por si acaso.

—Por si acaso vienen a mi casa como hace cinco años.

—También voy a comprarte otra cerradura.

—¿Y un chaleco antibalas?

—No creo que sea necesario.

—Me quedo más tranquila —ironicé.

Llenó mi vaso con agua e hizo un gesto para que me sentara y comiera, él tomó asiento delante de mí.

—Después te enseñaré cómo se usa.

—Ya he usado un arma —dije, recordando las veces que la utilicé para salvarnos, lo cual no ayudó con mi apetito. Eché un vistazo al plato con desgana—. No tengo hambre.

—Tienes que comer, sino no recuperarás las fuerzas.

—Estoy revuelta.

—Come, Megan.

Resoplé, y decidí hacer caso por una vez.

—Se te da bien el papel de padre estricto.

—Aprendí con la más testaruda.

Le miré en silencio mientras metía el tenedor con verduras en mi boca. Estaba muy rico, para variar, Andrew seguía siendo un buen cocinero. Comimos sin decir mucho más.

No me podía creer que me hubiera acostado otra vez con él, y menos todavía todo lo que le había soltado en una especie de ataque de pánico. Aunque cada palabra era cierta. Cada una de las cosas que dije fueron extraídas de mi corazón, y ahora ya no había marcha atrás, porque si era sincera conmigo misma, no me arrepentía. Me dejé llevar por lo que sentía, tan simple como eso. No tenía ni idea de qué iba a pasar con nosotros, qué estaría pensando Andrew después de lo que había pasado. Deseaba preguntar, y al mismo tiempo, me daba demasiado miedo la respuesta. Terminé mi comida y atisbé la hora en el reloj de la pared.

—Tengo que ir a por Leah —dije, recogiendo el plato para llevarlo a la pica.

—Vale, te llevo.

Le eché un vistazo, poniéndome nerviosa de repente.

—No sé si…

Él dejó su plato vacío también en el fregadero.

—Ve a vestirte, yo fregaré.

Separé los labios para replicar, pero los volví a cerrar porque seguía sin tener ganas ni fuerzas de discutir, aunque solo pensar en que Andrew se encontrara con mi hija me alteraba bastante, además de con Elia. Esperaba que no se le ocurriera decir ninguna barbaridad. Resoplé e hice lo que me dictó. Una vez vestida y más o menos peinada, salí de la habitación para ver a Andrew apoyado en el alfeizar de la ventana abierta mientras fumaba. Al oírme, apagó el cigarrillo y lo lanzó a la calle.

—¿Ya estás lista? —Asentí—. Vamos.

Abandonamos mi apartamento y subimos al coche de Andrew para tomar rumbo a casa de Elia. El trayecto fue de nuevo silencioso e incluso, un poco incómodo. Cuando llegamos a nuestro destino, el corazón me golpeaba con fuerza el pecho. Toqué al interfono y Elia me abrió la puerta del edificio. Antes de entrar, dudé.

—A lo mejor deberías esperar en el coche.

Andrew me miró muy serio.

—¿Intentas esconderme de tu amiga?

—No, es que… —Rodé los ojos—. Da igual, no lo entenderías.

—Ya conozco a Elia, le dejé un regalo para ti, ¿recuerdas?

—Sí, pero no es lo mismo. Si vienes conmigo ahora, puede pensar algo equivocado.

—¿Cómo qué? —preguntó ladeando un poco la cabeza mientras mantenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón, como siempre—. ¿Qué estamos juntos?

Mordí el interior de mi mejilla, nerviosa.

—Supongo.

—Y no lo estamos —aventuró.

Menuda conversación para tener delante de la puerta de un edificio en medio de la calle. Carraspeé un poco, aunque no ayudó a hacer más firme mi voz.

—No —respondí.

Andrew me mantuvo la mirada, su expresión no decía mucho, pero conocía sus ojos, y una ligera turbulencia los inundó. Entonces apartó la vista y cogió la puerta para aguantarla y que yo pudiera pasar.

—En ese caso, no tienes de qué preocuparte. Solo te estoy ayudando en una situación complicada.

Sin valor para contestar a eso, decidí cruzar el umbral para subir al piso de Elia. Cuando estuvimos frente a su puerta, toqué al timbre y esperé con el pulso acelerado. Ella abrió unos segundos después con una expresión mezcla entre preocupación y alivio. Me echó un vistazo rápido y me abrazó.

—Ay, madre, menos mal que estás bien —dijo a la carrera sin soltarme—. Porque estás bien ¿verdad?

—Lo estoy.

Le acaricié la espalda, y en el momento que se apartó sus ojos se desviaron de mí y sus labios se separaron con sorpresa. Se quedó mirando a Andrew como si hubiera visto algo alucinante.

—Ostras —murmuró.

—Andrew me ha traído porque yo no podía conducir, ya sabes —me defendí levantando el brazo del esguince.

—Sí, claro, sí —respondió como si no me escuchara sin despegar la vista de mi acompañante—. Pasad.

Entramos en el piso acogedoramente decorado en tonos cálidos y rosas, y Leah, que estaba sentada en la alfombra del salón frente a un puzle, levantó la mirada y su carita infantil se iluminó como un faro. Pero no fue al verme a mí. Se alzó de su lugar y se afanó a acercarse a su padre.

—¡Andrew! —exclamó justo antes de lanzarse a sus brazos. Este se acuclilló para cogerla y ambos se abrazaron ante nuestros atónitos ojos—. Has vuelto.

Sentí que me faltaba hasta el aire cuando los vi abrazados, cuando vi a mi hija tan contenta de volver a ver a Andrew, cuando percibí en esa escena el vínculo que les uniría para siempre y que ya no podía hacer nada por romper. Tampoco quería hacerlo. Me gustaba. Me gustaba verlos así; saber que, a pesar de las trabas de la vida, se habían encontrado y se habían acercado. Y yo no iba a arrebatárselo. Ya no.

Andrew acarició el cabello de Leah con una ternura que me estrujó el corazón.

—¿Cómo estás, preciosa? —le preguntó mientras le colocaba el largo pelo fuera del rostro—. Te he echado de menos.

Mi hija esbozó una sonrisa tan bonita que quise enmarcarla. Abrumada por lo que estaba presenciando y todo lo que acarreaba del día, se me llenaron de lágrimas los párpados inferiores. Elia me dio un codazo poco disimulado.

—¿Qué cojones me he perdido? —inquirió en un susurro con un toque de ofuscación.

—Muchas cosas, ya te pondré al día.

—Y tanto que lo vas a hacer.

—¡Mami! —me llamó Leah. Me aproximé para abrazarla también y darle un beso—. Andrew ha vuelto, así no estarás más triste.

No me atreví a mirarle, pero noté su mirada perforarme la mejilla. Sonreí como pude a mi hija.

—Claro que no, cariño.

—¿Qué te pasa en el brazo? —preguntó preocupada.

—Nada, solo me he hecho un poco de daño ordenando los libros. Se curará pronto.

—¿Y en la cara? —señaló detectando los cortes del accidente. Mierda, no había pensado una excusa para eso.

—A mamá se le ha caído un vaso y se ha cortado con los cristales —se inventó Andrew—. Pero no te preocupes, ya la han curado y voy a quedarme a ayudaros.

Leah asintió con la cabeza, aunque continuó mirándome como si algo no le cuadrara. ¿Cómo podía ser tan lista con tan solo cuatro años y medio? Andrew se alzó y le dio su mano, la cual ella agarró sin pensarlo.

—Gracias por haberte quedado con ella —le agradecí a Elia en la entrada.

—De nada, sabes que no es ninguna molestia. —Echó un vistazo a Andrew, que le estaba poniendo la chaqueta a la niña para irnos—. ¿Seguro que está todo bien?

Le dediqué una pequeña sonrisa para calmarla.

—Sí, tranquila. Es de fiar.

—¿Y Nate? ¿Cómo está?

—Está en coma, no sé si saldrá de esta …

Ella se tapó la boca con la mano.

—Dios mío.

—Intentaré ir a verle cada día, pero si no puedo, ¿tú podrías hacerlo? Su familia no vive aquí y la doctora me dijo que era bueno hablarle, no sé, puedes contarle tus cosas o leerle un libro de esos románticos, lo que sea…

Elia asintió, compungida.

—Pues claro, lo haré.

Nos dimos un abrazo, y finalmente, nos despedimos de mi socia y salimos de su piso. En el coche, yo me monté detrás con Leah y Andrew condujo. Durante el viaje, mi hija estuvo contándonos lo que había hecho a lo largo del día y en casa de Elia. Al llegar a mi apartamento, ya estaba casi dormida, sus ojitos se cerraban de forma intermitente. Andrew la cogió en brazos para subir y cuando entramos en casa, se dirigió a su cuarto. Medio dormida, le pusimos el pijama y la metimos en la cama.

—Quiero que me leas un cuento —le pidió a su padre.

Él me miró un momento con un toque de diversión en el rostro y yo le hice un gesto para que procediera. Andrew cogió uno de los cuentos de la estantería que Leah le solicitó, esta vez el de Jack y las judías mágicas, se sentó en un lado de la cama y comenzó la lectura.

Permanecí observándolos unos minutos hasta que Leah se sumió en el sueño. Andrew cerró el cuento y tapó un poco más con la manta a su hija, luego se levantó de la cama para dejar el libro en su sitio y se acercó a mí.

—No ha aguantado nada —dijo.

—Siempre se duerme rápido.

Ambos salimos de la habitación, yo apagué la luz y dejé la puerta entreabierta. Nos dirigimos al salón y me crucé de brazos, un poco inquieta con la situación. ¿Qué pretendía hacer ahora?

—¿Vas a quedarte? —decidí preguntar.

Andrew dio un paso hacia mí, por lo que me tensé.

—¿Quieres que me quede?

Presioné mi labio inferior con los dientes. ¿Quería? La verdad era que sí. Quería que se quedara. Necesitaba que se quedara y me abrazara toda la noche. Pero, ¿y si ocurría lo de antes? ¿Y si volvía a perder la cabeza? Le amaba, y él a mí, sin embargo… todavía sentía que había un muro entre nosotros que no acababa de desintegrarse. Había motivos y heridas que me impedían acceder a que estuviéramos juntos como si nada.

—No lo sé —terminé respondiendo en voz baja.

Andrew rodeó mi rostro con las manos y apartó el pelo para rozar con el pulgar uno de los cortes de mi frente. Todo mi cuerpo se estremeció con algo tan simple.

—Puedo dormir en el sofá. Estaré más tranquilo si estoy cerca de vosotras.

Joder.

A la mierda.

Me incliné hacia su toque y cerré los ojos.

—No —susurré—. Duerme conmigo.

Cuando los abrí de nuevo, una ligera sonrisa se había adueñado de los labios de Andrew. Sabía que lo había recordado. La primera noche que dormimos juntos en su mansión, le dije las mismas palabras. Y puede que me sintiera como entonces, confundida, asustada, sola, anhelante de su calor.

—De acuerdo.

Descendió las manos y antes de seguirme a la habitación, comprobó que la puerta y las ventanas estuvieran bien cerradas. Intenté no pensar en la posibilidad de que viniera alguien a mi propia casa como me ocurrió en el pasado. Por suerte, con Andrew ahí me sentía más segura.

Tenía el pulso un poco acelerado cuando entramos al cuarto y encendí la lámpara de la mesita de noche. Andrew se sentó en la cama y comenzó a desabrochar los botones de los puños de su camisa. El estómago me dio un vuelco tan solo de pensar en lo que podría pasar entre nosotros. Carraspeé para tratar de centrarme.

—Podría prestarte una camiseta o algo, creo que… tengo por ahí alguna ancha que no utilizo mucho.

Andrew me miró por debajo de sus espesas pestañas como evaluando mi proposición, acto seguido, afirmó con la cabeza. Me di la vuelta para rebuscar en la cómoda y cuando abrí el último cajón, el corazón se me paró al darme cuenta de lo que había ahí. Saqué una de mis camisetas viejas de un tirón y lo cerré con fuerza. Me giré con ella en la mano, y en ese instante pensé, ¿por qué lo escondía? ¿Por qué me empeñaba en hacer como que no existía? ¿Cómo que no tenía el anillo que me dio metido en un cajón de mi cómoda? La curiosidad por conocer su reacción me embargó. También sentía miedo y vergüenza, pero… no quería ocultarlo más. Di la vuelta sobre mis talones, abrí de nuevo el cajón y extraje la cajita.

Con mis latidos aporreando mi pecho sin tregua como un tambor, se la tendí a Andrew. Él la observó extrañado y la cogió de mi mano.

—¿Qué es?

Le hice un gesto para que la destapara. Al hacerlo, el anillo de compromiso quedó a la vista, el brillante de nuevo destelleó con la tenue y cálida luz de la lámpara.

—Nunca pude deshacerme del anillo que me regalaste. Lo sé, soy patética, pero simplemente no podía, así que lo guardé en el fondo de un cajón durante los últimos cinco años.

Andrew lo sacó de la cajita y lo movió entre sus dedos mientras lo contemplaba, después alzó la mirada hacia la mía. Era incapaz de descifrar su expresión. ¿Sorpresa? ¿Temor? ¿Alivio? Quizás un poco de cada. Sin decir nada, agarró mi muñeca y tiró de mí para que me colocara

entre sus piernas abiertas.

—¿Puedo ponértelo?

Fruncí el ceño, contrariada.

—¿Por qué…?

—Me gustaría vértelo puesto al menos una vez.

Debería haber dicho que no, sin embargo, no lo hice. Con el corazón latiendo deprisa en el pecho, observé a Andrew a los ojos, y un par de segundos después, deslizó el anillo por mi dedo anular. La sensación de algo tan simple fue abrumadora. Era la primera vez que me lo ponía, y no me disgustaba en absoluto cómo me quedaba. Me estremecí cuando él inclinó la cabeza para besar con delicadeza el dorso de mi mano.

—Te queda perfecto.

Se me hizo un nudo en la garganta. Era perfecto, pero solo era una ilusión, algo que no iba a suceder. Sabía que no podría llevar ese anillo en la vida real. Aparté la mano cuando la frustración fue demasiada.

—Bueno, ya lo has visto —murmuré, e hice amago de quitarme el anillo, pero Andrew me detuvo.

—Déjatelo.

—No —negué también con la cabeza—. No estamos prometidos ni vamos a estarlo, no tiene sentido que lo lleve puesto…

Traté de quitarlo de nuevo y Andrew me cogió las manos y las bajó juntas para que no pudiera moverlas, acto seguido apoyó la frente en mi vientre. Mi respiración inquieta hacía que ambos nos moviéramos.

—Solo esta noche —pidió en un susurro que impactó cálido contra mi ropa—. Permíteme pensar una sola noche que es posible.

—Andrew…

Él alzó la cabeza y me miró de una forma tan intensa que todo mi cuerpo languideció. Su hermoso rostro me incitaba a acercarme, a besarlo, con tal de borrar de su expresión esa tristeza reprimida. Y de paso la mía.

—Mariposa… Perdóname. Siento las decisiones que he tomado, siento la forma en la que me he apartado de vosotras, siento haber sido… tan cobarde. Pero era la única salida que conocía para alejaros de la mina en la que me había convertido. Tenías razón, me obsesioné con la venganza, me obsesioné con terminar lo que empecé y con reparar el daño del abandono de mi madre. Olvidé que lo verdaderamente importante eres tú, es mi hija. Vosotras sois lo más bonito que me ha pasado en la vida, eso te lo puedo asegurar. Y sé que no me lo merezco, sé que me odias más de lo que me amas… pero quiero estar a vuestro lado. Quiero ser el padre que Leah necesita, y quiero amarte a ti hasta que me quede vacío.

Los ojos se me anegaron de lágrimas e intenté controlarlas porque ya había llorado suficiente. No podía creer que había escuchado esas palabras salir de sus labios, lo que tanto tiempo había anhelado. Aun así, el miedo no se marchó.

—¿Cómo sé que esta vez es de verdad? ¿Qué no nos apartarás al primer peligro que surja?

Andrew acercó una de mis manos a su pecho y colocó mi palma sobre su corazón. A través de la tela de su camisa noté cómo latía desbocado.

—¿Lo notas? Esto es lo que me haces. Me aterra que no me creas, que me digas que no. Estoy abriéndote mi corazón porque es tuyo, lo tienes en tus manos. Tú me enseñaste a amar, Megan, me demostraste que puedo ser alguien mejor, y no concibo una vida sin ti. Ojalá hubiera una forma de demostrarte que esto es real, pero solo puedo jurarte que te amo, a ti y a nuestra hija, y que lo que más deseo en este mundo es que seamos una familia. Para siempre.

Cerré los ojos un instante, incapaz de contener la emoción. Quería creerle. Quería decirle que sí. Quería que fuéramos una familia. Joder, pues claro.

—Si vuelves a cambiar de opinión te juro que…

Andrew dejó escapar esa risa baja que me calentaba el alma. Me acercó un poco más a él en el hueco de sus piernas mientras acariciaba con el pulgar mis manos, que todavía sujetaba.

—Me matarás —acabó por mí—. Siempre supe que eras más peligrosa que cualquier miembro de la mafia.

—Sí, deberías temerme.

—Ya lo hago.

Me mordí una sonrisa sin poder evitarlo. Andrew me movió para sentarme en su regazo y poder besarme en los labios. Nos deleitamos en ese beso lento, lleno de sentimientos y anhelo. Su mano ascendió por mi muslo.

—Ponte el pijama y vayamos a dormir o no podré tener las manos quietas —dijo contra mi boca.

—Será lo mejor.

Evidentemente no era lo que más me apetecía, pero necesitábamos descansar los dos. De modo que me levanté, me puse mi pijama y Andrew se vistió con la camiseta que le había dado y se dejó solo los calzoncillos en la parte de abajo. Ambos nos metimos en la cama, él me rodeó con sus brazos, resguardándome. Como si pretendiera ser un escudo contra cualquier mal que pudiera atacarnos.

Inspiré su aroma con la mejilla contra su pecho. Era distinto. El perfume ya no era el mismo. Hasta su olor se había adaptado a su nuevo yo. Me acarició el pelo con delicadeza y un escalofrío de placer me recorrió la columna.

—¿Tienes sueño? —preguntó en voz baja.

—Un poco, pero no sé si podré dormir.

No con los recuerdos de lo que había pasado.

Su otra mano se deslizó por mi cintura para atraerme más hacia su cuerpo.

—Entonces háblame para distraerte. Cuéntame lo que me perdí. Tu embarazo, el nacimiento de Leah, su primera palabra, sus primeros pasos… Cuando abriste la librería… Cuando empezó el colegio… Quiero saberlo todo.

El corazón se me encogió. Me dolía pensar que Andrew se había perdido todo eso, momentos importantes que ya nunca podríamos recuperar. Humedecí mis labios antes de hablar. Le conté cada detalle, desde que descubrí que estaba embarazada con aquella prueba en el baño de casa de Dylan, hasta que fui a la cárcel dispuesta a contárselo.

—¿Viniste a contármelo?

No me atreví a levantar la vista para ver su expresión.

—Sí. Pero en el último minuto me acobardé.

—Así que fuiste tú.

Esta vez sí que alcé el rostro para mirarle. Estaba esbozando una ligera sonrisa.

—¿Lo sabías?

—Ese día me avisaron de que tenía visita —explicó con un tono suave—. Me llevaron a aquella sala en la que te vi por última vez. Pero no apareció nadie. El guardia volvió solo y me dijo que el visitante había cambiado de opinión. Siempre pensé… que fuiste tú. Y entendía que no hubieras tenido el valor de verme. Aun así, esa pequeña esperanza de que todavía te acordabas de mí, de que en algún momento deseaste hablar conmigo, me alentó durante cuatro años más. Sabía que cuando saliera de la cárcel, te buscaría, aunque fuera para comprobar que seguías odiándome, que me habías olvidado y que esa visitante no fuiste tú. Necesitaba convencerme a mí mismo de que estabas mejor sin mí.

Hinché los pulmones con una respiración entrecortada intentando asimilar lo que acababa de decir.

Él siempre lo supo.

Y siempre mantuvo la esperanza conmigo.

—Ese día nació Leah —susurré.

La mano que tenía sobre su torso vibró cuando soltó una risa baja y profunda.

—Niña lista. Sintió a su padre y quiso llegar al mundo.

Me hubiera gustado rebatírselo, pero quizá tenía razón.

—A mí no me hizo gracia, no me esperaba un parto prematuro.

—¿Cómo fue? No escatimes en detalles.

Suspiré y volví a apoyarme sobre él. Continué con mi relato. Hablamos durante más de una hora, hasta que mi voz fue perdiendo fuerza y me costaba recordar. El sueño empezó a hacer pesados mis párpados. Noté los labios de Andrew sobre el nacimiento de mi pelo. Susurró

palabras que no entendí y yo me acurruqué en sus brazos. Me dejé llevar por su arrullo, por la calidez de su cuerpo, por la calma que solo él me daba.

Por una noche, después de tanto tiempo, disfrutamos del afecto del otro sin remordimientos.



CAPÍTULO 44

PIES DE PLOMO

El cielo gris a través de la ventana fue lo primero que vi cuando me desperté. El brazo de Andrew rodeaba mi cintura, quien se encontraba a mi espalda. Se removió como si hubiera notado que ya no estaba dormida.

—Buenos días, mariposa —dijo con voz áspera en mi oído. Un agradable estremecimiento me recorrió.

—Buenos días. —Me quité la manta de encima y también su brazo—. Tengo que hacerle el desayuno a Leah y levantarla para ir al colegio.

—Yo lo haré, tú date una ducha tranquila.

Le miré como si fuera un desconocido.

—¿Vas a intentar ser el padre del año todo el tiempo?

Andrew dejó salir una risa baja algo cascada.

—Solo hago lo que siento.

—Ya…—Una vez fuera de la cama, me puse una bata y atusé mi cabello—. Pues te deseo suerte porque es bastante dormilona y gruñona por la mañana.

—Digna hija de su madre.

Rodé los ojos y me dirigí al cuarto de baño. Después de darme una ducha caliente como bien me ofrecido él, salí de mi habitación vestida con unos vaqueros y un jersey negro. Llegué a la cocina y aluciné cuando vi a Leah sentada en la encimera tomando su desayuno, que consistía en unas tortitas deliciosas con sirope de caramelo y zumo de naranja.

—Hola, mami —me saludó tan contenta.

—Buenos días, cielo. ¿Has dormido bien? —pregunté echándole un vistazo a Andrew mientras trasteaba en la cocina.

—Sí, y mira, Andrew ha hecho tortitas.

—Qué buena pinta tienen.

Andrew se dio la vuelta y dejó otro plato igual al de Leah delante de mí junto a un café.

—Para la mamá también hay.

Alcé una ceja y él me guiñó un ojo. Al parecer era el marido y padre perfecto, vale, genial. Tomé asiento al lado de mi hija, luego Andrew se sentó frente a nosotras con tan solo un café y una tostada. Continuaba sin comer mucho dulce. La que solía engullir cruasanes en su mansión cuando sobraba la comida por todos lados era yo, él solía tomar solo café.

—¿Está bueno? —preguntó mirándome con una expresión algo jocosa.

Mastiqué el trozo que tenía en la boca antes de responder. Que si estaba bueno… estaba para chuparse los dedos.

—No está mal.

—Quiero desayunar tortitas todos los días —saltó Leah comiendo como si fuera un manjar.

—Mira lo que has conseguido —regañé a Andrew.

—A partir de ahora habrá miércoles de tortitas —le explicó a Leah—. Pero el resto de la semana mamá decidirá, ¿vale?

No pasé por alto el hecho de que estaba asegurando que cada semana cocinaría el desayuno. ¿Pretendía vivir con nosotras? ¿Yo quería eso? Lo cierto era que… no sonaba demasiado mal.

—Mamá me obliga a comer fruta —se quejó.

—La fruta es deliciosa, ¿no te gustan las fresas?

Tras preguntar eso, me lanzó una rápida mirada. Su memoria era envidiable, la verdad. Los recuerdos del sabor de la ácida fresa la primera vez que nos besamos de madrugada acudió a mi cabeza. Ese jardín lleno de luces… Puede que aquella experiencia fuera un antes y un después en nuestra tormentosa relación. El momento en el que decidí dejar de negarme lo que sentía y dar un paso adelante. Como ahora.

A pesar de todo lo que habíamos pasado, del daño que nos habíamos hecho el uno al otro, estábamos juntos, desayunando en familia, como si fuera lo más normal para nosotros. Había aceptado perdonarle, consentir que entrara en mi vida, en nuestra vida, y no tenía del todo claro si era la mejor decisión, pero sí que era lo que mi corazón me pedía. Lo que nos merecíamos.

Iba con pies de plomo, porque la situación seguía siendo complicada. No debía olvidar que alguien provocó un accidente para deshacerse de mí, que Andrew aún estaba infiltrado en esa asquerosa mafia, y que cada paso que dábamos había que hacerlo con cuidado. Esperaba que todo pudiera solucionarse pronto. Quería tener esa esperanza, porque si no me aferraba a ella, no

sería capaz de sobrellevarlo.

—¿Vienes con nosotras al cole? —preguntó Leah a su padre con emoción y un toque de temor por la negativa.

Andrew me miró mientras esbozaba una ligera sonrisa de labios pegados, acto seguido se dirigió a su hija con una tierna expresión.

—Claro, os acercaré yo.

Leah sonrió feliz y terminó de comer sus tortitas. Entonces me pregunté cuándo sería el momento adecuado para contarle que Andrew era su padre. Si íbamos a estar juntos ella debería saberlo, pero era muy pequeña para entender el motivo por el que su progenitor no estuvo a su lado en sus cuatro años de vida. Quizá tendría que inventarme algo para no decirle la verdad.

Después de desayunar, nos preparamos y llevamos a Leah al colegio en mi coche, aunque condujo Andrew. Una vez estuvimos solos de nuevo, se puso a llover ligeramente. Se escuchaba algún trueno a lo lejos. Andrew activó el limpiaparabrisas y tomó otro rumbo.

—¿Y ahora qué? —pregunté—. ¿Vas a decirme que cierre la librería y me quede en casa?

—No, al contrario. Tienes que hacer vida normal.

Fruncí el ceño, extrañada.

—Mi vida no es muy normal ahora mismo.

—Si de verdad hay alguien detrás de ti, debe pensar que no sospechas nada, que crees que el accidente fue algo fortuito y que estás desprotegida.

Me quedé mirándolo.

—¿Crees que vendrá a la librería a matarme?

—No lo sé. Pero si es así, lo aprovecharemos.

Dejé escapar un suspiro.

—Joder, la puta pesadilla se repite…

Andrew giró el volante para meterse en otra avenida, estábamos casi en nuestro destino.

—Estaré cerca, lo suficiente para acudir si pasa algo, pero no tanto como para ahuyentarlo. Tú céntrate en el trabajo como haces siempre.

—Qué fácil es decirlo.

Él me cogió la mano izquierda del regazo y se la llevó a la boca para besar el dorso. El anillo seguía ahí, en mi dedo anular, no me lo había quitado. En solo unas horas parecía haberse mimetizado con mi piel, casi ni lo notaba.

—No te preocupes, mariposa. Todo va a salir bien. Esta vez de verdad.

Asentí con la cabeza y un par de minutos más tarde, detuvo el coche delante de la librería. Miré las letras que conformaban la palabra Metamorfosis y un extraño escalofrío me recorrió la columna. Me giré hacia Andrew y él se inclinó para besarme en los labios. Fue un beso corto, pero repleto de palabras no dichas. Me separé de él, nos dedicamos una última mirada y salí del

coche.

En la librería todo pareció transcurrir con normalidad. No entró nadie extraño, no hubo incidentes. Mi supuesto asesino no parecía querer acabar su labor allí. Cuando cerré, le pregunté a Hayley, quién había recogido a Leah del colegio, si podía quedarse con mi hija una hora más para que yo pudiera acercarme a hacer una visita rápida a Nate y ella aceptó sin problemas.

Andrew me llevó al hospital. Apagó el motor y me miró.

—Tengo que marcharme un rato. Serena me ha llamado diciendo que hay un problema con unos socios. No tardaré. Cuando salgas vuelve a casa directamente y cierra bien.

No me hacía mucha gracias que tuviera que irse, pero no se podía hacer nada. Él debía seguir manteniendo su papel y no levantar sospechas.

—Vale —respondí—. Ten cuidado.

Ambos salimos del vehículo, me acompañó hasta la puerta del hospital, y una vez estuve en terrero seguro, nos despedimos con un beso y vi a Andrew caminar por la acera hasta perderle de vista. Suspiré. Al entrar sentí de nuevo ese vértigo en el estómago del momento del accidente. La amarga sensación de culpabilidad que me embargó y el no saber nada de Nate que me estuvo volviendo loca. Respiré hondo mientras avanzaba hasta su habitación. Di el nombre de Beth a las enfermeras para que me permitieran el paso, y así fue. Nate continuaba igual, con varios cables conectados a su cuerpo, las máquinas pitando a su lado, el oxígeno a través de un tubo por su boca.

Tomé asiento en el sillón a su lado y me quedé allí un rato, hablándole, contándole lo que me había pasado ese día y explicándole que Elia vendría en mi lugar cuando yo no pudiera ir a verlo. Obviamente, no respondió a nada, pero me sentía mejor haciendo aquello. Le apreté la mano inerte antes de marcharme.

Salí del hospital y conduje hasta mi casa. Me moría por ver a Leah y darle un abrazo después de escena con Nate. Andrew vendría en breves, ya me había avisado por mensaje. Ahora estaba con nosotras, se quedaría a dormir otra vez, y aunque me resultaba extraño, también era agradable saber que le teníamos, que no estábamos solas ni lo estaríamos más.

Aparqué cerca del edificio. La lluvia se estaba intensificando, pero no llevaba paraguas de modo que corrí hasta la entrada. Subí en el ascensor atusándome el cabello y la ropa húmeda. Entonces llegué a mi puerta y me quedé paralizada.

El corazón me rebotó en el pecho y comenzó a latirme desbocado cuando vi que la puerta estaba abierta una rendija. La cerradura parecía haber sido forzada, la madera estaba astillada alrededor.

Una oleada de pánico subió por mi garganta y empujé la puerta con fuerza para entrar como una exhalación. Al llegar al salón, sentí que el aire abandonaba mis pulmones. Hayley estaba tendida en el suelo inconsciente y la sangre brotaba de algún lado de su cabeza. Me arrodillé a su

lado temblando por completo, agarré su rostro para ver sus ojos cerrados y su pelo azul pegado a la piel debido a la sangre.

—Dios mío, Hayley… ¡Hayley!

Ella no respondía a nada, le puse los dedos temblorosos en el cuello para comprobar su pulso y al notarlo sentí un alivio enorme. Tenía que llamar a una ambulancia y…

Miré alrededor.

Leah.

¿Dónde estaba Leah?

Me levanté mientras pedía perdón a Hayley por dejarla un momento. Di vueltas por el salón, por las habitaciones, por el baño, la cocina…

—¡Leah! —la llamé desesperada.

No estaba. No estaba en ningún sitio.

No podía ser verdad. No era real.

Estaba soñando.

Cogí mi móvil e intenté marcar el número de emergencias, pero me temblaban tanto las manos que no acertaba. Maldije en voz alta y finalmente lo logré. Cuando contestaron pensé que no sería capaz de hablar porque me estaba ahogando.

—¿Cuál es su emergencia?

—Sí, mi niñera…. He llegado a casa y la… la puerta estaba abierta… mi niñera está inconsciente en el suelo, creo que… le han dado un golpe en la cabeza. —La mujer al otro lado preguntó algo que ni siquiera entendí. Solo podía pensar en una cosa—. Y mi hija. Mi hija…. No está. Se la han llevado.



CAPÍTULO 45

JUSTICIA POÉTICA

Caminaba de un lado a otro de la comisaría como un león enjaulado. No habían dejado de temblarme las manos, y el corazón me aporreaba con fuerza las costillas. Una ambulancia se había llevado a Hayley, pero me habían dicho que estaría bien. Había recibido un golpe con un objeto pesado en la cabeza que por suerte no fue de vida o muerte. Tan solo pensar en que alguien más había salido herido por mi culpa me rompía el alma.

Y ahora Leah…. Leah no estaba. Alguien se la había llevado, la habían secuestrado. Mi niña… tan pequeña y frágil… estaría muy asustada. Era incapaz de imaginar lo que le estaría sucediendo, sentía que me moría por dentro cada vez que lo hacía. Solo podía rezar para que no le hicieran daño. Para que no le tocaran ni un pelo, porque como osaran hacerle algo a mi hija…

Los que morirían serían ellos.

Los mataría a todos.

De pronto, Andrew entró en la comisaria como una tormenta, miró a todos lados, agitado, y cuando me vio se acercó deprisa a mí. Sin pensarlo me abrazó. Sus brazos fuertes me rodearon y yo flaqueé, escondí la cabeza en su pecho para permitirme un momento de debilidad.

Le había llamado de camino a la comisaria, casi no conseguí articular las palabras, y él, furioso y preocupado a partes iguales, aseguró que iría enseguida.

—Tranquila, mariposa —me susurró despacio contra el pelo—. La vamos a encontrar. Te juro por mi vida que nadie le hará daño a mi hija.

—Puede que ya se lo hayan hecho… —dije con un hilo de voz—. Puede que…

Él negó con la cabeza para detenerme.

—No pienses eso. Estoy seguro de que está bien.

Una presencia nos interrumpió. Andrew se giró y yo me aparté de su abrazo. Caleb estaba delante de nosotros con semblante serio. Sentí como Andrew se tensaba a mi lado mientras los dos compartían alguna especie de conversación silenciosa a través de sus miradas.

—Me han comunicado lo de vuestra hija —dijo con tono neutro, pero percibí un toque de tristeza en la pronunciación—. El operativo está en marcha. Haremos todo lo que esté a nuestro alcance.

Andrew dio un paso adelante.

—Fabio Santoro —escupió el nombre con desprecio—. Sabes quién es. Está detrás de esto. Tenéis que registrar sus locales.

—No es tan fácil. Para obtener una orden de registro necesitamos pruebas. Y que no nos pongan trabas burocráticas. Fabio tiene conexiones políticas.

Andrew se aproximó de nuevo al agente.

—Me importan una mierda tus problemas burocráticos —soltó apretando los puños. Yo le sujeté la muñeca para disuadirlo un poco, pero no funcionó—. Sé lo que quieres de mí. Sé que le has comido la cabeza a Megan para convencerme de ser tu soldado. Déjate de mensajeros y dímelo a la cara. ¿Quieres que te haga el trabajo sucio? De acuerdo. Encuentra a mi hija sana y salva y haré lo que me pidas.

Le miré alucinada. ¿Hablaba en serio?

Caleb le observó impasible, aunque sus ojos se entornaron unos milímetros.

—¿Y si no lo logramos?

Tan solo la mención de la posibilidad me retorció el estómago hasta darme nauseas. Andrew apretó la mandíbula sin apartar la vista de Caleb.

—Volveré a la cárcel porque os mataré a todos.

Dios. Habíamos pensado lo mismo. Definitivamente no éramos tan distintos. Aunque yo no pretendía matar a ningún policía.

Caleb le mantuvo la mirada, estoico, tuvieron un duelo en silencio, hasta que el agente asintió con la cabeza y le tendió la mano a Andrew. Él se la estrechó. Entonces se sacó algo del bolsillo del pantalón, una bolsita pequeña de plástico con trozos metálicos en su interior. Me sonaba… Era… Era el pendrive. El pendrive en el que descargó la información sobre los negocios de Fabio, pero que fue pisoteado por aquel desgraciado. Andrew le tendió la bolsita al policía, que la cogió sin dudar.

—Es todo lo que puedo darte. No sé si se podrá sacar algo de ahí, pero más os vale intentarlo.

—Se lo daré inmediatamente al departamento informático —aseguró Caleb.

Mi móvil comenzó a vibrar en mis vaqueros. El corazón me dio un salto al notarlo. Lo extraje para ver que era un número oculto. Me giré para descolgar mientras Andrew y Caleb seguían hablando.

—¿Sí?

—No hagas ningún gesto que te delate —dijo una voz de hombre al otro lado de la línea. El pulso se me disparó. Esa voz… —Finge que es una llamada sin importancia y sal de donde estés.

—¿Quién eres? —conseguí decir—. ¿Tienes a mi hija?

—Haz lo que te digo.

No lo había negado, así que existía esa posibilidad. Miré sobre mi hombro, la conversación continuaba, de modo que me escabullí por el pasillo cercano y me resguardé en una esquina donde no había nadie.

—¿Dónde está? Más te vale no haberle hecho nada porque…

—Ven sola a la dirección que te voy a mandar —me cortó con un tono adusto—. Si no lo haces, lo sabré. Si desobedeces, mataré a tu adorable niña.

La bilis subió hasta mi garganta de nuevo, la boca se me llenó de saliva. Controlé las ganas de vomitar e intenté recobrar la voz. Lo sabía. La tenían.

—¿Cómo sé que es verdad?

Escuché ruidos extraños.

—Dile hola a mamá —pidió el hombre. La respiración se me cortó al darme cuenta de que podía escucharla en ese instante—. Mami. ¿Cuándo vienes a por mí?

El mundo se me cayó a los pies. Era ella. Era su vocecita. Tenían a Leah. Era verdad. Los ojos se me llenaron de lágrimas y me tapé la boca para no sollozar.

—Cariño —empecé con la voz estrangulada—, no te preocupes, voy a ir a por ti, ¿vale? Pórtate bien y espérame. ¿Estás bien?

De nuevo esos crujidos.

—Suficiente —habló el hombre—. La niña está bien. Por ahora. Depende de lo que haga su madre. Te esperamos.

La iban a matar si no hacía lo que querían. ¿Debería arriesgarme? ¿Debería contárselo a la policía para que intentaran rastrearan la llamada? ¿Debería decirlo al menos a Andrew? Dios mío… ¿Y si me estaban vigilando? ¿Y si lo descubrían y le hacían daño a Leah? No. No podía arriesgarme. No podía ponerla en peligro de ninguna forma.

Antes prefería que me mataran a mí. Si era eso lo querían, estaba bien. Pero mi hija viviría.

—De acuerdo —murmuré.

La llamada se colgó. Me quedé escuchando el pitido de la línea vacía con un dolor sordo en el pecho. Me apoyé en la pared. Procuré ralentizar mi respiración acelerada. Cerré los ojos. Pensé en Leah. En mi niña. En su carita dulce y su mirada llena de bondad.

Haría lo que fuera por ella.

Daría mi vida si hiciera falta.

Rodé con los dedos el anillo de Andrew. Él me odiaría por esto, no me lo perdonaría nunca, y lo entendía. Iba a ser temeraria y estúpida una vez más, pero por Leah no me importaba serlo.

Abrí los ojos. Oteé por la esquina del pasillo donde Andrew y Caleb estaban mirando en el ordenador. Me llegó un mensaje del número oculto con la dirección, el cual se borró segundos después. Esos cabrones sabían cómo hacer las cosas. Conocía aquel sitio, me sonaba de algo, aunque no recordaba de qué.

Cogí una bocanada de aire y salí disparada a la salida de la comisaria para que no me vieran. Una vez fuera corrí hasta mi coche. Me metí dentro y abrí la guantera. El arma que me había dado Andrew estaba allí. La cogí con las manos temblorosas. No habían mencionado nada de no ir armada, así que… La dejé en el asiento del copiloto y arranqué el motor.

Conduje más rápido de lo que estaba acostumbrada, saltándome algunos semáforos. Llegué a las afueras de Nueva York, a una zona de fábricas abandonadas. Había estado allí antes. Era… era el lugar donde tuvo lugar la redada. Dónde detuvieron a Andrew… ¿Qué significaba aquello? ¿Solo era casualidad o tenía relación con nuestro pasado?

Aparqué frente al almacén abandonado. Un escalofrío me recorrió la columna al verlo. No había vuelto a pisar ese lugar desde hacía cinco años. Donde me tuvieron maniatada a una silla. Donde descubrí el motivo del odio entre Stephen y Carlone. Donde se originó un terrible tiroteo. Donde el padre de Andrew murió de un balazo y el de Derek pereció a disparos segundos más tarde. Las imágenes de aquel día inundaron mi mente. Las sirenas, los gritos de los agentes, Andrew conduciendo a toda velocidad, sus palabras derrotadas cuando nos atraparon.

«Se acabó.»

Era irónico que las cosas fueran a acabar en el mismo lugar. Una jugarreta del destino. Justicia poética, quizás. Pero, ¿quién me habría traído hasta allí? Agarré el arma del asiento contiguo, la apreté en mi mano y salí del coche. La guardé en la parte posterior de mi cinturón y caminé hacia el almacén. Al entrar todo estaba en silencio, no había cambiado mucho en todo ese tiempo. Mugriento y desolado. La luz del sol se filtraba como rayos tenues a través de las ventanas rotas, dando un brillo fantasmal al polvo que sobrevolaba el suelo. Miré hacia los lados con el corazón aporreando sin piedad mi pecho. Agudicé el oído, por si escuchaba a Leah, o a alguien. Pero nada.

Continué avanzando hacia la sala donde me tuvieron atada a una silla esperando mi muerte. A lo mejor escapé de ella en ese momento y ahora venía a cobrarse lo que le debía. Inhalé profundamente mientras cogía despacio la pistola de mi cinturón. Cuando iba a dar un paso más, un crujido me hizo girar de golpe. Un hombre tras de mí me golpeó la cabeza con algo duro y caí al suelo. Me llevé la mano a la zona para ver que estaba sangrando. Eché mano a la pistola, que

se me había deslizado de la mano, pero el hombre, u otro, no lo tenía claro, me la arrebató.

—Ni siquiera lo intentes.

Me quedé paralizada. Moví la vista desde sus zapatos hacia arriba y al reconocer a la persona a unos metros de mí no me lo podía creer. Parpadeé por si fuera una alucinación, pero no, seguía ahí plantado, vestido de negro, con un arma apuntándome con naturalidad. Separé los labios.

—Marco…

—Mucho tiempo sin vernos, Megan.

Parecía el mismo, pero no lo era. Su cabello castaño antaño bien peinado estaba algo largo y desaliñado. Su barba había crecido, como si ya no le importara ir bien afeitado o no. Sin embargo, su mirada seguía siendo igual de dura. Incluso puede que más. Había un sentimiento en la superficie de sus iris, una especie de dolor tácito que arrastraba como una losa.

Los años y la estancia en prisión habían hecho mella en él. Saltaba a la vista. Aunque eso no me explicaba por qué estaba en ese almacén, por qué me había llevado allí. Uno de los hombres me levantó del suelo asiéndome por el brazo y me apretó ambos a la espalda. Clavé mi mirada en Marco.

—¿Has sido tú? —pregunté compungida—. ¿Tú te has llevado a mi hija?

—Más o menos. Te buscábamos a ti, pero la encontramos a ella. Oh, siento lo de tu niñera. Se puso en medio para proteger a la niña, no tuvimos alternativa.

La rabia bulló dentro de mí.

—También fuiste tú el que provocó el accidente.

No era una pregunta. Lo sabía.

—La intención era que te mataras, pero eres dura de roer.

El recuerdo de Nate tirado en el asfalto me asfixió. Apreté los puños y la mandíbula cuando la ira corrió libre por mis venas.

—¿Dónde está mi hija?

—Aquí no.

Le observé. No acababa de discernir si me mentía o no, y no podía arriesgarme a creerle y poner a Leah en peligro. Volví a mirar a mi alrededor con el rabillo del ojo, continuaba sin escuchar nada.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Para atraerme a mí?

—Era la forma más efectiva.

—Pues ya me tienes. Deja ir a mi hija, donde sea que esté, por favor. Es una niña pequeña, no tiene nada que ver con esto.

—La niña está en buenas manos, no te preocupes.

Una mierda no me iba a preocupar.

—¿Con quién está?

Marco me ignoró. Forcejeé con el tipo tras de mí, haciéndome daño en el brazo, pero era mucho más fuerte que yo, evidentemente. Marco le hizo un gesto con la cabeza y este me obligó a caminar. Me condujeron a otra sala diferente en la que estuve la primera vez. En esta no había silla, ni camastro ni nada. Solo una ventana desvencijada por la que entraba ese hilo de luz fantasmal. El tipo me tiró al suelo y me ató con bridas las manos y los tobillos.

Marcó se miró el reloj de la muñeca.

—¿A qué esperas? Si quieres algo de mí, dilo ya.

—Cuando llegue tu caballero te mataré —dijo con frialdad. Supe que se refería a Andrew—. Quiero que lo vea. Que lo sufra.

—¿Por qué? Nosotros no te hemos hecho nada.

—A mí no. Y ojalá hubiera sido yo.

Fruncí el ceño, desorientada.

—No lo entiendo.

Marco se acuclilló para estar a mi altura en el suelo, con el arma que sujetaba colgando entre sus piernas.

—Por vuestra culpa Bruno murió. Lo asesinaron. A balazos. Tres disparos. Uno en el pecho, otro en la pierna y el último en el estómago. Murió desangrado y no pude hacer nada por él porque me detuvieron.

Me encogí sobre mí misma. Se me hizo un nudo en la garganta. Bruno. Sabía que lo mataron en el tiroteo, aunque no conocía los detalles. Era horrible. Y fue… por venir a rescatarme. Marco tenía razón en cierto sentido.

—Lo siento —susurré acongojada—. Lo siento de verdad. Yo no quería que eso pasara. No quería que ninguno de vosotros saliera herido. Me secuestraron, no podía hacer nada…

Marco bajó un poco la cabeza y sus iris oscuros me taladraron con un odio encarnizado.

—Si no hubiera sido por el estúpido amor que Andrew te tenía, Bruno seguiría vivo. Yo no habría ido a la cárcel, a ese maldito infierno. Los dos sois culpables.

Recordé las palabras de Andrew: Él sabía el tipo de vida que llevaba, y que eso podía pasarle algún día.

—Podría haber muerto en otras circunstancias y lo sabes. La mafia es el infierno, Marco. Nadie sale entero de ese mundo.

Su rabia fue palpable. Intenté mantenerme firme, sin mostrarle mi miedo. Apretó el arma en su mano. Le eché un vistazo con el pulso acelerado. En un segundo podría disparar, presionar el gatillo en mi cabeza y se acabó.

—Era mi única familia —reveló entre dientes, pero no logró tapar la tristeza que impregnó las palabras—. Mi primo. El único que se mantuvo a mi lado cuando mis padres me dieron la

espalda, el que me dio un trabajo y un lugar en el que sentirme alguien.

—Y estoy segura de que él no querría que hicieras esto —dije en voz baja—. Bruno era bueno, lo supe desde el primer día. Cumplía con su deber, pero siempre me trató con respeto y me ayudó a su manera. Él no mataría a una persona inocente.

—Tú qué coño sabrás —escupió frustrado—. No le conocías. Y me da igual lo que hubiera hecho. El que está vivo soy yo, y voy a vengar su muerte. Moriréis en el mismo sitio que él. Es lo mínimo que se merece.

—Te meterán otra vez en prisión…

—No. Huiré muy lejos, como su hermanito y su novia. Quizás les haga una visita.

Maldito cabrón.

De pronto se escucharon pasos. Ambos nos giramos hacia la puerta y Marco se levantó. Se oyó un disparo. Me estremecí. Sonidos de forcejeo. Marco salió de la estancia. Rápidamente me llevé las muñecas a la boca y empecé a morder con fuerza las bridas que las aprisionaban. Me hacía daño en la mandíbula, pero no me importaba si me rompía algún diente. Conseguí romperlas, separé mis manos y fui directa a los tobillos. Me hice sangre en las manos mientras estiraba del duro plástico y, finalmente, me las quité. Salí corriendo de la sala, llegué a la zona principal del almacén y casi me caigo al suelo al ver a Andrew. Estaba forcejeando con uno de los tipos, pero este tomó el control, lo tiró al suelo y comenzó a atizarle con un bate. La madera impactaba en diferentes partes de su cuerpo, en los brazos, en los costados, en las piernas. Sus gruñidos de dolor me atravesaron el corazón.

—¡Andrew! —grité.

Fui hacia él, pero alguien me agarró del pelo y me tiró hacia atrás, luego me dio un fuerte rodillazo en el estómago. Me desplomé en el suelo tosiendo. Marco a mi lado me miraba desde arriba con desprecio.

—Tú te quedas conmigo.

—Eres un hijo de puta —mascullé con la voz ahogada—. No te pareces una mierda a tu primo. Y nunca llegarás a ser como él.

Marco me pisó el brazo del esguince con inquina y yo bramé de dolor. El calambre se extendió como fuego por toda la extremidad, llegando incluso a la espalda. Me mordí el labio inferior con tanta fuerza que estaba segura de haberme hecho sangre. Aun así, me arrastré hacia Andrew. Me arrastré porque tenía que ayudarle, porque teníamos que encontrar a Leah. Porque si nos mataban, seguramente la matarían a ella también.

Me arrastré por el suelo mugriento intentando llegar a un arma tirada a unos metros, sabiendo que no lo conseguiría. De todas formas, lo intenté. En la neblina borrosa de mi visión vi a Andrew, magullado y sangrando por la nariz, luchar con el tipo, forcejeando con el bate. Marco me tapó la vista, me sujetó del cuello para alzarme un poco y me miró a los ojos. Ni siquiera

parecía humano. El odio y el deseo de venganza le habían cegado la razón. El dolor por la pérdida de su primo, latente en su mirada, en el fondo. Podía verla.

Traté de quitarme su mano del cuello, pero tenía mucha fuerza y apretaba tanto que la vista se me estaba haciendo negra por los bordes. Tampoco podía patearle porque se había puesto encima de mí, inmovilizándome.

Me apuntó con el arma en la frente.

—Despídete.

Me iba a matar, lo sabía, lo veía en sus ojos.

Cerré los párpados. Evoqué la imagen de mi hija. De sus iris verdes como los de su padre. Sus mejillas sonrosadas. El sonido de su risa. Solo esperaba que la encontraran. Que la liberaran y pudiera seguir adelante incluso sin mí. Ojalá Andrew saliera con vida de esta y se encargara de ella. Hice bien en contarle que era suya, así ya no estaría sola.

Lo único que quería era que fueran felices.

Un disparo rasgó mis pensamientos.

No sentí nada, y pensé que quizás eso era estar muerta. Estar en ese plano en el que tu alma abandonaba tu cuerpo. Pero entonces, alguien hizo un ruido extraño. Abrí los ojos cuando el agarre de Marco en mi cuello se aflojó. Alcé la vista para ver a Andrew a su espalda, apuntándole con un arma. Marco bajó la mirada al disparo que le había dado en el costado y había salpicado de sangre mi ropa. Cayó hacia un lado sujetándose la herida. Andrew no dejó de apuntarle a la cabeza.

—Dime dónde está mi hija o te mato.

Su pecho subía y bajaba agotado. Su ropa negra estaba sucia de polvo y manchada de la sangre de su hemorragia. Me quedé en el sitio, incapaz de moverme.

Marco estaba sufriendo. El balazo le estaba haciendo sangrar mucho. Si no obtenía ayuda médica pronto, moriría. Como no respondía, Andrew se agachó y le cogió de la camiseta y presionó el cañón en su frente como él había hecho conmigo.

—Dime.dónde.está —repitió.

—Marco —jadeé—. Vas a morir si no te atienden, dinos dónde está y llamaremos a una ambulancia. —Él cerró los ojos con fuerza como si estuviera luchando consigo mismo. Estaba cada vez más pálido—. ¿Crees que Bruno querría que murieras como él? Joder, el querría que vivieras. Para esto. Déjalo estar.

Marco dirigió su vista hasta mí y sentí que me comprendió. Entendió que tenía razón.

—Siento la muerte de Bruno mucho más de lo que piensas —dijo Andrew—. También perdí a mi padre ese día. A mi hermano. A la mujer que amaba. Pero tenemos que seguir adelante, Marco. No queda otra. La venganza solo te destruye, a ti y a los que quieres.

Vi cómo se le llenaron los ojos de lágrimas a Marco. Se me encogió el pecho cuando separó

los labios para hablar. El miedo a que dijera que mi hija ya estaba muerta me inundó.

—En el Morfeo —balbuceó—. Está con Serena. Es mi novia. Por favor… no le hagáis daño.

Parpadeé, alucinada. Serena era la novia de Marco. La hermanastra de Fabio. Andrew se giró para mirarme y yo le correspondí. No había tiempo que perder. Soltó a Marco, que se desplomó en el suelo polvoriento con un quejido y manchó la zona de sangre. Andrew se acercó a mí, cojeaba un poco, seguro debido a los golpes con el bate, aun así, me ayudó a levantarme del suelo y me abrazó.

—¿Estás bien?

—Sí —musité. Me dolía muchísimo el brazo, y también el estómago, pero no importaba—. Tú no. Estás hecho una mierda.

—Nada que no se pueda arreglar.

Me separó para acariciarme la mejilla un segundo, y yo asentí, resignada. Acto seguido, recogió mi arma y me dio la mano para caminar fuera del almacén. Vi al tipo con el que había luchado Andrew, tirado en el suelo, aparentemente muerto. Intenté no verlo. Salimos y nos subimos en el coche de Andrew. El mío lo recogeríamos más tarde. Andrew guardó mi pistola en la guantera y llamó por teléfono a una ambulancia para avisar de dos hombres heridos de bala. Colgó antes de que le pidieran más datos.

—Ponte el cinturón —me ordenó. Le hice caso.

—Vas a correr ¿no?

—Por supuesto, vamos a por nuestra hija.

Encendió el motor y pisó el acelerador a fondo.

CAPÍTULO 46

INFIERNO

Andrew condujo como nunca le había visto hacerlo. Solo una vez lo vi apretar tanto el volante y tener los músculos tan tensos, y fue en el día de la redada, cuando intentamos escapar. Los recuerdos me sobrevinieron de manera inevitable. Parecía una broma de mal gusto que siempre terminara metida en estas mierdas. Pensé que quizás era buena idea distraerle con algo para que se relajase y no nos estampara contra otro vehículo a esa velocidad desorbitada.

—¿Cómo me has encontrado tan rápido?

Él negó con la cabeza.

—Eso es lo que menos importa. Menos mal que lo he hecho. ¿A quién cojones se le ocurre ir sola con un secuestrador? Eres más imprudente de lo que creía.

Era irónico que lo dijera él. Pero me guardé la réplica.

—Dijo que mataría a Leah si no lo hacía. No quería arriesgarme. Tú habrías hecho lo mismo.

—La diferencia es que yo podía enfrentarme a ellos.

—No lo digas como si fuera una desvalida.

—No —gruñó—. Eres el amor de mi vida, la madre de mi hija. La razón por la que sigo respirando y no me he pegado un puto tiro, así que no vuelvas a escapar de mí de esa forma ni a ponerte en peligro. Somos un equipo, mariposa. Si tú te mueves, yo me muevo. Si tú te hundes, yo iré detrás para sacarte a la superficie. ¿Estamos? A partir de ahora nos lo contaremos todo. Absolutamente todo.

Pestañeé sorprendida. No me esperaba esas palabras tan intensas que produjeron una cálida sensación en mi pecho. Sin embargo, tenía razón. Debí confiar en nosotros, debí contarle la llamada y hacer frente a esto juntos. Siempre le reprochaba que era egoísta y no tenía en cuenta mi opinión, pero yo había hecho lo mismo con él. También le abandoné en su día sin contarle que su padre me había amenazado. Y ahora había repetido mis errores.

Eso se terminaba ahora.

—Lo sé, vale —dije—. Somos un equipo.

Giró un poco la cara para dirigirme una diminuta media sonrisa. Dio la vuelta al volante para meterse por otra avenida. Estábamos a unos pocos kilómetros.

—Así me gusta.

—Pero… dime cómo has sabido dónde estaba.

Me producía demasiada curiosidad.

Andrew dejó salir de su boca un largo suspiro, como si no quisiera contármelo. Arrugué las cejas, extrañada. Él se pasó una mano por la mandíbula.

—Con un localizador.

Me quedé mirándolo.

—¿Cómo? Estás de coña, ¿no? —Su silencio evidenció que no. No podía creerlo—. ¿Dónde lo llevo?

El recuerdo del localizador que me puso en la maleta cuando estuve en su mansión e intenté escapar acudió a mi memoria. Estaba claro que los años no habían cambiado sus retorcidos métodos.

Andrew me echó un vistazo por el rabillo del ojo.

—En el móvil.

Increíble.

—¿Lo hiciste mientras dormía?

—Estaba preocupado por ti y quería poder saber dónde estabas si pasaba algo.

Alcé las cejas y volví a parpadear porque no sabía cómo reaccionar a eso. Era invasivo pero protector al mismo tiempo. Aunque viéndolo con de forma objetiva, su psicosis había ayudado a salvarme la vida.

—Ojalá le hubiéramos puesto uno a Leah.

—Pienso hacerlo.

—Cuando sea adolescente te odiará.

Soltó una risa baja y amarga.

—Siempre supe que yo sería el poli malo.

Esbocé una débil sonrisa y tragué saliva. Hablar de Leah en futuro, un futuro juntos, me retorcía el estómago, porque no sabía lo que iba a pasar. Íbamos a rescatarla, pero… ¿y si no lo

conseguíamos? ¿Y si algo salía mal? El pensamiento amenazó con arrancarme el corazón, de modo que hice un esfuerzo por apartarlo lejos.

—¿No deberíamos avisar a Caleb? —insté, nerviosa—. Es mejor que la policía nos ayude.

Andrew negó con la cabeza.

—Es inútil, no tienen una orden de registro. Y con ellos en medio no puedo matar a Fabio y a Serena con mis propias manos.

Le miré horrorizada.

—Andrew, no vas a matar a nadie.

Soltó una risa irónica.

—Que se lo hubieran pensado antes de tocar a mi hija.

—Si lo haces volverán a encerrarte, y no serán cinco años. Da igual que los culpables sean ellos, es un delito y te condenarán por ello.

Él apretó de nuevo la mandíbula, pero no respondió.

A pesar de mi preocupación, se mantuvo en silencio hasta que llegamos a la zona de discotecas. Andrew aparcó de malas formas y salió del vehículo como alma que lleva el diablo. Cuando iba a salir detrás de él, sujetó mi puerta para que no pudiera abrirla y se inclinó sobre mi ventanilla.

—Quédate en el coche.

Joder, otra vez con lo mismo.

—Ni de coña. Es mi hija al igual que la tuya. —Hice fuerza contra la manija—. Abre la puerta, Andrew.

—Lo siento. Voy a traer a Leah sana y salva.

Le dio al mando del coche y los seguros se activaron. Moví la manija con desesperación. La madre que lo… Golpeé el cristal.

—¡Abre la maldita puerta! ¿Qué ha pasado con lo de si tú te mueves yo me muevo? ¡No puedes ir solo!

—Esa regla no aplica si te pone en peligro. Tampoco quiero que lo veas —dijo con la voz amortiguada por el vidrio.

—¿Qué vea el qué? ¿Cómo te los cargas?

—Si no vuelvo en una hora, llama a Caleb, ni se te ocurra entrar sola.

Dicho esto, me miró una última vez, se dio la vuelta y empezó a alejarse del coche. Llevaba la pistola en el cinturón.

—¡Andrew! —grité dando un manotazo al cristal—. ¡Joder!

Entendía que quisiera protegerme, pero mierda, ¿tenía que dejarme encerrada en el coche y no permitirme ir a por mi hija?

Ni en sueños.

Mucho menos iba a permitirle que matara a nadie.

Busqué con la mirada algo con lo que romper la ventanilla, pero no encontré nada. Me eché hacia atrás y comencé a darle patadas. El cristal ni se inmutaba. Tenía que haber algo que pudiera hacer. Solté un gruñido de frustración.

Entonces vi cómo salían corriendo varias personas del Morfeo. Las observé con el corazón martilleando mi pecho. Hombres y chicas que huían como si los persiguiera la muerte.

¿Qué narices estaba haciendo Andrew?

Sujeté la cabeza con las manos e intenté pensar. Y de pronto caí en la cuenta. La pistola. La pistola que llevaba yo. Me senté bien y abrí la guantera. Allí estaba. Dejé escapar un suspiro de alivio, aunque cuando la cogí me temblaban las manos. Me pasé al asiento del conductor para alejarme un poco, agarré bien el arma, le quité el seguro y, cerrando los ojos con fuerza, disparé a la ventanilla. El cristal estalló con el impacto y algunos trozos de vidrio cayeron sobre mis piernas. Me los quité y me moví al otro asiento. Cogí un puñado de tela de mi jersey con el puño para no cortarme al darle golpes al cristal roto de los bordes de la ventanilla. Una vez hubo hueco suficiente, me las ingenié para pasar mi cuerpo a través. Me rasgué el vaquero y salió sangre de algunos puntos, pero logré caer al suelo. Volví a hacerme daño en el brazo del esguince, lo que me hizo apretar los dientes.

Agitada, me puse de pie y con el arma en la mano, corrí al Morfeo. Antes de entrar ya escuché los disparos y un nudo de terror se instaló en mi pecho. Me preparé con el arma y atravesé las puertas. La música estaba todavía encendida, las luces de colores neón le conferían al local ese aspecto de alterne. Había vasos y sillas tiradas por el suelo, seguro de cuando los clientes huyeron. Vi que un cigarro que había caído al suelo estaba prendiendo el bajo de uno de los sofás.

Alguien disparó, y yo me agaché enseguida con el pulso desbocado. Pero me di cuenta de que el sonido no había sido cerca de mí. Levanté la mirada, venía del segundo piso. Un tanto agazapada por si acaso, subí las escaleras, y cuando estaba llegando al segundo piso, se sucedieron más disparos. Me puse de cuclillas en el escalón, agitada.

Y entonces le vi. Andrew estaba resguardándose tras uno de los pilares. Tenía la pistola en la mano lista para disparar. Estaba en medio de un tiroteo con los seguratas de Fabio, que se apostaban en las esquinas. Se giró para disparar y le dio a uno en el brazo. Era Rodric. Este dio un alarido al tiempo que se agarraba la zona que sangraba.

—La próxima será en la cabeza, Rodric —amenazó Andrew en voz alta.

—Hijo de puta —masculló el otro.

Andrew volvió a esconderse en el instante que el segurata de otro lado atacó. Me acerqué un poco más y cuando se percató de mi presencia, su ceño se frunció muchísimo.

—¿Qué haces aquí? —Entendí que decía, aunque no le oía por la distancia.

Gateé hasta su posición con cuidado, y cuando estuve a unos metros, Andrew alargó el brazo para agarrarme y ponerme a salvo a su lado, hombro con hombro.

—¿Cómo mierda has salido del coche?

—¿Te pensabas que podías encerrarme? Olvidaste que había otra pistola, idiota.

Él soltó un gruñido de molestia.

—Es imposible contenerte, joder.

—¿Por qué has iniciado un tiroteo?

Andrew miró cuantas balas le quedaban. Solo una.

—Al entrar he pegado un balazo al aire para que los clientes y las camareras se fueran, no quería que ningún inocente saliera herido. Pero los hombres de Fabio han empezado a disparar.

Así que por eso había visto a la gente salir corriendo.

—Y ahora qué, ¿eh? ¿No era mejor intentar hablar?

Él me cogió la pistola y comprobó mis balas. Tres. Entendí que el diálogo no estaba entre sus opciones.

—Ya es suficiente —dijo alguien con ímpetu.

Los dos nos miramos. Era la voz de Fabio.

Se hizo el silencio.

Andrew cargó la pistola y salió de detrás del pilar, yo le imité. Fabio estaba a unos metros, con las manos en los bolsillos del pantalón, como si el hecho de que se hubiera originado un tiroteo en su local le pareciera normal. Serena estaba a su lado, sujetaba un arma en la mano y nos contemplaba con una extraña inquietud en los ojos oscuros; quizás por el hecho de que si estábamos allí era porque a su novio no le habían salido muy bien los planes.

Andrew alzó su pistola hacia la cabeza de Fabio, y automáticamente los seguratas nos apuntaron.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó Andrew con rabia.

—Estas no son las formas de pedirlo, ¿no crees?

—No me toques los cojones, Fabio. Sé que Serena la tiene. Dime ahora mismo dónde o te juro que os mato a los dos.

Una sonrisa comenzó a dibujarse en el rostro de Fabio.

—Mi hermanita sabe guardar sus secretos. Al menos eso sí que lo heredó de mi padre. Siempre escondía cosas. Tú lo sabes bien. Y por supuesto yo no soy nadie para revelarlos.

—Mmmm ¿una niña? —respondió Serena, haciéndose la ingenua—. Sí, algo me suena. Es muy mona, con esos ojos verdes y esa carita de no haber roto un plato nunca. Ha llorado un poquito, pero ha aprendido a estar callada. Se porta muy bien.

La cólera ardió en mis venas.

Iba a matar a esa maldita zorra.

Jamás le perdonaría que hubiera hecho llorar a mi hija.

—Vuestro padre era escoria igual que lo sois vosotros —dijo Andrew entre dientes.

—Suelen decir que los hijos se parecen a sus padres, es algo que no se puede evitar, Andrew. Va en la sangre. La nuestra es más fuerte que cualquier otra. ¿No te lo enseñó Stephen? Es imposible huir de la familia.

¿Él…? ¿Había descubierto el secreto de Andrew? ¿Por eso nos habían hecho todo esto? Pretendían hacerle daño con lo que más quería.

—No. —Andrew apretó el arma en su mano con rabia—. Te equivocas. Todos tenemos elección. Y tú has elegido mal.

Fabio observó a Andrew detenidamente.

—¿Y quién decide lo que está mal o bien? La línea que los separa es muy difusa. La mayoría de las personas tienen oscuridad en su interior. Somos violentos por naturaleza. Los que hacen el bien solo están reprimiéndose para ser aceptados en la esclava sociedad en la que vivimos.

—Puedes elegir matar o no hacerlo —replicó Andrew con tono grave—. Eso es lo que nos distingue de los animales, la capacidad de controlar nuestros instintos. Pero tú estás vacío, eres un alma podrida. Ahora dime dónde está mi hija y déjate de discursos.

—Tienes razón, lo importante aquí es que me has estado engañando, Andrew —dijo con esos iris negros oscureciéndose todavía más—. ¿Pensabas que no me enteraría de tus planes? ¿De qué pretendías hundirme desde dentro? Has llegado demasiado lejos por defender el honor de tu madre. Mi padre tuvo que matarla a ella y a tu padre cuando tuvo la ocasión. Pero ahora eres tú el que debe pagar.

Fabio le hizo un gesto a los seguratas, que se acercaron a nosotros. Me pegué a Andrew y él movió su arma hacia ellos, pero Fabio comenzó a hacer un chasquido de negación.

—Si te resistes, la niña morirá.

Le miré con rabia. Ese hijo de puta.

Andrew vaciló, se quedó quieto sin bajar el arma, mirando a todos lados desde donde nos asaltaban los seguratas. Yo tampoco fui capaz de resistirme, me daba pánico que Fabio cumpliera su palabra.

Finalmente, nos agarraron. A mí me sujetaron los brazos a la espalda. A Andrew le quitaron el arma y le hicieron hincar las rodillas en el suelo. Fabio lo observó desde su posición, sin modificar su postura con las manos en los bolsillos, como si fuera un rey a punto de condenar a su adversario.

—No nos interesa tu hija, solo tú. Te daremos su vida a cambio de la tuya. Acepta tu castigo y la niña volverá con su madre. Serán felices sin ti como debería haber sido siempre.

Me negaba a creer lo que acababa de escuchar.

Rápidamente, me giré hacia Andrew. Él apretó la mandíbula. Todos los músculos de su cuerpo estaban en tensión. Ni siquiera entendía que estuviera considerando semejante barbaridad. Mi alma se resquebrajó poco a poco mientras él meditaba su respuesta.

—Andrew no…

—De acuerdo. —Esas dos palabras fueron como puñales enterrándose en mi pecho—. Pero deja que ellas se marchen primero, luego haz conmigo lo que quieras.

El corazón me dio un vuelco. ¿Qué mierda estaba diciendo?

¿Pensaba sacrificarse por salvar a Leah?

Su voz se coló en mi memoria: «Daría la vida por vosotras.»

—Oh, qué buen padre —se burló Serena.

Deseé tener a mano mi arma para poder meterle una bala entre las cejas a esa asquerosa rubia.

—¡Ni se te ocurra, Andrew! —bramé—. ¡No te rindas tan pronto!¡No puedes darles a estos cabrones lo que quieren!

Andrew ni siquiera me dirigió una mirada, se mantuvo firme sin despegar los ojos de Fabio.

—Me temo que tu petición no va a ser posible, pero te aseguro que saldrán de aquí con vida —respondió este, después le hizo un gesto a Serena—. Mata a este traidor y acabemos con esto de una vez.

Serena levantó el arma, apuntando a Andrew. Quitó el seguro y yo me revolví en los brazos del segurata, aterrada. Andrew la observó fijamente, como si aceptara su destino sin temor. Entonces, giró un poco el rostro hacia mí y sus labios pronunciaron: «Te amo.»

Pegué un grito y en ese instante, Serena movió su brazo hacia el otro lado y disparó. Dos veces. Los balazos impactaron en el pecho de su hermanastro. Este se sacudió al recibirlos y la sangre empezó a empapar su camisa. Me quedé paralizada, sin dar crédito a lo que veía. Le había… disparado a su propia familia.

Fabio cayó de rodillas al suelo poniéndose una mano en una de las heridas que no cesaba de sangrar. Miró a su hermanastra con estupor, con los ojos muy abiertos.

—¡¿Qué coño estás haciendo?! —bramó Rodric.

Fabio movía los labios como si quiera hablar, pero no pudo.

Serena bajó el arma. Intentaba parecer firme, a pesar de que le temblaba un poco la mano.

—Lo siento, hermanito, he tenido que hacerlo yo. Esperaba que Coleman hiciera el trabajo sucio por mí —dijo señalando a Andrew con el arma—. Creía que cuando supiera que habían matado a su novia y que teníamos a su hija, vendría a por ti para matarte. Pero no ha salido como pensaba.

—Solo querías ser la dueña. Siempre lo quisiste —murmuró Andrew.

—He sido inferior toda la vida por ser la hija de la amante de mi padre, él se encargaba de

recordármelo continuamente —explicó con frustración, mirando como Fabio se desangraba. Cada vez estaba más pálido—. Y eso se acabó. Ahora tendré yo el mando.

Se produjo una pequeña explosión en el piso de abajo.

Olía a quemado.

Claro, el sofá que estaba ardiendo. Seguramente el fuego se había propagado y había hecho estallar las botellas de alcohol. Miré sobre mi hombro para ver cómo el humo empezaba a subir por las escaleras. Rodric se levantó con esfuerzo y salió corriendo. Los otros dos seguratas nos soltaron y le imitaron.

—Joder —dijo Serena y se dispuso a huir.

Sin pensarlo, me abalancé sobre ella y la tiré al suelo. La pistola se le cayó de la mano y rodó por el suelo.

—¡Megan! —exclamó Andrew.

—¡¿Dónde está mi hija?! —grité.

—¡Déjame, zorra!

Serena forcejeó conmigo y entonces Andrew me la quitó de encima y la tiró hacia un lado. Ella agarró el arma, apuntó en mi dirección, pero Andrew me cubrió con su cuerpo. Se escuchó un disparo. El corazón se me paró, para comenzar a latir de nuevo desbocado. Clavé mis ojos en Andrew, él me devolvió la mirada y después la bajó hacia su estómago. En la tela de su camisa comenzó a formarse una mancha de sangre.

—No… No, no, no —repetí angustiada.

Le puse las manos en la herida y se me empaparon enseguida de sangre. Las lágrimas inundaron mis ojos. No podía ser verdad.

Andrew colocó su mano sobre las mías.

—Tranquila —dijo con la voz ronca—. No ha dado en un punto vital.

—Joder, no me hagas esto —sollocé.

Serena, que estaba en el suelo con expresión de sorpresa, se levantó con un resbalón y echó a correr.

—Megan —me llamó Andrew. Su herida seguía sangrando, no conseguía taponarla. Hice más fuerza con el corazón latiéndome a mil por hora—. Busca a Leah y sal de aquí.

—¿Qué? No voy a dejarte.

Me negaba a abandonarle con un disparo y en medio de un incendio. Él miró el humo tras de mí con el ceño fruncido. Alzó la mano manchada de sangre para acariciar mi mejilla.

—Tienes que hacerlo, el incendio se está avivando. Eres la única que puede rescatarla.

—Pues vamos los dos, venga, apóyate en mí.

—No —negó manteniendo mis brazos quietos—. No puedo ir rápido, solo seré un lastre. Ve a por ella sola.

—Andrew, joder…

Eché de nuevo un vistazo a la sala llena de humo. Costaba respirar. Me tapé la nariz con el antebrazo.

—Hazlo, por favor —imploró Andrew con los ojos vidriosos.

Cerré los ojos con fuerza. Por mucho que me doliera, sabía que tenía razón.

Lo más importante era nuestra hija.

Sin pensarlo más, dejé a Andrew en el suelo.

—Vendré a por ti cuando la haya puesto a salvo. Más te vale no morirte.

Le di un fugaz beso en los labios, me levanté y corrí por el pasillo. Abrí todas las puertas, gritando su nombre. No encontré nada, así que bajé al primer piso. Había muchísimo humo. El fuego ya trepaba en llamaradas por las paredes. Empecé a toser mientras buscaba por todos lados. Me acerqué a la barra, que estaba ardiendo, y la rodeé como pude.

—¡Leah! —grité.

Escuché atentamente, intentando taparme del humo.

—¡Mami!

Abrí los ojos de golpe. ¡Era ella! ¡Estaba cerca!

En la parte de atrás había una puerta que llevaba a la sala de empleados. Tenía que estar dentro. Intenté abrirla, pero estaba cerrada. Tosiendo, me eché hacia atrás y le di una patada. No sirvió. Lo volví a intentar. Nada. Regresé deprisa al bar y busqué con la mirada. Cogí un pequeño barril de cerveza ignorando el dolor de mi brazo. Volví a la puerta, y con un bramido, le asesté un golpe al pomo con el barril.

Al fin, se rompió y la puerta se abrió. Entré desesperada, miré en todas direcciones hasta que al fin, vi a mi hija acurrucada en un rincón, asustada. Fui hacia ella con apremio, me agaché y la abracé con todas mis fuerzas.

—Mami —sollozó ella.

La apreté en mi pecho como si fuera la pieza que me faltaba para poder respirar de nuevo. Acaricié su pelo, temblorosa.

—Estoy aquí, mi amor, estoy aquí. No tengas miedo. —La aparté un poco para mirarla de arriba abajo—. ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

Ella negó con la cabeza.

—La chica rubia me dijo que me quedara aquí quieta y que no llorara —explicó con su vocecita algo temerosa.

Volví a abrazarla.

—Vale, mi amor. No pasa nada. Ya estás conmigo.

—Mami, hay humo.

Eché un vistazo sobre mi hombro, el humo entraba por la puerta y empezaban a escocerme

los ojos.

—Lo sé, tranquila. Vamos a salir.

Con el corazón golpeando sin tregua mi caja torácica agarré bien a Leah en brazos y salí de la estancia. Empecé a toser mientras escondía la carita de Leah en mi hombro para evitar que inhalara el humo. La música estridente no había dejado de sonar. Había fuego por todas partes. Apenas se veía nada, una neblina de espeso humo lo cubría todo y un fuerte olor a quemado inundaba mis fosas nasales y mi garganta. Intenté recordar dónde estaba la entrada, y me dirigí hacia allí.

—Mami, no puedo respirar —dijo Leah entre toses.

—Ya salimos, cariño. No inhales fuerte ¿vale? Respira en la camisa de mamá.

La arrebujé más en mi pecho, cubriéndola todo lo que podía mientras los ojos me ardían y los pulmones me clamaban por oxígeno. Corrí por la discoteca con mi hija en brazos, esquivando el mobiliario en llamas. Me tropecé una de ellas, caí de rodillas, pero logré levantarme a duras penas. Me estaba ahogando. No veía la puerta. Debido al alcohol del bar se comenzaron a crear pequeñas explosiones. Dudé si podría salir. Pensé que quizás debía dejar a Leah en el suelo y pedirle que corriera hasta la puerta, pero no me atrevía a soltarla.

Cuando el miedo a no conseguir escapar vivas de allí comenzó a hacerse hueco en mi pecho, finalmente vi la luz. Recé a todos los dioses existentes para poder avanzar los pasos que me quedaban y no desmayarme. Estuve a punto de hacerlo cuando unas manos me sujetaron. Alcé la vista borrosa para ver a Caleb. Me derrumbé en sus brazos. Leah se cogía con fuerza a mi cuello, pero estaba bien.

—Megan, ya está, respira —me dijo algo angustiado, acariciándome la espalda mientras tosía, buscando aire—. Estás a salvo.

—Andrew… —farfullé. Casi no podía hablar. Tenía la garganta desértica.

—¿Dónde está?

—Está… dentro. Está herido… Tengo que ir…

Dejé a Leah e hice ademán de regresar, pero Caleb me retuvo.

—¿Estás loca? No puedes volver a entrar ahí.

—¡Pero no conseguirá salir solo!

Las lágrimas rodaron por mis mejillas sin que pudiera detenerlas, me escocían mucho los ojos. Caleb levantó la vista hasta la discoteca en llamas y al caos alrededor. Los bomberos todavía no habían llegado, solo dos coches de policía. Había sido todo muy rápido.

—Espera que lleguen los bomberos y lo rescatarán.

—¡Será demasiado tarde! —dije con desesperación.

Caleb meditó en silencio, y de pronto, se levantó y se quitó la camisa, se quedó con una de tirantes y utilizó la otra prenda para taparse la nariz y la boca.

—Yo iré a por él.

—¿Qué…? ¡Espera!

No me escuchó, se metió en el incendio.

Vi su figura desaparecer en la humareda y me quedé allí, sentada en el suelo con Leah en mis brazos, la vista clavada en esa puerta, el pulso bombeando con furia en mis venas.

Los minutos fueron agonizantes, los peores de toda mi vida. Cada segundo que pasaba sin verlos salir de aquel infierno me consumía por dentro.

No iban a lograrlo.

Morirían los dos allí.

Leah continuaba abrazada a mi cuello, y yo me refugié en ella, aterrada. El llanto me cubría el rostro, y la pequeña, que también estaba asustada, me limpiaba las lágrimas con su manita.

Por favor.

Por favor.

No podía vivir sin Andrew. Ya no. Ahora que lo teníamos todo. Ahora que éramos una familia. Ahora que habíamos recuperado lo que perdimos. No podía dejarme. Joder, no iba a perdonarle nunca si se moría.

Sonó otra explosión y los cristales de las ventanas del piso superior reventaron. Cerré los ojos con fuerza, incapaz de sostener a mi alma derrotada. Las sirenas de los bomberos inundaron la calle y las luces nos bañaron. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Minutos? ¿Horas? A mí me parecía una maldita eternidad.

Un bombero se nos acercó mientras otros se apresuraban a echar agua con sus mangueras al local. Nos echó una manta térmica por encima y nos preguntó algo. Apenas le escuchaba. Asentí porque era lo único que podía hacer.

La agónica idea de que el peor de los finales se cumpliese empezó a hacerse hueco en mi interior, se incrustaba en mi corazón malherido como un veneno que mataba todas mis esperanzas.

No iban a volver.

Estaban muertos.

Andrew estaba muerto.

Desangrado. Asfixiado. Quemado en esas paredes de fuego.

Solo.

Nunca más… volvería a verle…

Unas sombras se distinguieron en la puerta del local. El corazón me dio un salto en el pecho. Me quedé mirando fijamente y el mundo pareció ir a cámara lenta mientras veía dos figuras salir a trompicones entre las llamas. Caleb y Andrew. Ambos se sujetaban el uno al otro, estaban llenos de hollín, tosían y casi no se tenían en pie. Andrew se sujetaba la herida con la mano, con

la camisa empapada de sangre.

Pero estaban… vivos.

Los bomberos los socorrieron con mantas térmicas y mascarillas de oxígeno. Dos paramédicos se acercaron a Andrew para atenderle. Permanecí en el sitio, sentada en el suelo de la calle, paralizada. Leah se separó de mis brazos y corrió hacia su padre. Este levantó la vista, se quitó la mascarilla, apartó a los paramédicos y la recogió en sus brazos. Vi cómo la abrazaba con intensidad, hundiendo la cabeza en su pequeño cuello, como si hubiera pensado que nunca más podría hacerlo.

Con esfuerzo, me levanté de la acera, caminé hacia ellos, y cuando Andrew me divisó alargó la mano para que me uniera. Me arrodillé a su lado y completé el abrazo de los tres con una sensación abrumadora expandiéndose por mi pecho. Olía a humo, a fuego, a quemado, y a vida. Estaba vivo. Estábamos vivos. Sollocé en su hombro, incapaz de controlarme.

—Estoy aquí, mariposa. Estamos bien —me susurró al oído con voz cascada.

No respondí, solo lloré mientras lo apretaba contra mí, con la niña al otro lado de él. Los tres nos fundimos como en un solo cuerpo. Aliviados. Juntos por fin.



CAPÍTULO 47

UNA OPORTUNIDAD

ANDREW

Cuando crees que vas a morir, pasan muchas cosas por tu mente. Al menos en mi caso, no vi un recorrido por lo que había sido mi vida, mis errores y alegrías, sino que me abordaron las imágenes de lo que iba a perder.

Entre las llamas que consumían las paredes, el humo filtrándose por mis pulmones y la sangre brotando sin cesar de mi herida, lo único en lo que podía pensar era en Megan y Leah. En sus rostros, sus risas, en todos los momentos con ellas que ya nunca sucederían. En cómo sufrirían mi muerte, cómo seguirían adelante sin mí. Y a pesar de haber pensado que lo mejor para ellas era estar alejadas de mí, con la muerte respirándome en la nuca, solo quería estar a su lado. Quería una nueva oportunidad, quería resarcirme demostrándoles lo mucho que las amaba.

La vida me había dado esa segunda oportunidad. Había vuelto a nacer. Y no pensaba desperdiciarlo. Se había terminado. Todo por lo que luché, se acabó. Pensaba mandarlo a la mierda y centrarme en lo que más necesitaba. Mi familia. Si mi padre me había enseñado algo de valor, era que la familia era lo más importante. En una cosa iba a honrar su memoria, por lo menos.

Después del incendio, nos trasladaron al hospital más cercano para comprobar que la inhalación de humo no ocasionó problemas graves y para operarme a mí de urgencia. En cuanto

me desperté, tumbado en la camilla, con una vía en el brazo y el abdomen dolorido y vendado, intenté incorporarme. Levanté la mano para quitarme el tubo de oxígeno, pero una enfermera me vio y me lo impidió.

—Tiene que quedarse aquí, señor, le acaban de operar.

—Quiero ver a mi mujer y a mi hija. ¿Dónde están? Se las llevaron en otra ambulancia.

—Deje que lo consulte, ¿de acuerdo? Pero no se mueva.

Empecé a quitarme la vía intravenosa.

—Señor…

—Estate quieto, por favor.

Alcé la vista hacia la voz. Esa voz que conocía tan bien. Megan estaba enfrente de mí mirándome con reprobación. Expulsé el aire despacio y dejé la vía en su sitio. Verla me produjo casi tanto alivio como cuando la encontré al salir del incendio con sus mejillas húmedas.

La enfermera suspiró y se alejó para darnos privacidad.

—¿Estás bien? ¿Dónde está Leah? —pregunté enseguida.

—Estamos bien. No la han dejado pasar aquí, se ha quedado con mi hermana fuera —explicó, lo cual hizo que relajara los hombros—. Ponte el oxígeno otra vez, anda.

—No lo necesito.

Acto seguido tosí un poco, lo que me quitó bastante razón. Megan negó con la cabeza y se acercó para coger el tubo, con mucho cuidado me lo puso de nuevo en la nariz.

—Ya no recordaba lo insoportable que eras cuando tienes que cuidarte.

—Ni yo lo buena enfermera que eras.

Una sonrisita empezó a formarse en sus labios. Deseé besarla en ese instante. Besarla y abrazarla y no dejarla ir jamás.

—Haz caso a los médicos, por favor. No quiero que te pase nada después de haber sobrevivido a un disparo y a un incendio.

—Caleb me ha ayudado a salir —recordé—. Todavía no puedo creerlo.

—Ya. Es irónico, ¿no? Él te metió en la cárcel y ahora te salva la vida. Verdugo y salvador al mismo tiempo.

Había algo que quería saber, y al mismo tiempo no. Una parte de mí quería olvidar lo que había ocurrido, borrarlo para siempre de mi memoria y fingir que nunca existió. Pero tenía que corroborarlo.

—Fabio… —dije sin más.

Megan me miró a los ojos.

—Lo han encontrado muerto. Me lo ha dicho la policía.

Lo que imaginaba. Con las heridas de bala que tenía en el pecho era imposible que pudiera escapar por su propio pie y nadie le ayudó. No corrió mi misma suerte. Le abandonaron, incluso

las personas en las que creía confiar. Incluso su propia hermanastra fue capaz de intentar matarlo.

—Serena huyó, ¿verdad?

La expresión de Megan cambió a una de desprecio.

—Sí. Esa zorra echó a correr en cuanto pudo.

—No irá muy lejos, la pillarán.

—Eso espero.

Me recoloqué en mi sitio para que Megan tomara asiento en un lado de la cama y moví el tubo del oxígeno. Era muy molesto. Todavía quedaba alguien sobre el que quería información.

—¿Has sabido algo de Marco?

Ella asintió.

—La ambulancia llegó a tiempo. Está custodiado por la policía en otro hospital. Cuando se recupere lo detendrán por intento de asesinato… por secuestro y por provocar el accidente que tuvimos Nate y yo. Pasará mucho tiempo en prisión…

—Él se lo ha buscado. Nadie intenta hacer daño a la mujer que amo y a mi hija y sale impune.

Megan negó con la cabeza con una ligera sonrisa.

—Leah quería entrar, se ha puesto muy triste de no poder quedarse contigo.

Sus palabras me calentaron el corazón.

—Les diré que estoy bien. Solicitaré el alta voluntaria.

Hice amago de levantarme, lo que fue bastante doloroso, pero Megan puso su mano en mi pecho para retenerme.

—De eso nada. Te quedas y descansas. Ya verás a tu hija cuando los médicos aseguren que estás fuera de peligro.

Dejé escapar un sonoro suspiro.

—Me estás matando, mariposa.

—Tú casi me matas a mí —dijo muy seria. Tragó saliva, como intentando contener sus emociones—. Nunca había pasado tanto miedo, Andrew. Pensaba… pensaba que te perdía.

Sostuve su mirada castaña unos segundos, con el pecho apretado y no precisamente por la falta de oxígeno. Alargué la mano para coger la suya, la apreté fuerte. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Me dolía haberla hecho sufrir de ese modo.

—Lo siento… Estoy bien. No vas a perderme. —Las lágrimas rodaron por sus mejillas y yo me apresuré a limpiarlas con el pulgar, acto seguido deslicé la mano hasta la parte posterior de su cabeza—. Ven aquí.

Megan se inclinó hacia mí para abrazarme con cuidado de no tocar el vendaje. Rodeé su cuerpo con los brazos y hundí el rostro en su pelo. Era la mejor sensación que conocía.

—Si vuelves a hacer algo como lo de antes, permitir que te maten por nosotras, te juro que

no te perdono —murmuró contra mi ropa—. Nunca vuelvas a asustarme así.

Dejé escapar un profundo suspiro.

—Vosotras lo sois todo para mí, mariposa. Habría muerto para salvaros las veces que hiciera falta —dije contra su suave cabello—. ¿Sabes? Antes de que Serena disparara, y en los últimos momentos del incendio solo podía pensar en ti y en Leah. En lo mucho que os necesito. Quiero creer que la vida me ha dado otra oportunidad para estar con vosotras y recuperar el tiempo perdido.

Megan levantó la cabeza para mirarme con los ojos enrojecidos y las mejillas húmedas del llanto. Le aparté un mechón del rostro con cariño.

—Entonces la aprovecharemos.

Esbocé una sonrisa sin poder evitarlo. Lo que sentía por la mujer frente a mí era indescriptible. Jamás creí que podría enamorarme de una forma tan arrolladora.

—Te amo, mariposa.

Megan mordió su labio inferior.

—Yo también te amo.

Quité el tubo de mi nariz y Megan comenzó a quejarse, pero la acallé besándola en los labios. El sentimiento que embargó mi ser era muy parecido a la felicidad. Ella fue la única persona en mi vida que consiguió que conociera lo que significaba. Tenía claro que debía devolvérselo.

Un carraspeo nos hizo separarnos de golpe. Megan se levantó de la cama avergonzada y recolocó su ropa mientras se aclaraba la garganta. Yo traté de evitar sonreír. El doctor nos trajo los resultados de las pruebas, todo estaba correcto y la operación de mi pierna había sido un éxito. Me avisó de que si evolucionaba de manera favorable, me darían el alta en un par de días.

Le pedí como un favor excepcional poder ver a mi hija, y finalmente, el doctor aceptó. Megan avisó a su hermana y en cuanto Leah apareció en la habitación, corrió hacia la cama para abrazarme y yo la acuné como si hubiéramos estado separados una eternidad. Aunque yo la había sentido así.

—Cuidado, cielo, Andrew tiene una herida —advirtió su madre.

Ella se apartó un poco, pero no la solté. Le dediqué una sonrisa.

—¿Te duele mucho? —preguntó con inocencia.

—Solo un poquito.

—¿Se te curará y podrás volver con nosotras?

El corazón se me apretó ante su deseo de estar conmigo. Megan parecía algo emocionada. Alice, a su lado, nos miró con curiosidad.

—Claro que sí, pequeña —respondí, poniéndole un mechón de pelo castaño tras la oreja—. Me recuperaré tan rápido que ni te darás cuenta.

—Bueno, supongo que somos cuñados otra vez, eh —dijo Alice con un tinte de diversión.

Megan le echó una mirada de advertencia.

—Eso parece —repuse.

—Me alegro de que estés bien. —Asentí con una pequeña sonrisa de agradecimiento que se borró en cuanto siguió hablando—: A mamá le va a dar un infarto cuando se entere.

—Ya me ocuparé yo, tú no digas nada —dijo Megan.

—Por no hablar de papá…

—Alice —avisó Megan.

Ella se encogió de hombros.

—Vale, vale. Solo os aviso, a mí me parece bien.

Su hermana mayor dio un suspiro cansado.

—Hablaré con ellos —afirmé. Megan me miró—. Les contaré toda la verdad y me disculparé como es debido. Es lo mínimo que puedo hacer.

Era consciente de todo lo que había hecho y que era completamente normal que los padres de Megan no quisieran saber nada de mí. Mucho menos que su hija regresara conmigo. Pero estaba dispuesto a agachar la cabeza y recibir lo que fuera por estar con ella.

—¿Vas a ser mi papá? —preguntó de pronto Leah.

Me quedé quieto, la emoción se hizo hueco en mi interior al escuchar la palabra «papá» y la certeza de que lo era. Dirigí mi vista a Megan, que, por su expresión, diría que estaba tan sorprendida como yo. Todavía no le habíamos contado a Leah sobre nuestro parentesco, y tampoco sabía cuándo creía Megan que sería conveniente hacerlo. Por mí, en ese mismo instante. Vi cómo ella cavilaba lo que contestar.

—Si tú quieres que sea tu papá, será tu papá —respondió.

Intercambiamos una mirada.

A Leah se le iluminó el rostro.

—¡Sí quiero!

Alice soltó una risa.

—Ni que te estuviera pidiendo matrimonio.

Su sobrina la atisbó sin entender bien, pero no le importó mucho, sonrió muy contenta entre mis brazos. Si lo de antes había sido felicidad, esto era mucho más intenso. Megan nos observó sin poder evitar que se notara su satisfacción. Me dio la mano y yo se la apreté con fuerza.

—Ahora somos una familia —dijo.

Le devolví la mirada llena de sentimiento.

Sí, lo éramos. Por fin.

Alguien tocó a la puerta, y acto seguido, carraspeó y entró en la habitación. Era Caleb. Iba vestido de calle con unos papeles en la mano, por lo que supuse que le acababan de dar el alta.

—Con permiso —dijo acercándose.

Megan esbozó una pequeña sonrisa. Su hermana se quedó mirando al agente como si acabara de aterrizar un ángel. Se había quedado prendada.

—Hola, Caleb —le saludé.

—Hola. —Me echó un vistazo de arriba abajo—. Tienes buen aspecto. Me han dicho que la operación ha salido bien.

—Sí, por suerte. —Le miré a los ojos. Le debía la vida, jamás podría agradecérselo lo suficiente—. Te agradezco de corazón por tu ayuda. Sin ti no habría podido salir.

Negó un poco con la cabeza, parecía un tanto incómodo.

—Tranquilo, solo he hecho mi trabajo.

—No es cierto —intervino Megan—. Tu trabajo no era arriesgar la vida por sacar a nadie de un incendio. Lo hiciste de forma altruista. Y de verdad te doy las gracias por ello.

Caleb se pasó una mano por la nuca. Daba la impresión de que los agradecimientos y los cumplidos no eran lo suyo. Alice continuó contemplándolo con adoración mientras mordía su uña pintada de rosa.

—Bueno… —empezó Caleb—. De nada. No iba a dejar que muriera una persona inocente si yo podía hacer algo para evitarlo. Me alegro de que todo se haya solucionado.

—¿Ya te han dado el alta? —preguntó Megan.

Él levantó los papeles.

—Estoy como un roble. Tendré que usar un inhalador unos días, pero eso no es nada.

Curvé los labios en una sonrisa.

—Llévalo junto al arma, por si acaso.

El policía soltó una ligera risa.

—Buena idea. —Dio un par de pasos hacia atrás—. Me marcho ya, hablamos pronto. Cuídate, Andrew.

—Igualmente.

Nos despedimos de Caleb y lo vimos salir de la habitación.

—Madre mía, cómo está el poli, ¿no? —soltó enseguida Alice.

Su hermana le echó una mirada que se debatía entre el aguantarse la risa y la desaprobación. Sin embargo, yo no me contuve. Me reí un poco y el costado me dolió con el movimiento. Debía tener cuidado con eso de reírme.

—¿Tendrá Instagram? Voy a buscarlo —dijo sacando su móvil para llevarlo a cabo.

—Alice, por Dios, será como diez años mayor que tú.

—La edad es solo un número, Meg.

—¿La tía se va a casar con un poli? —quiso saber Leah.

Megan la miró escandalizada.

—Ojalá —suspiró Alice.

El costado volvió a dolerme cuando no pude evitar la risa de nuevo. Era imposible controlarse con esa familia.

Mi familia.

¿Cuánto tiempo hacía que no me reía? Había perdido la cuenta. De modo que, si se me abría la herida y tenía que morir, estaba de acuerdo en que fuera por aquello.



Los días pasaron y el tiempo fue poniendo todo en su lugar. Me dieron el alta y, a pesar de que todavía me dolía hacer algunos movimientos, me valía bastante bien solo. Me mudé con Megan a su apartamento, el cual pretendíamos dejar para comprar una casa en cuanto pudiéramos permitírnoslo.

Gracias a Caleb me concedieron libertad absoluta.

Era libre por fin.

El Morfeo quedó destruido, y las chicas que allí trabajaban fueron liberadas. Tan solo una decidió declarar en contra de la red criminal de Fabio y su hermanastra, además de Zaira, con la que consiguieron contactar y ofrecer protección a cambio de su testimonio. Ella aceptó sin dudar.

Serena no fue encontrada. Supusieron que había abandonado el estado. Por suerte, el pendrive a trozos que le di a Caleb sirvió de algo, se pudo sacar información que incriminaba a la familia Santoro en tráfico de armas. Esto llevó a otros implicados a la justicia, como Rodric, que no logró escapar, y socios con los que trataban.

Marco se recuperó de sus heridas y lo metieron en la cárcel hasta el juicio. Aunque Nate no corrió la misma suerte. Continuaba en coma. Megan iba cada vez que podía a visitarlo, y Elia la suplía cuando a ella le era imposible. Su pronóstico era incierto. En cierta forma, también me sentía culpable por lo que le sucedió, y esperaba, de corazón, que pudiera salir de aquello.

Alfred fue condenado por sus cargos. Fui a verle un par de veces, y seguiría haciéndolo mientras estuviera preso. Una parte de la responsabilidad era mía, de modo que era lo mínimo que podía hacer. De todas formas, sabía que conseguiría que le redujeran la pena por buen comportamiento.

Los padres de Megan me dijeron de todo cuando fuimos a visitarlos en Navidad para

contarles lo sucedido y que volvíamos a estar juntos. Lo acepté sin rechistar. Richard, su padre, incluso me amenazó con dispararme si volvía a hacerle daño a su hija. Sin embargo, poco rato después, Helena, su madre, ya estaba ofreciéndome más comida como si fuera uno más de la familia. Y así me sentía.

En cuanto a Rose y a Josh, les contamos todo lo sucedido después del incendio. Como era evidente, estaban felices de que Megan y yo hubiéramos arreglado las cosas. «Siempre supe que acabaríais juntos, era el destino» dijo Rose. Lo cierto era que estaba de acuerdo con sus palabras.

Solo me quedaba una cosa que cumplir, y era encontrar a mi madre. Investigué las cuentas de mi padre, por si le hubiera estado mandando dinero de alguna forma, y lo que descubrí me sobrepasó.

—La he encontrado —le dije a Megan esa noche.

—¿A quién? —preguntó mientras servía las palomitas en un cuenco antes de que nos pusiéramos a ver una película.

—A mi madre.

Megan se me quedó mirando, dejó de mover las manos y parpadeó, sorprendida.

—¿Va en serio?

Suspiré y me senté en el sofá.

—Me temo que sí.

Ella tomó asiento a mi lado con una expresión de desconcierto y preocupación que se me hizo tierna. Seguramente pensaba que había descubierto que estaba muerta. Pero no.

—¿Está viva? —preguntó en voz baja. Leah ya estaba durmiendo y tampoco era un tema del que debiera enterarse aún. Asentí despacio—. ¿Y dónde está?

—En una residencia de Carolina del Norte.

Ella frunció el ceño, sin entender mucho. Mi madre no era tan mayor como para tener que estar en un lugar así, sin embargo…

—¿Por qué? ¿Cuánto hace que está allí?

—Años. Tiene alzhéimer prematuro.

Megan se tapó la boca con la mano.

—Joder…

—Mi padre le pagó varios años de residencia por adelantado cuando enfermó. La encontré al revisar sus cuentas y ver a donde fue un recibo que me pareció extraño. Llamé a la residencia diciendo que era su hijo y me lo explicaron. Dejó de enviarnos cartas porque ya no se acordaba de nosotros.

Los ojos de Megan se humedecieron.

—Dios, lo siento mucho, Andrew.

—Me gustaría ir a verla. Si no te importa acompañarme…

Megan se incorporó y me miró a los ojos.

—Pues claro que voy a acompañarte, a dónde sea, ya lo sabes. Y más todavía en esto.

Le acaricié la mejilla y ella se inclinó hacia mi toque. Iba a ser duro, era consciente, pero tenía que hacerlo. Necesitaba cerrar ese capítulo de mi vida de una vez por todas.

Megan se acurrucó en mi pecho y yo la rodeé con los brazos. No dijimos mucho más, nos centramos en la película.

Un par de semanas después nos encontramos delante de la residencia. Habíamos dejado a Leah con Elia porque no sabíamos en qué estado estaba su abuela y cómo podría reaccionar, no queríamos que una niña tan pequeña presenciara eso.

Observé la fachada con un pesar en el pecho que hacía que me costara respirar. Ni siquiera me creía que estuviera allí. Entramos en la residencia y una mujer menuda con un uniforme parecido al de una enfermera nos saludó. Me pidió mi nombre y el de la persona a la que iba a visitar. Sonrió de forma cordial. Pero a mí todo me parecía irreal. Hizo que la siguiéramos por un pasillo ancho y de paredes blancas. Como un hospital. Me hacía sentir incómodo. Llegamos a la puerta correspondiente y mientras veía a la mujer abrirla, el corazón se me aceleró.

Noté la mano de Megan en la mía. La miré en silencio, a lo que ella me apretó los dedos para darme fuerzas. No sabía si las tenía. Iba a ver a mi madre después de más de veinte años. Después de haber creído que nos abandonó porque no nos quería. Que nunca regresó a por mi hermano y a por mí porque ya no le importábamos. Después de poner mi vida y la de las personas que quería en peligro por vengar lo que le hicieron.

Ahora todo parecía tan nimio.

Tan insignificante.

La puerta se abrió, y la mujer nos dio paso. Era una habitación individual, de paredes blancas, como no, con muebles de madera, una cama, un armario, un sillón. Un sillón en el que se encontraba ella. Mi madre estaba sentada allí, mirando la televisión en una de las paredes a un volumen demasiado bajo para que pudiera oírlo.

El pulso se me paró al verla. Nada quedaba de la madre que había conocido. Esa bella mujer de cabello negro, rostro envidiable y cuerpo esbelto ya no estaba. La edad era evidente en sus facciones, en las canas en su cabeza, en su postura cansada. Pero no era solo la vejez lo que la había cambiado. Era como una rosa marchita.

—Puede acercarse y hablarle, pero no lo haga en un tono fuerte —explicó la cuidadora—. Tampoco le haga muchas preguntas.

Asentí. Mi nuez de Adán se movió cuando tragué saliva. Me acerqué despacio al sillón, me acuclillé delante de ella y la miré a los ojos. Su color era el mismo, ese verde que yo heredé, sin embargo, no había luz en su mirada.

—Hola, mamá.

No se inmutó. Bajé la vista a mis manos.

—¿Puedo tocarla? —pregunté.

—Sí, si ella se deja —respondió la cuidadora.

Acerqué la mano a la suya y coloqué mi palma sobre su dorso con cuidado. No se asustó, pero dio un pequeño movimiento. Cerré delicadamente los dedos entorno a los suyos. Algo se rompió dentro de mí. Estaba tocando a mi madre. O lo que quedaba de ella. Sentía que ya la había perdido, pero no me rendí. Quería creer que seguía ahí dentro, en algún lugar.

—Mamá, soy Andrew. ¿Te acuerdas de mí? —Al fin, ella giró la cabeza y me miró. Me hubiera gustado ver el reconocimiento en sus ojos, aunque no fue así—. Soy tu hijo.

Separó los labios para hablar y casi se me sale el corazón del pecho ante la expectación de escuchar su voz.

—¿Hijo? —preguntó.

Su voz había cambiado también, por supuesto, ahora era la de una mujer mayor, a pesar de que no recordaba bien cómo era antes, hacía demasiado tiempo. Traté de esbozar una sonrisa.

—Sí. Tienes dos hijos, yo, Andrew, y Josh.

—Hijos —repitió—. Tenía dos hijos.

El nudo en mi garganta se apretó más. Me dolía el pecho. Asentí despacio.

—Tienes dos hijos.

—¿Leíste… mis cartas?

Me giré hacia la cuidadora, que estaba sorprendida también por la pregunta de mi madre. Megan intercambió conmigo una mirada esperanzada. ¿Se acordaba de eso? ¿Era una buena señal?

—Sí, las leí. Tarde, pero las leí.

—Solía decir que tenía que mandar cartas, pero no recordaba a quién —rememoró la cuidadora.

—Papá las guardó —le dije a mi madre. Su ceño se frunció un poco—. Stephen. Tu marido.

—Mi marido —repitió como masticando en su memoria la palabra—. ¿Dónde está? ¿No ha venido? Se hace tarde.

Sentí la mano de Megan apretando mi hombro. Debió de notar como la pregunta me abrumó demasiado. Intenté controlar mis emociones y alcé la mirada a mi madre. No era el momento de contarle que murió, no quería hacerle daño en nuestro primer encuentro.

—Vendrá pronto —murmuré.

Mi madre dibujó una débil sonrisa que me partió el alma en dos. Ojalá hubiera sabido dónde estaba. Ojalá hubiera podido compartir con ella sus últimos años de lucidez. Ojalá mi padre, el que ahora mismo estaba anhelando ver, no la hubiera apartado de nosotros. Pero no había ido para odiar a mi padre, ni para arrepentirme del pasado.

—¿Quién es? —inquirió observando a Megan.

—Es mi mujer. —Legalmente todavía no lo era, pero no importaba. Dirigí mi vista a ella, que me devolvió una mirada llena de amor y aliento—. Se llama Megan.

Por primera vez desde que habíamos entrado, la mirada de mi madre se iluminó mientras la contemplaba.

—Es muy bonita —alabó.

—Gracias, Cassandra —respondió con dulzura su nuera—. Es un placer conocerte al fin.

—¿Y tu… tu hermano? —me preguntó.

—Josh —le recordé—. Vive en otro país, pero está deseando verte. Te hará una visita pronto.

Mi madre dibujó una sonrisa vacilante, tímida.

En ese momento lo supe, no quería que aquello terminara ahí, en una simple y última visita. Quería aprovechar ese efímero tiempo que la vida nos había dado de pronto al reencontrarnos. Quería acompañar a mi madre mientras siguiera en este mundo.

—Mamá, ¿te gustaría que viniera a verte de vez en cuando? —le pregunté.

Ella ladeó la cabeza con los ojos cansados brillando con una pizca de curiosidad. Apretó mi mano, lo cual me sorprendió.

—Sí —musitó—. Eres mi hijo. Podemos… pasear por el jardín. Hay muchas mariposas.

Las lágrimas anegaron mis párpados inferiores y carraspeé para disimular. Le dediqué una sonrisa a mi madre.

—Trato hecho.

Unos minutos más tarde, nos despedimos de mi madre y salimos de su habitación. Fuimos hasta la recepción con la cuidadora.

—Ha sido una sorpresa, no sé si le ha reconocido, pero sí que le ha aceptado enseguida. A usted y a su mujer —comentó—. Y ha recordado las cartas. Si sigue viniendo creo que le hará mucho bien.

—Lo haré. A partir de ahora me ocuparé de los gastos.

—De acuerdo. Pase por aquí y haremos el papeleo.

Una vez arreglamos eso, Megan y yo nos marchamos de la residencia. Fuera, el sol me dio en la cara e intenté manejar todos los sentimientos que me embargaban.

—¿Estás bien? —se interesó Megan.

—Sí… Ha sido duro, pero ha ido mejor de lo que esperaba. Aunque… —Tiré de su mano para acercarla a mí—. Me vendría bien un abrazo.

Megan sonrió con cariño y alzó los brazos para rodear mi cuello y permitirme esconder el rostro en el hueco de su hombro mientras nos abrazábamos fuerte.

—Estoy orgullosa de ti —susurró contra mi pelo.

Inspiré su aroma familiar. Poco a poco, mi corazón malherido se fue calmando. A su lado todo era más fácil. Veía la vida de otro color.

Ella me acarició el cabello y nos quedamos así unos minutos.

Aunque podría haberme quedado una eternidad entre sus brazos. Con Megan nunca era suficiente.



EPÍLOGO

El cartel con la palabra Metamorfosis me dio la bienvenida cuando entré en la librería. Me limpié el sudor de la frente y agradecí el aire acondicionado. Estábamos en pleno verano y las temperaturas se habían mantenido altas últimamente. Saludé a Elia, que estaba ensimismada en el ordenador. Al verme, sonrió y un mechón caoba de su pelo se deslizó de su hombro.

—Hey, ¿te has derretido viniendo, socia?

—Casi.

Dio un par de *clicks* con el ratón y se levantó para coger su enorme bolso rosa.

—Yo me voy ya, que Nate me estará esperando.

Dibujé una sonrisilla.

Nate había despertado hacía un par de meses. En total estuvo casi seis meses en coma, pero logró salir y recuperarse sin demasiadas secuelas. Elia fue tantas veces a verle, hablarle y leerle libros, que cuando despertó, solo preguntaba por la chica que había estado con él. Decía que la había escuchado en sus sueños. Ahora se estaban conociendo y se los veía bastante acaramelados. Me alegraba muchísimo por ellos, la verdad.

Nate y yo seguíamos siendo amigos. Le pedí muchísimas veces perdón por lo que tuvo que pasar por mi culpa, pero él lo comprendió y me quitó la responsabilidad. Hasta en algo así se

portó muy bien conmigo, como siempre había hecho.

—Anda, ve. No vaya a ser que estéis demasiadas horas sin veros —me burlé.

—Mira quién fue a hablar.

Negué con la cabeza. Aunque tenía razón, Andrew y yo no nos separábamos para nada. Ni tampoco nos separábamos de Leah. Éramos un tándem.

Me despedí de Elia y me pasé un rato haciendo facturas. El teléfono comenzó a sonarme y vi que era Rose. Lo cogí enseguida.

—¿Qué se le hace a un bebé cuando no para de llorar? —preguntó con desesperación—. Es de madrugada y no hay manera de calmarlo.

De fondo se escuchaba el llanto de Aren. El pequeño solo tenía dos meses, y rose me llamaba cada vez que no sabía qué hacer. Era lo que conllevaba ser madre primeriza. Solté una risita y procedí a explicarle lo que pensaba que podría pasarle más las soluciones. Ella probó la postura que le comenté y el lloro empezó a disminuir.

—Ves, ya está más tranquilo.

—Gracias, Meg, qué haría yo sin ti. Porque este hombre no tiene ni idea —espetó como si estuviera regañando a alguien.

—¿Qué quieres que haga? No tengo un manual de bebés —escuché que replicaba Josh de fondo.

Me mordí el labio, aguantándome la risa.

Cuando se solucionó todo el tema de Fabio y Andrew y yo volvimos a estar juntos, retomé el contacto con ellos. Realmente hablaba todos los días con mi cuñada, nos enviábamos mensajes y fotos de nuestros hijos.

Su intención era quedarse en China bastantes años más. Aren había nacido allí y ellos se habían acostumbrado a la vida asiática. Eran felices. De modo que, nosotros decidimos que iríamos a visitarles cuando pudiéramos.

Hablamos un rato más mientras yo colocaba libros en las estanterías. La librería estaba tranquila, había algún que otro cliente mirando novedades. Un hombre un poco más mayor yo ojeaba libros de thriller. Le miré con el rabillo del ojo. A pesar de que no habíamos tenido más incidentes con clientes, y de que Frank estaba en prisión, al menos durante un par de años, no logré quitarme de encima el recelo que sentía a veces con algunos hombres que venían a comprar.

El susodicho, eligió uno y yo se lo cobré con normalidad. Luego suspiré. Era una persona normal y corriente. Ya nadie iba a hacerme daño. Ni Frank, ni ningún mafioso.

Tenía que grabármelo a fuego.

Cuando terminé la jornada, Andrew vino a por mí.

Siempre me recogía con el coche. No porque pensara que iba a pasarme algo, sino porque le

gustaba hacerlo. Salí de la librería y me encontré con él. Tan guapo como siempre, vestido con pantalón negro y camisa blanca, después de haber estado trabajando en la empresa de venta de vehículos que le había contratado hacía unos meses. Le sonreí y tomé asiento en el lado del copiloto.

—Mañana no hagas planes —me dijo cuando ya nos habíamos puesto al día—. Quiero llevarte a un sitio. Dejaremos a Leah con Hayley.

Por suerte, mi niñera no me había mandado a la mierda después de lo que le sucedió en el secuestro. Aceptó la verdad y nos perdonó, y como agradecimiento, le subimos el sueldo. Leah la adoraba, de modo que me alegraba de no tener que haber buscado a otra chica.

—Vale, pero ¿a dónde iremos?

Él curvó la comisura de su boca en una sonrisa ladina.

Todavía me aleteaba el corazón cuando la veía.

—Ya lo verás.

No me gustaban demasiado los misterios. Andrew era propenso a hacerme regalos por sorpresa, tanto a mí como a Leah, pero sentía que esta vez tenía algo gordo entre manos.

Llegamos a casa y mi hija nos recibió muy contenta como todos los días.

El episodio que tuvo que vivir no parecía haberle afectado demasiado. La llevamos a un psicólogo infantil por prevención e intentamos explicarle lo sucedido de forma que pudiera entenderlo. Las únicas consecuencias fueron que su desconfianza a personas desconocidas aumentó y que le tenía un poco de pavor al fuego y a estar encerrada.

Por el resto, seguía siendo la niña que siempre fue.

Le comentamos a Hayley que se quedara con ella el sábado, a lo cual aceptó sin problemas. Cenamos los tres hablando de todo y de nada. Le di un baño a Leah mientras Andrew fregaba los platos, y más tarde, la acostamos y su padre le leyó por enésima vez El Rey León. Por su cumpleaños, Andrew le había regalado un peluche enorme de Simba y ella lo abrazaba todas las noches. Se quedó dormida al acabar la historia.

Le contamos que Andrew era su padre poco tiempo después de visitar a su madre en la residencia. Fue como un llamado de atención para no perder ni un segundo de ser una familia de verdad. Leah nos miró extrañada al principio, pero luego dibujó una sonrisa enorme y dijo que para ella ya era su papá. Andrew casi se puso a llorar de la emoción.

Unas horas más tarde, nos fuimos nosotros a la cama y estuve preguntándole varias veces a dónde me iba a llevar, pero no soltó prenda mientras comenzaba a besarme. Hicimos el amor, y finalmente, me dormí de cansancio, acurrucada en su pecho como cada noche.

Al día siguiente, Andrew me pidió que me vistiera con algo que me gustara, lo cual fue el mismo vestido azul que lleve a la exposición de Dylan; luego me subió en el coche sin decirme todavía el lugar al que estábamos conduciendo.

Le miré mientras giraba el volante. Se había vestido con pantalones de pinza y una camisa, lo cual me hacía sospechar que quizás me llevaba a una cena romántica en algún restaurante caro.

—¿En serio no vas a darme ni una pista? —indagué.

—No seas impaciente, mariposa.

Hice un mohín y me reacomodé en el asiento. Eché un vistazo por la ventanilla, nos habíamos alejado del centro de Nueva York hacia las afueras. Estaba mirando los árboles pasar cuando Andrew me puso una mano en la pierna.

—Es hora de taparse los ojos.

—¿Estarás de coña?

Él abrió la guantera y sacó una cinta negra.

—Póntela, por favor.

La cogí frunciendo el ceño.

—Hoy estás muy raro. ¿Has bebido?

Andrew soltó su risa ligera y yo chasqueé la lengua.

Sabía que no. No bebía prácticamente nunca. Y menos delante de nuestra hija. Decía que podía aprender malos hábitos y no quería tener que ir a recogerla un día a una discoteca borracha como pasó con mi hermana.

A regañadientes me coloqué la cinta sobre los ojos y la até en la parte posterior de mi cabeza. No veía absolutamente nada. La sensación no era demasiado agradable.

—Espero que esto no sea una especie de fetiche porque no me gusta mucho —dije—. Prefiero verte.

De nuevo esa risa.

—Es solo para que no reconozcas el camino.

Vaya. Así que era un lugar en el que ya había estado.

Empecé a darle vueltas cuando sentí que Andrew giraba el volante, avanzaba y escuchaba una verja abriéndose. Por algún motivo, el corazón me dio un vuelco. El coche avanzó y noté que rodaba sobre graba. Mi instinto se encendió.

¿Estábamos…? No. Era imposible.

Andrew aparcó, tiró atrás el embrague y el motor se apagó.

Tenía el pulso acelerado mientras le oía bajar del coche, cerrar la puerta, caminar cerca de mí y abrir mi puerta. Di un respingo cuando noté su mano en mi mejilla.

—Ya puedes bajar.

Levanté la mano y él enseguida me ofreció la suya. Me ayudó a salir del asiento para ponerme de pie. Cerró la puerta tras de mí. Tenía el pulso acelerado, apreté sus dedos.

—¿Cuándo voy a poder quitarme esto?

—Mmmm… la verdad es que resulta tentador dejártelo puesto.

—Andrew, no me toques las narices.

Esta vez se rio con más ganas.

—No te pongas nerviosa. Sígueme.

Tiró de mi mano y yo obedecí. La graba crujió bajo mis zapatillas mientras avanzábamos. No se escuchaba nada, solo nuestros pasos, era un sitio tranquilo, y no parecía haber nadie más.

Llegados a cierto punto, Andrew me soltó y oí cómo una cerradura, acto seguido el sonido de una puerta abriéndose. Sentí su mano de nuevo, pero esta vez en mi cintura. Me instó a entrar donde sea que me estuviera metiendo.

—Cuidado, hay un escalón.

Levanté el pie para no comérmelo, conseguí subirlo y al adentrarme en aquel misterioso lugar, el silencio y un olor a limpio nos invadió.

Andrew se colocó detrás de mí, me abrazó por la espalda y susurró en mi oído:

—Quítate la venda.

Con un escalofrío que recorrió mi columna, alcé las manos para bajarme la cinta negra de los ojos. Los abrí despacio y me quedé muda.

—Bienvenida, mariposa —susurró Andrew.

Era…

Era la mansión.

La mansión de Andrew.

Estábamos en el vestíbulo. Esa enorme sala con el suelo de mármol blanco y, delante de nosotros, la ancha escalera que subía al segundo piso. Esa por la que bajé tantas veces.

Por la que corrí para huir. En la que me senté para esperar a pedirle explicaciones al hombre que me tenía cautiva. Por la que caminé con un vestido de fiesta precioso de color verde. Por la que descendí con el corazón roto en mil pedazos por tener que abandonar a la persona que amaba.

Fue rápido e intenso, pero viví muchas cosas en aquella casa.

En aquellas paredes que conservarían para siempre los recuerdos de nuestra historia.

—¿Cómo has… conseguido la mansión? —pregunté todavía alucinando.

Andrew apoyó el mentón en mi hombro.

—Caleb me echó una mano. Todavía no se ha vendido, así que digamos que la he alquilado para un día.

—¿Solo un día?

—¿Te gustaría que la hubiera comprado?

—No, debe ser carísima, pero…

Hinché mis pulmones de aire mirando alrededor.

Cuando llegué allí por primera vez, para mí era una prisión, todo me parecía ostentoso e innecesario. Quería escapar y no volver a verla nunca más. Pero con el paso de los días y de todo lo que comencé a sentir por su dueño, adquirió otro color. Se convirtió en refugio. En el lugar donde estaba a salvo, dónde podía ser yo misma. El lugar que guardaba nuestras risas, nuestros besos y caricias. Nuestro dolor. Como un testigo silencioso.

—Aquí empezó todo —murmuré.

—Y también será testigo del momento más importante.

Me giré hacia Andrew, confundida.

—¿Cuál? ¿Qué tienes entre manos?

Él esbozó una sonrisa preciosa. Se separó de mí y me cogió la mano. Me observó con esos ojos verdes y yo me perdí en ellos como un cervatillo en el bosque.

—Ven.

Caminé tras él. Atravesamos la cocina, que me trajo muchísimos recuerdos, llegamos a la sala que conducía a unas puertas de cristal correderas. Al otro lado estaba el jardín. Me quedé mirándolo, boquiabierta.

—No me lo puedo creer.

Como aquella noche, estaba lleno de luces. Guirnaldas que titilaban cálidas sobre nosotros, creando una especie de pasillo. La mesa con las sillas también estaban ahí, la diferencia era que esta vez no había un enorme desayuno sobre esta, sino unos papeles con un bolígrafo.

Separé los labios, aunque no fui capaz de decir nada.

¿Qué significaba todo aquello?

—Hoy vas a ser mía oficialmente —dijo Andrew.

Le miré, él me contemplaba con una escueta sonrisa plantada en el rostro y los ojos brillantes. Me acerqué a la mesa para ver lo que ponía en los papeles.

«Certificado de matrimonio.»

Tenía que estar de broma.

Devolví mi vista a Andrew, sin dar crédito.

—¿Vamos a casarnos? ¿Aquí?

Andrew tenía una mirada juguetona.

—El tema de la boda te estresaba, no querías una ceremonia llamativa ni tener que planificarla, así que lo íbamos posponiendo. Y lo entiendo. Pero yo no puedo esperar más para que seas mi mujer.

—Ya, pero… estamos solos.

—Esto es solo un papel que lo confirma. Cuando estés lista podemos hacer una boda en condiciones con toda tu familia.

Observé de nuevo los papeles. Me parecía una locura, y al mismo tiempo la emoción se

abría paso en mi pecho. Quería hacerlo. Quería firmar ese certificado. Quería ser la esposa de Andrew en ese mismo momento.

—Vale —musité.

Andrew cogió mi mano para acariciar el dorso con el pulgar. Levanté el rostro para mirarle y me perdí en sus ojos verdes.

—Hemos pasado por muchísimas cosas —comenzó—. Demasiadas para una pareja normal. Pero siempre has estado a mí lado, siempre demostraste ser valiente. Nunca te importó quién fui, quién era o quién sería, me diste tu amor de forma incondicional. Diría que me salvaste la vida de manera figurada pero, lo hiciste, de todas las maneras posibles. Y creo que lo mejor que puedo darte a cambio es lo que me reste de ella.

El corazón se me encogió y los parpados inferiores se me llenaron de lágrimas. Nunca pensé que lloraría en una boda, o en un simulacro de boda, o lo que fuera lo que estábamos haciendo, pero ahí estaba. La felicidad que sentía en mi pecho era demasiado que soportar.

—No me importaría repetir todo lo que hice si la recompensa es tenerte ahora —respondí. Andrew apretó mi mano—. Digamos que ambos nos salvamos la vida.

—Entonces, te propongo un pacto —dijo con un brillo especial en la mirada—. Te haré la mujer más feliz del mundo si aceptas casarte conmigo. Y ser mía.

No pude evitar sonreír. Aquellas palabras eran casi idénticas a las que dijo el día que me conoció, cuando «me secuestró».

Decidí seguirle el juego.

—¿Y qué pasa si digo que no?

Él curvó los labios en una sonrisa ladeada, satisfecho de que hubiera recordado sus palabras.

—Me temo que no será agradable para ninguno de los dos.

La verdad es que aquello era bastante divertido.

—¿Me juras por lo que más quieras que si acepto me amarás por siempre?

Él asintió y puso una mano en su corazón de manera dramática.

—Te doy mi palabra.

—Está bien —contesté.

Andrew me tendió el bolígrafo que había sobre la mesa y yo me incliné para firmar los papeles. Luego se lo pasé a él.

—¿Me aceptas como esposa, en la salud, en la enfermedad, secuestrada, o en la cárcel? —le pregunté.

—Acepto —respondió Andrew.

Esbocé una enorme sonrisa mientras firmaba también.

Nos quedamos mirando el certificado.

Ya está. Estábamos casados.

Andrew me rodeó la cintura con sus brazos.

—Lo siento, pero no tengo anillos.

—Mejor. Tengo malos recuerdos con ellos.

Él se inclinó para besarme en los labios.

—Los tendremos cuando hagamos la boda oficial. Y Leah los traerá en un cojín, como en las películas.

Solté una risa.

—Vale, marido.

—Vale, señora Coleman.

Volvió a besarme. Se deleitó moviendo su boca sobre la mía, despacio, dándole el tiempo necesario para erizar mi piel. Rompió la barrera de mis labios con su lengua y yo le dejé entrar sin dudar. Una sensación agradable se deslizó por mi estómago.

Andrew se separó un poco de mí. Se sacó el móvil y toqueteó algo. Entonces comenzó a sonar música muy lenta en unos altavoces que había en el suelo.

—¿En serio?

—Tenemos que hacer el baile nupcial.

Me reí y él me lanzó hacia atrás sujetándome por la espalda, como si estuviéramos bailando un tango. Al regresar a su cuerpo la risa se fue extinguiendo. Esos ojos verdes me engulleron, como si quisieran llevarse todo de mí, como si realmente quisieran hacerme suya para siempre.

—Mariposa… —susurró sobre mis labios mientras empezaba a moverse despacio, bailando al son de la música—. Te dije que sería tuyo hasta el último de mis días, y lo voy a cumplir. No vamos a separarnos nunca más. Estás encadenada conmigo de por vida.

Me mordí una sonrisa y lo apreté más contra mi cuerpo.

—Bueno, es una condena que acepto con gusto.

Andrew posó su frente sobre la mía, sonriendo. Continuamos meciéndonos, con sus brazos en mi cintura y los míos alrededor de su cuello. Lento. Sin pensar en nada. Solo nosotros dos rodeados de luces en aquel jardín.

—Tengo un regalo —me dijo unos minutos después.

Alcé una ceja, sonriendo.

—Ah, ¿sí? Yo no tengo nada.

—No importa.

Después de darme un rápido beso, se separó un poco de mí para sacarse un sobre del bolsillo. Me lo dio, y yo lo miré con intriga.

—¿No será dinero? —inquirí recordando el sobre que me dio para Leah.

—Es algo que llevabas tiempo queriendo.

Abrí el sobre para desvelar el misterio y extraje lo que había dentro. Parpadeé sorprendida al

verlo. Eran billetes de avión. Con destino a China. Levanté la vista hasta Andrew.

—¿En serio? ¿Vamos a verlos?

Andrew esbozó una sonrisa preciosa.

—Sí, vas a conocer a tu sobrino.

Me lancé a sus brazos y él me abrazó con una risa.

—Gracias —dije contra su hombro.

No me podía creer que iba a ver por fin a Rose y a Josh. Y a su precioso bebé.

Me moría de ganas.

—Hay más, míralo bien —señaló Andrew.

Eché un vistazo y descubrí que había más billetes de avión. Los otros dos eran a Egipto. Miré a Andrew sin palabras.

—Siempre dijiste que te encantaría visitar ese país.

La sonrisa se hizo mucho más amplia en mi rostro.

—Eres el marido perfecto.

Andrew me acarició la mejilla.

—Me alegro de que te guste. Ya sabes que tu felicidad es lo más importante para mí. —Me colocó un mechón de pelo tras la oreja—. Bueno, y la de nuestra hija. Aunque quizás… podríamos ampliar la familia.

—Ni de coña.

Apoyé la cabeza en su pecho mientras él me rodeaba la cintura y su risa hacía vibrar mi mejilla. La música seguía sonando, las luces titilaban sobre nosotros. Y a mí me pareció que nada podía mejorar aquello.

Después de tanto dolor, después del miedo, el tiempo y la muerte cerniéndose sobre nosotros, Andrew y yo habíamos sobrevivido a todo.

Desde el día en que le conocí en aquel callejón oscuro, mi vida cambió radicalmente, y ya no hubo marcha atrás. A pesar de mis esfuerzos por evitarlo, se hizo un hueco en mi corazón que no abandonaría nunca.

Y no me arrepentía de nada de lo que había hecho, porque cada paso que di, por difícil que fuera, me llevó a convertirme en la persona que era.

Me llevó al lado del hombre que amaba.

Al final, el sueño se convirtió en realidad.

PLAYLIST



Like that – Bea Miller

Ordinary – Alex Warren

Always been you – Chris Grey

Madness – Ruelle

Don't speak – Hidden Citizens

Sucker – Markus King

Let the world burn – Chris Grey

Fallout – Unsecret x Neoni

Numb – Tommee Profitt feat. Skylar Grey

Over each other – Linkin park

Wasteland – Royal & The Serpent

Monsters – Ruelle

Eyelids – PVRIS

Higher – Tommee Profitt feat. Nicole Serrano

Soldier – Fleurie

Good things go – Linkin park

Goodbye – Ramsey

Wicked game – Ursine Vullpine

7 minutes in hell – Chrissy Costanza feat. VOILÁ

Deep end – Ruelle

Cry me a river – Tommee Profitt feat. Nicole Serrano

Smells like teen spirit – Tommee Profitt feat. Fleurie

Ave Maria – Tommee Profitt feat. Stanaj

I'm yours – Isabel LaRosa

To ashes and blood – Wookid

Dynasty – MIIA

I don't mind – Falling in reverse

Trouble – Camylio

I can't hear it now – Freya Ridings

The line– Twenty One Pilots

SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Me llamo Cristina González y nací en Valencia en 1992. Estudié imagen audiovisual, después trabajé en diferentes ámbitos hasta que tuve la oportunidad de centrarme en escribir.

Desde pequeña he tenido historias rondando en mi cabeza. Era (y sigo siendo *of course*) una friki que se pasaba el día leyendo manga y viendo anime, lo que impulsó mucho mi imaginación. Al crecer me di cuenta de que me gustaba escribir, y un día me aventuré a subir mi primer libro a Wattpad. Esta plataforma me hizo descubrir que darle al teclado no era un simple hobby y que mi vocación era ser escritora.

En 2019 empecé a publicar con un sello editorial pequeño con el que saqué tres libros. Finalmente decidí que quería llevar la batuta y probar suerte autopublicándome. Y pues aquí me tienes.

Soy una romántica empedernida, no puedo vivir sin una buena historia de amor. Y sin salseo. Me encanta la cultura asiática, las pelis de terror, el chocolate, la música rock, la moda y las cosas de color rosa. También amo leer, por supuesto, y pensar más en mis personajes que en la vida real. Actualmente vivo con mi marido y mis cinco gatos (has leído bien, cinco), y me dedico a estresarme con mis libros.

Sígueme en redes sociales para enterarte de todo ;)



Instagram: @cristina.g_escritora

www.cristinagescritora.es

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA



A salvo conmigo (San Diego 1)

Ruth, cansada de las peleas de sus padres, decide ir a pasar el verano con su hermana mayor a San Diego, una ciudad costera de California, para buscar algo de paz.

Lo que estaba completamente fuera de sus planes era conocer a Ethan Blake. Ligón, creído y con un irritante sentido del humor, todo lo que ella odia en un chico. Y todo a lo que se prometió no acercarse nunca.

Ethan vive para su trabajo como socorrista en la piscina, para ir de fiesta en fiesta y disfrutar lo máximo posible antes de empezar la universidad. Ruth Jackson estaba completamente fuera de sus planes. Pero su carácter ácido y su mirada enfadada con el mundo se convierten en un imán para él.

Debajo de las apariencias se esconden heridas del pasado y secretos que ambos guardan con recelo, pero que amenazan con salir a la luz cada vez que están juntos.

¿Conseguirán mantener a salvo sus corazones?

Puedes conseguirlo aquí:

www.amazon.es/Asalvoconmigo



Bilogía San Francisco (Al otro lado y A tu lado)

¿Qué harías si enfrente de tu piso vivieran ocho chicos?

Emma Parks se muda a vivir a San Francisco con su extravagante primo Daniel mientras duren sus años de estudio. Lo que no esperaba, ni de lejos, era tener como vecinos a ocho chicos. Jóvenes, guapos y a cada cual más raro que el anterior.

Kyle y Liam son parte de esos vecinos de Emma. El primero es, aparte de endiabladamente atractivo, listillo, egocéntrico y bastante idiota. El segundo es guapísimo, atento y encantador.

No hay modo de evitar cruzarse con ellos y Emma se siente confusamente atraída por los dos.

Tomar decisiones no es lo que más le apetezca, pero a veces no queda otro remedio.

Ella tendrá que ser consciente de que haga lo que haga, traerá consecuencias.

Puedes conseguirlo aquí:

www.amazon.es/Alotrolado

¡GRACIAS POR LEERME, ESPERO QUE HAYAS DISFRUTADO DE ESTA HISTORIA!